LOS

CONVENTOS

SUPRIMIDOS

EN

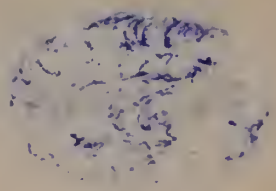
Mexico.

POR DON

MANUEL RAMIREZ
APARICIO.

1862.

Entrada al Coro de S. Francisco.



LOS

CONVENTOS

SUPRIMIDOS EN MÉJICO.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS, HISTORICOS
Y ARQUEOLOGICOS

POR EL

D. MANUEL RAMIREZ APARICIO.

Sine gratia aut ambitione, bonae tantum
conscientiae retio.
Sciant quibus moris est illicita mirari,
posse etiam sub malis principibus
magnos viros esse.

TACITO. VIDA DE AGRICOLA.

AGUILAR E IRIARTE, EDITORES.

MEJICO.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE J. M. AGUILAR Y Cª,
primera calle de Santo Domingo nº 5

1861.

INTRODUCCION.

Preciso es aceptar los sucesos como vienen. A fines del año pasado y principios del corriente asomó la revolucion por las calles de la capital con la sonrisa en los labios y la frente coronada de gloria: tuvimos dias de regocijo febril, incomparable, inmenso; vivas y gritos frenéticos, casas engalanadas, banderas flameantes de todos colores y matices, arcos suntuosos, flores y guirnaldas para los vencedores, triunfos menos ceremoniosos, menos oficiales, mas sinceros que los de los antignos romanos, y lo mas notable de todo, repiques á vuelo que escuchaba el sol al dejar los brazos de la aurora, y seguian tributándole estrepitosas armonías aun despues de reclinarse á descansar en su lecho de púrpura.

Mas ¡oh triste condicion del humano linaje! ¿por qué la alegría de unos se compra á costa de la amargura y padecimientos de otros? Para que un hombre sea feliz, ¿por qué es forzoso que sea desgraciado su semejante? No tratemos de romper los sellos del libro del destino.

Lo cierto es que en medio de la grandiosa fiesta no faltaban escepciones de luto. Entre los rostros animados con el color sonrosado de la dicha, habia otros, y no pocos, desencajados por la sorpresa y el desaliento: las miradas de amor y de júbilo se cruzaban con las miradas centelleantes de cólera, ó empañadas con el desden. Por entre nuestros hermanos del bando vencedor se deslizaban nuestros hermanos del bando vencido.

Entre los grupos que se formaban en las aceras pasaban escenas curiosas. Hallábase un jóven charlando y riendo con algunos amigos en la tercera calle de San Francisco. Repentinamente un sugeto misterioso le dirige la palabra en estos términos:

—Caballero, ¿me permite usted un instante? . . . .

—Mándeme usted, contesta el jóven, dejando su alegre compañía y alejándose algunos pasos.

—¡Vaya! ¿con que no me conoce usted?

—Me parece que.... nunca he tenido ese honor.... ¡Ah!... vamos... sí.... ¿no es usted Fr. M?....

—¿Es posible que tan olvidadizo sea usted?

—Pero, *pater*, ¿cómo iba á descifrarlo si está usted hecho un enigma, un geroglífico egipcio?

—Calle, ¡hermano, por amor de Dios, no me comprometa: mas bajo, mas bajo.

—¡Qué miedo es ese, si está usted inconocible con el disfraz!

—Pero no faltará algun oficioso que....

—¿Y qué?

—Las iras populares....

—Hombre, ¡viene usted de la luna! ¿tan poco así conoce usted el corazon de sus paisanos?

En efecto, nuestro fraile nada tenia que temer, y por lo demas al jóven le sobraba razon. ¿Quién podia adivinar á un ex-religioso en un elegante *rojo* de corbata encendida, sombrero á la Garibaldi y varita flexible?

De estas metamòrfosis tuvimos innumerables, pero innecesarias, porque á ninguno se persiguió, á ninguno se maltrató; y si el dia siguiente á la entrada de las huestes victoriosas quedaron vacíos los conventos, no fué menester valerse para ello de la fuerza: el hecho se verificó en silencio, sin aparato, como un fenómeno en que no se piensa, como el fruto maduro que cae por su propia virtud.

Otra cosa pasó en la refundicion de las comunidades de religiosas.

Una noche—¡noche terrible!—se oyó rodar por las calles un desusado y prolongado estruendo: no parece sino que todos los coches de la ciudad se han vuelto locos, y vagando ora por aquí, ora por acullá, han dado en la tema de no dejar dormir á los pacíficos moradores. — ¿Qué será eso? preguntábamos á la almohada, ¿qué sucederá?

Entre tanto, paraban los carruages á las porterías de los conventos de monjas, y los *ciudadanos comisionados* se entraban de rondon, intimando á las reverendas la òrden de exclaustrarse para ir á mudar aires á otro monasterio.

—Pero, señores, ¡por amor de Dios!....

—¿Còmo puede ser eso?

—Sea lo que Dios dispone.

—Hágase su voluntad.

—Pero ¿adónde hemos de ir? ¡esto es inicuo!

Tales eran las frases que interrumpian el silencio pavoroso del claustro: pero los ìnclitos ciudadanos comisionados tenian una tapia en los oidos, y á todas las observaciones solo contestaban, restregándose las manos:

—Vamos, vamos, *señoritas*, no tenemos tiempo que perder.

En efecto, el tiempo era limitado. . . . la noche. . . . porque de dia tal vez. . . . los ciudadanos comisionados hubieran tenido. . . . asco de penetrar en los conventos, ó bien porque solo de noche pueden llevarse á buen término ciertas travesurillas ministeriales.

Es fama que algunas pìcaras novicias al oirse llamar *señoritas* olvidaron por un instante su dolor y sonrieron. . . . . No faltó madre de las que aun no entran de lleno en la categoría de las monjas *graves*, que hiciese lo mismo. Y despues de todo, ¿no será escusable semejante falta, que no pasa de venial? Una muchacha linda y fragante como una azucena ¿no se fastidiará de oirse llamar todo el dia y á toda hora *madrecita*, *mi reverenda madre*, *cómo está su reverencia?*

Pero volviendo á los ciudadanos comisionados, es menester hacerles justicia: se manejaron de perlas, porque son hombres *come bisogna;* y á la mañana siguiente, cuando todos nos preguntábamos qué sucedió anoche, se nos contestaba en tono festivo, indiferente ò sepulcral:—han exclaustrado á las monjas.

—¿Cómo asì?

—Como lo oye usted; se han refundido unas comunidades en otras, y todos están yendo á visitar los conventos vacíos.

Este es un suceso de los que, como deciamos al principio, es preciso aceptar. ¿Viene de Dios? ¿viene de Satanás? Todo puede ser, mayormente si el lector opina como algunos, esto es, que Satanás es. . . . . todos nosotros.

Pero despues de tan estrañas aventuras, apareció la destruccion con semblante azorado, y con su pesada barreta empezó á descargar golpes furibundos sobre los desdichados conventos.

Este es otro suceso como los demas: es preciso tambien aceptarlo; mas no como viene, porque podemos influir en él, ó siquiera en sus consecuencias. Y aquí disimule el lector que perdamos los estribos.

¿Ya no hacen falta los frailes? ¿son plantas sin sávia? ¿los conventos ya no ejercen en la sociedad actual la benéfica influencia que en los primeros años de su establecimiento?

En hora buena ¿Pero nada les debemos? ¿ya nos descargamos de nuestra deuda de gratitud?

La revolucion ha sacudido esos mundos paralizados como una revolucion geológica.

¿Pero dejaremos perecer en el sueño del olvido la memoria de algunos hombres virtuosos que florecieron en el claustro y dieron frutos de bendicion? ¿Echaremos por tierra física y moralmente esos monumentos seculares que fueron alguna vez el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?

No fueron siempre los institutos monásticos lo que por desgracia llegaron á ser despues.

Penetrado de esta verdad, no he vacilado en presentar á mis conciudadanos el fruto de los ESTUDIOS que he emprendido sobre los conventos suprimidos en esta ciudad; acaso vendrá dia en que pueda estenderlos á los de otras poblaciones de la República. Esta es la pequeña ofrenda con que contribuyo para satisfacer la deuda que contrajeron nuestros abuelos. Obra laudable ha sido amputar del cuerpo social los miembros que ya no daban señales de vida; pero la posteridad tomará cuenta á la actual generacion del uso de su fuerza, y le echará en cara su desdeñoso abandono si no le ofrece el perfume de algunos recuerdos ilustres salvados entre los escombros de la demolicion.

SANTO DOMINGO.

I.

LAS MOMIAS.

PERO entremos en materia. ¿Se dignará el lector seguirnos al convento de Santo Domingo? Al presente seria nuestro paseo un si es no es laborioso, porque eso de emboscarse en un laberinto de columnas truncadas y arcos á medio derribar, pisando fragmentos de cornizas, tropezando con arabescos y hundiéndose en colinas de cascajo y polvo; eso, repetimos, no es ya un paseo, sino un via-crucis edificante, una peregrinacion á Palestina. Pero meses hace la visita que proponemos tenia un carácter muy diverso: era positivamente un rato de solaz; y como vamos á retroceder hasta esa época, confiamos en que no será desechada nuestra invitacion.

Era una tarde .... la mas sóbria en poesía que imaginarse pueda; era una tarde..... así, como las de la mayor parte del año, con sus pretensiones de serenidad, sus antojos de lluvia y sus coqueterías de arco-iris y celajes.

El muro celoso que ceñia el atrio del convento aun estaba en pie: la cerca, la formidable cerca que habia rehusado jurar la constitucion y habia protestado contra las leyes de reforma, estaba renuente á inclinarse ante los laureles de Calpulálpan.

A la entrada se veia sentado en un banco el oficial de la guardia que custodiaba el edificio. Era un árgos benigno que dejaba libre paso á todos los curiosos, y se hallaba á la sazon

en sabrosa y animada plática con varios amigos. . . . de corbata roja por supuesto.

En el atrio jugueteaban algunos soldados, haciéndose diabluras, llamándose por sus apodos y echando á correr de cuando en cuando para librarse de la persecucion de algun camarada ofendido por sus travesuras. Otros, empleando mejor el tiempo, limpian sus armas, ó comen al lado de sus mujeres y chiquillos, saboreando los placeres de la vida en familia despues de las vicisitudes y contratiempos de tres años de combates.

Mas ved al frente, hácia el Norte, la magnífica fachada del templo con sus columnas corintias y su friso, donde el arquitecto ha esculpido todos los risueños adornos del arte; parad la atencion en esa torre esbelta, desde cuyos arcos salian no ha mucho escandalosas voces de júbilo, como una monstruosa y sostenida carcajada. Una gasa de tristeza parece cubrir todo el monumento; la gran puerta está desdeñosamente cerrada; las campanas guardan silencio, y entre los arcos de la torre no se ve mas que un sér viviente. . . . . un soldado que puesto de codos sobre un balcon y sacando la rodilla por entre dos balaustres, contempla con aire de indiferencia el espectáculo que tiene á la vista.

A la izquierda se abre el vestíbulo del convento, notable por la solidez de su construccion; pero lóbrego como la boca de una caverna. Sigue la portería; y si es cierto que los conventos se edificaron á imitacion de las casas romanas, esta parte del que observamos corresponde al *prothyrum*, ó sea pasadizo entre la puerta que daba á la calle y la interior que comunicaba con el *atrium* ó *cavaedium*.

Por lo demas, nada notable recuerda la portería, si ya no es el hecho de haber estado en ella la célebre cruz verde del Santo Oficio, que segun nos informa Alaman en sus Disertaciones, permanecia allí colgada todavía hasta su tiempo.

Pasemos adelante.

En lugar del pacífico donado, nos encontramos á la puerta un grave centinela de mirar hosco y áspero bigote, que con voz tremenda nos grita:—¡atrás!

—Permítanos usted un solo momento.

—¡No hay órden!

—Venimos á ver las momias.

—Ya pasó la hora.

EXTERIOR DEL TEMPLO DE Stº DOMINGO.

OCTUBRE 15 DE 1861.

Desconsolados por tal recibimiento, no teníamos otro recurso que volver pie atrás; pero he aquí que un incidente viene á favorecer nuestro deseos.

Un murmullo sordo al principio y despues clamoroso se deja oir á los lejos en el patio.—¿Qué será eso?—Esperemos.

Era un concierto grotesco formado de voces femeniles mezcladas con gritos roncos y salvajes: era una riña; los contendientes se acercan, ya se oyen mas distintas las palabras, ya vemos á los que las profieren.—¡Cabo cuarto! esclama el centinela, y acude el cabo, y acude el oficial de guardia, y acuden todos los soldados, y. . . . á rio revuelto ganamos nosotros la entrada del patio.

Aunque ya otra vez habiamos visitado aquel lugar, no pudimos menos de detenernos á ver los corredores. El patio es un cuadrado amplísimo, y su centro está ocupado por una fuente que ha sustituido al *impluvium* de los antiguos El techo de los cuatro corredores se halla sostenido por veintiocho arcos que descansan sobre elegantes pilastras; y á pesar de lo ahumado de los muros interiores y del ambiente húmedo y sepulcral que allí se respira, el efecto de la airosa columnata no puede ser mas agradable.

Del patio, y siguiendo el corredor de la derecha hasta su estremo, pasamos á una galería vasta aunque oscura, donde nos llamó la atencion un espectáculo estraño y lleno de vida. ¿Quién podia esperar ver en aquel recinto á mas de cincuenta *soldaderas* entregadas, cerca del fuego, á las ardientes faenas de la cocina? Unas asaban carne, envueltas en nubes de humo; otras agitaban compasadamente el aventador para avivar el fuego; ésta, con el mismo objeto, sopla sobre los tizones, y la llama refleja sobre su rostro como si la encendiera; aquella empuña varonilmente una enorme cuchara, y metiéndola en la olla la mueve circularmente con un ruido particular; la de mas allá trata y regatea con algunos vendedores de comestibles; finalmente, todas charlan y rien, formando una algazara no interrumpida.

La travesía por aquel océano cocinal fué árdua; pero al fin llegamos á la escalera que conduce á las galerías superiores, y un momento despues nos hallábamos en el claustro, á cuyo estremo se ve la capilla que encerraba las momias.

Por las paredes cubiertas de polvo y telarañas, el altar vestido de luto, el retablo apolillado, y en suma, por el aspecto de an-

tigüedad, de vejez, de decrepitud que se notaba en la capilla, cualquiera la hubiera juzgado digna tumba de los restos humanos que ostentaba; era tambien un cadáver exhumado; la momia de la arquitectura que acogia en su regazo á otras momias.—Estas se mostraban al traves de una reja gótica, la mayor parte en fila, reclinadas sobre una banca, en pie, y con el semblante hácia los espectadores.

Digna era por cierto de observarse aquella entrevista de la vida con la muerte, de los inquietos huéspedes del mundo con los silenciosos moradores del sepulcro; aquella hilera de séres animados, alegres, llenos de curiosidad, en frente de otra hilera de séres misteriosos, quimeras de hombres, fábulas de vivientes, que no tenian ojos y parecian ver, que no tenian labios y parecian recibirnos con un gesto de indiferencia ó de ironía; aquel encuentro singular entre las miserias y las glorias de la generacion actual y las reliquias de las anteriores; y finalmente, aquel saludo del presente al pasado, del tiempo á la eternidad.

Oh! aquellos restos enjutos y cubiertos de harapos, esas estátuas de polvo, hojas secas desprendidas del árbol de la humanidad, eran una leccion imponente! Pero ni el tiempo ni las circunstancias nos permitieron aprovecharla. Despues de un período altamente filosófico en que combatió gloriosamente una idea contra otra idea, un principio contra otro principio, empezábamos á envolvernos en el humo de las pequeñas miserias de partido; al drama sucedia el sainete: despues de una guerra titánica entrábamos con mucho calor y seriedad en el combate liliputiense de los lazos rojos con los lazos verdes.

Pero no todos los frutos de un árbol son lozanos y gustosos; prodúcelos tambien amargos y raquíticos: dejemos á cada tiempo lo que da, y volvamos á las momias.

Tarea difícil y enojosa seria referir los diversos juicios que sobre ellas se formaron. Por muchos dias cada uno pensó y creyó lo que primero se le vino á las mientes: circulaban comentarios, se aventuraban conjeturas, llovian amenazas de venganza, se daban la mano las consejas, brotaban gritos de indignacion y tropezaban unas con otras las esplicaciones, ¿y todo para qué? Para esplicar la inesperada aparicion de unos pobres frailes desecados que esperaban tranquilamente en el osario el clamor de la trompeta del juicio final, y no contaban con que manos caritativas habian de ir á turbar su sueño para dar un espectáculo

curioso, una funcion gratis á los habitantes de la capital. Pero esto merece una brevísima advertencia.

Hay en nuestros partidos políticos ciertos entes que son con todo rigor los mites de la gran revolucion social que en el país se representa. Por de contado que ellos se consideran personajes de importancia y de los mas bien iniciados en las tradiciones y misterios de su comunion: ellos son los que en el perìodo de *caida* encuentran á usted en la calle y con aire cauteloso le dicen:—estamos conspirando!—y ellos los que en tiempo de *alta*, le dicen á usted estrechándole la mano con tono afabilísimo:—amigo! parece que no *gobernamos* tan mal: ahora puede usted colocarse; voy á solicitar un empleo para usted, y espero que no *nos* desairará. Todo lo saben, de todo hacen un secreto, cualquiera palabra suya es una revelacion; cuando despliegan los labios es menester creerlos como á un oráculo; andan siempre con aire apresurado, no tienen tiempo que perder, desempeñan comisiones de cuenta, son el *factotum* de los ministerios, y empuñan el timon del gobierno ni mas ni menos que como araba la mosca pegada al cuerno del buey.

Para ellos debe representarse el partido como los sacramentos, con signos sensibles: el trage y todo lo concerniente á la persona debe ser consecuente con la idea política. Así es que el conservador usará patillas, sombrero alto indispensablemente, cuello erguido y rebelde, pantalon negro, prendedor en la camisa, y pese á quien pesare, capa española.

El liberal cometeria un crímen de lesa-nacion si renunciara al *fieltro*, que es el sombrero democrático por escelencia, y ni todos los amagos de guerra estranjera le obligarian á abandonar la cinta del reloj y la corbata rojas.

Sus principios, si son realmente principios los que profesan, se encierran en el dogma del esclusivismo y la incompatibilidad.—¿Trata usted á fulano?—qué! còmo! si es un *puro!*—Y usted aprecia á zutano? es hombre de mérito.—Ni por pienso; no entran en mi reino los retrògrados.

En sus apreciaciones campea la calumnia, y creen muy formales hacer un servicio á su causa procurando desacreditar la contraria, aun cuando para ello se valgan de sandias especies ò de tradiciones fabulosas.

El conservador cree á pie juntillas que todos los puros son herejes ó punto menos que ateos; ningun liberal obra de buena

fe; todos persiguen sistemáticamente al culto católico y á sus ministros, permiten la libertad de imprenta para desmoralizar al pueblo, y pretenden entregar á la nacion en cuerpo y alma á los yankees.

En cambio, el puro sostiene á capa y espada que los conservadores nos venden á España; que todos son hipócritas, falsos, déspotas, ignorantes y acérrimos partidarios de la inquisicion. Concretándonos al asunto que nos ocupa, conoce tan ampliamente la historia del país, que, en su concepto, los frailes no vinieron á Méjico sino para sistemar la tiranía; ningun beneficio se les debe; todos son y han sido un hato de zafios, inteligentes solo para apropiarse los bienes agenos y promover autos de fe: ¿se estrañará, segun lo dicho, que los liberales de esta ralea hayan querido hacer creer al vulgo que las momias eran frailes emparedados, víctimas de las venganzas de sus propios hermanos, ó del implacable tribunal del Santo oficio?

Por fortuna no todos se dejan alucinar con los engendros de almas visionarias. La exhumacion se hizo á presencia de muchos, y antes de ocho dias todos sabiamos que las momias fueron estraidas del osario del convento, donde reposaban como cualesquiera otros cadáveres de los hijos de la órden.

Hay mas: un librito escrito con veracidad hizo populares los nombres que tenian cuando Dios las animaba con su aliento de vida. Entre ellos, ¿quién no recordará con admiracion y gratitud el del Dr. Fr. Servando Teresa de Mier?

Este religioso fué uno de los primeros mejicanos que se presentaron con lucimiento en Europa, acreditando que la nacion no era indigna de ocupar lugar entre las civilizadas. En todas partes le granjeaban amigos su conducta intachable y modales decentes, al paso que era estimado por su claro talento y sus letras. Durante los doce años, poco mas, que residió en Inglaterra, vivió entregado á labores científicas, y estableció una academia de idiomas, en la que él mismo enseñaba español, francés, italiano y latin; esto ciertamente no dejaria de llamar la atencion en un tiempo (hácia fines del siglo pasado) en que tan pobre idea se tenia de nuestros paisanos.

Pero el hecho mas relevante de su vida fué la parte tan activa y gloriosa que tuvo en la independencia de la patria. El comprometió al general Mina á venir á Méjico, proporcionándole los recursos necesarios para organizar su ejército; juntos desem

barcaron en Soto la Marina; juntos batallaron contra el poder colonial, teniendo por mucho tiempo una parte igual en los favores y en los reveses de la fortuna. Y bien mirado, esta consagracion eficaz y esclusiva otorga del Dr. Mier mejores títulos á nuestra gratitud que aun al propio Mina; éste, como él mismo declaró, "no habia pasado á América á favorecer directamente la revolucion, pues que no amaba á los americanos *ni mucho ni poco.*"

Ademas, para que no faltase ningun mérito al P. Mier, su amor á la independencia le acarreó amargos sinsabores. Sufrió destierros, prisiones y tratamientos indignos con la serenidad de un héroe, con la maravillosa resignacion de un mártir.

Despues verificada ya nuestra emancipacion política, tuvo asiento en el primer congreso constituyente, siendo uno de los individuos que formaron la constitucion de 24. Murió tres años despues, generalmente sentido, legando á la posteridad varias producciones de su pluma, entre otras las célebres *Profecías* y una relacion de sus viajes por Europa. ¡Pudieran muchos presentar una vida mejor empleada?

Pero volviendo á las momias, se asegura que una ha sido donada á la Escuela de Medicina, y cuatro van á ser trasportadas, ó ya lo fueron, á la República de Buenos Aires. Si lo último es cierto y entre ellas va la del Dr. Mier.... ¡raro en verdad es el destino de este hombre! Su suerte es viajar aun despues de muerto, como el Cid guerreó contra los moros ya convertido en cadáver.

Lejos estábamos de prever este paradero, los que arrimados á la fria reja contemplábamos sin repugnancia, y antes bien poseidos de un sentimiento indefinible, aquellos séres silenciosos que parecian próximos á convertirse en polvo; aquellas sombras de faz indecisa evocadas de un mundo lejano para venir al nuestro á patentizarnos con lenguaje insinuante la vanidad de la vida.

Una vez apagada la curiosidad, discurrimos por el claustro un momento, con la íntima conviccion de ser este el último que nos era dable aprovechar para ese objeto, porque ya la demolicion se preparaba á sus faenas. La soledad y el silencio habian invadido aquellas galerías que parecian interminables: la noche estaba próxima, y el crepúsculo les comunicaba por las estrechas ventanas uno que otro rayo de claridad enfermiza y pavorosa.

Volvimos á bajar por la escalera que remata en la ancha y es-

pantosa galería donde las soldaderas tenian sentados sus reales Las tinieblas anidaban en la bóveda; seguian con el mismo ardor la charla y las maniobras; las risotadas tenian eco en el claustro, y las fogatas esparcidas por el desigual pavimento, alumbraban las paredes de los lados con una luz infernal.

Allí supimos la causa de la riña que nos facilitó la entrada al convento. Un soldado habia tenido en Méjico sus quebraderos de cabeza antes de partir á la campaña, y cuando volvió con el ejército triunfante traia consigo á una tapatía por *esposa:* las sirenas de la capital luego que le vieron sano y salvo le reclamaron por suyo; él se burlaba de todas; pero la tarde á que nos referimos, tuvieron ellas una entrevista en la susodicha galería: cada una alegó prioridad de derecho; aquello fué una cuestion legal, una conjuracion. Pero cuando todas disputaban y ninguna se convencia, aparece el soldado, causa de la quimera, y todas arremeten contra él como furias. . . .

Cuando atravesamos el patio ya iba entrando la noche: y mientras las pilastras se dibujaban en un claro-oscuro, reflejaba la luna su luz en la parte superior de los muros como una caricia melancólica.

Seguimos nuestro camino, y á un lado de la puerta vimos otra vez al centinela que descansaba en su arma, inmóvil y callado como la estatua de la vigilancia que decora la entrada de la mansion del reposo.

II.

PASADO.

¿Pero nada dicen al pensamiento estos lugares? ¿No hiere vivamente á la imaginacion este sello particular que distingue á los antiguos monumentos de las obras de ayer? ¿Quiénes echaron los cimientos de estos muros? ¿Cuáles son las santas memorias que encierran, y los dramas silenciosos de que han sido teatro? ¿Permanecerá muda la historia á nuestras preguntas? Volvamos la vista al océano.

Era una mañana esplendente: el cielo ostentaba su azul purísimo, esento de la mas ligera nube; parecia la mirada del Eterno fija sobre la naturaleza y complacida en su gallarda hermosura.

El sol, que brotaba del seno de las ondas, derramaba torrentes de gloria y se levantaba lentamente como bañándose en el mar.

En estos momentos de amor inefable y recogimiento sublime, en que todo ruido es armonía, todo afecto adoracion, y toda palabra un himno; en estos momentos de animacion universal, los habitantes de Veracruz se hallaban en la playa con los semblantes convertidos al Oriente. ¿Qué buscan sus ojos en las remotas soledades del piélago?

Mírase en el horizonte un objeto de forma indecisa que se acerca magestuosamente. ¿Será una nobe impelida por los halagos de la brisa? ¿Será un cisne que tiende sus blancas alas sobre la espuma y se goza en vagar al capricho de las olas?

Es una vela.

Poco á poco se va distinguiendo su figura.

A medida que se acerca, sube de punto la curiosidad y toma creces el rogocijo en el concurso que la espera.

Ya está en el puerto. Al mudo interes de los espectadores siguen aclamaciones entusiastas.

Viene en esta nave el Lic. Luis Ponce de Leon, que sucederá en breve á Cortés en el gobierno de Méjico; pero trae asimismo á doce personajes misteriosos, cuyos nombres no se proclaman, pero á quienes todos miran con el mayor rendimiento y veneracion.

Al dia siguiente se les ve tomar su camino hácia la capital, solos, sin aparato, sin el séquito fastoso con que mas tarde emprendian su viaje los vireyes.

Con todo, su peregrinacion es un triunfo: por todas partes salen los naturales á recibirlos con cantos y danzas, ofreciéndoles ramilletes fragantes y vistosos. Una voz interior aseguraba á los infelices indios que estos nuevos huéspedes, pobremente vestidos y en cuyo modesto semblante leian la benevolencia, no eran como los hijos de Tonatiuh que fulminaban rayos, convertian en ceniza los pueblos y reducian á servidumbre á los moradores de Anáhuac.

Por eso los recien venidos eran objeto de estos y otros mil

agasajos: el sentimiento que despertaban en cuantos los veian era el que escitan los enviados de la Divinidad.

Contemplaban ellos, radiantes de júbilo, las selvas vírgenes que los acogian en su seno de perfumes, los valles dilatados donde se espacia la vista por alfombras de lirios y gentiles arboledas: las cataratas les hablaban el idioma del desierto; una brisa balsámica les daba el ósculo de paz; aves de nunca visto plumaje seguian sus pasos, vertiendo la mágia de la armonía, y hasta las nevadas cumbres de la escelsa cordillera parecian inclinarse á darles la bienvenida.

En medio de esta pompa risueña llegan á esta ciudad, de donde sale á recibirlos lo mas granado de la nobleza española recien avecindada, y á su frente el conquistador. Todos á porfía se empeñan en darles las mas brillantes pruebas de amistad y acatamiento; pero ninguno se estremó tanto como Cortés. Arrodillado delante de cada uno, le besaba las manos y vestidos, poniéndoselos en los ojos y sobre su cabeza.

Los hombres que movian las fibras mas delicadas de tantos corazones, en quienes se cifraban tantas esperanzas, y cuya presencia se consideraba como un don del cielo, eran doce frailes humildes pertenecientes á la religion que produjo á Santo Tomás de Aquino, el varon mas docto de su tiempo, y en la que florece el P. Lacordaire, dechado de predicadores; eran los primeros religiosos de la órden de Santo Domingo que pisaban nuestro suelo.

Esta entrada en Méjico se verificó en 23 de Junio de 1526.

El orígen de la venida de los religiosos no fué sino el celo en que ardian en aquella época todos los varones apostólicos por estender el imperio de la fe en las regiones del Nuevo-Mundo, recientemente conquistadas. Y no cabe duda en que la mies que habian de cosechar era copiosa.

Nuestros frailes vinieron de España enviados por su general, que lo era á la sazon el P. Fr. Silvestre de Parra. Fueron cinco de la provincia de Castilla:

Fr. Tomás Ortiz, vicario,
Fr. Vicente de Santa Ana,
Fr. Diego Soto Mayor,
Fr. Pedro Santa María, y
Fr Justo de Santo Domingo

Tres de la provincia de Andalucía:

Fr. Pedro Zambrano,
Fr. Gonzalo Lucero, diácono, y el lego
Fr. Bartolomé de Calzadilla ó Salcedilla, segun otros.

No quiso mas de ocho religiosos el vicario, porque traia noticia, segun refiere un cronista, "del bendito P. Fr. Domingo de Betanzos que estaba en la Isla Española, y traia licencia del general para que de aquella provincia pudiese hacer cumplido el número de doce religiosos para Méjico."—Este número era sagrado, y hacia alusion al de los apóstoles.

En efecto, al pasar por la Isla de Santo Domingo se unieron á los viajeros, ademas del referido P. Betanzos, otros tres, con los cuales se completó el número deseado, y fueron:

Fr. Diego Ramirez,
Fr. Alonso de las Vírgenes, y
Fr. Vicente de las Casas, novicio.

Recibidos en esta ciudad, como se ha dicho, fueron llevados en procesion al convento de S. Francisco, donde se hospedaron, manteniéndose en él tres meses hasta Octubre del mismo año, que fueron al sitio que se les señaló para fabricar su convento, en una casa que estaba donde fué despues la Inquisicion, y probablemente donde hoy está la Escuela de Medicina.

Pusieron manos á la obra, y en poco tiempo consiguieron darle cima; pero los acogió tan mal el temperamento, que en menos de un año murieron cinco religiosos y enfermaron los demas, de suerte que el año siguiente de 1827, Fr. Tomás Ortiz, que vino de superior, tuvo por conveniente regresar á la Península, y con él otros tres religiosos.

Pasó despues en 1828 el mismo P. Ortiz con otra mision de veinte religiosos á Santa María, de órden del emperador, quien al año siguiente lo hizo obispo de allí, y fué el primero de aquella provincia: con esto ya no quedaron en Méjico sino tres frailes, que fueron Fr. Diego Lucero, Fr. Vicente de las Casas y el P. Betanzos, á quien se debe no solo la fundacion de este convento, sino de toda la provincia de Guatemala.

Permanecieron los religiosos en el sitio indicado hasta el año de 1530. El gobernador Juan Alonso de Estrada les señaló

y dió el de la esquina de enfrente, y segun nos informa el escritor de quien tomamos esta noticia, "labraron allí su convento á costa de la real hacienda, cuya iglesia se dedicó el año de 1575, y el año de 1590 á 8 de Diciembre, la consagró el Sr. D. Fr. Alonso de Guerra, religioso de la misma órden, y obispo de Michoacan; pero despues, como la iglesia y convento por lo cenagoso del sitio estaban tan maltratados y hundidos, el dia 6 de Julio de 1716 se anegó de tal suerte la iglesia y oficinas bajas del convento, que le fué preciso al provincial, que lo era á la sazon Fr. Francisco Aguirre, juntar sus padres á consejo, y fabricar nueva iglesia y convento, que con efecto se resolvió, y desde luego se comenzó con bastante ardencia, de suerte que en 3 de Agosto de 1736, se dedicó la nueva iglesia enteramente acabada, que es uno de los mas magníficos y suntuosos templos de la ciudad." Costó mas de doscientos mil pesos.

Su situacion es de Norte á Sur; á este viento la puerta, y á aquel el altar mayor; tiene seis capillas á la banda del Poniente y cinco á la del Oriente, todas magníficamente adornadas, y la del Rosario puede servir de iglesia principal.

"Este convento es la cabeza de la provincia, la que hizo independiente de la Santa Cruz de la Isla Española, que pretendia tenerla unida, el P. Fr. Domingo de Betanzos, fundador de ella, que el año de 1531 pasó á España á este efecto, y consiguió dos bulas del Sr. Clemente VII, la una fecha en Roma á 2 de Julio de 1532, y la otra en Bolonia, á 8 de Mayo de 1533, y patente de su general para erigirla en provincia, separada é independiente de la Santa Cruz de la Isla Española; y por haber llegado á Méjico en 24 de Julio de 1533, vìspera del apóstol Santiago, le tomaron por su patrono, y se intitnló la provincia de Santiago de Méjico, órden de predicadores."

En cuanto á la capilla del Rosario, se dedicó en 29 de Enero de 1690, habiendo sido abierta á los fieles el dia anterior. El diario del Lic. Robles nos describe este suceso de la manera siguiente:

"Sábado 28, se abrió la capilla del Rosario, y se trajo la Señora del Rosario á las cinco de la mañana á Catedral, de donde volvió en procesion á la tarde; y fué el señor arzobispo en ella vestido de pontifical, y asistió el virey y ciudad; hubo muchos fuegos; fué por las Escalerillas á la calle del Reloj por la Encarnacion."

Litog. de Iriarte y C.ª

INTERIOR DEL TEMPLO DE S.to DOMINGO.

MEXICO.

Del claustro no sabemos mas, sino que se dedicó con procesion y sermon el 29 de Setiembre de 1692.

Fundáronse asimismo otras dos capillas con entrada por el atrio mirando al Oriente: una dedicada al Señor de la Espiracion, cuyo altar mayor da frente á este mismo rumbo, y otra que es de la Tercera Orden, se estiende de Norte á Sur, quedando el altar mayor hácia este último viento.

Tal es el cuadro en que encerramos la historia de la fundacion del primer convento de domínicos en el país: de intento hemos renunciado á darle mayores dimensiones por evitar la prolijidad que resultaria de incluir en él pormenores que pudieran acaso parecer impertinentes ó fastidiosos. Sin embargo, no es dable referir este suceso sin trasladarse á la época en que se verificaba, y contemplar con interes, con cariño y admiracion el grandioso espectáculo de la lucha de dos civilizaciones, ambas antiguas, imperfectas ambas, de las cuales una moria y la otra empezaba á aclimatarse en nuestro suelo. Llevaban la parte mas meritoria en esta labor difícil los primeros varones apostólicos que llegaban á la capital, los cuales no bien se proporcionaban un albergue, cuando cediendo á los impulsos de la caridad, daban principio á sus misiones, sembrando entre los idólatras la semilla del Evangelio y con ella las primeras ideas de reconciliacion entre las razas vencida y vencedora. Ellos fueron,—preciso es confesarlo con la antorcha de la historia en la mano,—ellos fueron los primeros que levantaron la voz indignada contra los desmanes sacrílegos de los conquistadores, y armados de la cruz se colocaron entre estos y los oprimidos mejicanos como un escudo de acero. No se encerraron en el lóbrego recinto de sus misterios como los sacerdotes de Egipto; por el contrario, llamaron á sí y á la participacion de sus luces á todos los menesterosos; y en vez de contentarse con dar oidos á los que pedian su ayuda, iban ellos mismos á buscarlos á sus moradas, arrostrando todo género de peligros. Así fué como dieron principio á una conquista mas suave, sin valerse de otras armas que la palabra y el ejemplo; así fué como se esparcieron paulatinamente por el territorio nacional, descubriendo nuevos paises, impulsando los adelantos de la geografía, estudiando la historia y las lenguas indígenas, perfeccionando las nociones que se tenian sobre agricultura, introduciendo nuevas artes, y ganando al mismo tiempo prosélitos del cristianismo y de la civilizacion.

Pero seguir el desarrollo progresivo de una y otro es asunto de una obra especial que alguna vez se escribirá; nos limitaremos nosotros á señalar sus primeros pasos. Y como estos están inherentes á la vida apostòlica de los religiosos que pisaron nuestro suelo recien hecha la conquista, señaladamente de los franciscanos y domínicos, ya que tratamos de los segundos, convendrá dar algunos apuntes biográficos de varios, que no por haber vivido en el retiro son menos acreedores á las miradas de la posteridad. Empezaremos por el fundador de la provincia de Méjico.

III.

FRAY DOMINGO DE BETANZOS.

Nació este varon insigne en Leon de España, no se sabe á punto fijo el año ni el dia. Desde sus primeros pasos en la vida dió claras muestras de lo que alcanzaria en la edad provecta, siendo por esta causa la delicia y la admiracion de sus padres, que figuraban entre las mas ilustres familias de la ciudad.

Luego que manifestó disposicion para los estudios, le enviaron á la célebre Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento, gramática, retórica y filosofía, aplicándose despues á la jurisprudencia. Descolló tanto en el estudio de esta facultad, que en breve recibió en ella los grados de bachiller y licenciado.

Pero al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento, ejercitábase en otro estudio mas fructuoso, cual es el de la práctica del Evangelio, y de esta suerte crecia su alma en ciencia y en virtud.

Concedióle el cielo la rara felicidad de un verdadero amigo en el jóven Pedro de Arconada, *mozo de buen ingenio y buena vida*, como le llama un biógrafo, y era su compañero no menos en los estudios que en el ejercicio de la caridad. Vivian juntos y aprovechaban todos los momentos que les dejaban libres sus atenciones en visitar los hospitales, en donde eran el consuelo de los enfermos así por el empeño que ponian en aliviar sus dolencias, como por las limosnas que les daban.

Litog de Iruarte y Cª

R. P. Fr. DOMINGO DE VETANZOS.

No pocas veces se entregaban en su misma casa á tan laudable ocupacion, llamando á dos pobres de los mas menesterosos de la ciudad, á quienes aplicaban algunas medicinas si estaban enfermos, y si no, los socorrian con dinero, ó los sentaban á su propia mesa sirviéndoles como criados la comida. Tambien los hacian dormir en sus camas, acostándose ellos en el suelo. ¿Se ven ejemplos de esta clase en nuestros dias?

Entre tanto, la fama de sus virtudes se propagaba por toda la ciudad. Captábanse el aura popular sin pretenderlo; llegaron alguna vez á sus oidos las alabanzas de que eran dignos por sus merecimientos; mas esta popularidad que otros hubieran comprado aun á costa de los mayores sacrificios, la concepmaron ellos un gravísimo peligro, y determinaron no hacerle frente, sino huirle, apartándose del mundo.

Pasados algunos dias vemos á Pedro tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de San Estéban de Salamanca, y á nuestro jóven emprender el camino de Roma con ánimo de solicitar del Padre Santo la autorizacion competente para poder entregarse á la vida de ermitaño.

Obtiene un buleto que favorecia este intento, y para realizarle se dirige á Nápoles, y de allí, en la barca de un pescador, á la isla de Ponza, donde pasa cinco años encerrado en una gruta incómoda y entregado á las asperezas de la mas ruda penitencia. Respetemos esta determinacion, hija de una alma nutrida con la lectura de las vidas de los anacoretas: no le apliquemos el metro inexorable con que averiguamos la distancia que recorre la locomotora en nuestros ferro-carriles, y el pensamiento en el alambre del telégrafo. A cada edad sus elementos propios, su labor correspondiente en la grandiosa obra del progreso universal. Tocó á la nuestra admirar la trinidad magnífica del desarrollo moral, intelectual y material; pero no desconozcamos la parte de influencia que han tenido las anteriores en los adelantos de la humanidad. Si hoy gradnamos de inútil y ociosa la vida del retiro, hubo tiempo en que la moral y la ciencia se albergaron en su seno, y en él se mantuvieron vivos los fuegos del astro que mas tarde amaneció esplendente en medio de las tinieblas de la barbarie.

Pero el jóven ermitaño se habia equivocado en su eleccion de vida. La Providencia le destinaba á recorrer una senda mas difícil y gloriosa. El siglo XV habia contemplado con asombro,

poco antes de espirar, el espectáculo de un nuevo mundo; y el que le siguió inmediatamente no apartaba la vista de las regiones descubiertas por el númen de Colon. Este período de actividad sin ejemplo, fecundo en conquistas y prodigios, que dió nuevo ser á los pueblos europeos aguijoneándolos para acometer las empresas mas osadas; este período que vió nacer y realizarse las mas locas esperanzas y los proyectos al parecer mas absurdos, que hizo surcar los mares poco antes desconocidos á las naves de los hijos de Jafet, ávidos de contemplar el suelo americano, atlántide que renacia de entre las olas, paraíso reconquistado que volvia á brindar con sus delicias; este período fué en el que tuvo la buena suerte de vivir nuestro héroe. ¿Podia permanecer indiferente en medio de esta animacion portentosa, de esta superabundancia de vida que rebosaba de un continente para precipitarse en otro continente? De ninguna manera.

Su alma noble sentia un abismo inmenso que no acertaba á llenar la meditacion. Salvando á menudo el ámbito estrecho de la gruta, se trasladaba á un mundo lejano donde aires mas puros le adormecian suavemente, apagando el intenso ardor que sin cesar la devoraba. El jóven habia perdido la paz que con tanto anhelo buscó en la soledad. De tarde, cuando subia al punto mas elevado de la isla para orar á la luz del sol poniente, ya no le ofrecia atractivo ni el Vesubio con su diadema de llamas, ni la ciudad reclinada en la ribera sobre un tapiz de verdura, ni las islas vaporosas que asoman entre las olas del golfo como ninfas que se bañan; fijábanse sus ojos en el Occidente, siguiendo hasta su término la superficie luminosa del océano, y una vez oculto el sol, parecia que le llamaba desde el seno del crepúsculo una voz misteriosa y divina.

No pudo resistir mucho tiempo á esta voz, y ella le hizo comprender su verdadero destino. Abandona la isla y vuelve á Salamanca. Determinado ya á tomar el hábito de Santo Domingo, entra al convento de San Estéban, donde Arconada le recibe con aquella exaltacion de júbilo y ternura que solo comprenden dos amigos que han dejado de verse por muchos años. Mas no pasan dos sin que se separen de nuevo para no volver á juntarse en el mundo. El P. Betanzos se embarca para la Española, y desde este instante presenta una nueva fase su existencia.

IV.

CONTINUACION.

Es imposible dejar de admirar mas y mas cada dia los buenos efectos que produce el consorcio del cristianismo y la ciencia, especialmente en la vida práctica. Cuando se reflexiona en la conducta depravada de los conquistadores españoles, y en el teson con que los primeros misioneros se oponian al maltrato y vejaciones de que los indios eran objeto, queda el ánimo absorto al palpar la diferencia entre el carácter de unos y otros. Cualquiera pensaria que imbuidos en unas mismas creencias, vástagos de una misma raza, educados en la misma patria, bajo la influencia de idénticas costumbres, y partícipes de los beneficios de una misma civilizacion, todos tendrian iguales miras y se enderezarian á ellas por un mismo camino.

No era así ciertamente. Mientras el fraile aspiraba á conquistar almas para el cielo, sentíase el soldado inquieto con la pesadilla de los metales preciosos: cuando el primero creia ver en los ritos y en algunos objetos de la idolatría de los americanos, semejanzas con el sistema religioso del antiguo mundo, rebosaba de alegría el compañero de Cortés al columbrar la ciudad de Cempoala, cuyos edificios al reflejar los primeros rayos del sol, le parecian de plata.

Consecuentes ambos con su idea favorita, procuraban realizarla cada cual á su modo, y en el trato con los naturales los separaba una distancia inmensa. El uno veia en ellos á los niños del Evangelio, á quienes era preciso atraer por medio de la caridad y la enseñanza á una creencia mas pura; el otro los consideraba en su codicia únicamente como séres esplotables: aquel los amaestraba á un tiempo en las prácticas religiosas y en las artes que hacen la vida menos desgraciada, y este los reducia á esclavitud y los obligaba á trabajar como béstias, para centuplicar los productos de sus heredades.

Y esta diferencia nacia de que el rudo aventurero no atesoraba mas ciencia que la de destruir, ni sentia otro estímulo que el de pasiones de baja ley, mientras el varon apostólico ilustrado con las adquisiciones científicas de la época, comprendia el verdadero espíritu del cristianismo y encaminaba todos sus esfuerzos á difundirlo entre sus semejantes. De esta manera la propagacion de la fe, que para el uno era nada mas que un pretesto, en el otro era la realidad de sus proyectos filantrópicos, el pensamiento continuo y esclusivo que absorbia toda su existencia.

La suya consagró el P. Betanzos á tan santa causa. En la Española le contemplamos entregado á la sublime tarea de la predicacion y de la conversion de los indios á la vida civil, no menos que á la defensa de los mas caros intereses del hombre, cuales son la existencia y la libertad. "No trabajó menos el santo en plantar la fe en los indios, que en reformar el desórden de muchos españoles. Es lástima aun ahora acordarnos de las crueldades y fierezas que nuestros españoles usaron, en particular en aquella isla y su comarca en los pobres indios" Así se espresa á este respecto el P. Fr. Agustin Dávila Padilla; y en otro lugar de su crónica añade: "Bien se ha parecido por los efectos cuán maltratados han sido aquellos indios, pues ha quedado ya su tierra despoblada con haber sido tan famosa. Todo se acabó y despobló por el rigor y crueldad de algunos capitanes y soldados, que interpretando siniestramente las justas leyes de los reyes católicos, llamaban promulgacion pacífica su violenta demanda de oro; y el no dársela llamaban resistencia á la promulgacion del Evangelio, y con esto los destruian."

Hácia este tiempo todavía se usaban los *repartimientos* ó *encomiendas*, especie de servidumbre contra la que tanto combatió el ilustre Las Casas. Del cronista ya citado tomamos este dato sobre una de las ocupaciones á que solian los encomenderos dedicar á los infelices que les estaban sujetos. "Enviaban (dice) á los indios á que buscasen oro en los rios, y á las indias á que cultivasen las tierras en sus propias granjas y sembrados, sin darles de comer, mas que una libranza en las yerbas y raíces del campo, y sin mas paga que un ordinario disgusto de sus trabajos, pareciéndoles á los amos poco lo hecho, respecto de lo que los hambrientos de riquezas deseaban."

Betanzos reprendia enérgicamente á los autores de tales escesos. Es un consuelo para el que medita ante el sangriento y

lòbrego espectáculo de la historia, hallar casi siempre al lado de los opresores quien abogue por las víctimas. Si la defensa no surte el efecto apetecido, si en la lucha con la maldad es derrotada, no por eso alcanza menos prez; su gloria reside no precisamente en el triunfo, sino en la proclamacion de la justicia ante la violencia, en la protesta incesante y audaz de la libertad ante la tiranía!

Tal fué el noble papel que desempeñò Fr. Domingo durante su residencia en la Española, hasta que movido por las instancias del P. Fr. Tomás Ortiz, y ansioso de nuevas conquistas, se vino con él á Méjico.

Ya dijimos lo bastante acerca de esta peregrinacion, de las circunstancias que la acompañaron, y de su término final que fué el establecimiento de la órden dominicana en esta capital, de donde se estendiò por toda la entonces Nueva-España. Réstanos seguir los pasos de nuestro escelente fraile despues de la fundacion.

Inútil parece advertir que su conducta en el nuevo teatro á que le llamó la Providencia no desdijo en nada de la que habia observado en la Española, señaladamente con respecto á los indios.

En efecto, él fué su constante patrono, y abogó siempre porque se les tratase con los miramientos debidos á su dignidad de hombres. Con este objeto, y para dar una leccion severa á los que medraban con el trabajo y vida de los infelices naturales, desechó siendo prior de este convento la propuesta del gobernador Alonso de Estrada, que tenia comision del emperador para dar pueblos en encomienda, sobre que los de Cuitlahuac, Mexquic, Zumpango y Xaltocan, que están fundados en la laguna, tributasen al convento de Santo Domingo, en pescado fresco, lo que habian de tributar en dinero y maíz á otro encomendero.

En esta repulsa no solo tuvo por mira el bienestar de los mejicanos, sino la santidad de costumbres de los regulares, á quienes quiso mantener en el estado de pobreza evangélica que profesaban. Por esta misma causa rehusó siempre admitir rentas y tener haciendas, aunque con importunos ruegos le ofrecian los ciudadanos de Méjico grande cantidad de dinero y posesiones.

Parecióle mas conforme al espíritu de su instituto vivir de mendicidad; y consecuente con esta idea enviaba diariamente á sus frailes por las calles de dos en dos con árgenas al hombro,

que pidiesen la comida por amor de Dios. Si alguno de estos buenos religiosos, salvando los umbrales de la muerte, apareciese hoy en medio de nosotros, ¿qué pensaria de nuestras contiendas por unos bienes que vieron ellos con tanto desprecio y aun aversion?

Pero no solo estableció que en comun careciese de propios toda la provincia, sino que en particular cada fraile fuese muy pobre: "vestíanse, como afirma el cronista ya citado, de una jerga gruesa que se hacia entonces. Era el sayal muy tosco y las ropas cortas y angostas, por el órden que mandan las constituciones. La túnica era una ropa á raiz de las carnes, y luego el hábito llamado saya, y escapulario y capilla de lo mismo."

Todos, aun los prelados, caminaban á pié, y no habia escepcion de esta regla ni tratándose de largas distancias, como de Méjico á Tehuantepec. Seria verdaderamente pasmoso ver á un anciano como Fr. Domingo, atravesar las ásperas serranías de Oajaca y Chiapas para ir á fundar su órden á Guatemala: al volver á la capital encontró en el camino á Pedro de Alvarado, que ya sincerado en la corte de los cargos que contra él pesaban, regresaba con gran pompa y acompañamiento á Guatemala como gobernador y capitan general de aquellas provincias. ¡Singular contraste el de aquellos dos hombres, uno de los cuales viajaba con un séquito régio, mientras el otro no llevaba consigo mas recursos para subsistir que la pobreza, ni mas compañeros que su báculo y su breviario!

Antes de pasar á bosquejar los progresos ulteriores de la órden de Santo Domingo en nuestro país, no conviene apartarnos de los primeros años de su fundacion sin referir dos casos que patentizan la benéfica influencia que ejercian los frailes en aquella época. Corresponde el primero al órden público. Dejemos hablar al P. Fr. Antonio de Remesal.

"En los primeros dias del gobierno de Alonso de Estrada, hubo ciertas palabras entre Diego de Figueroa, vecino de Méjico, y Cristóbal Cortejo, criado de D. Fernando Cortés, que salió herido de la pendencia, y sin darle lugar á que se curase, en término de una hora, sin acusacion de parte, se hizo Estrada fiscal y juez, y le sentenció á cortar la mano izquierda, sin oirle ni admitirle apelacion. Y al escribano que le notificó la sentencia, por harto liviana ocasion, maltrató de palabra y obra.

"Cortada la mano á Cortejo, le mandó volver á la cárcel, por-

que juntamente le sentenció á destierro de toda la Nueva-España, para hacerle cumplir el dia siguiente esta segunda pena. Temíase este colérico gobernador de que D. Fernando Cortés, que habia sentido, como era razon, la desgracia de su criado, procurándola vengar, ya que no la podia deshacer, se volviese contra él. Y tomó á censo otra inconsideracion, y envió á notificar á D. Fernando Cortés, que se saliese de la ciudad, y que so pena de la vida no quebrantase el destierro. Abrasóse Méjico con este decreto, y acudió toda la ciudad á D. Fernando, ofreciéndose á impedir su salida, con todo el daño posible de quien la mandaba hacer. Pero mientras mas gente acudia á casa de Cortés con este intento, él se daba mas prisa á aprestarse para cumplir su destierro: cosa que se tuvo por ejemplo digno de inmortal alabanza de D. Fernando Cortés, y de su gran valor, prudencia, y respeto á los ministros del rey, porque estuvo en su mano usar con Alonso de Estrada, el término que habia usado con él, y peor que el que ejercitó con su criado Cristóbal Cortejo."

A este estremo habian llegado las cosas, cuando nuestros frailes se presentan por primera vez en la capital. Hállanla dividida en dos bandos; pero en lugar de entrar á las filas de alguno y atizar la discordia, deploran esta desgracia como una horrible calamidad, y emplean todos los recursos que les ministraban su ingenio y su sagrado carácter, en conjurarla ó por lo menos aplicarle algun remedio. "Rogaban á unos, suplicaban á otros, poníanse de rodillas á los piés de quien querian persuadir dejase el enojo contra su prójimo, y si era menester, sacaban del corazon lágrimas vivas, testimonio de su gran caridad, para mover á mas compasion de los daños que de no se hacer lo que pedian se podian seguir. Ejercitáronse en esto muchos dias hasta dar fin á la guerra civil que se trazaba por el destierro de D. Fernando Cortés el P. Fr. Tomás Ortiz y el P. Fr. Domingo de Betanzos, que de todos sus compañeros eran los que mas salud tenian. Y por órden suya, para confirmacion de las paces, D. Fernando Cortés sacó de pila á un hijo de Alonso de Estrada, que le nació estos dias: y tratándose de allí adelante los dos gobernadores de compadres (parentesco de grande union en aquellos tiempos, y no poco celebrado en estos) nunca jamás tuvieron diferencia alguna." ¡Qué no hayan vivido en nuestros dias al-

gunos eclesiásticos de esta especie! ¡Cuánto menores serian los males que tuviéramos que deplorar! . . .

El segundo de los casos á que nos referimos mira al órden privado, y es una escena de costumbres.

En la casa del marqués del Valle, que comprendia varias de las que dan frente á la plazuela del Empedradillo, están reunidos algunos amigos de aquel con ánimo de divertirse. Propone uno jugar, por via de pasatiempo, y queriendo que al pensamiento corresponda luego la ejecucion, arroja sobre una mesa los naipes que ya traia consigo. Opónese el marqués con otros de los concurrentes, haciendo memoria de los rayos lanzados desde el púlpito por el padre Betanzos contra los escesos del juego: hay sesudas observaciones de parte de unos, y clamores y acaloramiento de parte de otros; mas al fin prevalece la idea de los que deseaban jugar.

Siéntanse todos al rededor de la mesa, y en breve no se oye mas ruido que el de los naipes al escapar de manos del banquero, y el del oro que circula con profusion.

Todos los rostros están desencajados, las miradas fijas en un centro comun, las respiraciones fatigosas ó contenidas: no se hace uso de la palabra sino para espresar el gozo por el acierto, ó prorumpir en desalmados juramentos por la derrota.

Entre tanto el cielo se ennegrece: es de tarde y empieza á faltar la luz. Invade el cenit una nube inmensa agitando sus designales partes como los negros miembros de un monstruo: fulmina, truena, y vomita de su seno un aguacero tan copioso, que amenaza á la ciudad con un nuevo diluvio.

Los habitantes están consternados: muchos, en medio de su turbacion, publican á voces sus culpas. El agua que inunda las calles se introduce con estrépito en las casas bajas.

Entre tanto, los jugadores siguen impasibles en su malaventurado entretenimiento: todos parecen ceder á una fascinacion diabólica. A la luz del sol que los envolvia en una claridad apacible, ha sucedido la artificial que derrama una bujía colocada en la mesa, y que alumbra sus semblantes pálidos y descompuestos con siniestro resplandor.

De súbito el edificio todo se estremece, cruje el techo, y un rayo que cae á plomo sobre la mesa, la hace astillas. . . .

En medio de la oscuridad, humo y polvo que siguieron á este instante indefinible, apenas se logra ver á los actores de la

Litog de Iriarte y Cª

PATIO INTERIOR DE Sto DOMINGO DE MÉXICO

escena, helados de espanto, con los ojos fuera de las órbitas y tendidos en el suelo.

—¡Castigo del cielo!

—¡Favor! favor!

—¡Dios mio, piedad!

Tales son las únicas palabras que se oyen en la sala luego que empieza á renacer la serenidad en aquellos ánimos conturbados. . . . .

El dia siguiente amaneció tranquilo y alegre: asomó la aurora por el horizonte, pura y divina, como una sonrisa de la naturaleza.

Todavía las calles estaban en parte inundadas y en parte cubiertas de cieno; pero en las acequias que atravesaban la ciudad, la agua espejeaba, y de trecho en trecho ofrecia á la vista el animado cuadro de las canoas y las chalupas cargadas de verdura y flores.

Una brisa sutil, enriquecida con los perfumes de los jardines y bosques del valle, acariciaba los sentidos como una emanacion del paraíso.

Los habitantes de la capital, formando corrillos, no hablaban de otra cosa sino de la tempestad pasada, y del suceso lastimoso que tan fatal pudo haber sido á Cortés y sus amigos. Alegrábanse, sin embargo, al saber que ninguno habia padecido grave daño. Y como todas las impresiones se borran pronto del corazon, desvanecido el temor de la víspera, volvian á su puesto la tranquilidad y la confianza.

Pero mientras los pacíficos vecinos se entregaban sin zozobra á las delicias del presente, ocurria en el convento de Santo Domingo algo que llamaba la atencion.

Arrodillados ante un fraile se veian en el claustro algunos caballeros engalados con primor.

Era el fraile un anciano pobremente vestido, pero de un rostro venerable en que asomaba la limpieza de corazon; uno de esos rostros modestos y animados á un tiempo, que como el de algunos bienaventurados que admiró el Dante, insinuan la caridad, *visi a carità suadi*.

Los caballeros inclinan la frente y clavan los ojos en el suelo, atreviéndose apenas á desplegar los labios.

Rodeado de ellos el anciano permanece en pie, con los brazos cruzados, mirándolos con amor.

Tras algunos instantes de silencio, uno de los caballeros, el que entre todos parece de mas autoridad, toma la palabra para manifestar que vienen con objeto de confesar una falta y pedir á Dios perdon. Entregáronse al juego el dia anterior; profirieron varios juramentos; se olvidaron del cielo; pero el cielo tronó contra ellos, desató uno de sus rayos, y este rayo antes fué de misericordia que de ira, porque solo sirvió para hacerles conocer su error y encaminarlos al arrepentimiento. Ruegan por lo mismo al anciano que implore por ellos la divina clemencia.

Este anciano era Fr. Domingo de Betanzos.

V.

NO SON HOMBRES LOS INDIOS.

Tal es el prestigio saludable de que rodean al hombre las sólidas virtudes. Pero nuestro apóstol no se aprovechaba del suyo sino para bien de sus semejantes, y especialmente de los oprimidos, los desdichados indios, cuyos padecimientos aliviaba siempre que estaba en su mano. Aunque ageno á la política por razon del ejercicio de su ministerio, no lo estaba á la compasion que escitan las miserias de la especie humana cuando son causadas por los errores ó la mala fe de los que tienen en su poder la felicidad ó desgracia, la vida ó la muerte de los hombres. Entre el partido del tirano y el del siervo no era dudosa su eleccion.

Mas de una vez tuvo ocasion de demostrarlo; pero ninguna con mas veras que cuando cegados los encomenderos por su sórdida codicia, no solo vejaban á los indios, sino que para hacerlo á mansalva y establecer la servidumbre sobre inalterables bases, llegaron á idear la mayor ofensa con que podian zaherirlos, negándoles la racionalidad. "No son hombres los indios, se

oyó decir por todas partes; apliquémoslos al trabajo con dureza, y si perecen abrumados bajo el yugo, al fin son béstias."

El buen sacerdote quedó mudo de estupor al escuchar tales palabras que envuelven un concepto tan injurioso á la dignidad humana. Escandalizado de que hombres que blasonaban de cristianos las profiriesen y divulgasen, sintió conmovido su corazon de una manera estraña; y ardiendo en un celo de que solo es capaz el hombre en los mas floridos años de su vida; por la honra de la religion que ha proclamado el santo dogma de la unidad de nuestra especie, por la honra del nombre español comprometido ante el tribunal inapelable de la historia y la filosofía, resolvió oponerse con todas sus fuerzas, con la omnipotencia de la virtud y la palabra, á la adopcion y propagacion de tan absurda y sacrílega doctrina.

Y consiguió su objeto.

Empuñaba á la sazon las riendas del gobierno de esta provincia. La influencia que le daba el puesto acrecentaba la que ya antes ejercia por sus demas merecimientos. Siendo esto así, ni habia dificultades que no desatara su ingenio, ni estorbos que su caridad no removiera; y apadrinando la causa de los mejicanos como si fuera propia, lo que en favor de ellos no conseguia en el púlpito, lo intentaba en las conversaciones privadas con los encomenderos, interponiendo la mediacion de sus comunes amigos, patentizando el error con argumentos vigorosos y avasallando por fin las voluntades.

Hizo mas.

Persuadido de que una declaracion de la Santa Sede sobre este particular seria decisiva, envió á Roma á solicitarla al P. Fr. Bernardino de Minaya, varon docto é infatigable en las tareas apostólicas. Sus instrucciones se redujeron á pedir *declaracion de que los indios son hombres y capaces de sacramentos.*

Minaya apresuró su viaje, y sin detenerse mas de lo preciso en los puntos de su tránsito, llegó á Roma y obtuvo de Paulo III, sin tropezar con el menor inconveniente, lo que pretendia.

Consta la declaracion de S. S. en una bula, que por no ser conocida de todos nuestros compatriotas, nos parece que no será mal vista en este lugar. Por ella se vendrá en conocimiento que si algunos papas comprometieron su dignidad por la ambicion y aun la codicia; si el gobierno temporal y los cuidados que exige les hicieron no pocas veces perder algunos palmos en la

consideracion universal, nivelándolos con los demas reyezuelos de Italia; si el tráfico de las cosas sagradas en que empleaban una mano, impedia á la otra empuñar bien el cayado del pastor; y finalmente, si el esplendor de la tiara llegó á poner en olvido la aureola de santidad que circundaba la venerable frente de los inmediatos sucesores de San Pedro, no obstante es menester convenir que una de las glorias del pontificado ha sido el velar sobre la libertad de los pueblos, fulminando anatemas contra los tiranos, y que si alguna vez fomentó la sed de conquistas de los reyes, nunca prestó su asenso á la violacion de los sacrosantos fueros de la humanidad.

El documento á que nos referimos, traducido del latin, es del tenor siguiente:

"Paulo Papa III. A todos los fieles cristianos que las presentes letras vieren, salud y bendicion apostólica. La misma verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, cuando enviaba los predicadores de su fe á ejercitar este oficio, sabemos que les dijo: "Id y enseñad á todas las gentes." A todas, dijo, indiferentemente, porque todas son capaces de recibir enseñanza de nuestra fe. Viendo esto y envidiándolo el comun enemigo del linaje humano, que siempre se opone á las buenas obras para que perezcan, inventó un modo nunca antes oido, para estorbar que la palabra de Dios no se predicase á las gentes, ni ellas se salvasen. Para esto movió algunos ministros suyos, que deseosos de satisfacer á sus codicias y deseos, presumen afirmar á cada paso que los indios de las partes occidentales y las del mediodía, y las demas gentes que en estos nuestros tiempos han llegado á nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos á nuestro servicio como animales brutos, á título de que son inhábiles para la fe católica: y so color de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre, y los afligen y apremian tanto, que aun la servidumbre en que tienen á sus béstias apenas es tan grande como la con que afligen á esta gente. Nosotros, pues, que aunque indignos, tenemos las veces de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerzas hallar sus ovejas, que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducirlas á él, pues es este nuestro oficio, conociendo que aquestos mismos indios como verdaderos hombres, no solamente son capaces de la fe de Cristo, sino que acuden á ella corriendo con grandísima prontitud, segun nos consta: y que-

riendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos, que los dichos indios y todas las demas gentes que de aquí adelante vinieren á noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados ni deben serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes; y que no deben ser reducidos á servidumbre: declarando que los dichos indios y las demas gentes han de ser atraidos y convidados á la dicha fe de Cristo, con la predicacion de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinacion se hiciere, sea en sí de ningun valor ni firmeza: no obstante cualesquiera cosas en contrario, ni las dichas, ni otras, en cualquier manera. Dada en Roma, año de mil y quinientos y treinta y siete, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro pontificado."

Con declaracion tan solemne alcanzó Betanzos una victoria que ya nadie se atrevió á disputarle. Los pasos anteriores de su carrera evangélica nos revelan la celsitud de su carácter, siendo otros tantos títulos que le hacen digno de eterno galardon; pero este fué y será siempre su mejor timbre.

VI.

NUEVAS EMPRESAS.—ULTIMA PEREGRINACION.

La planta habia arraigado y era ya un árbol que crecia vigorosamente, albergando en su frondosa copa á las aves del cielo, y convidando con su sombra al cansado peregrino. Sin embargo, era menester que al rocío bienhechor que desciende de las regiones del bien, se asociara el riego del hombre para que las raices no solo profundizasen en la tierra, sino que se estendie-

ran por todas partes, echando hijos que llegaran á ser con el tiempo otros tantos árboles escelsos.

Betanzos comprendió esta necesidad, y se dedicó á satisfacerla con un cariño verdaderamente paternal. Fundado estaba el edificio de su religion: veíase enarbolado en la cima el magnífico estandarte donde habia escrito "Amparo y proteccion á los desvalidos." Pero era menester que esta enseña flamease en los mas remotos ángulos del territorio nacional, y que la divisa fuese conocida de todos sus habitantes.

Para lograrlo, el buen fraile no solo emprendió viaje á Guatemala y fundó el primer convento de aquella provincia, como se ha dicho, sino que procuró y realizó el establecimiento de otros en las cercanías de Méjico, y aun en los distritos mas lejanos como la Misteca, enviando á este fin á los religiosos que conceptuaba mas inteligentes, activos y virtuosos.

Fruto de este celo, merecedor de toda alabanza, fué por de pronto el convento de Tepetlaoxtoc, dedicado á Santa María Magdalena.

En seguida, y cuando vinieron de España otros ocho religiosos, fundáronse las casas de Oaxtepec, donde aprendieron la lengua mejicana, y sucesivamente las de Chimalhuacan, Chalco y Coyohuacan. En una palabra, el año de 1591 tenian ya los religiosos domínicos en nuestro país sesenta y seis casas, con el competente número de conventuales, en las que se enseñaban las lenguas indígenas, habiendo algunos que sabian hasta siete, y predicaban en todas con notable maestría.

Mas perdamos de vista por un momento el principio y adelantos de la órden dominicana en Méjico, para seguir al P. Betanzos en sus últimos dias. De ninguno mas propiamente que de este hombre venerable se pudo decir que su vida fué una peregrinacion sobre la tierra; aunque si se fija la atencion en las muchas que hizo y en los bien sazonados frutos que de ellas obtuvo, se deberá concluir, ó que en él han vivido al mismo tiempo otros hombres, ó que supo con las obras multiplicar su existencia hasta el grado de hacerla equivalente á la de muchos.

Esto, que se presenta con visos de paradoja, es realmente una verdad para quien estudia su vida. Desentendiéndonos esta vez del período de su juventud, ya de suyo interesante por las eminentes virtudes que en él ejercitó, y tomando el hilo de su historia desde que dejó el convento de San Estéban para venir á

América, ¡cómo no admirar á un hombre á quien el esceso de vida obligaba á entrar y discurrir por distintos senderos, si bien para llegar á un solo término! Hubo de sentir en su alma un vacío que no podia llenar sino lo infinito, y he aquí por qué desplegaba esa actividad inagotable, siempre creciente, siempre eficaz y bien dirigida, que le hacia adoptar no un medio solo, sino muchos, para conseguir el fin que se proponia: por esto aparece su vida una y múltiple; su carrera abraza al mismo tiempo otras carreras, y la aptitud que tiene para una la acredita para todas: por eso le vemos en el claustro perfecto cenobita, en la predicacion ardiente apóstol, en la ciencia letrado distinguido, y en la sociedad cristiano severo y filántropo sublime.

Pero el noble viajero se acercaba á la meta que habia tenido siempre á la vista, y cansado del camino, solo deseaba reposar en el Señor. Todas las épocas de su vida están señaladas por otras tantas peregrinaciones, y le habia llegado su vez á la última. Cuando jóven le vemos dejar á Salamanca, donde su virtud podia suscitarle peligros, y encaminarse á Roma: de allí parte á sepultar esta misma virtud en el retiro de la isla de Ponza: cinco años despues regresa á Salamanca y viste el hábito de Santo Domingo en el convento de San Estéban: en seguida toma el báculo y las sandalias para dirigirse á Lúcar, donde se embarca rumbo á la Española: de esta isla viene á Méjico; de aquí va á fundar su órden á Guatemala; vuelve luego que ha llenado cumplidamente su objeto, y emprende de nuevo su camino á Roma para solicitar de la Santa Sede la independencia de la provincia de Méjico de la de la Española, que pretendia tenerla sujeta. Pasado algun tiempo le vemos aquí de regreso, dedicado como antes á sus tareas evangélicas. Y cuando agobiado por los años, pero no abatido, esperaban todos los que tenian la fortuna de conocerle que exhalaria en esta tierra el último suspiro, quedan atónitos al observarle emprendiendo una nueva peregrinacion en compañía del P. Fr. Vicente de las Casas. ¿A dónde dirige sus pasos el anciano apóstol?

Fijos lleva los ojos en el Oriente, donde brilla una luz divina que le embriaga y atrae con mágia irresistible. ¿Será la imágen de la patria que hermosa y radiante como un angel le invita á morir en su regazo? Pero el discípulo de San Pablo no tiene mas patria que el suelo donde hay hombres que gimen. Otro

es el imán que ejerce en su alma tanto imperio; otro el lucero cuyos fulgores le hechizan.

Allá en las regiones de la aurora contempla una tierra sagrada, objeto del culto y de las bendiciones del mundo; tierra de amor y prodigios, sembrada de tiernas memorias, y teatro donde se representó el drama inefable de la redencion del género humano. . . . . Allá le llevan sus ansias, quisiera volar en alas de su anhelo, y despreciando la cárcel del cuerpo, su mente salva las distancias. Quiere regenerarse en las linfas del Jordan y apagar la sed en los rios que nacen del Eden perdido; quiere aspirar las brisas impregnadas del olor de los cedros del Líbano, contemplar en su magestuoso aislamiento á la ciudad deicida, y meditar á la sombra de los olivos seculares que inclinaron sus ramas para acoger la tristeza y sublime agonía del hombre-Dios; ¡quiere morir en la Tierra-Santa!

Pero quiso Dios llamarle á sí antes de que se cumplieran sus deseos. Embarcóse para España; navegó con próspero viento, y en el mes de Julio de 1549 aportó á San Lúcar. Continúa su camino sin encontrar el mas mínimo estorbo, y con esto cobra nuevos bríos su esperanza; mas al llamar á la puerta del convento de San Pablo en Valladolid, se siente gravemente enfermo, y algunos dias despues deja de existir para el mundo.

Refiérese que poco antes de espirar, ocupado todavía en la suerte de los indios, anunció en tono profético su completa desaparicion, "de suerte que antes de muchas edades se habia de preguntar de qué color eran los que vivian en estas tierras antes que los españoles viniesen á ellas." ¡Tales serian los tratamientos que recibian entonces de parte de los nuevos señores de este continente! Y nosotros ¿hemos hecho lo posible por impedir ó á lo menos aplazar el cumplimiento de esa profecía? ¿Qué deben los hijos de la raza conquistada á los actuales descendientes de los conquistadores? Ya no existen los repartimientos, ¿pero ha desaparecido la servidumbre de las haciendas? Los progresos de la civilizacion han hecho pedazos la vara del encomendero, mas ¿quién piensa romper el látigo del mayordomo? ¿Quién se propone de buena fe disipar la nube de ignorancia que envuelve á la clase indígena? ¿Dónde están las escuelas gratuitas que se hayan fundado en los pueblos para instruirla? ¿Quién de nuestros gobiernos ha pensado enjugar sus lágrimas y respetar sus dolores, esos dolores íntimos y silenciosos que sobrelleva sin

murmurar? ¡Libertad y reforma! ¡Religion y fueros! ¡Progreso! ¡Garantías! . . . . Palabras huecas para nosotros, sonsonete de voces cuyo sentido es arbitrario, sombras sin sustancia, máscaras de ideas sin ideas. Los crédulos, los embaucadores, y tambien los amantes de la verdad, salgan de las capitales y vean qué son las instituciones en un pueblo de indios. La libertad es allí el trabajo forzado y la esplotacion del hombre por el hombre; las garantìas son la leva; el progreso es el *statu quo* de la ignorancia; la reforma el *requiescant in pace* de los abusos; la religion la idolatría.

Oh! en medio de tantos declamadores sin meollo, de tantos hombres de Estado que no han salido de garitas, de tantos apóstoles sin fe ni caridad; en medio de las entidades que se disputan el poder como un presa, de la afluencia de ambiciones ridículas ó descabelladas, de los proyectos absurdos, de las miras innobles y de los principios-pretestos; en medio de los sepulcros blanqueados de la política, ¡cuán satisfactorio es apartar la vista del mezquino panorama del presente, y salvando horizontes mas limpios, llegar á una edad remota, trasladarse á un recinto sagrado y asistir á los últimos instantes de hombre humilde que ha empleado la vida en bien de sus semejantes, sin ostentacion ni esperanza de recompensa! ¡Cuán grato es observar que en aquella hora suprema su último pensamiento es para la humanidad, y el último suspiro que exhala para una raza oprimida!

La noticia de la muerte de Betanzos se propagó en España y América con la rapidez del relámpago, y en todas partes se consideró la pérdida de este hombre como una calamidad. Valladolid se conmovió, y todos sus moradores se agolpaban á las puertas del convento pidiendo á voces que se les permitiera contemplar los restos del varon esclarecido, muerto en olor de santidad. Dificultad hubo en evitar que no acabasen por dejar desnudo su cuerpo venerable, pues tanto así era el empeño que cada uno tenia en quitarle un retazo de sus vestidos para conservarle como sagrada reliquia, reliquia del santo apóstol mejicano, como entonces le llamaban.

Así acabó sus dias este hombre singular. Consagrado á las tareas apostólicas de una manera esclusiva, si bien atesoraba buenos conocimientos en todas materias, apenas tuvo tiempo para escribir. La única obra suya que ha llegado á nuestra no-

ticia tiene por título *Adiciones á la doctrina cristiana, que compuso Fr. Diego de Córdova.*

Pero sugetos como el héroe de esta historia, no han menester estampar su nombre en la portada de un libro para legar su memoria á la posteridad. Fresca y suave la guardarán los siglos como un perfume del cielo. Nosotros hemos aspirado ese perfume delicioso, y aun sentimos en el alma un gozo que no se disipará jamás. La vida de Fr. Domingo Betanzos es la de un modesto religioso, pero un religioso ajustado á los preceptos del antiguo instituto, y á las exigencias de todas las sociedades y de todos los tiempos: resplandece en ella el verdadero discípulo de Jesucristo, digno de estima por las obras y por los subidos quilates de la virtud. Al seguirla en todo su curso y peripecias, el corazon no puede menos de prendarse de un hombre que tan ardientemente profesaba el culto de Dios y de la humanidad, llevando el amor divino hasta la abnegacion, y el de sus hermanos hasta el sacrificio.

VII.

CALAMIDADES.

En el cuadro cuyo velo vamos poco á poco descorriendo, todas las figuras son bellas, todas subyugan al alma porque muestran en la frente el sello de la virtud. Y aunque la del P. Betanzos es entre ellas la mas descollante, quedan otras de segundo órden no menos amables que irá contemplando el lector en el curso de esta narracion. Pero así como no hay pintura sin sombras, ni grande efecto artístico sin contraste, no faltó al lado de los religiosos eminentes, cuya vida estudiamos, un mal fraile, una figura siniestra y mezquina que realza el mérito de las otras en el hermoso grupo de los primeros fundadores de nuestro convento.

Era este desgraciado (de cuyo nombre no quiso acordarse el cronista, y será bien que respetemos su olvido) un jóven adinerado de esta capital, que errando de medio á medio la vocacion, y cediendo á un entusiasmo pasajero, tomó el hábito de Santo Domingo.

Durante el año del noviciado mostró felices disposiciones para la vida á que se consagraba, y ni el monge mas austero hubiera observado un levísimo lunar en su conducta; mas apenas trascurrieron algunos meses despues que hizo la profesion solemne, cuando empezó á descubrir su verdadero carácter, que era el reverso del que habia manifestado. Comenzó por desobedecer á los superiores, siguió por burlarse de sus piadosas amonestaciones, y acabó por insultarlos de un modo acerbo y entrar frenético en la carrera del libertinaje y escándalo.

Llegado á este estremo, deploraron los religiosos sus yerros sin pretender que se redujese á buen camino, porque lo consideraron inútil; y la determinacion que tomaron todos de comun acuerdo, fué despojarle de un hábito que era indigno de vestir y echarle ignominiosamente á la calle, como lo verificaron. ¡Mengua eterna á los hombres que por no malquistarse, vuelven los ojos á un lado para no ver los abusos! ¡Honra y prez á los que arrostrando los peligros del escándalo, antes quisieron mostrar que se habian equivocado en su eleccion, que abrigar una serpiente en su seno!

Mas no deseaba otra cosa el fraile libertino, y una vez desbocado por el carril del mundo, no tuvo límites su corrupcion. La capital fué ya un círculo estrecho para su vida licenciosa, y acompañado de dos jóvenes perversos como él, á quienes erróneamente apellidaba amigos, parte á lejanas tierras á hacer gala del asqueroso cáncer que le devoraba.

Desde este punto se pierde el hilo de su historia, y no le hallaremos sino hasta algunos momentos antes de su muerte, ocurrida en Tabasco. Solazábanse los tres compañeros á orillas de un rio caudaloso. Era la siesta: las aves se acogian al follaje de los árboles para escudarse contra los rayos de un sol tropical; apenas tienen aliento para confiar al aire alguna que otra melodía. Las flores de las márgenes se inclinan desmayadas por el calor, y no se mueven sino al pasar alguna brisa perdida, que suena entre las hojas como un suspiro de la soledad.

Entre tanto, los jóvenes recostados sobre la grama veian espe-

jearse las copas sombrías, y las cortinas de lianas intrincadas y caprichosas. Vaga el rio mansamente, ostentando una superficie tersa y cristalina como una alma sin doblez El cielo, de un azul claro donde juega la luz diamantina, tambien se retrata en aquella agua purísima, ofreciendo la imágen de una vida tranquila, dedicada al cumplimiento del deber. Los tres espectadores se gozan en aquel cuadro sin hablarse: dos de ellos recogen en el fondo de su corazon el placer inefable que gota á gota se desprende de los objetos; pero el otro pasa adelante con la consideracion; piensa en su destino, y de recuerdo en recuerdo llega hasta los dias serenos de su niñez embellecidos por el cariño maternal, por los contentos embelesadores de la familia, y por el entusiasmo religioso que Dios hace gustar á la inocencia. Piensa despues en los estravios de su juventud, y entonces el remordimiento suscita en lo íntimo de su alma una tempestad horrible que le hunde en la desesperacion: quiere un instante volver al sendero de la virtud, mas luego se arrepiente, cree delirar, y rie y se burla de sí mismo.

En este instante brota del rio un estraño ruido; la superficie se turba formando olas que avanzan hasta la orilla, y en medio del agua trasparente aparece un monstruo que se dirige hácia los espectadores nadando y con los ojos hechos brasas. Es un enorme cocodrilo.

Al verle aquellos dan un grito de terror y emprenden la fuga á todo correr; pero el terreno escabroso y casi escarpado opone un obstáculo invencible á la soltura de sus movimientos, y el reptil espantoso que los sigue no descansa hasta hacer presa en el que se queda atrás, á quien despedaza y devora.

Este infeliz no era otro que el fraile renegado, cuya vida y lastimoso paradero deplorarou los domínicos como una calamidad

Con otra quiso afligirlos la Providencia, que en aquellos tiempos de fe sincera y de gran fervor religioso se tuvo por un azote del cielo.

Hallábase en Guatemala Fr. Domingo Betanzos, y el religioso que durante su ausencia habia quedado haciendo las veces de prior en el convento, quiso decir misa cierto dia muy de mañana, y antes del amanecer se encaminó á la iglesia. No celebraba el santo sacrificio sin prepararse con un rato de oracion, y acostumbraba hacerla delante del sagrario. Llegóse en

esa ocasion á un sitio próximo al altar; ¡mas cuál seria su asombro al notar que la puerta del sagrario estaba abierta y los objetos contiguos en desórden! Acércase, registra, y helado de espanto ve que falta la urna en que estaba guardada la custodia.... —¡Robo sacrílego! ¡se han llevado al Santísimo Sacramento! el Señor castiga en nosotros alguna grave culpa! . . .

Tales fueron las esclamaciones que resonaron por todo el convento, y que pronto tuvieron eco en la ciudad. Dia fué este de luto y consternacion para los frailes, no menos que para los vecinos todos.

Salieron los primeros, y voz en cuello, con las mejillas humedecidas en llanto, publicaban por calles y plazas el desgraciado suceso, dando á conocer muy á las claras que no habia medio humano que los sacase de aquella tribulacion. Dispusieron por tanto, de acuerdo con las autoridades, implorar la piedad divina en un acto solemne á que concurriesen todos los habitantes, por ver si con este arbitrio lograban conmover las entrañas del impío que cometiera tan abominable desacato, y le decidian á confesar su crímen así como á entregarles la custodia.

En consecuencia se hizo el dia siguiente una procesion de sangre, á la que asistieron los principales vecinos, la audiencia y el marqués del Valle, que no dejaba pasar ocasiones como esta sin aprovecharlas, para acreditar mas y mas su amor á la religion y el gran respeto con que miraba á los padres dominicos. En ella salieron estos descalzos y con la cabeza cubierta de ceniza, asociados á los franciscanos, y todos presididos por el P. Fr. Martin de Valencia, que al mismo tiempo iba predicando. Adoptó por testo las palabras *quem quæritis?* que dirigió Jesucristo á los judíos que venian á prenderle, y desarrollando todo su sermon sobre ese tema, hacia derramar abundantes lágrimas al auditorio.

Tal fué el modo con que procuraron aquellos frailes sencillos reparar el sacrilegio. La autoridad por su parte hizo tambien lo posible por descubrir al criminal, pero en vano: todo el fruto que dieron sus pesquisas fué el haber hallado á orillas de la laguna varios fragmentos de la urna susodicha.

La tercera de las calamidades que nos hemos propuesto referir no cayó directamente sobre el convento de Santo Domingo; pero siendo un suceso perteneciente á la historia general del país, en que figuran los religiosos á un tiempo como víctimas y

como ángeles de caridad, seria culpable omision no consagrarle algunas líneas. Para esto nos trasladaremos al año de 1575.

Algunos antes habian celebrado los españoles el quincuagésimo de la toma de la capital con públicos festejos, en que tuvieron participio los indios, como si quisiesen demostrar que, olvidados de sus antiguas glorias, no daban ya ningun valor al holocausto de su independencia, y mas bien se afanaban en adornar con rosas el yugo que los oprimia. Depuesta la actitud hostil que no pocas veces habian manifestado recien hecha la conquista, empezaban á complacerse en el letargo que produce la costumbre de la esclavitud, y ya solo apetecian una paz no interrumpida. Pero el cielo, que miraba su envilecimiento con desden, iba á mandar sobre ellos, no los desastres de la guerra pero sì los males de una plaga mas terrible.

A la aparicion de un cometa sucedió un dia la de las parelias, que se vieron desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. De aquì tomó ocasion el vulgo para hacer anuncios funestos, y el resto del año se pasó en continuos sobresaltos.

Mas por una de aquellas raras coincidencias que se efectúan en el órden de los humanos sucesos, el siguiente año vino á justificar los temores que se habian concebido. Una peste horrible empezó á desarrollarse entre los naturales con tal vehemencia, que para curarla no bastaban los muchos médicos que habia, y aunque estos se hubieran multiplicado, no hubieran sido de provecho, siéndoles incógnita la causa y sus remedios. 'No sabemos (dice el P. Cavo, de quién es esta noticia) en qué lugar haya comenzado, pues los autores lo callan. Lo que consta es que por mas de seiscientas leguas desde Yucatan hasta los Chichimecas, corrió con tal mortandad de los naturales, que en la historia de Méjico no tiene ejemplar.

"Entrada la primavera, sin haber precedido causa alguna, comenzaron los mejicanos á sentir fuertes dolores de cabeza, á estos sobrevenia calentura, que les causaba tal ardor interior, que con las cubiertas mas ligeras no podian cobijarse. Nada los recreaba mas que el salir de sus pobres casas y echarse ó en sus patios ò en las calles, lo que hacian los que carecian de asistencia: á esto se agregaba una perpetua inquietud, y sobreviniéndoles flujo de sangre á las narices, á los siete ó nueve dias morian. Si alguno por dicha escapaba de este fatal término, quedaba con tal debilidad, que á cada hora temia la muerte.

"Ninguna casa de los mejicanos fué esenta de esta calamidad, por haberse pegado la peste de unos á otros, y esta fué la causa del grande estrago que hizo. Aquellos que ò no tenian deudos que los asistiesen, ó cuyas familias todas estaban contagiadas, no teniendo quien les ministrara aquel corto alimento de atole, como llaman en Méjico, ó de poleadas de maíz, morian de hambre; y fueron tantos los que murieron por esta causa, que acaso á los principios mayor estrago hizo la necesidad que la peste. Esta no perdonó sexo ni edad, y causaba horror entrar en las casas de los apestados y hallar á los moribundos niños entre los cuerpos de sus difuntos padres.

"Los mejicanos, casi atónitos con aquel improviso estrago, como si su raza hubiera entonces de acabarse, caian en una profunda melancolía que les era fatal. Mejicanos hubo que se contagiaron de miedo. A la verdad, este azote de la divina justicia tenia tan maligno carácter, que no se puede esplicar, y por lo mismo pareció cosa estraña, mucho mas teniendo la singularidad de que contagiándose casi todos los naturales, los españoles é hijos de ellos gozaban de salud.

"El arzobispo, que era á la sazon D. Pedro Moya de Contreras, y el virey D. Martin Enriquez, cada uno por su parte pensó en levantar hospitales en que se curaran los apestados; pero imposibilitado este arbitrio por ser la peste general, llamaron segun conjeturo á los médicos mas insignes y los exhortaron á que averiguada la causa, aplicaran los remedios convenientes; pero estos despues de muchas juntas y repetidas disecciones de cadáveres hechas en el hospital real por el Dr. Juan de la Fuente, nada determinaron, pues en los anatomizados no observaban sino hinchazon en el hígado, y asì jamás atinaron con los remedios: lo que á los unos sacaba de las fauces de la muerte, aplicado á otros les abreviaba la vida: las sangrías y demas ausilios del arte nada aprovecharon.

"Viendo esto el arzobispo, llamó á los superiores de las religiones y les encomendó el cuidado de los apestados. Encargados estos, conforme al número de sugetos que tenian, los padres franciscanos, domínicos, agustinos y jesuitas, se distribuyeron por aquellos barrios de los indios, de esta manera: los unos llevaban los alimentos y medicinas; otros oian sus confesiones, les administraban el viático, extrema-uncion y los exhortaban á morir cristianamente: en seguida venian otros que sacaban de las ca-

sas los cuerpos muertos y llevaban á enterrar á las iglesias vecinas: esto se hacia á los principios; pero despues, cuando la mayor parte de los naturales estaba contagiada, en los cementerios, que por lo comun están delante de las iglesias, se abrian profundas fosas en donde les daban sepultura eclesiástica.

"Tuvieron gran parte en el piadoso trabajo de asistir á los apestados no solo los clérigos, sino tambien los seculares; pero sobre todos, las matronas, mujeres é hijas de españoles, que se mostraron en esta ocasion madres de los desvalidos indios: corrian estas acompañadas de sus criadas por aquellos barrios, de casa en casa, limpiando las horruras de los enfermos. Conociendo, como era verdad, que la incuria y desaseo eran causa de tanto mal, los proveian de ropa limpia y les suministraban los alimentos mas delicados que su caridad les sugeria; y como para el cuidado de los enfermos están dotadas de particular gracia, á muchos libraron de la muerte.

"Esta asistencia poco mas ó menos tuvieron los indios en las poblaciones donde habia muchos españoles; pero en aquellas en que solo ellos habitaban, todo el cuidado de los apestados cargó sobre los curas, religiosos, que salian de sus conventos ò casas al amanecer, gastando el dia en administrar los sacramentos, enterrar á los muertos y llevar la comida y remedio á los enfermos: ni volvian á sus casas sino al Ave-María. Este continuado trabajo fué la causa de que muchos murieran. Cuántos hayan sido estos se ignora. Se sabe solamente que de los padres franciscanos murieron muchos, ocho de los padres domínicos y uno que fué el rector de los padres jesnitas. Y de verdad me es muy sensible que escribiendo la historia de Méjico no pueda dar razon individual de tantas víctimas de la caridad que nos dejaron tan buenos ejemplos. Es de notar que estos celosos ministros no fallecieron de peste, pues como antes dijimos, ningun español se contagiò sino de otra enfermedad parecida á esta, originada del escesivo trabajo y hálito pestilente de los enfermos."

¡Sea cual fuere el nombre de esas víctimas sagradas, bendito sea! Erígense monumentos suntuosos á los conquistadores; se repiten de una en otra generacion los nombres de los bárbaros que por saciar la ambicion ó la codicia derraman la sangre de sus hermanos; aplaúdense los crímenes de los grandes guerreros de oficio, hienas vestidas de hombres, asesinos con disfraz de galones, que en el vocabulario de los necios se llaman héroes, ¡y se

condenan al olvido los nombres de los atletas de la virtud, que dan gustosos la vida por salvar la de sus semejantes! ¡y la posteridad tiene que preguntar en vano quiénes fueron los mártires de la caridad! . . . ¡Almas sublimes! ¡piadosos desconocidos! gozad en vuestra esfera de soles la eterna recompensa debida á los grandes méritos! No habeis menester para vuestra gloria ni los mezquinos recuerdos ni los tibios homenajes del hombre; mas plegue al cielo que vuestro ejemplo tenga siempre muchos imitadores! ¡plegue al cielo que sepamos todos aprovecharnos de la leccion que nos dais en vuestra vida!

VIII.

NUEVO SERVICIO.

Hubo antes, en 1545, otra peste que tambien atacò solo á los naturales, y en los seis meses que duró hizo desaparecer cinco partes de la poblacion de esta raza, aunque Dávila Padilla asegura que no fallecieron mas que ochocientos mil individuos. En ella prestaron los domínicos los mismos servicios eminentes que en la referida poco antes. Ademas en este año se señalaron por otra accion de mas valía, que no debemos pasar en silencio.

Ya se ha dicho cuánto trabajó Fr. Domingo Betanzos por la libertad de los indios. Pero los insignes triunfos que alcanzó sobre los interesados en mantener la esclavitud, solo sirvieron al principio para exacerbar las malas pasiones de estos, y si bien pudo afirmarse que habia salido vencedor en teoría, los encomenderos se encargaron de probarle que era fácil y hacedero frustrar sus miras en la práctica. Los repartimientos seguian en vigor, y conforme al antiguo sistema.

Verdad es que por influjo del venerable Las Casas, el emperador habia preven ido en una ley "que se tuviera cuidado de que los españoles trataran bien á los naturales, pues eran tan libres

como ellos; pero tanto esta como otras hidalgas disposiciones eran eludidas por los encargados de cumplirlas, cediendo á las instancias de los muchos que pretendian seguir viviendo del jugo de las encomiendas. Ni aun la comision del visitador Tello surtió todos los buenos efectos que era de esperarse.

No obstante, la ejecucion de uno de los puntos que abrazaba, dió márgen á un hecho que favoreció grandemente la causa de los naturales. El punto á que aludimos era nada menos que la órden de convocar á los obispos de la Nueva-España para que arreglaran lo que convenia al bien espiritual de aquellos infelices.

Juntáronse efectivamente en esta ciudad todos los obispos, menos el de Chiapas, que ya lo era Fr. Bartolomé de Las Casas, á quien el virey Mendoza detuvo á algunas jornadas de aquí para sustraerlo á los insultos de los encomenderos, que le odiaban como á su mayor enemigo; y si bien es cierto que de esta junta, especie de concilio provincial, á la que concurrieron igualmente los superiores de San Francisco, San Agustin y Santo Domingo, nada resultó desde luego favorable á la mira con que se habia convocado, todavía sirvió para mover la cuestion *de si era ó no lícita la esclavitud de los indios*, que se trató animosamente en otra conferencia posterior.

Tuvo ésta verificativo en el convento de dominicanos. No quiso el virey que asistiesen á ella los obispos, porque siendo protectores de ellos los encomenderos, se dijo que indudablemente resolverian á su favor: pero sí asistieron ademas de nuestros frailes muchos otros eclesiásticos de probada virtud y ciencia, y unánimes resolvieron que por ningun título era lícita la esclavitud de los mejicanos, y que á los que hasta entonces habian estado en ella, debia darse libertad. "Esta decision (dice el historiador antes citado) con aplauso de los naturales de Nueva-España, se publicó por toda ella, y aun por las islas, para que constara que cuanto en aquella materia habian ejecutado los españoles, era contrario al derecho divino y humano. A mas de esto, los obispos en las diversas sesiones que tuvieron, fuera de otras resoluciones que no pertenecen á esta historia, decretaron que los encomenderos negligentes en tener ministros eclesiásticos en sus repartimientos que enseñaran la doctrina cristiana y administraran los sacramentos á aquellos neófitos, fueran privados de sus encomiendas y compelidos á restituir todo lo que de ellos

habian percibido, cuyo producto se aplicaria á la enseñanza de aquellos y de otros indios."

Tal era la ingerencia que por razon de su ministerio creian deber tener entonces los eclesiásticos en la politica; tales los medios de que echaban mano para conciliarse el amor y la estimacion de los pueblos; tales las armas que juzgaban lícito y conveniente blandir contra los gobernantes para obligarlos á entrar en el sendero de la justicia. ¿Quién hubiera sido osado á tacharlos en su conducta de parcialidad vituperable? ¿Los movia algun sentimiento bastardo? Pero su interes personal y de corporacion hubiera ganado mas en ponerse del lado de los encomenderos. ¿Tenian mucho que esperar de los mejicanos? Al contrario; debian estar convencidos que si por ventura llegaban estos á sublevarse contra el poder colonial y á obtener un triunfo, quedarian ellos asimismo envueltos en la ruina comun. De esta manera su interes, su tranquilidad y aun su vida estaban vinculadas en el interes, la tranquilidad y la vida de sus compatriotas. ¿Cuál era pues la razon de su apego á los indios?

¡Solo la caridad!

IX.

FR. DOMINGO DE SANTA MARIA.

Sí, la caridad! . . . La fe hace mudar de asiento las montañas; con la fe dirá el hombre á este monte arrójate al mar, y le obedecerá! pero la caridad amalgama todas las naciones para formar una sola, tiende los brazos á todas las razas por incompatibles que parezcan para estrecharlas á su seno de madre, brinda á todos los pueblos los tesoros de su amor para encerrarlos en una sola familia, la humanidad: ella trasforma el mundo viejo en mundo nuevo: al mundo tirania sustituye el mundo libertad, al

mundo miseria y abyeccion, el mundo bienestar y riqueza; y al mundo ignorancia y caos, el mundo pensamiento y esplendor!

La caridad así comprendida era lo que constituia el ser moral é intelectual de nuestros primeros misioneros. De aquí ese celo inaudito con que trataban de abarcar al hombre en todas sus relaciones, y seguirle en todas las situaciones de la vida para derramar en cada una un beneficio; de aquí ese empeño altamente fecundo que convertia al misionero en instrumento de la creencia religiosa y en obrero de la civilizacion. Véamoslo prácticamente en Fr. Domingo de Santa María.

Bien así como Betanzos y Las Casas son los políticos por escelencia de la órden dominicana, el personage de que vamos á hablar es el tipo social mas acabado de que con justicia puede gloriarse. Nada se sabe de sus primeros años: todo lo que ha llegado á nuestra noticia es que fué natural de Jerez de la Frontera, y que en su juventud vino á Méjico con su familia, que se avecindó en esta capital. En ella vivieron con honra y distincion merced á su buen comportamiento, siendo el jóven uno de los que en su clase se aventajaban en decencia y apostura.

Con tan buenas prendas estaba muy bienquisto en la sociedad, y en su porvenir le esperaba sonriendo amorosamente la fortuna; pero he aquí que cuando la vida le ofrecia mas halago y seducciones, toma súbitamente la resolucion de encerrarse en el claustro, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para apartarle de su idea.

Dos años despues le vemos convertido en un fraile austero y rigoroso consigo mismo, mas al propio tiempo indulgente y amable con los demas. Imaginárouse todos que la finura de sus modales, su porte caballeroso y la estrecha amistad que le ligaba con personas de alto puesto, le hacian á propósito para residir en la ciudad, donde su permanencia podia ser provechosa á su convento: así era la verdad; pero él abrigaba pensamientos mas nobles, aspiraciones mas encumbradas, y profesando en toda su estension el principio de que nadie es apóstol entre los suyos, solicita y obtiene del superior el permiso de ir á establecerse en el convento recien fundado de Yanhuitlan, pueblo de la Mixteca.

Su primer cuidado allí es aprender la lengua de los naturales, en cuyo estudio llega á hacer tales progresos, que en breve no

solo fué capaz de enseñarla, sino de reducirla á reglas, y escribir en ella un tratado de la doctrina cristiana.

Una vez dueño de este vehículo para comunicar sus ideas, comienza desde luego la série de sus tareas evangélicas y la divulgacion de los conocimientos y doctrinas que dan por resultado suavizar las costumbres, y mejorar la condicion social de aquellos pueblos. El fué quien los instruyó en el modo de criar la seda, conociendo la buena disposicion del clima para esa suerte de industria, y plantó él mismo é hizo plantar los morales, cuyo cultivo se esmeró en enseñar teórica y prácticamente. Perfeccionó ademas el de los nopales, y señaló los medios mas á propósito para multiplicar los ganados. En una palabra, ofreciendo en una mano el alimento del espíritu y en la otra el pan del cuerpo, trasformó en pocos años el lugar de su residencia y toda la comarca en un jardin delicioso, en una magnífica alqueria.

Sin embargo, algun tiempo despues, acatando una órden de su prelado y electo prior de este convento, tuvo que dejar á Yanhuitlan con gran sentimiento de los moradores, y volvió á Méjico, donde residió hasta su muerte, que se verificó siendo provincial. No hace muchos años todavía recordaban los pueblos de la Mixteca con efusion de gratitud el nombre de su buen padre Fr. Domingo de Santa María.

X.

FR. BERNARDINO DE MINAYA.

Observó muy bien el gran Humboldt que los hijos de esa comarca son inteligentes, activos é industriosos, y esto se debe en parte á los dominicos que se establecieron en ella, los cuales convirtieron sus moradas en otros tantos focos de ilustracion y de cultura.

Apóstol no de la Mixteca, sino de la Zapoteca que linda con ella fué el P. Minaya, y en su conducta no se desvió ni un ápice de la observada por el buen religioso cuya vida acabamos de bosquejar. Mas por cuanto se advierte una semejanza casi completa entre una y otra, escusaremos pormenores acerca de la del P. Minaya, y solo referiremos un incidente ocurrido en su viaje á los lugares donde iba á doctrinar.

El lector verá con gusto en este episodio la parte que cupo á los niños indios en la destruccion de la idolatría, y en la propagacion del Evangelio. Pero cedamos el puesto al P. Motolinía, contemporáneo del suceso:

"Vino aquí á Tlaxcallan un fraile domingo llamado Fr. Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados á la provincia de Oaxyecac (hoy Oajaca): á la sazon era aquí en Tlaxcallan guardian nuestro padre de gloriosa memoria Fr. Martin de Valencia, al cual los padres domínicos rogaron que les diese algun muchacho de los enseñados, para que los ayudase en lo tocante á la doctrina cristiana.

"Preguntados los muchachos si habia alguno que por Dios quisiese ir á aquella obra, ofreciéronse dos muy bonitos é hijos de personas muy principales: al uno llamaban Antonio; este llevaba consigo un criado de su edad que decian Juan, al otro llamaban Diego; y al tiempo que se querian partir díjoles el P. Fr. Martin de Valencia:

—"Hijos mios, mirad que habeis de ir fuera de vuestra tierra, y vais entre gente que no conoce aun á Dios, y que creo que os vereis en muchos trabajos: yo siento vuestros trabajos como de mis propios hijos, y aun tengo temor que os maten por esos caminos; por eso antes que os determineis miradlo bien.

"A esto ambos los niños conformes, guiados por el Espíritu Santo respondieron:

—"Padre, para eso nos has enseñado lo que toca á la verdadera fe; ¿pues cómo no habia de haber entre nosotros quien se ofreciese á tomar trabajo para servir á Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres, y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios: y si él fuere servido de nuestras vidas, ¿porqué no las pondremos por él? ¿No mataron á San Pedro crucificándole, y degollaron á San Pablo, y San Bartolomé no fué desollado por Dios! ¿Pues por qué no moriremos nosotros por él, si el fuese servido!

"Entonces, dándoles su bendicion, se fueron con aquellos dos frailes, y llegaron á Tepeyacac, que es casi diez leguas de Tlaxcallan. En aquel tiempo en Tepeyacac no habia monasterio como le hay ahora, mas de que se visitaba aquella provincia desde Huexotzinco, que está otras diez leguas del mismo Tepeyacac, é iba muy de tarde en tarde, por lo cual aquel pueblo y toda aquella provincia estaba muy llena de ídolos, aunque no públicos.

"Luego aquel padre Fr. Bernardino Minaya envió á aquellos niños á que buscasen por todas las casas de los indios los ídolos y se los trajesen, y en esto se ocuparon tres ó cuatro dias, en los cuales trajeron todos los que podian hallar. Y despues apartáronse mas de una legua del pueblo á buscar si habia mas ídolos en otros pueblos que estaban allí cerca: al uno llamaban Quauhtinchan, y al otro, porque en la lengua española no tiene buen nombre, le llaman el pueblo de Orduña, porque está encomendado á un Francisco Orduña.

"De unas casas de este pueblo sacó aquel niño llamado Antonio unos ídolos, é iba con él el otro su page llamado Juan: ya en esto algunos señores y principales se habian concertado de matar á estos niños, segun despues pareció; la causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses.

"Vino aquel Antonio con los ídolos que traia recogidos del pueblo de Orduña, á buscar en el otro que se dice Quautitlan si habia algunos; y entrando en una casa, no estaba en ella mas de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo: y estando allí vinieron dos indios principales con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan sobre el muchacho llamado Juan, que habia quedado á la puerta, y al ruido salió luego el otro Antonio, y como vió la crueldad que aquellos sayones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo:

—"Por qué me matais á mi compañero que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos, porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos los habeis, tomadlos allá, y dejad á ese que no os tiene culpa.

"Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traia. Y acabadas de decir estas palabras ya los indios tenian muerto al niño Juan, y luego descargan en el otro Antonio, de manera que allí tambien le mataron. Y en anocheciendo toma-

ron los cuerpos, que dicen los que los conocieron que eran de la edad de Cristóbal (otro niño de quien se hablará mas adelante), y llevároulos al pueblo de Orduña, y echároulos en una honda barranca, pensando que echados allí nunca de nadie se pudiera saber su maldad; pero como faltó el niño Antonio, luego pusieron mucha diligencia en buscarlo, y el fraile Bernardino Minaya encargólo mucho á un alguacil que residia allí en Tepeyacac, que se decia Alvaro de Sandoval, el cual con los padres dominicos pusieron grande diligencia; porque cuando en Tlaxcallan se los dieron, habíanles encargado mucho á aquel Antonio, porque era nieto del mayor señor de Tlaxcallan, que se llamó Xicotencatl, que fué el principal señor que recibió á los españoles cuando entraron en esta tierra, y los favoreció y sustentó con su propia hacienda, porque este Xicotencatl y Maxiscatzin mandaban toda la provincia de Tlaxcallan, y este niño Antonio habia de heredar al abuelo, y así ahora en su lugar lo posee otro su hermano menor que se llama D. Luis Moscoso.

"Parecieron los muchachos muertos, porque luego hallaron el rastro por do habian ido y adonde habian desaparecido, y luego supieron quién los habia muerto; y presos los matadores, nunca confesaron por cuyo mandado los habian muerto; pero dijeron que ellos los habian muerto, y que bien conocian el mal que habian hecho y que merecian la muerte; y rogaron que los bautizasen antes que no los matasen.

"Luego fueron por los cuerpos de los niños, y traidos, los enterraron en una capilla adonde se decia la misa, porque entonces no habia iglesia.

"Sintieron mucho la muerte de estos niños aquellos padres dominicos, y mas por lo que habia de sentir el padre Fr. Martin de Valencia, que tanto se los habia encargado cuando se los dió, y parecióles que seria bien enviarle los homicidas y matadores, y diéroulos á unos indios para que los llevasen á Tlaxcallan.

"Como el señor de Cuauhtinchan lo supo y tambien los principales, temiendo que tambien á ellos les alcanzaria parte de la pena, dieron joyas y dádivas de oro á un español que estaba en Cuauhtinchan, porque estorbase que los presos no fuesen á Tlaxcallan; y aquel español comunicólo con otro que tenia cargo de Tlaxcallan, y partió con él el interes, el cual salió en el camino é impidieron la ida. Todas estas diligencias fueron en daño de

los solicitadores porque á los españoles aquel alguacil fué por ellos, y entregados á Fr. Bernardino Minaya, pusieron al uno de cabeza en el cepo, y al otro atado, los azotaron cruelmente y no gozaron del oro. A los matadores, como se supo luego la cosa en Méjico, envió la justicia por ellos y ahorcáronlos. Al señor de Cuauhtinchan como no se enmendase, mas añadiendo pecados á pecados, tambien murió ahorcado con otros principales.

"Cuando Fr. Martin de Valencia supo la muerte de los niños que como á hijos habia criado, y que habian ido con su licencia, sintió mucho dolor y llorábalos como á hijos, aunque por otra parte se consolaba en ver que habia ya en esta tierra quien muriese confesando á Dios; pero cuando se acordaba de lo que le habian dicho al tiempo de su partida, que fué:—¿Pues no mataron á san Pedro y á san Pablo, y desollaron á san Bartolomé, pues que nos maten á nosotros no nos hace Dios muy grande merced?—no podia dejar de derramar muchas lágrimas."

En este hecho observamos dos cosas: la imprudencia de Minaya en alejar de sí á los niños para que desempeñasen una comision de suyo peligrosa, y la reprensible falta de respeto al domicilio de los naturales. Mas de ningun modo debemos imputarlas al religioso que en todo era guiado por la mas sana intencion, sino á las ideas generalmente recibidas entonces, y que formaban esta panta invariable para la conducta así del fraile como del gobernante: por alcanzar la conversion de los infieles no hay que escusar medios, pues todos son lícitos y todos se justifican.

En cambio, este mismo P. Minaya hizo mucho bien en la Zapoteca, donde misionó, y fué uno de los que cooperaron con mas empeño á la grande obra de la libertad de los indios, yendo á Roma, segun dijimos, á conseguir la bula que los declarò racionales y capaces de sacramentos.

XI.

BIBLIOGRAFÌA.

Mas ¿á qué estremo irìamos á dar si dejando correr la pluma, guiada por la admiracion, pretendiésemos reseñar la vida de tantos buenos religiosos como ilustraron la órden de Santo Domingo en los primeros tiempos de su fundacion en nuestro paìs? Los dos últimos tercios del siglo XVI forman en la historia del convento el período de su mayor esplendor, su edad de oro. Referir no ya los sucesos históricos enlazados con su existencia ó determinados por la propagacion de su doctrina, sino meramente los hechos privados de sus hijos, los triunfos alcanzados en sus predicaciones, las conquistas de su ciencia sobre la ignorancia y la barbarie, la vida, digámoslo así, individual, doméstica de la órden; referir solo esto, decimos, es materia de una labor especial que no emprenderemos por no desviarnos de la senda que seguimos, y que daria por fruto algunos interesantes volúmenes. Mas á pesar de esta consideracion no es dable pasar en silencio los nombres de varios religiosos que á los merecimientos de los que se distinguieron en el apostolado, supieron unir la gloria de producir obras con que se honra nuestra literatura, para lo cual fueron movidos, no por la vanidad, sino por el deseo de ser útiles participando á la sociedad los conocimientos adquiridos á fuerza de estudio y pacientes investigaciones. He aquí un catálogo de esos hombres beneméritos:

Fr. Benito Fernandez.—Escribiò un tratado de la doctrina cristiana en lengua mixteca.

Fr. Pedro de Feria.—Compuso una obra á que dió por título: *Confesionario Zapoteco.*.

Fr. Diego de Carranza.—Nos dejó un tratado de la doctrina cristiana en lengua Chontal.

Fr. Diego de Santa María, que fué provincial, imprimió en lengua mixteca la doctrina cristiana y las epístolas y evangelios, que en opinion de su biógrafo "fué la luz que han tenido los predicadores de aquella nacion."

Fr. Diego Durán, hijo de Méjico, escribió dos libros, uno de historia y otro de antigüedades mejicanas, que es, segun Dávila Padilla, la cosa mas curiosa que en esta materia se ha visto; y aunque no llegaron á imprimirse en su totalidad, parte de ellos lo fué ya en la *Historia natural y moral de Indias* del padre José Acosta.

Fr Alejo Garcìa.—Imprimió en Méjico el *Calendario perpétuo.*

Fr. Jnan de Córdoba.—Escribió vocabulario de la lengua zapoteca.

Fr. Francisco Alvarado.—Idem, vocabulario mixteco,

Fr. Antonio de los Reyes.—Imprimió gramática de la lengua mixteca, con algunas curiosidades importantes para entender la cuenta de los años y tener luz en las historias de los indios.

Fr Luis Rengino.—Supo las lenguas mejicana, mixteca, zapoteca, mije, chochona y tarasca, y escribió en ellas algunos tratados sobre diversas materias.

Fr. Antonio Dávila.—Escribió una buena gramática de la lengua mejicana.

Fr. Agustin Dávila Padilla, hermano del anterior, nació en Méjico, el año de 1562, siendo sus padres D. Pedro Dávila y Doña Isabel Padilla.—Beristain nos da acerca de él las siguientes noticias. A los diez y seis años de edad recibió en la Universidad literaria el grado mayor de maestro en artes, y á pocos meses el hábito de Santo Domingo, en cumplimiento del voto que habia hecho por haberle Dios librado de perecer bajo las ruinas de una casa. Fué lector de filosofia y teología en los colegios y conventos de Puebla y de Méjico. El introdujo la costumbre de que sus hermanos en América llevasen el rosario descubierto por encima del escapulario, lo que no usan los domínicos de Europa. Su doctrina, celo y elocuencia le merecieron del rey Felipe III los títulos de su predicador, y cronista de las Indias, y últimamente la mitra de la iglesia primada de Santo Domingo, á donde pasó ya consagrado en 1601. Gobernó su iglesia cuatro años, habiéndose distinguido por su caridad y por haber vivido como religioso en una celda del convento de su órden. Murió este digno prelado en la corta edad de cuarenta y dos años en el de 1604.

Tenemos de su pluma.—*Historia de la Provincia de Santiago de la N. E. del Orden de Santo Domingo,* impresa en Madrid

en 1596, reimpresa en Bruselas 1625, fol. y en Valladolid 1634. De la primera edicion es el ejemplar que posee la biblioteca de nuestra Universidad.—Escribió tambien *Historia de las antigüedades de los Indios.* Manuscrito que cita el P. Franco en su *Segunda parte de la historia de la Provincia de Santiago del Orden de Predicadores de la N. E.*

El estilo de Dávila Padilla es sencillo, natural y á veces ameno; en su lenguaje campea la soltura y gallardía de la buena locucion del siglo XVI. La primera de las obras suyas que hemos enumerado, y es la única que conocemos, está reconocida por nuestros literatos como una de las fuentes de la historia nacional. En el mismo caso se halla la crónica de la provincia de Chiapas y Guatemala del P. Remesal. Esta, sin embargo, será consultada con mas fruto por el que aspire á hacerse dueño de buenos y amplios datos acerca de la historia general de Méjico.

En cuanto á las producciones de los demas religiosos que figuran en el catálogo antecedente, no hay mas que advertir, sino que puestas á un lado las obras ascéticas, solo hemos llamado la atencion hácia las que tratan de arqueología y lenguas indígenas. La razon que para ello nos asiste se comprende fácilmente. Sin pretender apocar las obras del género mencionado en primer lugar, hemos creido que interesará mas generalmente tener noticia de las colocadas en segundo, por cuanto los estudios filológicos y de antigüedades están destinados á hacer un papel muy importante en las investigaciones sobre el orígen y emigraciones de las razas primitivas de nuestro continente.

Por otra parte, ellas indican la naturaleza de las labores secundarias que tomaban á su cargo nuestros misioneros, en las cuales se advierte desde luego un objeto de utilidad práctica é inmediata, como era, posesionarse de la lengua de los naturales para ponerse en contacto mas íntimo con sus necesidades y remediarlas, al paso que sujetándola á reglas gramaticales y ordenando sus elementos en forma de diccionarios ó vocabularios, la salvaban de una ruina inminente á causa de la destruccion progresiva de los que la hablaban, y la trasmitian en toda su pureza á las generaciones futuras.

Remontándonos á la edad que tenemos á la vista, ¡cómo se agrada el alma en presenciar la aplicacion de las facultades intelectuales y materiales que condujeron á ese resultado! Parécenos asistir á las escenas encantadoras motivadas por las prime-

ras predicaciones evangélicas en el país. ¡Qué cuadros tan risueños! ¡qué sencillez de costumbres! ¡cuánta elevacion en medio de la simplicidad y la pobreza! Ved ahí al misionero en medio de los neófitos; es el pastor rodeado de su grey. Acaba de hacer una conquista, la de su corazon, no para sí, mas para el cielo; acaba de obtener un triunfo espléndido, reducirlos á la vida civil, tener reunidos en un solo pueblo á hombres que no ha mucho habitaban en las gargantas de los montes, ó en el laberinto de las cañadas, guarecidos en chozas miserables, contentos en su aislamiento, sumergidos en el fango de la supersticion, y que no buscan la sociedad de sus hermanos sino para tener cómplices en las prácticas abominables de la idolatría. Pero el ministro de paz goza en tenerlos á su lado, como un anciano patriarca al verse en medio de su numerosa descendencia, y ellos poseidos de un sentimiento generoso, gustan el mismo placer tranquilo que el viandante á la sombra de un árbol hospitalario. Ya esperimentan ese bienestar inefable que trae consigo la adquisicion de la verdad; ya ven ensancharse el horizonte de la vida cuando escuchan de labios del apóstol los mágicos acentos de una religion sublime que establece como uno de sus principios cardinales, el amor. El entre tanto, modesto y diligente, laborioso como el siervo activo del Evangelio, siembra y cultiva en un mismo terreno el árbol que da la vida y la tierna planta que perfuma la existencia temporal; pone en manos del indio el libro sagrado que encierra un bálsamo divino para curar las heridas de la humanidad, y el arado civilizador con que obligará á la tierra á ser mas pródiga de sus tesoros; muéstrale la senda que conduce al empíreo, y se la cubre de rosas; alecciónale en sus deberes de ciudadano; estudia sus costumbres, conserva fielmente sus tradiciones y recoge una á una las voces de su lengua para formar con ellas un tesoro que confia á un libro. ¿Se estrañará ahora que con esos méritos se haya granjeado su cariño? ¡Con una conducta semejante no causan asombro las maravillas de Orfeo! Y cuando se reflexiona que estos hechos tuvieron por teatro una naturaleza vírgen, fecunda, vigorosa y llena de encantos; cuando se piensa que el actor es un hombre separado millares de leguas de su país natal, ageno de todo interes que no sea el de practicar el bien, y resuelto á sacrificarse por llevar adelante su mision bienhechora, entonces la admiracion sube de punto, se aplauden tan nobles determinaciones y se siente un placer

entrañable en pagar un tributo de gratitud á la fuerza celestial que las dictaba.

No hay que dudarlo: el dedo de Dios selló la época en que brillaron nuestros primeros apóstoles. Su historia es un poema, pero un poema en que la realidad hace las veces de ficcion; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza escepcional y animados de un espíritu angélico. El libro de su vida es el libro de la inmortalidad. Nosotros hemos recorrido sus páginas de oro: ¡qué torrente de luz! ¡cuánto amor! ¡cuánta enseñanza! ¡qué modelos tan acabados de desprendimiento y noble desinteres! . . . . ¡Y quién ha podido hacer olvidar acciones tan meritorias! ¡qué mano fatal ha cubierto con un velo sombrío esas efigies gloriosas! ¡por qué todo lo humano decae y degenera! ¡qué maldicion oculta pesa sobre las instituciones mas benéficas! ¡por qué la relajacion traidora se inocula en ellas y las carcome y disuelve como un humor corrosivo! ¡por qué se introduce insensiblemente el abuso como un reptil venenoso hasta en el sagrario de la virtud!

¡Almas leales! hombres de corazon limpio, que no podeis hallar solaz en un mundo donde todo es parodia y corrupcion, que apartais los ojos con tristeza de las sociedades degeneradas, que no veis en los institutos monásticos ni la sombra de lo que fueron, venid! Digamos á Dios al presente, y cruzando por entre las ruinas de los siglos, lleguemos á la infancia de una órden religiosa, embellecida por las armonías de la santidad y de la ciencia. Dejemos á la espalda el mundo de las tinieblas, y busquemos la esfera de la luz para embriagarnos en sus fulgores: el corazon que no descansa en los objetos que le rodean, se complace por instinto en divisar, aunque de lejos, el espectáculo del bien. Cuando el caminante se detiene cansado á orillas del rio que serpea por el valle, y ve melancólico discurrir las turbias ondas que arrastran cadáveres vegetales, no puede menos de dirigir la vista hácia la vecina montaña de donde el agua procede, y con el pensamiento subir por su cauce, entre bosques amenos, hasta llegar al manantial purísimo de que nació. Allí admira la cuna del rio, esmaltada de flores que brindan su néctar á la mariposa, y escucha los himnos de las aves hospedadas en los árboles que forman un delicioso concierto, mientras ve pasar por entre las ramas la gallarda nube que camina en silencio por el firmamento azul.

XII.

EL ILLMO. SR. D. FRANCISCO NARANJO.

Pero avancemos algun tanto mas y coloquémonos en el siglo XVII. Ya en esta edad comienza la decadencia de la órden dominicana. Amortiguado el fervor primitivo, se iba infundiendo el espíritu del mundo en las costumbres de sus hijos, y á la estrecha observancia de la regla sucedia la vida meramente vegetativa de la celda, ó lo que es peor, la ingerencia en asuntos cortesanos y las controversias fútiles suscitadas por el espíritu de escuela. Caia en desuso la santa pobreza de los buenos tiempos, y se levantaba en su lugar el deseo de amontonar tesoros: ya no basta el pan de cada dia; han tomado cuerpo las necesidades, y mientras se apaga el amor de los bienes del cielo, enciéndese mas y mas el anhelo por los bienes instables de fortuna. El estado de la comunidad, que representa las nuevas exigencias y el desahogo con que se cubrian, llamaba la atencion: era el de la prosperidad material. Balbuena decia entusiasmado al observarla:

"Su templo, casa y su riqueza admira."

Pero en cambio, ¡cuán lejos estaba ya del objeto primario de su instituto! Los religiosos abandonaban las misiones para aglomerarse en los conventos de las capitales; la palabra eterna carecia ya de órganos en el desierto, donde los naturales reincidian en las abominaciones de su culto sanguinario, mientras los que antes desempeñaban aquel sagrado oficio hacian resonar los templos con sermones repulidos y amanerados, buenos para contentar el oido, pero que no arrancaban una lágrima.

Nuestra órden volvia la espalda á los indios y hacia las paces con los opresores: divorciábase de la caridad y estrechaba afectuosamente la mano de la inquisicion.

No obstante, solia aun brotar en la soledad del retiro algun nardo de regalada esencia. Dejemos por un momento el claustro de Santo Domingo y trasladémonos á la Universidad.

Un concurso numerosísimo se agolpa á sus puertas. Alabar-

deros hacen la guardia. La gente pugna por entrar al patio, y se agita y arremolina con rumor sordo, como el agua contenida que se esfuerza en romper el dique.

—¡Afuera! ¡afuera! Ya no hay campo, esclama el centinela.

En efecto, el patio apenas puede contener la concurrencia, en que están representadas todas las clases, especialmente la de letrados y estudiantes. Todos conversan.

Puebla el ambiente un ruido confuso no interrumpido, como el que forma una arboleda conmovida por el aquilon. ¿De qué se trata?

Acerquémonos á aquel grupo situado junto al pedestal de una columna.

—¿Creerá su merced, señor licenciado, que ya voy perdiendo la paciencia?

—De verdad, que ya es mucha espera.

—Como su escelencia ya vendrá bien almorzado, se le dará un ardite que nosotros estemos con el estómago vacío: cierto que la necesidad me aqueja.

—¡Pues qué, asiste el señor virey!

—Así lo dicen.

—No lo crea vuesamerced: sobrado quehacer tiene en las casas reales.

—Diga mas bien en los conventos, con los refrescos y jamaicas de las monjas.

—Y con los chismes de los capítulos de los frailes.

—Y con las nuevas de Filipinas.

—Y con el susto de que en la flota de España venga su sucesor.

—Y con los antojos de la escelentísima señora vireina.

—¡Vamos! vamos, señores, punto en boca! . . . .

—Pero á todo esto, ¿asiste su escelencia?

—No.

—¿Y la real audiencia?

—Tampoco.

—Segun eso, el buen fraile no hará delante de lo mejor del reino

—¡Friolera, pues nosotros! . . . . ¿qué no valemos algo!

—Y la fiesta se quedará entre gente menuda.

—Y al pobre hombre de nada le valdrán sus afanes.

—Va á enfermarse de pesar.

—¡Tiene tal hipo de lucir!

—¡Silencio, mala canalla! sabed que el reverendo es un fraile humilde que no hace alarde en público de su saber sino por obediencia. Allá á los prelados las pullas.

—Y á vos, señor licenciado, ¿cuánto os paga el padre por patrocinarle?

No lejos de estas personas que tan caritativamente hablaban del prójimo, se paseaan en reducido trecho dos colegiales, que muestran ser teólogos.

—Ninguna oposicion á cátedra de vìsperas ha estado mas concurrida.

—Estuvo aun mas la que hizo el mismo padre á la de prima. ¡Oh, eso fué sobresaliente! ¡cómo nos dejó á todos satisfechos el fraile!

—Su ciencia juzgan no adquirida, mas infusa.

—Así es la verdad. Si Escalígero le hubiera conocido, no se asombrara tanto del ingenio portentoso de Pico de la Miráudula, llamándole monstruo *sine vitio*, por haber propuesto defender novecientas conclusiones. Nuestro teòlogo en esa ocasion estuvo dispuesto á sustentar tres veces mas.

—¡Tanto como eso!

—Figúrate que puesto ya en la cátedra, pidió se le asignasen puntos en toda la suma; y habiéndosele determinado, entre los que ofreció la suerte, el artículo 5º de la cuestion 71 de la *prima secundæ*, dijo á la letra de memoria el artìculo (que ya ves no es corto), y le comentó y esplicò *de verbo ad verbum*, y despues citó sobre él ocho cuestiones, sobre que habló con admirable erudicion y magisterio por espacio de dos horas.

—Pues ya no es cosa!

—Y hubiera hablado mucho mas, á no haberle hecho señal la universal aclamacion del concurso, que atónito le cortó el hilo con esta sublime espresion: "Nunquam sic locutus est homo."

—Bien! bien! *jamás habló asi ningun hombre.* ¡Bien dicho! muy merecido! . . . . ¿Pero qué es aquello!

—Ya vienen los doctores!

—Con los padres domínicos: mira al opositor qué afable!

—Es un gran sugeto. Pero ¿á dónde vamos á dar si queremos entrar en el aula todos á un tiempo?

—Dí mas bien ¿cómo haremos para que quepa en ella tanta gente?

—¡Imposible! cabrá la mas principal y *laus Deo*.

—No obstante, vamos entrando.

—Ya que fuimos llamados, procuremos ser de los escogidos.

En este momento el gentío que se agolpaba á la entrada del general se abre formando calle para dejar paso á los doctores; á muchos seglares distinguidos, á las religiones y entre ellas á la de Santo Domingo, á quien pertenece el opositor. No bien acaban de entrar todos, cuando invaden de golpe el local y los asientos vacíos los colegiales y demas convidados y curiosos, produciendo en el entarimado una trápala descomunal.

Gran parte de los concurrentes que habia quedado sin asiento por estar ya ocupada toda la sillería, permanece en pié á la puerta formando un muro impenetrable, y con los semblantes vueltos á la cátedra. No lejos de esta se ven cuatro mesas con sus carpetas y recado de escribir, destinadas á otros tantos amanuenses.

Despues de un momento de rumores sordos y cuchicheos sigue un silencio general, quedando todos como petrificados en sus asientos ó en pié. Vese salir de entre los religiosos dominicos uno de fisonomía distinguida y modesto continente, que haciendo una ligera inclinacion ante los doctores, se encamina á la cátedra; mas antes de subir á ella pone sobre un bufete ciento cincuenta y cuatro tarjetas, en que están apuntadas las principales y mas difíciles materias que trata el maestro de las sentencias en sus cuatro libros, y pide se le asignen por eleccion ó por suerte cuatro de ellas, para esponerlas de palabra ó por escrito.

Un murmullo general en la concurrencia sigue á esta manifestacion.

Restablecido el silencio, los que presiden el acto asignan por suerte las materias, leyéndolas en vozalta, y resolviendo que el religioso las esponga de ambos modos

Puesto en la cátedra implora de rodillas el divino auxilio, y saluda despues al concurso con una oracion latina cuyo exordio son las palabras que del angélico doctor dice la Iglesia: "De rebus diversis angelus inter homines, quandoque tribus, interdum etiam quatuor amanuensibus seri benda dictabat."

Prosigue exponiendo los cuatro puntos, que siendo de materias sumamente diversas, unas de la teología escolástica y otras de la moral, las ordena y combina con tal artificio que habla de

la primera, y sin violencia alguna en las transiciones pasa á la segunda y á las otras, volviendo despues á continuar la primera, y siguiendo en las demas, de modo que en cada una habla como si fuese sola; y tanto en una como en otra, hasta que cumplida una hora, se le dice que dicte sobre las mismas materias á los cuatro amanuenses, que ya están prevenidos frente de la cátedra.

Crece la admiracion y la curiosidad en los circunstantes, especialmente en los que están en pié, los cuales estrechando mas y mas el círculo que media entre ellos y la cátedra, procuran todos observar á los amanuenses durante la operacion que va á seguir.

Toman estos la pluma en la mano, y con el rostro hácia el opositor, esperan que les hable.

Comienza dictando al primero una proposicion, se la repite, y pasa al segundo; díctale otra proposicion sobre distinta materia, y del mismo modo al tercero y al cuarto en diversas materias, y vuelve al primero, dictándole otra proposicion concerniente á su materia, y continúa así con los otros sin que ninguno le dé pie y le repita la proposicion que antes ha escrito.

Admiran todos la prodigiosa comprension con que tiene presentes las proposiciones que ha dictado, para continuar dictando congruentemente en cada materia, sin necesitar de que le repitan una proposicion, ni confundir los asuntos; de manera que despues de pasar una hora en esta operacion, se leen los escritos y se hallan cuatro lecciones del todo diversas, y tan perfectas como si separadamente y con especial estudio se hubieran formado.

No pudiendo en este instante reprimir su emocion los concurrentes, victorean al opositor, tendiéndole los brazos para bajarle de la cátedra. El entusiasmo se comunica á los que se han quedado afuera, y por todas partes se oye esclamar al son de las campanas de la Universidad:—¡Viva el señor Naranjo! ¡viva el gran doctor y maestro! ¡Este hombre es estraordinario! ¡el hecho es milagroso! ¡No hay duda que Santo Tomás le decia lo que dictaba!

Así concluyó un acto con que el Illmo. Sr. Naranjo alcanzó una celebridad á que no aspiraba, pero que hizo famoso su nombre en toda la nacion y aun en España.

Era natural de Méjico. Estando sirviendo en la milicia espontáneamente y sin sueldo en el castillo de Ulúa y puerto de Veracruz se pasó, con edificacion de sus camaradas y amigos, al

claustro de la religion de predicadores, donde en poco tiempo hizo en virtud y letras tan ventajosos progresos, que se constituyó oráculo de su provincia y asombro de la república literaria.

Fué siempre de vida muy ejemplar. El autor del Prólogo á las Constituciones de la Universidad, que es quien nos ministra estos datos, hablando de este varon esclarecido, agrega: "Sus ocupaciones continuas eran las distribuciones de su santa regla, la oracion y el estudio; y así, no solo sabia de memoria la Suma del doctor angélico, sino que estaba tan versado en todas sus obras, que á cualquiera especie que le propusiesen, respondia con palabras del santo doctor, citando fielmente el tomo y el lugar donde la trataba."

Era, sin embargo, de genio amable y festivo, procurando con esta dote velar la austeridad de su virtud y la copia de ciencia que acaudalaba. La siguiente anécdota viene en apoyo de nuestro aserto.

Años despues del acto de oposicion antes descrito, los dos colegiales teólogos que tenian del Sr. Naranjo el concepto que se merecia, y cuyo diálogo referimos, se volvieron á juntár en la Universidad, siendo ya doctores, con motivo de una funcion semejante.

—¿Haces memoria de una muy lucida oposicion á que asistimos cuando éramos estudiantes?

—¿Es por ventura la del Sr. Naranjo?

—La misma.

—¡Cómo no habia de acordarme de un acto que no ha tenido hasta ahora su igual, ni creo que llegue á tenerle! ¿Y qué me dices del buen anciano?

—Tan jovial como siempre: apesadumbrado porque ya no puede bailar el Puerto-Rico.

—¡Cómo es eso! no te entiendo.

—Ya verás como sí.

—Veamos.

—¿No ha llegado á tu noticia un sonecillo que llaman el Puerto-Rico?

—No tal.

—Pues sábete que le hay, y muy alegre.

—Bien ¿pero qué tiene que ver eso con el Sr. Naranjo?

—Mucho: ya te lo manifestaré. Dias pasados fuí á visitarle, y

con su afabilidad acostumbrada, estrechándome la mano, me dijo:—Amigo! tenemos obispado!

—No esperaba otra cosa, le respondí, ¿y cuál?

—El de Puerto-Rico.

—¡Oh, qué me place!

—No hay gran razon para ello, volvió á decir, y despues agregó sonriendo:

Me tocan el Puerto-Rico,
Ya que no puedo bailarlo.

En efecto, el buen fraile tenia motivos para no alegrarse de su promocion al obispado, siendo entre otros el que por los achaques consiguientes á su avanzada edad, no podia desempeñarle como hubiera querido. Pero en los citados versos aludia principalmente á lo poco que en su concepto le faltaba que vivir.

Su muerte, acaecida algun tiempo despues, vino á justificar la verdad del presentimiento.

Mas apartemos ya la vista del cuadro que presenta la existencia del convento en lo general, y fijemos la atencion en un hecho particular con ella enlazado tan íntimamente, que á primera vista parecen formar una misma entidad.

XIII.

LA PROCESION DE LA CRUZ VERDE

Invitamos al curioso lector á que atraviese con nosotros el espacio lóbrego de los años pasados hasta llegar al de 1649. Es la tarde del 10 de Abril. Una colgadura de nubes de color aplomado como el de las cenizas volcánicas se estiende por la inmensa cúpula celeste, privándola de su azul diáfano y suave, y comunicándole un aspecto estraño y fatídico. El sol, que ya se

va acercando al ocaso, aparece sin brillo como el ojo de un moribundo ó como un astro siglos antes esplendoroso y ahora próximo á estinguirse.

Esta fisonomía del cielo, si así podemos llamarla, tiene un sello de inmovilidad, de indiferencia ó desprecio, que pesa sobre el alma; y la vista, que involuntariamente se aparta de ella, fíjase con placer en el punto del horizonte donde asoma, en medio de campo azulado, la frente del Popocatépetl descollando sobre un cúmulo de negras nubes, como se levanta la esperanza en medio de una escena de desolacion.

El único indicio de vida y movimiento que se nota en los solitarios dominios del aire, viene de algunas de esas aves que frecuentan los lagos cercanos á Méjico y circulan con tardo vuelo, ya bajando ya volviendo á subir, aguardando el anochecer para tomar hospedaje en los árboles.

No así en las calles, donde se agita un inmenso concurso.

¡A la procesion! á la procesion! se oye esclamar por todas partes en diferentes tonos, aquí con voces roncas y cascadas, allá con agudas y chillonas, y mas adelante con desaforados gritos que truenan en medio de un concierto confuso de grotestas notas:—¡á la procesion de la Cruz! ¡á la procesion del Santo Oficio! ¡de Santo Domingo á la plaza del Volador! ¡á ganar las indulgencias! ¡á ganar todas las gracias! . . .

Estas esplosiones de acentos humanos, fuertes y continuas, como son, no bastan sin embargo á matar la estentórea voz de las campanas de catedral y demas iglesias que se difunde por la atmósfera conmoviendo el ánimo como el presentimiento de alguna calamidad espantosa; el toque de rogativa es general é incesante.

Sale entretanto de Santo Domingo la procesion del auto de la fe.

Asombroso es el gentío en las calles por donde ha de pasar. Dos muros humanos se estienden paralelamente desde la plazuela de Santo Domingo hasta la del Volador, ocupando las aceras de las calles de la Encarnacion, Reloj y Palacio hasta el Puente del mismo nombre. Los balcones están engalanados con infinita variedad de vistosas cortinas; en ellos, así como en las azoteas, se ven grupos de personas de ambos sexos y de todas edades y condiciones: desde el esclavo negro que platica y rie con sus camaradas en la azotea de la casa del gran hacendado

ó del oidor; desde el niño consentido y travieso que molesta á cada rato á sus padres en el balcon, indicándoles con el dedo desaseado los conocidos de la familia que distingue entre los espectadores; desde la rica y noble señorita que no tiene otro interes ni mas ahinco que descubrir allá bajo sus piés, ó en la acera de enfrente al dulce iman de sus inocentes suspiros, hasta el anciano de cabellos como la nieve que apenas logra ver formas confusas é indecisas, y la dama cincuentona, devota y arriscada á un tiempo, que así se pavonea y reverdece á la vista de un elegante caballero, como se santigua y da golpes de pecho elevando al cielo lánguidos ojos, cuando considera la desventura de los judíos y herejes que van á ser quemados vivos.

Un rumor desigual pero no interrumpido pasea el aire, imitando el que se produce en los bosques á los primeros empuges de un violento huracan. Verdad es que no todos los concurrentes platican, pero entre los muchos que lo hacen se aventajan algunos por un metal de voz privilegiado. Estos sonrien, aquellos fuman en silencio ó conversan sosegadamente, los de mas allá (y estos son los elegantes de la época) clavan con descaro inaudito ardorosas miradas sobre las beldades que ilustran los balcones; por esta acera se abren camino entre las filas de curiosos, y con imponderable dificultad, algunos vendedores de golosinas, estimulando el apetito de muchachos y muchachas, y anunciando sus artículos con voz gangosa; por la de enfrente se lanza con paso militar una falange de estudiantes, que están de asueto, atropellando por todos los obstáculos, arrollándolo todo, hasta situarse donde mas les conviene, y grangeándose por ello sendas maldiciones, desdeñosas muecas, miradas centellantes de cólera, y mil otras demostraciones injuriosas de parte de los que bien colocados en su puesto, se ven precisados á dejarle violentamente.

Pero donde mas carga la muchedumbre, es en las esquinas, junto á las cuales remolina, se agolpa, estruja y agita en vaiven hasta chocar con las paredes ó con los enormes coches, que forman en las bocacalles como un batallon de monstruos antidiluvianos, atraidos por la curiosidad de presenciar una escena del mundo actual.

Mientras esto pasa, los clamores magestuosos y severos de las campanas no cesan, y la procesion tan ansiada atraviesa apenas, con las detenciones de costumbre, la plazuela de Santo Domingo.

Cerca de una hora se consume en esta mortal agitacion, y cuando la espectativa empieza á ser para muchos un tormento insufrible, se deja oir súbitamente un murmullo, una oleada de voces, hácia la esquina de las calles del Reloj y la Encarnacion, que se propaga con eléctrica rapidez mayormente por la segunda de las calles mencionadas, dando nuevo impulso á la inquietud de la concurrencia; acércase la procesion al sitio desde donde vamos á verla desfilar.

—¡Ah! ¡vaya! ¡bueno!

—¡Ya estaba aburrida!

—¡Gracias á Dios!

—¿No se lo decia á vuesa merced!

—Pero ya estaba fastidiado de esperar.

—Esta gente anda con piés de plomo.

—Procesion de graves tortugas.

Estas y otras espresiones del mismo jaez cruzan el aire veloces como saetas, mientras todos los rostros animados de vivísima alegría mezclada con sobresalto, se convierten hácia el sitio por donde en breve va á despuntar la procesion.

¡Héla allí!

Doce alabarderos de librea vienen abriendo paso.

Síguense los ministros de vara y familiares del tribunal, los comisarios con bastones dorados, la nobleza y caballeros de órdenes militares ricamente vestidos, y por remate el Sr. D. Fernando Altamirano y Castilla, conde de Santiago, que lleva el estandarte de la Inquisicion, cuyas borlas sostienen dos caballeros de Calatrava y Santiago, sobrinos del arzobispo.

Inmediatamente detras del conde de Santiago, sigue su hijo D. Juan, adelantado de Filipinas, y el alguacil mayor del Santo Oficio, D. Juan Soaznabar y Aguirre.

Advertiremos de paso que la casa de los condes de Santiago ha disfrutado siempre la distincion de llevar en casos tales el estandarte. En efecto, si subimos hasta el primer auto celebrado en Méjico el año de 1574, en él vemos que le saca Diego de Ibarra, caballero de la cruz de Santiago y abuelo de la condesa de Santiago Doña María de Velasco, prima y mujer de D. Fernando Altamirano; y en 1600, que fué la segunda vez que salió el estandarte, le sacó D. Juan Altamirano, padre del citado D. Fernando. Volvamos á la procesion.

Despues del estandarte caminan las comunidades de religio-

Litog. de Iriarte y Cª

AUTO GENERAL DE LA FÉ EN MÉXICO. (1649)

sos mezclados entre sí, luego los consultores y calificadores del tribunal con sus insignias, despues la religion de predicadores con vela en mano, y á su cabeza el padre prior, llevando la cruz verde, que tiene tres varas de alto y dos de brazo, y pendiente de uno y otro un velo negro.

La capilla de coro de la Catedral va entonando el himno de la Santa Cruz *Vexilla Regis*, que los concurrentes escuchan con devoto recogimiento.

Pero ya comienza á entrar la noche: las luces que llevan los frailes en la mano se ven arder con mas brillo; aumentan la confusion y el desórden en la muchedumbre que puebla las calles del tránsito de la procesion, y llega esta al fin á la plazuela del Volador, donde ya de antemano está dispuesto un tablado y un altar en que colocan la cruz y cantan las preces y oraciones de estilo.

La construccion de este tablado se remató en hasta pública en Márcos de Moya y Bartolomé Bernal, encargado de las obras del Santo Oficio, en siete mil pesos el teatro y dos mil ochocientos ochenta la vela, á cuyas cantidades se añadieron despues sumas no pequeñas por nuevos agregados. En los tres meses que ha durado la fábrica, hubo excomunion para los curiosos que se acercasen á verla, aunque muchos lo consiguieron mediante licencia.

Tiene todo el teatro cincuenta y seis varas de longitud y cuarenta y ocho de latitud, sobre una altura de ocho varas. Cerca de sus cuatro ángulos se elevan otros tantos tablados, vara y cuarta mas altos que el principal, dos de cincuenta y seis varas y dos de veintiocho de longitud, y todos cuatro de seis varas de anchura.

Arrimado al convento de Porta-cœli se ve tambien un tablado en que se han dispuesto alojamientos para los jueces, y tiene la misma longitud de cincuenta y seis varas y cuatro y media de latitud. Para comunicarle con el convento ha sido menester romper una ventana. En la mediania, sobre una fachada, está colocado un dosel negro con las armas reales bordadas de oro; ademas una mesa revestida de terciopelo negro, almohadas y sillas correspondientes, y tintero de plata para el tribunal. Ocho columnas de órden dórico jaspeadas adornan esta fachada, y en su frontis se leen estas palabras: *Pax vobis, et ostendit eis manus et latus.* que es el texto de San Juan que ha de servir de tema al sermon que se predicará mañana en este lugar.

Del lado de la Universidad se eleva la media naranja con asientos para los reos, sostenida por cuatro arcos decorados con los escudos de Santo Domingo, Inquisicion y San Pedro mártir. En el centro está colocada una cruz de verde y oro. De esta media naranja parte una crujía hasta el centro de todo el tablado, donde se ve el asiento que será ocupado mañana por cada reo al oir su causa y sentencia alternativamente. Frente á la media naranja está el altar para la cruz verde y dos púlpitos, uno para el sermon y otro para la lectura de causas, comunicados ambos y con la mesa de los secretarios por crujías. Dos escaleras, una del lado de la Universidad para los reos, y otra de los Flamencos para los inquisidores, dan paso al tablado, ademas de otras treinta para los muchos convidados, así de corporaciones como de gente principal de ambos sexos.

Completan este adorno magníficas colgaduras de terciopelo carmesí, asientos cómodos y decentes, cien blandones de plata que sostienen cirios de cuatro pábilos, y una multitud asombrosa de hacheros igualmente de plata con sus correspondientes luces, todas las cuales producen una espléndida iluminacion.

Terminadas las preces y oraciones, los padres dominicos despiden á las demas personas que formaban la comitiva, y se quedan ellos en el tablado para velar la cruz toda la noche.

XIV

HISTORIA

Entretanto procuremos arrancar algunos secretos á las pasadas edades.

¿Qué significa este aparato teatral á la vez oficial y religioso, pero de carácter tan lúgubre? ¿Qué concurso de causas hizo importar de Europa á Méjico, nacion nueva y casi inculta, la institucion terrible que ha preparado estos espectáculos imponentes llamados autos de fe?

La Inquisicion, esto es, el tribunal instituido para descubrir y castigar la herejía y otros crímenes contra la religion; su orìgen, progresos, fines, tendencias y modo de obrar, son cosas de que se tiene generalmente una idea clara y esacta; mas no asì de su historia en nuestro país, y á este punto nos concretaremos

Establecida la Inquisicion en España durante el reinado de los reyes Católicos D. Fernando y Dª Isabel, para la persecucion y juicio de los judìos y moros, que despues de haber abrazado el cristianismo le diesen la espalda volviendo á sus antiguas creencias, fué recibida con general aplanso, atendido su objeto, que era hacer la guerra á unas sectas y razas miradas con odio. Sin embargo, los abusos que á su sombra se cometieron, especialmente en el reinado de Felipe II, la hicieron acreedora á la mas agria censura, sin que esta deba moderarse por la consideracion de que la gravedad del mal á que se juzgó oportuno remedio, exigia un medicamento cáustico y proporcionado. No, la conducta de Felipe en esta parte, no se disculpa con que tenia que seguir una política esencialmente española, é impedir á todo trance la introduccion en sus reinos de las nuevas doctrinas de la reforma protestante, que tantas guerras y disensiones habian producido en el resto de Europa; tampoco puede invocar en su abono el que la atrocidad de las penas estaba en relacion con las costumbres del siglo, todavía medio bárbaro, ni hallar apoyo en la concurrencia de la nacion en todas sus òrdenes, y las señales manifiestas de aprobacion que daba á estos espectáculos sangrientos. Nunca deben emplearse remedios peores que la enfermedad, y era de esa especie un tribunal que en sus procedimientos tenebrosos violaba á sabiendas los principios mas sagrados del derecho, y que en su esencia era un ataque declarado y sistemático á la libertad individual. En cuanto á la razon tomada de la aprobacion con que era acogido el tribunal en todos sus actos, admira que el Dr. Bálmes, que es quien la invoca, dé por esta vez tanta importancia á las manifestaciones populares. Lo mas que de este hecho puede colegirse, es que la nacion se hacia cómplice del monarca, ó que los pueblos aceptan casi siempre lo que se les da ó impone, mayormente si lisonjea la parte corrompida del ser humano: *panem et circenses* tenia Roma y no aspiraba á mas; España debia estar mucho mas agradecida á su rey, pues no solo le daba *pan y toros* segun se espresa el ilustre Jovellanos, sino. . . . autos de fe.

Por otra parte, ¿eran francas estas señales de aprobacion? ¿No serian, en unos, demostraciones hipócritas para no incurrir en la desgracia del soberano, y estudiadas apariencias en los mas, para captarse buena fama, y alejar de sí los males de que otros eran víctimas?

Como quiera que sea, lo cierto es que de España vino la Inquisicion á Méjico. He aquí lo que acerca de su establecimiento en nuestro país hallamos en un escelente artículo inserto en el *Diccionario universal de Historia y de Geografía.*

"Dependiente la Nueva-España de la antigua, era forzoso que los asuntos de aquí siguieran en la debida proporcion la marcha de los de allá, y de ahí es que la espulsion de los judíos y moros hecha en la metrópoli, atrajera medidas semejantes en las colonias, y así vemos, que en el año de 1527 se dió aquí providencia para cumplimentar una cédula del emperador para arrojar del reino á los judíos ó sus descendientes, y á los condenados por la Inquisicion, embarcándose al efecto los que hubiere, con prohibicion conminatoria de volver á él.

"El tribunal, sin embargo, de la Inquisicion no se fundó aquí hasta mucho tiempo despues. Algunos comisionados especiales con facultades inquisitoriales solian venir de vez en cuando; tal fué el Lic. Marcos Aguilar, el cual vino aquí con encargo de "entender en las cosas tocantes al Santo Oficio de la Inquisicion," y el visitador D. Francisco Tello de Sandoval, que vino en tiempo del virey Mendoza y á quien se le encomendó que durante su visita ejerciese las atribuciones de inquisidor, como latamente lo espone Herrera en la cédula por la que se le nombra visitador y se le dan las facultades é instrucciones anexas: de Fr. Martin de Valencia asegura espresamente Fr. Antonio Daza en la crónica de la Provincia de franciscanos, que ejerció el cargo de inquisidor.

"En el gobierno de la segunda audiencia, segun Herrera, se celebró una junta en Méjico, de que fué presidente el que lo era de la audiencia D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la Española, los oidores Salmeron, Maldonado, Ceinos y Quiroga, el conquistador D. Fernando Cortés, el arzobispo Zumárraga, los dos prelados de Santo Domingo y San Francisco, con dos frailes de cada religion en su compañía, Diego Fernandez de Proaño, alguacil mayor, Bernardino Vazquez de Tapia, regidor, Francisco Ordoñez y Bernardino de Santa Clara, vecinos. En

esta junta se determinó: "Que habia gran necesidad de que se pusiese el Santo Oficio de la Inquisicion, por el comercio de los estranjeros y por los muchos corsarios que platicaban por las costas, que podian introducir sus malas costumbres en los naturales y en los castellanos, que por la gracia de Dios se conservaban libres del pésimo contagio de la herejía, y tanto era mas necesario, cuanto los pueblos castellanos estaban unos de otros muy remotos y apartados."

"A consecuencia de la peticion de esta junta, en que como hemos visto, estaban representadas todas las órdenes y clases del reino, y calificada segun las ideas del tiempo, la necesidad de establecer aquí el tribunal, se encargó por el rey al cardenal Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, presidente del consejo de Castilla, é inquisidor general, nombrase inquisidores para los reinos de Nueva-España, y en efecto eligió á los señores Dr. D. Pedro Moya de Contreras, que despues fué arzobispo de Méjico, Lic. Juan Cervantes, que murió en el viaje, y Lic. Alonso Fernandez de Bonilla, dean de la Catedral de Méjico, para fiscal. Se estendieron los términos de su jurisdiccion á Guatemala y Filipinas, y quedó únicamente sometido el tribunal á la suprema de Castilla.

"Los indios fueron espresamente esceptuados de su jurisdiccion desde su creacion. Por cédula real, fecha 16 de Agosto de 1570 que he visto en el archivo municipal, se ordena á la ciudad, que "por cuanto el reverendo en Cristo padre cardenal de Sigüenza, presidente del consejo é inquisidor general, nombró inquisidores á D. Pedro Moya de Contreras y Lic. Juan Cervantes, se les dé para ellos y sus familias buenas posadas, que no sean mesones, y la ropa que hubieren menester sin dineros, y todos los otros bastimentos y cosas necesarias por sus dineros. Que se les favorezca y honre, y se dé á los dichos inquisidores una buena casa para audiencia y cárcel, pagando á su dueño al quiler segun tasa por dos buenos peritos, uno nombrado por los inquisidores y otro por el dueño, y en caso de discordia un tercero por la ciudad." Por otra cédula espedida en la misma fecha, se manda al virey, audiencia, ayuntamiento y demas autoridades, "los honren y favorezcan como ministros de un tan santo negocio, porque así conviene al servicio de Dios y nuestro."

Conforme estas disposiciones, el año siguiente se fundó el tribunal en Méjico. El P. Vetancurt, á quien copio testualmen

to por encerrar la historia de la fundacion de la Inquisicion, se espresa así: "El tribunal de la Inquisicion (alcázar fuerte y monte de Sion) se fundó en esta ciudad de Méjico, año de 1571. Fué su primer inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, que murió en el viaje, y el Lic. D. Antonio Fernandez de Bonilla, su primer fiscal. Consta de tres inquisidores apostólicos, un fiscal, con tres mil pesos de salario cada uno, los tercios adelantados; un alguacil mayor, un depositario y receptor, tres secretarios, muchos consultores, y calificadores, y familiares seculares. Está debajo de la proteccion de San Pedro mártir, con una célebre cofradía que celebra su fiesta, para cuyo efecto se nombra un hermano mayor. Ha celebrado autos generales y particulares de fe, con notable grandeza de autoridad y concurso, quedando en todos la fe católica y su verdad con victorias. Para los salarios se ha señalado una canongía en cada iglesia catedral de su distrito, con cédula de S. M. del año de 629, despachada en conformidad de la concesion que le hizo la santidad de Urbano VIII para este efecto. Su fundacion fué siendo pontífice San Pio V, rey de las Españas Philipo II é inquisidor general el Illmo. y Rmo. D. Diego de Espinosa, cardenal de la Santa Iglesia y presidente de Castilla. Cantóse en cuatro de Noviembre del mismo año, misa en la Santa Catedral, á que asistieron todos los tribunales, precediendo la procesion con el estandarte de la fe, y el *Tedeum Laudamus*, dando gracias de haber entrado en este nuevo mundo, el crisol de nuestra santa fe, la luz de la Iglesia y el complemento del Evangelio."

"No se sabe á punto fijo si desde un principio se fijó la Inquisicion en el edificio que le conocimos y que en su orígen fué el convento de los domínicos; parece probable que así fuese; lo que consta, es la donacion de estos religiosos de su casa antitigua para el efecto.

"El brasero ó quemadero, como se llamaba, estaba entre la Alameda y San Diego, el cual era, dice el Sr. Alaman, "un espacio cuadrado con pared y terraplenado, para fijar en él los palos á que se ataban los ajusticiados y rodearlos de leña. Las cenizas se echaban en la acequia ó ciénega que estaba detras de San Diego, en lo que ahora es jardin de Tolsa." Habia otro quemadero en San Lázaro que servia para ejecuciones de justicia, mandadas por otros delitos y autoridades. Cuando el virey marqués de Croix mandó agrandar la Alameda, se quitó ese brasero."

Por esta breve noticia se ve que aunque la Inquisicion pudo existir en nuestro país con total independencia de la religion domínica, el hecho es que esta siempre se consideró respecto del tribunal del Santo Oficio, sino como un elemento constitutivo ò condicion indispensable, sí como un ausiliar poderoso; y esta cooperacion nata y eficaz es la que ha hecho creer que la Inquisicion fué á manera de una planta parásita que llega á confundir su follaje con el árbol á cuyo arrimo vegeta, ó como un ingerto que nuevo y vigoroso se hace dueño de toda la savia del tronco que le abriga y alimenta.

Pero insensiblemente nos hemos alejado del teatro á donde condujimos al lector despues de la procesion de la cruz verde, y justo es que volvamos al punto de partida, á la plazuela del Volador.

XV.

EL AUTO DE FE.

Dejamos á los padres domínicos velando la cruz, y mientras rezan el rosario todos en coro, asistamos al coloquio entablado entre dos viejos que por no perder su asiento el venidero dia han tomado el partido de pasar la noche, como varios otros curiosos, ante el altar de la cruz y en penosa vigilia.

—¿Vuesa merced será servido de decirme si hubo jamás en España cosa que ignale á esta solemnidad?

—¡Oh, y mucho que sí! vosotros los criollos no sabeis hasta dónde alcanzan la gala y pompa que se gastan en Castilla. Aquello es corte, aquello es bizarría en todo: esto es nada!

—Mañana os lo preguntaré.

—Y lograreis la misma respuesta.

—Bien, bien: no disputemos.

—Lo que sí me place es que tambien por estas tierras hagan algo en pro de la integridad y aumentos de nuestra santa fe.

—Muy cierto: los señores inquisidores (á quienes Dios dé larga vida) se afanan por ello sin descanso.

—Ya lo sé.

—Y antes de este anto se han celebrado otros varios así generales como particulares.

—¡A cuánto subirá el número de los quemados hasta el dia!

—Hombre! á punto fijo no lo sé.

—Por lo tocante á España se calcula que solo durante la época en que fué inquisidor general Fr. Tomás de Torquemada, pasaron de diez mil los relajados que visitaron el brasero.

—¡Muy en hora buena! Nosotros aquí no podemos gloriarnos de tanto; con todo, no han escaseado; como que, gracias á Dios, desde que su Divina Majestad me presta la vida, casi, casi no ha pasado año sin que haya habido un anto de la fe, no tan lucidos como este que. . . . diga vuesa merced lo que quiera, es mucho auto; pero si fueron todos muy concurridos y famosos. En cuanto á los penitenciados, ni se diga. . . .

—¿Y todos se han celebrado en esta plaza?

—No, señor, en distintos lugares. El de 1646, por ejemplo, se verificó en el cementerio de nuestro padre Santo Domingo, donde se puso un tablado eminente. Fué á 16 del propio mes en que estamos; lo presidió el Sr. D. Domingo Velez de Asas. Salieron en él cuarenta judaizantes y una estatua, los cuales se reconciliaron con Nuestra Santa Madre Iglesia; por otros delitos, ocho.—El del siguiente año se celebró en el átrio de la Santa Iglesia Catedral, á 23 de Enero, habiendo sido en él reconciliados veintiun penitentes que salieron con corozas, soga y vela verde por judaizantes. Dos de estos eran naturales de Castilla, uno de Málaga, doce de Portugal, cuatro de Veracruz y dos de esta corte.

—¡Con que tambien mis paisanos tienen por aquí sus cuentas pendientes con el Santo Oficio! Es cosa peregrina, porque siempre los castellanos fueron cristianos viejos.

—Pues tampoco faltó uno, Fr. Gaspar Alfar, natural de ese reino, en el auto que celebró la Santa Inquisicion el año próximo pasado, á 30 de Marzo, en la Casa Profesa de la Compañía de Jesus. En él salieron ademas un tal Fr. José de Santa Cruz, natural de Sevilla, cuyo delito consistia en que despues de h. ber-

se fugado del convento, se fingió secular y médico, y contrajo dos veces matrimonio, el primero en el Valle de las Amilpas, y luego muerta la mujer que le dejó cuatro hijos, casó segunda vez en la Puebla; otro llamado Alejo de Castro, de ochenta y dos años de edad. . . .

—¡Pues era muy mozo!

—Fué condenado á servir en un convento mientras viviera, atendida su mucha vejez, por sospechoso de mahometano, como se deja ver de que no oia misa, ni ejercia algun otro acto religioso, siendo así que oraba los viérnes delante de una espada y una llave, y cometia otras sandeces por ese estilo.—Otro de los desdichados que tuvieron su merecido en este auto, fué un negro esclavo, Domingo, (tambien llamado Munguìa) que se habia casado dos veces, viva su primera consorte, y que sirviendo en las cárceles de la Santa Inquisicion, habia violado el secreto de ellas, llevando recados y cartas á las familias de los presos. Fué sentenciado á doscientos azotes, seis años de galeras, y en caso de que el tribunal no le remitiera á galeras, fuese vendido en cien pesos de oro para gastos estraordinarios del Santo Oficio.—Fuélo así mismo á doscientos azotes por hechicera, una mulata de sesenta años, llamada Ana Vega, la cual segun se sospechaba tenia pacto con el demonio.–Pero de todos los penitenciados ninguno mas célebre que Martin de Villavicencio Salazar, á quien por sus trampas llamaban unos *Martin Droga*, otros por sus maldades *Martin Lutero*, y todos por sus astucias y embelecos *Martin Garatuza*.

—¡Ah! ¡este es el famoso Garatuza de quien tanto se cuenta!

—El mismo. Habiéndole hurtado á un sacerdote sus títulos de órdenes, se puso su nombre y ejerció todas las funciones sacerdotales, valiéndose de este ardid para ganar dinero. Fué condenado á galeras por cinco años y doscientos azotes. Declaró en su confesion, que cuando oia las de los penitentes, la absolucion que daba era esta: *Dios te tenga de su mano y á mi tambien*. Cuando celebraba misa, es voz comun que consagraba diciendo: *Martin, ¿en qué pararán estas misas!*

—¡Vaya si no era hombre que lo entendia!

—Ya lo veis.

—¿Y no tendremos mañana algunos tunantes de este jaez!

—No sé: mucho se habla de los penitenciados, entre ellos, de un relajado diabólico, un tal Temiño ó Treviño de Sobremonte

—Y despues de todo, ¿qué harán á estas horas los pobres relajados? ¿ya sabrán la suerte que se les depara?

—Sin duda alguna. Los señores inquisidores les habrán notificado su sentencia, cuando les hayan llevado los sacerdotes que es costumbre se queden con los reos toda la noche para disponerlos.

—¿Pero qué? ¿obligan á los padres á bajar á los calabozos, ó sacan de ellos á los ajusticiados para ponerlos en lugar decente?

—Nada de eso. Bajan á los sacerdotes despues de tomarles el correspondiente juramento de sigilo, y en estos momentos los dichos sacerdotes están haciendo inauditos esfuerzos por reducir á los sin ventura que mañana á estas horas se habrán convertido en ceniza.

Mas dejemos á nuestros viejos proseguir su conversacion, y volvamos á los padres dominicos, que ya acabaron de rezar su rosario.

A las doce cantan maitines, despues de los cuales empiezan á decir misas hasta el amanecer.

¡Oh, qué noche esta para la capital! ¡Cuán pocos la durmieron! ¡qué afluencia de gente en derredor del tablado! ¡cuánta en las calles inmediatas esperando con ansia el momento de la llegada de los reos! ¡cuánta en la calle de la Perpetua y plaza de Santo Domingo espiando su salida de las casas del Santo Oficio! Hay ahora en Méjico forasteros de doscientas y trescientas leguas de distancia atraidos por la curiosidad de tan grande espectáculo, y parece, como alguno ha dicho, que toda la Nueva España ha quedado desierta, y su poblacion concentrada en la capital.

El concurso en las calles por donde pasó la procesion de la cruz es el mismo de ayer, pues por ellas van tambien á venir los ajusticiados, y los coches se quedaron en las bocacalles desuncidos toda la noche para no perder el lugar. Forman valla y patrullan para evitar desórdenes las cinco compañías del batallon de la ciudad, levantadas al efecto, y la de soldados de Barlovento.

Mas ya empieza el toque general de rogativa: el tañido de las campanas es lúgubre en señal de duelo por la pertinacia de los reos.

En este instante salen de las casas del Santo Oficio dos procesiones, la de los ajusticiados y la de los señores inquisidores,

corporaciones y nobleza. La segunda desfila por las calles de Santo Domingo, el portal, y las siguientes, á dar vuelta por el arco de San Agustin para entrar á Porta-cœli. Vienen en ella todos á caballo: primero los familiares y nobleza, luego el consulado, el claustro de doctores, los dos cabildos con su pertiguero y maceros; va el eclesiástico á la derecha, y presidiendo al secular el corregidor D. Gerónimo de Bañuelos, general y del hábito de Alcántara: luego el tribunal, yendo el fiscal D. Antonio Gabiola con el estandarte y el inquisidor D. Bernabé de la Higuera y Amarilla; en su compañía y detras el Illmo. Sr. Arzobispo, y á su derecha el inquisidor decano D. Francisco Estrada y Escobedo, y á la izquierda el Sr. D. Juan Saenz de Mañosca. A continuacion el contador del tribunal, el abogado fiscal, á caballo, y los capellanes y demas familia, á pie: cierra el todo el coche del arzobispo y los de los demas caballeros.

Mas ya se acerca la procesion de los ajusticiados. Vienen delante diez y seis familiares de vara, luego las cruces del Sagrario, Santa Catarina Mártir, y Santa Veracruz, con mangas negras, los curas y sus clérigos: traen estos tres misales, otros tantos ceremoniales, y tres cruces pequeñas. Siguen luego las estatuas de los reos muertos ó prófugos en número de sesenta y siete, y veintitres cajas de sus huesos: luego cuarenta reconciliados, con sambenitos de media y entera aspa, sogas, corozas y vela verde, cada uno con su padrino; en seguida trece reos relajados con sus dos confesores cada uno, corozas de llamas y demas insignias de reglamento. Despues el alcaide con baston negro, á pie, y á caballo un gran acompañamiento de ministros, que conducen una acémila enjaezada y con campanillas de plata, la cual trae á lomos una caja de nácar y embutidos del Japon que encierra las causas, y á los lados de la caja vienen las varas de la reconciliacion, todo cubierto con un telliz de terciopelo carmesí. Finalmente, rematan la procesion doce alabarderos, el alguacil mayor, y el secretario D. Eugenio de Saravia á caballo.

Llegan juntas ambas procesiones á la plazuela del Volador. Los alabarderos tienen gran trabajo en domeñar el gentío, que hace los esfuerzos de un mar enfurecido por acomodarse en los mejores lugares: no menos agitacion reina en las azoteas de los edificios contiguos, Universidad, Palacio y casas de Flamencos

donde la concurrencia se ve apiñada á manera de una fuerte vegetacion humana.

Hecha la reverencia á la cruz y acomodados en sus respectivos asientos los inquisidores, corporaciones civiles y eclesiásticas, penitenciados y demas personas de cuenta, hacen la protesta de fe por el cabildo eclesiástico, su tesorero y provisor D. Pedro Barrientos; por el secular, el corregidor, y por todos los circunstantes, el secretario del tribunal, ministrando las cruces y misales para el auto los clérigos de las parroquias antedichas Luego se lee por el secretario la bula de S. Pio V de *Protegendis* en que constan las gracias é indulgencias concedidas por S S. al tribunal, sus ausiliares y concurrentes á sus autos. Comienza en seguida á predicar, adoptando el testo consabido, el Sr. D. Nicolás de la Torre, dean de la metropolitana y obispo electo de Santiago de Cuba.

Son las siete.

Media hora despues, y ya concluido el sermon, empieza la lectura de las causas de los relajados.

De estos uno es el famoso Tomás Treviño de Sobremonte, natural de Castilla: entre los cargos que se le hacen en su causa es curioso el de que se comunicaba en las cárceles en lengua mejicana, y en ella maldecia la Inquisicion, los reyes y papas y demas que la han fundado. Se porta tan rebelde que hasta su suegra, Leonor Nuñez, tambien relajada, le ha dicho que le duele por su alma de verle tan iracundo; pero él le contesta: ¡ea! madre de los macabeos, refiriéndose á los muchos relajados que ha tenido por hijos.

No menos notable es Simon Montero, que en oyendo notificarle su sentencia, se puso á bailar.

Antonio Baez Tirado, es un judío de importancia, rabino, y hablando de los cristianos dice que son unas bestias, aplicándoles el salmo *sicut equus et mulus*.

Gonzalo Flores pidió audiencia una vez á deshoras de la noche por molestar á los inquisidores, y otorgada que le fué, les dijo en tono entre serio y burlon:—señores, solo he querido hacer venir á vuestras mercedes al calabozo, para asegurarles de nuevo, que es mi voluntad vivir y morir en mi secta.—Se fingió loco; pero los médicos han opinado que su demencia era simulada, lo mismo que la de su compañero Gonzalo Baez, que metia mucho ruido en las cárceles, por lo que á veces se le ha

castigado, y denostaba á los inquisidores llamándoles "perros y ladrones de sus haciendas."

Ana Gomez se vanagloría de morir mártir, y Maria Gomez es tan celosa de su ley, que por paga de sus liviandades exigia ayunos y otras prácticas de sus ritos.

Concluida la lectura de las causas de los relajados, se procede en breves términos á hacer relacion de las de los relajados en estatua. Anuncia el principio de cada relato el retiñir de la campanilla que toca el arzobispo presidente.

Representan las estatuas diez relajados muertos en las cárceles del Santo Oficio, cuarenta y siete fuera de ellas, y ocho que se fugaron luego que tuvieron sospechas de que se les perseguia.

Uno de los primeros, Agustin Rojas, se ahorcò en el calobozo.

María Rivera se dejò morir de hambre.

Blanca Enriquez y Catalina Rivera se dejaron sacramentar, añadiendo el sacrilegio á la impenitencia final.

Isabel Nuñez pidió audiencia antes de morir; mas no pudo hacer ninguna confesion, y con grandes contorsiones espiró lo que la hizo juzgar por posesa.

De los segundos, es decir, de los que murieron fuera de las cárceles, hay notable solamente la muerte de Gonzalo Diaz Santillan. Este, por estafar á sus correligionarios, los amenazaba con denunciarlos, y al efecto salia y entraba á las casas de la Inquisicion para hacérselos creer, hasta que ellos, cansados, le dieron muerte.

Isabel de Segovia se encontró ahorcada sin haberse podido averiguar si por suicidio ó por los suyos.

Juan de Araujo murió bajo las ruinas de un templo que se derribó.

Leonor Baez, mejicana, soltera, estaba tan infatuada, que en su cama oía músicas celestiales; y aseguran muchos que era el demonio quien le daba estas serenatas tomando la figura de una negrilla que por allí apareció una vez.

Entre los relajados fugitivos llama la atencion Pedro Mercado, que compuso una comedia y en su representacion dió asiento de preferencia á los judíos sobre los católicos, lo que le acarreó sospechas y celos.

De los reconciliados tambien los hay en estatua y en per-

Figuran entre ellos primeramente un francés, Francisco Rezen, único preso por protestante. De este dicen que se burla del papa, Inquisicion y demas cosas de la Iglesia romana; añadiendo que las demandas de las cofradías son abusiones y en pro de los clérigos para recoger plata.

No es menos notable Dª Juana Enriquez, á quien todos han conocido en Méjico por sus galas, coches y demas aparatos de grandeza, en compañía de su marido Simon Baez, hijo de un carnicero y verdugo, como despues se ha averiguado.

Diego Correa se fingió loco en la cárcel de la Inquisicion, y quiso matar á un ministro del tribunal: por este delito, antes del auto, se le recetaron doscientos azotes.

Finalmente, no es bien dejar sin mencion especial á una muchacha de Ixmiquilpam, Inés Pereira, de quien dicen los suyos ha de nacer el Mesías, y la tenian muy adornada, le encendian velas y le tributaban otros homenajes de este género.

Concluida la lectura de las causas, se advierte en la concurrencia una gran conmocion al tiempo mismo que cruzan el ambiente algunas ráfagas de acentos humanos; y en medio del ruido monótono y confuso de tantos pies que mudan de asiento, tantos vestidos que se rozan y rasgan, tantos sombreros que se doblan y estropean, y de tantos codos que se oprimen y forcejan, en medio de este ir y venir continuo de la muchedumbre que en masa compacta se agita ora á esta parte ora á la otra como un monstruo de mil cabezas, y bajo un sol de Abril que arde en el firmamento como una hoguera, se oyen por todas partes y como á escusas algunas frases indagadoras, algunos ¿qué sucede? algunos ¿y ahora qué sigue? acompañados de miradas de fuego y proferidos por labios tostados por el calor y la sed.

Pero cesa el ansia general luego que se anuncia la entrega de los reos al brazo secular para que se les aplique la pena. Verificanla el alguacil mayor y el secretario, quienes dirigiéndose al corregidor de la ciudad le recomiendan que al sentenciar á los relajados use de piedad.

Mas ¡ay del corregidor si toma á pechos la recomendacion. En el primer auto que siga al presente figurará él mismo con coroza y vela verde.

XVI.

EL BRASERO.

Son las tres de tarde.

Sobre un tablado que se respalda en las casas de ciudad ó Diputacion se asienta el tribunal del corregidor, ante quien comparecen los reos.

Vuelve á hacerse una relacion sumaria de las causas, y terminada, con consulta de asesor, pronuncia la autoridad su sentencia condenando á doce de los relajados á ser quemados despues de habérseles dado garrote, y á Tomás Treviño de Sobremonte por sus blasfemias y pertinacia á ser quemado vivo.

Acto continuo, en medio de los vivas al corregidor y los mueras á los relajados, son conducidos estos al suplicio, haciéndolos montar en bestias de alabarda.

El paseo se verifica lentamente por las calles de Plateros y San Francisco, donde la muchedumbre es tal, que apenas deja espacio para que camine la siniestra y ridícula cabalgata.

Todas las miradas se clavan en Tomás Treviño, y él pasea las suyas por todo el espectáculo con una indiferencia y calma horribles. Los insultos que se le hacen, los acoge con un desden abrumador. Un indio va estirando la bestia en que monta, y de cuando en cuando le da de puñadas en la boca si le oye proferir alguna palabra malsonante, ó le exhorta á reducirse á la fe católica, aconsejándole que "crea en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo;" pero él ni contesta, ni parece hacer caso de lo que se le dice, y su pensamiento vaga por otras regiones lejos de los objetos que le rodean.

En llegando cerca del brasero les sale al encuentro el Señor de la Misericordia. . . . ¡Profanacion sacrílega! ¡monstruosa inconsecuencia! Si esa efigie sagrada se animase, si se trasfigurase en el Hombre-Dios, ¡cuál seria su actitud ante las víctimas y los verdugos!—Yo soy, diria, el cordero sin mancha sacrificado por los delitos del hombre; yo derramé mi sangre en un pa-

túbulo para sellar la verdad de mi palabra; pero mi yugo es suave; mi doctrina no se impone, se predica; no se introduce en el corazon con la punta de la espada, penetra por sí sola en la inteligencia como el primer rayo de la aurora que se abre paso entre las sombras. Yo soy la verdad y la vida; si vuestra alma duerme á mi voz, tiempo ha de venir en que salga de su letargo. Pero vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devorais la hacienda del huérfano y de la viuda, que profanais mi templo convirtiéndolo en tienda de mercaderes, que os constituis ministros de la divina Justicia, debiendo comenzar por vengarla de vosotros mismos, temblad ante mi brazo; yo os haré desaparecer de la haz de la tierra, porque sois indignos de contemplar ese cielo donde me buscan las miradas del bueno, ese sol que os da vida, las aves que derraman en vuestros oidos su armonía, y la nieve que mi mano ha puesto en las montañas para que brille entre el cielo y la tierra como un diamante eterno! Yo soy la verdad y la vida; pero á fuerza de cerrar los ojos á la luz, estais ciegos; á fuerza de hollar mis mandatos os habeis connaturalizado con el crímen; á fuerza de aparentar ante vuestros hermanos lo que no sois, habeis llegado á engañaros á vosotros mismos: habeis triunfado del remordimiento, y duerme vuestra alma el sueño de la muerte! . . . .

El tumulto que se forma en torno del brasero á la aproximacion de los ajusticiados es indescribible. Las mujeres hacen la señal de la cruz como para conjurar al demonio, y en los semblantes se pinta un sentimiento inefable de temor y dolorosa curiosidad.

La gente se ha proporcionado puntos para observar no solo en tablados construidos de improviso, no solo en las azoteas y balcones de las casas circunvecinas, sino hasta en las ramas de los árboles de la Alameda.

Ejecutados doce de los reos, se arrima leña á las estatuas y huesos, que se consumen con gran facilidad. Proceden despues los verdugos al suplicio de Tomás Treviño. Como un acto de piedad, y por ver si se convierte ante la idea sensibilizada de los tormentos que le esperan, le aplican á las barbas un leño ardiendo antes de ponerlo en el cadalso.

Prorompe en execrables blasfemias. Rodéanle de leña á que prenden fuego; óyese un chisporroteo infernal al tiempo que se levanta una llama monstruosa envuelta en una nube de humo

y en medio de esta horrible hoguera se ve á Treviño atrayendo á sí mismo con los piés los tizones encendidos. . . . Un grito de triunfo salvaje se oye resonar por el ámbito de la plazuela, y animado este pobre pueblo fanatizado de un delirio febril y diabólico, rie á carcajadas de las angustias del infeliz penitenciado que lucha con la muerte; los soldados disparan contra él sus armas de fuego, y hasta los muchachos le arrojan piedras.

Así termina el bárbaro suplicio.

Dura el fuego hasta muy entrada la noche, devorando los restos de todos los sentenciados, sus huesos y estatuas. El hambre del brasero está satisfecha, y el monstruo dormita aletargado saboreando la grasa de su presa.

Mañana vendrá el corregidor, y en carretones hará trasladar las cenizas á la ciénega que está detras del convento de San Diego.

Entre tanto, volvamos nosotros á la plazuela del Volador, donde nos espera todavía algo curioso que presenciar.

XVII.

LA RECONCILIACION.

Una iluminacion tan soberbia como la de la noche antecedente baña el tablado y refleja en los muros de Palacio, la Universidad, Flamencos y Portacœli, dando realce á sus partes salientes y colorando los rostros de los circunstantes con una claridad rojiza.

Suena otra vez el clamor de las campanas en señal de rogativa, y hacen salir de Portacœli en fila de dos en dos á los reconciliados.

El inquisidor decano con sobrepelliz y estola, asistido de los

curas procede, segun lo prescrito en el ritual, á la abjuracion, reconciliacion y alza de censuras á los penitentes; el secretario hace las preguntas del credo, que contestan estos y los circunstantes, y les lee, repitiendo ellos, la abjuracion. Tiene este acto un carácter de solemnidad forzada, que apenas puede disimularse. Al pronunciar los concurrentes las palabras del credo con voz fervorosa, en verdad que no están poseidos ni de amor á la fe católica, ni de celo por la gloria de Dios, recuerdan sí los lamentos de los infelices penitenciados y arde muy viva en su imaginacion la llama de la hoguera.

Concluida esta ceremonia, el oficiante canta las oraciones mientras los clérigos dan de varazos á los penitentes, hecho lo cual termina la funcion. Al repique iniciado en Portacoeli sigue inmediatamente el de las campanas de toda la ciudad. El pueblo, ávido de espectáculos, ha saciado ya su sed. Reunido por todo el dia en la plazuela del Volador, comienza á retirarse en desórden por las calles mas próximas como las corrientes que parten de un gran manantial.

Entre tanto, los inquisidores y los reos vuelven procesionalmente, en el mismo òrden en que vinieron, á las casas del Santo Oficio.

Mas ya que hablamos de este edificio, bueno será consagrarle algunas líneas.

XVIII

LA CASA DE LA ESQUINA CHAVA.

Así le llamaba el vulgo en años anteriores á causa de la estructura particular de su fachada, construida sobre la superficie que deja el corte oblícuo de la esquina de las calles de los Sepulcros y de la Perpetua. En esta fachada está la puerta principal.

Los habitantes de Méjico no han menester indicaciones con respecto al plano en que se asienta este célebre edificio, que por tanto tiempo tuvo el triste privilegio de ejercer en los ánimos un horror incontrastable. Para los que no conozcan su situacion, bástales saber que ocupa una área, de cuyos límites dos son las aceras de las calles antes mencionadas, que miran al Sur y al Poniente, y forman al tocarse la *esquina chata*, opuesta al vértice del ángulo correspondiente de la plazuela de Santo Domingo. El departamento mas ámplio es el que posee actualmente la Escuela de Medicina, y los demas están convertidos en casas particulares, habiendo mudado de forma y disposicion.

Antiguamente, en el gran patio de la casa del Santo Oficio, no se gozaba ese aspecto alegre y aseado que hoy ostentan los muros: su pintura era hosca y sombría como el semblante de un alcaide. La persona que le visitaba era todo, menos lo que aparentaba en su fisonomía: una gravedad afectada, el silencio y la mesura eran de rigor.

El arco principal de la escalera por la parte que mira hácia dentro, ofrecia al curioso una lápida con la inscripcion siguiente:

"Siendo Sumo Pontífice Clemente XII: Rey de España y de las Indias Felipe V; Inquisidores generales sucesivamente los Exmos. Sres. D. Juan de Camargo, obispo de Pamplona, y D. Andrés Orbe y Larreategui, arzobispo de Valencia; Inquisidores actuales de esta Nueva-España, los Sres. Lics. D. Pedro Navarro de Isla, D. Pedro Anselmo Sanchez de Tagle, y D. Diego Mangado y Clavijo, se comenzó esta obra á 5 de Diciembre de 1732, y se acabó en fin del mismo mes de 1736 años, á honra y gloria de Dios, y Tesorero D. Agustin Antonio Castrillo y Collantes."

Al leer la parte final de esta inscripcion, alguno tuvo duda sobre si la obra de que se trata se acabó siendo tesorero la persona indicada, ó si se acabó á honra y gloria de Dios y tambien del tesorero.

A la derecha de la escalera, en el corredor que mira al Poniente, habia una puerta que daba entrada á las salas de audiencia y demas departamentos de oficiales y ministros. En la primera pieza estaban los retratos de los inquisidores, que llegaban á cuarenta, con pomposos rotulones, en que se indicaba el lugar de su nacimiento, la edad que alcanzaron y aun la enfermedad que les causó la muerte, no menos que los empleos que tu-

vieron durante su carrera respectiva, el año y dia de su colocacion en la casa, etc., etc.

"Por este cuarto se entraba al salon de audiencia que tendria sus treinta varas de largo, sobre ocho de ancho, el cual estaba magníficamente adornado: las columnas y demas ornatos arquitectònicos eran de órden compuesto, y los intercolumnios estaban cubiertos de damasco encarnado. En el estremo del salon que miraba al sur, habia un altar bastante bien decorado, y en su centro San Ildefonso, que recibia la casulla de la Santísima Vírgen María. En el lado opuesto, y despues de una gradería de poco mas de una vara de alto, estaba la mesa de los inquisidores, con sus tres sillones cubiertos de terciopelo carmesí con franjas y recamos de oro, y sus tres cogines ó almohadones correspondientes aforrados en lo mismo. Habia ademas un dosel clavado en la pared tambien de terciopelo, del mismo color, con franjas y borlas de oro. En él estaban las armas reales, y apoyado en el globo de la corona un crucifijo, y al rededor: *Exurge, Domine, judica causam tuam.* Ps. 73.

"A su lado dos ángeles: uno tenia en una mano una oliva, y con la otra sostenia una cinta en que se leia: *Nolo mortem impii, sed ut convertatur et vivat.* Ezeq., cap. 33.

"En el otro lado habia otro ángel con una espada en la mano derecha, y en la izquierda otra cinta con este mote: *A el faciendam vindictam in nationibus: increpationes in populis.* Ps. 148.

"Todo lo cual estaba recamado de oro y seda, y era mas antiguo que la casa, pues lo bordó Roque Zenon en Méjico el año de 1712.

"En la pared de dicho salon que miraba al Sur, habia una puertecilla que conducia á las prisiones: otra en la que miraba al Poniente con este rótulo:

Mandan los Señores Inquisidores, que ninguna persona entre de esta puerta para adentro, aunque sean oficiales de esta Inquisicion, si no lo fueren del secreto, pena de excomunion mayor.

"Habia tambien otra puerta junto al dosel llena de escopleaduras circulares y oblícuas, para que el delator y testigos pudiesen ver desde dentro al reo sin ser vistos por él.

Bajada la escalera que conducia á las prisiones, habia un cuarto con un torno, por donde se daba la comida á los carceleros para distribuirla en los calabozos: en el mismo cuarto habia dos puertas, una de las cuales conducia á un patio bastante

espacioso, en cuyo centro habia una fuente y *algunos naranjos*, y al rededor diez y nueve calabozos: la otra conducia á una prision bastante capaz, que los de la casa llamaban ropería, y que se componia de tres ó cuatro cuartos, de los que el último parecia ser el que mas habia servido.

En las paredes de este último cuarto habia varias poesías de D. Antonio Castro y Salgado, que compuso durante su prision: habia tambien algunas pinturas del mismo sugeto, y entre ellas un paisaje que representaba un campamento; entre las tiendas de campaña habia algunos árboles, y á lo lejos se distinguian mástiles y velas de embarcaciones: en el centro un alférez con los brazos abiertos, y á poca distancia un hombre embozado. Debajo de este paisaje habia esta inscripcion:

Atravesando el autor A. C. y S. el campamento de. . . . á las diez de la noche, un embozado le dice: "Pon tu persona en salvo, y huye á Francia." Así lo hizo á la edad de 21 *años, y á la de* 25 *vino á esta prision, despues de haber corrido una suerte no menos trágica que la del baron de Trenck.*

"Sobre la puerta que daba entrada al patio de las prisiones y mirando á estas, habia una lápida de piedra, y en ella una inscripcion latina, que traducida al castellano decia:

"Reinando Cárlos IV y Luisa, siendo inquisidor general de España el Exmo. Sr. D. Ramon de Arce, y de Méjico los doctores Prado, Flores y Alfaro, esta cárcel, que se hallaba casi arruinada, se reparó y mejoró, habiendo quedado abierta por algun tiempo, para que el público la reconociese, dia 9 de Diciembre del año del Señor de 1803, y el cuarto del pontificado de nuestro Santísimo Padre Pio VII."

"Las mas de las prisiones tenian de largo diez y seis pasos y diez de ancho, aunque habia algunas mas chicas y otras mas grandes, dos puertas gruesísimas, un agujero ó ventana con rejas dobles, por donde se les comunicaba la luz escasamente, y una tarima de azulejos para poner la cama.

"Detras de los diez y nueve calabozos habia otros tantos jardincillos, que llamaban asoleaderos, á donde llevaban algunas veces á los presos para que tomasen sol; pero construidos de manera, que era imposible verse los unos á los otros: últimamente estaban llenos de yerba, y no cuidados como lo estuvieron hasta 1813."

Estas noticias nos las suministra el Diccionario de Historia

ya citado. No contentos con solo ellas, procuramos una vez identificar los lugares; pero todo nuestro afan no dió mas fruto que determinar el local del antiguo patio de los naranjos. Este, segun opinion de varios y en especial de un viejo portero de la Escuela de Medicina, era precisamente la misma área en que hoy está situada la casa número 7 de la calle de la Perpetua, en la que habitó nuestro elegante poeta D. José Joaquin Pesado.

Tampoco nos ha sido dable averiguar si es realidad ó fábula el tan mentado subterráneo que, segun la creencia popular, comunicaba el edificio de la Inquisicion con el convento de domínicos.

Otra cosa permanece envuelta en las nubes del misterio: la pieza á que se entraba por el salon de audiencia, y á cuya puerta tenian que detenerse sin pasar adelante, pena de excomunion, todos los que no eran oficiales del secreto: ¿qué objeto tenia, á qué estaba destinada? ¿Era por ventura el lugar donde se guardaban los instrumentos del suplicio? Curioso y horrible seria el aspecto de aquella reunion de aparatos inventados por la crueldad mas refinada. ¿Era la galería donde las estatuas de los reos fugitivos y los huesos de los que habian muerto en la cárcel esperaban el dia del auto de fe para ser devorados por el fuego?

La Inquisicion no disimulaba su rencor salvaje. Avida de venganza, era un dragon que tenia cien garras para hacer presa, y cuando no podia dar alcance al fugitivo, se consolaba quemándole en efigie, que así á lo menos echaba un borron indeleble en su memoria. Solia la muerte disputarle sus víctimas, sobre todo cuando el tratamiento que se les daba en las prisiones era escesivamente bárbaro; pero todavía así le quedaban los cadáveres. . . . . no, las osamentas, contentándose entonces con las sobras del festin. No sin razon dijo el cantor de la Grandeza Mejicana que la Inquisicion era:

> Una espía, á quien no hay secreto oscuro,
> Que tiene ojos de Dios, y el delincuente
> Aun en el ataúd no está seguro.

Por lo demas, su historia abraza épocas notables y episodios interesantísimos, matizados de hechos prodigiosos, á veces dramáticos, pero entre los cuales se descubre un fondo horrible

como una niebla nocturna. No es, sin embargo, nuestro intento referirlos, ni cabe tal empresa en el plan que nos hemos propuesto; consagraremos sí algunas páginas á la parte leyendaria ó cíclica de la Inquisicion por amor á nuestras tradiciones populares.

XIX

LA MULATA DE CÓRDOBA.

¿No habeis asistido alguna vez á las risueñas pláticas de nuestra gente pobre? Si algun aguacero os ha obligado á tomar asilo en un zaguan ¿no habeis escuchado los diálogos que alegran el cuarto del portero? ¿No ha llegado á vuestros oidos, sin quererlo, algun fragmento amoroso del idilio representado en la calle entre un mozo de café y una linda costurera? Se trata de una empresa dificil, se trata de que la muchacha, venciendo los obstáculos que le opone la suspicacia de una tia terrible, acuda á una cita.... ¡dura exigencia! ¡proyecto irrealizable!

Pero el amante insiste; redobla su empeño, y aun ya sospecha que la negativa procede del poco afecto que se le profesa, ó quizá de algun compromiso contraido con otra persona.

—Nada de eso! pero....

—Dí claro que ya no me quieres!

—Nada de eso, pero....

—Pero qué!

—Me pides un imposible! ¡eres un imprudente! ¡yo no hago milagros! ¿qué soy la Mulata de Córdoba?

Asoma á vuestros labios una sonrisa al oir este nombre que os hace recordar con deliciosa armonía en lo íntimo del alma la conseja á que se refiere, y que con mil otras escuchábais de ni-

ño durante las primeras horas de la noche, á la luz de la bujía, de labios de la sirvienta mas antigua de vuestra casa, ó tal vez de los de alguna hermosa Scherazada que á la sazon se hallaba en ella de visita. Os trasladais involuntariamente á esos tornasolados años de la inocencia, que disfrutásteis ajenos de pesar y de inquietudes, dejado apenas el regazo de la madre, y en que recien venidos á la vida empezábais á gustar no mas que sus placeres. Oh! quién no vuelve los ojos con encanto á esa edad tranquila, aurora de la existencia, perfumada con el amor de la familia, fresca y pura con el rocío de tiernas puerilidades! ¡quién no conserva en el corazon, aunque marchitas, algunas de las flores que cortó durante sus primeros pasos en el mundo! ¡Quién no atesora como las reliquias de esa fugitiva edad las relaciones fantásticas, los sabrosos cuentos que entonces le entretuvieron y embelesaron!

Sí, pocos habrá que no sepan la leyenda de la Mulata de Córdoba, y no hay mas que penetrar en el hogar del pobre para oir frecuentes alusiones al poder mágico y portentoso de esa célebre mujer. ¿Pero existió realmente? ¿No es una de tantas ficciones inventadas para alejar de los niños el sueño? Prescindiendo de la virtud sobrenatural de que se presenta revestida, hay que convenir en que su existencia fué un hecho; y deponiendo la crìtica véamos lo que acerca de ella cuenta la tradicion.

La Mulata de Córdoba empezò á darse á conocer de una edad en que habiendo alcanzado el perfecto desarrollo de su organizacion, no podia llamarse ni jóven ni vieja.

No faltaba, sin embargo, quien asegurase ya de edad avanzada haberla conocido desde niño en el mismo estado en que todos la vieron siempre; por lo que una de las primeras virtudes que se le atribuian era la de conservarse la misma á pesar de la destruccion y desmejora que acarrea el trascurso del tiempo.

Lo cierto es que era el oráculo de la gente supersticiosa de su época, en atencion á que se le suponia estar en contacto con seres de un mundo misterioso y sobrenatural, con quienes comunicaba cuando mejor le parecia, sabiendo por ellos los secretos del presente y los del porvenir. Poseía ademas dotes que la hacian buscar como un remedio universal para las dolencias del cuerpo y las aflicciones del espíritu.

El lugar de su residencia era un arcano: tenia el don de ubiquidad, y alguna vez se supo que á la misma hora había res

pondido á una consulta en Córdoba, y aplicado un medicamento á un enfermo de la capital. Ordinariamente habitaba una caverna; este la visitó en una hundida accesoria; aquel la vió en una de esas casucas horrorosas que tan mala fama tienen en los barrios mas inmundos de las ciudades, y otro la conoció en un modesto cuarto de casa de vecindad, sencillamente vestida, con aire vulgar, maneras desembarazadas, y sin revelar el mágico poder de que estaba dotada.

Pero el medio mas comun de ponerse en relacion con ella era invocar su presencia en cualquier lugar, y entonces aparecia súbitamente; dábase á conocer, y ofrecia sus servicios al invocante. Las mas veces se dejaba ver sin saberse cómo; pero alguno la vió venir atravesando rápidamente los aires sobre una nube. ¿Qué fuerza natural ó qué elemento no caeria bajo el dominio de semejante mujer?

He aquí por qué era considerada como un paño de lágrimas en las necesidades mas apremiantes.

¿Habia una doncella herida de amorosos cuidados? Tal vez suspiraba lejos del dueño de su corazon; tal vez sentia el roedor veneno de los celos y anhelaba cerciorarse de la fidelidad de su amante; tal vez este la habia abandonado partiendo á lejanas tierras, y ella se consumia en estériles votos sin poder consolarse, sin poder reprimir sus ansias, sin poder echar en olvido al objeto á la vez aborrecido y adorado de su pasion, y entre tanto

"Llorando la ausencia
Del galan traidor,
La halla la luna
Y la deja el sol:
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor."

En tal situacion, ¿qué camino tomar? ¿á quién acudir?

La Mulata le dará un filtro maravilloso, que una vez circulando en las arterias de su amante, irá al corazon de este y grabará en él con letras de fuego el nombre de la ninfa. Desde entonces nada tiene ya que temer, porque el prestigio de que se ha de ver rodeada será irresistible, omnipotente.

Un caballero está oprimido de mortal pesadumbre: el demonio de la pobreza le tiene entre sus garras, quiere mejorar de

condicion; pero le faltan medios; quiere elevarse en la sociedad, adquirir un puesto distinguido, fama, nombradía; pero carece de posibles.

"Poderoso caballero
Es don dinero."

¡De dónde conseguirle? ¿Cómo obligarle á venir á sus manos! ¿cómo llegar á merecer sus favores? ¡Un tesoro! ¡una mina! ¡una lotería! . . . . Sí, una lotería, ya que el trabajo nada produce, ya que la economía y las privaciones no mejoran la suerte, no ablandan á la fortuna. ¡Una lotería! . . . . Pero ¿cómo adivinar el número que ha de ser premiado?

Una hermosa dama, sí, hermosa, pero no rica, desea ardientemente presentarse en un baile adornada con magnificencia; ya logró un trage con que hará morir de envidia á las mas encopetadas señoritas de la corte. Consulta con el espejo y sonríe al mirarse tan hechicera; mas. . . . ¡qué sombra anubla su frente! Nota que le hace falta un aderezo de diamantes; ¡ah si poseyera el que estrenó hace poco la vireina! ¿cómo tener uno igual ó semejante?

La dama y el caballero saldrán de angustias acudiendo á la Mulata.

Era esta, en suma, una Circe, una Medea, una Pitonisa, una Sibila, una bruja, un ser estraordinario á quien nada habia oculto, á quien todo obedecia, y cuyo poder alcanzaba hasta trastornar las leyes de la naturaleza. . . . Era, en fin, una mujer á quien hubiera colocado la antigüedad entre sus diosas, ó á lo menos entre sus mas veneradas sacerdotisas; era un *medium*, y de los mas privilegiados, de los mas favorecidos que disfrutó la escuela espiritada de aquella época. . . . ¡Lástima grande que no viviera en la nuestra! ¡de qué portentos no fuéramos testigos! ¡que revelaciones no haria en su tiempo! ¡cuántas evocaciones! ¡cuántos espíritus no vendrian sumisos á su voz! ¡cuántos incrédulos dejarian de serlo!

Pero la Inquisicion era demasiado lince y superlativamente materialista. Cuando llegaron á sus oidos tan estupendas maravillas, sonrió con desden y clavó sobre la maga una mirada de serpiente. Despues alzó la mano con sorna dispuesta á caer sobre su presa; escabúllese esta con celeridad vertiginosa y cruza triunfante por el cielo; pero su perseguidora ya estaba prepa-

rada á este lance: tiende en el aire su red de acero y. . . . no hubo escape, la Mulata quedó prendida entre las mallas.

Cuando se supo que yacia sumida en una de las cárceles del Santo Oficio, quedaron consternados sus prosélitos y admiradores; mas entonces á ella, que todo lo sabia, le llegó su vez de reir, y lo hizo con una desdeñosa carcajada que resonó pavorosamente por todos los ángulos del edificio.

¿Tenia razon.

Pasado algun tiempo, y cuando ya se iba desconfiando mas y mas de la fuerza sobrehumana de que habia hecho alarde; cuando los que la tenian presente aguardaban que de un dia á otro se leyera su causa en un auto de fe, é incontinenti fuese conducida al quemadero, ella se propuso chasquear á sus guardianes y dejar atónito á todo el mundo.

Estamos en la mazmorra inmunda que la aprisiona: en una de las paredes ha pintado con carbon un buque, y está presente el carcelero contemplando el primor de la pintura.

—¿Qué le falta á este barco? pregunta la Mulata.

—Nada, respondió el guardian, solo que ande.

—Eso es lo de menos; pero no caminará solo.

En diciendo esto la hechicera, por una de sus artes, se introdujo en el buque susodicho, el cual comenzó á deslizarse poco á poco á lo largo de la pared, hasta perderse con su carga en el rincon de la pieza, quedando el espectador de aquella escena con un palmo de narices.

Desde entonces desapareció para siempre la Mulata.

XX.

UN REO QUE PARECE JUEZ.

—¿Ya sabes la gran nueva de hoy?

—¿Llega acaso el galeon de Filipinas? ¿está ya en Veracruz la flota de España? ¿trae mercedes? ¿á quiénes?

—Cierto que ignoras cómo anda el mundo.

—Pues dime ¿qué hay? . . . .

—¡Qué ha de haber! ¡que el Santo Oficio ha hecho hoy una gran presa, una presa ilustre! Ya se persuadirán los detractores de la Santa Inquisicion que no sabe lo que es acepcion de personas, que para ella lo mismo es el rico que el pobre, el rey que el vasallo. Esto hacia falta, sí, un ejemplo ruidoso, un caso nunca visto, ¡la primera autoridad haber de reconocer que muy cerca de sí tiene al superior que vela sus pasos! ¡escelente!

—¡Pero tú te has vuelto loco, y quieres que yo te acompañe á San Hipólito! ¿acabarás de decirme qué pasa?

—¿Que pasa!

—Sí.

—¡Que su escelencia el señor virey tiene que comparecer hoy dia (óyelo bien) ante el tremendo tribunal del Santo Oficio! . . .

—¡Cómo es eso!

—Sí, se le citó inmediatamente. . . . ¡muy acertado! . . . . y á pesar de su pompa, á pesar de su boato. . . . habrá de obedecer. Ya lo veremos, señor marques de Croix, ¡de Croix! tras de la cruz está el diablo!

—Hasta ahora. . . . si no te esplicas mas. . . .

—Pues sí, sábelo bien. La corte está escandalizada, y en breve lo estará todo el reino; porque quien debia ser un espejo de religiosidad, un dechado para todos nosotros, es el primero que ve con menosprecio las cosas sagradas.

—Ah! vamos, algun sacrilegio!

—Hoy que nuestra Santa Madre Iglesia recuerda al hombre qué es polvo y. . . .

—Ceniza: dígalo si no mi frente.

—Fueron los señores canónigos á las Casas Reales á dar, segun costumbre, la ceniza al señor virey; pero su escelencia. . . .

—¡La rehusó!

—No tanto; pero sí mandó decirles que tuvieran á bien aguardar. . . . ¡como si tratase con alguna comision de concejales de pueblo!

—¿Pero al cabo tomó ceniza?

—Sí.

—¡Vaya si no me sales con el parto de los montes! ¿No ves que su escelencia tendria á la sazon algun negocio cuyo despacho no pudo retardar!

—Lo cierto es que á la media hora ya estaba emplazado para presentarse ante el Santo Tribunal.

—¿Y no le sorprendió la cita?

—¡Vaya si no! Dicen que al recibirla esclamó: "con que tambien los vireyes están comprendidos en la jurisdiccion del Santo Oficio!" Ya ves que lo que debe sorprender es la duda de su escelencia.

—¿Y no cabe en que acudirá al llamamiento?

—Y dentro de pocos instantes, como lo verás.

En efecto, no bien habian terminado su diálogo nuestros dos interlocutores, cuando los toques de ordenanza anunciaron en Palacio que salia el virey; salia, es verdad, mas no solo, sino al frente de un batallon competentemente armado y seguido de una batería.

Toda la gente se preguntaba con susto qué objeto tenia aquel aparato; pero la comitiva siguió impávida en direccion á las casas del Santo Oficio.

Al llegar, la tropa puso cerco al edificio y el virey atravesó con serenidad el patio, subió la escalera y se presentó en la sala de audiencia ante los inquisidores, que con grande autoridad le esperaban sentados en el tribunal. Sus miradas se fijaron á un tiempo en el emplazado con una espresion indefinible que podia significar sorpresa, satisfaccion, orgullo y aun altivez. Pero él con una calma imperturbable y cierto aire libre y depresivo como de quien viene á imponer la ley antes que recibirla, sin esperar á que le hablasen, sacó el reloj y tomó la palabra, encarándose al inquisidor presidente:

—Ante todo conviene tener entendido que para esta entrevista no podemos disponer sino de diez minutos. Vea V. S. lo que tiene que decirme en este espacio, porque si espira antes de que salga á la calle, la artillería que está ahocada al edificio empezará á obrar hasta reducirlo á escombros. Por lo mismo creo que á todos nos importa ser breves.

—No cabe la menor duda, escelentísimo señor, aunque es estraño. . . .

—Bien; pues pasemos al asunto.

—No hay para qué seguir adelante, escelentísimo señor.

—Segun eso la audiencia está terminada.

—Y muy felizmente; porque. . . . Será bien que V. E. piense ya en retirarse.

—Porque quien se presenta á juicio con tantos y tales abogados. . . .

—No puede menos de salir airoso; pero, dispensando, suplico á V. E. se digne retirarse.

—Podemos hablar todavía por algunos minutos.

—No es menester, y el tiempo es precioso. . . . una distraccion!

—Podia sernos funesta. . . . comprendo. Asì que. . . .

Al decir el virey estas palabras, hizo una ligera inclinacion ante el tribunal, y consultando el reloj con presteza empezó á andar sosegadamente.

Cuando llegó á la calle, y antes de montar en su coche, dirigió una mirada al rededor. La gente estaba azorada esperando con avidez el resultado del juicio. La mecha humeaba en manos de los artilleros y el jefe de la fuerza, inmòvil como una estatua, seguia con la mirada fija en la carátula de su reloj los pasos del minutero.

—¡A Palacio! se oyó decir desde la testera del carruaje, con un acento que no indicaba la menor emocion, y casi en el mismo instante partió el carruaje, atravesando despues orgullosamente la plazuela de Santo Domingo.

¡A Palacio! . . . por entonces; mas no pasó mucho tiempo sin que el marques de Croix recibiese la órden de volverse á España.

No podia la Inquisicion entregar maniatado al virey á la voracidad del quemadero; pero sí pudo comparecer ante el monarca y suplicarle con semblante beato, con actitud doliente, que separase del gobierno de la Nueva-España á un hombre que hacia esperar á los canónigos para tomar ceniza, y que se presentaba á las casas del Santo Oficio como si fuera á apoderarse de un fuerte por asalto. Faltas eran estas que podia disimular, mas nunca echar en olvido. Sobre todo, jamás toleró que le usurpasen sus fueros, y nunca pensó sin derrame de bílis en un reo que parece juez.

XXI.

PRESOS INSIGNES

El calabozo que la Inquisicion habia preparado para el virey quedó, como hemos visto, esperando el bocado con la boca abierta. Al fin tuvo que resignarse á perderle, aunque no sin desconsuelo. Con todo, pronto vinieron á reemplazarle nuevas presas, supliendo la abundancia lo ilustre de la que se habia escapado.

El Santo Oficio era insaciable; su actividad rayaba en fabulosa; no podia estar muchos dias sin alimento, y casi siempre ponia los ojos en las eminencias de la sociedad: la vulgaridad le fastidiaba, y en esta parte era mas exigente y descontentadizo que el minotauro. Obra interminable seria la enumeracion detallada de todas las víctimas que respiraron el aire infecto de sus cárceles, pero ¿cómo pasar en silencio los nombres de algunas cuya memoria derrama un bálsamo en el corazon, y será el esmalte de este libro!

¡Morelos! ¡Hidalgo! ¡Teresa de Mier! . . . ¡cuántos recuerdos despiertan en el alma al evocar estas sombras venerables! ¡Su gloria está llenando los primeros lustros de nuestro siglo, y se asocia melodiosamente á todos los sentimientos patrióticos, á todas las mas nobles y fervientes aspiraciones que engalanaron la aurora de nuestra regeneracion social y política!

Sí, estos ciudadanos eminentes fueron el blanco de los tiros de la Inquisicion, y dos de ellos gustaron el pan negro de sus calabozos. Sin embargo, el tiempo en que tuvieron esta suerte corresponde al período de la historia del tribunal, en que ya no era ni la sombra de lo que fué: su rigor ya habia amainado, en el lugar del brasero crecian los árboles de la alameda con su pompa y sus aves, como para borrar la enojosa memoria del tormento; ya no se celebraban tan á menudo los autos de fe; la mayor parte de estos eran secretos y particulares como si el tribunal

se sonrojase de sus propios hijos; los penitenciados solian sustraerse con mas frecuencia á sus furores; dos de ellos, D. Juan Olavarrieta y D. José Rojas, despues de salir en el auto de 1804 lograron la absolucion, y el primero partió á España donde mas tarde se hizo célebre publicando el Diario de Cortes, y el segundo emigró á los Estados-Unidos donde en venganza dió á luz un opúsculo contra la Inquisicion. Era esta, en suma, ya no mas que un espantajo, y con mucha propiedad se le definia:

"Un santo Cristo,
Dos candeleros,
Tres mujades o."

Sin embargo, al oir el grito de Dolores que inició la gloriosa revolucion de independencia, pareció reanimarse y dar muestras de su antiguo brío. El 13 de Octubre del mismo año en que esta se proclamó hubo de fulminar un edicto terrible contra Hidalgo y sus secuaces. Hay quien afirme que ya desde 1800 tenia el héroe causa pendiente ante el tribunal, pero que no se le habia reducido á prision por la reforma que en él se notara. Doce son los cargos que le hicieron en el edicto, entre los cuales es curioso el de no haber querido gradnarse en la Universidad, porque decia ser esta "una cuadrilla de ignorantes." Concluye el edicto citándole dentro de treinta dias, so pena de seguir la causa en rebeldía hasta la relajacion en estatua, y ademas fulmina escomunion y pone quinientos pesos de multa "á los que aprobasen la sedicion, mantuviesen trato ó correspondencia epistolar con Hidalgo, ó le prestasen cualquier género de favor ó ayuda; así como tambien á todos los que no denunciasen ó no obligasen á denunciar á todos los que favoreciesen las ideas revolucionarias, ó de cualquiera manera las promoviesen ó propagasen."

A pesar de esto, Hidalgo tuvo la rara felicidad de no pasar bajo las horcas candinas del Santo Oficio.

No así el gran Morelos.

Promulgada la constitucion española en 1812, empezó la nacion á caminar derechamente y de prisa por la senda de las reformas: una de las que primero introdujeron las cortes fué la estincion del funesto tribunal, previo un ardiente debate, que terminó con la aprobacion del decreto de 22 de Febrero de 1813.

Este se promulgó en Méjico el 8 de Junio, y por otros dos bandos se mandaron incorporar los bienes de la Inquisicion á la real hacienda, y quitar de la Catedral las tablillas con los retratos y nombres de los reos que habian sido penitenciados.

"Por una ordenacion de las cortes—leemos en el Diccionario de Historia citado—se mandó publicar el decreto de estincion tres domingos consecutivos en la misa mayor de las catedrales y parroquias. El nuncio apostòlico y el cabildo de Cádiz se opusieron á esta determinacion, como contraria á los usos y cánones que solo permiten *inter missarum solemnia* la esposion del Evangelio ó los edictos y pastorales de los prelados. En Méjico, para obviar, el arzobispo D. Antonio Bergosa y Jordán hizo preceder el decreto de un edicto suyo. En cumplimiento de esos decretos, el intendente D. Ramon Gutierrez del Mazo, procedió á recojer é inventariar los bienes, entregando los inquisidores con la mejor buena fe, y cosa que en un siglo de corrupcion como el en que vivimos causa un asombro estupefaciente, sesenta y cuatro mil pesos en plata, ocho mil en oro, y lo que es mas, la obra pia del Lic. Vergara para alimentos de los presos de la cárcel, de la que eran los inquisidores patronos y herederos por una cláusula terminante, si dejara de existir el tribunal ó quisiese otra autoridad intervenir en la obra pia, cuya condicion se cumplia entonces. Por la administracion de esta fundacion, tenia cada uno de los inquisidores un tintero de plata anualmente, el dia de San Pedro mártir: de los productos de dicha obra pia construyeron los inquisidores la casa de las Recogidas de San Lúcas."

"Al tiempo de la estincion eran inquisidores los doctores D. Bernardo de Prado y Ovejero, D. Isidoro Saenz de Alfaro, primo del arzobispo Lizana, y D. Manuel Antonio Flores."

Mas con la vuelta de Fernando VII al trono de España, y derrocada la constitucion, se restauró todo á como estaba antes de la sancion de aquel código. El tribunal de la Inquisicion fué restablecido en Méjico el 21 de Enero de 1814. Dias antes el arzobispo Bergosa habia publicado un edicto por el que mandaba *caritativamente* á sus diocesanos "acudan á denunciar al Santo Oficio, á sus comisarios y ministros, todos los delitos de herejía ó sospecha de ella, como tambien la lectura de libros prohibidos, bajo la pena de escomunion mayor."

No tardó en darse cumplimiento á la prevencion, y vemos á

poco al Santo Oficio fulminar contra la constitucion de Apatzingan, y apoderarse de cuantos en su concepto estaban comprendidos en el edicto, empezando por D. N. Movellan.

Aquí tambien da principio la tragedia de Morelos. Hase referido tantas veces y por plumas tan gallardas, que fuera sobrada avilantez pretender hacer una nueva edicion por completo. No obstante, se nos escusarán algunas breves pinceladas. ¿Y hay tanto atractivo en reproducir esa emocion indefinible, ese placer doloroso que causa la narracion de tales historias!

Era el 22 de Noviembre de 1815. El héroe, el caudillo insigne que acababa de ser aprehendido en Tesmalaca por el brigadier D. Manuel de la Concha, era traido de Tlalpam muy de mañana, y en un coche para evitar escándalo, á las cárceles secretas de la Inquisicion.

Las jurisdicciones militar y eclesiástica unidas comienzan la causa, que queda instruida en el espacio de veinticinco horas, y se desea proceder inmediatamente á la sentencia y ejecucion. ¡Tan implacable y frenético asi es el encono que se tiene contra un hombre á quien deificarán las generaciones venideras!

Pero el arzobispo electo, Dr. D. Pedro José de Fonte, reclama su parte en la triste gloria de condenar al acusado, y al efecto nombra una junta de eclesiásticos, que por dictámen unánime de sus miembros, le sentencia á privacion de oficio y beneficio, degradacion de las órdenes y entrega al brazo secular.

No queriendo quedarse atras la Inquisicion, suplica al virey que difiera la ejecucion de la sentencia pronunciada por el arzobispo y su junta, y lo consigue.

Cuatro dias despues se agolpa la gente á la entrada de una sala enorme. ¿Qué pasa en su recinto? Celebran auto los inquisidores Flores y Monteagudo y el fiscal Tirado, asistidos de los dos consultores togados, el provisor y el delegado de la mitra de Michoacan. Morelos oye los cargos que se le hacen sentado en un banquillo sin respaldo, con sotanilla corta sin cuello y vela verde en hábito de penitente. El acusado se descarga satisfactoriamente, y con todo se falla: que el presbítero D. José María Morelos, es hereje formal negativo, fautor de herejes y perturbador de la gerarquìa eclesiástica, profanador de los Santos Sacramentos, traidor á Dios, al rey y al Papa, y como á tal se le declara irregular para siempre, depuesto de todo oficio y beneficio, y se le condena á que asista á auto en trage de penitente, con

sotanilla sin cuello y vela verde, á que haga confesion general y tome ejercicios, y para el caso inesperado y remotísimo de que se le perdone la vida, á una reclusion para todo el resto de ella en Africa á disposicion del inquisidor general, con obligacion de rezar todos los viernes del año los salmos penitenciales y el rosario de la Vírgen, fijándose en la iglesia Catedral de Méjico un sambenito como á hereje formal reconciliado.

Presto se llevó el viento estas vanas palabras que solapan intenciones mas rnines y feroces. La verdadera sentencia está ya pronunciada de antemano, y se le notifica al héroe el 21 de Diciembre del propio año, estando en la Ciudadela. En la noche de ese dia ocurre un incidente singular.

Entre los carceleros que custodian á Morelos y le dispensan toda suerte de consideraciones, se presenta á visitarle un personage misterioso: manifiéstale que solo ha venido para conocerle, y al conversar con él queda prendado de su carácter; admira su entereza, trata de sorprender en su ánimo algun indicio de debilidad, y no puede menos de confesarse á sí mismo que las relevantes dotes que adornan al ilustre preso le constituyen merecidamente el caudillo de un gran pueblo y el sostenedor de la causa que ha abrazado. Este desconocido, que para salir del paso se ha valido del disfraz, es nada menos que el virey Calleja.

Cuando vuelve á Palacio, ya muy entrada la noche, halla á la vireina en vela esperándole en su retrete. Al verle cae de rodillas, y bañada en lágrimas le dice:

—No puedo ocultarte que me duele en el alma la suerte de ese hombre.... ¡pudieras librarle del suplicio!... Sí, tú lo puedes; yo te lo suplico rendidamente: mándale á España. Acaso allí serán menos inhumanos.

—¿Quieres, contesta el virey, que mañana amanezca yo preso como mi antecesor Iturrigaray?

¡Tal es la política de los satélites de la Corona! tal la simpatía que han encontrado siempre en la piedad del sexo hermoso los caractéres heròicos y los grandes infortunios!

Al siguiente dia, cabalmente un mes despues de la entrada de Morelos á las cárceles del Santo Oficio, sale de Méjico á la madrugada un coche que escoltado camina hácia el pueblo de San Cristóbal Ecatepec.

En llegando se apean á la entrada de una casa que sirve de

cuartel, dos hombres, uno de los cuales porta modesto trage eclesiástico, y el otro uniforme militar que parece de oficial de alta graduacion.

Conversando amigablemente entre sí pasan el umbral, y toman posesion de una pieza donde se les sirve de comer. Hablan sobre el mérito de la fábrica de la iglesia del lugar, y se divagan tratando de otras cosas indiferentes, como si estuviesen meramente de camino.

Concluida la comida, el militar, dirigiéndose á su compañero, le dice:

—Señor cura, ¿sabe usted á qué ha venido aquí?

—No lo se, contesta el eclesiástico, pero lo presumo.... á morir....

—Sí... tómese usted el tiempo que fuere necesario....

—Muy luego despacho; pero permítame usted que fume un *puro*, pues lo tengo de costumbre despues de comer.

Diciendo esto, enciende el puro con tranquilidad, mientras le proponen traerle á un fraile para que se confiese.

—Que venga el cura, replica, pues no he gustado de confesarme con frailes.

Viene el vicario, y encerrándose con él en una pieza recibe la última absolucion.

Despues, viendo desfilar al toque de cajas las tropas que componen el cuerpo de guardia del destacamento, esclama:

—Esta llamada es para formar: no mortifiquemos mas... Deme usted un abrazo, señor Concha, y será el último.

En seguida metiendo los brazos en la *turca* y ajustándosela bien, añade:

—Esta será mi mortaja, pues aquí no hay otra.

Quieren vendarle los ojos; pero él lo resiste, diciendo:

—No hay aquí otro objeto que me distraiga.

Saca el reloj, ve la hora.... pide un crucifijo, y le dirige estas palabras solemnes: "Señor, si he obrado bien, tú lo sabes; y si mal, yo me acojo á tu infinita misericordia."

Persisten en que se vende los ojos, y lo hace él mismo tomando su pañuelo por las puntas encontradas, dándole vueltas y atándoselo....

—¿Aquí es el lugar? pregunta.

—Mas adelante.

Da unos cuantos pasos, y previniéndole que se arrodille, pregunta segunda vez:

—¿Aquí me he de hincar?

—Sì, aquí, esclama el clérigo que le ausilia: *haga usted cuenta que aquí fué nuestra redencion!*

Puesto de rodillas, se da la voz de fuego, y el gran Morelos cae atravesado por la espalda de cuatro balas; pero dando todavía signos de vida, le duplican la descarga. . . . Pongamos un sudario sobre la víctima sublime; no, ¿para qué ofuscar el velo resplandeciente con que le cubre la inmortalidad! ¡No ha muerto! Vive, y vive la vida de los siglos! La gratitud nacional no le ha erigido una estatua en el pueblo humilde, altar del holocausto. No importa! La memoria del héroe se trasmite con nuevo brillo de generacion en generacion, como una herencia sagrada, y en cada corazon mejicano tiene un monumento imperecedero.

Las palabras pronunciadas en los instantes que preceden á la consumacion del destino del hombre, tienen un carácter augusto y brotan de labios inspirados. Cuando hirieron el aire las palabras "haga usted cuenta que aquì fué nuestra redencion," las sombras de las pasadas edades se miraron atónitas y aplaudió el porvenir acogiéndolas como una profecía cumplida; porque la patria iba en breve á estremecerse al sentir en su seno la caliente sangre del martir, y este rocío del cielo lavaria su afrenta, y no hay duda, la rediniria de su esclavitud de tres centurias.

El dia de este suceso fué tambien señalado por un violento terremoto. . . .

¿Ha sido penoso al lector seguirnos en la narracion de este episodio?

Tal vez.

Confesamos que seducidos por la valiente figura de Morelos, casi habiamos perdido de vista un objeto accesorio aunque muy atendible en el mismo cuadro: la serpiente que tiene aquel bajo la planta sin poder evitar que se la muerda. . . . la Inquisicion. Démosle la postrer mirada.

Hemos comprendido poco antes al P. Mier entre las vìctimas insignes del espantable tribunal del Santo Oficio. Tiene efectivamente este mérito ante la posteridad, y como de propósito hemos omitido enumerarle al bosquejar su vida, justo es que ahora le coloquemos en su propio lugar.

Despues de acompañar el buen fraile al general Mina en toda

su carrera de triunfos y desastres, cayó prisionero en la toma del fuerte de Soto la Marina por el brigadier Arredondo, y se le trajo á Méjico con fuertes grillos en los pies, en un macho aparejado, padeciendo en el camino el accidente de un golpe que le quebró el brazo derecho, quedándole inutilizado para toda su vida. Al llegar, se apresuró la Inquisicion á abrirle sus ferradas puertas, y no le devolvió á la luz del dia sino hasta el año de 1820 en que fué confinado al castillo de Ulúa.

Sin embargo, es preciso confesar, para hacer justicia á todos, que durante su prision en los calabozos inquisitoriales fué objeto de consideraciones hasta entonces sin ejemplo, llegando hasta proporcionarle medios para escribir, y permitírsele comunicaciones de afuera.

Los que personifican en la órden de predicadores el tribunal del Santo Oficio, no podrán menos de ver reproducida en este hecho la fábula de Saturno, que devoró á sus propios hijos.

XXII.

PRESENTE.

No siempre es injusto el tiempo al cumplir con la obra de destruccion que le ha confiado la Providencia. Si descarga sin conmiseracion su rudo martillo sobre las instituciones benéficas que honran á la humanidad, tambien se apresura á minar con la misma indiferencia esos negros monumentos, levantados por pasiones bastardas, que parecian eternos sobre sus bases de pórfido.

¡Murió la Inquisicion para no resucitar jamás!

Avida de riquezas, confiscaba los bienes de los infelices á quienes asestaba sus tiros. . . . ¡miseria humana! ¿Pudo acaso prever que le estaba reservada la misma suerte? Su temido alcázar pertenece ahora á muchos dueños, y por un alto destino,

Lit. de Iriarte y C.ª

NUEVA CALLE ABIERTA EN S.TO DOMINGO

la casa donde ella fulminaba anatemas y destrozaba los miembros del hombre en la tortura, oprimiendo á la vez la conciencia y el cuerpo; esa casa, mansion un tiempo de la afliccion y la muerte, es hoy el santo albergue de la ciencia que consagra sus vigilias al alivio de las enfermedades y á la conservacion de la especie humana.

Nadie tiembla ya al acercarse á sus puertas, si no es el vulgo que cuando pasa de noche por la calle de la Perpetua todavía se estremece al fijar la vista en el aspecto adusto del edificio, y cree oir allá en lo interior el son de las cadenas y los dolorosos ayes de los presos. Aun de dia, cediendo á una preocupacion invencible, poco transita por la calle mencionada, y acaso el nombre de esta viene de la *perpetua soledad* en que regularmente se encuentra.

Mas ya es tiempo de decir adios á las casas que fueron del Santo Oficio y de encaminar otra vez los pasos al convento de domínicos. ¿Conocisteis la cerca que aprisionaba el atrio, quitando parte de la vista del templo principal, y casi sofocando las capillas? Ya no quedan del celoso muro sino los cimientos, que se dejan ver en una línea blanquizca y escabrosa; pero el monumento ha ganado, y ahora luce por entero la gallardía de su construccion y la magnificencia de su aspecto.

En uno de los ángulos del atrio está acumulado el escombro de la parte del claustro que ha sido preciso derribar para abrir la calle que desemboca en la de la Puerta Falsa. Acrecen tambien cada dia ese cúmulo informe los restos de las capillas del Señor de la Espiracion y de la Tercera Orden, que no se sabe por qué son destruidas. Es lástima, porque ambas eran de bella arquitectura, y particularmente la segunda se hallaba aderezada con retablos de buen gusto. Dirigió la fábrica de esta el artífice D. Lorenzo Rodriguez; se bendijo en la mañana del 19 de Febrero de 1757, y todos sus costos fueron ministrados por los terceros, dando la mayor parte el teniente de capitan D. Juan Martinez de Aspiú y D. Juan de Inclán.

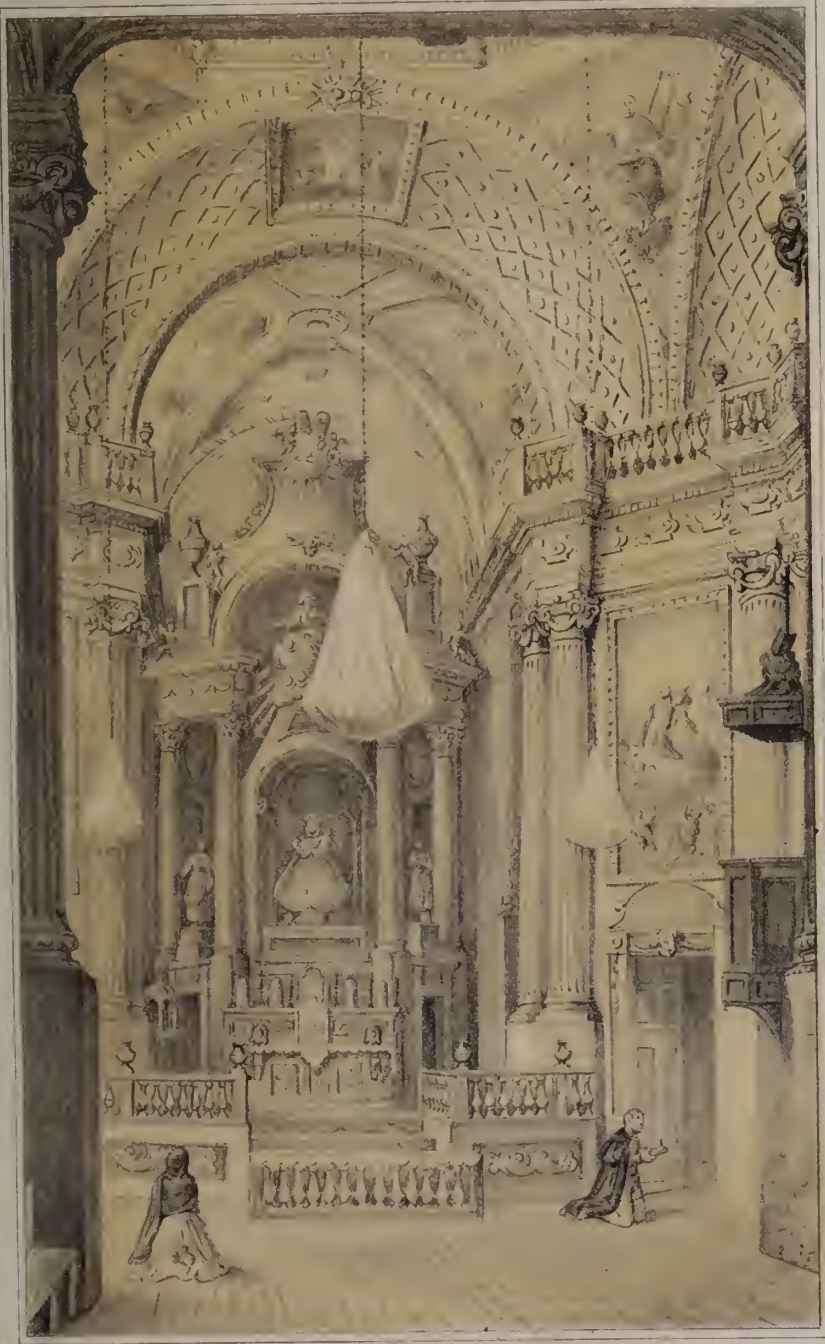
El templo mayor tan pronto se abre como se cierra y torna á abrirse al culto católico, y es un triste ejemplo del vaiven de las determinaciones humanas. . . . ¡No pongamos en ridículo nuestros ensayos de libertad religiosa! ¡hagamos palpar con hechos, que no es una impostura el principio felizmente conquistado de la independencia entre las potestades civil y eclesiástica! ¡no de-

grademos la política hasta convertirla en un perpetuo carnaval! ¡comprendamos al fin que encarcelar á la libertad en un círculo de pequeñeces es desprestigiarla, y poner en sus manos el cetro del despotismo, prostituirla! ¡La suspicacia y el recelo son armas de la tiranía! ¡La libertad es franca y noble! ¡la libertad no es asustadiza, nada tiene que temer porque es grande y fuerte como la omnipotencia!

No ha mucho era todavía la torre un gigante que significaba sus pesares y contentos por medio de labios de metal: en el dia solo conserva la sonora campana mayor llamada *Nuestra Señora del Rosario*, que se estrenó, segun el Diario de Castro Santa-Anna, el 12 de Junio de 1753, habiendo sido fundida dentro del convento por el maestro José de Lemos, que se hallaba allí retraido, y siendo provincial el R. P. Fr. Antonio Villegas. Sacó de peso cuatrocientas cuarenta arrobas.

Si del atrio pasamos al interior de la iglesia veremos con gusto que su ornato es el mismo de siempre, y que las festividades religiosas se celebran con la pompa acostumbrada. El que no tenga idea de ese interior, imagínese una nave con crucero, pero una nave esbelta de unos cincuenta metros de longitud: ademas del cimborrio forman su cima ocho bóvedas; tiene en el costado que está á la derecha del que entra cinco capillas, tres grandes y dos pequeñas debajo del coro, y la entrada que mira á la calle de los Sepulcros. En el izquierdo se ve una capilla más que es la del Rosario, la cual es á manera de una rotunda comunicada con el templo principal por medio de una corta galería: su adorno es gracioso, y se conoce que fue obra de una mano hábil, aunque no muy severa, y por decirlo así, clásica, en punto á arquitectura. Con todo, produce buen efecto el altar mayor, no menos que el cornisamento sostenido por diez y seis columnas con chapiteles festonados, y la balaustrada que descansa sobre la cornisa superior cerca de la cual arranca el cimborrio. Completan el adorno unos cuadros del maestro Villanueva, que representan pasages de la vida de la Vírgen.

La fiesta del Rosario fué establecida, como todos saben, por San Pio V en accion de gracias por la victoria que alcanzaron en Lepanto los cristianos contra los turcos el 7 de Octubre de 1571. Muy luego despues fué introducida esta devocion en Mejico, merced á los afanes del religioso dominico Fr. Tomás de San Juan, llamado tambien del Rosario, el cual fundó la cofra



Lit.g de Iriarte y C.ª

CAPILLA DEL ROSARIO EN SANTO DOMINGO.

dia del mismo nombre no solo en esta ciudad sino en la de Puebla. La capilla se construyó y dotó por la munificencia de los mismos cofrades, entre los cuales figuraban personas de distincion y riqueza. El alguacil mayor de Méjico, Gonzalo Cereza y su mujer María de Espinosa, donaron para el culto, segun refiere un cronista, una efigie de María Santísima de plata "del cuerpo de una mujer alta, cuyo rostro salió con mucha hermosura y perfeccion, y cuyo ropage quedó adornado con varias piedras preciosas, haciendo costo de mas de cincuenta mil reales de plata, que son seis mil y tantos pesos que llaman de tipuzque." La festividad correspondiente se celebraba cada año, precedida de quincenario, con una magnificencia régia. Era notable, sobre todo, por el simulacro de batalla naval entre cristianos y turcos que se verificaba en el atrio del convento en medio de tumultuoso concurso.

Mas no volvamos los pasos al terreno de lo que fué y fijemos por última vez los ojos en el cuadro de lo que es. Aunque la destruccion no respetó el claustro, queda todavía una parte en pie como para manifestar con arrogancia que el infortunio no le abate, y que su fuerza de inercia es mayor que la del destino. Un ambiente sepulcral se respira en las abandonadas galerías; las celdas están sin techos, y el patio presenta en las junturas de sus losas algunas de esas plantas de tallos lánguidos que son la única compañía de las ruinas. La soledad habita en el triste recinto animado un tiempo por las sábias lecciones de Naranjo, y embellecido por las virtudes de Betanzos y Minaya. El genio de la melancolía que deja ver sus formas pálidas á la escasa luz del cielo estrellado, suele aparecer al pie de una columna abismado en la meditacion.... ¿Qué se hicieron los moradores del convento? El soplo de Dios los ha dispersado, como arrebata el viento de otoño las hojas marchitas que estaban para desprenderse del árbol. Los miembros de una misma familia ya son estraños entre sí, y gustan lejos unos de otros el pan de la desgracia. Refiérese que el santo fundador de la órden, poco antes de morir, legó su maldicion á las comunidades de sus hijos que contraviniendo á su instituto poseyesen bienes: ¿habrá alcanzado esa maldicion á los religiosos que formaban la provincia de Méjico?

LA ENCARNACION.

I.

EL PATIO PRINCIPAL.

COMO hasta el dia en que fueron reunidas las monjas en menor número de conventos, no conociamos por dentro sino los de frailes, cuando los de aquellas así como los de estos quedaron abiertos al público, el deseo de visitarlos que nos subyugaba fue imperioso, y no pudimos resistir á la tentacion de formar parte de esa cadena de eslabones humanos que, como un hilo de hormigas, se estendia por las calles y enlazaba unas con otras las moradas de las religiosas.

La poblacion toda, con raras escepciones, confundiendo sus clases, deponiendo por un momento sus odios de partido y acallando la voz de ciertos temores, se agolpaba á las porterías, derramándose en seguida por los corredores, escaleras, coros y viviendas de los monasterios, poseida de un sentimiento de curiosidad mas enérgico que el que domina al viajero al penetrar por esas ciudades momias llamadas Pompeya y Herculano.

Lo que pasaba era real y verdaderamente una exhumacion. Los piadosos asilos que por tantos años ocultaron las flores quizá mas esquisitas de la juventud y la belleza habian sido siempre para el mundo unos misterios de piedra. Sus puertas eternamente cerradas no se abrian sino para el capellan, el mayordo-

mo, los prelados, y en caso absolutamente necesario, para el médico. Durante la dominacion colonial hubo ademas de las personas indicadas otras que disfrutaban el privilegio de salvar sus umbrales, y eran los Vireyes. ¿Pero qué cosa se negaba á los vireyes? No se aventura mucho en asegurar que el baston que empuñaban era una vara de virtud. Regularmente los primeros dias que seguian á la toma de posesion del gobierno eran los destinados á la visita de las monjas. Su escelencia, acompañado de sus pages, y la vireina con sus damas y algunas otras señoras principales convidadas, se dirigian á los monasterios ostentando todo el refinamiento del boato cortesano y afectando el porte desdeñoso de quien acaba de llegar de un pais que conceptúa mas culto. Era de ver entonces el aparato con que se les recibia, los agasajos de que eran objeto y las atenciones que se les tributaban. Un alegre repique anunciaba la aproximacion de los ilustres huéspedes. Al poner las plantas en la porteria, los acentos de la música les salian al encuentro, y los padres capellan y sacristan, y aun tal vez el arzobispo con su séquito de clérigos, les daban la bienvenida al frente de la comunidad. Pasaban luego á recorrer una á una las celdas ó viviendas de las monjas, los coros, salas de labor, noviciado, jardines y en una palabra, las oficinas y aposentos todos. Terminado este paseo, si la visita era de mañana, seguia inmediatamente un almuerzo opíparo: si de tarde, se les servia un magnífico refresco, despues del cual, y previa la representacion de algun entremes ó la vista de fuegos de artificio, regresaban sus escelencias al real Palacio mas que medianamente satisfechos.

La gente menuda, entre tanto, se consolaba con saborear en la imaginacion la idea de tan primorosas fiestas. Ocho ó mas dias no eran á veces bastantes para agotar las congeturas, adivinaciones y comentarios sobre el mismo asunto. Mas al fin volvia la calma ó la indiferencia; la atencion pública se fijaba en otro objeto, y pocos pensaban que habia monjas en el mundo. De esta manera, el olvido por una parte, y por otra la estricta ley de la clausura, conspiraban á hacer ver en cada religiosa un sér invisible y una tumba en cada monasterio.

Pero llega el año de 1861 y con mano de bronce se propone levantar la lápida sobre la que habia impreso cada siglo al pasar un sello formidable. El secreto que envolvia en su sombra los conventos huye á la region de las tinieblas; y un dia, sin saber

Litog. de Iriarte y C.ª

PATIO PRINCIPAL DEL CONVENTO DE LA ENCARNACION.

cómo ni cómo no, dudando si es sueño ó realidad lo que vemos, nos encontramos en el recinto del monasterio de la Encarnacion.

¿Quién es el que al ver por vez primera el interior de ese edificio no se ha detenido á cada paso cautivado por un sentimiento de asombro y admiracion? El departamento principal es una maravilla: entre las antiguas glorias arquitectónicas de la capital en ese género, no puede disputarle la primacía sino el departamento mayor del nacional colegio de San Ildefonso. El armonioso conjunto que forman su jardin esmaltado de esquisitas flores, empapado en el rocío de la aurora ó idealizado con la luz de la luna, y cubierto por una atmósfera donde se besan las emanaciones fragantes con los murmurios de las aguas que rien cariñosamente; sus tres corredores sobrepuestos ostentando hácia el patio otras tantas series de pilastras, perfectamente labradas, aun mas perfectamente conservadas, como si acabaran de salir de manos del artífice; esa sencillez, esa sobriedad de ornato que se nota en todas sus partes; las balaustradas que hacen de cada arco un balcon, de cada balcon un mirador escelente, y la suavidad de la pintura que le cubre, en consonancia con lo elegante de las formas y la festiva vegetacion del patio, todo este armonioso conjunto, decimos, coloca el edificio en un lugar eminente entre las obras artísticas, y le hace aparecer no como realidad sino como un ensueño delicioso, ó como el palacio de una hada que ha venido á situarse repentinamente entre nosotros á las evocaciones de un mago. Si la fantasía crease alguna vez un libro de cuentos occidentales en contraposicion al de las *Mil y una Noches*, este departamento debia figurar sin duda como la encantada residencia de una hurí americana. Hoy, segun sabemos, está destinado á las esposiciones de industria. Bien pensado; mas no así el cubrirle, como se ha pretendido, con una cúpula de cristal, porque sobre quitarle parte de la luz que realza sus primores, rebajaria en gran manera la magestad de su apariencia. Este patio no debe tener mas cúpula que el firmamento.

Tal por lo menos es el juicio que formamos la tarde que le hicimos nuestra primer visita. Tratemos de delinear el cuadro que á la sazon ofrecia, animado como estaba por la presencia de los curiosos. Quizá á muchos de ellos, si estas páginas llegan á sus ojos, les será grata la imágen de lo que entonces observaron.

Pocas horas faltaban al sol para terminar su viaje diario: un haz de sus rayos atravesando el espacio venia á reflejar sobre los arcos superiores del edificio, dejando los de abajo juntamente con el jardin envueltos en fresca sombra.

Despues de clavar la vista en la colgadura luminosa de arriba, buscaban los ojos, por una propension connatural al hombre, la estension ilimitada del cielo; de este cielo de Méjico que como una bóveda arrogante parece descansar, sin oprimirla, en la cumbre de la cordillera titánica que ciñe el valle; de este cielo incomparable, piélago azul, abismo fascinador que atrae con una fuerza irresistible el pensamiento, y absorbe las ideas y sentimientos todos del alma contemplativa para devolvérselos en oleadas de luz y de misteriosos consuelos.

En efecto, despues de algunos momentos de observacion, las miradas reposan en el cielo como en el regazo de una madre, ó como en un libro eternamente abierto donde está segura la alma de hallar solucion á los mas importantes problemas de su destino.

No fuimos entonces la escepcion de la regla.

Fijamos la atencion alternativamente en el jardin y en el cielo, y descubrimos una relacion graciosa entre ambos: parecian dos seres que simpatizaban; el jardin no tenia perfumes y sonrisas sino para el cielo, y el cielo solo tenia una mirada, única, esclusiva, profunda, apasionada, y esta era para el jardin.

Al rededor de este, y formando grupos en la galería inferior, se agolpaban á la reja para mirarle los espectadores: algunos muchachos trepaban sobre las verjas hasta donde mas podian para gozar del espectáculo á todo su sabor.

Al lado de estos grupos se mueven otros que van ó vienen y se cruzan en sucesion interminable, como las ideas en un alma agitada.

Ningun semblante se muestra triste ó compungido; las miradas atraviesan instantáneamente por todas partes; todo lo recorren, examinan, juzgan, revisan y escudriñan para abarcar el cuadro en todos sus pormenores, en todos sus accidentes y á la vez en toda su magestuosa unidad.

La curiosidad sentada á la puerta que comunica con este primer corredor, se apodera de cada uno de los que pasan, toca su corazon con dedo eléctrico, y limpiándole de toda preocupacion

ó malquerencia le predispone á olvidar para sentir, y á ver para admirar.

La brisa embalsamada que juguetea entre las verjas y pilastras y retozando acaricia los arbustos del jardin, se ha llevado en sus alas el polvo de nuestras rencillas políticas; y aunque pasan sin cesar unos al lado de otros los colores rojos y verdes en las corbatas de los hombres, en los vestidos de las damas y hasta en los adornos de los sombreros de las niñas, en esa hora y en presencia de tal espectáculo se respira un ambiente de reconciliacion y de paz, y no se oyen sino estas espresiones y otras semejantes:

—¡Cuánto aseo!
—¡Cuánta elegancia!
—¡Con cuánta calma y placer se deslizarian aquí los años!
—¡Qué hermosos corredores!
—¡Cuánta amplitud!
—¡Este edificio es un palacio oriental!

II.

CARRERA DE BAQUETAS.

Sabido es que nuestros elegantes son el fruto de todo mercado y los espectadores natos é indispensables en toda concurrencia donde hay algo con que divertirse, y mucho por qué reir á costa del prójimo.

El *lion* mejicano, aunque menos pulido y mas superficial qué el parisiense, es acaso tambien mas intolerante y desdeñoso en su censura. En todo halla defectos, nada está como es debido, todo le desagrada, nada satisface su gusto, y lo que es peor, todo lo ridiculiza y á nada perdona su sátira. Si en la mayor parte de sus juicios no asomara mas bien el deseo de singularizarse

que el fruto de las convicciones que abriga, debiamos conceptuarle el sér mas desventurado de la tierra, porque no viendo en todo sino fealdad y ridículo, la sociedad seria para él un perpetuo sainete, la naturaleza un cuadro sin hechizos y la vida un suplicio ó una ironía.

No es así por fortuna, y en ninguna clase reina más buen humor que en la de nuestros jóvenes de moda: ¿No los ois cantar hasta en la calle fragmentos de árias de *Lucia* ò de *Traviata!* ¿No los veis en todas partes, en los paseos, en los cafés, en los teatros y tertulias? Pues esto está probando que sus dias resbalan coronados de rosas en el rio de la vida, y que no tienen en los lábios ni una queja contra el cielo ni una maldicion contra el destino.

Era por lo mismo una necesidad, un hecho inevitable su presencia en la Encarnacion.

Allí los veiamos solos, de dos en dos, ó en hileras recorrer todo el edificio sin dejar cosa por ver.

Aquí se detiene uno que parece afecto á pintura, aplica el lente al ojo, y se pone á examinar el cuadro que tiene á la vista en la pared. Pasea brevemente la mirada por todo él, y haciendo despues un gesto de displicencia sigue adelante su camino, mostrando en el semblante una ligera nube de disgusto.

Este jóven es un juez competente en materias artísticas. Con el *buen gusto* eternamente en los labios, fallando con aplomo sobre toda clase de producciones de ingenio, y poniendo el sello de su reprobacion sobre todo lo que se habla ó se escribe, pasa á los ojos de las personas de su compañía por un terrible y concienzudo aristarco.

Si se trata de música—¡oh! este es un arte divino que aun no se comprende en nuestro pais! Aquí todo se ensalza, todo se aplaude; pero háblele usted de las delicadezas, del idealismo de la armonìa, todos se quedan en ayunas.—Tal es su juicio: en la ópera es el oráculo de los *diletanti*, y ¡ay del tenor ó la primadona que no le satisfacen!

¿Gira la conversacion sobre poesía?—¡Bah! en Méjico no hay inspiracion, no hay originalidad, no hay mas que versistas adocenados; Carpio, Pesado, Prieto, Roa, Bárcena, Esteva. . . . . ¡pobre gente! . . . . imitadores. . . . . poetillas que no valen un comino.—La Harpe ó Capmani no sentenciarian con mas fundamento, ni de peor talante.

Con respecto á pintura, ya le vimos examinar el cuadro consabido: su juicio se reveló mediante una mueca epigramática. Es preciso, sin embargo, concederle la razon por esta vez: nada ó muy poco han hallado los inteligentes que admirar en los cuadros y obras de escultura de la Encarnacion.

Pero él tiene la desgracia de dar siempre con los abortos del mal gusto, ¡y luego ser tan soberanamente descontentadizo!

Sus esperanzas de satisfaccion literaria, han padecido tambien un choque violento. La ciencia del anticuario le embelesa, y ante una buena inscripcion se extasia horas enteras; mas todo se conjura contra él en este malhadado convento. Acierta á ver algunos renglones de caracteres antiguos grabados sobre la clave de un arco ó en la parte superior de una puerta..... ¡oh! ¡buen hallazgo! Esto merece..... sí, leamos:

ESTA ES LA CASA DE DIOS
Y PUERTA DEL CIELO.

—¡Vaya! ¡qué estrella la mia! exclama, y estirándose los mostachos, pasa adelante para observar otro monumento epigráfico:

EN TU CONCEPCION, MARIA,
INMACULADA FUISTE,
RUEGA POR NOSOTROS....

—¡Qué no vuelva á hallar lectura semejante! dice con una especie de mugido sordo, como queriendo completar de burlas el sentido de la jaculatoria.

Despues de dar mil vueltas y ya casi descorazonado, pasa súbitamente delante de unos signos medio carcomidos:—¡Vamos! esto ya es algo..... latin..... esto me va á recompensar: ¡qué veo!

SANCTUS DEUS, SANCTUS FORTIS,
SANCTUS INMORTALIS,
MISERERE NOBIS.

—¡*Misesere nobis!* Sí, apiádate de mì, Dios mio, que soy un pedenco: ¡querer hallar buenas piezas literarias en un convento de monjas!... ¡Es empresa! Sin embargo, madres ha habido que no solo supieron azotarse y rezar en el breviario, por ejemplo, Sor Juana Inés de la Cruz y.... ¡vamos adelante!

Terminado este soliloquio echa andar con mesurados pasos, mirándolo todo al soslayo y como con despecho. A duras penas halla un lenitivo en la vista del jardin; pero he aquí que al acercarse distraidamente á la escalera que conduce al primer alto, en medio del murmullo formado por las voces de la concurrencia, oye un ¡chis! que le obliga á volver el rostro hácia un lado. ¡Quién habia de ser! un buen amigo que poniendo la mano sobre el hombro de nuestro erudito, le saluda:

—¡Tú por aquí, perillan!

—Ya ves.

—Pues no declamabas tanto contra. . . .

—Qué quieres, hijo, á todos nos arrastra el torrente! Y ademas ¿no estamos en la época de las transformaciones?

—Justo es que tú tambien dejes el hombre viejo y te revistas del nuevo, como dicen los místicos, ¿no es eso?

—Cabal.

Aquí se interrumpe el diálogo con la llegada de otro amigo: en pos de este viene otro, y despues un tercero y un cuarto, con los cuales se forma un corrillo no lejos de la escalera: ¡pléyade maligna! ¡reunion de sátiras animadas! ¡conjunto de sarcasmos de levita y armados de *fouet!*

—Buenas alhajas nos hemos juntado.

—Y luego en la casa de la oracion y de la penitencia.

—¡Hum! ¡penitencia! . . .

—Por tal á lo menos la he tenido.

—¡Chico! ¡tú acabas de llegar de Marruecos! ¿crees que estamos en plena edad-media?

—No, pero siempre las monjas. . . .

—Excelentes, no hay duda, pero eso de penitencia. . . . sì, magnífica penitencia. . . . no tener que apurarse por el pan de cada dia, visitar diariamente el refectorio á las mismas horas y hallarle siempre bien abastecido, pródigo, zalamero; no ver á su lado ni chiquillos que lloran de hambre, ni mujer que carece de botines y de argelina, ni cobrador que se presenta á exigir el primer tercio de la contribucion ó la renta vencida de la casa.... meritoria penitencia! Y luego sobre todos los tormentos enumerados, haber de vivir en un tabuco así como este que parece un alcázar. . . . ¡vamos no hay duda que es agria penitencia!

—¡Calla, hombre, que ahí viene una belleza de peinado verde!

—Tu ocurrencia me hace recordar. . . .

—¡Vamos! ¡vamos! no hay que proseguir el artículo de fondo.

—Tu ocurrencia me hace recordar. . . .

—¡Qué cosa!

—El concepto que se ha formado un escritor francés—Thiers me parece—de la vida monástica.

—¿Sí? ¿y cuál es?

—La considera como un suicidio . . . como el único que permite el Cristianismo en sustitucion del suicidio físico á que acudian los gentiles cuando no podian sobrellevar la carga de la vida.

—Y me parece exacto, porque quien abraza la vida de la celda renuncia á todo para siempre, muere para el mundo.

—Pues, chico, si me afianzas todas mis comodidades quiero morir para el mundo, quiero ese suicidio: ¡el mundo! . . . ¡Para maldita la cosa! . . . si precisamente yo estoy de cuernos con el mundo! ¡si precisamente es una de las ventajas mas radicales que trae consigo la vida monástica, el morir para este mundo perverso! Pues, señor, tenga usted que alistarse en la guardia nacional, quiera ó no quiera; que andar vestido á la moda ó de lo contrario ser la befa de los pisaverdes; que hacer los domingos dos ó tres visitas de ceremonia, tenga ó no tenga ganas; que requebrar á doña Pascacia á quien quisiera usted ver ardiendo en el brasero de la Inquisicion. . . . librarme de toda esta fantasmagoría infernal y de mis *ingleses* por añadidura, ¡chico! esto seria no el suicidio sino la resurreccion, no la muerte sino la vida eterna! Con que si tomas á tu cargo arreglar mis cuentas pendientes con Godard, Biron, etc., etc., ¡chico! renuncio al mundo, muero cuantas veces quieras, me meto fraile.... ¡qué digo! ¡no han suprimido los conventos de frailes!

—Pero quedan algunos de monjas, y puedes pretender. . . . .

Una risa general acojió la chufleta, despues de la cual continúa nuestro filósofo echando su retahila:

—Pero mirándolo bien, ¡cómo se conoce que Mr. Thiers al formar ese concepto no se acordó de lo que pasaba en Méjico ni España, ó tal vez no lo sabia! Cómo, á no ser así, llamara suicidio á lo que es realmente la aseguracion por siempre de la vida! De la misma manera que hay seguros contra incendios,

naufragios y otras adversidades, los dan los monasterios contra el hambre, y en la portada de cada uno bien se pudo escribir con sendos caracteres:

EN ESTA CASA NO SE CONOCE LA MISERIA.

—Pero Thiers habla en sentido moral.

—Pues yo hablo en uno y otro, en el moral y en el físico. Ya respecto de este creo que no debemos insistir mas. En cuanto al primero, responde con la mano sobre el pecho, ¿será suicidarse moralmente sustraerse á todas las cargas de la sociedad y á los males con que el mundo se complace en angustiarnos? ¿será morir librarse de todas las tempestades de la vida y hallar en el claustro en la posesion del bien la paz, la tranquilidad, el sosiego para el presente y la estabilidad para el porvenir! Cabalmente en esto consiste lo que puede llamarse felicidad sobre la tierra; cabalmente esto es para mí pasarse *buena vida*. Y si á lo dicho agregas que cada fraile y cada monja tienen certeza de alcanzar la bienaventuranza mediante la observancia de las reglas, deberás dar por sentado que en los conventos se logra todo lo que el hombre puede mas apetecer.

—Bien! pero lo que yo siempre sostendré es que la vida monástica importa un sacrificio; porque el que la sigue se desprende de ciertos bienes.

—Sí, mas para afianzar otros de mayor estima.

—Pero frailes y monjas ayunan y se zurriagan el cuerpo lindamente.

—Por su gusto, convengo, y en ello no hay propiamente un sacrificio meritorio.

—¿Cómo así?

—Es lo cierto: ¿has visto ú oido decir que álguien se irrite contra sí mismo por las mortificaciones que se impone á sabiendas! Seria locura. ¿Por qué! porque en su mano está no padecerlas, y si las sufre es por su gusto, en lo que ciertamente no hay mérito ninguno: le hay sí en estar espuesto á todos los contratiempos y sinsabores, y aceptarlos con resignacion. Así es que debemos convenir en lo que decia al principio, esto es, que la vida del claustro está léjos de ser un suicidio, y que frailes ni monjas no hacen penitencia: ¿qué dices!

—Lo que puedo asegurarte es que las monjas son buena gente.

—Eso es otra cosa, y yo jamas lo he puesto en duda. A propósito ¿sabes donde están ahora las señoras religiosas que habitaban aquí?

—En San Lorenzo.

—No ha sido muy cuerdo pasarlas á una casa estrecha para dos comunidades, y más perteneciendo á distinta órden, lo que supone reglas diferentes.

—Se dice que las huéspedas están muy disgustadas.

—Ya lo ves.... si hubiera tal penitencia, si hubiera tal suicidio, el cambio de habitacion les fuera llevadero, se resignaran con este mal en el que verian un suceso ordenado por la Providencia. El justo en todas las cosas, prósperas ó adversas, ve la mano de Dios; el justo por nada se abate, nada teme, y como decia el buen Horacio, aun el mundo al desplomarse le hallaria sereno, *impavidum ferient ruinæ.*

—Ah! hijo, déjate de latines: no me traigas á la memoria el colegio. Si vieras que cuando pienso en él, sudo como si me diera pesadilla....

—Así serias de perdulario; mas aguarda... ¡qué veo! ¿conoces á esa simpática niña?

—¡Si la conozco!... Mucho.

—Es mi vecina.

—Canta como pocas.

—En efecto, un ángel le ha dado su voz... nota qué vestido tan sencillo y tan de buen gusto.

—Y sin los malditos adornos rojos ó verdes, que ya me hostigan.

—A fe que la que viene detrás... ay! qué botines tan rojos! parece que viene pisando en brasas.

—¿Y qué me dices de la que le sigue! mira qué piecito tan verde!

—Si el color verde simboliza la esperanza, podemos decir que jamas se ha visto esta tan por los suelos. ¿Y quién es el jovenete que acompaña á la ninfa?

—Oh! es un bípedo que ya va pareciendo persona.

—¿Pues qué ántes era cosa!

—Mueble de traspaso.

—Cómo!

—Ahora se nos presenta de *rojo* y ayer era hombre de cuenta entre reaccionarios.

—Bah! cosas del mundo.

—Despues de todo no es mala diversion la nuestra, estar viendo subir y bajar por la escalera botincitos rojos y botincitos verdes.

—Y estar comiendo prójimo, que es sabrosa fruta.

III.

EL PIRATA.

Segun se ve, nuestros dos interlocutores no dejaban títere con cabeza. Hacian pasar carrera de baquetas á todos los transeuntes con la misma aficion, con el mismo ahinco que si ejercitasen una obra de misericordia. Entre tanto los demás compañeros no les iban en zaga, y asestaban sus pullas á las mil maravillas. Dos, sin embargo, eran los corifeos.

—¿Qué te parece la concurrencia?

—Heterogénea y curiosa.

—Parece que todas las naciones se han dado cita para este lugar y comparecen por medio de sus representantes.

—Y la Encarnacion está convertida en una Babel

—¿Crees que me agrada esta diversidad de idiomas todos en accion á un tiempo?

—Forman un mosaico de palabras primoroso. Mas ¿quién habla por ahí con voz de pífano?

—¡Quién habia de ser! Uno de los héroes de la noche del 13 de Febrero, el pirata.

—¡Hola!

—Sí, señor, no hay que asombrarse: piratas tenemos tambien por aquí.

—Sí, en las lagunas de Chalco ó de Texcoco.

—Y tambien de los que pretenden hacer cautivas á las monjas para vendérselas al sultan.

—Tú deliras.

—Oyeme y sentenciarás: Eran las doce de la noche consabida. Las madrecitas estaban alarmadas con la noticia que ya tenian de lo que les iba á suceder; y esperando el desenlace de tan desabrida situacion platicaban juntas, cuando el ruido de pasos masculinos por el claustro las hizo estremecer. Poco á poco las pisadas se fueron oyendo mas cerca, y las voces, primero confusas, de los que penetraban en el recinto silencioso se hacian mas perceptibles á medida que estos iban subiendo las escaleras. ¡No hubo modo de conjurar la tormenta! Despues de algunos instantes nuestras reverendas se veian ante los inflexibles comisionados para intimarles la órden de trasplante, los cuales urgian por su cumplimiento en atencion á lo limitado del tiempo que podian emplear en esa operacion. Aquí fué troya. Por un momento todo es confusion, lágrimas y quejas; mas aquí engasta el episodio del héroe que nos honra con su presencia, y que sin duda viene hoy á cosechar tiernas memorias. Novelesco hasta el punto de conceptuarse un Lorencillo; enamorado como un quijote, vasallo de una fantasía descabellada y con achaques de poeta, emprende en tal ocasion la mas risible y diabólica aventura.

—¡Pues qué formaba parte de la comitiva!

—Sí señor, y se esforzó cuanto pudo por alcanzar esa honra.

—Adelante.

—Conmovido ante el cuadro lastimoso que presentaban las madres, alza la mano derecha y dirigiéndose á ellas con aire inspirado, les apostrofa de la manera siguiente:

"Vírgenes del santo altar,
Mal seguras por sencillas,
Moran junto á las orillas
Del antojadizo mar."

. . . . . .

"Los piratas se aproximan
En las horas mas calladas;
La presa que mas estiman
Son las vírgenes sagradas
Con su velo y su sayal."

—Oh! qué loco, qué animal!

—Pues no fué eso todo, sino que al oir llorar á las monjas continua en tono sepulcral:

"Por las bóvedas sagradas
Resonaban los lamentos,

Bufonadas y carcajadas,
Súplicas y juramentos.
"Si las viejas no gemian
Y por Cristo suplicaban,
Los piratas maldecian
Y de Cristo blasfemaban."

—¡Y cómo le toleraban!

—Pocos de los circunstantes le hacian caso, y otros se divertian á su costa.

—¿Y siguió adelante la broma?

—Vaya! y subió de punto con una ocurrencia de las mas cómicas.

—Dí, dí!

Mientras las religiosas se esparcian por los corredores y entraban en sus viviendas para sacar los utensilios que habian de trasladar consigo á su nueva morada, nuestro pirata echó á andar tras una novicia linda y fragante ...

—Ah! vamos! como una violeta.

—No, como un lirio de los valles, como un hacecito de mirra.

—¡Qué saborcillo bíblico le vas dando al cuento!

—Viejo! no es estraño. ... ¡se trata de monjas!—Pues bien: la novicia que vió venir tras de sí al milano, y que por malos de sus pecados se encontraba lejos de las compañeras, creyendo que le amenazaba un gravísimo peligro, se puso de rodillas y á voces empezó á pedir misericordia. Mas su perseguidor que estaba ciego, quedándose en pié, sin tocarla, le dice en tono suave y amartelado:

—"No te enojes con tu estrella,
Niña bella;
Déjate amar una vez:
Por tí me daré un tesoro
Rico moro,
Que reina te hará de Fez."

—Oh! qué horrible insensatez! contesta la novicia asombrada; pero su interlocutor prosigue impávido:

—"Olvídate del Santuario
Del Rosario,
Letanía y oracion. ....
No has nacido (en hora ja)
Para monja,
Con tan linda perfeccion."
"Presto te veré su tuna. ...

—¡Linda estaré de sotana!

—Oh! no digo eso, replica el poeta, sino que

"Pronto te veré *Sultana*
Seda y grana
Por túnica vestirás:
Ambar, oro y elefantes . . .

—¡Mas elefante que usted!

La novicia pierde en este instante los estribos, y reparando que tiene que habérselas con un loco, se pone en pie y rechaza bruscamente las galanterías que antes le asustaron. Redobla su empeño el pirata, enójase la niña, suplica aquel de hinojos, huye esta y sìguela el amante andando de rodillas y con los brazos abiertos. . . . No podria decirte adonde hubiera ido á parar aquella ridícula entrevista del maniatico con la monja, si no se presentase súbitamente á ponerle término uno de los comisionados que tenia la cabeza en su lugar.

—¡Basta! ya no me dejo embaucar por mas tiempo.

—¡Pues qué no das crédito á mi relacion!

—No, viejo, tú soñaste esa historia, y hoy me la vendes por cierta.

—¡Cierta, ciertísima!

—Sì, como lo es el *salto de Alvaraio* ó los piratas de Arolas cuya poesìa te sugirió esta leyenda.

IV.

LOS NACIMIENTOS.

Despues de haber recojido hasta la última espresion de la plática antecedente, que como se ve nada tiene de edificante, dejamos á nuestros jóvenes abismados en su entretenimiento, y subiendo por una de las escaleras que conducen al primer alto,

empezamos á visitar al acaso las piezas que encontramos abiertas. En la parte superior del marco de la puerta de varias, leimos esta inscripcion:

VIVA MARIA Y MUERA LA HEREGIA.

Una de esas piezas era la sala de labor. Perfectamente aseada y apropiada á su objeto, llamaba la atencion de todos los visitantes, y hoy segun nos han informado se pretende convertirla en una brillante galería de pinturas, entrando en ella todas ó las más que pertenecian á los conventos suprimidos.

No menos espaciosa es la sala que precede al coro alto. En uno de los lados de la entrada al mismo se ve pintado este cuarteto:

En la caridad perfecta,
En la humildad profunda,
En el silencio exemplar,
Y en el hablar circunspecta.

En el lado opuesto se halla el siguiente:

En el coro asistencia,
Oracion frecuente y devota,
De los cuidados remota,
De la profesion contenta.

En el piso superior tuvimos ocasion de escuchar las maldiciones que algunas señoras mayores lanzaban contra la reedificacion de conventos de religiosas; maldiciones proferidas en tono fúnebre y con ojos centellantes.

Desde allí tambien se goza la vista del jardin en su totalidad, así como la de los cuatro costados del interior del edificio, cuyo conjunto armonioso abarcado por una simple mirada hácia abajo se presenta como el nido de la felicidad.

Las viviendas de las señoras religiosas eran unas casitas bien cómodas, ó *confortables* segun ya suele decirse, y casi independientes unas de otras. Cuando no podiamos tener de los conventos mas idea que la que reflejan los libros de las vidas de santos; cuando en los sermones oiamos á cada paso estas ú otras espresiones semejantes: *la austeridad del claustro, la estrechez de la celda y el humilde rincon donde oculta sus lágrimas el religioso*, creiamos positivamente y de buena fe que los que nos ministraban tales apuntamientos sobre la vida monástica, hablaban en sentido literal. Así es que fue grande nuestro asombro cuan-

do ya en presencia de las realidades, observamos que en lugar de la *estrechez y pobreza* habia en los monasterios habitaciones escelentes para cada religiosa, y que por el mucho uso que los braseros mostraban haber tenido se podia concluir que la vida en comun impuesta por los cánones no existia, á lo menos en la Encarnacion, sino para las asistencias á los actos de oracion y elecciones de preladas, y á mucho estenderse, para las diversiones domésticas permitidas á las monjas.

En efecto, segun parece no habia refectorio como en siglos anteriores, y cada religiosa tenia una sirvienta que le preparaba los alimentos para tomarlos aisladamente en su morada. Sean cuales fueren las ventajas que acarreaba este sistema, hay que convenir que no se ajusta á la ley eclesiástica, y que no es el mas á propósito para estrechar los vínculos que deben ligar á individuos de una misma familia.

Por lo demas, el menage de estas moradas era humilde, sencillo y de una limpieza que no se puede encarecer bastantemente. Si el estado en que se hallaba autorizase una induccion respecto á la moralidad de las personas que le usaban, seria forzoso concluir que las costumbres de estas resplandecerian por la inocencia. Todo su lujo consistia en varios cuadritos colgados á la pared, que representaban imágenes de santos, y en los nacimientos colocados sobre una mesa ó altar que regularmente ocupaba una buena estension en la pieza principal. Sin aspirar á dar idea de todos esos nacimientos, procuraremos describir uno solo.

El que no los vió se ha de figurar un curso de historia sagrada espresado con muñecos de barro y de cera en una superficie plana de algunos metros.

Aquí, en un sitio poblado de árboles frutales, abrigado por la ladera de un monte y atravesado por un riachuelo cristalino, aparecen Adan y Eva ya en peligro de perder la inocencia primitiva. El árbol de la ciencia del bien y del mal los acoge bajo su funesta copa. La serpiente, formando espiral al rededor del tronco, estiende el cuello en actitud melosa hácia la madre del linaje humano que tiene una manzana entre los dedos índice y pulgar. Los semblantes de una y otra parecen revelar al mismo tiempo, astucia, curiosidad, cariño simulado, temores y esperanzas. Adan, entre tanto, espera el resultado de este diálogo mudo pero elocuente. Las aves que anidan en las ramas y

las fieras que se solazan á la sombra, están suspensas ante la grande escena que va á decidir de la suerte del mundo. He aquí el paraiso terrenal.

No lejos de este primer cuadro, huyen Adan y Eva perseguidos por la terrible espada de llamas que los destierra para siempre de la mansion de la felicidad. Eva aplica la mano á la mejilla para enjugar sus lágrimas; Adan fija una mirada melancólica en las incultas soledades que se dilatan ante sus pasos. ¡Milton! . . . ¡perdona al nacimiento! ¡perdona á la pluma que le describe!

Mas ¿quién es esta figura siniestra que vaga desatentadamente por el prado? Brilla en sus ojos una luz satánica, y en la frente marchita por la congoja asoma algo que espanta. . . . la marca de la eterna reprobacion. ¡Oh Cain, bajo tu planta se agosta la yerba! . . . Allá queda Abel tendido en la márgen de un arroyo salpicando las flores con la sangre que brota de su herida. Apartemos la vista y contemplemos mas acá el suceso que abre una nueva era.

El arca de Noe descansa sobre los montes de Armenia ya pasado el diluvio. El patriarca recibe de la fiel paloma el ramo de oliva, y á su lado pasan en desórden los animales cansados de encierro y ávidos de espacio donde vagar á sus anchuras. Como restos del cataclismo se ven todavía algunos espacios cubiertos por las aguas, entre las cuales ruedan los cadáveres de los árboles y de los hombres. Asoma el iris en el cielo, y la selva parece sacudir á impulso de la brisa su cabellera húmeda.

Un paso mas. ¡El fuego está consumiendo las ciudades nefandas! ¡Cuánto estrago! ¡Cuánta desolacion! Solo hay salvacion para una familia. . . . huyen sin tornar la vista hácia atras; y ¡ay de la mujer curiosa que volvió el rostro para contemplar el incendio! Ahí está convertida en estátua de sal.

Pasemos esta colina y veremos estenderse una feraz llanura donde los ganados pacen en sosiego. Abraham á la entrada de su tienda de pieles, cerca de una palmera, brinda á los ángeles con la hospitalidad. Una luz apacible anima el semblante de los celestes peregrinos.

Mas adelante, en la cima de un collado, se representa la escena del sublime sacrificio de Isaac. Un ángel detiene en el aire la terrible mano con que el patriarca iba á herir á su hijo único. Con una venda en los ojos aguarda este sobre el ara el

golpe mortal; mas el cordero que asoma entre los tallos de una mata contigua, le sustituirá en el holocausto.

La escala misteriosa que Jacob vió en sueños, por donde bajaban y subian las ángeles, la escala que unia el cielo con la tierra, símbolo de la oracion, imágen de la aspiracion incesante del hombre hácia lo infinito, aparece allá á lo lejos en el desierto medio oculta por un grupo de nubes tornasoladas.

En seguida, y á poca distancia de una cisterna, se ve una reunion de hombres que al parecer deliberan entre sí sobre la suerte de un jóven, el cual se halla en pie en medio de ellos con aire tímido y humilde. Es José que va á ser vendido por sus hermanos á los ismaelitas.

Poco despues este mismo jòven, régiamente vestido, se presenta en la sala de un palacio ante unos estranjeros que poseidos de temor no se atreven ni á mirarle, pero él los tranquiliza diciéndoles: Llegaos á mì, yo soy José vuestro hermano, á quien vendísteis para Egipto.

Tras estos cuadros siguen: la hija de Faraon á orillas del Nilo sacando del agua la cestilla que contiene á Moisés niño;

Los israelitas en el desierto;

Ruth y Booz;

David pulsando el arpa delante de Saul;

El templo de Salomon;

Los israelitas volviendo de la cautividad de Babilonia;

Esdras leyendo al pueblo los libros santos;

San Juan Bautista en el desierto;

La casa de María;

La Anunciacion;

Y finalmente, el pesebre de Belen, bajo una gruta donde María, José y los pastores contemplan y adoran al niño que viene á redimir al mundo.

Un ángel suspenso en el aire anuncia: *gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

Tal es un nacimiento cuerdamente ordenado. En otros la representacion histórica se estiende hasta muchos sucesos posteriores, tales como la adoracion de los reyes magos, la degollacion de los inocentes, Jesus entre los doctores, su bautismo en el Jordan, la multiplicacion de los panes y la conversion de la Samaritana. Los que se paguen de estas fruslerías decidirán si tratándose de representar un hecho como el nacimiento del

Salvador, no es tan absurdo invadir el terreno del Evangelio, como retroceder á los tiempos bíblicos.

Lo curioso en tales espectáculos es observar los absurdos y anacronismos de que regularmente adolecen; y así no es raro ver campanas en el templo de Salomon, sillones del tiempo de Luis XV y cama á la Josefina en la casa de la Vírgen, y lo que es más, ermitaños que en las grutas hacen penitencia delante de un Crucifijo, vestidos con el hábito de San Francisco ó de San Diego.

Mas basta de un asunto tan pueril, en cuyo relato, á fuer de historiadores minuciosos, hemos creido conveniente emplear algunas líneas, pero que no es bien prolongar demasiado.

V.

EL VÍCTOR.

Antes de salir del patio principal entremos en el coro alto de las religiosas. Ademas del órgano, que es de muy graciosa hechura, se ven en su recinto algunos cuadros debidos á un pincel no despreciable, entre otros, el que representa á Jesus con la cruz á cuestas, cuyo rostro ha merecido elogios de un inteligente.

No sabemos qué ha sido de la sillería ni de una imágen de nuestra Señora de Guadalupe que estuvo colocada en el retablo, la cual fue donada al convento á mediados del siglo XVII por una india principal. En el acta de esta donacion, que se conserva en el archivo del monasterio, consta que el dia fijado para la entrega de la imágen concurrieron al templo todos los individuos que componian la familia de la donante, y que puesta aquella en el altar mayor, alumbrado por cirios, cantaron las

monjas una salve muy solemne, despues de cuyo acto fue llevada en procesion hasta la porteria donde la recibieron para colocarla en el retablo del coro. A los lados de este, y dilatándose hácia dentro de la iglesia, se hallan dos tribunas espaciosas.

El coro bajo es memorable por las tomas de hábito y las profesiones, no menos que por las elecciones de preladas. A la de abadesa concurria el R. arzobispo ó algun otro eclesiástico á quien delegaba para el caso con las facultades necesarias.

Este acto pasaba á puerta cerrada. Cerca de la reja del coro, por la parte que da á la iglesia, colocábase bajo dosel el sitial que ocupaba el prelado. Se imploraba el ausilio divino, y por la ventanilla del comulgatorio iban las religiosas depositando en la urna las cédulas con los nombres de las personas á quienes votaban. Reunidas todas, se llevaba la urna á manos del arzobispo ó su delegado para la computacion de los sufragios, hecho lo cual y despues de poner fuego á las cédulas, se proclamaba electa canónicamente á la nueva abadesa.

Pasaba en seguida el arzobispo, si era él quien habia presidido la eleccion, á visitar el templo, sacristía y todo el monasterio para informarse del estado en que se hallaban los objetos pertenecientes al culto y al uso de las religiosas. Despediase de estas: acompañábanle hasta la portería, é inmediatamente despues se encaminaban á cumplimentar á la prelada recien electa, que las esperaba en el coro. Hácia la entrada tenian ya dispuesto un carrito triunfal, en el que la hacian montar de grado ó por fuerza, y entre risas y aclamaciones la paseaban por los corredores adornados con colgaduras, hasta que rendidas de cansancio la dejaban en su habitacion.

Tal era la ceremonia del víctor.

Este festejo era de rigor despues de la eleccion de abadesa, la cual se verificaba segun nos han dicho, y ahora sucederá lo mismo cada tres años.

No es improbable que para ganarla se pusiesen en juego algunas intriguillas, si bien no de la misma estofa que las que destustran nuestras elecciones populares. Bajo el sayal y bajo la levita late de la misma manera el corazon humano.

Sin embargo, la regla de las monjas concepcionistas, que es la que siguen las de nuestro convento, preceptúa en cuanto á elecciones de abadesa lo bastante para hacerlas acertadas. «Procuren las religiosas (leemos en el capítulo V.,) con toda diligencia

y cuidado elegir tal abadesa, que resplandezca en ella toda virtud, religion y honestidad, y sea mayor no solamente por el oficio, mas por buenas obras y santas costumbres. Finalmente, sea tal, que por su ejemplo despierte á sus súbditas á obedecer á Dios con amor, y de tal conversacion, que su vida les sea viva predicacion."

Del patio principal al llamado de los lavaderos no habia antes mas que un paso. En el dia están incomunicados por razon del destino que se ha dado nuevamente á cada uno.

El segundo, como su nombre lo indica, era el local en que se hallaban los lavaderos para uso de la comunidad, perteneciendo cada cual á una reverenda, que por lo mismo tenia inscrito en él su nombre. Al presente todo se ha trasformado. Esta parte del edificio se ve convertida en una casa elegante con gran puerta hácia la calle de Santa Catalina, balcones, viviendas cómodas, cielos en los corredores, y galería con lienzos de cristales. La lotería nacional ha fijado allí su residencia, y en determinados dias concede premios, hiere con desengaños y entretiene á todos sus amantes, como una coqueta, con vanas y halagüeñas esperanzas.

Con este patio comunicaba tambien un departamento pequeño, formado por la casa ubicada en el ángulo opuesto á la esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso; pero esta casa encierra hasta hoy un secreto que vamos á ser los primeros en revelar.

VI.

UNA ESTRELLA ECLIPSADA.

I.

En uno de esos años que se pierden en los remotos tiempos de paz inalterable, cuando nuestros abuelos vegetaban creyendo firmemente que vivian: cuando se solemnizaba cada dia de San Hipólito la toma de la capital por los conquistadores, con

el paseo del pendon que sacaba el alférez real acompañado del virey, tribunales y nobleza, formando todos una gran cabalgata; cuando para apagar los incendios se hacia uso, á falta de bombas, de plegarias á los santos, cuyas efigies trasladaban en volandas al lugar de la catástrofe; cuando la capital de Nueva-España tenia sus calles desprovistas de aceras y alumbrado, y finalmente, cuando al oir nombrar á Su Magestad el Rey, todos se tocaban el sombrero; en uno de esos años, decimos, hubo una noche en que con motivo de haber recobrado la salud la señora vireina, se veian reunidas en el real Palacio las principales familias de Méjico.

La corte era un remedo de la de España, y era natural; pero en cuanto á lujo y ostentacion de riqueza, á veces le escedia: al fin en Méjico y no en la península residian los opulentos dueños de las minas de Tasco, Real del Monte, Fresnillo y Guanajuato. Así es que en esa noche los tertulianos competian en lo costoso de los trages, como en dias anteriores habian competido en lo rumboso de las dádivas que cada cual ofreció á sus escelencias por el fausto acontecimiento.

Brillante era la iluminacion de la sala. Algunos pages en trage de rigorosa etiqueta estaban á la puerta comisionados para introducir á las damas, las cuales se iban presentando deslumbradoras por su belleza y por las esquisitas galas que vestian. A falta del virey, á quien asuntos de Estado tenian ausente, eran recibidas por la señora vireina, que las colocaba en asientos correspondientes á su categoría, agasajándolas con finura. Poco despues se les servian refrescos en bajilla de oro.

A los acentos de la música los corazones palpitaban de alegría, la conversacion se animaba, los caballeros buscaban con ardientes ojos el semblante de las hermosas, y estas correspondian con indiferencia ó con graciosas sonrisas.

Entre tanto, varios jòvenes sentados cerca de la puerta pasan revista por todos los concurrentes y hacen la crónica escandalosa de la ciudad, analizando las familias y narrando la biografía de cada uno de sus miembros.

—¡Oh, mirad con cuidado aquella hermosura!

—¡Cuál?

—La del cabello negro y rostro pálido.

—Ah! qué ojos, Dios mio!

—Si un ángel tomase forma humana, estos y no otros serian sus ojos.

—Una alma muy sensible y pura asoma por ellos.

—En efecto, son estraordinarios.

—Decís bien: tienen mucho de divino! Cuidado con prendarse!

—Es verdad: ya no es tiempo.... el que la obsequia... parece haberse anticipado en su conquista.

—¡Quién! ¿el hijo del señor virey?

—Sí.

—¡Cómo la corteja!

—¡Ay amigos! no hay como ser un señor don Cárlos!

—Hablais como unos papagayos.

—Pero con sobra de razon.

—Pues poco entendeis de achaques amorosos: el galan se lleva todas vuestras miradas; ¿pero habeis visto hasta ahora con detenimiento á la dama? Ved ¿cómo recibe los servicios de don Cárlos!...

—Tienes razon.

—No habia reparado.

—Hay algo de frialdad en el modo de aceptarlos.

—Todo es pura ceremonia.

—Le paga con tristes sonrisas.

—Pero el galan se afana.

—Para no alcanzar nada.

—¿Nada? Estos tunantes con sus humos de próceres castellanos seducen á nuestras criollas con harta mas facilidad que nosotros.

—Pero en esta aventura se estrella *su escelencia chica*.

—Como que la niña no querrá suerte igual á la de tantas otras conquistas del vireicito.

—¡Pobres muchachas!

—¡Qué pobres! ¡qué mas quieren! El se divierte con todas para ir despues á casarse con una grande de España.

La llegada de otro caballero interrumpió la conversacion por un instante; pero se reanudó con mas fervor luego que aquel vino á formar parte del corro.

—¿De qué se trata, calaveras?

—De la reina de la fiesta! de la criatura mas linda que ha visto el sol.

—No te dejes arrebatar de un entusiasmo inútil; ya tiene dueño.

—¿Quién?

—Quien habia de ser! no ves lo que pasa!

—Pero acabareis de decirme quién es la hermosura que os ha flechado?

—Ve, ¿quién está junto de la vireina?

—¿Al lado izquierdo?

—No, al derecho.

—¡Válgame Dios! ¡Esa es vuestra dulcinea! la obesa de doña Pánfila!... Sí, no lo dudo os ha hechizado con su enorme tontillo, su rostro encendido, sus ojuelos picarescos, y sobre todo, con esa respiracion trabajosa que ya la mata....

—¡Con setenta de á caballo! no seas ligero. Ya destrozaste á la matrona; pero mira bien, ¿quién está mas acá escuchando los requiebros de don Càrlos?.

—Ah! la hermosa Clara, hija de doña Pánfila!

—¿La conoces?

—¡Qué pregunta! nuestras haciendas son colindantes, y mi familia y la suya se visitan. Pero ¿quién te ha dicho que don Cárlos la requiebra?

—Lo supongo.

—Supones bien. Desde que la dama se presentó en la corte por primera vez, la tomó á su cargo y ha dado en llamarle la estrella de Méjico.

—¿Y consigue algo?

—Desdenes, y de los que punzan el alma. Hace bien, porque es mucha mujer para un botarate.

—Tendrá demasiado orgullo.

—Te equivocas. Lo que hay en esto es que, segun sospechas, ama á otro hombre en secreto.... ó quizá á ninguno.

—Por fin, ¿ama ó no ama!

—No sé lo cierto. Ella vive muy retirada, y se le ve en la corte por Córpus y San Juan.

—Y es linda si las hay!

Este diálogo se prolongó con el mismo calor hasta muy entrada la noche, y tal parecia que todos aquellos jóvenes estaban enamorados de la dama.

Pero llegò un momento en que la música negó sus armonìas

á la concurrencia, los cortesanos empezaron á despedirse, y acabó la tertulia.

Pasado algun tiempo, las hermosas bajaban por la escalera platicando alegremente, acompañadas de los caballeros, y en la calle no se oia mas que el ruido de los coches que trasladaban á las familias á sus casas respectivas.

El hijo del virey acompañó á Clara hasta la puerta de su carruaje, con gran disgusto de los adoradores de la ninfa, que envidiaban tanta dicha, especialmente al notar que en el acto de despedirse se mostró menos desdeñosa.

II.

—Plácemes y enhorabuenas, señora doña Clara. No esperaba menos de tu mucha discrecion, y si sigues conduciéndote de la propia manera, ya tienes asegurada tu fortuna.

—No sé á qué viene esto, madre mia.

—Vamos, niña! ¿Me hacias tan embebida en la plática de la señora vireina? ¿crees que no oi toda tu conversacion con el señor don Cárlos? ¡qué galante! ¡qué buen mozo! aquello de llamarte el único amor de su alma, el blanco de sus deseos, la estrella mas hermosa de este cielo americano, y qué sé yo cuantas cosas màs. . . .

—Señora, si le escuché fue porque era preciso..... hubiera sido gran descortesía. . . .

—Tontuela! ¿qué crees que me parece mal? Al contrario: el señor don Cárlos te dotará ¿y qué donas! ¡qué festejos!

—Pero madre mia, vuesa merced se adelanta demasiado..... no es para tanto. . . .

—Cómo! ya verás. Hija, tú no conoces á los hombres!

—Y ademas que yo no aspiro á riquezas: tenemos lo bastante para vivir con decoro.

—Lo que sabré decirte es que á estas horas están rabiando mas de cuatro mozuelos al ver que tú tan sencillamente vestida tan séria y tan modesta, alcanzaste lo que ellas no pudieron con todos sus atavìos.

—Repito, señora, que las galanterías de don Cárlos nada significan, y yo no las estimo.

—Cómo así! y si me pidiese tu mano!

—Yo, madre mia, con licencia de vuesa merced, se la negaria sin titubear. Mi corazon...

—¡No sabes lo que te dices! Cuando llegue á realizarse mi sospecha, ya verás cómo varías de resolucion.

Así hablaba doña Pánfila con su hija mientras el coche las conducia á su morada por las calles del Seminario y del Reloj.

III.

Una hora despues paseaba un embozado frente á la casa contra esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso. Parecia ser un jóven que acudia á una cita misteriosa. Sus miradas se dirigian con inquietud hácia los balcones que daban á la calle de la Encarnacion; y como la espera se prolongaba sin que nadie asomase por ellos, para matar el tiempo y animado acaso por la serenidad del cielo estrellado, comenzó á cantar de esta manera:

¡Dulce iman de mis amores,
Estrella del alma mia!
Si me esquivas tus fulgores
Detesto la luz del dia!

Torna á mí los ojos bellos
De que el cielo se enamora,
Porque sus claros destellos
Seducen mas que la aurora.

Dame, sí, el mirar divino,
Lleno de casta ternura,
En que me guarda el destino
Tesoros mil de ventura.

Bello es el sol, bello el mar
Y las flores, vida mia,
Mas sin tí, ¿qué puedo amar?....
Detesto la luz del dia!

Apenas se habia apagado en la soledad el último acento del canto, cuando el brillo movible de los cristales de un balcon dió á conocer que álguien abria poco á poco la puerta. Tal por lo menos fué la esperanza del trovador.

No se engañó.

Asomó una jóven pálida, vestida de color oscuro, en cuyo pecho brillaba por todo adorno una cruz de diamantes. Parecia el génio de la noche que salia á contemplar la inmensidad del espacio tachonado de estrellas.

Al verla el desconocido encaminó los pasos hasta situarse debajo del balcon.

—¿Por qué tardabas, alma mia? ¿te es ya menos grato concederme un momento de ventura? ¿has visto en Palacio algun objeto menos indigno que yo de tu cariño? Dìme, ¿quién te ha cautivado?

—Oh, cuán injusto eres, Gonzalo! . . . .

—Perdona, dueño de mi vida, que me esprese así contigo; pero es tanto lo que temo. . . . ¡eres tan seductora! hay tantos que darian su vida por alcanzar un momento como el que disfruto! Tal vez á estas horas muchos suspiran por tí, y pensando en tus hechizos no pueden conciliar el sueño: tal vez algun magnate.... tal vez el mismo D. Cárlos, el hijo del virey.... ¡ah, si alguna vez conozco lo que vale la fortuna es en este caso! ¡Tuviera un Estado, un nombre glorioso que poner á tus plantas! . . . .

—Basta, Gonzalo! ya no solo eres injusto, sino que muestras tener de mì un concepto que no creí te hubieras formado. ¿Qué has visto en mì para juzgarme vanidosa? ¿te hablo de riquezas, de títulos y honores? ¿no eres tú quien trae siempre en los labios la gloria, las proezas, el renombre, la fama que no muere, y mil otras cosas que apenas comprendo? ¿no te he descubierto mi ambicion, limitada á una vida modesta como la mas conforme á mi carácter? Vivir siempre contigo, escuchando tus palabras, disfrutando tus caricias, pendiente de tus menores deseos, ¿no es para mí el colmo de la felicidad?

—¡Clara de mi vida! . . . .

—Nada temas! ¿qué mayor honra que llamarme tuya? ¡La nobleza! . . . . ¿qué cosa mas noble que tu alma? No te apoques pensando que el hijo del virey vale mas que tú: yo en tu lugar me afrentaria si me compararan con él. No ya D. Cárlos, mas ni el monarca te iguala en bizarría; y si todos los reyes del mundo pusiesen sus coronas á mis pies, á todos los despreciaria por una sola palabra afectuosa de mi caballero!

—¡Quién al oirte no pierde el juicio! ¡Estrella de mi cielo, ángel mio, dueño de mi alma! . . . . Todo el ardor de mi pecho,

todo este incendio que me consume es nada para satisfacerte por lo que acabas de decir. . . . ¡con que me amas tanto como yo te amo! . . . .

—Ese cielo que nos está mirando me es testigo de que te adoro!

—Cuánto bien me hacen tus palabras! . . . mas ¿qué ves tanto en el cielo? ¿miras cruzar por él algun ángel? ¿estás enamorada del cielo?

—Despues de tí, él es el objeto que mas amo en la tierra: es mi confidente.

—¿Y qué te dice ahora de mí?

La jóven permaneció algunos instantes silenciosa; despues respondió:

—No sé; pero me anuncia algo funesto! . . . .

—Tu me asustas, alma mia!

—Como si dijese al corazon que esta es la última vez que estamos juntos. . . . mas qué digo! . . . . no. . . . temores infundados, fantasmas; no me hagas caso. ¿Me amarás siempre?

—Ahora y en la eternidad!

No bien habia proferido Gonzalo esta espresion, cuando el ruido de pasos que se acercaban en la calle hizo volver á Clara á su retrete.

IV.

El amante puso la mano en el pomo de la espada y echó á andar con paso tardo hácia la calle de San Ildefonso, como tratando de esquivar un encuentro con la persona que venia en seguimiento suyo, y manifestando á la vez que no la temia; pero esta se daba prisa para alcanzarle.

Advirtiendo Gonzalo que le perseguia con ahinco, detuvo el paso para entrar en esplicaciones. Un desconocido, embozado hasta la nariz con una gran capa, se le acercó.

—¿Quién sois vos? le dice encarándose á él sin miramiento.

—Un caballero, contestò Gonzalo con sequedad.

—No tan cumplido que pueda verse conmigo cara á cara!

—¿Por qué no? probad si quereis. . . .

—Dijéronme que servis á Dª Clara, y quise tener una prueba.

—¿Y la habeis obtenido!

—Muy cabal.

—Me alegro que no hayais perdido vuestro tiempo.

—Pero hay que advertiros en este particular, que el haber obtenido esa prueba os costará caro.

—Lo veremos!

—Al instante!

—Al instante!

Y al decir estas palabras iban ambos interlocutores á desnudar las espadas; pero, mudando de parecer, convinieron en buscar sitio mas adecuado y se dirigieron á la plazuela de Santo Domingo, á la sazon desierta. Llegan, cruzan los aceros, combaten largo espacio asestándose denuestos, y al fin cae uno de ellos mal herido. Quiere su adversario prestarle socorro; pero no le da tiempo la ronda que se acerca, y emprende la fuga.

V.

En la tarde del dia siguiente recibia Dª Páufila en su casa una visita ilustre, la visita del virey.

Su escelencia en persona iba á pedir para D. Cárlos la mano de la hermosa Clara, escusándose de que no le acompañase aquel por hallarse algo indispuesto á causa de algunas travesuras juveniles, que le habian salido mal la noche precedente.

En poco estuvo que no se volviese loca Dª Pánfila:

—Vamos, niña, declara al punto tu voluntad á su escelencia; la mia no puede serte mas notoria: entiendo que debes darte prisa en aceptar la honra que se nos ofrece.

—¿Podríais otorgarme tan solo tres dias para pensarlo?

Dª Pánfila se mordió los labios; pero el virey contestó con aire apresurado:

—De mil amores, hija mia; y ahora estimo en mas tu mucho juicio, porque siempre es bueno para obrar pensar. ¡Hermosa y discreta! No sin razon te llaman la Estrella de Méjico.

VI.

Acababa de despedirse su escelencia cuando madre é hija salieron al balcon atraidas por un cierto rumor de gente que pasaba por la calle en número mayor que el ordinario.

—¿Qué será eso, madre mia?

—Ah! vaya! habia olvidado participarte. . . . sí, ¿no oyes doblar en San Ildefonso? Es un entierro: ve, ya sale el acompañamiento. . . .

—Pero será el muerto algun colegial noble, ó tal vez uno de los reverendos padres jesuitas.

—Era un jóven de prendas. Su familia está inconsolable: ¡pobres, qué pérdida! . . . . esto pica en historia. Los padres jesuitas han puesto el mayor empeño en que no se sepa el cómo fue esa muerte; pero ya vez que en este mundo nada se oculta, y los criados que todo lo huzmean. . . . Un desafío por amores, hija de mi vida! ¡Oh, qué mozo tan calavera! Se quedó anoche fuera del colegio, y á la madrugada, ya casi moribundo, entraba el desdichado á su cuarto en hombros de varios amigos que le trajeron desde el lugar de la contienda. Dicen que por poco no da en manos de la ronda, y entonces hubiera sido grande el sonrojo de los deudos, porque el señor corregidor le hubiera tenido en las casas de ciudad á lo menos por algunas horas, y el caso se supiera á las mil maravillas. ¡Pobre familia! ¡cómo estará su madre! . . . . No vayas á contarlo! . . . . Me han dicho que es el hijo de la señora de Leiva.

—¡Quién de los dos, señora, porque son dos!

—Gonzalo.

—Gonzalo! . . . .

Distraida la madre por la gente, no hacia caso de Clara; mas notando que esta permanecia enagenada, volviéndose á ella le dice:

—Pero qué tienes, hija, qué es eso. . . . óyeme! . . . . no me oyes! ¡Válgame la Vírgen! entremos! Ya no volveré á contarte semejantes historias! . . . . Soy una aturdida!

Las dos damas tomaron asiento. Clara permaneció cerca de un cuarto de hora inmóvil, con el rostro inclinado sobre el pecho y la vista fija en un lugar. Sus mejillas y frente tenian la palidez de la azucena. Despues saliò de su enajenacion dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo dejó escapar una lágrima, limpia y brillante como una perla.

—Pero, mi alma, ¡por qué te ha conmovido tanto este suceso!

—Porque ese jóven. . . . Gonzalo. . . . era mi único amor: ¡era el alma de mi vida! Con él todo lo he perdido, y hoy nada en el mundo vale para mí. . . . ¡Madre mia, ved aquí mi última vo-

luntad. . . . la última merced que os pediré y que no dudo me concederéis. . . .

Clara suspendió el curso de sus ideas al ver que la madre lloraba, y guardó silencio. Despues prosiguió:

—¿Me la concederéis, madre mia? Es la mejor resolucion que en estas aciagas circunstancias puedo tomar. Sí, cerca está el monasterio. . . . allí sepultaré mi dolor. El Señor me enviará una gota de consuelo en la soledad: oiré su voz en el silencio del retiro, y sus divinos acentos me infundirán la esperanza de volver á juntarme con Gonzalo en la eternidad! . . . .

—Pero esta resolucion debe tomarse con madurez, Clara mia. Mira! la eleccion que haces del estado de religiosa. . .

—No me pesará jamás. Muerto Gonzalo, toda me debo á Dios. Sí, esconderé mis dias en el claustro.

—Pues bien, amada mia, obedece á la inspiracion del cielo; sigue siempre sus avisos. Yo no podré otorgarte mi licencia sin profundo pesar, pues sabes cuánto te he querido desde niña, desde que jugabas sobre mis rodillas. . . . Ah, qué dias aquellos! si tu padre viviera! . . . . pero voy á quedarme sola en el mundo, separada de tí, sin tus gracias y cariño que han sido hasta aquí mi embeleso y mi ventura. El deseo de darte estado conforme á tu calidad es lo que me ha detenido en el mundo; mas, renunciando tú al matrimonio y en la firme voluntad de consagrarte al cielo enteramente, á mí no me queda otro camino que volverme al campo á cuidar de nuestra hacienda, y solo de cuando en cuando vendré á visitarte. . . . ¿Y á qué convento prefieres entrar?

—A la Encarnacion: á la Encarnacion para estar cerca de vos, mi buena madre: cerca de la casa donde nací y me crié..... ¡tiene para mí tantos hechizos esta morada! ¡abriga tantas y tan tiernas memorias!

—Hija, me ocurre—porque insisto en dejar la corte—decia que me ocurre una idea: yo no quiero conservar esta casa si tú no vives en ella conmigo; propondré á las religiosas que te concedan habitarla.

—¿Cómo puede ser eso?

—Bien, cerrándole toda comunicacion para la calle y abriéndosela para el convento. Así las madres aumentan su casa con una finca mas que puede serles muy útil con el tiempo, y tú consigues quedarte viviendo en la morada que tanto amas.

VII.

Tres dias despues de este suceso, los curiosos pudieron observar á un gallardo jóven que iba y venia por la calle de la Encarnacion, fijando la vista con asombro en la fachada de la casa de Clara. ¡Cuánta mudanza se notaba en ella! .... ¡ni puertas ni balcones! Unas y otros se delineaban en el muro á causa de los marcos que sobresalian; pero á las puertas y vidrieras habian sucedido cuadros de pared como las cubiertas de los nichos de un panteon. El edificio del convento habia hecho presa en aquella morada, asimilándosela de tal suerte, que cualquiera afirmaria haberle pertenecido siempre.

Apenas podia el jóven dar crédito á sus ojos, y le parecia soñar. A nadie preguntó qué significaba aquel estraño cambio. Despues de clavar una mirada horrible en la fachada ciega é inexorable de aquella casa, echó á andar precipitadamente por la segunda calle del Reloj.

Era D. Cárlos que iba á saber si por fin Clara aceptaba ó no su mano; pero la hermosa le habia preparado la respuesta algun tanto ruda. La Estrella de Méjico se habia eclipsado.

VIII.

FUNDACION.

Del patio de los lavaderos, y atravesando el departamento principal, puede el observador pasar bien al noviciado, bien al patiecito contiguo á la iglesia, en donde no verá con desden una fuente, ó mas bien arca de agua, que ocupa el centro y se eleva á unos tres metros de altura. La primera impresion que se recibe á su vista es un ligero disgusto ocasionado por la in-

conveniencia de su colocacion en aquel sitio: el que le estaria bien es un jardin compuesto de floridos arbustos, ó acaso el medio de un peristilo construido conforme al gusto romano.

Hay, en efecto, en el todo y los detalles de esa fuente algo que imita la severidad y sencillez de la arquitectura de los antiguos. Su forma es la de un pedestal ensanchado gradualmente hácia la parte inferior y coronado por una pequeña cúpula, dividida en fajas horizontales y paralelas. Al pie se hallan cuatro tazas, correspondientes á los lados, destinadas á recibir el agua que de ellos caia por otras tantas llaves. Aquí se lavaban los manteles, corporales y demas piezas de lienzo pertenecientes á la iglesia. El estilo de esa fábrica parece ser igual al de las arcadas del departamento principal, y tal vez una y otro fueron obra de un mismo artífice. Sea de ello lo que fuere, el observador no puede apartar la vista con facilidad de una pieza labrada con tal maestría, que parece formada en molde.

Mas ya es tiempo de visitar la iglesia. Es de una nave amplia; pero desearíamos que el arquitecto hubiese dado alguna mas elevacion á las bóvedas. Los retablos son del mismo gusto que los de todos nuestros templos donde el adorno antiguo ha cedido el puesto á las construcciones modernas; la mayor parte son semejanzas de portadas de templos griegos ò romanos, en cuyo centro se ve por lo comun un nicho ó un tabernáculo.

El retablo principal, construido no ha mucho, es obra sorprendente por el lujo del dorado. Costó gruesas sumas porque se hizo dos veces hasta quedar á gusto de las religiosas.

Si del estado actual de la iglesia pretendemos pasar á conocer su orìgen, la curiosidad nos conduce insensiblemente á los principios del convento por un enlace de ideas inevitable. Hablemos, pues, de su fundacion y progresos á lo menos hasta donde puedan suministrarnos luz los datos que tenemos á mano.

En el año de 1594, ó segun otros en el anterior, algunas religiosas del monasterio de la Concepcion de Méjico salieron á fundar el que se conoció comunmente por de nuestra Señora de la Encarnacion, designado hoy con solo el último nombre por ahorrar palabras.

Ignoramos muchas de las circunstancias de este suceso. Todos nuestros esfuerzos para averiguar los nombres de las fundadoras han sido estériles, y en cuanto á su número apenas podemos conjeturarlo en vista de un documento en que se hace refe-

de Iturbe y Cª

INTERIOR DE LA IGLESIA DE LA ENCARNACION.

rencia á la escritura de dotacion, segun el cual eran diez las religiosas que habia en el monasterio el año de 1596.

Sabemos sí con certeza que quien dotó al convento fue el Dr. D. Sancho Sanchez de Muñon, maestre-escuela de la iglesia Catedral. Segun consta de escritura otorgada por él en 19 de Enero de 1594 ante Pedro Montiel, escribano de provincia, ofreció la dotacion de veinte mil pesos, que por haber muerto antes de llegar á exhibirla enteramente quedaron las monjas reducidas á pobreza.

El ayuntamiento, como se ve en el libro de cabildo, les hizo merced del agua en 29 de Julio del propio año, á costa de la sisa, que era un impuesto sobre comestibles, licores y otros géneros.

La misma falta de cumplimiento del compromiso indicado dió lugar á que las religiosas privasen al sobrino y sobrina del maestre-escuela, no menos que á todos los sucesores de ellos, del patronato, ó como entonces se decia, patronazgo del convento, sin reservarles ninguno de los derechos anexos á esa dignidad, bien que fuesen compelidas á este paso muy particularmente por el natural deseo de mejorar de estado, supuesto que no reconociendo ningun patrono podian esperar que no faltaria quien se moviese á socorrerlas por llegar á serlo. Cuál fuese el cimiento de esa esperanza, se conocerá atendiendo al carácter de aquella sociedad dominada en verdad por el sentimiento religioso mas tambien por el amor de las preeminencias. En efecto, no salió fallida.

Alvaro de Lorenzana, vecino de esta ciudad y de los principales por su riqueza, se ofreció á ser patrono del convento. Admitida la propuesta y concertados en breve los términos de la obligacion, se estendiò la escritura correspondiente, en la cual aparecen minuciosamente descritas las prerogativas concedidas al nuevo patrono, en cambio de las cuales echaba este sobre sí cargas de no poco peso.

Una de ellas era la de fabricar á su costa nueva iglesia, por ser estrecha y mal construida la que entonces habia, para lo cual cedió el convento "el terreno frontero á las casas de Alonso Picazo de Hinojosa."

Alvaro de Lorenzana se dió prisa á cumplir la palabra empeñada, y en la mañana del dia 1º de Diciembre de 1639 se ponia la primera piedra del edificio, cuyo acto fué acompañado de la

solemnidad que en tales casos se acostumbra. Asistieron á él las comunidades de religiosos, los cabildos eclesiástico y seglar, la nobleza y el virey de Nueva-España, que lo era á la sazon D. Lope Diaz de Armendariz, marques de Cadereita.

Bendijo y puso la piedra el Dr. D. Bartolomé Gonzalez Soltero, conforme á los ritos y ceremonias que prescribe el ceremonial y pontifical romano, y despues celebró misa en un altar colocado donde aquella se asentó.

El virey echó por su mano las monedas corrientes del rey D. Felipe IV el Grande, que fueron un doblon de á cuatro y otro de á dos de oro; un peso de á ocho reales, un real de á cuatro y otro de á dos, con otro sencillo, y medio real de plata; colocándose ademas debajo de la piedra "una lámina curiosa de bronce con dos letreros ó inscripciones de letras grandes grabadas con buril, y el de la parte principal es del tenor siguiente:

D. O. M.

INCARNATO

ALVARUS. A. LORENZANA

DIVINÆ. INCARNATIONIS

S. H. D.

A. FUNDAMENTIS

HOC. TEMPLUM

GRAT ERGO

ERIGIT. DD. CC.

ANNO. A. SALUTE. MUNDI

M.D.C.XXXIX

A. CREATIONE

VIVDLXXXVIII

AD ÆRA. CÆSARIS

I. CIO. CIIO.

"A la vuelta de la dicha lámina está el otro letrero tallado en la misma forma, que es como sigue:

URB. VIII. PONT. MAX

ANNO XVI

PHILIPPI. IV. R. CATH

ANNO XVII

FERDINANDI. GERM. IMP

ANNO III

D. D. LVPIO. DE ALMENDARIZ

MARCH

GUB. N. H

DIŒCESI. IN. SE. VAC

EXISTENTE

PRIMARIAM. LAPIDEM

SACRAVIT

D. D. BARTH. GON. SOLTERO

INQ. APP."

Concluida la fábrica de la iglesia, que diseñó el P. Luis Benitez, de la Compañía de Jesus, y que sacó de costo mas de cien mil ducados, se pensó en la dedicacion, la cual tuvo verificativo en 7 de Marzo de 1748, dia de Santo Tomás de Aquino.

Se gastaron en esa fiesta, para darle todo el lucimiento necesario, tres mil ciento trece pesos, cuya suma se empleó en su mayor parte en paramentos de los altares y en comestibles para obsequiar durante ocho dias consecutivos á los convidados.

En la cuenta correspondiente á este gasto figura un asiento que llama la atencion, y es el siguiente:

"Noventa y ocho pesos de siete piezas de cambray que se compraron á catorce pesos la pieza para cuarenta pañuelos que se hicieron y las enaguas de su escelencia (la vireina), y ocho valonas con vuelos para personas de obligacion."

No era esta la primera vez que se hacia un obsequio semejante á la vireina, pues que dos años antes, en la fiesta de nuestra Señora de la Encarnacion, regalaron las monjas á la condesa de Salvatierra, que asistió á las segundas vísperas, una toca de oro que sacó de costo veintidos pesos.

Entre las personas de obligacion se contaban los bienhechores de la comunidad, y en primera línea el patrono, á quien mostraban las religiosas su gratitud de cuantas maneras les era dable.

Sin embargo, Alvaro de Lorenzana parece haber sido un hombre verdaderamente desinteresado, segun el desprendimiento que manifestó renunciando para sus sucesores el patronazgo y legándole á nuestra Señora de la Encarnacion.

Acerca de su muerte hallamos esta noticia en el diario de D Martin del Guijo, que copiamos íntegra y literalmente para dar idea de las costumbres de aquella época.

"Viernes 23 de Noviembre á las doce horas del dia sacramentaron á Alvaro de Lorenzana, vecino de esta ciudad, patron del convento de religiosas de la Encarnacion, y á cuya costa se edificó el templo; uno de los hombres mas ricos que en este reino y fuera de él se ha conocido. Sacramentóle el Dr. D. Pedro de Barrientos, chantre de esta santa iglesia Catedral y comisario de la Cruzada: fueron alumbrando doce religiosos de Santo Domingo y otros doce de San Francisco, y á sus espensas se va edificando la enfermería de dicho órden de San Francisco de esta ciudad, que es obra que costará mas de cuarenta mil pesos. Murió dia de Santa Catarina Mártir, á 25 de dicho mes, y dejó por sus albaceas al dicho Dr. D. Pedro de Barrientos y al P. Soriano, de la Compañía de Jesus. Enterróse de cabildo en su bóveda en dicha iglesia de la Encarnacion, y asistió toda la clerecía del reino porque ordenó que se le diese á cada uno de los que acudiesen con sobrepelliz un peso y una vela: asistió asimismo la Congregacion de San Pedro, por ser congregante. Sacáronle de su casa los provinciales de los órdenes, y luego le tomaron los hermanos del órden tercero. Presidió en este entierro el regimiento de la ciudad, corregidor y alcaldes ordina-

rios, pocos republicanos. Quedaron por tenedores de bienes los dichos Barrientos y P. Gerónimo Soriano. Dícese dejó en reales mas de ochocientos mil pesos, sin las escrituras de casas y huertas y menage de casa: hicieron figura de vindos detras del cuerpo el provincial de la Compañía y el P. Francisco Calderon."

Despues de la muerte de Lorenzana se presentó á las religiosas un sugeto reclamando para sí y sus descendientes los derechos de patrono del convento, dando por razon ser hijo de aquel; mas hecha la averiguacion competente, se descubrió que el reclamante era un caballero de industria.

Ya tenian las religiosas un templo hermoso; pero sus escasas rentas no les permitian edificar un monasterio mas amplio y cómodo que el que poseyeron al principio. Hiciéronlo sin embargo á fines del siglo pasado, y de entonces data el departamento principal, cuya vista ha producido tan grata impresion en los que no le conocian. Ignoramos su costo; mas sí tenemos noticia del arquitecto que dirigió la obra, y fué el célebre D. Miguel Constanzo.

No terminaremos esta relacion sin mencionar un nombre estimable, el de la madre María de San Miguel. Esta venerable monja, natural de Puebla, floreció en el convento en el último tercio del siglo XVII, y murió con grande olor de santidad el 22 de Julio de 1702. Dejó escrita su vida por mandato superior. Esta produccion, hasta hoy inédita y que no vacilamos en colocar al lado de las obras de Santa Teresa por la semejanza que con ellas tiene, así por el estilo como por lo castizo del lenguaje, bien merece ver la luz pública y pasar á enriquecer el catálogo de nuestras piezas literarias conocidas. El erudito sugeto que pósee el manuscrito, comprende sin duda esa necesidad, y creemos que se apresurará á satisfacerla, ya que el convento tuvo este imperdonable descuido. Justo es que esa flor, oculta en la soledad por mas de una centuria, exhale su fragancia y brille con sus nativos colores en nuestro cielo literario. De esta manera, si el convento de la Encarnacion llega á desaparecer en algun tiempo, seguirá viviendo en los pensamientos, afectos, inocencia y santas aspiraciones que embellecieron la vida de una de sus hijas.

LA PIEDAD.

I.

EL DIA 2 DE FEBRERO DE 1652.

DESPUES de tratar del convento de Santo Domingo, parece natural seguir la historia de los que pertenecen á la misma órden, ya porque la armonía exige presentarlos coleccionados en un solo grupo, y ya porque á veces entre la existenciade unos y la de otros se nota un enlace íntimo. Este proceder observaremos igualmente respecto de los demas monasterios que no son de esta òrden, y mientras les toca su vez, hablemos del Santuario de la Piedad.

¿Conoceis la calzada de este nombre? ¿habeis observado con atencion esa hermosa calle de árboles que no es mas que la prolongacion del Paseo de Bucareli, y que remata casi á la entrada de un templo de apariencia rústica? Al principio y por un lado se asienta Romita, cuyas avenidas de fresnos y sauces se estienden en todas direcciones como otros tantos brazos hospitalarios que no quisieran dejaros pasar adelante sin haberos estrechado.

En la misma línea os brinda sus placeres el *Petit Versailles*, que no ha menester condecorarse con un nombre tan pomposo para ser una bonita casa de campo.

Si proseguís, por ambos lados hallareis objetos en que la mirada se detiene complacida: ora es un sembrado de maíz, una *milpa*, cuyas hojas verdes ó secas segun la estacion, mece la brisa girando caprichosa y esmalta el sol con sus rayos mas apacibles; ora un plantìo de magueyes que se presentan alineados como un ejército de vegetales; ora en fin, un prado estendido como una inmensa alfombra, donde pacen sosegadamente algunas vacas de ordeña.

Por último, despues de algunas millas de camino llegais al Santuario, que acompañado de algunas casitas y en medio del horizonte que le cerca, parece como encantado á la vista de Méjico que se pinta en las lomas del Tepeyac, de la sierra de Ajusco que se levanta como una muralla sombría, y de las frentes plateadas del Popocatépetl y el Istaxihualt, titanes que aun pretenden escalar el cielo.

Esta calzada fué construida de nuevo, segun nos informa el baron de Humboldt, bajo el vireinato de D. Juan de Mendoza y Luna, marques de Montesclaros, despues de la gran inundacion de Méjico ocurrida en 1604, y la nivelaron y alinearon los padres Torquemada y Gerónimo de Zárate, únicos sabios de aquel tiempo. De entonces acá no ha dejado de ser frecuentada por toda clase de personas, especialmente los dias festivos; pero nunca se ha visto en toda su estension un gentío mas numeroso que en el dia de la fecha apuntada al frente de este capìtulo.

Era una mañana serena: el sol, que apenas asomaba por la cima del Telapon, heria oblicuamente las lomas de Santa Fe, las casas de Tacubaya, el alcázar de Chapultepec, lugar de recreo de los vireyes, y la calzada de la Piedad, por donde transitaba la gente levantando nubes de polvo. Tal parecia que los habitantes de la capital obedeciendo á una fuerza magnética, formaban una masa que se derramaba en direccion al Santuario como un rio caudaloso. Algunos caminaban de prisa, con semblante alegre, platicando y riendo como si fuesen meramente á un paseo; otros, formando reuniones numerosas, guiaban los pasos con mesura, y sin distraerse á vista de los objetos que los rodean, van rezando en alta voz el rosario. Al llegar á la Piedad, un cuadro risueño y animado se ofrece á sus ojos. Las vendedoras de fruta, los gallardetes y cornisas que adornan la torre de la iglesia y las colgaduras de las casas de los vecinos, todo indica en el lugar una gran fiesta, un regocijo estraordi-

Litog. de Iriarte y Cª

SANTUARIO DE LA PIEDAD.

nario. La plaza y parages que rodean la iglesia apenas pueden contener las olas de aquel torrente humano; y en medio del murmullo no interrumpido de voces que se cruzan, chocan y confunden para formar el acento prolongado, sostenido, variado, gigantesco y único de un solo pueblo junto, se recojen al vuelo estas y otras espresiones:

—¡Con que al cabo tenemos estreno!

—Ya no se quejarán los padres, porque hasta les han sobrado limosnas.

—¡Méjico es capaz de todo cuanto quiere!

—No ha mucho los frailecitos no tenian un solo tomin, y lo cierto es que hoy vemos en pie un Santuario magnífico.

—Merced á nuestros sudores.

—¡Bien empleados! la sagrada imágen merece mucho mas.

—Y el señor virey ha contribiudo con algo!

—Dió, segun dicen, una fuerte suma, y hoy asiste á la funcion.

—¡Qué gozo no tendrá el buen padre!

—¿Quién? ¿el predicador?

—No, el que trajo la bendita imágen.

—Vamos haciendo por entrar á la iglesia.

—¡Imposible! hay tanta gente! . . .

En este momento el repique de campanas convocaba á la misa, que con gran pompa iba á celebrarse. Poco despues comenzó y no concluyó sino hasta la una de la tarde.

Durante este tiempo los curiosos que no pudieron tener cabida en el templo, invadian el claustro y corredores del nuevo convento de domínicos, admirando las pinturas y la buena distribucion de las celdas. Todo estaba flamante, todo acreditaba la munificencia de los hijos de Méjico, y su amor á la Vìrgen de la Piedad, cuyo Santuario se abria entonces por primera vez.

Hacia poco tiempo en aquel parage no se veia mas que un terreno pantanoso, recien abandonado por las aguas de la laguna, y á la sazon estaba convertido en una pequeña aldea, merced á las personas que de la capital y lugares circunvecinos habian pasado á fijar su residencia á la sombra del Santuario. La devocion semeja al heroismo en la facultad de hacer prodigios.

Las danzas y festejos continuaron por el resto del dia, y en la noche terminó aquella solemnidad con fuegos artificiales, ó como entonces se llamaban, árboles de fuego.

II.

TRADICION.

Hallábase en Roma un religioso domínico con un encargo de su prelado, cuyo desempeño le hacia tomar informes acerca del pintor de mas fama en aquella ciudad de artistas. Dió con uno cuyo mérito corria parejas con su orgullo, y estando en el taller se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Quiero de vuestro pincel una imágen de María dolorosa.

—Está bien: la tendreis.

—Cuándo?

—No sé.

—Pero debo advertiros que regreso pronto á mi patria, y no puedo irme sin la imágen.

—La llevareis si está acabada.

—Yo soy un fraile mejicano que no viene á Roma sino para lograr esa obra con que enriquecer á mi convento.

—Ya habeis oido. . . .

—Pero un esfuerzo para terminarla en breve. . . .

—No trabajo sino cuando me viene la idea. . . . la inspiracion si quereis.

—Eso es otra cosa! Pero cuento con la pintura?

—Sí.

—Deseo que represente á la Vírgen con Jesús en los brazos y...

—Yo sé lo que debo hacer, y vendreis por vuestro cuadro cuando recibais mi aviso.

Despidióse el religioso desconsolado, presintiendo que acaso tendria que regresar á Méjico sin traer consigo el objeto que se le habia encargado.

En efecto, dias despues volvia el domínico á pisar los umbrales de la casa del pintor. Por su aire y ademanes podia adivinarse la zozobra que le agitaba.

—¿Qué me decís, amigo mio? preguntó con una sonrisa forzada.

—¿Lo que os digo? preguntó á su vez el artista con aire distraido y frunciendo ligeramente las cejas.

—Sí, del cuadro, replicó vivamente el religioso.

—¡Ah! . . . sí. . . olvidaba. . . está en bosquejo.

—¡Santo Dios! . . . en bosquejo, y tener que partir mañana mismo. . . sin dilacion. . . ¡en bosquejo!

—Yo no os determiné cuándo quedaria concluido.

—¡Vamos! no hay mas partido que. . . sin duda, la órden del prelado es terminante. . .

Aquí faltó la voz al religioso y permaneció en pie con los brazos cruzados, mientras el artista recobrando su calma habitual que parecia haber perdido un instante, prosiguió en sus quehaceres con una indiferencia aterradora.

—¡Venga ese bosquejo! esclamó al fin el domínico: llevándoselo al prelado verá que no soy tan culpable como me creeria si compareciese sin él en su presencia:—tomad y pagaos, añadió encarándose á su interlocutor, y presentándole al mismo tiempo una bolsa llena de oro.

—¡Pero qué quereis? preguntó el pintor sorprendido.

—¡El bosquejo!

—¡Y de qué os servirá!

—No faltará en mi patria quien acabe el cuadro.

—¡Hum!

—¿Lo dudais? ¿creis por ventura que mis paisanos son laponeses?

—No, pero. . . . hablemos claro: ¡para perfeccionar esta obra no hay mas que un pincel en la tierra, y es el mio!

—¡Y no contais con el cielo!

Por la primera vez en todo el curso del diálogo miró fijamente el artista al religioso. Su aspecto se habia dulcificado á los acentos de una alma que contrariada por el poder humano, pone su confianza en el divino: el númen del pintor pagó un tributo de admiracion á la sencilla religiosidad del fraile.

Un mes habia trascurrido despues de tan poco halagüeña entrevista, y el religioso, en compañía de un lego, navegaba en alta mar con rumbo á la América. Un frágil leño los separaba del abismo. No obstante, el océano habia sido hasta entonces para ellos el regazo de una madre, y el rumor de las olas el canto de una hermana que vela al lado de su hermano menor y le mece en la cuna.

Mas vino un dia en que la luz del sol parecia enfermiza. Poco á poco fué asomando por el horizonte una gasa opaca de niebla, que se dilató cubriendo el hemisferio como el velo de la muer-

te. Hubo un momento de calma espantosa en que pudieron oirse hasta las palpitaciones del corazon.

Empezó despues á hincharse la mar como un monstruo que se ensaña, y un huracan violento levantaba montes de agua, en medio de los cuales flotaba la nave como una gaviota. La tripulacion que en tal conflicto habia perdido hasta la última esperanza de salvarse, imploraba á veces misericordia, sin hacer caso de la maniobra. Todos los pasajeros estaban helados de terror, á escepcion de los dos compañeros mencionados

—¡Padre mio, pereceremos!

—Ten confianza en la Estrella del mar, en la Vírgen pura que con una mirada de sus divinos ojos serena las tempestades.

—Hagamos un voto á María Santísima.

—Sí que lo haremos, y sea este: si la Reina de los ángeles permite que el dibujo de su sagrada imágen que traemos en el buque se salve juntamente con nosotros, prometemos de fabricarle un santuario en los suburbios de Méjico, mendigando las limosnas necesarias para cubrir el costo; y por cuanto habrá de usar piedad con éstos sus humildes siervos sacándolos de la tribulacion en que se encuentran, luego que el pintor acabe la obra que ahora llevamos delineada, la llamaremos Vírgen de la Piedad, y la espondremos en dicho santuario á la veneracion de los fieles.

Pasado algun tiempo los buenos frailes desembarcaban en Veracruz, y cargados con su precioso bulto se ponen en camino. Llegan á Méjico, saludan los muros de su ciudad natal despues de haber gustado el pan de la ausencia; pasan á su convento, y cuando desarrollan el lienzo delante de los prelados para mostrarles un bosquejo, quedan todos estupefactos al ver en su lugar una pintura acabada, que representa á María tal cual deseaba el religioso que la pintase el artista romano.

Inútil parece añadir que los dos compañeros de infortunio y de salvacion se dedicaron en seguida á cumplir su voto con el mismo empeño, con la misma eficacia que si aun no hubiera pasado la hora del peligro.

Tal es lo que refiere la tradicion acerca del orígen del Santuario de la Piedad.

III.

EL CONVENTO.

Desde el principio estuvo unido á la iglesia un monasterio de domínicos, á quienes por un derecho indisputable correspondia cuidar del culto de la milagrosa imágen.

Este monasterio era de recoleccion, esto es, una casa en que se observaba mas estrechez que la comun de la regla, ó por lo menos, segun afirma el P. Florencia en su Zodiaco Mariano, en que vivian "muchos religiosos en esacta observancia, apartados del todo del tráfago de la ciudad, y dedicados del todo al servicio de Dios, y al cumplimiento de sus sagradas leyes y constituciones."

Posteriormente, y ya amortignado el fervor primitivo, era tan solo una ayuda de parroquia correspondiente á Tacubaya y servida por un religioso de la misma órden, clérigo por sus costumbres mas bien que fraile.

Así es que la supresion de las órdenes de regulares no causó mas variacion en este religioso que ponerle en lugar del hábito una sotana, mientras que el convento sigue hasta el dia en el mismo estado, si no es la huerta que por haber pasado á otro dueño, va mejorando con el mayor cuidado que se pone en su cultivo.

Pasada la portería se ve la entrada al peristilo, en la parte superior de la cual está pintada la noticia siguiente:

Se reformó esta puerta y se acabó
de enlosar y secut r este claustro, dia
29 de noviembre de 1785 años.

El peristilo nada ofrece de notable, á no ser el brocal del pozo que ocupa su centro, y está formado de una sola piedra.

Antes de entrar á la galería que precede á la escalera por donde se sube al claustro, tropieza la vista con esta jaculatoria escrita en la portada:

Sit nomen Mariae
Benedictum
Ex hoc nunc, et usque
In secu'um.
Mayo 17 de 1786.

El claustro es como todos. Si descendemos al templo nos encontraremos con una sacristía aseada y espaciosa, donde se respira fragancia y bienestar.

En el templo hay algunas efigies de notable primor, y con respecto á pinturas solo llama la atencion la de Nuestra Señora de la Piedad que ocupa el altar mayor, y es la imágen de María al pié de la Cruz teniendo en los brazos el difunto cuerpo de Jesucristo. En uno de los cuadros laterales del púlpito, se leen estos versos que resumen la tradicion acerca del orígen milagroso de la Sagrada Imágen.

De romano pincel un religioso
Solicita la imágen de Piedad
Por encargo que lleva, y le es forzoso
Regresarse con tanta brevedad
Que aunque al pintor ocurre cuidadoso
Halla solo en bosquejo esta beldad.
El dibujo recoje, en pensamiento
Que en Mejico ha de darse el complemento.
A la vela se da, y una tormenta
Iba á hacerle sepulcro de la nave:
Por la imágen se libra, á buena cuenta,
Y aun no da con la cuenta que le cabe;
Libre á Méjico arriba, y cuando intenta
Entregar el dibujo á quien lo acabe,
Se admira ya la imágen, con desvelo
Toda perfeccionada por el cielo.

La idea que presidió en la composicion de este cuadro es hermosa. María cercada de soledad, María al pié del patíbulo gimiendo en silencio en el instante supremo de su dolor, es una concepcion sublime.

No sin razon este Santuario, ha sido por tantos años el punto de reunion de todos los infortunios y de todas las miserias que buscan remedio. Levantado por la piedad de una generacion, se ha conservado por las que le sucedieron y se conservará por las venideras como una herencia inestimable. Todas las clases de nuestra sociedad niveladas por la desgracia no han salido jamás de su recinto sin llevar en el alma una esperanza, un perfume de consuelo.

ATZCAPOTZALCO.

I.

EL HORMIGUERO.

AÑOS despues de consumada la conquista de Méjico, y cuando los guerreros españoles demasiado entretenidos en mejorar sus habitaciones en la capital apenas dejaban el recinto de esta para atender á sus primeros establecimientos en el valle, dos peregrinos de mas que mediana edad, en trage modesto y precedidos de un jóven que les servia de guia, entraban lentamente por la llanura que se dilata al norte de Tlacopan, hoy Tacuba.

Méjico en aquella época estaba rodeada por la laguna, y no se comunicaba con tierra firme sino por tres avenidas ó calzadas, que eran las de Iztapalapam, Tepeyacac y Tacuba: era propiamente una isla, un grupo aislado de casas blanquecinas, por cima de las cuales asomaban algunas manchas sombrías formadas por la verdura de los jardines; y nuestros dos personages solian volver los ojos hácia ella para contemplarla en medio de una superficie tersa y brillante como el acero. Los primeros rayos del sol reflejaban sobre los puntos descollantes de los edificios, y la ciudad toda, medio oculta en la niebla dorada, tornasolada á veces, que empezaba á levantar el calor, parecia una ondina á quien sorprendia el astro rey medio dormida en su lecho espléndido.

Era aquel un momento inefable. No se oia mas ruido que el del aleteo de algunas aves acuáticas que de cuando en cuando pasaban en bandadas y pronto se perdian en el horizonte. Reinaba un silencio solemne. Las frentes de las montañas nadaban en una atmósfera ligeramente nacarada. La naturaleza parecia absorta, ensimismada, admirada de su propia hermosura: nunca como entonces se comprendia en un solo acto su variedad inagotable y su magestuosa unidad; era un solo pensamiento grandiosamente espresado por la Divinidad.

Entre tanto, nuestros dos caminantes se gozaban en el espectáculo sin desplegar los labios y como temiendo que el ruido de sus pisadas interrumpiese el delicado sentimiento que saboreaban á su vista. Iban poseidos de una embriaguez divina; pero como lo sublime no puede sentirse mucho tiempo, pasado un momento emprendieron conversacion.

—¿No os parece soñar? dijo uno al otro con voz suave.

—¡Quereis hablarme, contestó el compañero, de esta vista incomparable que el Señor nos concede gozar!

—¡De qué quereis que os hable, sino de este valle peregrino! Igual no le vì en mis dias. Conozco las riberas del Tajo, celebradas por nuestros poetas; he paseado por la nunca bien ponderada vega de Granada; visité algunos de los reales sitios; pero ante el cuadro magnífico que contemplamos debe callar toda alabanza, porque ninguna llegará jamas á dar cumplida idea de tanta hermosura.

—Los gentiles habieran colocado en estos sitios sus elíseos campos.

—Y nosotros, á no indicarnos otra cosa los sagrados libros, no tendriamos reparo en creer haber hallado aquí el paraiso.

—Dios ha echado su bendicion sobre esta tierra, y nosotros, siervos suyos, nos afanaremos por que los moradores no pierdan los frutos de esa bendicion.

Alzando despues uno de ellos la voz para que le oyese el guia, que iba á algunos pasos adelante, esclamó:

—Hijo, parece que no nos has traido por el camino mas corto. Está la aldea algo mas distante de lo que creia: ¿cómo la llamas en tu lengua?

—Atzcapotzalco, contestó el guia.

—*Ezcapuzalco*. . . . ¿y qué significa?

—Significa. . . . lugar de hormigas.

—¡Ah, sí! hormiguero querrás decir. ¡Es singular! Habrá en el lugar muchas hormigas.

—No, padre.

—¿Pues por qué le llaman así?

—Ya lo verás cuando lleguemos, respondió el jóven con acento franco.

Poco despues entraban todos tres en la poblacion.

Las calles eran en estremo irregulares á causa del poco ó ningun órden en la situacion de las casas, que cada vecino edificaba á su modo. ¡Pero cuánta animacion en los senos de aquel laberinto!

Los hijos de Atzcapotzalco no eran grandes agrícolas, pero sí escelentes alfareros. Su mercado competia con el gran *tiánguis* de Tlatelolco; y nuestros dos caminantes quedaron asombrados al observar la muchedumbre infinita que se agitaba en la plaza.

—¡Loado sea Dios! esclamó uno de ellos levantando las manos al cielo: en pocas partes se ofrecerá á nuestro celo una cosecha mas abundante; ¡cuántas almas que son merecedoras de conocer al Señor y de entrar en la eterna bienaventuranza! ¡Hermano, aquí está la tierra para cuya conquista hemos venido desde nuestra España!

—Vámonos con tiento. Reparad cómo á pesar de que nuestros españoles han echado por tierra muchos ídolos y templos de estas partes, quedan aun muchos en pie dentro de esta villa. Dura es la condicion de estos naturales.

—Todo se alcanzará con la ayuda del cielo. ¿Juzgais por ventura que nuestros mayores fueron mas dóciles á la voz de la fe cristiana cuando se les predicó la vez primera? . . . . Confiad en que no pasarán muchos años sin que tengamos el gusto de ver en el lugar de cada templo del demonio, una iglesia del Dios verdadero.

Dichas estas palabras, nuestros buenos peregrinos, en quienes se habrá conocido fácilmente á dos misioneros, llegaban á lo mas poblado del lugar, atrayendo en pos de sí todas las miradas. El guia, que era un azteca recien convertido, se veia á cada paso detenido por los curiosos que pretendian saber el objeto de la visita de los personages, á quienes ya conocian por el vestido.

—¿Vendrán á vivir en nuestra tierra?

—¿Quieren que váyamos á levantarles sus casas en Tenochtitlan?

—Muchos de nuestros hijos han muerto de fatiga en esas obras

Estas y otras frases eran el saludo con que recibian los habitantes de Atzcapotzalco al jóven neófito; pero él los tranquilizaba asegurándoles que nada tenian que temer de los religiosos de Santo Domingo, á cuya órden pertenecian los huéspedes, y que antes bien no traian mas objeto que enseñarles el camino del cielo.

Con tales insinuaciones bien pronto se vieron cercados los misioneros de los principales moradores de la aldea, quienes los acogian con singulares demostraciones de simpatía y benevolencia. A estos siguieron otros vecinos de inferior categoría, y tras ellos, enjambres de gente llena de curiosidad silenciosa. De cada casa brotaban familias enteras que salian al encuentro de los estranjeros, y se asociaban á esta entrada triunfal de los representantes de la religion y de los principios humanitarios, que iban tomando posesion de los pueblos para trasformar las costumbres y encarrilarlos por una nueva senda. Cada semblante era una pregunta muda, pero espresiva; cada mirada un deseo; y de las palpitaciones de cada corazon una significaba el temor y otra la esperanza. Un genio misterioso estendiendo las alas diáfanas sobre aquel pueblo sencillo que asistia á una época de mudanzas y prodigios, señalaba con una mano el hasta aquí á las glorias y miserias del pasado, y con la otra los inciertos horizontes del porvenir.

Mas entre tanto, ¿qué se habia hecho el jóven neófito?

Arrollado y casi envuelto por las olas del concurso, habia perdido de vista á los misioneros. Cuando buscado por uno de ellos se les presentó, notaron en su semblante, ligeramente risueño, una espresion de triunfo:

—Y ahora, ¿qué me dices, padre, tuvieron razon mis abuelos en llamar á esta ciudad lugar de hormigas?

—En efecto, hormiguea aquí la gente, hijo mio.

—Pues nada es hoy en comparacion de lo que fue, dijo el mejicano con un acento de melancolía.

—Pero vosotros podeis llamaros muy mas dichosos que las generaciones pasadas, por cuanto ellas no conocieron á Jesucristo, de quien vosotros sereis dignos hijos.

Lit. de Rivière

EXTERIOR DEL CONVENTO DE ATZCAPOTZALCO

Hablando así, fue el apóstol levantando por grados su sonora voz, y dirigiéndose á la muchedumbre empezó á predicarle la doctrina del Evangelio, adoptando los términos mas sencillos y capaces de herir vivamente la imaginacion: sus ojos ardian en un fuego divino; hablaba á veces con mesura, y á veces las espresiones brotaban de sus labios una tras otra como las llamas de un incendio. El auditorio permanecia como arrobado ante aquel sér eminente á quien no entendia por su lengua, pero sí por otro idioma sin disputa mas perfecto y mas inteligible para todos, el del amor y la virtud. Aquel hombre en esos momentos era mas que hombre; era un sér esclarecido, privilegiado, sobrehumano, era por sí una doctrina viviente, animada, purificada que se insinúa dulcemente en el ánimo como la armonía, como el sentimiento con todos sus misterios, como la pasion con todo su entusiasmo, como la caridad con sus delicados sacrificios y sus ímpetus celestiales!

Una hora despues los dos frailes acompañados del jóven, tornaban á Méjico por el mismo camino que siguieron antes; pero ya dejaban plantada una cruz de madera en lo mas alto del *teocalli* situado en el corazon de Atzcapotzalco. El signo de la redencion del género humano se divisaba como un geroglífico divino bordado en la inmensa cortina de los cielos.

Mas tarde, en el lugar del templo gentílico edificaban los dominicos el convento que ahora podemos visitar como un monumento, sino de los mas bellos por el arte, sí de los mas notables por su antigüedad.

Se conoce que ocupó una área de estension considerable; pero la accion del tiempo ha sido en él muy poderosa, y gran parte está reducida á escombros. Este hecho, que hemos visto reproducido en otros lugares aun en dias en que el estado de las rentas eclesiásticas era floreciente, patentiza la decadencia del espíritu monacal. Encerrado el fraile entre sus muros medio derruidos, parecia como agobiado bajo el peso de los siglos, sin dar muestras de accion fecunda para el presente ni lo venidero. Mucho antes de que surgiera la Reforma, se suprimian por sí mismos los conventos.

Pero la parte que aun subsiste del de Atzcapotzalco es un ejemplo del gusto de las edades precedentes.

El cementerio, que es una superficie amplia y cuadrada, tiene por límite una cerca coronada de trecho en trecho de pedes-

tales, donde se asentaron primitivamente varias estatuas de piedra que representaban santos de la órden de predicadores. Decimos que se asentaron, porque al presente solo quedan una que otra, y tan desfiguradas por la accion de la atmósfera sobre la materia de que se componen, que mas que efigies parecen momias ó problemas de efigies. Con todo, las que descansan sobre los tres arcos de la entrada principal abierta en la cerca misma, se conservan en estado menos deplorable, y parecen ser de Santo Tomás de Aquino, San Pedro Mártir y del Patriarca de la Orden. En la parte frontera de los arcos que les corresponden, se leen los letreros siguientes:

Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado.
Lució este como sol en la casa del Señor.
Temed á Dios y dadle el honor debido.

El centro del cementerio está ocupado por el osario, y á los lados de este, aquí y allí, vegetan algunos olivos seculares.

A la izquierda de la iglesia, la cual mira al Poniente, se abre la portería, y despues de ella, el patio principal recibe al curioso con sus frondosos naranjos que parecen coetáneos del edificio, su fuente á flor de tierra á manera del *impluvium* de los antiguos, sus corredores techados y artezonados de madera de cedro, y sus paredes laterales cubiertas de pinturas, entre las cuales se admiran dos cuadros de Juan Correa, y son *el prendimiento* y *la última cena*.

El artista que enriqueció con estas dos joyas al convento, es uno de aquellos hombres modestos que no legan á la posteridad ninguna noticia de su vida, y sí solo el esplendor de su gloria. Todo lo que de él sabemos es que fue natural de Méjico y que floreció en la segunda mitad del siglo XVII. He aquí algunos apuntes que acerca de sus obras nos da el Sr. Orozco y Berra en el Diccionario de Historia y Geografía. "Con asombrosa facilidad para la pintura y un raro talento, dejó en la ciudad inmenso número de cuadros. No sobresale por lo bello del colorido, sino por lo grandioso y sublime de la composicion: sus obras principales existen en la sacristía de la catedral. Hasta su tiempo ningun pintor habia sabido copiar con exactitud y verdad la imágen de nuestra Señora de Guadalupe, cuyas efigies eran buscadas con empeño por el amor nacional; él tomó los trazos sobre papel aceitado con el mayor esmero, y

desde entonces se reprodujeron las Guadalupanas sin faltarles ni una estrella, ni uno solo de los rayos. Correa, que fue sin duda un grande artista, hizo ademas á su pais el servicio de ser el fundador de la escuela que sobresalió en el siglo XVIII, formando discípulos como Cabrera, Ibarra, Antonio Aguillara, Antonio Sanchez, José de Rudecindo, y otros de menor importancia."

La iglesia actual se edificó mucho despues del convento. La fecha de la construccion de este se ve todavía grabada en una viga de las que forman el techo de una galeria, y es la signiente:

: MEXICAPA : A XXIII. MARÇO. 1565 AÑOS.

Es de suponerse que esta fecha se inscribiria á la conclusion de la fábrica, lo que prueba que el principio remonta á los primeros años despues de la conquista.

En cuanto á la iglesia, sabemos que se abrió á los fieles el domingo 8 de Octubre de 1702. Su interior es desmantelado y triste. Cerca de la entrada á la sacristía se ve colgado á la pared el retrato de una de las personas notables del pueblo, con esta noticia escrita en la parte inferior:

Don Jose del Cármen Rocha, gob rnad r del pueblo de Atzcapotzalco, insigne bienhechor de este convento.

Si volviendo al cementerio se dirige la vista hácia el templo, no se observará con desagrado la fachada y la torre que son de una elegante construccion. Su mismo color sombrío contribuye al efecto pintoresco y poético del paisaje, cuyo complemento son los árboles del cementerio, las casas circunvecinas con sus grupos de fresnos, las demas capillas cuyos campanarios blancos sobresalen entre los árboles, y por último, las sierras y el firmamento azul que sirve de fondo al conjunto.

Insistiendo en la torre, si se examina con detenimiento el lado que da frente á la plaza, se descubrirá hácia el remate del primer cuerpo una figura á manera de hormiga, que simboliza la numerosa poblacion que contaba el pueblo en la antigüedad; á no ser que se quiera referir al significado de la palabra misma Atzcapotzalco, que segun la traduccion que de ella nos hizo el jóven neófito, tanto quiere decir como *lugar de hormigas*.

II.

RECUÉRDOS.

Como quiera que sea, Atzcapotzalco aunque escaso de poblacion en el dia, no por eso deja de ser una tierra clásica, ora se consulte á los tiempos modernos, ora se engolfe el pensamiento en el océano de las pasadas edades.

Xolotl, primer rey chichimeca en Anáhuac, concedió el Estado de Atzcapotzalco á su yerno Acolhuatzin, uno de los tres príncipes acolhuas que con un grueso ejército de su nacion vinieron á establecerse en el pais. Tal fue el principio de la poderosa monarquía tecpaneca, cuya capital, ciudad entonces opulenta, es hoy el humilde lugar de que tratamos.

Tezozomoc, uno de sus reyes, sujetó á yugo tiránico á los mejicanos recien venidos al valle, y por mucho tiempo fueron sus tributarios.

¿Quién ignora la horrible tragedia de Chimalpopoca, tercer rey de Méjico, que se ahorcó él mismo en la prision á que por fin le redujo Maxtla, despues de los graves males que le causó en venganza de la parte que tuvo en la conjuracion de Tayatzin contra el tirano? Esa muerte se verificó en Atzcapotzalco.

Pero pasando ya á nuestro siglo, nada ilustra tanto los anales de esa poblacion, como la memoria de la batalla dada por el general Bustamante contra los españoles en 19 de Agosto de 1821.

Despues de la toma de Querétaro por los Independientes, emprendió el ejército su marcha para la capital: ¡cuántas esperanzas! ¡cuánto ardor en el corazon de los héroes! pero tambien, ¡cuántos obstáculos todavía que vencer! El sendero de la gloria estaba sembrado de abrojos, y aun faltaba mucha sangre que verter en las aras de la patria. Llegó, sin embargo,

el momento de acreditar en un nuevo combate la omnipotencia del valor hermanado con la justicia. Mas cedamos el puesto al Sr. D. D. Revilla, que nos refiere el suceso de la manera siguiente:

"El gallardo Epitacio Sanchez iba á la vanguardia del ejército, y seguíanle por escalones las demas tropas: la division de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una division de caballería á las órdenes de Sanchez: Bustamente siempre deseoso de lograr la ocasion de batirse con Concha (el jefe español), lo provocó el 22 de Julio á una accion en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlan. Vendrá dia en que se revelará por quién y por qué Bustamante no fue secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha; no es la única en que se le negó la cooperacion necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á *Cuauhtitlan* con algunas pérdidas, que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche tambien se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

"Otro dia bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla, y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su division en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intencion á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvia cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide para verse con O'Donojú en Córdoba, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante habia quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algun disgusto interior por tener que moderarse, pues era ya para él, dias ha, punto de honor batir á Concha.

"El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones espresadas se movieron de Tepotzotlan y Cuauhtitlan hácia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí salió Concha con tanta precipitacion, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien habia escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia, y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitan D. Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante

de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19 temprano se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar y dijo á éste:

—"Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de Méjico: si le parece á usted, iré con una seccion para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.

—"Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna accion y faltemos á las órdenes del primer jefe.

—"Pero tambien sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hácia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del señor Iturbide.

—"Está bien que avancemos; pero encargo á usted que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serian sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—"Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzcapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atencion por un punto y reconocer su campo.

—"Supuesto que apruebo el plan de usted, espediré en este momento la órden para que se disponga la tropa que lleve usted.

"Despues de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos espresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español: su infantería constaba de los regimientos espedicionarios Infante D. Cárlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y Granaderos de Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por D. Julian Juvera.

"El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, D. Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacuba. El ejército español, lleno aun de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinion inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipacion del pais; su peculiar tenacidad, alentada á la voz de sus obcecados jefes, su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacia presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un

favor señalado. Ronca y terrible era todavìa la voz del coloso que se habia enseñoreado del vasto imperio de Moteuczoma por trescientos años. ¿Còmo terminar sin esfuerzos el reinado que diò nuevo ser á la España de Cárlos V, y nuevo giro al viejo continente? La justicia no aprobaria esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mejicano tocaba reprimirlos.

"El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitan, que como se ha dicho antes, tenia por objeto llamar al enemigo la atencion y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzcapotzalco y Tacuba, y despues de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa; y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballeria, el capitan D. Nicolás Acosta, oficiosamente y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una pequeña accion que obligò al enemigo á abandonar un puente en el que se habia hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenian mas fuerzas que los independientes. Al oir Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—"Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga usted al mayor general que disponga luego que salga toda la caballeria con el resto de la infantería y un cañon para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de este, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la accion.

"Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con gran violencia: él mismo pasó á donde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

"Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel D. Estéban Motenczoma.

—"Es necesario que moderen ustedes su exaltado valor; el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos esponemos á perder algunos soldados.

"Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hácia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya este habia sido herido y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos, nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzcapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo sin que aparecieran los realistas. Serian las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Santa Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la accion que deseaba, cuando su retaguardia fue atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasion de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquel tocó alto y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolucion de que resultó que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de esterminio; púsose Bustamente con espada en mano al frente de las guerrillas, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega; jamás se le habia visto mas decidido y esforzado como en esta ocasion en que con aquella valentía que le es comun, buscaba la gloria donde la muerte aparecia; lleno de noble ambicion, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo mas puro, pero como lleno de despecho y prodigando su vida como oscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la sierra de Guanajuato, Príncipe y Granaderos de la Corona y Primero Americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería y enardeciéndose mas el combate, los enemigos sucumbian por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formacion y el denuedo con que hacian frente. Contribuyó á la gloria de los mejicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de estos embalara una del mismo calibre de las que tenian los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegarse á Atzcapotzalco, en donde

se parapetaron para no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

"Los independientes, sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanjas y milpas ò por lo fangoso de él, ora porque no podia maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mejicano, en una noche en que el heroismo compitió á porfía por ambos bandos.

"Serian las siete de la noche cuando llegaron las demas fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brio de los mejicanos que se estaban batiendo desde el principio, pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habian llegado.

"Sabido es que el capitan D. Encarnacion Ortiz habia peleado diferentes veces en el Bajío y en la primera época de la independencia contra los dragones fieles del Potosí y contra los de otros cuerpos que venian ahora en el ejército trigarante, y con satisfaccion recìproca tenian el orgullo de ser compañeros. Esto, sin embargo, no impedia que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la sierra de Guanajuato y fieles del Potosí una emulacion toda de honor, toda de gloria.

"Eran las ocho de la noche, cuya oscuridad impedia distinguir los objetos mas cercanos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacian los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mejicanos no tenian mas parapeto que sus pechos, que latian á los nombres sagrados de independencia y libertad; y pronunciando con entusiasmo estas palabras, ó al grito de ¡viva Méjico! ¡viva Iturbide! bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la mas terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ò moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines,

cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él:

—"Ahora se verá si los Fieles van hasta donde llegan los de la sierra de Guanajuato.

—"Los Fieles, dijo un oficial jóven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres: vamos adentro, compañero.

—"Vamos, dijo el Pachon (Ortiz), y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos.

"El jóven oficial era el capitan de los Fieles, Don Manuel Arana.

—"Erdozain, dijo Bustamante montado en furor á uno de sus ayudantes, busque usted á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañon hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga usted al teniente coronel Don Francisco Cortazar, que al toque espresado avance tambien por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallon y el piquete de Tres Villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado Moteuczoma, divida usted en dos trozos su caballería, y que ausilien á las dos secciones de infantería, buscando antes las entradas mas fáciles para llegar á los puntos del enemigo, yo me dirigiré con las guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en apoyo de Ortiz y Endérica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á ustedes su impaciencia.

"Habian pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines *alto*, que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban; el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro; la accion se habia hecho mas general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tanta constancia, que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, Don Manuel Arroyo y un jóven como de veintiseis años, lo secundaron á porfía, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metralla que disparaba incesantemente. Ese jóven teniente es hoy el presidente interino de la República, general de division Don Valetin Canalizo.

"Los españoles, no obstante sus posiciones y la desesperacion con que se batian, sufrian pérdidas considerables; á pesar de esto, se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le habia protegido, y mas que todo el que los independientes hubiesen entrado en detal á la accion sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para estos eran muy aciagas; reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenian en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se habia casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroismo con que desafiaban tan de cerca la muerte. Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo mas comprometido de la batalla, llamaba "sus hijos," y ciertamente que así los veia, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimia su corazon guerrero.

—"Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—"Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la cureña, y la pieza está atascada en el fango.

—"El cañon no debe abandonarse sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz. Vamos, muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió á donde estaba aquel con sus intrépidos soldados.

—"Tambien nosotros iremos, dijo el capitan Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados hacian frente al enemigo, ínterin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañon y de batirse á la vez. La empresa se habia hecho de las mas temerarias: el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí habian caido muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, distinguiéndose heróicamente el nunca bien ponderado D. Encarnacion Ortiz, modelo de valor y patriotismo. Al pie del cañon sucumbió al fin Ortiz; cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y contuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fue infiel al heroismo, no habiendo respetado esa noche aquella vida tan ilustre en nues-

tros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habian multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barreiro á Bustamante, que lo habia mandado con órdenes para que retiraran las tropas: Ortiz, el valiente Ortiz ha muerto; Arana tambien ha sido mortalmente herido, y de los soldados de ambos, pocos sobreviven. . . .

—¡"Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad! . . . esclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo, como si dudase de lo que acababa de oir; y aunque no podia articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar: hizo un gesto y sacudió la cabeza; despues anduvo un poco hácia adelante, y dijo:

—"Erdozain, marche usted y dígale á Endérica que se retire dejando el cañon, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos, y que el cuerpo de mi querido Ortiz no se deje allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

"Los mejicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habian cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió mas de quinientos hombres; pero esta victoria se habia comprado con la sangre de nuestros intrépidos soldados, cuya pérdida era una página de luto en este glorioso dia para las armas mejicanas.

"Iturbide, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esta accion Bustamante y sus soldados; les manifestó desde Puebla, á nombre de la patria, su reconocimiento, así como su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de *que pasara revista de presente*. En los anales mejicanos se leen estos tres escudos: *Se distinguió en la brillante accion del* 19 *de Agosto de* 1821. Este escudo le llevaron ó llevan el teniente coronel de la Corona, D. Francisco Cortazar; el mayor del mismo regimiento, D. Tomás Castro; el comandante del escuadron de Fieles, D. Estéban Moteuczoma; el teniente del Príncipe, D. Manuel Valiente; el teniente de San Luis, D. José María Castillo; el sargento mayor del ligero de Querétaro, D. Cayetano Montoya; el ayudante del mismo, D. Antonio Chavez; los capitanes D. Pablo Erdozain y D. Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería D. José María Sandoval. El segundo, que pertenecia con

cnvidia á los heridos, tenia este lema: *Vertió su sangre por la libertad de Méjico en* 19 *de Agosto de* 1821. Para los demas que concurrieron á la accion, se decretó el siguiente: *Accion victoriosa por la felicidad de Méjico,* 19 *de Agosto de* 1821. Los impávidos Endérica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron ademas ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fue saludado héroe."

Si en la pintura que precede se ven reforzadas algunas tintas; si las épicas figuras de los independientes aparecen en el cuadro gigantescas y bañadas con todos los esplendores de la poesía, no se olvide que es un mejicano, y mejicano patriota, quien ha gniado el pincel.

Hay, sin embargo, una gran dósis de verdad en la representacion histórica de aquel drama sangriento. ¡Cómo se agrada el alma en el estudio de unas costumbres en que todavía se advierte el sello de nacionalidad con todo su candor y esclusivismo! Los pueblos llegarán á constituir una sola familia, pues que tales son las tendencias de la civilizacion, tales las aspiraciones de una política generosa, tales las exigencias del progreso basado en la mancomunidad de intereses, en la propagacion ilimitada de las luces, en el trabajo de todos para todos y en la participacion equitativa de los mismos goces, de los mismos afanes y de los mismos contratiempos en la humana existencia. Pero el espectáculo de una nacion en los momentos que preceden á la realizacion de un cambio, de una peripecia en su vida social ó política, es altamente interesante é instructivo. El corazon se complace á la vista de una sociedad tal cual la modeló la naturaleza ó un conjunto de causas peculiares en el trascurso de los siglos, que sin desprenderse de sus antiguos hábitos, encastillada en sus costumbres y adorando sus tradiciones, entra sin embargo en la nueva senda por donde la llaman principios mas luminosos, una perspectiva de mayor ventura, y sobre todo, ese poder misterioso, sobrenatural é irresistible que llaman algunos *fuerza de las cosas*, y en el que nosotros reconocemos la ley indeclinable de la Providencia que obliga á las sociedades á trasformarse.

Esos momentos son tambien los de accion y superabundancia de vida, en que se presentan á obrar los grandes caractéres, los héroes, los hombres privilegiados, favorecidos con la mágia de la palabra y con todos los recursos de la fuerza. . . . ¡Época

sublime de la independencia de la patria! ¡Sombras augustas de Hidalgo y de Morelos! ¡Generacion homérica á quien fue concedido cerrar para siempre las puertas de un pasado de oprobio y encaminarnos hácia las doradas regiones de la libertad! ¿No será su existencia mas que una poética mentira? Sus hechos, sus grandes proezas ¿no serán creaciones nacidas del mundo risueño de la fábula? La historia de su vida, cuadro imperecedero donde resplandece el númen al lado de la sencillez, y la modestia asociada á los milagros del valor, ¿no será por ventura una piadosa leyenda ideada por nuestros mayores para inclinarnos á la virtud?

Tal es la duda que autoriza el triste espectáculo de la mengua y degradacion de las generaciones posteriores. ¿Dónde están esos hombres cuyo corazon, templado en la fragua del patriotismo, dictaba acciones inmortales? A los gigantes ha sucedido una descendencia bastarda, indigna ya hasta de conservar el sagrado depósito de las glorias de sus padres!

¡Hijos de los insurgentes, alzaos!.... ¡No mas molicie, no mas desórdenes, no mas fango! Jóvenes sois y no os sientan los afeminados vicios de las sociedades decrépitas. Desechad los harapos de vuestras añejas rencillas; limpiaos la frente del polvo de las mezquinas ambiciones. Mirad!... el oriente ha oscurecido cubierto de tempestades! El nublado se presenta amenazante para invadir vuestro cielo azul! Quizá fulminará contra vuestras ciudades! Llegó la hora terrible para la patria; mas si obrais como vástagos de los independientes; si unis vuestros esfuerzos, no temais, porque resistireis los rayos como el pórfido de las montañas; la union os dará la omnipotencia! Mas si permaneceis embriagados con la fiebre de las discordias; si no deponeis el trage muelle de la orgía para revestiros de fortaleza; si no dejais la existencia del reptil para emprender el vuelo del águila, símbolo de vuestro espíritu primitivo, temed! El coloso que asoma por las regiones donde el sol nace, tomará en su mano de hierro vuestro sér político, y deshaciéndole como un juguete inútil, le arrojará al abismo!

III.

ZANCOPINCA.

Mas ¿á dónde nos conduce el poderoso torrente de las ideas? De los recuerdos hemos pasado al campo oscuro de los presentimientos. Esto es natural á la vista del oriente que se nos presenta como una amenaza. El peligro no impone tanto por sí mismo, cuanto por la conciencia de la falta de medios para conjurarle ó hacerle frente. He aquí por qué la actitud de Méjico ante los amagos de la guerra estranjera es una dolorosa espectativa, es el ansia que acongoja, la mirada fija en el punto del horizonte de donde se espera la honra ó la infamia, la vida ó la muerte. ¿Y es posible dormir en la indiferencia?

De ningun modo. Pero mientras Dios resuelve el gran problema que se nos ofrece á la vista, mientras despeja la tremenda incógnita que habrá de fijar para siempre nuestro destino, no nos abandonemos á la inaccion. Los hombres que empuñan el timon de la nave del Estado piensen en los medios mas eficaces de salvar el honor nacional, y nosotros volvamos á nuestra historia.

No nos despidamos de Atzcapotzalco sin visitar los dos objetos notables que ilustran sus afueras: Zancopinca y los Ahuehuetes.

Si de la calle que se estiende á espaldas del convento se camina durante un cuarto de hora hácia el oriente, se llega á un sitio ameno donde yacen las ruinas de un acueducto al lado de una alberca de agua dulce y potable. Todas las apariencias inducen á creer que el acueducto sirvió para surtir á Tlatelolco, hoy barrio y en otro tiempo ciudad anexa á Tenochtitlan.

En la alberca, como en un palacio cristalino, habita la Malintzin: la Malintzin, la ninfa de Anáhuac, náyade aquí, nereida allá, que aparece á la mitad del dia en una de las albercas de Chapultepec, y que se ve personificada en una montaña que se asienta á pocas leguas de Puebla, y tiene su nombre.

Pero si su aparicion en Chapultepec no acarrea ningun resultado funesto, no sucede otro tanto en Zancopinca, donde el

desdichado que llega á ver á la ninfa queda al punto herido de amores, y avasallado por sus hechizos tiene que seguirla á su líquida morada, de la cual jamás vuelve á salir sino muerto.

Dotada de una hermosura divina, no es estraño que ejerza tan mágica influencia; pero tiene ademas otra arma poderosa, y es una voz de sirena. ¡Oh, cuán arriesgado es pasear por los sitios vecinos á la alberca muy de mañana, ó durante las primeras horas de la noche! El sol acaba de ponèrse: el perfil de la cima de los montes se dibuja en una cortina de ópalo; hácia el meridiano se ven agrupadas algunas nubes de color de perla, y por el oriente asoma ya la noche cubierta de un velo melancólico, como una vírgen que separada eternamente del objeto de su cariño, le sigue sin poder alcanzarle.

Estos son los momentos en que se deja oir el canto suavísimo de la bella habitadora de Zancopinca. Sus melodías nacen de una region misteriosa, y se propagan por la llanura como los acentos de una antigua pasion sin consuelo, acentos tristes y sentidos como el dolor; puros, etéreos, inefables como la inocencia sin ventura, como los trinos que suspira de noche un ave en el corazon de las selvas.

Quien ha comenzado á deleitarse en este canto, si aun no quiere desaparecer de entre los vivos, huya lo mas pronto que sea dable. De lo contrario, habrá de apoderarse de sus miembros una dulce languidez y cediendo á un iman irresistible se verá conducido sin saber cómo ni por quién, hasta precipitarse en la alberca.

El anciano indio de Atzcapotzalco de quien aprendereis esta conseja, os dirá tambien muy al oido y con la mayor formalidad, que el tesoro de Quauhtemotzin yace sin menoscabo alguno en las profundidades de Zancopinca.

IV.

LOS AHUEHUETES.

Emprendiendo el paseo por el rumbo opuesto, esto es, por el occidente, se entra, pasada la plaza, en una calle un sí es no es tortuosa y limitada de uno y otro lado por hileras de arbustos.

A su estremo se alza un objeto en que desde luego se pára la atencion, y de donde no se apartan fácilmente las miradas, una vez descubierto.—Es un árbol: no, son varios; es un grupo sombrío de vegetales gigantescos!

Tales son los ahuehuetes.

Señoreando la llanura en magestuoso aislamiento, aparecen desde lejos como un solo individuo, como el magnífico coloso de su misma especie que forma el orgullo de Atlixco.

Cuanto mas avanzais, adquiere su figura mayores dimensiones: ensánchase la calle, y en medio de una placeta, en parte alfombrada de césped, arraiga el corpulento grupo compuesto de unos cinco árboles, cuyas ramas, eternamente vestidas de follaje, se entrelazan, estrechan y adunan como si fueran los brazos de algunos séres amigos que se prestan recíproco ausilio.

Contemplais unos instantes aquella copa sombrosa, imponente, y pasando por entre los robustos troncos, os hallais con admiracion bajo una cúpula de verdura.

Descansad sobre el asiento natural que os brinda la cepa de uno de los ahuehuetes, y contemplemos á todo nuestro sabor esta maravilla del reino vegetal.

Si habeis emprendido la visita en un dia de primavera ó de verano, gozareis aun mas que en otra estacion, á causa de la muchedumbre prodigiosa de pajarillos que frecuentan las ramas saltando de una en otra, persiguiéndose y cantando de amor, de ternura, de alegría y felicidad. Todos sus trinos, todos sus gorgeos, todas sus modulaciones, combinándose entre sí al acaso y sin arte, forman un conjunto inesplicable en la lengua del hombre, una consonancia, una armonía inimitable en el idioma de los sonidos. El alma se extasía al escuchar ese concierto halagüeño en que bebe la calma y el contento consigo misma; y nunca como entonces está en mejor disposicion de comprender el sentimiento que dictó á Luis de Leon estos versos:

"Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido."

En una palabra, aquella reunion de voces tiernas, infantiles, juguetonas y placenteras, parece una conversacion sostenida de los árboles con el cielo.

Pero si los visitais en invierno, otra será la impresion que han de producir en vuestro ánimo. Subsiste el mismo lujo de follaje, pues que el ahuehuete pertenece á esa generosa especie de árboles que no sueltan las antiguas hojas sino cuando ya se engalanaron con otras nuevas, pero los huéspedes risueños que antes los alegraban, los séres verdaderamente libres que no siembran ni siegan para alimentarse, y que no reconocen mas ley que la voluntad del cielo, ya no habitan entre el ramaje que está solo y triste como un palacio deshabitado. La brisa helada del norte, el aliento del invierno, atravesando suavemente por entre las sutiles hojas, ocupa el lugar de las aves de primavera, y conmueve las ramas con voluptuoso vaiven, produciendo un rumor desigual, vago, como un suspiro exhalado del seno de los árboles.

Esta música apacible, armonía delicada, quejosa, amante, divina, desciende á vuestra alma como un rocío perfumado, como la memoria del primer amor, como la poesía de los antiguos tiempos. Abismada la mente en el océano de la historia, recuerda y medita: ¡de cuántos acontecimientos no habrán sido testigos estos árboles! ¡Los primeros señores de Atzcapotzalco vinieron tal vez á solazarse bajo su copa, y les confiaron sus proyectos de ambicion y sus ensueños de amor y de gloria!

Quizá mientras saboreais estas ideas, acierta á pasar no lejos de vuestro asiento algun pastor que conduce lentamente su rebaño á pacer el rastrojo en los vecinos campos. Ya teneis un compañero. Es un jóven tímido, pero vos le alentais dirigiéndole la palabra:

—¡Amigo! ¿me dirás quién plantó estos árboles?

—¡Ah, señor! ¡quién sabe!

—¿Pero cuántos años tendrán poco mas ó menos?

—Ya son muy viejos: desde que mi señor padre era como yo, los ahuehuetes ya estaban así de grandes y copados; solo que. . . . los señores mas viejos de mi pueblo dicen que estaban encantados.

—¡Cómo así! ¡Díme, cómo es eso!

—Aquí cerca habia un venero de agua dulce. Y la agua nacia, pero se quedaba represa junto á las raíces de los ahuehuetes. Y ninguno queria venir á beberla aunque tuviera mucha sed. Y se sentia mucha sed pasando por aquí; pero ¡pobre del que bebia la agua, porque ya no se volvia á saber de él. Y

cuando algun caminante se atrasaba y no lo volvian á ver sus compañeros, luego decian: ¡este bebió del agua de los ahuehuetes! Y esto era por que estaban encantados.

—¿Y desde cuándo ya no lo están? ¿Cómo desapareció el manantial?

—Yo se lo diré á su merced, señor amo. Un dia salió de la iglesia grande una procesion y se fue viniendo para acá; traian á la Vírgen en unas andas con muchas flores. Y todos decian: ¿á dónde irá esa procesion? Y los padres del convento (porque entonces dicen que habia muchos padres) venian cantando por el camino. Y luego que llegaron al venero pusieron á la Vìrgen en un altar con sus velas, y un padre empezó á predicar. Y dijo que aquí estaba el enemigo malo; pero que echando tierra sobre el agua se iria Y todos se pusieron á echar tierra y piedras sobre el agua hasta que quedó el suelo como ahora está.

—¿Y se acabó el encanto?

—Sì, señor amo. Y luego hicieron una capilla de tablas debajo de los árboles con su altar para la vírgen. Y desde entonces los ahuehuetes quedaron desencantados para siempre.

—Pero ¿cuánto tiempo duró esa capilla?

—¡Quién sabe! Dicen que se cayó de puro vieja. Y entonces se llevaron la Vírgen á la iglesia. Però si su merced pone el oido contra la tierra, todavìa oirá el ruido del agua que pasa debajo.

Tal es la antigualla con que os divertirá el pastor.

En seguida, paseando la mirada en torno, observareis con agrado una vasta llanura sembrada por todas partes de primores: ora es una hacienda que blanquea medio velada por los sauces, ora un campo de trigo ó cebada, donde juega la luz como en un tapiz de terciopelo, ora en fin, un barrio aislado con su capilla que sobresale de entre las cabañas como un ánsar en medio de sus polluelos.

Atzcapotzalco y el convento llamarán tambien vuestra atencion en medio de una tierra favorecida por tantas bellezas naturales. . . . ¡Qué trasformacion! Atzcapotzalco es ahora el convento; el convento que se desmorona bajo la planta de los siglos! ¡Y esto es todo lo que queda de la monarquía tecpaneca y de los reyes antignos que impusieron su cetro de hierro á los pueblos del valle! ¿Será que en ese lugar se alzó erguido el al-

cázar del tirano que tuvo usurpados los dominios de Netzahualcóyotl? El David americano hubo de apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Errante por los montes; perseguido en todas partes por los satélites del régulo ambicioso; armado de su escelsa filosofía y dotado de un alma tierna y generosa, supo ser grande en la desgracia, mas que grande, sublime. Dióle el cielo una voz divina y en dulcísimos cantos inmortalizó sus pesares: por esto su memoria ha cruzado el nebuloso desierto del olvido, y se nos presenta radiante y llena de armonía, mientras el nombre de sus contrarios asoma apenas entre el polvo de las generaciones. En la tierra solo al númen corresponde la inmortalidad.

Pero quizá el lector se cansa ya de pasear por los alrededores de Méjico con tan triste compañía, y justo es volver á la ciudad donde nos esperan otros monasterios mas interesantes por sí mismos, ya se atienda á su belleza material, ó ya á las memorias imperecederas que atesoran.

PORTACŒLI.

I.

LA IGLESIA.

DON Tadeo Ortiz, en su obra titulada *Mejico considerado como nacion independiente y libre*, publicada en 1832, hablando de la plazuela del Volador manifiesta el deseo de que, desembarazada de la reunion de inmundicias y figones que á la sazon la desfiguraban ahuyentando la concurrencia, se convirtiera en un paseo nocturno, que por su escelente posicion ofreciese atractivo á la gente, proporcionando variedad. "Un portal de gusto al rededor (añade), dedicado á las librerías y á las tiendas de los objetos de nobles artes, líneas de naranjos, una hermosa fuente y cinco pedestales de marmol, adornados con las estátuas de nuestros grandes hombres y sabios compatriotas, Sigüenza, Alzate, Clavijero, Velazquez é Inés de la Cruz, le darian el nombre de plaza de los Grandes Hombres; y un nuevo y digno teatro entre el callejon de Tabaqueros y el colegio de Porta-Cœli, convertiria este sitio en uno de los mas frecuentados y deliciosos."

Conviene saber que á la fecha en que escribia Ortiz, aun no se edificaba en la ciudad el gran teatro nacional que actualmente es una de sus glorias.

En cuanto á la concurrencia cuya falta deploraba el escritor, si ahora visitase la plaza, le pareceria no solamente copiosa, sino sobrada y las mas veces importuna, por favor del mercado. En el centro hierve, y en las cuatro calles laterales se choca, mezcla y arremolina particularmente á ciertas horas del dia. Con todo, hemos de abandonarnos á su corriente para llegar á situarnos frente por frente de una pequeña iglesia que mira al norte, y está embutida en la manzana.

Recien construida, hubo de ser graciosa su fachada. En el dia tiene el aspecto de una dama, bonita en la flor de la edad, pero ajada y triste bajo el peso de los inviernos.

Las torres, que apenas se elevan sobre el nivel de las azoteas contiguas, semejan dos espectros que con faz adusta contemplan la animacion del mercado, echando menos el volador que en otro tiempo ocupó el medio de la plaza, y la muchedumbre que asistió al célebre auto de fe de la *dominica in albis*.

En el frontispicio, que es de agradable arquitectura, se leen estas palabras bíblicas:

Terribilis est locus iste
Domus Dei est, et
Porta-Coeli.

¿Recordais el pasage de donde están tomadas?

En cumplimiento de la voluntad paterna, caminaba Jacob á Mesopotamia de Siria con objeto de tomar mujer de las hijas de Laban, su tio por parte de madre. Habiendo llegado á Luza, y queriendo reposar despues de puesto el sol, tomó una de las piedras que habia en tierra, y poniéndosela de cabecera, durmió en el mismo lugar.

Durante el sueño vió una escala cuyo pié estaba en la tierra y su remate en el cielo, por la cual subian y bajaban los ángeles de Dios. Al mismo tiempo el Señor, apoyado sobre la escala, le decia: Yo soy el Señor Dios de Abrahan tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes la daré á tí y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra: serás dilatado al occidente, y al oriente, y al Septentrion, y al mediodía, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra. Y yo seré tu guarda á donde quiera que fueres, y te volveré á esta tierra; y no te dejaré hasta haber cumplido todo lo que he dicho."

Luego que Jacob despertó, dijo: "Verdaderamente el Señor

EXTERIOR DE PORTACŒLI

Litog de Iriarte y C.ª

está en este lugar, y yo no lo sabia." Despues, lleno de espanto, esclamó: "¡Cuán terrible es este lugar! No hay aquí otra cosa, sino Casa de Dios, y puerta del cielo."

Se ve por esto que ha sido una feliz idea inscribir las citadas palabras en el frontispicio de la iglesia de que tratamos. El interior de la nave se ve adornado con retablos no de mal gusto, mereciendo atencion el principal. En ella estaba la cátedra donde sustentaron actos y conclusiones públicas los mas de los religiosos domínicos que se distinguieron por sus talentos é instruccion en la provincia de Santiago de Méjico.

La dedicacion de esta iglesia se verificó en 23 de mayo de 1711, y actualmente sigue destinada al culto católico.

II.

TRASFORMACION.

Acabamos de decir que en el templo de Porta Cœli tenían sus funciones literarias los domínicos, lo cual no estrañará quien sepa que la casa era el colegio de la órden á donde pasaban los profesos á hacer sus cursos de gramática, filosofía y teología.

Fundóse este colegio con el nombre de Santo Domingo de Porta Cœli el año de 1603. El sitio, que fué donde permaneció hasta la fecha de la supresion de las órdenes religiosas, estaba ocupado por las casas de Dª Isabel de Lujan, nieta de Juan Alonso de Estrada, que fué gobernador de Méjico, en compañía de Gonzalo de Sandoval. Vendiólas la señora á los domínicos de esta provincia en doce mil ochocientos dos pesos, y aderezadas lo mejor que se pudo para acomodarlas al objeto á que se destinaban, tomaron posesion de ellas los religiosos en 18 de Agosto del mismo año, nombrando por primer rector al padre Fr. Cristóbal de Ortega, por lectores de teología, á los

padres Fr. Antonio de Hinojosa y Fr. Diego Pacheco, y por maestro de estudiantes á Fr. Damian Porras.

Hecha y aprobada esta fundacion por capítulo provincial del año de 1604, la aprobò asimismo el general de la órden Fr. Gerónimo Javierre, en el capìtulo que celebró en Valladolid de Castilla el año siguiente de 1605, concediendo á Porta-Cœli todos los privilegios de que gozan los demas colegios y universidades de domínicos, lo que por otras letras patentes confirmó y ratificó en 4 de Noviembre de 1609, el que le sucedió en esa dignidad, Fr. Agustin Galamino.

Posteriormente se amplió unas la iglesia y colegio con haber comprado otras casas, que son las contiguas por uno y otro lado, pero sin demoler la primitiva que subsiste, y denota haber sido una de las primeras que se edificaron despues de la conquista.

Al presente todo ha cambiado. La casa, segun parece, ha pasado ya á dominio particular, y está completamente trasformada por dentro. Su aspecto esterior, donde no se ven mas que muros ennegrecidos y ventanas sin puertas, parece el esqueleto del antiguo edificio. Ya no resuena en los claustros la voz de los buenos religiosos que iniciaban en los misterios de la ciencia. Allí brillaron grandes ingenios, cuyas obras encierran caudales de erudicion y de doctrina: hoy sin embargo pocos las conocen y estiman, y mucho menos á sus autores, pudiendo decirse de la nombradía que en otro tiempo alcanzaron, lo que el poeta rey de Texcoco en su elegía de la vanidad de la gloria humana:

Son del mundo las glorias y la fama
Como los verdes sauces de los rios,
A quienes quema repentina llama,
O os despojan los inviernos frios:
La hacha del leñador los precipita,
O la vejez oduca los marchita.

SAN FRANCISCO.

I.

EL MERCADO.

DOS años y meses despues de la conquista de Méjico, cuando las costumbres de los naturales conservaban todavía su carácter primitivo, amaneció un dia de gran conmocion para la ciudad de Tlaxcállan.

Veíase entrar por todas las calles una muchedumbre afanosa que se iba aglomerando en la plaza principal, la cual solo cedia en estension á la de Tlatelolco.

Cuadrillas de comerciantes aztecas, llevando en hombros todo género de mercaderías y apoyándose en báculos como los vemos hasta ahora, pasaban por entre los habitantes, platicando alegremente y congratulándose unos con otros por haber llegado al término del viaje.

Luego que ponian las plantas en el lugar que les correspondia en la plaza, ataban juntos en un solo haz todos los báculos y les tributaban adoracion. Lo mismo habian hecho en la posada donde durmieron la noche precedente, sacándose ademas sangre dos y tres veces en honor de los palos, en quienes veian la imágen de su dios Yacatenctli.

Concluida aquella ceremonia, empezaban á descomponer sus fardos y á presentar á vista de los curiosos los varios objetos que traian á vender. Por aquí se ven con admiracion joyas de oro y plata y pedrería, obra de los artífices de Atzcaporzalco, por allí telas de algodon con sus magníficos bordados, en este lugar obras de resplandeciente pluma, en aquel innumerables especies de animales así vivos como muertos, toda suerte de comestibles, polvo de oro y piedras preciosas, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales, ungüentos, aceites, bebidas y otros medicamentos preparados por los médicos, toda clase de manufacturas y tejidos de hilo de maguey, de palma silvestre, de pelos de animales, y en una palabra, todos los productos naturales ó artificiales que pueden servir ó las necesidades de la vida, á la comodidad, á las delicias, á la vanidad ó á la curiosidad de los hombres.

He aquí el mercado ó *tianquiztli* de la capital de la antigua república, patria del gran Xicoténcatl.

Tlascallan, la Esparta del Continente americano, se enorgullecia justamente con reunir en su plaza un concurso que recordaba el de sus mejores tiempos; concurso que poblaba el mismo lugar cada cinco dias, y le constituia en uno de los emporios de Anáhuac.

Pero en el dia á que nos referimos, sobre ser estraordinaria la muchedumbre, hubo un motivo especial de curiosidad para moradores y forasteros. Dominando el sol la sombría sierra donde se adoraba á Matlalcueye, diosa de las aguas, acercábase al meridiano: sus rayos heriau las olas caprichosas del rio que atraviesa la ciudad, naciendo en Atzompa y rodando por los Estados de Puebla, Guerrero y Michoacan con los nombres de Atoyac, Rio Poblano, de las Balsas y Mexcala hasta desembocar en el Pacífico, cerca de Zacatula. Era el momento de mayor tráfico; las voces de todos los concurrentes formaban un murmullo sordo y monótono, como el rumor de las olas de un lago alborotadas á impulso del aquilon. Entre tanto, salian del palacio de Maxiscatzin, uno de los principales señores de la República, algunos estranjeros recien llegados, que por su vestido y el semblante á la vez melancólico y afable, no tenian al parecer nada de comun con los terribles conquistadores.

Los naturales, que ya estaban familiarizados con la vista de estos, quedaron atónitos á la presencia de aquellos hombres de

porte singular, que en una lengua estraña les hablaban con entusiasmo, señalándoles el cielo y procurando hacerles comprender el misterioso sentido de sus discursos. Olas de gente los seguian por donde quiera. Todas las miradas espresaban esta pregunta: ¡quiénes son estos nuevos huéspedes! Algunos de los jóvenes mas gallardos de la poblacion, formando corros en los parages menos frecuentados, reian y cuchicheaban entre sí al verlos pasar; otros se mezclaban á la gente que se detenia á escucharlos cuando hablaban, y no comprendiendo ninguna de sus palabras, mirándose unos á otros, se decian:

—¿Qué hacen estos pobres miserables que tantas voces están dando?

—Mírese, decia alguno con sarcasmo, si tienen hambre: deben ser enfermos ó estar locos.

—Dejadlos vocear, decia otro con aire de maligna indiferencia, que les debe haber tomado su mal de locura: pásenlo como pudieren y no les hagan mal, que al cabo de ello morirán.

—¿Y no habeis notado preguntaba uno dirigiéndose á sus compañeros, cómo desde que están entre nosotros á medio dia y á media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran!

—Sin duda, contestaban todos sonriendo, es grande su mal, porque no buscan placer sino tristeza.

Durante esta conversacion sostenida en *nahuatl*, que era la lengua mas culta, melodiosa y espresiva de los antiguos tlaxcaltecas, nuestros huéspedes nada entendian sino por medio de intérprete. Uno de ellos, sin embargo, al oir la palabra *motolinia* creyó adivinar, bien por lo mucho que jugaba en la espresion, bien por el tono y manera con que se pronunciaba, que debia envolver una idea altamente significativa, y tal vez referente á ellos mismos. Ardiendo en deseo de cerciorarse, pregunta al intérprete qué significa ese vocablo.

—*Motolinia*, contestó su interlocutor, quiere decir *pobre, infeliz, desdichado*. . . .

—¡Qué me place! repuso el recien venido: quiero empezar á aprender la lengua de estos reinos; este es el primer vocablo que sé, y porque no se me olvide, él será de aquí adelante mi nombre.

El sugeto que tal decia era conocido con el nombre de Fr. Toribio de Paredes ó de Benavente, y despues, abreviando, se llamó Motolínia, Fr. Toribio.

II.

LA LLEGADA A MEJICO.

¡Por qué tanto júbilo, por qué tantos preparativos de fiesta? Los ávidos conquistadores dejan hoy de pensar en el oro y en el embellecimiento de sus moradas; los infelices indios descansan de las faenas á que los obliga la codicia y el regalo de sus nuevos señores. . . . ¡Tenochtitlan, no todos los dias pertenecen al llanto! ¡No siempre el dolor es insaciable y alguna vez se olvida de exigir al mortal sus ofrendas de amargura! ¡Aprovecha la tregua que te concede el destino, que tal vez no se repita sino despues de algunos siglos! . . . .

Las calles están aseadas con primor, y todas las flores de las *chinampas*, regadas en el suelo, alegran la vista con sus brillantes matices y el olfato con sus olores esquisitos. Ricas gasas y damascos adornan las ventanas de los edificios; cuelgan de las azoteas mil flámulas y gallardetes, y la ciudad toda vestida de pompa y regocijo, parece una reina en el acto de su coronacion.

¡Cielo de Méjico! ¡cielo incomparable! ¡cuán bella es tu luz, qué primorosos tus celages! El sol se levanta señoreando la cordillera, como un sér superior ante quien son nada las demas grandezas; su luz se difunde por el espacio acariciando las cumbres de Popocatépetl, de Ixtaccíhuatl y de Ajusco, reflejando en las lagunas del valle y en sus frondosos árboles, de donde hace brotar centellas apacibles de cada hoja, y de toda la copa un aureola mágica.

¿Mas qué rumor circula por los aires?

—Ya llegaron!

—Ya vienen por la calzada!

—Pronto los saludaremos en nuestros hogares.

—¡Bien venidos los enviados de Dios!

Tales son las espresiones que con otras del mismo género cruzan el ambiente, medio envueltas en la continua vocería.

Algunos minutos despues los estranjeros singulares, los hombres misteriosos á quienes dejamos hace poco en Tlaxcala, pisan las calles de la capital, rodeados de prestigio y siendo el blanco de todas las aclamaciones de los habitantes. Cortés y los demas conquistadores, en compañía de los restos de la antigua nobleza mejicana, les salen al encuentro llenos de alborozo; póstranse en su presencia; toman sus manos entre las suyas y las llevan á los labios en un arrebato de cariño entrañable. En esta escena solemne, que contemplan absortos los naturales, calla la lengua y hablan los corazones y las lágrimas, lágrimas que no arranca el dolor, lágrimas que hace nacer el esceso de la dicha.

Despues de este encuentro, verificado en un lugar de los suburbios, siguen los estranjeros con la comitiva en procesion hasta el centro de la ciudad, donde no se oyen sino los vivas de la muchedumbre y los suaves acentos de la música. ¿Quiénes son estos huéspedes, tan poco parecidos al feroz guerrero y á quienes se tributan honores divinos? ¿De dónde vienen? ¿Qué objeto, qué ambicion ha dirigido sus pasos hácia las regiones de Occidente? ¡Ni traen ejércitos, ni procuran grangearse aliados! Vienen solos y á pie caminan, su única compañía es la pobreza, un tosco sayal es su vestido, sus armas la oracion, su tesoro las virtudes, su aspiracion el cielo.

Y sin embargo, toman posesion de esta tierra como señores, como si para ellos hubiera sido conquistada. Ved á los bruscos capitanes, sumisos á sus pies, tender las capas en el suelo para que sobre ellas pasen. ¡Y cuánto mas valen estos hombres modestos, de palabra insinuante, de modales atractivos, de corazon puro y rectas intenciones! ¡Moradores de Anáhuac! ¿no os parece ver en ellos algo de divino? ¿no es cierto que resplandece en sus frentes una luz celestial!

¡Pueblos recien conquistados y mal avenidos con el yugo que os oprime, saludad á vuestros protectores! Ved aquí el amparo de vuestros hijos, la guía de su corazon, la luz de su inteligencia. ¡Ved aquí á los hombres de corazon limpio que os dirán la verdad, que velarán por vuestra dicha, que os enseñarán las artes y que serán el antemural de vuestra vida, donde se estrellen los tiros del despotismo exacerbado por la codicia! Si vuestra raza se ha de salvar de la destruccion que la amenaza, será por ellos. ¡Ellos son la compensacion que os da la Provi-

dencia por tantos males, por tanta degradacion como sobrevendrán á la conquista! ¡Hijos de Méjico, abrid los brazos para recibir en vuestro corazon á los santos misioneros, á los humildes religiosos de San Francisco!

III.

MIRADA RETROSPECTIVA.

Deseaba el emperador Cárlos V que la nacion mejicana hacia poco adquirida para su corona, lo fuese igualmente para la religion de Jesucristo. Con esta mira solicitó del papa Adriano VI plenísima autoridad para enviar á América misioneros apostólicos, que como delegados de la santa Sede y con gran suma de poder y facultades, pudiesen proveer á todos los asuntos espirituales que ocurriesen en regiones tan lejanas. La solicitud se contraia especialmente á los hijos de la órden seráfica.

Accedió el Pontífice á tan justa demanda, y como ya Leon X habia espedido una bula por la cual se otorgaba lo que ahora pretendia el emperador, todo lo que habia que hacer era confirmarla como lo verificó S. S. en 9 de Mayo de 1522, facultando ampliamente á todos los religiosos de las órdenes mendicantes, y singularmente á los franciscanos, para predicar el Evangelio en los paises recien descubiertos. En el archivo de San Francisco de Méjico se conservaba esta bula, que en lugar de sobrescrito tiene este título: *Carissimo in Christo Filio nostro Carolo Quinto, Romanorum Imperatori.* El compendio de su contenido, segun Torquemada, es el siguiente:

"Lo primero, concede en ella (el pontífice) que todos los frailes mendicantes (en especial de los frailes menores, como á los primeros, en cuyas personas se concedia) que fueren nombrados por sus prelados para esta obra, y ellos, movidos con espíritu de Dios, voluntariamente se quisieren ofrecer al trabajo, pa-

ra efecto de convertir y doctrinar en la fe á los indios, pudiesen lícita y libremente pasar á estas partes, con tal que á Su Magestad ó real consejo parezcan idóneos en su vida y doctrina para tan alta obra. Y para esto encarga la conciencia de los superiores que los hubieren de nombrar y darles licencia, que los elijan tales. Y á los así nombrados y señalados despues que ellos voluntariamente se hayan ofrecido, les manda por el mérito de la santa obediencia, que cumplan el viaje y la obra á que son enviados, á ejemplo de los discípulos de Cristo, y les da su apostólica bendicion, y so pena de excomunion *ipso facto incurrenda*, manda que ninguno sea osado de impedírselo por ninguna via.

"Otrosí: concede en la misma bula, que los prelados de las órdenes en estas partes de Indias, y los otros frailes á quienes ellos lo cometieren, tengan toda autoridad plena del sumo Pontífice, tanta cuanta á ellos les pareciere ser conveniente para la conversion de los indios y para su mantenencia y aprovechamiento de ellos y de los demas cristianos en la fe católica y en la obediencia de la Santa Iglesia de Roma. Y que esta autoridad tengan así para con sus frailes y otros de cualquiera órden que acá estuvieren diputados para la tal obra, y para los indios convertidos á la fe, como tambien para los demas cristianos que para ejercitar la tal obra les tuvieren compañía. Y que se estienda esta autoridad para ejercer tambien todos los actos episcopales que no requieren órden episcopal (con tal que usen de esta autoridad tan solamente en las partes adonde no hubiere obispos), y adonde los hubiere, usen de ella cuando dentro de dos dietas (que son dos jornadas comunes) no se pudiere haber la presencia del obispo ó de sus oficiales. Y demas de esto, confirma y de nuevo concede en la dicha bula todos los indultos que sus predecesores concedieron, y los que sus sucesores despues de él concedieren á los frailes que están ó vienen á estas partes, para que libre y lícitamente usen y gocen de todos ellos."

Dado este paso, nombróse para la mision de las Indias Occidentales al V. Padre Fr. Francisco de los Angeles; mas habiendo sido electo ministro general de la órden el año de 1523, no pudieron tener efecto por entonces ni la bula de Leon X, ni la que se acaba de estractar. Lo tuvieron, sin embargo, algun tiempo despues cuando para sustituir al P. Fray Francisco, se

nombró al sugeto mas digno, al ilustre superior de la provincia de san Gabriel, en la cual se guardaba en toda su pureza y severidad la regla de San Francisco: ese sugeto no era otro que el venerable Fray Martin de Valencia.

Exonerado del cargo de provincial, y con el título de comisario de la nueva custodia, del todo independiente de las provincias de España, se dispuso la partida de este religioso á las tierras recien conquistadas, con otros doce compañeros dignos de vivir en la memoria y gratitud de la nacion mejicana. Estos fueron los siguientes:

SACERDOTES.

Fray Francisco de Soto,
Fray Martin y
Fray José de la Coruña,
Fray Juan Juarez,
Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo,
Fray Toribio de Benavente,
Fray García de Cisneros,
Fray Luis de Fuensalida,
Fray Juan de Rivas y
Fray Francisco Jimenez, corista.

LEGOS.

Fray Andrés de Córdova y
Fray Bernardino de la Torre.

El número de los religiosos que componian este nuevo apostolado, iba á quedar incompleto con la separacion de Fr. José de la Coruña, motivada por ciertos despachos que debian traerse á Indias, y que fué menester recoger en la corte; pero ocupó el lugar de este religioso Fr. Juan de Palos, que se les agregó en San Lúcas de Barrameda, en donde se embarcaron el 25 de Enero de 1524, dia de la conversion del apóstol San Pablo.

Despues de una navegacion larga y molesta, arribaron los insignes espedicionarios á San Juan de Ulúa el 13 de Mayo del mismo año, y en el propio dia pisaron las playas de Veracruz, donde los esperaba Juan de Villagomez, criado de Cortés, para felicitarlos y agasajarlos á nombre de su amo. Ellos, sin embargo, rehusando las comodidades y regalo que se les ofrecian, emprendieron su camino hácia la capital á pie y descalzos co

mo verdaderos alumnos de Jesucristo, causando admiracion en todas las poblaciones por donde pasaban, hasta llegar á Tlaxcala y despues á Méjico, que llena de júbilo los recibió en su seno con la pompa que hemos descrito.

IV.

CONVENTO PRIMITIVO.

No se sabe de cierto el dia en que nuestros frailes hicieron su entrada en la capital, si bien se conjetura que fue el 18 de Junio del mismo año de su arribo á Veracruz, esto es, el de 1524. Reina la misma incertidumbre en órden al sitio donde tuvieron su primera morada. Hay quien afirme que esta ocupó una parte del palacio vulgarmente conocido por *de las fieras*, que era un jardin donde los reyes aztecas, y en especial Motenczoma, conservaban á gran costa un museo viviente de historia natural, compuesto de fieras de todas clases, peces raros que mantenian en estanques, y aves gallardas de cuya pluma se fabricaban esos vestidos y dibujos que tanto admiraron los europeos; otros, como el Padre Vetancur, de acuerdo con Torquemada, dicen resueltamente que el primer monasterio se edificó donde ahora está la Catedral, añadiendo que su iglesia fue asimismo la primer parroquia que hubo en Méjico.

Pero lo mas probable y que resulta de un exámen minucioso es, que de Junio del año de 1524 á 2 de Mayo de 1525 hubo dos monasterios de San Francisco, uno provisional, cuya verdadera situacion se ignora, y el llamado en los libros de cabildo *San Francisco el nuevo*. Este, segun toda apariencia de verdad, estuvo en la calle de Santa Teresa, en un sitio contiguo á la casa que forma la esquina de la calle del Reloj y de la antes mencionada; y no estando destinado á servir definitivamente de habitacion á los religiosos, es creible que su fábrica seria de escasas dimensiones, especialmente la iglesia, que se re-

duciria á un pequeño oratorio por el estilo del que tenia Cortés en su palacio.

Estas indicaciones con respecto al número y situacion de las primeras moradas de los franciscanos están fundadas principalmente en un pasage del *Diccionario de historia y geografia*, que parece ser el resultado de una investigacion no menos esacta que curiosa. En él hallamos establecida la distincion como nosotros la reconocemos, entre San Francisco el viejo y San Francisco el nuevo; de manera que, segun su contesto, podemos concluir, que los religiosos tuvieron dos casas antes de establecerse en el convento grande.

No faltan, sin embargo, autores que difieren de este sentir, entre otros Alaman que en sus *Disertaciones* declara de la manera mas terminante, que los franciscanos no tuvieron mas de dos conventos, entendiendo por San Francisco el nuevo, el que existió hasta nuestros dias.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los religiosos desde los primeros dias á su llegada empezaron á dedicarse á sus apostólicas tareas con un celo que los honrará eternamente en la memoria de los hombres. Encontráronse en el país con otros cinco piadosos colaboradores, que los habian precedido en el apostolado desde el principio de la conquista ó poco tiempo despues, y reunidos todos ya no formaron mas que un solo cuerpo: tres de esos religiosos eran Fr. Juan de Tecto, Fr. Juan de Aora y el amable y virtuoso Fr. Pedro de Gante, flamencos el primero y el último. La historia acaso ha sido injusta al callar los nombres de los demas.

Reforzada de esta suerte la benéfica milicia, empezó á luchar contra los estorbos que se oponian á su paso en la difícil senda de la predicacion: el idioma de los naturales fue desde luego el objeto de su atencion y de su mas asiduo estudio. Los frailes recien llegados se valian para aprenderlo de los conocimientos adquiridos por los individuos de su órden que habian pisado antes nuestro suelo, y mas todavía de los niños mejicanos, cuya natural viveza aprovecharon no solo para este objeto, sino para otro de mayor estima, cual fue la propagacion de la doctrina evangélica por todas las clases de la sociedad azteca.

Señalóse tambien este primer periodo de la existencia de la órden franciscana en nuestro país por un hecho importante que afianzó la buena direccion de las fumras empresas de los religiosos, y cuyo inmediato resultado fué el concierto de las volun-

Lit.g de Iriarte y C.ª

EXTERIOR DE LA IGLESIA GRANDE DE S.n FRANCISCO.(PUERTA AL PONIENTE.)

tades de todos para someterse á un jefe: tal fue el primer capítulo celebrado en 2 de Julio del mismo año de 1524, en que salió electo custodio el V. P. Valencia.

De aquí propiamente toman principio las tareas apostólicas de nuestros misioneros. Repártense de cuatro en cuatro por las ciudades principales, como eran entonces Texcoco, Tlaxcala y y Hueixotzinco, ufanos con salir á sembrar entre los idólatras la semilla de la divina palabra. Si remontándonos con el pensamiento hasta esa época de trasformacion, asistimos á la partida de los obreros evangélicos, ¡cómo admiramos en ellos el sublime privilegio que goza la verdad en sus conquistas, jamás compradas con devastacion ni llanto! Vémoslos caminar á pie y sin séquito, con una cruz en la mano y la vista fija en el horizonte; la esperanza los sostiene, les comunica valor la caridad, y los protege la conciencia: ¡fuertes colonos que salen de la capital para internarse en un país desconocido, y que no han menester mas guia que su celo, ni mas intérprete que un niño!

Entre tanto Fr. Martin de Valencia á quien con otros cuatro religiosos tocó, segun era natural, quedarse en Méjico, seguia entendiendo en la conversion de los naturales al cristianismo. Habitaron en el convento situado en la calle de Santa Teresa poco menos de un año, hasta que se pasaron al actual, cuya construccion tuvo principio, segun todas las probabilidades, á poco tiempo despues de su llegada. Hízose á espensas de Cortés, quien por esta razon tuvo el patronato del mismo, y se dedicó al patriarca de la órden, San Francisco. Mas reservando tratar de este monasterio en otra parte con la detencion que merece, procuremos estudiar los primeros tiempos en que floreció la religion franciscana en nuestra patria, penetrando en el santuario de la vida de sus fundadores. La existencia y las glorias del del instituto se reflejan en los hechos de sus hijos.

V.

FRAY MARTIN DE VALENCIA.

I.

Rezaban maitines en el coro los religiosos de Santa María del Hoyo en Estremadura, y cuando ya terminados los salmos era llegada la hora de las lecciones, levantándose de su asiento un fraile, en cuyo rostro se pintaba la austeridad de costumbres, se encaminó al púlpito desde donde aquellas se recitaban. Un momento despues leia en voz apenas perceptible un fragmento de las profecías de Isaías, cuya lectura no puede menos de elevar á la alma en alas de la contemplacion á las regiones del entusiasmo y del misterio.

Poco á poco iba el fraile levantando la voz al recitar la leccion sagrada, hasta que llegando á cierto pasage en que pareció deleitarse singularmente, como saliendo fuera de sí y lleno de júbilo, se interrumpió esclamando: "¡Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo!"

A estas palabras, proferidas casi á gritos, creyendo los demas religiosos que el lector se volvia loco, le tomaron del púlpito, le llevaron á una celda y enclavando la ventana y cerrando la puerta por defuera, se dirigieron al coro á terminar los maitines.

Entre tanto, aquel religioso singular permaneció atónito en la cárcel donde se le habia dejado, pasando en ella todo lo restante de la noche. En amaneciendo volviò en sì; mas como se viese en tinieblas, quiso abrir la puerta ó la ventana, y no lográndolo, atinó desde luego con lo que le habia sucedido, sonriendo al pensar en el temor que sus hermanos parecian haber abrigado de que como loco no se arrojase por la ventana.

Viéndose así encerrado, determinó aguardar pacientemento á que se cerciorasen que no lo merecia, y entre tanto, puesto de rodillas, oraba con fervor esclamando á veces: "¡Oh! ¿y cuándo será esto! ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿No seria yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros dias, y en la última edad del mundo?"

El hombre á quien sucedia tan estraña aventura era nada menos que el futuro superior de la colonia franciscana, destinada á plantar el estandarte del cristianismo en estas regiones: era el venerable P. Fr. Martin de Valencia.

II.

Este insigne varon fue natural de la Villa de Valencia, llamada de D. Juan, que está situada entre la ciudad de Leon y la Villa de Benavente, en la ribera del Esla. Nada sabemos de las circunstancias de su nacimiento ni de la posicion social de sus padres, si bien podemos conjeturar que serian estos de escelentes costumbres, atendida la buena y cristiana educacion que supieron dar á su noble hijo, y cuyos frutos cosecharon mas tarde tanto España como Méjico. Tampoco sabemos nada acerca de los primeros años de su juventud, pues su vida permanece envuelta en una completa oscuridad hasta que le vemos retirarse al claustro, tomando el hábito de San Francisco en el convento de la Villa de Mayorga, provincia de Santiago, que es uno de los mas antiguos de España.

Tuvo allí por maestro á Fr. Juan de Argumanes, escelente guia, con cuyas sabias lecciones hizo notables progresos no menos en la ciencia que en la virtud; y ya profeso volvió á Valencia por mandato de los superiores, de donde salió no mucho tiempo despues y muy contento, pues la compañía de sus parientes y conocidos solia distraerle del tenor de vida que habia adoptado. Dedicábase ardientemente á la contemplacion de las eternas verdades, y apeteciendo por tal motivo el recogimiento y el retiro del yermo, solicitó y obtuvo pasar á vivir al monasterio de Santa María del Hoyo, donde ocurrió el peregrino incidente que acabamos de referir: ¿qué misterio encerraba este suceso tan malamente apreciado por los monges?

Mas tarde lo sabremos.

III.

Aunque suele el hombre enderezar su vida hácia un objeto que no es el que la Providencia le destina, rara vez deja de conocer, por ciertos movimientos interiores, que aun no acierta con el camino que le señala su verdadera vocacion. El corazon en este estado es una nave sin piloto á merced de las olas de la incertidumbre. Pero llega al fin el instante decisivo en que calmándose la tempestad de la inconstancia, y revelándose al mortal su verdadero destino, ya no vacila entre las mil sendas que se ofrecen á sus ojos, y de todos los elementos de su sér, de sus mismas pasiones, saca fuerza para encaminarse adonde le llama su estrella.

Nuestro buen fraile, como se ha visto, parecia esclusivamente nacido á la vida contemplativa, segun el amor que mostraba á la soledad y al apartamiento del trato con sus semejantes. Así lo creyó él mismo por algun tiempo; mas hallándose en el monasterio poco antes mencionado, estuvo á punto de variar de su primer propósito. Un biógrafo, el P. Motolinía, nos describe con los mas vivos colores el estado de perplegidad en que cayó esa vez el P. Valencia, indicándonos tambien el medio singular de que Dios se valió para librarle del escollo.

"Comenzó (dice) á tener en su espíritu muy gran sequedad y dureza, y tibieza en la oracion; aborrecia el yermo; los árboles le parecian demonios; no podia ver los frailes con amor y caridad; no tomaba sabor en ninguna cosa espiritual; cuando se ponia á orar, hacíalo con gran pesadumbre; vivia muy atormentado. Vínole una terrible tentacion de blasfemia contra la fe, sin poderla alanzar de sí; parecíale que cuando celebraba y decia misa no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y á regaña dientes comulgaba; tanto le fatigaba aquesta imaginacion, que no queria ya celebrar, ni podia comer. Con estas tentaciones habíase parado tan flaco, que no parecia sino tener los huesos y el cuero, y parecíale á él que estaba muy esforzado y bueno. Esta sutil tentacion le traia Satanás para der-

rocarle de tal manera, que cuando ya le sintiese del todo sin fuerzas naturales le dejase, y así desfalleciese y no pudiese tornar en sí, y saliese de juicio; y para esto tambien le desvelaba, que es tambien mucha ocasion para enloquecer; pero como nuestro Señor nunca desampara á los suyos, ni quiere que caigan, ni da á nadie mas de aquella tentacion que puede sufrir, dejóle llegar hasta donde pudo sufrir la tentacion sin detrimento de su ánima, y convirtióla en su provecho, permitiendo que una pobrecilla mujer le despertase y diese medicina para su tentacion; que no es pequeña materia para considerar la grandeza de Dios; que no escoge los sabios sino los simples y humildes, para instrumentos de sus misericordias, y así lo hizo con esta simple mujer que digo.

"Que como el varon de Dios fuese á pedir pan á un lugar que se dice Robleda, que son cuatro leguas del Hoyo, la hermana de los frailes del dicho lugar, viendole tan flaco y debilitado, díjole: ¡Ay padre! ¿y vos qué haheis? ¿Cómo andais que parece que quereis espirar de flaco, y cómo no mirais por vos, que parece que os quereis morir?—Así entraron en el corazon del siervo de Dios estas palabras como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó á abrir los ojos de su entendimiento, y á pensar cómo no comia casi nada, y dijo entre sí:—Verdaderamente esta es tentacion de Satanás —y encomendándose á Dios que le alumbrase y sacase de la ceguedad en que el demonio le tenia, dió la vuelta á su vida.... Despues que fue librado de aquellas tentaciones quedó con gran serenidad y paz en su espíritu, gozábase en el yermo, y los árboles, que antes aborrecia, con las aves que en ellos cantaban parecíanle un paraíso, y de allí le quedó que doquiera que estaba luego plantaba una arboleda, y cuando era prelado á todos rogaba que plantasen árboles, no solo de frutales, pero de los monteses, para que los frailes se fuesen allí á orar.

"Asimismo le consoló Dios en la celebracion de las misas, las cuales decia con mucha devocion y aparejo, que despues de maitines ó no dormia nada ó muy poco, por mejor se aparejar; y casi siempre decia misa muy de mañana, y con muchas lágrimas muy cordiales que regaban y adornaban su rostro como perlas."

Así se vió libre el V. P. Valencia de aquella suma de padecimientos inefables que ahrumaha su vida, y que amenazaha pre-

cipitarle en un abismo. Por el fragmento que acabamos de dar á conocer, se habrá visto hasta dónde llegaba la sencillez y pureza de costumbres del religioso, y como ageno ya del hastío que por algun tiempo le causó el retiro, se afirmó mas en el estado que habia elegido en su juventud.

Con todo, un nuevo deseo se apoderó de su alma, un deseo vehemente que quiso á toda costa realizar. Para espresarlo nos serviremos de las palabras mismas del escritor citado antes. "Otro sí: de allí adelante tuvo gran amor con los otros frailes, y cuando alguno venia de fuera, recibíale con tanta alegría y con tanto amor, que parecia que le queria meter en las entrañas; y gozábase de los bienes y virtudes agenas como si fueran suyas propias; y así perseverando en aquesta caridad, trájole Dios á un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las ánimas vino á desear padecer martirio, y pasar entre los infieles á convertirlos y predicar: aqueste deseo y santo celo alcanzó el siervo de Dios con mucho trabajo y ejercicios de penitencia, de ayunos, disciplinas, vigilias y muy continuas oraciones." Pero este mismo deseo y este mismo celo fueron tambien en lo sucesivo los únicos que dominaron en su alma, identificándose con su naturaleza, y comunicándole á torrentes ese entusiasmo con que abrazó el proyecto de trasladarse á los países mas remotos para evangelizar á pueblos gentiles. Esta era su verdadera vocacion.

IV.

Consecuente con ella nuestro apóstol echó mano de los medios mas eficaces para comenzar desde luego la gloriosa carrera de sus benéficas labores: pero ¡cuántos obstáculos tenia que allanar antes de dar el primer paso! Previene la regla de los frailes menores, que si alguno por divina inspiracion fuere movido á desear ir entre los moros ú otros infieles, pida licencia á su provincial para efectuar su deseo; y ajustándose él á este ordenamiento, solicitó la referida licencia por tres veces. Una de ellas —pero dejemos hablar al candoroso Motolinía—"una de estas veces habia de pasar un rio el cual llevaba mucha agua é iba recio tanto, que tuvo que hacer en pasarse á sí solo, y fué menester que soltase unos libros que llevaba, entre los cuales iba una

biblia, y el rio se los llevó un buen trecho; y él encomendando al Señor sus libros y rogándole que se los guardase, y suplicándole á nuestra Señora que no perdiese sus libros, en los cuales él tenia cosas anotadas para su espiritual consolacion, fuelos á tomar buen rato el rio abajo, sin haber padecido detrimento ninguno del agua."

Pero le fué negada la licencia tantas veces cuantas la pidió, sin que conste cuál fuese la causa de esa negativa: acaso no inspiró la suficiente confianza para acometer y llevar á buen término su empresa, pues suele acaecer que para la realizacion de los humanos proyectos, sean pospuestos cabalmente los hombres mas aptos y merecedores. Con todo, él no desmayó, como que entre sus innumerables prendas, poseia en grado eminente la constancia.

Por este tiempo pasó á morar en compañía del P. Fr. Juan de Guadalupe en un convento de la custodia de la Piedad, donde se observaba la mas rígida pobreza: perseguidos allí por los malos frailes á quienes daban envidia la estrechez y aspereza en que vivian, se refugiaron en una isla formada entre el Tajo y el Guadiana, "que ni bien es en Castilla ni bien en Portugal." A instancia de sus hermanos volvió despues nuestro Valencia á la provincia de Santiago, donde edificó un monasterio junto á Belvis con el nombre de Santa María del Berrocal; y así de este como de los conventos que tenia á su cargo Fr. Juan de Guadalupe, con otros que dió la provincia mencionada, se formó en 1516 la custodia de San Gabriel, en que estaba comprendido el monasterio de San Onofre de la Lapa. En él vivió algun tiempo el venerable apóstol; y como es peculiar atributo de los buenos hacer bien en todas partes, contribuyó eficazmente desde su retiro á establecer armonía entre las casas de Priego y Feria, á la sazon desavenidas, conduciéndose de tal suerte, "que mas les pareció á todos ángel del Señor que no persona terrenal."

V.

Vengamos ahora á la época mas interesante de la vida de nuestro héroe.

La que fue custodia de San Gabriel es ya provincia con el mismo nombre, y tiene por superior al venerable P. Valencia,

que habita en el monasterio de Belvis. Llega un dia á las puertas de este un personage, á quien los religiosos dan la bienvenida con las mayores muestras de cordialidad y acatamiento: es el general de la órden, el P. Fr. Francisco de los Angeles, despues cardenal de Santa Cruz, y viene ahora visitando las provincias de regulares de España sujetas á su obediencia. Esto pasa en el año de 1523, dos despues de la conquista de Méjico.

De esta visita esperaban los religiosos ver nacer algun hecho de suma trascendencia, y no se engañaron, porque llegado el dia de San Francisco, que estaba señalado para celebrar capítulo; hallándose en él llamó el general al P. Fr. Martin de Valencia "é hízole un muy buen razonamiento, diciéndole cómo esta tierra de la Nueva-España era nuevamente descubierta y conquistada, adonde, segun las nuevas de la muchedumbre de las gentes y de su calidad, creia y esperaba que se haria muy gran fruto espiritual habiendo tales obreros como él, y que él estaba determinado de pasar en persona al tiempo que le eligieron por general, el cual cargo le embarazó la pasada que él tanto deseaba; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, porque si lo hiciese, tenia él muy gran confianza en la bondad divina, que seria grande el fruto y convertimiento de gentes que de su venida esperaban."

Por esta vez tuvo una amable escepcion la sentencia de La Bruyère, que dice: "Lo que mas se desea es tambien lo que menos sucede, ó si sucede no es ni en tiempo ni en circunstancias en que causaria estremado placer." En la indicacion que el general hizo al venerable religioso y que honra tanto á entrambos, el segundo vió colmados los deseos mas vehementes que abrigara, y del placer que entonces hubo de sentir puede juzgarse por la prontitud con que á pozo tiempo efectuó su venida á nuestro país.

Ya apuntamos los mas notables incidentes de este viaje, y hemos seguido al P. Valencia con sus doce compañeros hasta dejarlos establecidos en la capital; dijimos tambien cómo se habian repartido de cuatro en cuatro á misionar á las principales poblaciones entonces existentes, despues de haber celebrado capítulo en que salió electo custodio nuestro apóstol; réstanos estudiar la vida de este en el nuevo teatro adonde le llamó su celo y que en breve llenaria con el esplendor de sus virtudes.

VI.

Era una de esas mañanas de otoño en que tras la lluvia de la noche precedente, el valle de Méjico respira alegría y frescura: los árboles cargados de sabrosas frutas atesoran todavía en las hojas algunas perlas de agua cristalina, que dejan caer silenciosamente á las blandas caricias del céfiro: un ligero vapor que se tiñe de oro á los tibios rayos del sol naciente se exhala de los lagos, y parece de lejos como el humo del incienso, como si fuese la plegaria que á su modo dirigiera el agua al Criador: los esbeltos montes descubren la frente de nieve por entre un anillo de nubes, y el cielo lleno de luz y serenidad fija una mirada cariñosa en la morada del hombre.

Apiñábase entre tanto en el patio del convento de San Francisco una muchedumbre de mejicanos al rededor de una gran cruz adornada de flores naturales. Colocados entre ellos algunos religiosos, les enseñaban una especie de canto llano, pero de suave y tierna melodía, que ellos repiten en coro, mostrando en el semblante la seriedad y respeto del que asiste á un acto religioso. El aire recoge estos acentos como la espresion de un amor sencillo que solo aspira á una vida de paz y de inocencia; como la protesta de sumision á una fe divina, cuya enseñanza empieza á insinuarse en el alma haciéndole entrever un horizonte de mejor vida.

De este modo enseñan los religiosos la sublime doctrina de Jesus á los recien convertidos aztecas, antes de darles el bautismo.

Vese asimismo en el patio no lejos del concurso, otra reunion compuesta de niños, á quienes da el nombre de hijos un fraile de unos cincuenta años de edad, y que rodeado de ellos parece decir como su divino Maestro: *Dejad á los niños acercarse á mi.*

Este es el P. Fr. Martin de Valencia.

Como luego que vino á Méjico se vió abrumado de tantas atenciones, siendo ademas ya entrado en años, no pudo dedicar al estudio de la lengua mejicana todo el tiempo que hubiera querido: logró, sin embargo, aprender algunas voces de las mas usuales y necesarias, con cuyo caudal tenia lo suficiente para

doctrinar á los párbulos, y enseñarlos á leer, en lo que mucho trabajó. Sentia demasiado esta falta de conocimiento, especialmente porque le impedia ganar almas para el Evangelio mediante la predicacion; mas procuraba repararla, así con las labores indicadas, como con la enseñanza práctica de las virtudes y con el santo ejercicio de la oracion, á que se entregaba fervorosamente mientras sus hermanos se atraian los corazones desde el púlpito.

Pero su ocupacion favorita eran las lecciones á los niños, ante los cuales deponia su severo talante, revistiéndose de aquella bondad y mansedumbre que requiere tan sagrado como penoso magisterio. He aquí por qué la mañana referida asistia entre sus alumnos, y era grato contemplar al lado de la inocencia de los primeros años, á la inocencia adquirida á fuerza de virtud: ¡escena tierna en que se estrechaban la mano la niñez y la esperiencia, la aurora y el ocaso de la vida!

No menos seductor, aunque de diverso carácter, es el cuadro que representa la gente agrupada en torno de la cruz oyendo cantar y cantando alternativamente. Míranse en él felizmente hermanados en una sola familia animada de los mismos deseos, al pobre con el rico, á los siervos con los señores, á los *caciques* con los *macehuales;* en una palabra, á todas las clases y condiciones de la sociedad mejicana. ¡Hechizo poderoso de una religion de amor y paz! Ella inculca el augusto principio de la igualdad, y le realiza; predica la paz, y la establece; rodéase del infortunio, y le consuela; y de las ruinas de un imperio subyugado por la codicia armada, logra formar una sociedad laboriosa, inocente, benéfica, civilizada.

¡Espectáculo hermoso y que admiraria Grecia en sus mejores tiempos! Anáhuac ve reproducirse en su seno las maravillas y la santidad de la primitiva Iglesia. A la voz del humilde hijo de San Francisco, fiel intérprete de las bellezas y armonías del cristianismo, despierta un pueblo del letargo de la supersticion que pervertía sus mas nobles instintos, congrégase, obedeciendo á un atractivo inefable, á escuchar los acentos de la verdad, se despoja de sus hábitos feroces, y amamantado por una doctrina de amor y perfeccionamiento, se hace digno de alcanzar en el porvenir los mas altos destinos.

VII.

Desde el primer año que siguió al establecimiento de los franciscanos en la capital, los habitantes de Méjico y de Tlatelolco, que como ya se ha indicado formaban dos ciudades reunidas, comenzaron á tener sus juntas en la cabecera de cada barrio señaladamente los dias festivos, y á ellas concurrian los apóstoles á doctrinar á los adultos y bautizar á los niños.

Celebrábanse estas juntas en unas piezas que Motolinía llama *salas antiguas*, "porque iglesia aun no la habia, y los españoles tuvieron tambien, obra de tres años, sus misas y sermones en una sala de estas que servian por iglesia, y ahora es allí en la misma sala *la casa de la moneda*."—Nuestros investigadores no deben perder de vista este apuntamiento cuando traten de fijar las primitivas localidades del establecimiento que se acaba de mencionar.—Cuánto tendrian que trabajar los misioneros en esas juntas para dar idea de los dogmas cristianos, y desarraigar de las almas el torpe vicio de la idolatría, solo puede conjeturarse en vista de los obstáculos que presentaban por una parte la dificultad de espresarse á derechas en una lengua estraña, y por otra, la resistencia de los indios á desnudarse de antiguas preocupaciones. Pero todo lo avasallaba el noble celo de que estaban aquellos animados, y ora valiéndose de figuras simbólicas para hacerse comprender, ora patentizando las inestimables ventajas de una religion de paz y de clemencia sobre los ritos sanguinarios del paganismo, lo cierto es que en breve salieron airosos de la empresa.

Contribuyó no poco á este feliz resultado la rara disposicion que acreditaron algunos religiosos para el aprendizage de la lengua mejicana, en la que llegaron á espresarse á los seis meses de residencia en la capital, los reverendos Fr. Luis de Fuensalida y Fr. Francisco Jimenez. Ayuda eficaz para esto les dieron tambien los niños, como ya en otra parte se ha indicado, si bien al principio no sacaron de ella todo el fruto que se prometian, y era de esperarse, por haber cometido el grave error de comenzar sus instrucciones en latin, enseñando en este idioma á persignarse y rezar las oraciones tanto á niños como á gente adulta. Esta práctica no podia menos de inducir confusion en

quien los escuchaba sin saber latin ni castellano, pues oyéndolos espresarse unas veces de un modo y otras de diverso, hubo de inferir que para aprender lo que le enseñaban y para enseñar lo que él sabia, era forzoso hacer prodigios de memoria.

Pero conocido el error, luego le enmendaron, echando mano del recurso que describe Vetancurt, y que espresaremos con sus mismas palabras: "inspiróles Dios que con los niños que tenian por discípulos se hiciesen niños, y deponiendo la gravedad de sus personas, los ratos que podian se ponian á jugar con ellos con pajas y pedrezuelas, para quitarles la vergüenza, y con la comunicacion aficionarlos: traian papel y tinta, y en oyéndoles un vocablo lo asentaban al propósito de lo que se hablaba; en juntándose comunicaban sus escritos, y sucedia no acertar; á los niños les enseñaban el castellano, y como hábiles á pocos dias los niños, no solo enmendaban lo que erraban, pero les hacian preguntas con que aprendian."

Descolló por sus servicios entre estos niños uno cuyo nombre nos ha conservado la historia. Llamábase Alonso y era hijo de una dama española que tenia dos, uno de los cuales era él. Ambos mantenian trato continuo con los muchachos mejicanos, y merced á esta circunstancia habian llegado á ser muy peritos en la lengua, tanto que sabiéndolo los religiosos, consiguieron de Cortés que Alonso pasase á vivir de asiento con ellos en el monasterio, y de allí adelante los acompañaba de pueblo en pueblo vistiendo el hábito, leyendo á la mesa, y siendo "maestro en la lengua de los predicadores del Evangelio." Al fin llegó á ser religioso con el nombre de Fr. Alonso de Molina.

Ya en nuestros estudios sobre el convento de Santo Domingo, señalamos aunque brevemente la cooperacion de los niños mejicanos á la obra de la conversion del pueblo, y no será esta la última vez que toquemos este asunto, encontrando á cada paso ejemplares que lo comprueban, pues con mucho fundamento decia Fr. Toribio de Benavente: "si estos niños no hubieran ayudado á la obra de la conversion, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, paréceme que fueran lo que escribió el obispo de Tlaxcállan al emperador, diciendo:—Nos los obispos sin los frailes intérpretes, somos como falcones en muda.—Así lo fueran los frailes sin los niños."

Mas no perdamos de vista á Fr. Martin de Valencia.

VIII.

Los sobrinos y nietos de Moteuczoma, que se educaban con gran esmero en el convento de San Francisco, eran señores de Quauhtinlan, Tepotzotlan y otros pueblos á estos sujetos. Esta consideracion movió á nuestros frailes á dar preferencia á los lugares indicados, con respecto á otros de la comarca, en la predicacion del Evangelio y administracion del bautismo; si bien no llegó á tal estremo que descuidasen de la salud espiritual de las otras poblaciones del valle y aun de tierras mas lejanas. Prueba de este aserto son las espediciones fructuosas que hacian con esa mira á los lugares situados á las márgenes de la que entonces se llamaba *laguna del agua dulce*.

Una vez salió de Méjico nuestro Valencia acompañado del P. Fr. Francisco Jimenez, y se encaminaron á visitar esos lugares que, segun dice un historiador, no sabian ni cuántos eran.

Rayaba el alba convirtiendo el horizonte en una diadema de suavísima luz.

Desde las copas de los sauces, ò cerniéndose á gran altura, saludaban las aves el advenimiento del dia con esos himnos inefables siempre los mismos, y siempre nuevos para el corazon que los escucha.

Era el momento solemne en que combate el misterio de las sombras con la franca claridad del sol que va á ostentarse; en que se apagan las estrellas ofuscadas por las oleadas de esplendor que se derraman por el firmamento azul-oscuro; en que las menudas nubes teñidas de oro y púrpura emulan y aventajan á las flores de los prados y de los jardines; y en que la luna pálida como una corola de azucena, parece una vírgen sorprendida con la inesperada presencia de su amante.

Tal vez la brisa pasaba rozando con sus alas diáfanas la superficie de los lagos, y suspiraba armoniosamente entre la junca.

Tal vez el agua hacia visos como una masa líquida de plata, enmedio de la cual juguteaba el ánade azulado.

Y tal vez mientras vagaba la mariposa sobre las matas como una flor viviente, el eco solia traer al oido el melancólico canto del viandante que de apartadas regiones venia á la capital.

Entre tanto, los dos misioneros guiaban los pasos por la calzada de Iztapalápan, levantando al andar ligeras nubes de polvo, llegan al fuerte de Xolotl; despues á Huitzilopochco, hoy Churubusco; y por último, á Coyohuacan, pueblo donde residieron los españoles los primeros meses despues de la conquista de Méjico, y que mas tarde perteneció con el nombre de villa al marqués del Valle.

Para los naturales fue este un dia de gran fiesta y regocijo. Antes de que llegaran los misioneros salian á recibirlos en tropel, ofreciéndoles vistosos ramilletes, ordinario agasajo con que hasta ahora suelen algunas poblaciones obsequiar en tales casos á los curas.

La presencia de los ministros de paz los consolaba de las continuas vejaciones que les causaban el poco miramiento y aun crueldad de los conquistadores insaciables.

—¡Ah, si todos fueran como estos! decian entre sí, dudando de lo que veian con sus propios ojos.

—Ni nos hacen sus esclavos, ni violan á nuestras hijas.

—¡Ah, la esclavitud! esclamaba alguno con muestras de la mas viva indignacion: ¡la esclavitud! . . . . ¡es intolerable! Dentro de algunos años ya no habrá en todo Anáhuac suficiente carne de esclavos para contentar á esos gavilanes rabiosos. . . .

—Nuestros reyes y caciques, es verdad, nos hacian tambien sus siervos; pero no nos marcaban la cara con el hierro ardiendo.

—Hombres hay que ya no se conocen por el rostro, segun lo desfigurado que le tienen con tantos y tantos letreros.

—¡Y así tuvieron algunos menguados por hijos de Quetzalcóatl á estos ladrones! Nuestros antepasados decian que este buen dios enseñó á los pueblos á labrar la tierra y á vivir como hermanos; y si los estranjeros son sus descendientes, cierto no se parecen á su padre.

—La tierra que ellos cultivan son las minas, donde nos hacen morir de fatiga ó de hambre buscando el oro en las entrañas de la tierra.

—¡Cuán poco se parecen á estos otros estranjeros pobres, que dicen haber venido para llevarnos al cielo! Si no les damos de comer, ellos no tienen boca para pedirnos nada, y moririan de hambre antes que quitarnos el pan.

—Pero sí nos quitan nuestros dioses, y echan por tierra los *teocallis*.

—¡Bien hecho! Huitzilopochtli ha gozado ya mucho tiempo en la sangre de sus adoradores; no queria mas ofrenda que los corazones arrancados de las víctimas sacrificadas en sus altares, y no creo en la deidad que se complace en la destruccion de los humanos.

—Tienes razon, hijo mío, decia un anciano de faz amable; pero la creencia que tratan estos hombres de inculcarnos no es nueva para mí: el gran monarca de Texcoco, Netzahualcoyotl, profesaba en secreto otra religion, si no igual, muy semejante á la que ahora se nos predica; y habia erigido un templo, no á los dioses que adoraba el vulgo supersticioso, sino al Dios desconocido que está en todas partes sin tener figura humana, y que no exige del hombre sino amor, adoracion, incienso y flores.

—¡Volvamos, pues, á los tiempos de ese buen rey que tantos beneficios hizo á su pueblo, y que recuerdan nuestros ancianos con tanta complacencia! Quizá se irán de aquí los estranjeros malos, y solo quedarán en la tierra los estranjeros buenos.

—Estos serán nuestros padres, yo lo espero, y nos defenderán de los malvados. Hagámonos de su partido.

Tal era la disposicion de ánimo con que los naturales recibian á los dos religiosos. ¿Qué resulta de aquí? Un hecho sorprendente y de caracter sobrehumano.

Comienzan su predicacion los ministros del Evangelio, y atónito el auditorio, no sabe qué admirar mas, si la escelencia y magestad de la palabra santa, ó la maravillosa soltura y propiedad con que aquellos se espresan en un idioma que poco antes ignoraban.

—¡Raro portento! esclama alguno con aire pensativo: no hay duda en que un Dios habita en estos hombres singulares: él les dicta una doctrina nueva para nosotros, pero amable, que al escucharla va penetrando en lo interior del alma como un rayo del sol que nace, como una suave melodía, ó como el aroma de una flor recien abierta. Su voz alivia los pesares, como la voz de una madre ó de una esposa: nuestros hijos la oirán desde la infancia, y durante las horas amargas de la vida sonará en su corazon como la palabra del amigo ausente, como un cántico divino.

Conmovidos hasta este estremo los mejicanos, no bien ter-

mina la alocucion que se les dirige, cuando espontáneamente hacen pedazos los ídolos que antes veneraban, levantan cruces sobre los *teocallis* y señalan sitios para fabricar templos cristianos.

Los dos apóstoles pasan adelante; llegan á Xochimilco y á los demas pueblos de la *laguna dulce;* repítense las mismas escenas que en Coyohuacan; los principales caciques piden para sí y para sus hijos el bautismo, y los religiosos alzan los ojos al cielo y apenas pueden contener el júbilo por la abundante cosecha que se les prepara.

Entonces fue cuando el P. Valencia, dirigiéndose á su compañero en un arrebato de entusiasmo, le dijo:

—"Muchas gracias sean dadas á Dios, que lo que en otro tiempo el espíritu me mostró, ahora en obra y en verdad lo veo cumplir."

Aludian estas palabras al estraño incidente ocurrido en el coro de Santa María del Hoyo durante los maitines, cuando nuestro buen fraile recitaba desde el púlpito una leccion de Isaías. Habla en ella el profeta de la venida de los gentiles á la fe, y elevado el espíritu del lector á las regiones misteriosas donde se revela al hombre lo que es y lo que será, viò puntualmente lo que ahora pasa en su visita á los pueblos de la laguna de Xochimilco, esta presteza, esta espontaneidad, con que un sinnúmero de personas, tribus enteras, vienen á ser iniciadas en la sublime doctrina de Jesus.

Desatábase el enigma de su destino.

IX

Las ideas, los sentimientos, las opiniones, las doctrinas y en general todo lo que de algun modo interesa la suerte de la humanidad ejerce ahora, y siempre ha ejercido, una especie de magnetismo intelectual ó moral en las sociedades. He aquí por qué al resonar la palabra que envuelve un pensamiento fecundo, tiene un eco mas ó menos vivo, mas ó menos duradero en todas partes; he aquí por qué una vez proclamado un principio social ó político, encuentra partidarios, y porqué desde el punto en que una religion se predica, tiene prosélitos.

Mas la propagacion del cristianismo en nuestro país tuvo algo de escepcional y verdaderamente prodigioso; porque al dejarse oir la voz del Evangelio en un lugar, no parece sino que al mismo tiempo se conmovian otros muchos, y la influencia ejercida en el primero se hacia sentir en todos como una corriente eléctrica.

Con todo, esta virtud atractiva fué mayor y mas poderosa para unas poblaciones que para otras, y contrayéndonos á las de que hablamos no ha mucho, señalaremos como una de las mas prontas en adoptar los nuevos dogmas á Cuitlahuac, lugar de suave temperamento y que por estar cercado de agua, fué llamado por los españoles Venezuela.

"En este pueblo (dice el padre Motolinìa) estaba un buen indio, el cual era uno de tres señores principales que en el hay, y por ser hombre de mas manera y antiguo, gobernaba todo el pueblo: este envió á buscar á los frailes dos ó tres veces, y llegados, nunca se apartaba de ellos, mas antes estuvo gran parte de la noche preguntándoles cosas que deseaba saber de nuestra fe.

"Otro dia de mañana ayuntada la gente despues de misa y sermon, y bautizados muchos niños, de los cuales los mas eran hijos, y sobrinos, y parientes de este buen hombre que digo; y acabados de bautizar, rogó mucho aquel indio á Fr. Martin que le bautizase, y vista su santa importunacion y manera de hombre de muy buena razon, fué bautizado y llamado D. Francisco, y despues en el tiempo que vivió fué muy conocido de los españoles.

"Aquel indio hizo ventaja á todos los de la laguna dulce, y trajo muchos niños al monasterio de San Francisco, los cuales salieron tan hábiles, que escedieron á los que habian venido muchos dias antes.

"Este D. Francisco aprovechando cada dia en el conocimiento de Dios y en la guarda de sus mandamientos, yendo un dia muy de mañana en una barca, que los españoles llaman *canoa*, por la laguna, oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, las cuales yo vì y tuve escritas, y muchos frailes las vieron y juzgaron habian sido canto de ángeles, y de allí adelante fué aprovechando mas; y al tiempo de su muerte pidió el sacramento de la confesion, y confesado y llamando siempre á Dios, falleció.

"La vida y muerte de este buen indio, fué grande edificacion para todos los otros indios, mayormente los de aquel pueblo de Cuitlahuac, en el cual se edificaron iglesias; la principal advocacion es de San Pedro, en la obra de la cual trabajó mucho aquel buen indio D. Francisco. Es iglesia grande y de tres naves, hecha á la manera de España."

Como este hecho se repitieron varios otros que seria largo referir, y que demuestran por una parte, el anhelo con que abrazaban el cristianismo los naturales, y por otra la vida laboriosa, fecunda y verdaderamente evangélica que observaban los primeros frailes señaladamente el P. Valencia, de quien puede con razon asegurarse que su celo por la conversion de los gentiles era una llama siempre activa, siempre eficaz y siempre en aumento.

Pero tiene otros títulos á la gratitud de la nacion mejicana. El fué, como el P. Betanzos, el defensor mas firme y decidido de los indios; él fue quien primero fulminó contra los abusos de la tiranía; y él fue, por último, quien para ponerle freno, levantó la voz en contra suya en el seno de la primera asamblea que con el carácter de concilio, se verificó en el convento de San Francisco. Presidióla él mismo como legado apostólico, y fue compuesta de cinco clérigos, diez y nueve religiosos y cinco letrados, ó tres como asienta el P. Vetancurt. Asistió á ella D. Fernando Cortés, y empezó sus sesiones á fines del año de 1524, concluyendo á principios del siguiente. Su principal objeto fué proveer á la salud espiritual de los pueblos, procurando aprovechar las luces y esperiencia de los asistentes para elegir los medios mas adecuados al establecimiento de la fe, á la estirpacion de las malas costumbres y especialmente de la idolatría, muy arraigada en los habitantes de distritos poco visitados.

Fue ademas el venerable religioso un astro de consuelo en medio de la tormenta suscitada por las malas pasiones de los hombres depravados, en cuyas manos dejó Cortés las riendas del gobierno, durante su funesta espedicion á las Hibueras. Véamos cómo se espresa acerca de este suceso el P. Cavo.

X.

"A este bravo capitan (Cristóbal de Olid), que se habia hecho famoso en la guerra de los mejicanos, vencidos estos lo despachó Cortés, como dijimos, á conquistar la provincia que llamaban Hibueras, distante de Méjico mas de cuatrocientas treinta legnas al sudeste: para este efecto le confió una formidable escuadra de seis velas con cuatrocientos infantes y treinta caballos, encomendándole al partir que á cierta altura destacara una de las embarcaciones al mando de Diego Hurtado de Mendoza, su pariente, que costeando arribara al Darien en cumplimiento de la órden del emperador, que deseoso de quitarse de contestaciones con los portugueses, por todos sus dominios de aquel nuevo mundo hacia buscar el estrecho que se decia del un mar al otro.

"Olid, cumpliendo este encargo, llegó á aquella provincia, y como los naturales de ella eran gente pacífica, con facilidad los redujo al dominio español; pero este hombre tan favorecido de Cortés le pagó ni mas ni menos como Cortés habia pagado á Velazquez. Se sustrajo de su jurisdiccion y cortò con él toda comunicacion.

"Mas Cortés, que tenia mas poder y brío que Velazquez, determinò vengarse de aquel ingrato, y publicó la jornada de Hibueras, tanto mas que en aquellos dias una embarcacion de Cuba le habia traido la noticia del fallecimiento de Velazquez y de la instalacion en aquel gobierno de su paisano Manuel de Rojas, casado con una parienta suya, de donde coligió que los amigos del muerto pasarian á Hibueras á unirse con Olid para su ruina. Entre tanto que se disponia al viaje, envió con los poderes mas amplios que pudo á aquella provincia á Francisco de las Casas, para que viera el modo de asegurar la persona de Olid . . . . . .

"Hecha esta diligencia, procedió á disponer su viaje, y ante todas cosas constandole de la mala voluntad que le tenian los oficiales reales, acaso por hacerselos amigos les dió repartimientos, con la condicion de derribar los ídolos y procurar la instruccion de los indios que les habia señalado; las demas cosas dispuso de esta manera. . . . A Francisco de Solís nombró Cortés por ca-

pitan de la artillería y alcaide de las atarazanas; á Rodrigo de Paz su primo, hombre bullicioso, encomendó su casa y hacienda, dándole los cargos de regidor y alguacil mayor; nombró por gobernador del reino en su ausencia, al tesorero Alonso de Estrada y al licenciado Alonso de Zuaso. Cortés queria llevarse al contador Albornoz por ser el mas moderado de los oficiales reales; pero habiendo caido enfermo, por instancias del factor Salazar lo asoció á los gobernadores. Este consejo de Salazar fué con el malvado fin de poner á los gobernadores en la ocasion de reñir, pues sabia muy bien la enemiga que tenia el tesorero con el contador.

"Finalmente, para que el factor y veedor no quedaran sujetos á sus colegas, se los llevó á Goatzacoalcos, adonde apenas habian llegado, como que presintieron lo que sucedia en Méjico, ambos pidieron á Cortés licencia de volverse. Este, acaso arrepentido de llevar por testigos de su acciones hombres que procedian de mala fe, les otorgó su demanda, y añadiendo á un favor otro favor, tambien los asoció al gobierno del reino. . . .

"Esto pasaba en Goatzacoalcos al tiempo que un correo despachado á toda furia del ayuntamiento de Méjico, llegó á aquel lugar con la noticia de que luego que Cortés se alejó de la ciudad, habian reñido malamente el tesorero Estrada y el contador Albornoz; y por un asunto de tan poca monta como era de poner un nuevo alguacil, echaron mano á las espadas, perdiendo así el respeto debido á las casas de cabildo: que requeridos de que si no se conformaban con los dictámenes serian depuestos del empleo de gobernadores, no por eso habian cesado los escándalos: que si Cortés no refrenaba la presuncion del uno y la arrogancia del otro, la ruina del imperio era inevitable.

"Incontinenti Cortés, habiendo escrito á aquellos gobernadores que si no olvidaban la enemiga que los hacia proceder tan escandalosamente los privaria del oficio, mandó que al punto se pusieran en camino para la capital el factor y veedor, dándoles por escrito toda su autoridad para procesar aquellos hombres, caso que aun durara el rompimiento.

"Entretanto, sobresaltado Cortés con la nueva de haber sido preso por Olid Francisco de las Casas, apresuró su viaje, y así habiendo juntado todos los soldados españoles que pudo y mejicanos que habia convocado, con una comitiva inmensa partió para Hibueras, á tiempo que por Guaulhtemalan venia á gran-

des jornadas Francisco de las Casas á darle aviso de que forzada la prision en que lo tenia Olid, lo habia muerto con alevosía.

"Habiendo Cortés partido de Goatzacoalcos para las Hibueras y restituidose á Méjico Salazar y Chirinos, bien que hallaran agitadas las desavenencias entre Estrada y Albornoz contra la prohibicion de Cortés, no solo trataron de procesarlos, sino que tuvieron la avilantez de romper públicamente su mandamiento, que temeroso de sus violentos genios les habia dado por escrito. En estos contrastes pasaron algunos dias, hasta que se comprometieron á estar á lo que el licenciado Zuaso decidiese: este declaró, que la voluntad de Cortés era que todos cinco unánimes gobernaran el reino; resolucion que disgustó tanto al factor y veedor, que de ella apelaron al emperador, y determinaron vengarse á su tiempo del que la habia dado.

"Corrieron casi tres meses sin que el mal ánimo de estos prorumpiera en algun escándalo. Pero Salazar, que era el que mas ojeriza tenia á sus dos compañeros, no pensaba entre tanto sino en perderlos: para esto creyó oportuno grangearse la amistad de Rodrigo de Paz, hombre el mas poderoso acaso que habia en Méjico, pariente de Cortés y tenedor de sus bienes. Este designio lo ejecutó valiéndose de este diabólico artificio: propone á los tres gobernadores que se prenda á Paz: ignoro el pretesto que alegó para procedimiento tan irregular: lo que consta es, que Estrada creyendo que la proposicion de Salazar nacia de particular enemistad, hizo cuanto pudo por impedir aquella violencia; pero al fin sabedor de que los otros dos gobernadores habian espedido el mandamiento de captura, contra su voluntad la suscribió, y se procedió á la prision de Paz. Cargado este de hierros, fué encerrado en la casa de Salazar, que seguro de su intento, pasa á verlo, y mostrándole el decreto de prision de los gobernadores Estrada, Albornoz y Znazo, no de otra manera que si se compadeciera de su desgracia, le dice:

—"He aquí la recompensa que has tenido de la amistad y favores con que has colmado á estos gobernadores: si fueran tus amigos como protestaban, y como en la realidad le somos Peralmidez y yo, no se hubieran conjurado en perderte. Si deseas salvar tu vida y vengar esta injuria, unámonos todos que mañana luego te daremos la libertad, y juntos, á tus tres enemigos privaremos del gobierno.

"Oido este razonamiento, y considerando Rodrigo de Paz que

aquellos en quienes mas confiaba se habian vuelto contra él, incautamente juró á Salazar y á Peralmindez Chirinos eterna amistad. De hecho, estos dos al siguiente dia intercedieron con los tres gobernadores para que el preso saliera libre, como se ejecutó. Y para mas disimular su traicion Salazar, propuso á sus compañeros que al otro dia fueran á San Francisco á comulgar, con lo cual entenderia el pueblo que cuanto se habia hecho en la prision de Paz era con acuerdo de todos.

"El conocimiento de Salazar y Chirinos no fué tan secreto que entre tanto no lo barruntaran los tres gobernadores; por eso al siguiente dia habiendo concurrido, les dieron en cara con su traicion en estos términos:

—"Con capa de amistad nos habeis engañado: á nuestras espensas habeis comprado la de Paz: gran premio á fe de caballero obtendreis de esta maldad."—Hasta aquí el historiador antes mencionado.

Los hechos subsecuentes forman una horrible cadena de perfidias, intrigas, violencias, tumultos, robos, asesinatos, y en una palabra, de todo cuanto importa la transgresion de la moral y el olvido de todo sentimiento de virtud ó caballerosidad. Salazar, Chirinos y Rodrigo de Paz, con algunos regidores que se habian ganado, tienen una junta en las casas de cabildo, y en ella declaran privados de su empleo á los tres gobernadores. Ocasiónase de aquí un alboroto en la ciudad, armándose todos para defender á este ó al otro partido; prende el fuego de la guerra civil que procuran apagar los religiosos de San Francisco; luchan los de un bando con los del contrario; triunfa el de los reboltosos, y cuando ya se consideran suficientemente asegurados en el poder, pagan á Rodrigo de Paz con la mas negra ingratidud, entregándole á manos del verdugo. Poco antes divulgaron que Cortés con su comitiva habian muerto en la espedicion á las Hibueras, y para dar mas visos de verdad á la noticia celebran funerales por el alma del conquistador, todo con la mira de apoderarse de su hacienda; logran su intento, y al registrar el palacio de este cometen mil villanias con las nobles mejicanas que habia encargado fueran servidas en su ausencia con todo decoro; ávidos de riqueza, no omiten diligencia para descubrir los tesoros que segun la fama, tenia Cortés ocultos; Salazar que quiere conciliarse la amistad de Albornoz, pone preso á Pedro de Paz su enemigo; escápase este de la cárcel y se retrae

á San Francisco, lugar entonces de refugio para todos los que eran el blanco de la persecucion; quieren los infames gobernadores asegurarlos, cercan el convento, y sacados de él los ponen en la cárcel.

El Venerable Fr. Martin de Valencia desplegó en esa ocasion una energía de que pocos le juzgarian capaz. Requiere por tres veces á los profanos que habian violado el sagrado asilo, conminándolos con las censuras eclesiásticas si no reponian en el mismo lugar á los retraidos. Salazar y Cbirinos se hacen sordos á esta voz, pero el custodio fulmina entredicho en la ciudad, y saliendo de ella en procesion con sus frailes y los vasos sagrados, se encamina á Tlaxcala.

Desconcertados los gobernadores, y prestando oidos á la voz de su propia seguridad amagada por los hombres que no podian ver con ojos serenos tanto desafuero y tantos escándalos, hacen volver á los religiosos y reponen inmediatamente en el monasterio á los retraidos.

La Providencia quiso en esa vez manifestar que la justicia puede alcanzar victoria aun en manos del mortal mas débil.

XI.

Tal fue el desenlace de aquel ruidoso acontecimiento, que con razon pudo considerarse como una epidemia social. "Habiendo vuelto Cortés á la capital (dice el Illmo. Balmfi, citado por el señor Dávila en un escrito relativo al P. Valencia), habiendo vuelto Cortés á la capital, fue recibido entre los mayores aplausos y lágrimas de consuelo, no solamente de los españoles, sino tambien de los mejicanos, que esperaban en él ver restablecida la paz y general prosperidad. Los primeros pasos del ilustre capitan fueron al templo de los franciscanos, de donde habia venido la salvacion, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio. Y no contento con esta demostracion, consignó á la memoria de la posteridad, que así como poco antes un puñado de valientes soldados habian conquistado á la Europa aquel imperio, así entonces lo habian conservado un incomparablemente menor número de franciscanos."

Acreedor á este elogio es singularmente el V. Fr. Martin de

Valencia, por cuyas inspiraciones se guiaban los demas religiosos. Y nótese de paso cómo sin inclinar la balanza de su afecto en pro de ninguno de los bandos contendientes, como tales, se aprestò á la lucha luego que se trató de salvar al oprimido, luego que llegó la oportunidad de poner coto á tantos desmanes, á tantas injusticias y á tantas profanaciones como entonces se cometieron. Aun cuando no hubiera otro rasgo de su vida que nos le diera á conocer como un hombre estraordinario, bastaria la conducta que observó en esa crísis peligrosa, para graduar de muy subido el temple de su carácter y de escelente la bondad de su corazon. Pero cada paso que daba en su carrera le acreditaba como un espejo de virtud, y su existencia era de aquellas cuyas horas se consumen en la práctica del bien, ó cuando menos en el deseo eficaz de realizarle: era una cadena de eslabones de oro.

Sigamos el hilo de esa existencia por las otras situaciones adonde plugo á Dios llevarla.

XII.

¡Bella es la ciudad popolosa, capital de la antigua república que nutrida con sabias lecciones de virtud y acrisolada en la escuela de la adversidad, supo mantener su noble independencia, á costa de privaciones y combates, en medio de un imperio poderoso que todo lo abarcaba! ¡Grande y gloriosa la capital del fértil territorio que no sintió jamás sobre si el yugo monstruoso del despotismo azteca, que pesaba sobre la cerviz de tantos y tantos pueblos! ¡Digna y benéfica la patria de los héroes, la *tierra del maiz*, la hermosa Tlaxcállan!

Un astro luciente preside sus destinos; su clima aconseja las grandes acciones; el tiempo la contempla respetuoso sin atreverse á minar sus muros, y el rio que pasa besando su planta le tributa el homenaje de sus linfas y la arrulla de noche en medio del silencio con la armonía de sus murmurios.

Mas ¿qué estraño rumor se levanta de su seno? ¿por qué puebla tanta gente sus calles? ¿adònde se encamina ese concurso imponente, que con paso mesurado parte de la gran plaza y em-

prende la subida por la falda de la montaña vecina? Jóvenes y ancianos, mujeres y niños, todos van de consuno, y todos llevan una cruz en la mano.

En su andar, aunque tardo, se descubre la impaciencia, y en su semblante hablan á un tiempo el gozo y la curiosidad: ¿van á la conquista de un tesoro?

Ya desfilan por las sinuosidades de la garganta fresca y amena, y ya se dilatan por la ladera sin árboles como una cinta viviente, como un solo cuerpo animado. De lejos se ven en conjunto como una serpiente escamosa que sube tranquilamente á solazarse á la cumbre.

Poco despues una vegetacion recia y lozana les abre su seno de sombra y silvestres perfumes. Los niños gozan en recoger las bellotas de los pinos, y en arrancar del tronco torcido de las encinas las plantas parásitas que en él hallan abrigo.

Deléitanse las muchachas en el gemido de la tórtola y en los suspiros de la brisa al peinar la cabellera de los *ocotes*.

Los ancianos rezan en coro presididos por un religioso de San Francisco, que lleva al hombro una gran cruz de madera; y entrenidos cada uno á su modo, ni sienten cansancio, ni dan entrada en su corazon al fastidio.

Sin embargo, no ha muchos años nadie podia penetrar por entre aquellos troncos seculares sin un sentimiento indefinible de temor supersticioso. Allí habita Matlalcueye, la diosa de la vestidura azul, la protectora de la labranza, el genio de los nublados, la diosa de las aguas. Desde la cresta de la montaña, adonde acuden las nubes sumisas á su voz, prepara las lluvias que han de ir á derramar la prosperidad en los sembrados de sus adoradores.

Aun se ve en pie en lo interior de una gruta la imágen de la diosa: no bien oreada está todavía en sus aras la sangre de las víctimas; mas el culto de que es objeto va muy pronto á desaparecer, y su prestigio se desvanecerá como el humo del *copalli* que veia impasible elevarse hasta su faz de piedra.

Llegó ya este instante supremo. El fraile y su comitiva tocan ya á la entrada de la gruta, y entre los maneras al enemigo del linaje humano, y los himnos y aclamaciones á Jesus y María, derriba el ídolo y levanta y pone en su lugar el sagrado signo de la redencion. Dirigiéndose despues con aire de triunfo á los que le rodeaban, dice en alta voz:

—¡Solo el Dios verdadero es el que da el agua, y solo á él se tiene de pedir!

El religioso que así obraba era el P. Fr. Martin de Valencia.

XIII.

Desde que el venerable apóstol vió reforzada la colonia de franciscanos de Méjico con la llegada de nuevos obreros, libre del cargo de custodio que habia desempeñado por dos veces, y ardiendo en vivos deseos de ganar mas almas para el Evangelio, resolvió pasar á China en compañía de Fr. Juan de Zumárraga, primer obispo de Méjico, y de Fr. Domingo de Betanzos.

Este proyectado viaje quedó, sin embargo, lejos de realizarse, pues aunque llegaron los misioneros al puerto de Tehuantepec para embarcarse en los navíos que habia mandado hacer Cortés con esa mira, encontráronse con que estos estaban en muy mal estado. De regreso ya en Méjico el P. Valencia, fue destinado á morar en Tlaxcala, cuyo monasterio se debe á él, siendo su guardian por mucho tiempo; y desde allí hizo la subida á la montaña de Matlalcueye con el objeto ya indicado.

Mas no solo se encerró en el círculo de estas labores. Constante en el apego que tenia á los niños, dividia su tiempo entre las prácticas de religion y los ejercicios literarios, enseñando á sus alumnos, como dice Benavente, "desde el abecé hasta leer por latin."

XIV.

Despues que dejó á Tlaxcala, fue sucesivamente guardian de Amaquemécan y de Tlalmanalco, hasta que llegado el año de 1533, en que hubo de celebrarse capítulo en Méjico, pasó á esta ciudad para asistir á él; y aunque atendidas sus relevantes prendas pensaron sus hermanos en reelegirle para alguna prelacía, instó tanto porque desistiesen de esta idea, que le dejaron en libertad de vivir en la humilde clase de súbdito y en el lugar que mas á su gusto conviniera.

Acerca de este último periodo de su vida, hallamos una no-

ticia curiosa en Motolinía. "El año postrero (dice) que dejó de tener oficio, por su voluntad escogió de ser morador de un pueblo que se dice Tlalmanalco, que es ocho leguas de Méjico, y cerca de este monasterio está otro que se visita de este, en un pueblo que se dice Amaquemécan, que es casa muy quieta y aparejada para orar; porque está en la ladera de una terrecilla, y es un eremitorio devoto, y junto á esta casa está una cueva devota y muy al propósito del siervo de Dios, para á tiempos darse allí á la oracion; y á tiempos salíase fuera de la cueva en una arboleda, y entre aquellos árboles habia uno muy grande, debajo del cual se iba á orar por la mañana; y certificanme que luego que allí se ponia á rezar, el árbol se henchia de aves, las cuales con su canto hacian dulce armonía, con la cual sentia él mucha consolacion, y alababa y bendecia al Señor; y como él se partia de allí, las aves tambien se iban; y que despues de la muerte del siervo de Dios, nunca mas se ayuntaron las aves de aquella manera. Lo uno y lo otro fue notado de muchos que allí tenian alguna conversacion con el siervo de Dios, así en verlas ayuntar é irse para él, como en el no parecer mas despues de su muerte."

Ocurrió esta en 21 de Marzo del año siguiente de 1534, á consecuencia de un ataque de pulmonía. Este suceso fue acompañado de tales circunstancias, que bien merece nos detengamos en describirle minuciosamente.

Hallábase el varon insigne en la gruta de Amaquemécan con Fr. Antonio Ortiz, y aunque con asomos de buena salud, encarándose á él, le dijo en acento sosegado:

—"Ya se acaba."

—"¿Qué, padre?" contesta el compañero, sin atinar con el verdadero sentido de la espresion.

—"La cabeza me duele," añade aquel pasado un rato, y desde entonces se le declara y va tomando creces la enfermedad.

En tal estado emprende con su compañero el camino de Tlalmanalco. La gruta, en cuyo seno de paz habia hallado el recogimiento que tanto le halagara, quedaba desde ese instante sola para siempre; y las aves que se congregaban en el árbol á gozarse en su oracion, echándole menos al siguiente dia, no tendrian ya á quien tributar el homenaje de su ternura y sus gorgeos.

Llega á Tlalmanalco, recibe los últimos ausilios espirituales, y obsequiando la órden de su guardian, consiente en que se le traslade á Méjico para que en el monasterio de esta ciudad puedan sus hermanos dispensarle atenciones y cuidados que no es dable hallar en una poblacion escasa de recursos.

Mas la esperanza que se fundaba en este paso, se disipa en breve. Colocado en una silla, sostenida por algunos sirvientes, camina en compañía de tres religiosos hácia el pueblo de Ayotzinco, donde habrá de embarcarse para llegar á Méjico por agua.

Eternas parecen las dos leguas que separan á Tlalmanalco de ese lugar; pero al fin ya están en la ribera.

Disponíase el santo religioso á entrar en una canoa, cuando, mudando repentinamente de propósito, se acoge á la sombra de un sauce; pónese de rodillas, y volviéndose á Fr. Antonio Ortiz, le dice:— "Defraudádose ha mi deseo," aludiendo con estas palabras al martirio que habia intentado ir á buscar á China.

Pocos segundos despues, encomendando su alma al Señor, deja de vivir.

Sus compañeros quedan como petrificados al recibir un golpe tan rudo cuanto inesperado. Arrodíllanse todos á orar, y el sol baña con rayos de oro aquel grupo inmóvil de tres hombres atribulados, haciendo brillar las lágrimas que se deslizan silenciosamente por sus mejillas.

XV.

Así terminan los dias de un hombre que jamás se desvió de la senda de la virtud. Años antes habia asegurado al P. Ortiz, su amigo, que moriria en el campo, y ya hemos visto con cuánta puntualidad se verificó el pronóstico.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Tlalmanalco, acompañándole hasta la última morada las lágrimas de los religiosos y de los naturales, que con la pérdida de aquel padre virtuoso se sentian huérfanos y desolados. Algunos dias despues el P. Testera, que á la sazon era custodio, hizo exhumar los restos venerables y trasladarlos al convento de Méjico, en donde se

les dió honrosa sepultura. Dícese que pasados algunos años fueron de allí trasladados ocultamente á la gruta de Amaquemécan.

El sauce que contempló la agonía del ilustre apóstol permaneció fresco y lozano por mucho tiempo; pero aun mas fresca vive la memoria de las virtudes del mismo héroe, cuyo nombre, aunque no se ve en el catálogo de los santos, ocupa sí un lugar eminente en el de los benefactores de la humanidad.

Al referir su vida hemos hecho mencion de algunas circunstancias en que campea lo maravilloso. Aun cuando la filosofía no apadrine tales especies, de propósito hemos querido darlas á conocer por conservar á la crónica su fragancia de poesía. Pero donde debe estudiarse al P. Valencia, donde puede observarse á las claras la influencia saludable que ha ejercido, es en la série de hechos que constituyen su existencia real, esto es, en su conducta, en su comercio ordinario con los hombres, no en la vida contemplativa, no en la vida del espíritu estasiado ante las tornasoladas regiones del misticismo. Allí se admira á un hombre que al atravesar por el mundo no ha tenido mas móvil, no ha tenido otro deseo que el de hacer bien, que el de hacer bien aun á costa de su propio bienestar, y que tuvo la rara constancia de perseverar en el mismo deseo hasta la tumba.

VI.

POPULARIDAD.

Si la palabra santa halló eco muy pronto en los corazones de los mejicanos, fue debido á que los mismos en cuyos labios resonaba eran los primeros en dar á conocer por su conducta, que era una verdad la doctrina que predicaban.

Cuando llegaron á nuestro país los religiosos de San Francisco, encontraron á los naturales destituidos de todo amparo,

espuestos á todo género de vejaciones, y abandonados á su primitiva ignorancia en materias de sumo interes, como son las que miran al conocimiento de la Divinidad y á los deberes del hombre con sus semejantes. Ellos entonces, fieles á su enseña de paz y caridad, se consagraron á remediar estos males con el anhelo, con el amor entrañable que hemos visto precedentemente, y que los puso en la categoría de misioneros apostólicos, no menos que de padres y protectores de los infelices indios.

De aquí procedió el cariño verdaderamente apasionado con que estos los trataban, y que llegó hasta el estremo de que rehusaran en sus pueblos la presencia de los religiosos de otras órdenes, particularmente de aquellos que no les mostraban el afecto sincero que los hijos de San Francisco. Sobre este particular es notable el siguiente caso, sucedido en Yeticatlan, y que refiere Motolinía. "Yendo por allí un fraile de cierta órden que no les ha sido muy favorable en obra ni en palabra (á los indios), y queriendo bautizar los niños de aquel pueblo, el español á quien estaban encomendados puso mucha diligencia en ayuntar los niños y toda la otra gente, porque habia mucho tiempo que no habian ido por allí frailes á visitar, y deseaban la venida de algun sacerdote; y como por la mañana fuese el fraile con el español de los aposentos á la iglesia, do la gente estaba ayuntada, y los indios mirasen no sé de qué ojo al fraile, en un instante se alborotan todos y dan á huir cada uno por su parte, diciendo: *amo, amo*, que quiere decir:—no, no; que no queremos que este nos bautice á nosotros, ni á nuestros hijos.—Y ni basta el español ni los frailes á poderlos hacer juntar, hasta que despues fueron los que ellos querian; de lo cual no quedó poco maravillado el español que los tenia á cargo, y así lo contaba como cosa de admiracion."

Así como para persuadir es necesario estar persuadido, tiene que amar mucho quien quiera ser muy amado. Salvo casos muy escepcionales, esta ley de reciprocidad se observa en la correspondencia de los afectos humanos: ¿cómo, pues, podian sustraerse á ella corazones como los mejicanos, naturalmente rectos, inclinados al bien sin el mas mínimo esfuerzo, y en los cuales la memoria del beneficio recibido es una llama siempre viva que obliga á la gratitud! ¡Y cómo no aficionarse á unos hombres que sin aparato, sin otra mira que el deber, á costa de

mil penalidades y con peligro de su fama y aun de su misma existencia, desempeñaban el papel de patronos de la desgracia ante el inexorable tribunal de los opresores! Apreciada como es debido esta conducta, ¿podia el corazon, podia la inteligencia desdeñar el suave yugo del Evangelio? ¿Era dable rechazar una doctrina que se predica, que se patentiza con la palabra y con las obras? ¿Podian ser objeto de indiferencia los misioneros sencillos en quienes se admiraba este feliz consorcio del pensamiento con la realidad?

De ninguna manera, y he aquí por qué la popularidad de los franciscanos era inmensa; he aquí por qué ese prestigio, hijo de la caridad y de la pureza de costumbres, fue siempre en ellos un poder irresistible y sobrehumano con que realizaron en aquella sociedad las mas nobles empresas.

¿Se pretende tener un ejemplo de los hechos que servian de base á esa influencia? No hay mas que recordar la respuesta que los vecinos de algunos pueblos dieron á D. Sebastian Ramirez de Fuen Leal, presidente de la primera audiencia, con ocasion de preguntarles por qué no recibian bien sino á los frailes de San Francisco. "Porque estos (decian) andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente."

¡Respuesta admirable! ¡leccion sublime que debieran aprovechar en todos tiempos los ministros de paz, pues que resume las causas de merecimiento y simpatía entre todos los hombres y señaladamente entre los desgraciados!

Pudieran tambien los naturales haber añadido, que los franciscanos tan luego como el sayal se les caia á pedazos de viejo, en lugar de cubrir su desnudez con otra tela mas fina como pudieran, echaban mano de la tosca manta que fabricaban los mejicanos para el mismo objeto; pues tal es el orígen del hábito azul que aquellos vistieron hasta nuestros dias, y que no usan los de su misma observancia en Europa.

Hasta este grado llegó el espíritu de confraternidad práctica de los frailes menores con los hijos de Méjico. Y si se reflexiona que entre esos frailes se contaban hombres tan eminentes en santidad, artes y letras como los Valencias y los Gantes, los Sahaguns y Torquemadas, los Margiles y Aparicios, no será fácil contener un movimiento de admiracion y gratitud.

Uno, sin embargo, se distinguió en esta parte sobre todos, y fue el popular y amabilísimo lego, cuya vida vamos á referir en el capítulo siguiente.

VII.

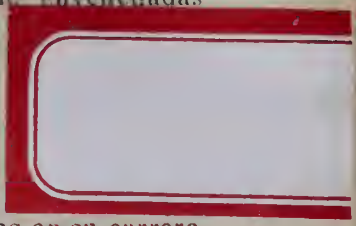
FRAY PEDRO DE GANTE.

¿Conoceis el canal que une la laguna de Texcoco con la garita de san Lázaro? ¿Habeis entrado alguna vez en una canoa y caminado desde el embarcadero hasta el *Cubito*, deslizándoos muellemente por el agua aprisionada entre las dos orillas cubiertas de matorrales? ¿Sería posible que no hubiéseis visitado los baños del Peñon, del Peñon que no lejos de allí se levanta como una pirámide egipcia?

Pues bien, toda esa superficie, de aspecto adusto y desolado, cubierta de eflorecencias de sosa, que se dilata á uno y otro lado del canal, no existia en los primeros años que siguieron á la conquista, y en su lugar se veian espejear las salobres aguas del lago, que estendia sus brazos cristalinos para ceñir á la ciudad mas bella del nuevo mundo.

Por aquella superficie, entonces tersa y brillante como el escudo de un héroe de Homero, bogaron los bergantines que mandó construir Cortés y que tan poderoso ausilio le dieron para la toma de Méjico; en la misma se hundió destrozada la flota azteca despues de combatir heróicamente por la libertad de la patria, mientras las olas verdinegras se estrellaban contra las rocas porfiríticas del Peñon, que aparecia como un escollo, ó como el rostro de un titan asomando entre las aguas; y por ella tambien en un dia de júbilo, despues de tanta desventura, despues de tanta humillacion, se veia resbalar engalanada y risueña otra flota compuesta de canoas y chalupas, que no se

preparaba á ningun combate, y que en lugar de envenenadas pasiones solo encerraba corazones agradecidos.



I.

Hermosa está la mañana.

El sol, que ha caminado apenas algunas horas en su carrera estiende sus rayos benéficos por el espacio, dando lustre y vida á todos los séres, como el alma radiante de la creacion.

Todo á su presencia parece nadar en una atmòsfera embriagadora de bienestar inefable.

La selva de pinos y madroños que forma la magestuosa vestidura de las montañas; los fresnos y sauces del valle, de cuyos troncos henchidos de savia brotan tiernos y graciosos renuevos: las aves que cantan cerca del nido situado en la parte mas recóndita del follaje, adonde apenas penetra un rayo de luz; el insecto de dorso azul y alas tornasoladas que zumba entre las mil florecillas silvestres de la llanura; el lago por allá tranquilo y silencioso, y mas acá ligeramente agitado, deslumbrador, armonioso, con sus innumerables y pequeñas olas, lenguas de luz que cantan, rien, suspiran y hablan entre sì, se persiguen, se chocan y confunden incesantemente; todo, todo en el gran cuadro que se ofrece á la mirada, se siente envuelto en el suave ardor del entusiasmo, y gozándose en la posesion de una felicidad imperturbable, no respira mas sentimiento que amor, ni tiene otra voz que armonía. ¡No! esta hora no es la del éxtasis de la naturaleza, no es el crepúsculo; es el momento de animacion, es el momento de superabundancia de vida, de goce infinito, de regocijo sublime, de afecto apasionado, de himno universal!

II.

Entre tantó, bogan ligeros los esquifes de que se compone la flota, surcando armoniosamente las aguas al compás de los remos, de los cuales se desprenden gotas cristalinas.

¿A dónde se dirigen? ¿qué fiesta los atrae al centro del lago? Las matronas y las doncellas van sentadas á la popa, coro-

nadas de flores; los jóvenes reman, y los ancianos llevan ramilletes en la mano. Todos son mejicanos.

Arriban á orillas del Peñon; mas no se detienen. Su vista indagora busca á lo lejos un objeto, un objeto que esperan con ansia, y que tan pronto creen descubrir, como se les pierde en la línea indecisa que forma el límite visible del lago.

—¿Nos habrán engañado?

—¿Habrá diferido para otro dia su venida?

—No sino que la canoa en que viene, ha de ser muy pesada.

—¡Malos remeros!

—¡A qué hora llegará nuestro padre!

—Si tarda mas, el sol va á molestarle demasiado.

No bien se ha pronunciado la última de estas espresiones, cuando se escapa una voz de triunfo de labios de un jóven que va en la canoa delantera.—¡Ya viene!

—¡Sí, ya viene! esclaman varios á un tiempo.

Y á estos gritos siguen otros mil que casi ahogan los acentos de las músicas producidos por instrumentos poco tiempo antes desconocidos de los naturales, y que ahora tocan con destreza.

La armonía y los discordes gritos se perdieran en el espacio, si no fuera por el Peñon, en cuyas laderas hallan un eco fiel é instantáneo.

III.

Al principio se deja ver un punto negro inmóvil en el confin plateado: ¿es un ánade ó es una barca?

Poco á poco su forma va tomando mas bulto.

Tan pronto parece alzarse como sumergirse en el agua.

Es una canoa que avanza ligera, y ya se distingue el movimiento de los remos.

La flota se mueve con gentileza, y redoblan la algazara y los conciertos de las músicas.

—¡Oh! cuánto tardaba, esclaman los ancianos.

—Ahora sí, ya viene nuestro padre, y vosotros tornareis á la escuela, dicen las madres dirigiéndose á los niños que juegan á su lado.

—¡Enhorabuena! contestan estos, y sonriendo complacidos se hacen entre sí diversas preguntas:

—Y tú ¿qué sigues aprendiendo luego que sepas leer y escribir?

—Yo aprenderé á contar, ¿y tú?

—La música, la música que tanto me agrada.

—Es mejor un oficio de carpintero ó de herrero.

—Es oficio de españoles; yo mas quiero irme á labrar el campo de mis padres.

—¡Y qué vida vas á pasar en tu pueblo!

—Mejor que la que tú pases en la ciudad.

—Allí no verás las fiestas de San Francisco, que son tan galanas.

—Veré las fiestas de mi lugar.

—¡Y si te fastidias de vivir allí!

—Nadie se cansa de vivir en la tierra donde nació y donde tiene su padre y su madre.

—Pero nuestro padre quiere que todos cuando grandes vivamos en Méjico, y por eso nos enseña oficio de españoles.

—No, lo que quiere es que cada cual tenga medios para ganar su pan en donde quiera se encuentre.

—Oh! ya se acerca! dicen muchas voces en coro: ¡miradle!

Y en efecto, la barca de forma equívoca no ha mucho, está ya á poca distancia de la flota.

Viene en ella un anciano religioso de San Francisco, y al notar que la muchedumbre de canoas que tiene á la vista, se mueve en masa para salirle al encuentro, se pone en pié apoyándose en su báculo.

—Hijos mios, dice en muy buen mejicano, hijos mios, ¡por qué haceis esto conmigo! ¡no fuera mejor habernos visto hasta Méjico! ¡para qué molestaros!

Y en este instante todas las canoas ya se ven en torno de la que él ocupa.

Cesan de repente las músicas, cesa la vocería; y en medio de un silencio solo interrumpido por el sonar de las olas que acarician los lados de las barcas, se deja oir la voz de un anciano cacique que en actitud respetuosa pronuncia delante del franciscano una alocucion de bienvenida.

Esa voz es tierna é insinuante como la voz de un padre lleno de esperiencia que da sabios consejos á su hijo; esa voz recuerda las arengas que en otro tiempo pronunciaban los embajadores aztecas en el palacio y ante el monarca á quien iban á

felicitar por algun fausto suceso á nombre de sus soberanos; voz solemne y apacible, hija de la amistad, espresion de benevolencia, que hacia esclamar al objeto del agasajo, en respuesta al embajador:

"Fragantes son los ecos de tus labios
Como las olorosas clavellinas:
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas."

Recuerda el anciano cacique todos los beneficios de que es deudor el pueblo al buen religioso; siente placer en referirlos con todas sus circunstancias, con todos sus pormenores; promete en su nombre y de todos los mejicanos que la memoria de esos beneficios será eterna en los corazones; y haciendo una conversion á los dias mas risueños de su juventud, concluye asegurando que jamás ha esperimentado mayor gozo que el que siente en este instante al recibir á tal personage y en presencia de tal espectáculo.

El religioso contesta en términos breves y espresivos, y estrechando contra su corazon al cacique y á todos los de la comitiva, llega á tal punto su emocion, que le priva del uso de la palabra; dirige al cielo sus miradas y vierte lágrimas de ternura.

IV.

Veamos qué pasa entre tanto en la ciudad.

La gente que puebla las calles y la que está reunida en el llano ó plaza de San Lázaro hace mil comentarios acerca de los hechos que acabamos de referir.

—Dicen que hoy llega.

—¿Quién?

—Quien habia de ser, Fr. Pedro.

—¡Fr. Pedro de Gante?

—Ya, y por eso los naturales están tan regocijados, que no parece sino que han ido á recibir á uno de sus antiguos señores

—Razon les sobra: ¡es tan bueno Fr. Pedro!

—Sí, mas parece que antepone los indios á sus propios paisanos.

—Merecida aficion por cierto.

—No es compatriota nuestro, que es de la tierra del emperador. Tampoco Su Magestad ve en todo por nuestro interés, y ya por ahí se dice que va á mandar quitar las encomiendas. Fr. Pedro hace sus veces en la tierra, quitándonos el amor que los naturales era justo nos tuvieran.

—Fuera justo cuando vosotros los encomenderos los tratáseis como Fr. Pedro. El los acaricia como á hijos; ha puesto escuelas para los niños, donde los enseña á leer y escribir, es su maestro en la música, y ha conseguido que muchos hayan aprendido á tocar varios instrumentos, que ya es maravilla ver cómo ofician en la iglesia; por él ya saben todo género de industrias, y han salido hábiles en las artes mecánicas, como pocos artífices de España. Y vosotros ¿qué habeis hecho por su bien! Ni la doctrina les enseñais, con ser obligacion de todo cristiano viejo enseñarla á sus sirvientes, y mayormente cuando la condicion con que os los da Su Magestad en encomienda es, que los habeis de asistir y atender en todo lo que mira á su salud espiritual. Con que no portándoos con ellos como padres, razon tienen en amartelarse de Fr. Pedro, dándole un corazon que vosotros no habeis sabido grangearos.

—Si les mostrásemos cariño se rebelarian contra nosotros creyendo que era de miedo: son de mala condicion.

—Al contrario, apenas haya gente en el mundo de mejores entrañas y de condicion mas apacible.

—Poco, segun veo, los conoceis.

—Converso y trato con ellos muy á menudo, y vos sois quien poco los conoce.

—Han menester ser gobernados con rigor. Nos quieren mal, que no pueden hasta ahora perdonarnos la conquista de sus reinos, y he oido, yo, que les entiendo su lengua, mil blasfemias y juramentos contra los españoles, en todas las conversaciones que tienen entre sí, sobre todo cuando recuerdan la muerte de su último monarca, y la matanza que hizo de sus principales caciques, D. Pedro de Alvarado. No hay que dar crédito á los frailes en todo lo que de ellos cuentan, que por mi parte apenas me voy convenciendo que son hombres capaces de sacramentos.

—¡Pero vos habeis perdido el seso!

—Eso de que pueblos enteros vienen á la fe, los siguen por todas partes, quiebran los ídolos, derriban los templos del demonio, y otras mil proezas, cuéntenlo allá á los bobos.

—¡Pero es posible que tengais ojos y no veais! ¿no habeis nunca asistido á San Francisco ó á la casa de Tlatelolco? ¿Quién fuerza á tantos y tantos indios como allí se juntan para venir á escuchar la divina palabra, pedir el bautismo, quebrar los ídolos delante de los frailes y mostrarse contentos de conocer la verdadera religion? ¿Por qué traen sus hijos al templo de Dios á que se eduquen?

—Perdonad; reparo que habeis tomado muy á pechos la defensa de los indios, y que usurpais sus fueros al obispo de Chiapas, á ese Cassaus ó Las Casas, ó llámese como se quiera....

—Y noto yo que envolveis en vuestro injusto menosprecio no solo á los indios y sus protectores los frailes, mas tambien á un varon tan eminente como el que acabais de nombrar, y bueno será daros á entender que, á fe de caballero, conceptúo vuestro sentir en esta parte harto infundado, y muy lejos de lo que fuera de esperarse de un buen castellano.

—¡Ni vos ni nadie serán capaces de medir toda la grandeza del mal que ese obispo iluso nos ha causado y que redundará en perjuicio de los intereses de la corona.

—Los vuestros son los que os ponen una venda en los ojos, que os defiende ver las cosas como en sí son, ¡y voto á Dios que el buen obispo saldrá con la suya mal que pese á la codicia! Su raro ingenio y los quilates de su virtud le grangearán amigos en la corte, que serán ahora y mas adelante celosos patronos de la causa de los naturales. Mas perdonad.... no es en mi mano refrenarme cuando se trata de levantar la voz en pro del que padece.

—Sufra el yugo quien se ha hecho merecedor de llevarle en la cerviz. Sírvanos de algo la nueva tierra, que harto padecimos tambien en conquistarla.

—No siente como vos el Sr. Marques del Valle que aunque (acá para los dos) deslustró su blason con algunos hechos crueles durante la conquista, despues se ha mostrado y muestra muy humano con los pobres vencidos, y él pidió á S. M. los frailes para que los sostengan y amparen.

—¡Y torna á los frailes!

—Y algo mas os hablara de todos, si no se acercara ya uno en quien se encierran y acrisolan las perfecciones de muchos: allá viene Fr. Pedro; ved la gente cuál se agita: ¡qué victoria! ¿no os da envidia?

V.

Y en efecto, un inmenso concurso se adelanta por las calles que parten de la garita de San Lázaro.

No es una procesion: es un tumulto, pero un tumulto suscitado por generoso entusiasmo, por el amor, por el agradecimiento.

Las notas de la música vagan por los aires como los acentos mágicos de la alegría.

El semblante de los indios, habitualmente grave y melancólico, se ve animado de un gozo purísimo; sus ojos brillan con el delirio de la dicha.

Mas ¿quién camina enaltecido en medio del gentío?

Es un anciano, en cuyas sienes venerables se ostenta una magnífica guirnalda de rosas; es un héroe modesto que va sostenido en los hombros de aquellos á quienes hizo bien, y en medio del triunfo mas espléndido y mas desinteresado que han presenciado los montes de Anáhuac; es el padre de los desgraciados, el insigne Fr. Pedro de Gante!

Espárcense flores en su camino; vistosas danzas le preceden, y en medio de una muchedumbre atónita de admiracion ó exaltada por un júbilo febril, llega á los umbrales del convento de San Francisco, donde le reciben sus hermanos.

El sol desde el zenit contempla con faz radiante y magestuosa el espectáculo.

VI.

Digamos dos palabras acerca de la vida del hombre que era objeto de un recibimiento tan suntuoso.

Fue hijo de Flandes, nativo de la ciudad de Igüen, en la provincia de Budarda. Tomó en su juventud el hábito de San Francisco en el convento de Gante, segun se puede conjeturar. Su estremada humildad le impidió aspirar al sacerdocio, y contentóse con ser siempre lego, aunque le sobraban méritos para figurar en los mas altos puestos y dignidades de la órden.

Fue, como ya hemos dicho, de los primeros franciscanos que

vinieron á nuestro país recien hecha la conquista, emprendiendo su viaje en compañía de los padres fray Juan de Aora, hermano del rey de Escocia, y de fray Juan de Tecto, su mismo guardian en el espresado convento y catedrático de teología que habia sido en Paris.

Consagróse desde luego á sus apostólicas labores, enseñando á los naturales, juntamente con los principios civilizadores del cristianismo, las artes y los ramos todos del saber que forman la cultura de las sociedades. El primer teatro de sus virtudes y talento fue Texcoco.

De allí, y cuando hubo de asociarse á los doce misioneros que vinieron en 1524, pasó á Méjico, donde hizo construir la capilla de San José, á espaldas de la primera iglesia de San Francisco el grande; y en el gusto por edificar sobresalió tanto, que á él se deben mas de cien iglesias de esta ciudad y los alrededores, siendo entre otras, segun se cree, las de San Antonio de las Huertas, Santa María, Salto del Agua, Popotla, Tacuba y San Bartolo.

Asimismo puso él los cimientos del actual colegio de San Juan de Letran, que segun su institucion primitiva era escuela de niños nobles, hijos de los señores del imperio mejicano, á quienes el venerable Gante aleccionaba en los ejercicios artísticos y literarios ya dichos, cuidando á un tiempo de su cristiana educacion, y de asegurarles en la vida la felicidad que proporciona una subsistencia honrosamente adquirida por la industria y el trabajo. En esa escuela, que á la sazon era el santuario de las artes entre nosotros, se hicieron las primeras imágenes y retablos para las iglesias de toda la República.

Con no menos empeño procuró saber la lengua mejicana, y consiguió su objeto tan cumplidamente, que á pesar de ser tartamudo conversaba en ella con los naturales como si la hubiera ejercitado desde sus primeros años, no siendo este el menor de los motivos porque tanto le querian. Cuando no habia sacerdote que la supiese, él hacia sus veces con fruto en la predicacion. Compuso en la propia lengua un tratado de la doctrina cristiana muy estenso. Vetancurt afirma que Fr. Pedro la tradujo en mejicano y que á los dos años la tenia ya impresa en Amberes, cuya edicion pone en duda con buenos fundamentos nuestro docto anticuario, D. José Fernando Ramirez, segun lo espresa en una nota que acompaña á su curiosa obra titula-

da: *Noticias de la vida y escritos de fray Toribio de Benavente, ó Motolinia.*

Tales méritos, prendas tan raras y estimables, era imposible que no le grangearan el amor de todos y en especial de los mejicanos, siendo muy notable sobre este particular un pasage del artículo que el Sr. Dávila consagrò á nuestro héroe en el Diccionario de Historia y Geografía ya citado. Helo aquí:

"Fue muy querido este varon de Dios de toda nuestra nacion y en todo el discurso de su vida, como se vió con multiplicados y repetidos ejemplos. Porque siendo fraile lego y habiendo otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios, y prelados de la órden, que los confesaban y predicaban, solo conocian á fray Pedro de Gante por particular padre, y á él acudian en todos sus negocios, trabajos y necesidades; y así dependian de él principalmente los gobernadores de las parcialidades de indios de esta ciudad y los de su comarca, en lo espiritual y eclesiástico, que solia decir el segundo arzobispo D. Fr. Alonso de Montúfar, de la órden de predicadores, como refiere el P. Torquemada:—Yo no soy arzobispo de Méjico, sino fray Pedro de Gante, lego de San Francisco.—Y á la verdad, aunque no lo era, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su venerable antecesor, D. Fr. Juan de Zumárraga, si este bendito y humilde lego hubiera querido ordenarse de sacerdote; porque el emperador Cárlos V., como era de su patria y tenia entera noticia de su apostólica vida y veneracion de su persona, lo estimaba en mucho, y lo convidò con el arzobispado de Méjico; pero el religioso varon, huyendo esta elevada dignidad, escogiò permanecer en su estado humilde de lego. Viniéronle en distintas veces tres licencias, sin procurarlas él ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera del Papa Paulo III, la segunda del capítulo general celebrado en Roma, siendo generalísimo de la órden fray Vicente Lunel, y la tercera, de un nuncio apostólico, que estuvo en la corte de Cárlos V, que seria por ventura á solicitud del mismo emperador, que, como queda dicho, lo queria hacer arzobispo, y tomaria este medio para ejecutar mejor su intento; mas todo esto desechó el verdadero siervo de Jesucristo, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocacion, con que fué llamado de Dios al estado monástico."

Quizá esta aficion señalada, quizá este empeño de parte

de Cárlos V en colmarle de favores, ha dado visos de probabilidad á la sospecha de algunos que le han supuesto hijo natural del emperador, si bien esta parece corroborada con las palabras de Vetancurt, cuando refiriéndose al monarca, le llama *su muy cercano pariente.*

Sin envolvernos en investigaciones de tan poco momento, señalemos ya el motivo que le tuvo por algun tiempo fuera de la capital, su ordinaria residencia.

Como á todo varon eminente, no le faltaron émulos y enemigos que le suscitaran persecuciones, porque, dice bien el citado cronista, "los que sirven más suelen estimarse menos, y son mas arresgados á la calumnia, ó ya con celos indiscretos de los que persiguen, ó ya por falsos testimonios que les levantan." No se sabe á punto fijo la absurda especie que sirvió de cimiento á la calumnia, ni por quién fue ideada, pero sí es seguro que nuestro Fr. Pedro fue víctima de las intrigas de algun mal queriente que le atribuia faltas que no habia cometido y que tal hubo de ser la causa, ó pretesto para que los superiores le obligasen á irse á morar en el convento de Tlaxcala, en donde siempre sostenido por el espíritu que le animó desde sus primeros pasos en la carrera apostólica, siguió doctrinando y civilizando á los naturales con la paciencia y tolerancia que le distinguian, y sin que se alterase en nada el carácter jovial que le hacia tan amable y buscado de todos.

Pero el triunfo de la calumnia fue de poca duracion, y la verdad dió á conocer la inocencia del virtuoso fraile, disipando las nieblas de la intriga; arrepiéntense los superiores del injusto destierro á que le condenaron; llámanle á Méjico, á donde su presencia era la dicha, su persona un objeto idolatrado, y vuelve en efecto sin rencor, sin animadversion para con nadie, ángel de paz, lleno de amor y de ternura, haciendo su entrada, modestamente alegre con sus amigos, en brazos de estos y con la pompa sin rival que se ha descrito.

VII.

¿Por qué es inevitable la ley de destruccion? ¿por qué todo está sujeto á fenecer en este mundo?

Si algun argumento formidable tienen contra sí los partida-

rios del optimismo es esta triste necesidad de la muerte, *neces sitas leti*, que aunque á veces se acepta como una dicha, pesa tambien sobre séres cuya existencia debia durar eternamente para beneficio de la humanidad. Acabe el mal, desaparezca de la tierra; pero ¡cómo es que el bien, la ciencia, la virtud se abis man igualmente en las lóbregas profundidades del sepulcro!.....

Al recorrer el libro de la vida de nuestro héroe, no hemos ha llado hasta aquí sino motivos de agrado y bendiciones; mas tiempo es ya de leer la última página, la página sombría.

Amaneció un dia aciago en que una voz de dolor circuló por la ciudad y pueblos comarcanos:—¡El siervo de Dios ha muerto!

Todos se conmueven á este anuncio.

Los lúgubres acentos de las campanas se difunden por el aire, como los gemidos de todo un pueblo que queda en la orfandad.

La gente se apiña en el cementerio del convento; agólpase á las puertas, y quiere á toda costa bañar con su llanto los restos ya frios é inanimados del varon ilustre.

Los naturales vienen de muchas leguas á la redonda á im primir sus labios en la mano que en otro tiempo les enseñó las artes, y que jamás se abrió sino para derramar beneficios á los pobres y acariciar á la inocencia. Vienen á tributar el último homenage de su reconocimiento al padre, al amigo que acaban de perder.

Mas si el duelo se pinta en los semblantes, si todos los vesti dos son luto, el aspecto del venerable religioso dista mucho de infundir tristeza: posa en su frente una claridad divina, una amable sonrisa espresan sus labios, y tiene los ojos cerrados apaciblemente. Parece un niño dormido. . . .

Las flores que cubren los bordes del ataúd, las que alfombran la estancia, ofrecen esmaltados colores á la vista, esparciendo suavísima fragancia en el ambiente.

Llega despues la hora de las exéquias, que se celebran con una solemnidad, con una magnificencia que no se ven iguales en el funeral de los reyes. Todo en ellas lo desempeña la mas pura amistad y el mas profundo reconocimiento.

Los naturales se empeñan en poseer el cuerpo venerable para darle sepultura en su iglesia favorita de San José, y así se eje cuta. Cada una de las parcialidades de esta ciudad le tributan fúnebre homenage y el duelo dura por muchos dias.

VIII.

El aniversario fue tan solemne como el entierro, manifestando los naturales el dia en que se verificó, que la memoria del bienhechor y del amigo no se habia evaporado de su corazon.

Fr. Pedro de Gante es uno e esos caracteres amables que viven siempre en la gratitud del humano linaje, y á quienes consagra la historia sus páginas mas hermosas; es imposible negarle este tributo que nace espontáneamente del alma seducida por una virtud que, aunque en realidad severa, solo tiene para el hombre sonrisas y agasajos.

¿En dónde es ignorado el nombre del lego artista, que ocupado incesantemente en ilustrar á los indios, tenia una mano para el silabario y la otra para algun instrumento perteneciente á oficios mecánicos? Pocos son los conventos y aun parroquias de las que administraban antes los franciscanos, en que no se conserve su retrato como un precioso tesoro.

El que damos nosotros á luz está copiado del que se halla en el colegio de San Juan de Letran, y, segun fama, es uno de los mejores que hay en la República. La vista sola de ese retrato da una sinópsis de la vida y méritos del buen lego, y ella sola tambien, mejor que todo cuanto pudiera escribirse, constituye su mas cumplida alabanza.

VIII

LITERATOS —MOTOLINÍA.

Ya hemos seguido á la religion seráfica en los primeros pasos que dió por la senda de la conversion de los naturales al cristianismo; y antes de apartarnos de aquel período de lozana juventud, réstanos considerarla en sus relaciones con la esfera literaria, en la cual brillaron como astros algunos de sus hijos.

EL V. Fr PEDRO DE GANTE.

Descuella entre ellos Fr. Toribio de Benavente ó Motolinía, cuyo carácter personal así como el de sus escritos pueden estudiarse ampliamente en el opúsculo del Sr. Ramirez, poco antes citado. Contrayéndonos á estos últimos por ahora, llama ciertamente la atencion el estenso catálogo que los abraza no menos que la variedad de materias sobre que versan, con especialidad cuando se reflexiona que el escritor no podia consagrar á las letras sino los escasos momentos que le dejaban libres ocupaciones de mas valía.

De estas obras no conocemos nosotros mas que las publicadas por el Sr. García Icazbalceta en su coleccion de documentos, y son: la *Historia de los Indios de la Nueva-España*, y la *Carta al emperador Cárlos V.* El primero de estos escritos nos ha suministrado varias noticias que están sembradas en el curso de esta narracion; mas para que el lector que no los conozca se forme una idea completa, en cuanto cabe, del estilo de Motolinía, vamos á presentarle algunos otros pasages, prefiriendo aquellos que derraman luz sobre puntos interesantes de historia y geografía.

"En el año del Señor de 1523, dia de la conversion de San Pablo, que es el 25 de Enero, el P. Fr. Martin de Valencia, de santa memoria, con once frailes sus compañeros, partieron de España para venir á esta tierra de Anáhuac, enviados por el reverendísimo P. Fr. Francisco de los Angeles, entonces ministro general de la órden de San Francisco. Vinieron con grandes gracias y perdones de nuestro muy Santo Padre, y con especial mandamiento de S. M. el emperador nuestro señor, para la conversion de los indios naturales de esta tierra de Anáhuac, ahora llamada Nueva-España."

He aquí el primer párrafo de la historia, que no hemos podido resistir al deseo de trascribir como un dechado de narracion sencilla y elegante. Bien se echa de ver que Motolinía seguia el precepto de Horacio en órden á evitar los comienzos retumbantes, *inceptis gravibus.*

No menos fácil y gracioso es el estilo en lo restante de la obra, siendo notable entre otros el siguiente pasage, que da á conocer el estado de las costumbres religiosas de los naturales en aquella época, el cual ha variado muy poco en nuestros dias, segun se notará:

"Celebran las fiestas y pascuas del Señor y de nuestra Señora, y de las advocaciones principales de sus pueblos, con ma-

cho regocijo y solemnidad. Adornan sus iglesias muy pulidamente con los paramentos qué pueden haber, y lo que les falta de tapicería suplen con muchos ramos, flores, espadañas, juncia que echan por el suelo, yerbabuena, que en esta tierra se ha multiplicado cosa increible, y por donde tiene de pasar la procesion hacen muchos arcos triunfales hechos de rosas, con muchas labores y lazos de las mismas flores; y hacen muchas piñas de flores, cosa muy de ver, y por esto hacen todos en esta tierra mucho por tener jardin con rosas, y no las teniendo ha acontecido enviar por ellas diez y doce leguas á los pueblos de tierra caliente, que casi siempre las hay, y son de muy suave olor. Los indios señores y principales, ataviados y vestidos de sus camisas blancas y mantas, labradas con plumajes, y con piñas de rosas en las manos, bailan y dicen cantares en su lengua, de las fiestas que se celebran, que los frailes se los han traducido, y los maestros de sus cantares los han puesto á su modo á manera de metro, que son graciosos y bien entonados; y estos bailes y cantos comienzan á media noche en muchas partes, y tienen muchas lumbres en sus patios, que en esta tierra los patios son muy grandes y muy gentiles, porque la gente es mucha, y no caben en las iglesias, y por eso tienen su capilla fuera en los patios, porque todos oigan misa todos los domingos y fiestas, y las iglesias sirven para entre semana: y despues tambien cantan mucha parte del dia sin se les hacer mucho trabajo ni pesa dumbre. Todo el camino que tiene de andar la procesion tienen enramado de una parte y de otra, aunque haya de ir un ti ro ó dos de ballesta, y el suelo cubierto de espadaña y de juncia y de hojas de árboles y rosas, de muchas maneras, y á trechos puestos sus altares muy bien adornados.

"La noche de Navidad ponen muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas las casas de azotea, y van las casas una legua, y dos, y mas, parecen de noche un cielo estrellado: y generalmente cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas que ponen mucha devocion y dan alegría á todo el pueblo, y á los españoles mucho mas. Los indios en esta noche vienen á los oficios divinos y oyen sus tres misas, y los que no caben en la iglesia por eso no se van, sino que delante de la puerta y en el patio rezan y hacen lo mismo que si estuviesen dentro. . . . . .

"En la fiesta de la Purificacion ó Candelaria traen sus candelas á bendecir, y despues que con ellas han cantado y andado la procesion, tienen en mucho lo que les sobra, y guárdanlo para sus enfermedades, y para truenos y rayos; porque tienen gran devocion con Nuestra Señora, y por ser benditas en su santo dia las guardan mucho.

"En el Domingo de Ramos enraman todas sus iglesias, y mas adonde se han de bendecir los ramos y adonde se tiene de decir la misa; y por la muchedumbre de la gente que viene, que apenas bastarian muchas cargas de ramos, aunque á cada uno no se le diese sino un pequeñito y tambien por el gran peligro de dar los ramos y tomarlos, en especial en las grandes provincias que se ahogarian algunos, aunque se diesen los ramos por muchas partes, que todo se ha probado, y el mejor remedio ha parecido bendecir los ramos en las manos; y es muy de ver las diferentes divisas que traen en sus ramos; muchos traen encima de sus ramos unas cruces hechas de flores, y estas son de mil maneras y de muchos colores, otros traen en los ramos engeridas rosas y flores de muchas maneras y colores, y como los ramos son verdes y los traen alzados en las manos, parece una floresta. Por el camino tienen puestos árboles grandes, y en algunas partes que ellos mismos están nacidos; allí suben los niños, y unos cortan ramos y los echan por el camino al tiempo que pasan las cruces, otros encima de los árboles cantan, otros muchos van echando sus ropas y mantas en el camino, y estas son tantas que casi simpre van las cruces y los ministros sobre mantas."

La *procesion de las palmas*, tal como la describe nuestro autor, se verifica hasta ahora de la misma manera en varias poblaciones que hemos visitado. En un lugar situado cerca de Tehuacan llamado Zapotitlan de las Salinas, los niños á semejanza de los que menciona el historiador, desempeñan su papel con el nombre de *benedictus*, para lo que manifiestan gran alborozo. Vístenlos las madres con un traje blanco adornado de lazos de colores, y provistos de sendos pañuelos con rosas suben á los árboles situados á orillas de la carrera de la procesion; tan luego como pasa el Señor de Ramos cantan *benedictus qui venit in nomine Domini*, y lanzando al aire el pañuelo que sostienen mediante una cuerda, hacen caer una lluvia de flores.

En punto á descripcion de costumbres el Padre Benavente

quizá no tiene superior entre los historiadores de nuestra nacion. Hay tal candor, hay tal verdad en las pinturas que nos presenta, como en todos los cuadros que son la genuina expresion de la naturaleza; y el ánimo se ve arrastrado á darle asenso, porque no puede menos de ser asi, porque hay algo que convence de que el hombre que tal dice, no ha sido engañado ni pretende engañarnos.

De su obra pudieramos sacar una serie completa de cuadros de las fiestas cristianas, tales como entonces se celebraban, lo cual seria salvar los límites dentro de los cuales debe permanecer nuestra relacion en esta parte: basta asegurar que todas las principales festividades tenian verificativo, así en Méjico como en las demas poblaciones, con una pompa y magnificencia que parecen fabulosas.

Pero á todas se aventajó la solemnidad del dia de Corpus Christi, y en especial la que celebraron los tlaxcaltecas en el año de 1538, hablando de la cual el Padre Fr. Toribio dice, "que merece ser memorada, porque creo que si en ella se hallaran el Papa y Emperador con sus cortes, holgaran mucho de verla, y puesto que no habia ricas joyas ni brocados, habia otros aderezos tan de ver, en especial de flores y rosas que Dios cria en los árboles y en el campo, que habia bien en que poner los ojos y notar, cómo una gente que hasta ahora era tenida por bestial supiesen hacer tal cosa."

Difuso en demasia fuera presentar por completo la descripcion que hace de esa fiesta tan ruidosa; pero creemos que será vista con gusto la noticia que nos da relativa al tiempo y lugar en que comenzaron las procesiones en el país:

"El cuarto año (dice) de la llegada de los frailes á esta tierra fue de muchas aguas, tantó que se perdian los maizales y se caian muchas casas. Hasta entonces nunca entre los indios se habian hecho procesiones, y en Texcoco salieron con una pobre cruz, y como hubiese muchos dias que nunca cesaba de llover, plugo á Nuestro Señor por su clemencia, y por los ruegos de su Sacratísima Madre, y de San Antonio, cuya advocacion es la principal de aquel pueblo, que desde aquel dia mismo cesaron las aguas, para confirmacion de la flaca y tierna fe de aquellos nuevamente convertidos: y luego hicieron muchas cruces y banderas de santos y otros atavíos para sus procesiones, y los indios de Méjico fueron luego allí á sacar muestras para

lo mismo: y desde á poco tiempo comenzaron en Huezotzinco é hicieron muy ricas y galanas mangas de cruces y andas de oro y pluma; y luego por todas partes comenzaron de ataviar sus iglesias, y hacer retablos, ornamentos, y salir en procesiones, y los niños deprendieron danzas para regocijarlas mas."

No menos curiosa es la noticia que acerca del orígen de las palabras Yucatan y Catoche nos da Motolinìa en las líneas siguientes:

"Hay en estas montañas (las de Méjico) mucha cera y miel, en especial en Campech; dicen que hay allí tanta miel y cera y tan buena como en Safi, que es en Africa. A este Campech llamaron los españoles al principio cuando vinieron á esta tierra, Yucatan, y de este nombre se llamó esta Nueva-España Yucatan; mas tal nombre no se hallará en todas estas tierras, sino que los españoles se engañaron cuando allí llegaron: porque hablando con aquellos indios de aquella costa, á lo que los españoles preguntaban los indios respondian:—Tectetan, Tectetan, que quiere decir:—No te entiendo, No te entiendo:—los cristianos corrompieron el vocablo, y no entendiendo lo que los indios decian, dijeron:—Yucatan se llama esta tierra;—y lo mismo fue en un cabo que allí hace la tierra, al cual tambien llamaron cabo de Cotoch; y Cotoch en aquella lengua quiere decir casa."

Acabamos de saber el orígen de la denominacion de dos lugares: véamos el de una ciudad como la de Puebla, en cuya fundacion tuvo nuestro historiador una parte tan activa como inteligente. He aquí cómo se espresa:

"La ciudad de los Angeles que es en esta Nueva-España en la provincia de Tlaxcallan, fue edificada por parecer y mandamiento de los señores presidente y oidores de la Audiencia Real que en ella reside, siendo presidente el señor obispo Don Sebastian Ramirez de Fuenleal, y oidores el licenciado Juan de Salmeron, y licenciado Alonso Maldonado, el licenciado Ceinos, y el licenciado Quiroga. Edificóse este pueblo á instancia de los frailes menores, los cuales suplicaron á estos señores, que hiciesen un pueblo de españoles, y que fuesen gente que se diesen á labrar los campos y á cultivar la tierra al modo y manera de España, porque la tierra habia muy grande disposicion y aparejo; y no que todos estuviesen esperando repartimiento de indios: y que se comenzarian pueblos en los cuales

se recogerian muchos cristianos que al presente andaban ociosos y vagabundos; y que tambien los indios tomarian ejemplo y aprenderian á labrar y cultivar al modo de España; y que teniendo los españoles heredades y en que se ocupar, perderian la voluntad y gana que tenian de se volver á sus tierras, y cobrarian amor con la tierra en que se viesen con haciendas y grangerías, y que juntamente con esto haciendo este principio, sucederian otros muchos bienes, y en fin, tanto lo trabajaron y procuraron, que la ciudad se comenzó á edificar en el año de 1530, en las octavas de Pascua de Flores, á diez y seis dias del mes de Abril, dia de Santo Toribio, obispo de Astorga, que edificó la iglesia de San Salvador de Oviedo, en la cual puso muchas reliquias que él mismo trajo de Jerusalem. Este dia vinieron los que habian de ser nuevos habitadores, y por mandado de la Audiencia Real fueron ayuntados aquel dia muchos indios de las provincias y pueblos comarcanos, que todos vinieron de buena gana para dar ayuda á los cristianos, lo cual fue cosa muy de ver, porque los de un pueblo venian todos juntos por su camino con toda su gente, cargados de los materiales que era menester, para luego hacer sus casas de paja. Vinieron de Tlaxcallan sobre siete ú ocho mil indios, y pocos menos de Huexotzinco, y Calpa, y Tepeyacac, y Cholollan. Traian algunas latas y ataduras y cordeles, y mucha paja de casas, y el monte que no está muy lejos para cortar madera, entraban los indios cantando con sus banderas y tañendo campanillas y atabales, y otros con danzas de muchachos y con muchos bailes. Luego este dia, dicha misa, que fue la primera que allí se dijo, ya traian hecha y sacada la traza del pueblo, por un canteroque allí se halló, y luego sin mucho tardar los indios limpiaron el sitio, y echados los cordeles repartieron luego al presente hasta cuarenta suelos á cuarenta pobladores, y porque me hallé presente digo que no fueron mas á mi parecer los que comenzaron á poblar la ciudad.

"Luego aquel dia comenzaron los indios á levantar casas para todos los moradores con quien se habian señalado los suelos, y diéronse tanta prisa que las acabaron en aquella misma semana; y no eran tan pobres casas que no tenian bastantes aposentos. Era esto al principio de las aguas, y llovió mucho aquel año; y como el pueblo aun no estaba sentado ni pisado, ni dadas las corrientes que convenian, andaba el agua por todas las

casas, de manera que habia muchos que burlaban del sitio y de la poblacion, la cual está asentada encima de un arenal seco, y á poco mas de un palmo tiene un barro fuerte y luego está la tosca. Ahora ya después que por sus calles dieron corrientes y pasada al agua, corre de manera que aunque llueva grandes turbiones y golpes de agua, todo pasa, y desde á dos horas queda toda la ciudad tan limpia como una Génova. Despues estuvo esta ciudad tan desfavorecida, que estuvo para despoblarse, y ahora ha vuelto en sí y es la mejor ciudad que hay en toda la Nueva-España despues de Méjico; porque informado su magestad de sus cualidades, le ha dado privilegios reales.

"El asiento de la ciudad es muy bueno y la comarca la mejor de toda la Nueva-España, porque tiene á la parte del Norte á cinco leguas á la ciudad de Tlaxcallan: tiene al Poniente á Huexotzinco, á otras cinco leguas; al Oriente tiene á Tepeyacac, á cinco leguas; á Mediodía es tierra caliente, están Itzocan y Cuauhquechollan á siete leguas; tiene á dos leguas á Cholollan, Totomiahuacan; Calpa está á cinco leguas: todos estos son pueblos grandes. Tiene el puerto de la Veracruz al Oriente á cuarenta leguas; Méjico á veinte leguas. Va el camino del puerto á Méjico por medio de esta ciudad; y cuando las recuas van cargadas á Méjico, como es el paso por aquí, los vecinos se proveen y compran todo lo que han menester en mejor precio que los de Méjico; y cuando las recuas son de vuelta, cargan de harina, y tocino, y bizcocho, para matalotaje de las naos: por lo cual esta ciudad se espera que irá aumentándose y ennobleciéndose."

Dos capítulos, y no cortos, consagra nuestro autor al mismo asunto, encerrando en ellos la descripcion geográfica y topográfica no solo de Puebla, sino de sus alrededores, alcanzando hasta el valle de Atlixco que llama vega, y de la cual dice, "que en toda la Nueva-España no hay otra mejor; porque personas que se les entiende y saben conocer las tierras, dicen que es mejor esta vega que la Vega de Granada en España, ni que la de Orihuela."

Campean singularmente en la obra que estudiamos los datos estadísticos; pero esto no quiere decir que la narracion de Motolinía carezca de ese brio, de ese tono apasionado que distingue los escritos del hombre sensible á las bellezas físicas y mo-

rales, y suele tener pasages en que brilla cierta elocuencia encantadora:

"De dos veces que yo navegué por este estero que digo (el formado por el rio Papaloápan), la una fué una tarde de un dia claro y sereno, y en verdad que yo iba con la boca abierta mirando aquel Estanque de Dios, y veia cuán poca cosa son las cosas de los hombres y las obras y estanques de los grandes príncipes y señores de España, y cómo todo es cosa contrahecha adonde están los príncipes del mundo, que tanto trabajan por cazar las aves para volar las altanerías desvaneciéndose tras ellas; y otros en atesorar plata y oro y hacer casas y jardines y estanques; en lo cual ponen su felicidad: pues miren y vengan aquí, que todo lo hallarán junto, hecho por la mano de Dios, sin afan ni trabajo, lo cual todo convida á dar gracias á quien hizo y crió las fuentes y arroyos, y todo lo demas en el mundo criado con tanta hermosura. . . ."

Motolinía estaba muy léjos de aprobar la conducta de los españoles que pasaban á América solo por el ansia de enriquecerse, y más cuando para buscar los tesoros se servian de los naturales, oprimiéndolos y haciéndolos trabajar hasta que morian. Sobre este punto es notable la variedad de armas de que hace uso para combatir el vicio, y la destreza con que las maneja. Echa mano á veces del ridículo como en el siguiente pasage:

'Cuando los españoles se embarcan para venir á esta tierra, á unos les dicen, á otros se les antoja, que van á la isla de Ofir, de donde el rey Salomon llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos en ella van; otros piensan que van á las islas de Tarsis ó al gran Cipango, á do por todas partes es tanto el oro que lo cogen á haldadas; otros dicen que van en demanda de las Siete Ciudades, que son tan grandes y tan ricas, que todos han de ser señores de salva. . ."

Otras veces clama indignado enumerando los graves males que causa la maldita sed de la riqueza, *auri sacra fames*:

"¡Oh qué rio de Babilonia se abrió en la tierra del Perú! ¡Y cómo el negro oro se vuelve en amargo lloro, por cuya codicia muchos vendieron sus patrimonios, con que se pudieran sustentar tan bien como sus antepasados! Y engañados en sus vanas fantasias, de adonde pensaban llevar con que se gozar, vinieron á llorar, porque antes que llegaran al Perú, de diez apenas escapaba uno, y de ciento diez; y de aquellos que escapaban, lle-

gados al Perú han muerto mil veces de hambre y otras tantas de sed, sin otros muchos innumerables trabajos, sin los que han muerto á espada, que no han sido la menor parte. Y porque de mil ha vuelto uno á España, y este lleno de bienes, por ventura mal adquiridos, y que segun San Agustin no llegarán al tercero heredero, y ellos y el oro todos van de una color, porque con el oro cobraron mil enfermedades, unos tullidos de bubas, otros con mal de ijada, hazo, y piedra, y riñones, y otras mil maneras y géneros de enfermedades, que los que por esta Nueva-España aportan en la color los conocen, y luego dicen:—este perulero es:—y por uno que con todos estos males (sin el mayor mal que es el de su alma) aporta á España rico, se mueven otros mil locos á buscar la muerte del cuerpo y del ánima; y pues no os contentastes con la que en España teniades, para pasar y vivir como vuestros pasados, en pena de vuestro yerro es razon que padezcais fatigas y trabajos sin cuento. ¡O tierra del Perú; rio de Babilonia, montes de Gelboe, adonde tantos españoles y tan noble gente ha perecido y muerto, la maldicion de David te comprendiò, pues sobre muchas partes de tu tierra ni cae lluvia, ni llueve ni rocia! ¡Nobles de España, llorad sobre estos malditos montes! pues los que en las guerras de Italia y Africa peleaban como leones contra sus enemigos, volaban como águilas siguiendo sus adversarios, en la tierra del Perú murieron no como valerosos ni como quien ellos eran, sino de hambre, y sed y frio, padeciendo otros innumerables trabajos, unos en la mar, otros en los puertos, otros por los caminos, otros en los montes y despoblados!"

Contrayéndose particularmente á las crueldades de los españoles con los desdichados indios, dice Benavente como poseido de horror é indignacion:

"Más bastante fue la avaricia de nuestros españoles para destruir y despoblar esta tierra, que todos los sacrificios y guerras y homicidios que en ella hubo en tiempo de su infidelidad, con todos los que en todas partes se sacrificaban, que eran muchos; y porque algunos tuvieron fantasía y opinion diabólica que conquistando á fuego y á sangre servirian mejor los indios, y que siempre estarian en aquella sujecion y temor, asolaban todos los pueblos donde llegaban: ¡cómo en la verdad fuera mejor haberlos ganado con amor, para que tuvieran de quien se servir! . . . "

Como el pasage anterior, pudiéramos poner á la vista otros muchos que honran á la vez los sentimientos del escritor y dan cabal idea de su estilo animado, vigoroso y piadosamente tierno. Ya en otra parte, cuando tratamos del convento de Santo Domingo, dimos a conocer á Motolinía como narrador de incidentes dramáticos, pues tal es la muerte de aquellos dos niños que el P. Fr. Bernardino Minaya pidió al guardian del monasterio de Tlaxcala, al pasar por esta ciudad en su viaje á la Zapoteca, y que fueron víctimas de los indios de Cuauhtinchan, pueblo de las cercanías de Tepeaca. Este incidente, con el martirio del niño Cristóbal, que refiere tambien Fr. Toribio, forma el asunto de su opúsculo titulado: *La vida y muerte de tres niños de Tlaxcalla que murieron por la confesion de la fe*, del cual, nos da un compendio en la obra que estudiamos. Y así para no dejar trunca esta leyenda, como porque la relacion de los padecimientos del niño Cristòbal forman un episodio interesante, será bien trascribirlo consagrándole el capítulo siguiente. Escuchemos á nuestro misionero.

IX.

CRISTÓBAL.

"En esta ciudad de Tlaxcallan fue un niño encubierto por su padre, porque en esta ciudad hay cuatro cabezas ó señores principales, entre los cuales se reduce toda la provincia, que es harto grande, de la cual se dice que salian cien mil hombres de pelea.

"Ademas de aquellos cuatro señores principales, habia otros muchos que tenian y tienen muchos vasallos. Uno de los mas principales de estos, llamado por nombre Acxotecatl, tenia sesenta mujeres, y de las mas principales de ellas tenia cuatro hijos; los tres de estos envió al monasterio á los enseñar, y el mas

amado de él y el mas bonito, é hijo de la mas principal de sus mujeres, dejóle en su casa como escondido.

"Pasados algunos dias y que ya los niños que estaban en el monasterio descubrian algunos secretos, así de idolatrías, como de los hijos que los señores tenian escondidos, aquellos tres hermanos dijeron á los frailes cómo su padre tenia escondido en casa á su hermano mayor, y sabido, demandáronle á su padre, y luego le trajo, y segun me dicen era muy bonito, y de edad de doce á trece años. Pasados algunos dias y ya algo enseñado, pidió el bautismo y fuele dado, y puesto por nombre Cristóbal.

"Este niño, ademas de ser de los mas principales y de su persona muy bonito y bien acondicionado y hábil, mostró principios de ser muy buen cristiano, porque de lo que él oia y aprendia enseñaba á los vasallos de su padre, y al mismo padre decia que dejase los ídolos y los pecados en que estaba, en especial el de la embriaguez, porque todo era muy gran pecado, y que se tornase y conociese á Dios del cielo y á Jesucristo su Hijo, que él le perdonaria, y que esto era verdad, porque así lo enseñaban los padres que sirven á Dios.

"El padre era un indio de los encarnizados en guerras y envejecido en maldades y pecados segun despues pareció, y sus manos llenas de homicidios y muertes. Los dichos del hijo no le pudieron ablandar el corazon ya endurecido, y como el niño Cristóbal viese en casa de su padre las tinajas llenas del vino con que se embeodaban él y sus vasallos, y viese los ídolos, todos los quebraba y destruia, de lo cual los criados y los vasallos se quejaron al padre, diciendo:

—"Tu hijo Cristóbal quebranta los ídolos tuyos y nuestros, y el vino que puede hallar todo lo vierte. A tí y á nosotros echa en vergüenza y en pobreza.

"Esta es manera de hablar de los indios, y otras que aquí van, que no corren tanto con nuestro romance.

"Demas de estos criados y vasallos que esto decian, una de sus mujeres muy principal, que tenia un hijo del mismo Acxotecatl, le indignaba mucho é inducia para que matase aquel hijo Cristóbal, porque, aquel muerto, heredase otro suyo que se dice Bernardino, y así fue que ahora este Bernardino posee el señorío de su padre. Esta mujer se llamaba Xochipa palotzin, que quiere decir flor-de-mariposa.

"Esta tambien decia á su marido.

—"Tu hijo Cristóbal te echa en pobreza y en vergüenza.

"El muchacho no dejaba de amonestar á la madre y á los criados de casa que dejasen los ídolos y los pecados juntamente, quitándoselos y quebrantándoselos.

"En fin, aquella mujer tanto indignó y atrajo á su marido, y él que de natural era muy cruel, que determinó de matar á su hijo mayor Cristóbal, y para esto enviò á llamar á todos sus hijos, diciendo que queria hacer una fiesta y holgarse con ellos, los cuales llegados á casa del padre, llevòlos á unos aposentos dentro de casa, y tomò á aquel su hijo Cristòbal que tenia determinado de matar, y mandó á los otros hermanos que se saliesen fuera: pero el mayor de los tres, que se dice Luis (del cual yo fuí informado, porque este vió como pasò todo el caso), este como vió que le echaban de allí y que su hermano mayor lloraba mucho, subióse á una azotea, y desde allí por una ventana vió como el cruel padre tomó por los cabellos á aquel hijo Cristóbal y le echó en el suelo dándole muy crueles coces, de las cuales fué maravilla no morir (porque el padre era un valentazo hombre, y es así porque yo que esto escribo le conocí), y como así no lo pudiese matar, tomó un palo grueso de encina y dióle con él muchos golpes por todo el cuerpo hasta quebrantarle y molerle los brazos, y piernas, y manos con que se defendia la cabeza, tanto, que casi de todo el cuerpo corria sangre: á todo esto el niño llamaba continuamente á Dios diciendo en su lengua:

—"Señor Dios mio, haced merced de mí, y si tú quieres que yo muera, muera yo; y si tú quieres que viva, líbrame de este cruel de mi padre.

"Ya el padre cansado, y segun afirman, con todas las heridas el muchacho se levantaba y se iba á salir por la puerta afuera, sino que aquella cruel mujer que dije que se llamaba Flor-de-mariposa le detuvo la puerta, que ya el padre de cansado le dejara ir.

"En esta sazon súpolo la madre del Cristóbal, que estaba en otro aposento algo apartado, y vino desalada, las entrañas abiertas de madre, y no paró hasta entrar adonde su hijo estaba caido llamando á Dios: y queriéndole tomar para como madre apiadarle, el cruel de su marido, ó por mejor decir el enemigo estorbándola, llorando y querellándose decia:

—"¡Por qué me matas á mi hijo? ¿Cómo has tenido manos para matar á tu propio hijo? Matárasme á mí primero, y no viera yo tan cruelmente atormentado un solo hijo que parí. Déjame llevar mi hijo, y si quieres mátame á mí, y deja al que es niño é hijo tuyo y mio.

"En esto aquel mal hombre tomó á su propia mujer por los cabellos y acoceóla hasta se cansar, y llamó quien se la quitase de allí, y vinieron ciertos indios y llevaron á la triste madre, que mas sentia los tormentos del amado hijo que los propios suyos.

"Viendo, pues, el cruel padre que el niño estaba con buen sentido, aunque muy mal llagado y atormentado, mándale echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de leña de cortezas de encinas secas, que es la lumbre que los señores tienen en esta tierra, que es leña que dura mucho y hace muy recia brasa; en aquel fuego le echó, y le revolvió de espaldas y de pechos cruelmente, y el muchacho siempre llamando á Dios y á Santa María, y quitado de allí casi por muerto, algunos dicen que entonces el padre entró por una espada, otros que por un puñal, y que á puñaladas le acabó de matar, pero lo que yo con mas verdad he averiguado es, que el padre anduvo á buscar una espada que tenia y que no la halló.

"Quitado el niño del fuego, envolviéronle en unas mantas, y él con mucha paciencia encomendándose á Dios estuvo padeciendo toda una noche aquel dolor que el fuego y las heridas le causaban con mucho sufrimiento, llamando siempre á Dios y á Santa María.

"Por la mañana dijo el muchacho que le llamasen á su padre, el cual vino, y venido, el niño le dijo:—"¡O padre! no pienses que estoy enojado, porque yo estoy muy alegre, y sábete que me has hecho mas honra que no vale tu señorío.

"Y dicho esto demandó de beber, y diéronle un vaso de cacao, que es en esta tierra casi como en España el vino, no que embeoda, sino sustancial, y en bebiéndolo luego murió.

"Muerto el mozo, mandó el padre que le enterrasen en un rincon de una cámara, y puso mucho temor á todos los de su casa que á nadie dijesen la muerte del niño; en especial habló á los otros tres hijos que se criaban en el monasterio, diciéndoles:

—"No digais nada, porque si el capitan lo sabe, ahorcarme ha.

"Al marques del Valle al principio todos los indios le llamaban el capitan, y teníanle muy gran temor.

"No contento con esto aquel homicida malvado, mas añadiendo maldad á maldad, tuvo temor de aquella su mujer y madre del muerto niño, que se llamaba Tlapaxilotzin, de la cual nunca he podido averiguar si fue bantizada ó no, porque hay cerca de doce años que aconteció hasta ahora que esto escribo, en el mes de Marzo del año de 39.

"Por este temor que descubriria la muerte de su hijo, la mandó llevar á una su estancia ó granjería, que se dice Quimichocan, no muy lejos de la venta de Tecoac, que está en el camino real que va de Méjico al puerto de la Veracruz, y el hijo quedaba enterrado en un pueblo que se dice Atlihuetzia, cuatro leguas de allí y cerca dos leguas de Ttaxcállan: aquí á este pueblo me vine á informar, y ví adonde murió el niño y adonde le enterraron, y en este mismo pueblo escribo ahora esto: llámase Atlihuetzia, que quiere decir adonde cae el agua, porque aquí se despeña un rio de unas peñas y cae de muy alto.

"A los que llevaron á la mujer, mandó que la matasen y enterrasen muy secretamente: no he podido averiguar la muerte que le dieron.

"La manera con que se descubrieron los homicidios de aquel Acxotecatl, fue, que pasando un español por su tierra, hizo un mal tratamiento á unos vasallos de aquel Acxotecatl, y ellos viniéronsele á quejar, y él fue con ellos adonde quedaba aquel español, y llegado tratóle malamente; y cuando de sus manos se escapó dejándole cierto oro y ropas que traia, pensó que le habia hecho Dios mucha merced, y no se deteniendo mucho en el camino llegó á Méjico, y dió queja á la justicia del mal tratamiento que aquel señor indio le habia hecho, y de lo que le habia tomado: y venido mandamiento, prendióle un alguacil español que aquí en Tlaxcállan residia; y como el indio era de los mas principales señores de Tlaxcállan, despues de los cuatro señores, fue menester que viniese un pesquisidor con poder del que gobernaba en Méjico, á lo cual vino Martin de Calahorra, vecino de Méjico, conquistador, y persona de quien se pudiera bien fiar cualquiera cargo de justicia. Y este, hecha su pesquisa y vuelto al español su oro y ropa, cuando el Acxotecatl pensó que estaba libre, comenzáronse á descubrir ciertos indicios de la muerte del hijo y de la mujer, como parecerá por el proceso

que el dicho Martin de Calahorra hizo en forma de derecho, aunque algunas cosas mas claramente las manifiestan ahora que entonces, y otras se podrian entonces mejor averiguar, por ser los delitos mas frescos, aunque yo he puesto harta diligencia por no ofender ó la verdad en lo que dijere.

"Sentenciado á muerte por estos dos delitos y por otros muchos que se le acumularon, el dicho Martin de Calahorra ayuntó los españoles que pudo para con seguridad hacer justicia, porque tenia temor que aquel Acxotecatl era valiente hombre y muy emparentado, y aunque estaba sentenciado no parecia que tenia temor; y cuando le sacaron, que le llevaban á horcar, iba diciendo:

—"¿Esta es Tlaxcállan? ¿Y cómo vosotros, tlaxcaltecas, consentís que yo muera, y no sois para quitarme de estos pocos españoles?"

"Dios sabe si los españoles llevaban temor; pero como la justicia venia de lo alto, no bastó su ánimo, ni los muchos parientes, ni la gran multitud del pueblo, sino que aquellos pocos españoles le llevaron hasta dejarle en la horca.

"Luego que se supo adonde el padre le habia enterrado, fue de esta casa un fraile, que se llamaba Fr. Andrés de Córdoba, con muchos indios principales por el cuerpo de aquel niño, que ya habia mas de un año que estaba sepultado, y afirmanme algunos de los que fueron con Fr. Andrés de Córdoba, que el cuerpo estaba seco, mas no corrompido."

X.

APUNTES BIOGRAFICOS.

Bien se habrá visto por los fragmentos anteriores, tomados de la Historia de los Indios, que el mérito del P. Benavente como escritor dista de ser comun. Su lenguaje adolece, es verdad, de algunos descuidos: en vano se buscarian en él la gallardía de la espresion, la pulidez y esmero en el decir que distingue á los autores clásicos; en su estilo se notan ademas no pocas incoherencias, algun desaliño, como si jamás hubiese revisado lo escrito; pero en cambio ¡cuánta naturalidad, qué amable abandono! Tal parece que no se preocupaba sino de referir la verdad, desentendiéndose absolutamente del modo, aunque no fuera este el mas agradable, con tal que á su juicio llenase las condiciones de esactitud y precision. ¡Y cuánto mas ganaria el hombre en que siempre se le manifestase la verdad en este trage modesto, para poder distinguirla en todo tiempo y en todas las circunstancias, del error engreido que suele disfrazarse con una vana pompa!

Mas no solo es notable Motolinía como escritor: sus virtudes, sus largos afanes por la conversion y civilizacion de los mejicanos, y en especial su constancia en hacerles bien sin ruido, sin alarde, son otros tantos méritos que le colocan en un puesto envidiable, y llamando la atencion hácia su persona, despiertan el deseo de conocer su vida.

Esta es por desgracia una de aquellas que no entran en el dominio de la historia, sino desde que toman el cauce por donde han de caminar hasta su término. Lamentamos el vacío consiguiente como una verdadera desgracia, porque el corazon se interesa naturalmente en saber todo lo que concierne á la niñez y juventud de los varones insignes; porque ya que los consideremos á inmensa distancia de nosotros luego que han llegado al apogeo de una carrera ilustre, todavía nos es muy

grato estudiar su carácter, su índole y hasta sus defectos, en aquel período de su existencia cuando aun no se les señalaba con el dedo, cuando eran como nosotros, cuando sin salir de la esfera vulgar pensaban, sentian, vivian como nosotros.

Así es que respecto de nuestro buen fraile tenemos que conformarnos con algunas noticias, no muy circunstanciadas, de los sucesos de su vida posteriores al dia en que tomó el hábito en la provincia de Santiago. Si colocados en este punto pretendemos dar una mirada retrospectiva, nos encontramos con una noche impenetrable, en medio de la cual no descubrimos mas que un dato, y harto insignificante, acerca del apellido que tuvo mientras vivió en el siglo, que fue el de *Paredes*, el cual cambió por el de *Benavente*, nombre del pueblo de donde era nativo, al tiempo de entrar en la órden franciscana. Tal era la usanza de aquellos tiempos.

De la provincia de Santiago pasó á la de San Gabriel, de donde vino á Méjico con los primeros doce misioneros de su misma observancia, segun ya hemos referido; y llegado á la capital permaneció en ella despues de la seperacion de sus hermanos para ir á residir á otros pueblos. Fue el primer guardian del convento grande; fuelo asimismo de los de Texcoco, Tecamachalco y Tlaxcala, morando en este último punto seis años: evangelizó en Guatemala, Yucatan y Nicaragua, recogiendo abundantes noticias acerca de esos países; edificó el monasterio de Atlixco; acompañó al P. Fr. Martin de Valencia hasta Tehuantepec en el proyectado viaje á China, que se malogró segun dijimos; fue electo sesto provincial en el año de 1548; y finalmente, murió en Méjico en 9 de Agosto de 1569, dia de San Lorenzo, siendo el último de sus doce compañeros que pagaron esta deuda de la naturaleza humana.

De sus predicaciones cosechó frutos copiosísimos; bautizó por sí mismo mas de cuatrocientas mil personas; fue singular defensor de los indios contra los inhumanos encomenderos; y en suma, es, como lo califica el Sr. García Icazbalceta, uno de los tipos mas admirables y completos del misionero español del siglo décimo sesto.

Parece haber sido muy aficionado á la pompa y brillo en las solemnidades del culto cristiano, segun lo demuestran sus descripciones que tienen por objeto este asunto, y el empeño que manifestaba porque las vestiduras sacerdotales fuesen de lo mas

lucido, ha llegado á nuestra noticia por un dicho del P. Fr. Juan de Rivas que asienta Vetancurt en su menologio. Hallábase aquel de guardian en el monasterio de Tlaxcala, mientras nuestro misionero ocupaba igual puesto en el de Atlixco; y sabiendo que este habia hecho unas dalmáticas de raso para que sirviesen en la iglesia, habló de esta manera con el sugeto que se lo habia participado:

—"Dígale al hermano Fr. Toribio que se quite el nombre de *Motolinia*, pues en las obras nuestra ser rico."

La antítesis se hace mas perceptible, recordando que la voz motolinía tiene, entre otras, la acepcion de *pobre*.

Finalmente, el ilustre misionero sobresalió tambien por sus conocimientos en la lengua azteca, en la cual compuso un tratado de la doctrina cristiana, y supo asimismo varias otras del país.

XI.

FRAY LUIS DE FUENSALIDA, Y OTROS.

I.

Pero ninguno dominó tan absolutamente la lengua azteca como el venerable religioso cuyo nombre aparece al principio de este capítulo. El fue, de entre sus compañeros, quien primero la aprendió, segun tenemos asentado, si bien no hay noticia que hubiese escrito en ella alguna obra.

Sucedió al P. Valencia en la dignidad de custodio; y aunque el emperador Cárlos V le propuso el obispado de Michoacan, no quiso aceptarlo.

Despues de algunos años de residencia en nuestro país, volvióse á España con ánimo de pasar á la Africa á conquistar otras naciones para el Evangelio; mas no pudo llevar adelante

su determinacion por habérselo estorbado San Pedro Alcántara, á la sazon provincial, que conceptuó su presencia mas necesaria en la provincia, en la que desempeñó diguamente los cargos de guardian y definidor.

Obtenida la licencia de regresar á Méjico para seguir ayudando á sus hermanos en las apostólicas labores, se puso en camino el año de 1545; pero al llegar á la isla de San German, se sintió enfermo y terminó su gloriosa carrera, quedando allí sepultado

II.

Si el venerable apóstol, cuya vida acabamos de reseñar, no nos dejó ningun escrito que conozcamos, no sucedió otro tanto con Fr. Francisco Jimenez, que fue el primero que compuso gramática y vocabulario de la lengua mejicana, y segun se espresa Vetancurt: "una breve doctrina cristiana." Escribió igualmente la vida del venerable padre Fr. Martin de Valencia.

La suya se hizo notable por la consagracion eficaz á las labores de su santo ministerio, especialmente á la predicacion, en que descollaba por su fervor y copia de doctrina. Poseia grandes conocimientos en derecho canónico.

Su mucha humildad le impidió en España ordenarse de sacerdote, y vino á Méjico de corista; pero á instancias de sus prelados y atendida la escasez de ministros, se decidió al fin á recibir las órdenes sagradas, y fue el primero que cantó misa nueva en el país.

Ejercitado continuamente en la oracion, solia andar ensimismado y era preciso que alguno de sus hermanos cuidara de que tomase alimento, pues de lo contrario él no recordaba á veces si habia comido.

Llegaba á tal estremo su enagenamiento, que fijo en su idea se olvidaba no ya solo de sí mismo sino de todo lo que le rodeaba, dando lugar á incidentes curiosos. Sirva de ejemplo el siguiente:

Siendo guardian de Cuernavaca, venia á la capital con Fr. Miguel de las Garrobillas, que adolecia del propio achaque, y aunque ambos caminaban á pie como era costumbre en to-

dos los frailes de aquel tiempo, traian un caballo cargado con su vitualla. En llegando á cierto parage húyeseles la bestia; notan su falta á poco andar; búscanla, pero ninguno de los dos recordaba ni aun el color que ella tenia.

Murió este buen religioso en el convento de Méjico, á 31 de Julio de 1537.

III.

Mas aventajado que los anteriores como polígloto fue el P. Fr. Andrés de Olmos, natural del reino de Búrgos, cerca de Oña; que por haberse criado en Olmos adoptó el apellido del nombre de este pueblo. Tomó el hábito en el convento de Valladolid, y vino á Méjico con D. Fr Juan de Zumárraga. Dedicóse con teson al estudio de lenguas indígenas y llegó en breve á poseer la mejicana, la totonaca y la guasteca, de las cuales compuso gramáticas y vocabularios, que no sabemos si se imprimieron, ó dónde se encuentran actualmente los manuscritos, si ya no se han perdido, bien que segun dice el cronista antes citado, el *arte, vocabulario, doctrina cristiana y confesonario en lengua guasteca* se conservaban hasta su tiempo en Ozolama, pueblo de Tampico.

Compuso ademas en lengua mejicana *tratado de sacramentos, tratado de los sacrilegios, tratado de los siete pecados capitales* y un sermonario. Tradujo del latin en castellano el libro de *Hæresibus* del P. Fr. Alonso de Castro, y dos epìstolas de los Rabinos. El siglo en que floreciò era el de los autos sacramentales, especie de composicion dramática de que son un resto adulterado nuestras *pastorelas y coloquios;* y cediendo él á la influencia de la época compuso el *auto del juicio final*, que se representó en la capilla de san José en presencia del virey don Antonio de Mendoza y del Sr. Zumárraga, siendo de mucha edificacion para españoles y naturales.

Representaciones de esta especie abundaron en nuestro país durante aquel período de fe sencilla y devocion apasionada. La mayor parte se desempeñaban por los indios recien convertidos, con una habilidad y destreza, que causaban admiracion á los conquistadores y aun á los mismos religiosos, que eran quienes

los aleccionaban para ese efecto. Prueba de ello son las entusiastas descripciones que de esos autos, y de la impresion que causaban en los espectadores, nos ha dejado el P. Motolinía en su Historia de los Indios, de que hablamos no ha mucho, y que se contraen á los que se representaron en Tlaxcala con ocasion de varias solemnidades religiosas.

Una de ellas fue la que celebraron los cofrades de nuestra Señora de la Encarnacion en el año de 1559, distinguiéndose en esa vez los naturales por varios rasgos de caridad, repartiendo alimentos á los pobres, pues segun parece la cofradía estaba instituida con la mira de socorrerlos y sostener un hospital para los enfermos desvalidos. En esta fiesta, y para su mayor lucimiento, se representó un auto cerca de la puerta del espresado hospital, cuyo asunto fue la caida de nuestros primeros padres. He aquí cómo lo describe Motolinìa.

"Estaba tan adornada la morada de Adan y Eva, que bien parecia paraíso de la tierra, con diversos árboles con frutas y flores, de ellas naturales, y de ellas contrahechas de pluma y oro; en los árboles mucha diversidad de aves, desde buho y otras aves de rapiña, hasta pajaritos pequeños, y sobre todo, tenian muy muchos papagayos, y era tanto el parlar y gritar que tenian, que á veces estorbaba la representacion: yo conté en un solo árbol catorce papagayos entre pequeños y grandes.

"Habia tambien aves contrahechas de oro y pluma, que era cosa muy de mirar. Los conejos y liebres eran tantos, que todo estaba lleno de ellos, y otros muchos animalejos que yo nunca hasta allí los habia visto.

"Estaban dos ocelotles atados, que son bravísimos, que ni son bien gato, ni bien onza; y una vez descuidòse Eva y fue á dar en el uno de ellos, y él de bien criado desvióse: esto era antes del pecado, que si fuera despues, tan en hora buena ella no se hubiera llegado.

"Habia otros animales bien contrahechos, metidos dentro unos muchachos; estos andaban domésticos y jugaban y burlaban con ellos Adan y Eva.

"Habia cuatro rios ó fuentes que salian del paraìso, con sus títulos que decian Phison, Gehon, Tígris, Euphrates; y el árbol de la vida en medio del paraíso, y cerca de él el árbol de la ciencia del bien y del mal, con muchas y muy hermosas frutas contrahechas de oro y pluma.

"Estaban en el redondo del paraíso tres peñoles grandes, y una sierra grande, todo esto lleno de cuanto se puede hallar en una sierra muy fuerte y fresca montaña, y todas las particularidades que en Abril y Mayo se pueden hallar, porque en contrahacer una cosa al natural estos indios tienen gracia singular.

"Pues aves no faltaban chicas ni grandes, en especial de los papagayos grandes, que son tan grandes como gallos de España; de estos habia muchos, y dos gallos y una gallina de las monteses, que cierto son las mas hermosas aves que yo he visto en parte ninguna; tendria un gallo de aquellos tanta carne como dos pavos de Castilla. A estos gallos les sale del papo una guedeja de cerdas mas ásperas que cerdas de caballo, y de algunos gallos viejos son mas largas que un palmo; de estas hacen hisopos, y duran mucho.

"Habia en estos peñoles animales naturales y contrahechos. En uno de los contrahechos estaba un muchacho vestido como leon, y estaba desgarrando y comiendo un venado que tenia muerto; el venado era verdadero y estaba en un risco que se hacia entre unas peñas, y fue cosa muy notada.

"Llegada la procesion, comenzóse luego el auto; tardóse en él gran rato, porque antes que Eva comiese ni Adan consintiese, fue y vino Eva de la serpiente á su marido y de su marido á la serpiente, tres ó cuatro veces, siempre Adan resistiendo, y como indignado alanzaba de sí á Eva; ella rogándole y molestándole decia, que bien parecia el poco amor que le tenia, y que mas le amaba ella á él que no él á ella, y echándole en su regazo tanto le importunó, que fue con ella al árbol vedado, y Eva en presencia de Adan comió y dióle á él tambien que comiese, y en comiendo luego conocieron el mal que habian hecho, y aunque ellos se escondian cuanto podian, no pudieron hacer tanto que Dios no los viese, y vino con gran magestad acompañado de muchos ángeles, y despues que hubo llamado á Adan, él se escusò con su mujer, y ella echó la culpa á la serpiente, maldiciéndolos Dios y dando á cada uno su penitencia.

"Trajeron los ángeles dos vestiduras bien contrahechas, como de vestiduras de animales, y vistieron á Adan y á Eva. Lo que mas fue de notar fue el verlos salir desterrados y llorando: llevaban á Adan tres ángeles y á Eva otros tres, é iban cantando en canto de òrgano, *circumdederunt me.* Esto fue tan bien representado, que nadie lo vió que no llorase muy recio; quedó

un querubin guardando la puerta del paraíso con su espada en la mano. Luego allí estaba el mundo, otra tierra cierto bien diferente de la que dejaban, porque estaba llena de cardos y de espinas, y muchas culebras; tambien habia conejos y liebres.

"Llegados allí los recien moradores del mundo, los ángeles mostraron á Adan cómo habia de labrar y cultivar la tierra, y á Eva diéronle husos para hilar y hacer ropa para su marido é hijos; y consolando á los que quedaban muy desconsolados, se fueron cantando por desechas (por último) en canto de órgano un villancico que decia:

"Para qué comió
La primer casada,
Para qué comió
La fruta vedada.

"La primer casada
Eva y su marido,
A Dios han traido
En pobre posada
Por haber comido
La fruta vedada.

"Este auto fue representado por los indios en su propia lengua, y así muchos de ellos tuvieron lágrimas y mucho sentimiento, en especial cuando Adan fue desterrado y puesto en el mundo."

Ved ahí cómo nuestros misioneros no perdonaban medio alguno para mejor inculcar los dogmas cristianos en el entendimiento de los neófitos. No contentos con el recurso comun de la predicacion; poco satisfechos de las esplicaciones doctrinales del catecismo, echaban mano de símbolos y animadas figuras, invocaban el auxilio de la imaginacion, y aun pedian á las musas, para revestir su enseñanza, las galas del arte y las flores de la poesía.

Mas no perdamos de vista al P. Olmos.

Preparado con el conocimiento de algunas de las lenguas indígenas, como se prepara el guerrero con sus armas para el combate, empuñando una cruz y ardiendo en celo por la conversion de las almas, salió de Méjico á recorrer, como lo hizo, las provincias mas remotas del territorio nacional. Sin mas compañía que su fe en Dios, y sin otro móvil ni sosten que su

amor al hombre, atraviesa todo el país comprendido desde Hueytlalpan hasta las sierras de Tuzapan, bregando contra la aspereza y desigualdad del suelo, y molestado por el calor y los mosquitos que le maltrataron el rostro hasta el estremo de parecer leproso.

A su paso enseñaba y bautizaba copiosamente, derramando al mismo tiempo en los corazones todos los consuelos del cristianismo.

No se detiene.

Emprende su viaje á Pánuco y Tampico; llega hasta el país de los chichimecas bravos, nuestros actuales bárbaros de la frontera del norte, y dispuesto á hablar en nombre de Dios, despliega los labios, siendo suficiente la mágia de su palabra insinuante para que aquellas tribus feroces depongan la actitud hostil, renuncien á la vida errante y se junten á formar poblado.

A él se debe la civilizacion de Tamaolipas.

Refiere la crónica que muchas veces intentaron los salvajes matarle, disparándole flechas, y que las que le tiraban se volvian contra ellos con la misma furia; que en cierta ocasion pusieron fuego á la choza pajiza donde se albergaba, pero que la accion de las llamas fue impotente para destruirla, y que con tales maravillas cobraron tanto respeto los bárbaros, que de cuarenta y mas legnas venian á escuchar la voz del Evangelio y á recibir el bautismo. Agrega despues, que muerto ya nuestro religioso, en encontrando aquellos á cualquier fraile de san Francisco, dejaban arco y flechas al instante y se venian de rodillas hasta él diciendo:—Andrés, Andrés,—con lo cual significaban que por el P. Olmos era la estimacion que de él hacian.

Mas ¿á qué recurrir á portentos para dar prestigio á un héroe cuando los hechos de su vida real son mas admirables? ¿Lo bueno y lo grande en el órden de la naturaleza son menos asombrosos por ser naturales? ¿Es tan comun la virtud que para ponerla en la categoría que le corresponde sea menester adornarla con la auréola de los milagros? Bastante se ensalza y se hace respetar por sí misma.

No, no hay necesidad de trastornar las leyes de la naturaleza para darse cuenta de esa benéfica revolucion que la palabra y el ejemplo del venerable apóstol efectuaron en las costumbres y hasta en la índole de los salvajes.

Esa sumision, ese acatamiento á la voz de los ministros de paz que fueron los inmediatos triunfos del apostolado en aquellos tiempos, se verian tambien al presente si hubiera eclesiásticos bastante animosos, bastante penetrados del espíritu evangélico, que renunciando á la comodidad y holganza de las ciudades, se decidiesen á calzar las sandalias y empuñar el báculo del misionero, y asimismo—preciso es hacer justicia á todos—si hubiéramos tenido un gobierno bastante ilustrado para comprender, con las páginas de nuestra historia á la vista, todo el bien que hicieron en otro tiempo las misiones en la frontera del norte, y todo el que podian hacer hasta hoy. Nuestra constitucion política, que dispensa proteccion á todos los cultos, no veria con desden, hay mas, veria con cariño el restablecimiento de aquellas pacíficas colonias de indígenas reducidos á la vida civil por un discípulo de Jesus, y presididos por él con entera sujecion á las leyes: en lugar de tribus bárbaras, plaga social, terrible amenaza á la tranquilidad de los establecimientos agrícolas y á las poblaciones todas de aquella parte del territorio, tendríamos aldeas civilizadas y aun tal vez ciudades opulentas, que serian la gloria de la nacion; ¿no fue este el orígen de San Luis Potosí y de Monterey, fundadas la primera por Fr. Diego de la Magdalena, y por Fr. Diego de Leon la segunda?

¿Y quién duda que los bárbaros recibirian hoy á los misioneros con el mismo amor y con la misma veneracion que en otro tiempo? ¿Es grande, es terible el encono de sus pasiones por la impolítica guerra que se les ha hecho? Pero todo lo contrasta la caridad, y el hijo del Evangelio lleva siempre consigo un talisman misterioso que le concilia todas las voluntades y le allana todos los caminos.

Hay un honroso ejemplo.

Tenemos noticia de que el actual obispo de Durango, cumpliendo con un deber que imponen los cánones y que descuidan algunos otros diocesanos, hace anualmente ó cada dos años la visita de su obispado, que es bien estenso. Jamás figura en su comitiva una escolta; y con todo, atraviesa ileso aquellas inmensas y despobladas regiones, teatro de las depredaciones de los salvajes, por donde apenas se atreven á pasar ejércitos. No solo, sino que los desalmados guerreros que bailan en torno de sus víctimas, que se divierten arrancando la cabellera á las mujeres, y lanzando al aire el cuerpo de los niños para recibirlo en

la punta de la lanza, desarmados á la voz del pastor ilustre, doblan ante él la rodilla y le reciben en el desierto ó en sus aduares con tanto entusiasmo como si fuera una deidad bienhechora

Hechos como este hablan muy alto.

Dígase lo que se quiera, el hombre es el mismo en todas partes, en todos tiempos y en todas condiciones; y por ínfimo que sea el punto que ocupe un pueblo en la escala social, á ciertas armas opone siempre las mismas resistencias, y á tales otras se doblega indefectiblemente. Poco alcanza la fuerza y mucho la persuasion y la benevolencia.

IV.

Algo tenemos aun que decir del P. Olmos.

De regreso en Méjico, con objeto de recobrar la salud harto deteriorada por sus incesantes trabajos en el curso de las misiones, tuvo que salir á poco tiempo para ir á sofocar un levantamiento acaecido entre los chichimecas. Púsose en camino enfermo como estaba: llega á las serranías donde se habian fortificado los sublevados: predícales, manifiéstales las inapreciables ventajas de la paz y de la vida regular consagrada al trabajo: recuérdales las dulzuras que acompañan al cumplimiento de los deberes sociales, y en breve tuvo la satisfaccion de observar que sus pasos no habian sido en balde, volviendo los naturales al estado tranquilo en que los dejara, y coronando de esta manera la obra que habia emprendido.

Despues de ese suceso, ya no pensó en volverse á la capital, y se quedó en Tampico.

Llegóse entre tanto el tiempo en que como buen obrero en la viña del Señor, descansara, recibiendo el merecido salario. "Fatigado de una apostema (dice Vetancurt) llamó á la gente del pueblo, y en agradecimiento del hospedage repartió un rosario que traia, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un silicio, que eran las ricas alhajas que le acompañaban: y diciendo el credo dió su espíritu al Señor."

He aquí un buen modelo que debieran imitar todos los que se dedican á la carrera del apostolado; he aquí una vida perfectamente ajustada á los preceptos del divino código de Jesus: na-

da para sí y toda para sus hermanos; llama siempre activa que se alimenta con la caridad.

V.

Para completar, en cuanto es dable, el cuadro de los hijos de San Francisco que dedicaron su talento á las letras durante los primeros años que siguieron á su establecimiento en el país, permítasenos agrupar todavía algunas figuras: cada cual mostrará en la mano las obras debidas á su pluma.

Comenzaremos por el P. Fr. García de Cisneros, uno de los doce fundadores, como tenemos dicho. Era de prendas tan grandes y relevantes, que entre aquellos primitivos religiosos fue escogido para primer provincial el año de 1536 con unánime consentimiento de todos: en su tiempo se fundó el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, y él dió á Fr. Toribio de Benavente la traza segun la cual hubo de edificarse la ciudad de Puebla. No contento con la predicacion propiamente tal, escribia sus sermones en mejicano, los cuales daba á los naturales para que los leyesen al pueblo. Ignoramos si hayan pasado hasta nuestros dias. Murió en Méjico en el año de 1537.

Fr. Alonso Rangel.—Compuso gramáticas de las lenguas mejicana y otomí, y en esta última ademas un tratado de la doctrina cristiana. Pasó á Méjico el año de 1529. Fue el primero que predicó en los distritos de Tula y Jilotepec, ocasionándole su empeño en la propagacion de la santa doctrina, tenaces persecuciones de parte de los sacerdotes idólatras que mas de una vez intentaron asesinarle. Desempeñó el cargo de guardian de muchos conventos, entre otros, del de Tula, cuya iglesia empezó á fabricar, si bien la prosiguió y acabó Fr. Antonio de San Juan. Electo provincial el año de 1546, y emprendiendo poco despues viaje para asistir al capítulo general de Asís, que se celebraba en 1547, se perdió el buque en que navegaba y murió en el mar.

Fr. Maturino Gilberti, frances.—Vino á Méjico con el P. Testera, y se aventajó á sus compañeros en el conocimiento de la lengua tarasca. Imprimió un escrito en la misma con el título de Tesoro Espiritual. Fue gran latino, y escribió para los gra-

máticos de Tlatelolco un arte de este idioma, que se imprimió en Méjico el año de 1559, en la tipografía de Antonio de Espinosa, cuya obra tuvo en su poder y apreció mucho D. Cárlos de Sigüenza.

Fr. Juan Bautista de Lagunas, provincial que fue de Michoacan, escribió tambien en lengua tarasca gramática y doctrina cristiana. Fue natural de Méjico.

El Illmo. Sr. D. Fr. Francisco del Toral, primer obispo de Yucatan, fue el que supo antes que ningun otro religioso la lengua popoloca de Tecamachalco, en la que compuso gramática, vocabulario y algunas otras obras doctrinales. Aprendió tambien el mejicano y fue muy perito en ese idioma.

El venerable padre Fr. Andrés de Castro predicaba con mucha soltura en lengua matalzinca, y compuso en ella sermones, gramática y vocabulario. El matalzinca se habla en el valle de Toluca. Acerca de este religioso nos da Vetancurt los apuntes siguientes: "Administró con tanto fervor, que los domingos y dias festivos predicaba tres sermones al dia, á los españoles, mejicanos y matalzincas: salia á los montes á reducir y convertir infieles; fue grande el número que catequizó, y bautizó con tanto teson, que se le pasaba el dia bautizando los niños, y confesando al sol y al aire, con un jarro de agua que bebia: todo el tiempo que sobraba ocupaba en el oficio divino y en la oracion mental, en que fue muy ferviente; su abstinencia fue singular, porque comia muy poco, una vez en veinte y cuatro horas. Fue muy estimado de los naturales, que aunque les reprendia los vicios con severidad, era con ellos apacible: algunas veces intentó dejar los matalzincas y pasar á los mejicanos, diciéndoles que no habia de volver á verlos hasta que se enmendasen de sus vicios; pero le salian al camino, unos llorando y otros abrazándose con él, y otros lo volvian al convento en hombros."

Fuera nunca acabar el presente catálogo, si continuásemos la enumeracion de todos los religiosos que enriquecieron la literatura nacional con sus escritos, especialmente de los que se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas. Con todo, no podemos concluir sin hablar del padre Fr. Alonso de Molina, que sobresalió tanto en el conocimiento del mejicano, que su ciencia en esta parte fue reputada infusa. Este es el niño Alonso de quien hicimos mencion como de uno de los que mas contribuyeron á

la propagacion del cristianismo por la eficaz ayuda que dió á los primeros varones apostólicos. El citado cronista asegura que el P. Molina fue el primero que compuso vocabulario de la lengua mejicana, que hasta hoy sirve. Compuso ademas toda la doctrina cristiana, confesonarios y otras muchas obras que dieron luz á los ministros evangélicos.

De los padres Sahagun y Torquemada, célebres historiadores á quienes tanto deben las letras, hablaremos cuando tratemos del colegio de Tlatelolco.

Varias veces hemos mencionado al P. Fr. Juan de Zumárraga, y justo es que no terminemos la relacion de las vidas de nuestros primeros misioneros sin que fijemos en él una mirada. Lo haremos en el siguiente capítulo.

XII.

EL PRIMER ARZOBISPO DE MEJICO.

Recien establecido el cristianismo en el país hubo un fraile venido de España en 1528 con el título de obispo electo y protector de los indios, que tres años despues dirigia al capítulo general de su religion, celebrado en Tolosa, una carta del tenor siguiente:

"Muy RR. PP.: sabed que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos, en la conversion de los infieles, de los cuales (por la gracia de Dios), por manos de nuestros religiosos de la órden de nuestro seráfico P. S. Francisco, de la regular observancia, se han bautizado mas de un millon de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y mas de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios las armas resplandecientes de la santa

cruz. Y lo que pone admiracion es, que antiguamente en su infidelidad, tenian por costumbre en esta ciudad de Méjico, cada año sacrificar á sus ídolos mas de veinte mil corazones humanos, y ahora no á los demonios, mas á Dios, son ofrecidos, con innumerables sacrificios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo cual al mismo solo Dios sea honra, y gloria, el cual es adorado, con reverencia en aquellos lugares, por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de estos, algunos ayunos, disciplinas, y continuas oraciones, derramando lágrimas, y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños, y otros mayores, saben bien leer, escribir y contar, y hacer punto de canto. Confiésanse á menudo, y reciben con mucha devocion al Santísimo Sacramento del Altar, y con grande alegría predican la palabra de Dios á sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse á media noche á maitines, y dicen el oficio entero de nuestra Señora, á quien tienen muy particular devocion. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos, y se los hurtan, y con fidelidad los traen á nuestros religiosos; por lo cual algunos han sido muertos inhumanamente por sus propios padres, ó mas bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros, tiene otra casa junto para enseñar en ella á los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio, y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes á los religiosos, y ámanlos mas que á sus padres, y tratan verdad con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el arte de la pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios: bendito sea él por todo. Entre los frailes mas aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado Fr. Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de mas de seis cientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas que se han de casar en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; é industriados, los hace casar en los dias de fiesta con mucha solemnidad. Para la manutenencia y doctrina de las mozas, envió de España la Serenísima Emperatriz Dª Isabel, seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes; y mandó, por sus cédulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida, que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas

que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten á la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios, de varones religiosos. Despues, ellos y ellas enseñan á sus padres gentiles lo que aprendieron: por lo cual parece haber dicho de ellos el profeta David: De la boca de los niños, y de los que aun maman, hiciste, Señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, á quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De Méjico 12 de Junio de 1531 años."

El religioso que en las líneas precedentes trazó el cuadro mas acabado de sus apostólicas tareas, era el venerable Fr. Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico.

Vése asimismo en esa pintura representado fielmente su carácter, tal como era, tal como conviene que el mundo le conozca y aprecie, y no como le desfiguran plumas apasionadas ó aturdidas, á quienes copian otras servilmente por no tener el trabajo de prepararse á juzgar con alguna dósis de crítica. La cualidad que en él resalta es el ardiente celo por la conversion de las almas al cristianismo; cualidad que se pondrá en su punto por medio de una sucinta relacion de la vida del héroe.

Fue este natural de la villa de Durango en Vizcaya, aunque no falta quien diga que lo fue de la de Zumárraga. Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Aranzazu de la provincia de Cantabria, y ya profeso vivió allí algunos años, causando á todos admiracion y respeto por sus raras virtudes.

Despues de haber sido guardian del convento de Avila y en seguida definidor y provincial, nos le encontramos presidiendo la comunidad del monasterio de Abrojo, cerca de Valladolid, en donde á los grandes méritos antes conquistados por su santidad, añadió una accion distinguida que le hizo célebre en su tiempo, y cuya memoria ha pasado á la posteridad. Fue la siguiente:

El emperador Cárlos V, como todos los hombres de su temple, era aficionado al retiro. Un dia llamó á las puertas del espresado convento con ánimo de pasar en el claustro la semana santa. Recibido y agasajado por los cenobitas como les fue dable, quiso él á su vez pagarles de alguna manera la hospitalidad, á cuyo fin dió órden para que se les ministrase una suma

en clase de limosna con que pudiesen tener en esos dias una comida regalada. ¿Qué hace el venerable Zumárraga? Admite la limosna, pero en vez de destinarla á la comunidad, la distribuye íntegra entre los menesterosos del lugar, no reservando para sí mas que la satisfaccion de haberlo ejecutado.—¡Cómo! dijo á sus hermanos: ¡mientras S. M. se retira en este santo tiempo de ayuno por abstinencia, á los religiosos se les ha de permitir regalo!—Ved ahí al fraile.

Prendado Cárlos V de tan bello carácter, estando Méjico conquistado poco tiempo hacia, presenta á Fr. Juan á la silla apostòlica para primer obispo del nuevo reino. Opone resistencia el apóstol á aceptar la dignidad que se le ofrece; pero al fin tiene que ceder ante la firme voluntad del monarca, y antes de consagrarse viene á nuestro país en la clase y con el honroso título que dijimos al principio.

Hallábase Méjico á la sazon devorado por la guerra civil. Pesaba sobre la ciudad el yugo de los ambiciosos que habian quedado gobernando en ausencia de Cortés, el cual aun no regresaba de la funesta espedicion á Hibueras. Ya hemos presentado el cuadro de esos desòrdenes, ante los cuales se pierden de vista los que han turbado la paz de la nacion despues de su glorïosa independencia; porque si en nuestros dias se ha derramado la sangre de hermanos en el campo de batalla, no tenemos todavía por fortuna ejemplares de las crueldades, de las bajezas y de las villanías que entonces se cometieron en una sola poblacion para apoderarse del gobierno.

La conducta del venerable pastor fue en esa vez toda de paz y conciliacion, hasta que los escesos de la tiranía le obligaron á usar de rigor con los déspotas. Limitado al principio el Sr. Zumárraga á cubrir con su sagrado manto á todas las víctimas, dispensando igual proteccion á indios y españoles, para quienes dispuso un asilo en el convento de San Francisco, valiòse despues de las mas terribles armas de la Iglesia contra los que tratando de burlar ese amparo, estrajeron del convento á los retraidos.

Pero esta misma entereza, esta misma energía le acarrearon la enemistad de los hombres á quienes hacia frente de una manera tan digna: mandan estos á la corte los informes mas desfavorables, tanto respecto de la persona del obispo como de los franciscanos, en que calumnian á uno y otros; impiden que las

cartas y memoriales de los acusados pasen á España; y con tal medida acaso habrian triunfado, si la industria de un marinero vizcaino no hubiera discurrido sacar al mar dentro de una boya embreada una carta del venerable apòstol, y de allí conducirla secretamente hasta ponerla en manos de la emperatriz.

"Aquella carta (dice el Sr. Dávila) produjo todo su efecto, volviendo la tranquilidad á la República con la remocion del gobernador y oidores que se habian arrogado el poder, haciéndoles embarcar de órden de la emperatriz gobernadora para España, á dar cuenta de su irregular conducta. Pasó igualmente á la misma península el venerable Zumárraga para consagrarse de obispo el año de 1532, siendo un nuevo objeto de edificacion el ver la pobreza con que llegó á su patria, volviendo de una tierra de la que todos regresaban ricos. Los dos años que permaneció en España se ocupó con el mayor empeño en defender con valor apostólico la libertad de los indios, y sacarlos de aquella miseria y vejaciones que sufrian de los encomenderos. Ya desde el año de 1530 se habia espedido la primera real provision para que fuesen manumitidos los indios esclavos, á consecuencia de las muchas y vigorosas representaciones del memorable obispo de Chiapas, D. Fr. Bartolomé de las Casas y otros varones religiosos; pero prosiguiendo los abusos no habia tenido mayor cumplimiento. Nuestro prelado lo representó á la emperatriz, y consiguió otra nueva órden con el mismo objeto, comisionándosele espresamente para que velase sobre su observancia, renovándosele el título que anteriormente se le habia dado de protector de los indios. Igualmente y en la misma cédula se le facultó para que representase ante el gobierno de Méjico, á fin de que se moderasen los tributos que tanto al rey como á los encomenderos pagaban los indios, de oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas, y que no fuesen vejados con el trabajo de los suntuosos edificios que fabricaban para los españoles. Y no pudo darse la comision á persona mas á propósito y que mas amara á los indios: al venerable Zumárraga se debió la primera reduccion de estos onerosísimos tributos, que en los siglos siguientes llegaron á una cantidad insignificante por cabeza; así como se le debió tambien la esencion del trabajo de las minas, de la siembra de caña y de otros penosísimos con que los neófitos eran oprimidos por los encomenderos.

"Habiendo regresado á la Nueva España en 1534, con una escogida y copiosa mision de religiosos de su órden fue recibido en Méjico con sumo honor de parte de los conquistadores, y mucha mayor alegría de la de los indios, que lo amaban cordialmente. Desde luego comenzó á aliviar su suerte corporal, consiguiendo si no todas las ventajas que queria y para las que venia comisionado, cuantas le fue posible á favor de sus amados indios, en aquella época tan difícil y comprometida para los ministros del Evangelio que tenian que chocar de frente con hombres ambiciosos, soberbios y en lo general de desarregladas costumbres. Pero considerando que su mision, mas bien que de ausiliar las necesidades corporales, era la de convertir las almas de que habia sido nombrado pastor, con mayor empeño se dedicó á instruir á los indios en sus deberes de cristianos y en arrancar de sus corazones los vicios y supersticiones de la idolatrìa; y al efecto él mismo tomó á su cargo este cuidado, sin desatender por esto los demas oficios públicos de su cargo pastoral. En la Catedral, recien edificada, señaló un lugar donde tenia púlpito y altar para decir misa y predicar diariamente á los indios, negros y demas gente de servicio de los españoles: su enseñanza no era solo en comun y dirigiéndose á todos, sino que con un celo verdaderamente apostòlico y paternal, á cada uno iba enseñando perfectamente la doctrina cristiana, les esplicaba los misterios, les hacia las preguntas necesarias y los examinaba con mayor atencion que si fuera un simple maestro de escuela."

Ademas de los servicios que van enumerados, la humanidad debe al Sr. Zumárraga otro no menos importante, como fue el establecimiento de varias casas de beneficencia, entre otras, un hospital en Veracruz y otro en esta ciudad, conocido primitivamente con el nombre de San Cosme y San Damian, y despues con el del Amor de Dios, el cual estaba destinado á los que padecian enfermedades venéreas, y ocupaba el mismo local donde hoy está la Academia de Bellas Artes. Toda la renta del obispado no pasaba por sus manos sino para ir á las de los pobres, y se refiere con este motivo, que no teniendo una vez que dar á un indio que le pidiò limosna, le diò el paño con que se limpiaba el rostro —Ved ahì al obispo.

Despues de lo dicho, no parecerá exagerado lo que asentamos en órden á su carácter, señalando en él, como la cualidad

de mas bulto, el ardiente celo por la conversion de las almas al Evangelio. Pero este mismo celo es el que, considerado por sus detractores como un fanatismo absurdo, ha dado orígen á un hecho memorable que se cita en su contra para graduarle de bárbaro: Zumárraga mandó reducir á cenizas un cúmulo de manuscritos aztecas en la plaza de Tlatelolco ó en la de Texcoco, segun otros opinan, aniquilando de esa suerte quizá los monumentos mas preciosos de la historia, de la poesía y de la literatura indígenas. Es cierto el hecho; y si no nos equivocamos, el mismo religioso alude á él en esta espresion que forma parte del citado documento: *y mas de veinte mil figuras de demonios que adoraban* (los indios) *han sido hechas pedazos y quemadas.* Pero ¿comprendia él todo el alcance, toda la trascendencia de su accion?

Hablando de ella el Sr. Prescott se espresa en estos terminos:

"El primer arzobispo de Méjico, D. Juan de Zumárraga, cuyo nombre será tan inmortal como el de Omar, reunió las pinturas de todos los lugares, especialmente de Texcoco, la capital mas culta de Anáhuac, y el gran depòsito de los archivos nacionales; mandó apilarlas haciendo un monte, segun lo llaman los mismos escritores españoles, en la plaza del mercado de Tlatelolco, y luego fueron reducidas á cenizas. Su mas célebre compatriota el arzobispo Jimenez habia celebrado un auto de fe semejante con los manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Jamás habia conseguido el fanatismo un triunfo mas señalado que el de la destruccion de tantos documentos curiosos del ingenio é instruccion humana."

Comprendemos bien que un escritor de las prendas del célebre historiador americano, rara vez deja pasar una coyuntura como esta sin asestar un epigrama; pero de aquí á rendir á la verdad en todo caso el homenaje que merece, hay una enorme distancia. ¿Qué punto de comparacion ofrece, bien mirado, el hecho de Zumárraga con el del califa sucesor de Mahoma?

"Si estos libros dicen lo mismo que el Alcoran, son inútiles; y si lo contrario, perjudiciales."

Tales fueron, segun se refiere, las palabras que dijo Omar al mandar quemar la biblioteca de Alejandría; palabras que revelan toda la fatuidad de un esclusivismo intolerante y desmedido; palabras nacidas de una inteligencia encastillada en una sola idea, fuera de la cual no concibe nada bueno ni útil.

No era esta á la verdad la creencia del venerable obispo, porque de lo contrario era menester suponer que no juzgaba bueno ningun libro, sino el Evangelio.

No, la falta de instruccion fue lo que le indujo á obrar de esta manera. Recuérdese que España en el siglo décimosesto, si bien sobresalió en poesía, se hallaba en un atraso lamentable respecto de los otros ramos del humano saber, no cultivando con buen éxito en punto á ciencias mas que las teológicas.

¿Cómo podia, pues, el Sr. Zumárraga dar á los manuscritos de que se trata toda la importancia que en sí tenian?

De ninguna manera.

Pero sí veia en ellos un obstáculo, y no pequeño, para que los aztecas viniesen á la fe cristiana, y para que se afirmasen mas en ella los neófitos. Tal era la creencia comun, y así lo asienta el mismo Prescott cuando dice, "que los caracteres estraños y desconocidos, inscriptos en aquellos (los manuscritos), escitaban sospechas; porque eran vistos como escrituras mágicas y á la misma luz que los ídolos y templos, como los símbolos de una supersticion pestilente que debia estirparse."

Pues bien: el obispo de Méjico quiso remover un obstáculo, quitar un peligro, y eso es todo; se hizo el instrumento de una necesidad que los demas comprendian como imperiosa, y la prueba de ello es, que nadie condenó aquella accion como un atentado, y antes bien parece haber sido reputada muy natural y edificante: en una palabra, se doblegó á la influencia del tiempo y las circunstancias, á la mas poderosa todavía de la opinion autorizada; y cierto, nadie sino el númen goza el privilegio de ser superior al siglo en que vive.

Depurado este hecho, terminemos la relacion de la vida de nuestro fraile.

Fiel observante como obispo de la ley de pobreza evangélica, tanto cuanto eran otros aficionados á atesorar riquezas para sostener un boato escandaloso, vivió siempre como simple fraile, mostrándolo así en el menaje, en el vestido y la comida. Llegó en este punto á tal estremo su escrupulosidad "que por haberle dicho cierta vez, con motivo de unas pobres colgaduras que se habian puesto en la sala de recibir del palacio, que ya era obispo y no fraile, se conmovió tanto, que al momento comenzó él mismo á quitar aquel adorno, diciendo con lágrimas á sus fa-

miliares:—Dícenme que ya no soy fraile sino obispo; pues yo mas quiero ser fraile que obispo."

Acreditó este deseo renunciando varias veces el obispado y aun abandonando el puesto, como lo hizo cuando en compañía del padre Valencia y de Fr. Domingo de Betanzos dispuso pasar á China á predicar la doctrina de Jesus, como simple misionero.

Pero Dios le tenia destinado no solo para esa alta dignidad, sino para la de primer arzobispo de Méjico, pues que estando ya establecidas las diócesis de Puebla, Guatemala, Oajaca, Michoacan y Yucatan, el sumo Pontífice Paulo III le envió en 1545 el sagrado palio para sí y para sus sucesores. Con todo, no llegó á tomarlo. Rehusando aceptar el arzobispado, y para librarse de los ruegos de los que querian obligarle á doblar el cuello á esta nueva carga, se retiró al pueblo de Tepetlaoztoc, donde á la sazon moraba su íntimo amigo el venerable Betanzos. El cansancio del camino, su avanzada edad, que pasaba ya de ochenta años, así como la fatiga consiguiente á una tarea tan pesada como la de haber confirmado en el pueblo en cuatro dias catorce mil quinientos naturales, quebrantaron su salud de tal manera, que ya solo pensó en disponerse para morir. Agrávase su enfermedad; vuelve á Méjico conducido por los religiosos sus hermanos, que deseaban atenderle con mas esmero: pero todo es inútil, y espira en los brazos del venerable Fr. Domingo de Betanzos en la mañana del domingo despues de la fiesta de Corpus del año de 1548.

Poco antes de morir manifestó deseo de que su cadáver fuera sepultado en el convento de su órden; pero el virey y la audiencia dispusieron que lo fuese en la Catedral, y así se verificó con acompañamiento de personas de todas clases, y muy particularmente de los indios, que con la muerte del varon ilustre perdian á la persona que mejor desempeñara los oficios de padre, protector y maestro.

XIII.

MISIONES.

La religion de San Francisco fue una planta que se aclimató en nuestro suelo y estendió en breve su benéfica sombra hasta los confines del territorio nacional; planta robusta y magnífica que tenia la raìz en Méjico y las ramas dilatadas hasta los pueblos mas estraños y bárbaros.

Ya con motivo de los viajes apostólicos del padre Olmos indicamos algunos de los servicios que prestò la órden seráfica en pro de la causa de la civilizacion de nuestra frontera septentrional; ya vimos cómo varias poblaciones de las mas importantes de aquellos distritos son los monumentos que acreditan gloriosamente el paso de los primeros misioneros por unas regiones donde no se atrevian á poner la planta las huestes de Cortés; y cuando se reflexiona que estos hechos tenian verificativo aun antes de que espirase el siglo décimosesto, no puede menos el corazon de interesarse y aplaudir el celo que los dictaba, como se encariña con la memoria del bien pasado y que no volverá jamás.

Reunir metódicamente estos hechos, considerarlos en todas sus relaciones, determinar su influencia y resultados, deducir por ellos el espíritu de la época, en una palabra, estudiarlos profundamente, seria emprender una labor para cuyo desempeño no bastarian algunos volúmenes; seria tanto como formar una historia, y lejos está de ser esa nuestra intencion.

Pero sí entra en el plan de este libro seguir á los religiosos en algunas de aquellas santas peregrinaciones que tenian por objeto sacar de la barbarie á pueblos enteros y á veces tribus numerosas, que bien merecian escuchar la palabra de vida: de ellas unas se debian solo á los esfuerzos de los misioneros, y otras al espíritu emprendedor de estos favorecido y sostenido por el gobierno colonial. Consagremos por ahora algunas líneas á las de la última clase.

XIV.

NUEVO-MEJICO.

La provincia de este nombre fue descubierta por el capitan Francisco Hernandez Coronado, que en el año de 1540 llegó por Chiametla y Valle de Corazones á los Tiguas y campos de Cíbola; pero no fundó poblacion ninguna, y hubo de volverse á la capital, logrando solamente el reconocimiento de aquellas vastas regiones y sus habitantes, para disponer la traslacion y establecimiento de misioneros, lo que llamaban estos *hacer una entrada.* No obstante estar allanado en cierto modo el camino, pasaron once años para que esta llegara á verificarse, y fue con ocasion del cristiano empeño del venerable lego Fr. Agustin Rodriguez, el cual salió de Méjico llevando en su compañía dos sacerdotes del convento, que fueron Fr. Francisco Lopez y el R. P. Fr. Juan de Santa María. Dióseles para su seguridad algunos soldados por temor de que corrieran la suerte que otros religiosos en provincias habitadas por gente semejante; caminaron por Zacatecas hácia el norte cuatrocientas leguas; dieron con los Tiguas, y contemplando con asombro la muchedumbre de aquellas tribus, de quienes eran recibidos con benevolencia, llamaron á la provincia Nuevo-Méjico.

Pero tampoco se alcanzaron por entonces muchos frutos, porque habiéndose separado el P. Santa María de sus compañeros para venir á dar la noticia á sus hermanos de Méjico, tomó por distinto rumbo del que habian seguido, y á los tres dias de camino cayó en manos de los bárbaros, que le quitaron la vida. Los soldados que le acompañaban y que lograron escapar de aquel trance, fueron los que trajeron al virey la funesta nueva.

A este descalabro siguió otro no menos deplorable. El año de 1582, D. Antonio de Espejo penetró en la provincia con cien caballos, algunos soldados bien equipados, y un misionero, el P.

Fr. Bernardino Beltran; llegan al país de los Tiguas, pero hallando muertos á los PP. Lopez y Rodriguez, tuvieron por conveniente retirarse, quedando abandonada la empresa por mucho tiempo.

Bien podia el gobierno haber intentado reducir por la fuerza á tribus como aquellas de condicion tan intratable, pues ya contaba con los elementos necesarios; pero se conoce que la doctrina de Las Casas, que reprobaba este medio violento para la conversion de los infieles, iba conquistando dia á dia en la opinion mas terreno del que se cree comunmente. Tarde ó temprano llega la razon á abrirse paso por entre las nieblas con que la ofuscan bastardos intereses.

Corriendo el año de 1595, se preparó y puso en camino otra mision compuesta de ocho religiosos, mandados por el comisario general Fr. Pedro de Pila, y presididos por el P. Fr. Rodrigo Durán, á quien sucedió Fr. Alonso Martinez en el mismo cargo. Llevaban en su compañía á varios colonos bajo el mando de D Juan de Oñate, nombrado capitan general del nuevo establecimiento. Llegaron felizmente, y entre dos rios fundaron una villa dedicada á san Gabriel, la cual prosperó en breve á causa de los aumentos que tuvo su poblacion con los indios que se iban convirtiendo al cristianismo.

Satisfechos los ministros apostólicos con el buen éxito de sus predicaciones, enviaron á Méjico á algunos de sus compañeros para informar de lo ocurrido, y á principios de la centuria siguiente, partió nueva mision á la villa recien fundada, llevando por custodio al venerable P. Fr. Juan de Escalona. Desde entonces fue en progreso la colonia, reforzada constantemente con nuevos obreros, y ya en 1623 se contaban siete monasterios, dechados de celo y observancia, establecidos entre diferentes tribus, como eran las de los Mansos ó Lanos, Tignas y Teguas, Piros y Tumpiros, Pecuries, Taos, Pecos, Xumanas, Tanos, Queres, Hemes y Apaches. Por entre todas ellas hicieron brillar los frailes la antorcha del Evangelio, dando impulso á las labores agrícolas, secundados por la fertilidad asombrosa del terreno, y todos estos establecimientos formaron lo que entonces se llamó *Custodia de la conversion de San Pablo de la Nueva-Méjico*

Para dar idea de los dones con que favoreció á aquel país la

Providencia, traslademos á este lugar la pintura que de él hacia Vetancurt en el siglo décimo séptimo. Vedla ahí:

"Dista de la ciudad de Méjico hácia el norte, con declinacion al poniente, la que era la Nueva-Méjico, cuatrocientas leguas: está en 37 grados de altura, cuyo temple es al de nuestra España parecido, porque nieva como en Europa, y llueve al tiempo que en España llueve; tiene arroyos y rios que la bañan, en particular el rio grande del Norte, donde se crian varios géneros de pescados regalados, y se cojen nutrias y castores, de que se han hecho sombreros; tiene montes de arboledas y pinos, donde se cogen piñones, que no se han visto mejores, ni mas tiernos; montañas ásperas y fragosas, donde habitan leones, osos, lobos y todo género de caza: conejos, liebres y venados que llaman alazanes casi del tamaño de toros.

"En los campos, que se dilatan por muchas leguas, hay cíbolas, que son especie de vacas con el pelo largo, y andan vageando en manadas cuantiosas. Hay aves y pájaros de diversos colores: águilas, gavilanes, ruiseñores, gallinas, pavos, codornices, perdices, palomas, golondrinas, y todo género de patos, y ánsares, cenzontlis, de aquellos que son en Méjico célebres por los varios cantos, que en mejicano cenzontli es número de cuatrocientos; hay minas de plata, de cobre, de azabache, de piedra iman, y una de talco trasparente á modo de yeso, que lo sacan como tablas, y adornan las ventanas con ellas como si fueran de cristal.

"Hay árboles frondosos, encinas, sauces y álamos; á la orilla del rio se va por sombra de álamos por mas de cuatro leguas: las semillas, legumbres, viñas y árboles frutales se dan con abundancia como en España; las carnes son gustosas y de substancia, y se procrean vacas y carneros mejor que en otra parte de las Indias: la salud de los hombres es mas robusta, porque los temperamentos á sus tiempos no son variables. En toda la tierra no se usa de moneda, porque los tratos son á cambio, trocando una cosa por otra en especie, y así siempre corren los géneros por un precio."

¡Dichosa la nacion que posee actualmente ese dilatado territorio, donde la bendicion de Dios hizo brotar un paraíso! El régimen colonial con su mezquina política de aislamiento y esclusivismo, si bien trató cuerdamente de poblar aquellas regiones en los primeros años que siguieron á la conquista, descuidó

á la larga de proteger la inmigracion, único medio de civilizar á las tribus bárbaras que las habitaban: despues de la Independencia siguieron sus huellas nuestros gobiernos, sin pensar que colonizando la frontera con familias estranjeras y mejicanas, se hubiera levantado una barrera, donde se estrellaran los tiros ambiciosos del coloso del Norte. Al presente ha dado este un paso hácia nosotros. La mitad de nuestro territorio le pertenece y tiene fija la mirada sobre la otra mitad. Los bárbaros le preceden, y son la terrible espada de llamas que nos impiden la entrada de aquel encantado Eden.

XV.

LA PAZ.

No tuvieron tan feliz éxito en Californias los afanes de nuestros misioneros, bien que se frustraron por mucho tiempo igualmente las tentativas que hicieron varios espedicionarios navales por sojuzgar aquellas dilatadas provincias.

Cortés, capitan ambicioso y afortunado, no contento con haber puesto á la obediencia de su soberano los reinos de Méjico y Michoacan, intentò asimismo, primero por otros y despues por sì, conquistar las Californias, que se presentaban á su acalorada imaginacion como un país de oro bañado por un mar de perlas.

Pero todas estas espediciones, así como algunas otras que se verificaron despues, solo sirvieron para adquirir el convencimiento de que la empresa ofrecia dificultades no previstas hasta entonces y acaso insuperables por muchos años.

Mas llegó el de 1596, y la fortuna pareció deponer el desden con que habia tratado á la ambicion. Sebastian Vizcaino, hombre de mucho mérito, fué nombrado por el rey para espedicionar nuevamente á efecto de poblar y fortificar los puertos de la California, que ya empezaba á ser objeto de la codicia de otras naciones, segun pudo percibirse por el hecho de haber arribado poco antes á la península Francisco Drake, célebre cor-

sario inglés, y de haber tomado posesion de la parte septentrional, poniéndole el nombre de *Nueva Albion.*

Con tres navíos bien provistos de todo lo necesario partió Vizcaino de Acapulco, llevando en su compañía cinco religiosos franciscanos que se ofrecieron para ese objeto, y fueron los RR. PP. Fr. Francisco de Balda, Fr. Diego Perdomo, Fr. Bernardino de Zamudio, Fr. Nicolás de Zaravia y Fr. Cristóbal Lopez. Llegaron al puerto de Zalagua y de allí á Mazatlan, donde desertaron algunos soldados y se quedó por enfermo el P. Balda.

Arribaron en seguida á un puerto que llamaron San Sebastian, donde hallaron gente que no usaba vestido y de quienes no recibieron ninguna muestra de hostilidad. Finalmente, despues de quince dias de navegacion trabajosa, llegaron á mejor puerto, donde los naturales los acogieron hospitalariamente ofreciéndoles desde luego perlas, pescado, pitahayas, ciruelas y una fruta menuda muy sabrosa, segun el cronista, que no fué conocida de ninguno de los espedicionarios. Desembarcaron, y con asombro suyo llegaron á entender, por señas que les hacian los naturales, que allí mismo habian estado otros españoles, presumiendo que serian los que formaron la armada de Cortés mandada por el mismo. Construyeron desde luego algunas cabañas para su habitacion, y entre ellas una mayor para que sirviese de iglesia; tomaron posesion de la tierra con las ceremonias de estilo en aquella época, y aludiendo al buen recibimiento que les habian hecho los naturales, no menos que á la pacífica condicion de estos, llamaron á la nueva colonia el *Puerto de la Paz*, nombre que conserva hasta el dia.

Los religiosos con un ardor inestinguible y que parecia crecer con las dificultades, se dedicaron á la conversion de los indios, procurando disponerlos al bautismo con la enseñanza cristiana; mostrábanseles aficionados, esforzándose en aprender la lengua del país, y atrayendo á los niños con caricias y regalos, los indios correspondian á esta benevolencia sometiéndose á los apóstoles con la docilidad y cariño de hijos; y en una palabra, todo parecia afianzar para siempre la conquista de aquel territorio, cuando un incidente vino á echar por tierra esperanzas que se creian muy bien cimentadas.

Pero ese incidente, que nada tiene de ficticio, ha servido de base á una conseja que brevemente referiremos en seguida.

XVI.

PERDER UN TESORO POR LOGRAR OTRO.

I.

Era D. Lope un jóven juicioso, trabajador, de fisonomía agradable, de genio suave y condescendente y de modales atractivos; era, en suma, lo que ahora suele llamarse *un mozo de provecho.*

Aunque en España tenia lo suficiente para vivir con decencia, pues que era hidalgo de casa solariega, contagiado del espíritu aventurero de la época, de los Pizarros y Corteses, vino á Nueva-España como page del virey D. Luis de Velasco, deseoso de mejorar de fortuna, ya sirviendo un empleo lucrativo en palacio, ó ya entrando en la carrera eclesiástica con no dudosa esperanza de obtener un pingüe beneficio.

No le faltaban estudios, habiendo pasado la flor de sus años en la célebre universidad de Salamanca, de donde concluidos sus cursos, salió á viajar por Italia con el único fin de aumentar el caudal de sus ya no vulgares conocimientos.

Estas prendas, unidas á las demas ventajas que su posicion le daba, hacian de él una persona que hubiera podido captarse la amistad de lo mas florido de la sociedad mejicana, á no ser por su poca ó ninguna aficion al trato humano, especialmente con individuos del sexo hermoso.

Procedia en gran parte este despego de cierta aventurilla amorosa que tuvo en sus primeros años, de la cual no salió tan airoso como deseara, y que habia dejado en su corazon una huella muy profunda de pesar. No obstante, su estado habitual por lo tocante á afectos de esta especie era la mas completa indiferencia. ¿Hablábasele de amores? contestaba con una sonrisa amarga ó con alguna espresion irónica, que revelaban un alma herida de tristes decepciones.

No hay que dudarlo. Esa postracion de las potencias afectivas del hombre como resultado de alguna contrariedad en los primeros pasos por la senda del amor, no es el patrimonio esclusivo de la juventud de nuestros dias: hoy se decanta por el empeño mímico de ostentar una esperiencia precozmente adquirida; pero en realidad de verdad ha sido enfermedad endémica en todos los siglos y en todos los paises, y eso de *cruel escepticismo, desengaños atroces, ensueños desvanecidos, pesares roedores, mortal desaliento y perdidas ilusiones,* era achaque de que adolecia nuestro D. Lope como el mas desaforado romántico.

II.

A la sazon vivia en Méjico una señorita, criada en el mimo, ávida de lucir, su hechicera persona en concurrencias escogidas, ardiente apasionada del baile, admiradora de jóvenes aturdidos con humos de calaveras, y para no decir mas, el reverso de D. Lope.

La naturaleza y la sociedad parece que se complacen en tales contrastes, y no pocas veces se divierten intentando destruirlos por medio de la asimilacion.

El jóven juicioso vió una vez en la corte á Dª Elvira (tal era el nombre de la dama), la vió, es verdad; pero la vió sin el menor movimiento de admiracion ó de entusiasmo; la vió como el matemático que se halla en presencia de un sólido, cuya densidad y volúmen pretende averiguar por medio del cálculo.

No solo la vió y contempló á todo su sabor sin el mas mínimo peligro, sino que pudo resistir el brillo fascinador, las centellas que brotaban de los ojos de la hermosa, y lo que es mas, el prestigio de su gallardo continente y de las dulcísimas sonrisas que traveseaban en sus labios infantiles.

Terminó aquella casual entrevista. Dª Elvira se retiró de palacio sin haber reparado siquiera en la interesante figura del sesudo D. Lope; mas no sucedió otro tanto con este, que al entrar á su aposento conoció que habia visto demasiado, acaso con exceso, á la jóven.

Alarmóse un momento al notar en su alma alguna zozobra: procura restituirse á la antigua calma, toma un libro en la ma-

no y se empeña formalmente en distraerse con la lectura, pero son inútiles todos sus esfuerzos. Mientras recorria las páginas, leyendo sin entender lo que leia, escuchaba en sus adentros la voz argentina, sonora, melodiosa de Elvira, como si trasportado al cielo escuchara el canto de un ángel; y cuanto mas empeño ponia en librarse del recuerdo de la seductora vírgen, mas se sentia atraido, magnetizado, fascinado, poseido por su picante hermosura. Parecíale que una mano misteriosa estampaba en su corazon la imágen de la bella con un hierro ardiendo.

¿Será menester declarar que D. Lope estaba enamorado?

III.

—*Nihil novum sub sole*, nada hay nuevo en el mundo, verdad trillada y que sin embargo podrá, á mi juicio, valerme con las personas de seso que me conocen, cuando lleguen á enterarse de la locura en que estoy abismado. ¡Qué dirán! (hablaba consigo mismo el infortunado jóven) D. Lope visita á Dª Elvira, D. Lope se casa; D. Lope, las esperanzas del reino, el ídolo de las personas sensatas, el ejemplo de la corte, está perdido de amores, ¡y por quién! por una niña casquivana, antojadiza, indiferente y jugnetona como el agua de un arroyo que corre sin saber adonde va, y murmura sin espresar ningun sentimiento.

—¡Pues bien! esa es la verdad! ¡Lejos, lejos de mí la ambicion! Nada deseo, nada quiero sino á Elvira: ¡Elvira es el aire que respiro, la vida que me sostiene, el sol que me alumbra y el amor de mi alma! Por seguirla recorreria sin descanso dia y noche toda la tierra; una sonrisa suya es mi gloria; sus palabras suenan dulcemente en lo íntimo de mi corazon como una música divina; la adoro como á una deidad, y por alcanzar su cariño le tributaria el homenaje de todo mi sér! . . . .

IV.

Por lo dicho se ve que nuestro D. Lope estaba de buen temple.

No se requeria mas para que la niña fuese superlativamente esquiva con el amante. Si hubiese sido menos leal, menos

amartelado, menos rendido, acaso, y sin acaso, le habria tratado con mas consideraciones; pero era todo lo contrario, y la traviesa dama le mataba á desdenes, no tenia para él ni una palabra afectuosa, ni una mirada compasiva, ni un ademan que le hiciese concebir la mas ligera esperanza.

—¡Oh mujeres! ¡mujeres! ¡cuán terribles sois con las víctimas de vuestros hechizos!

Así esclamaba D. Lope á sus solas, dándose fuertes palmadas en la frente, haciendo propósitos de no volver á visitar á la jóven y maldiciendo con todas veras el iman irresistible de su peregrina aunque maligna hermosura.

Pero el amor hacia desaparecer tales resoluciones, como las plumas que arrebata entre sus alas un remolino.

V.

Presentóse el jóven una mañana en la casa de su amada, y la encontró sentada en un sillon, sola, con el pañuelo á los ojos y llorando á lágrima viva.

—¿Puedo saber lo que os aflige, señora mia? díjole con acento que hubiera conmovido á una roca.

—¿Qué pueden importaros mis padecimientos? contestó sollozando la dama; y aunque os importaran, ¿está en vuestra mano alcanzar lo que deseo? ¿teneis poder para remediar mi desventura? ¡Ah, si así fuera mi mano os perteneceria! yo no seria mas que de vos, porque ningun otro mereceria mi afecto; pero ¡qué digo! .... El pesar me trastorna la cabeza: ya no sé ni lo que me digo, perdonad ...

—¡Decid, decid! Hablad con franqueza á un alma que es toda vuestra, y que se siente con fuerzas bastantes á realizar imposibles por mereceros, por grangearse vuestro amor, por decirse con orgullo—¡es mia!

El jóven estaba asombrado de ver acongojada á una niña que, en su concepto, era incapaz de enternecerse por nada de esta vida; á quien no habia visto séria, verdaderamente séria, sino para desdeñarle; y que no habia empleado sus diez y siete primaveras sino en bailes, tertulias, paseos y diversiones de todo género, fuera de cuyo círculo no concebia felicidad alguna pa-

ra los mortales. Aprovechando, pues, esta conyuntura que le ofrecia la conmocion de la bella, redobló sus esfuerzos para conquistar un objeto que hasta entonces habia huido de su amoroso empeño, como la mariposa que se retira volando de una flor al tiempo que va á ser presa de los dedos de un niño.

—¡Hablad, hablad! no teneis que hacer sino mandarme para ser obedecida: vuestros pesares son tambien mis pesares, vuestra dicha, la gloria de mi alma, y por libraros de un instante de pena, por escusaros el mas leve disgusto, daria toda mi vida, todo mi reposo, toda mi fortuna, todo lo que soy y puedo!

—Sois galan á las derechas, D. Lope (contestaba la dama): pero, creedme es inútil manifestaros mis cuitas. . . . ¡se han hecho tantas diligencias! . . . . Nada. . . . todos mis parientes se han dado á buscarla con el mayor empeño. . . . se perdió cuando mejor guardada se creia. . . . y no, no parecerá jamás. . . . oh! soy muy desdichada!—Adios!

Terminando estas palabras se retiró Dª Elvira á llorar á su retrete, dejando al mísero amante hundido en la mayor confusion, de que no saliò sino con la llegada de algunos individuos de la familia, que le encontraron triste y cabizbajo.

VI.

Y despues de todo, ¿cuál era la causa de tanta angustia? ¿cuál el verdadero concepto que envolvian las espresiones inconexas que pronunciò Elvira poco antes de retirarse?

Lo diremos aun con riesgo de que nuestra heroina baje quizá demasiado en la estimacion de los lectores. Se susurraba lo siguiente:

Poseia Elvira entre sus alhajas una perla de estraordinario tamaño y de un oriente maravilloso. Su padre la adquirió en Portugal de un rico negociante de la India, que al vendérsela le dijo:—¡Oh, señor! os haceis dueño en este instante de un objeto que casi, casi vale una fortuna: creedme, los mil ducados que me dais por ella es suma bien mezquina en comparacion de su verdadero precio; y el Gran Turco me los ofrecia, y aun quizá me habria hecho mejor propuesta á tener yo ánimo de vendérsela; pero no quiero á esos perros de musulmanes, y si no hubiera un caballero cristiano que se quedase con ella, mas bien se la regalaria á mi rey.

Elvira cifraba en la perla todo su orgullo de muchacha. Amábala no por el valor que tenia—mil ducados para su fortuna eran una bagatela—sino por la estimacion de que era objeto entre sus amigas, por el placer que le causaba cuando todas á porfía se empeñaban en que les dijese la procedencia, el costo, y en una palabra, toda la historia del dige.

Pero este díge adorado se habia perdido sin saber cómo ni cómo no. Para dar con él se hicieron laboriosas y esquisitas diligencias: todo fué inútil; y he aquí por qué la dama estaba inconsolable; he aquí por qué se conceptuaba la mujer mas infeliz en toda la redondez de la tierra, y he aquí tambien por qué D. Lope, que habia ido á visitarla dos dias despues de este suceso, fue recibido por ella de tan mal talante.

VII.

Mas cuando el amor ha echado profundas raices en el corazon, jamás se desalienta ni amilana: todo lo cree hacedero, menos prescindir del culto que tributa á su ídolo.

Habiendo el jóven emprendido todos los caminos decorosos que podian guiar á la conquista de su amada, y todos sin fruto, se decidió á valerse de un recurso, en la mayor parte de los casos, infalible, el interés.

—Oh! el interés! se decia á sí mismo como poseido de febril demencia; ¡el interés! . . . ¡será posible! . . . ¡no hay remedio! ¡rendirle parias! . . . ¡maldito interés! El es la polilla que roe la sociedad; se mezcla en todos los negocios de los hombres, como esas dulzonas palabras de mentido afecto que se cambian ordinariamente en las conversaciones, y asoma en las acciones mas generosas como entre la grama y las flores del prado suele aparecer una víbora.

En efecto, no hubo remedio. Volvió D. Lope á tener una entrevista con la bella, y moviendo el resorte consabido, le habló de esta manera:

—Estoy ya perfectamente informado de lo que causa vuestra desventura.

—¿Sabéislo? contestó Dª Elvira sonriendo con esfuerzo.

—Y no solo, sino que. . . .

—¿De veras! ¿no soy disculpable en afligirme tanto?

—Teneis razon; pero lo que puede remediarse. . . .

—¡Cómo! no alcanzo. . . .

—¿Qué recompensa otorgariais á quien os entregara la presea?

—Ya lo dije una vez delante de vos, y lo dicho, dicho.

—¿Cuál?

—Mi mano.

—¡Pues bien! tendreis lo que os hace tanta falta para ser feliz.

—Muy difícil lo veo.

—Para el amor no hay imposibles: adios!

VIII.

Una hora despues llamaba D. Lope á las puertas de una casa ruinosa, sita en uno de los barrios mas solitarios de la capital.

Tocó dos y tres veces con brío.

Nadie acudió al llamamiento.

Ya se retiraba enfadado de tanta espera, cuando una voz que sonó en lo alto de la habitacion le detuvo. Producíala una muchacha que asomando á una ventanilla con una mirada en que se pintaban la desconfianza y el recelo, despues de contemplar unos instantes al jóven, le habló de esta manera:

—¿Qué desea usted, niño?

—¡Abre pronto, muchacha! . . . ¡Oh, qué dilacion!

—Pero dígame vuesa merced lo que quiere, si no, no abro.

—¡Mujer de. . . . Dios! Abre, vengo á hacer á tu ama una consulta.

—Eso es otra cosa. Allá voy.

—¡Pronto!

En efecto, la puerta amarillenta del zaguan giró rechinando sobre los goznes, y dió franca entrada al jóven, que sin duda tenia tanta prisa, temeroso de que alguno de sus conocidos no le viese por aquellos andurriales. Un ambiente húmedo y mefítico le salió al encuentro, y el aspecto decrépito de las paredes descascaradas por la accion del salitre, le prensó el corazon; pero no era cobarde, y pasó adelante con intrepidez.

Atravesó un patiecito desigual, en uno de cuyos ángulos yacian varios tiestos donde crecian sin cultivo algunas pobres plantas, que parecian participar de la miseria que respiraba to-

da aquella morada siniestra; y á la entrada de un callejon que conducia á otro patio mas reducido y lóbrego, salió á recibirle una figura escuálida, de cabello cano y desordenado, de ojos pequeñuelos y penetrantes, que era ó parecia mujer.

El jóven y ella se miraron un momento sin hablarse: él estaba mudo de estupor; ella procuraba sonreir, y cuanto mas desplegaba los labios, adquiria su semblante una espresion mas horrible. Despues, con una voz estridente rompió el silencio, hablando de esta manera:

—Amito mio, ¿tendreis á bien decir en qué puedo serviros? La casa es pobre como veis; pero la voluntad de seros útil es grande. Pasad, vos pareceis cansado.... y tal vez agobiado con algun pesar.... ¡Oh! estos mozos que se dan tanta prisa en vivir.....

—No os engañais buena mujer, yo he padecido un quebranto en mis dias que llena de acíbar mi corazon, mi corazon que antes rebosaba paz y bienestar.

Diciendo esto tomaban asiento ambos interlocutores en lo mas recóndito de una pieza sombría, míseramente amueblada, en donde la luz natural que con parsimonia entraba por la puerta, luchaba con la lúgubre claridad que producia una lámpara colocada á la pared delante de la pequeña imágen de un santo.

El jóven continuó:

—Seré breve.

—Decid cuanto querais, que no tengo mas gusto que escucharos.

—Sabed que tengo el alma herida de amores.

—Todo lo sé, proseguid.

—Pues si todo lo sabeis, decídme ¿qué es lo que me ha movido á venir á visitaros?

—La dama á quien servís exije mucho de vos....

—¡Bien! muy bien!

—Cosas que rayan en lo imposible.... ¿no es verdad?

—Adelante, y pues que adivinais, decid ¿dónde se encuentra la malhadada perla, ó dónde podré proporcionarme otra semejante?

—¡Ah sí.... la perla!

En este instante la estraña mujer, fijando un dedo sobre los labios é inclinando la cabeza hácia el pecho, se puso á reflexio-

nar repitiendo maquinalmente: la perla. . . . la perla. . . . sí la perla.

Despues, como si hubiera penetrado en su mente un rayo de luz, levantó el rostro y volviéndose al jóven que esperaba con impaciencia una respuesta, díjole con aire triunfante:—

Ya es tiempo perdido
Buscarla en la corte;
¡La miro en el norte,
La miro brillar!
Princesa arrogante,
De estirpe guerrera,
La halló en la ribera
Del pérfido mar;
Y osténtala ufana
Del labio pendiente,
Con garbo inocente
Que provoca á amar.
Partid, caballero,
Partid de la corte
Que miro en el norte
La perla brillar.

—Pero vos me haceis desesperar, buena mujer. . . . ¡será posible! . . . en el norte. . . ¡bien! pero ¿en dónde? en qué país? . . . ¡esto es muy vago! Esplicaos algo mas.

Y el desdichado D. Lope al pronunciar estas palabras estrechaba entre sus manos con espresion un si es no es afectuosa los descarnados dedos de aquella especie de sibila que habia escapado por milagro de la garra de la Inquisicion.

Mas la mujer permaneció muda.

Viendo el jóven que el oráculo no se dignaba ya proferir ni una sílaba, puso un bolsillo con oro sobre el asiento que ocupaba y salió precipitadamente del albergue, conducido hasta el zaguan por la muchacha que le habia hablado desde la ventana al entrar.

IX.

—Ya no mas que este absurdo me faltaba cometer en mi malaventurada carrera de amores para tener la gloria de haber-

los cometido todos: ¡Vaya con el mozo de seso!... ¡Cómo quiso mi mala estrella que viniese á dar á manos de esta bruja ruin!... ¡Y vamos que se reviste de toda la magestad de una pitonisa!... aire inspirado... respuestas en verso.... poca precision en los conceptos.... manía de todos los embusteros de su clase... ¡Pero y si la Providencia ha querido darme un aviso por medio de esta mujer!... ¿Volveré á suplicarle que se dé á entender conmigo con mas claridad? Pero ¿y si es inútil? ¿Y si ella misma no sabe acerca de la perla mas de lo que me espetó en sus mal forjadas coplas?... "La miro en el norte" ¡así podia estarla viendo toda su negra vida!... ¿A qué tierra del norte os dirigís á buscarla?... Pero aguardo... ¿no es cierto que las nuevas provincias que llaman Californias se están haciendo famosas por las ricas perlas de los mares que las bañan?... Cabal: la bruja tiene sobrada razon. Pero vamos á que nos coma vivos un bárbaro chichimeco... En fin, ya veremos.

Tal fue el soliloquio de nuestro D. Lope despues de salir de la casa de la sibila.

Llegó á su morada; entregóse á sus habituales ocupaciones; pensó en su suerte, soñó y deliró con el objeto de sus desvelos; en una palabra, su vida siguió el cauce acostumbrado; pero él desapareció de la ciudad despues de algunos dias, sin que nadie pudiese dar noticia de su paradero.

X.

Hácia este tiempo se embarcaba en Acapulco la colonia que despues se estableció en la Paz.

Luego que arribó al puerto de este nombre, mientras los franciscanos con parte de los soldados se dedicaron á construir habitaciones, el capitan Vizcaino á la cabeza de la otra parte siguió esplorando la tierra, internándose hasta cien leguas de distancia. Al mismo tiempo hizo salir del puerto un navío á reconocer la costa que se dilata hácia el noroeste, previniendo á los que en él iban que no desembarcaran sino en los lugares donde viesen á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente.

Hiciéronlo así, pero su espedicion fue desgraciada, porque habiendo saltado á tierra una vez durante la navegacion, fueron acometidos por los bárbaros, perdiendo en el encuentro unos

diez y nueve soldados, si bien hay quien atribuya este desastre á que estos mataron á cuatro de los primeros. No habiendo descubierto sino tierras estériles, volviéronse á la Paz, donde ya estaba de regreso Vizcaino, que habia sido mas afortunado en su correría.

Pero comenzaron á escasear los víveres, y los soldados á mostrarse descontentos y aun impacientes por volver a Méjico.

Habia entre estos uno cuyo porte adusto y sombrío le alejaba las simpatías de sus camaradas, si bien él los miraba á todos con el desden de un hombre que acoge con igual ánimo así la amistad como los odios de sus semejantes. Huia de las conversaciones; á ninguno descubria su verdadero nombre; unos le creian loco, otros desgraciado, y no faltaba quien le tuviese por algun criminal de alta clase, prófugo por no dar en manos de la justicia. Pero él se desentendia de todos los comentarios que podian hacerse acerca de su persona, y no variaba de conducta, porque tampoco estaba en su mano.

Paseando una tarde este soldado por la playa y espaciándose en la contemplacion del océano, vió á corta distancia á una india que venia magestuosamente sentada en una piragua conducida por algunas remeras de gallarda figura. Era la hija del jefe de los naturales que habian dado hospitalidad á los españoles.

El soldado la observó con ahinco, y quedó admirado del gentil continente de la misma cuando al desembarcar le saludó con una modesta sonrisa, y precedida de las muchachas que antes remaban, se encaminó al aduar de su tribu. Siguióla un momento con la vista, y dando despues un grito que en vano procuró sofocar, echó á andar desaladamente tras ella hablando consigo mismo:

—Algo que luce á modo de perla he visto pendiente de su labio.... ¿será verdad?... ¿habrá llegado el instante de conocer que no se equivocaba la vieja de marras? Sigamos á la india:

Princesa arrogante
De estirpe guerrera....

—¡Cabal!... ¡Oh dicha! ha vuelto el rostro para verme y ¡no hay duda! lleva la perla tan ansiada....

El militar apresura el paso; habla á la jóven; pídele la joya; niégasela ella; insiste él en su pedido, y por fin se la quita por

fuerza, dando lugar con este atentado á que los indios se subleven y no dejen á los colonos mas partido que el de embarcarse apresuradamente y tomar el rumbo de Acapulco.

Buscaron estos con todo empeño al autor de la violencia, al soldado misterioso, pero habia desaparecido poco tiempo antes de que se descubriese su delito.

XI.

—¡D. Lope se casa!

—D. Lope obtiene lo que tantos otros mozos pretendieron en balde, la mano de la hermosa, de la sin par Dª Elvira.

—¿Y por qué ha estado ausente tanto tiempo?

—Se dice que fué á España á recibir una cuantiosa herencia.

—Bien! y cuándo es la boda?

—Muy pronto, segun se barrunta por ahí.

Tal era con corta diferencia el resúmen del diálogo que entablaban los amigos de Elvira dos meses despues del suceso poco hace referido, con ocasion de haberse presentado el jóven juicioso en la casa de aquella, tan enamorado, tan rendido como siempre, á pedir en toda forma la mano de la ninfa.

El desvío, los desdenes habian desaparecido como por encanto. ¿Quién podia esplicar esta mudanza? ¿Poseía el jóven la costosa perla, cuya entrega á Dª Elvira seria premiada con la posesion de esta?

No cabe duda, atento el carácter de la dama, que esta era la única esplicacion que podia darse de aquel fenómeno.

Pero hay mas.

Don Lope tuvo una entrevista á solas con su amada.

—Al fin os dejais ver en la corte despues de una ausencia de tantos meses: ¡habeis caminado mucho, D. Lope? Supongo que ya habreis tomado estado, ¿no es así? ¿cuál es el nombre de vuestra esposa? En punto á hermosura, doy por supuesto que ha de ser un prodigio, aunque no solíais tener en esta parte muy esquisito gusto. Pero creo no llevareis á mal que os pida por favor que nos veamos ella y yo en casa para conocernos, y espero que seremos buenas amigas; ¿ó pensais de otro modo?

He aquí las palabras con que la dama recibió al galan y de las cuales no se prometió este ningun buen resultado.

—¡Oh señora! sois muy cruel con quien tanto os ama, y que

no ha dejado pasar un solo instante de su vida sin consagrároslo!

Al hablar así D. Lope sacaba del bolsillo un cofrecito de nácar, y poniéndolo en manos de la hermosa, siguió diciendo:

--Ved aquí la única respuesta que debo dar á las expresiones con que no ha mucho me habeis zaherido: ¡abridlo! . . . ¿Os causa sorpresa? ¿Es la misma joya que perdísteis y que tantas lágrimas costó á vuestros hermosos ojos?

La jóven quedó mirando atónita el interior del cofrecito, donde lucia una perla maravillosa. Entre tanto ambos interlocutores guardaron profundo silencio.

--Sabeis amar, D. Lope, estoy convencida, dijo la dama despues de un minuto. La perla de que os hablé hace meses, y que dió motivo á vuestro viaje, no ha existido mas que en mi fantasía: he querido probaros, y no me arrepiento. Ahora disponed de mí á vuestro albedrío; y en cuanto á la perla que me ofreceis, tiene ya mejor destino, mejor dueño: el primer dia despues de nuestra boda iremos al Santuario de los Remedios y la pondremos en la corona ó en el manto de la Vírgen: ¿os parece bien?

XII.

Dias despues acaecian en Méjico simultáneamente dos hechos que llamaron la atencion de una manera particular; fue uno de ellos el matrimonio de D. Lope, y el otro la llegada de los soldados que habian salido para Californias al mando del capitan Vizcaino.

Toda la ciudad se conmovió al saber el hecho que apresuró la venida de los espedicionarios, y fue la causa porque se perdió la colonia de la Paz.

Misioneros y soldados no cesaban de repetir en todas las conversaciones sobre este paticular:--"por una perla se perdió un tesoro."

Solo D. Lope, que no daba tanta importancia á las lamentaciones, repetia á su vez estampando un ósculo en la mano de su esposa:--No lo niego, vida mia: soy culpable, pues conocí todas las consecuencias de mi accion; pero me consuelo con esta idea, que si por una perla se perdió un tesoro, por esa misma perla he ganado otro.

XVII.

OBRAS DE PUBLICA UTILIDAD.

Volviendo á los religiosos de S. Francisco, bien pudiéramos aumentar el catálogo de los que prestaron eminentes servicios á nuestro país en las misiones, ya poniendo un dique al furor de los salvajes, sin mas armas que un Crucifijo, ya descubriendo nuevas tierras á cuyos moradores se atraian no menos por la enseñanza evangélica que por los beneficios de la civilizacion, y ya finalmente, dando impulso á los adelantos del ingenio mediante la iniciacion en las artes y las ciencias.

Con mucha generalidad se da por cierto que nuestros primeros religiosos vivian tranquilamente en sus monasterios, como los que conocimos en estos tiempos; este es un error: la base ó mas bien el espíritu, el alma de aquella sociedad, era la vida activa, y los frailes la observaban en gran manera laboriosa y fecunda en resultados magníficos. Díganlo las tareas literarias á que se consagraban con ardor, y cuyos monumentos conservamos con cariño; dígalo la instruccion que adquirian los párvulos en las escuelas dirigidas por ellos en todas las poblaciones donde se establecian; y díganlo tambien las lecciones prácticas de agricultura que dieron á los naturales, conforme á las cuales cultivan estos hasta el dia la tierra, y tantas obras materiales que para bien de los mejicanos de su tiempo y de la posteridad hicieron construir ó ejecutaron ellos á veces con sus propias manos. No entraremos en el estudio de la vida de todos los religiosos á quienes somos deudores de estos bienes; pero, ¿cómo

pasar en silencio nombres tan estimables y populares como los del P. Fr. Francisco Tembleque y del beato Sebastian de Aparicio? ¿Quién ignora que á este se debe el camino de Méjico á la ciudad de Zacatecas, y que aquel fue quien levantò el magnífico acueducto vulgarmente conocido con el nombre de *Arcos de Zempoala?*

Fuera pues incurrir en notoria injusticia negar á las biografias de esos ilustres religiosos un lugar en las páginas de esta obrita, especialmente destinada á presentar el bosquejo de las glorias de los primeros varones apostólicos que florecieron en nuestro país. Digamos dos palabras acerca de la del beato Sebastian de Aparicio.

XVIII.

UNA VISITA A LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PUEBLA.

La ciudad de los ángeles atesora monumentos religiosos de primer órden. La Catedral, San José, La Compañía, San Agustin y la Concordia son otros tantos templos que á la majestuosa belleza de la arquitectura hermanan el prestigio de interesantes memorias. La iglesia de san Cristòbal llama justamente la atencion por su Purísima de Cora y por el lujoso ornato de su fachada. Pero ninguno de esos edificios está situado mas ventajosamente para el efecto pintoresco que la iglesia de san Francisco. Separada de la parte mas poblada de la ciudad, así como todo el monasterio, por un arroyo cuya orilla izquierda está hermoseada por la alameda llamada el Paseo Viejo, se asienta en el suave declive de la ribera señoreando una muchedumbre de iglesitas y casas de recreo. Muy grata y duradera es la impresion que causa la vista de este edificio, cuya fisonomía grave, imponente y religiosa, parece decir á la alma que la contempla: yo soy una página sagrada que conserva el secreto

de las dichas y el pesar de cien generaciones. Por mis puertas han pasado el poder, la riqueza, la gloria, la hermosura. . . . ¡todo ha desaparecido, todo irá desapareciendo! ¡Solo yo vivo la vida de los siglos, y el Eterno me sostiene como la imágen de la esperanza en medio de las vicisitudes y miserias de la humana existencia!

Dominados por esta impresion nos hallábamos años hace en presencia del airoso edificio, á la sombra hospitalaria de uno de los árboles que pueblan el cementerio.

Era de tarde.

Los rayos del sol poniente se quebraban en la parte superior de la fachada y atravesaban por entre los arcos de la torre en haces luminosos de un efecto mágico. . . . ¡La torre! . . . La torre de san Francisco de Puebla es la maravilla de la ciudad; ¡el arquitecto quiso por ella remontarse al cielo! A su base formó una capilla, sobre la cual fue hacinando sillares hasta levantar un campanario esbelto, gallardo y ligero como un alminar. . . . no, como un obelisco.

Dirigimos despues los pasos hasta la entrada de la iglesia, y al penetrar en lo interior observamos con gusto la graciosa columnata que decora los muros laterales, ostentando en los intercolumnios ademas de los altares, bellos cuadros que representan pasages bíblicos.

La bóveda sobre que descansa el coro es otra maravilla: es tan atrevidamente plana, que no puede verse sin una mezcla de espanto y admiracion. El arquitecto que la construyó no quiso presenciar el acto de quitar la cimbra, temiendo que se desplomara luego que le faltase el sosten, y desapareció dejando á los religiosos sin saber qué partido tomar. Pusieron éstos fuego al armazon, y con asombro suyo vieron que la bóveda se sostenia firme y sólida como permanece hasta el dia.

En los altares hay efigies de primosa escultura; pero ninguna llama tanto la atencion como la Purísima que ocupa el tabernáculo del altar mayor. La tarde á que nos referimos estaba vestida con una túnica blanca y manto azul de gasa, con lo cual y recibiendo abundante luz por la parte posterior, la vimos tan vaporosa, tan aérea, tan idealmente hermosa que parecia transfigurada ó que acababa de bajar del cielo.

Pero el objeto principal de nuestra visita á la iglesia de San Francisco, era contemplar los restos del beato Sebastian de Apa-

ricio, religioso lego que floreció en la segunda mitad del siglo décimo sexto y cuya historia en que se han empleado varias plumas, mas que pintura de una vida real, parece una novela. Traigamos á la memoria los mas importantes sucesos de esta vida.

Nació Aparicio en Gudiña, villa del obispado de Orense en la provincia de Galicia, el año de 1502, y fue hijo de Juan de Aparicio y Teresa del Prado, que le criaron en la práctica del bien y le dedicaron desde sus primeros años á la labranza, en que se ejercitó la mayor parte de su vida.

Despues de haber residido en varios lugares de España, pasó á Méjico en 1531 embarcándose en San Lúcar de Barrameda, puerto feliz de donde en años anteriores habian salido tambien las colonias franciscana y domínica, que plantaron el estandarte del cristianismo en estas regiones. Hay lugares predestinados á ser repetidas veces el principio ó el punto de partida de la realizacion de grandes acontecimientos; lo fue el de que se trata respecto de los viajes de misiones apostólicas, así como el puerto de Pálos lo habia sido igualmente con respecto á los de descubrimientos en el Nuevo Mundo.

Llegado Aparicio á nuestro país se dedicó á conducir de Veracruz á Méjico en carretas tiradas por bueyes los géneros y demas efectos que venian de la Península, y en este ejercicio permaneció hasta el año de 1542: el comercio le es deudor, segun se ve, de la introduccion de ese medio de trasporte que en aquella época fué sin duda considerado como una gran mejora material.

Pero dió un paso todavía mas agigantado en esta senda con haber emprendido sus viajes, no ya á Veracruz, sino á Zacatecas, y desde entonces data la existencia del camino que llamamos ahora de Tierradentro. General admiracion hubo de causar aquel hombre animoso que solo y conduciendo una carreta, proporcionaba un medio de comunicacion entre poblaciones importantes, sin arredrarse por los peligros, no siendo el menor de éstos el encuentro mas que probable con los bárbaros.

Sin embargo, nunca tuvo el menor contratiempo en todo el período dedicado á esta ocupacion, de la cual se apartó luego que llegó á juntar de utilidades una suma de consideracion para comprar una finca de labor, como en efecto la adquirió en el valle de Méjico, cerca de Tlalnepantla.

Iriarte y C.ª

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO

Trabajando asíduamente en esta hacienda, los productos correspondian á su dedicacion; pero los distribuia él casi todos á los pobres, cuya triste situacion aliviaba aun á costa de su propia conveniencia. Viniendo una vez á la capital, vió por el camino á un vecino suyo, á quien traian á la cárcel de corte por deber tres mil pesos que no podia pagar: no lo sufrió él y por librar de aquel trance al insolvente aprontó la cantidad, de que no llegó jamas á reembolsarse.

Otra de sus excelencias, ademas de la caridad y la estremada pureza de costumbres, fue un candor angelical; era uno de los niños del Evangelio.

Aunque permaneció mucho tiempo sin contraer matrimonio, ya en el último tercio de su vida fue dos veces casado, si bien en el trato íntimo con sus jóvenes consortes nunca llegó á desempeñar otro papel que el de un padre con su hija.

Triste y desconsolado con la pérdida de su segunda mujer, á quien mucho amaba, quiso consagrarse á Dios lejos del mundo, y á este fin, siguiendo el consejo evangélico, renunció á todos sus bienes en favor de las monjas de Santa Clara de esta ciudad, que hacia poco tiempo habian fundado su monasterio. Dedicóse ademas á servirlas en clase de donado.

Acaecia este cambio en su vida por los años de 1573.

En el siguiente, á 9 de junio, tomó el hábito de san Francisco en el convento grande, subiendo un escalon en la vida monástica, pues de donado pasó á lego.

Ya profeso fue destinado al convento de Tecali y despues al de Puebla, en donde residió hasta su muerte acaecida en 25 de Febrero de 1600, viviendo, como se advertirá, casi un siglo.

En todo este último período de su vida no se empleó sino en recojer limosnas para el convento, recorriendo con este objeto la mayor parte de los pueblos comarcanos, para lo cual se le proporcionaron carretas tiradas por bueyes, volviendo de esta suerte al ejercicio que tuvo en sus primeros años de residencia en Méjico.

Este género de vida le abrió tambien un vasto campo á la práctica de la virtud en que mas sobresalia, la caridad. Socorria hasta donde le era dable á los menesterosos; poniéndose en contacto con las clases pobres de la sociedad, penetraba en el secreto de las necesidades que ordinariamente las aquejan, y si

no estaba en su mano remediarlas, lloraba con el afligido, y aconsejando la resignacion, derramaba en los corazones un bálsamo divino.

Era ingenioso en eludir el precepto de la obediencia monacal cuando se ponia esta á la ejecucion de algun acto de humanidad. Refiérese que el guardian de Puebla, observando que no pocas veces regresaba al convento sin el manto por darlo á los pobres, le previno espresamente que no volviera á desprenderse de él. Salió al camino, llegó á cierto parage, pídele el manto un mendigo que estaba casi desnudo, y él le contesta:

—"Hermano, á mí me han mandado que no lo dé; pero si vos me lo quitais, ¿qué puedo hacer?

"Quitóselo el pobre, y despues, reconvenido del guardian, dijo:

—"Si vos, como me mandásteis que no lo diera, me mandárais que no me lo dejara quitar, no lo consintiera; pero si tenia necesidad, ¿se lo habia yo de quitar?"

Vetancurt, de quien tomamos este pasage, haciéndose eco de la tradicion, refiere otros casos no menos notables de la vida del virtuoso lego, á la cual por otra parte tampoco ha faltado el esmalte de lo maravilloso: los milagros son las flores con que honra la piedad cristiana la memoria de los justos, si bien están de sobra cuando en la vida de estos resplandecen otras flores de mas suave olor, como son las virtudes.

Enumerando las de nuestro héroe, esperábamos en la iglesia de San-Francisco de Puebla la llegada de un religioso para pedirle nos mostrase los restos venerables cuya vista apetecíamos, y ya los postreros rayos del sol penetraban horizontalmente por las ventanas, iluminando las sencillas labores de las bóvedas.

El silencio de aquel retiro de paz y santidad convidaba á la meditacion.

Al fin se dejó oir un ruido, y abriéndose la puerta de la sacristía, salió un religioso con una luz en mano, el cual nos condujo á la capilla dedicada al beato Sebastian de Aparicio.

Entramos á un camarin; subimos algunas gradas, y á la apacible claridad que derramaban los cirios, nos hallamos en presencia de la urna magnífica que contiene el objeto sagrado que tratábamos de contemplar.

Al fijar en él nuestras miradas no pudimos menos de reflexionar cuán cierto es que rara vez deja el hombre de hacer justicia al hombre; y aquella urna costosa, aquel respeto que se tributa

á un religioso humilde, cuya vida se deslizó tranquilamente animada por las armonías de la caridad y la inocencia; tanto amor, tantas solicitudes, tanto apego á ese polvo santificado por el bien, están mostrando de una manera patente é irrecusable, que la especie humana sabe estimar el mérito y tributarle el homenage debido, tanto cuanto los hombres son individualmente injustos y avaros de merecidos elogios.

Satisfecho el deseo que nos habia conducido á la referida iglesia, volvimos al cementerio cuando ya la campana mayor en graves tañidos anunciaba las oraciones. Las frentes del Popocatepetl y del Iztacxihuatl se dibujahan en la pálida vestidura del crepúsculo; buscaban las aves un asilo en las copas de los fresnos y álamos del paseo contiguo, y el ruido vago y monótono producido por la gente en la cindad, se oia como un suspiro gigantesco, ó como el rumor de las aguas que se despeñan tumultuosas en una torrentera lejana.

XIX.

ARCOS DE ZEMPOALA.

"Condolido el V. P. Fr. Francisco Tembleque de que tanto número de gentes como las poblaciones de Otumba y Zempoala, que en aquel tiempo eran crecidas, careciesen del agua necesaria por causa de que si en su gentilidad en unos jagüeyes rebalsaban la llovediza teniendo la necesaria, despues los ganados de los españoles se la bebian, y les obligaban á los naturales á traerla de nueve leguas; determinó el traerla por barrancas y cerros en atargea de cal y canto, y aunque tuvo así de seglares como de religiosos contradicciones, emprendió la obra y en tres barrancas hizo tres puentes de arcos: la primera de cuarenta y seis arcos; la segunda de trece, y la última, donde echó el resto, de un arco de cuarenta y dos varas y dos tercias de alto, y de ancho veinte y tres varas y una tercia, que á los que lo ven

causa asombro, que si fuera paso podia por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco, en que gastaron cinco años en hacerlo, van despues disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme va subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atargea. Estando en esta obra fue un alcalde de corte á ver las dificultades que ponian los que juzgaban imposible que el agua, por parecer estaba muy baja, subiese á tanta altura, y sin darse á conocer fue á comunicar con el religioso esta dificultad, y con su conversacion y ver que un gato que tenia le trajo un conejo para comer, y que diciéndole el religioso que fuese á traer otro para el huésped, le trajo, quedó convencido á que tendria efecto la obra que se hacia.

"Lo que es digno de ponderarse, es el ingenio con que la hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en mas de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atargea por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años. . . ."

Así se espresaba el P. Vetancurt acerca de esta obra admirable á fines del siglo décimoséptimo. El escelente religioso que la llevó al cabo de una manera todavía mas admirable, fue natural de Tembleque (lugar de cuyo nombre tomó su apellido), perteneciente á tierra de Toledo. Vino á nuestra patria en compañía del P. Fr. Juan de Romañones, y á los pocos años de residencia supo la lengua mejicana con tal maestría, que no solo conversaba en ella como cualquiera de los naturales, sino que en la misma les predicaba con notable desembarazo.

Por mandato de sus prelados fue á morar á Otumba, donde se dedicó á construir la obra referida, una parte de la cual se edificó cerca del campo donde años antes el ejército azteca habia sido derrotado por el conquistador: los hijos de Otumba que presenciaron aquel descalabro, ó sus descendientes, no pudieron menos de conocer á vista del acueducto la distancia que separa la conquista que se vale de medios violentos, de la que para consolidarse estudia las necesidades de los pueblos y las remedia con obras de pública utilidad.

No lejos del puente principal edificó el P. Tembleque una ermita que dedicó á nuestra Señora de Belen, y junto á ella una

celdita donde vivia pobremente, proporcionándose alimento del modo ya indicado. Moró allí muchos años, y ya en los últimos de su vida pasó con el cargo de guardian al convento de Puebla, y despues á Zempoala, donde acabó sus dias en la observancia de su instituto y ocupado en aliviar las miserias de sus semejantes.

La obra portentosa que ha trasmitido su nombre hasta nosotros y que le hará pasar á las mas remotas generaciones con el sello de la gratitud de la nacion mejicana, resistió imperturbable el empuje del tiempo por mas de dos siglos. El descuido y la indolencia hicieron despues que ya no sirviese al objeto á que la destinara el venerable religioso, y hoy, de toda esa fábrica colosal, no quedan en pie sino algunos arcos monumentales que causan al viajero la misma admiracion que las ruinas de los acueductos romanos; huellas magníficas del paso de un gran pueblo por el mundo.

XX.

INUNDACIONES DE MEJICO Y DESAGÜE DE LAS LAGUNAS.

Nadie ignora que la capital de la República ha tenido sus diluvios causados por las crecientes de los grandes depósitos de agua que cubren una buena parte de la superficie que la rodea.

A este mal se han aplicado dos remedios diferentes, pues se ha tratado de impedir la invasion de las aguas, bien oponiéndoles un dique, ó bien proporcionándoles un derrame para disminuirlas en su lecho natural: lo primero se ha logrado en parte por medio del sistema de albarradas, y lo segundo tambien en parte por medio del desagüe del lago de Zumpango, al cual se ha abierto paso por el canal de Huehuetoca. Púsose en práctica ademas otro medio, que podemos llamar negativo, y fue, im-

pedir la entrada de ciertos rios en las lagunas, como se hizo con el de Cuauhtitlan respecto de la de Zumpango, variándole el cauce.

Para impedir las inundaciones en lo antiguo, solo se echó mano del primero de los medios indicados, y es famosa la albarrada que Moteuczoma el mayor mandó construir ayudado de Netzahualcoyotl, el rey de Tacuba y los de Iztapalapam, Coyohuacan y Xochimilco, la cual tenia mas de tres leguas de longitud y dos brazas de anchura, que reformada modernamente es la calzada de Mexicaltzinco y San Antonio Abad. Su objeto era el detener las aguas de los lagos de Chalco y Xochimilco.

Años despues, Ahuizotl, antecesor del segundo Moteuczoma, quiso introducir á la capital las aguas de un manantial llamado *acuecuexco*, que brota en el pueblo de San Mateo Churubusco, entonces Huitzilopochco. La afluencia de esas aguas fue tal, que Méjico se inundó otra vez. Remedióse el mal, y conjuróse el peligro para mucho tiempo despues, con la industria de que se valió otro rey de Texcoco, Nazahualpiltzintli, cegando el referido manantial que, segun se dice, fue á abrirse paso á la otra parte de la cordillera oriental, cerca de Huexotzinco. Parece que en Anáhuac estaba la ciencia vinculada á los reyes de Texcoco.

Sobrevinieron en los siglos posteriores las inundaciones, pues que, segun se ha observado, son inevitables despues de cierto período las crecientes de los lagos.

El gobierno español, para atajar el daño, siguió empleando el procedimiento azteca, reparando las antiguas albarradas y construyendo otras nuevas, como lo verificó en las inundaciones acaecidas en el año de 1553, siendo virey D. Luis de Velasco el primero, y en el de 1604 cuando regia á Méjico el marqués de Montesclaros.

Pero advirtiendo que la medicina aplicada hasta entonces era insuficiente, puesto que el mal persistia, hubo de pensarse mas sériamente en el modo de cortarlo de raíz, y se acudió al desagüe de las lagunas.

La historia y descripcion de esta obra hidráulica nos las da compendiosamente nuestro poeta Ruiz de Alarcon en los siguientes versos:

"Méjico, la celebrada
Cabeza del indio mundo,
Que se nombra Nueva-España,
Tiene su asiento en un valle,
Toda de montes cercada,
Que á tan insigne ciudad
Sirven de altívas murallas:
Todas las fuentes y rios
Que de aquestos montes manan,
Mueren en una laguna
Que la ciudad cerca y baña.
Creció este pequeño mar
El año que se contaba
Mil y seiscientos y cinco,
Hasta entrarse por las casas;
O fuese que el natural
Desaguadero, que traga
Las corrientes que recibe
Esta laguna, se harta;
O fuese que fueron tales
Las crecientes de las aguas,
Que para poder bebellas
No era capaz su garganta.
En aquel siglo dorado
(Dorado, pues gobernaba
El gran marqués de Salinas,
De Velasco heróica rama,
Símbolo de la prudencia,
Puesto que por tener tanta,
Despues de tres vireinatos
Vino á presidir á España),
Trató este nuevo Licurgo,
Gran padre de aquella patria,
De dar paso á estas crecientes
Que ruina amenazaban;
Y despues de mil consultas
De gente docta y anciana,
Cosmógrafos y alarifes,
De mil medidas y trazas,
Resuelve el sabio virey
Que por la parte mas baja
Se dé en un monte una mina
De tres leguas de distancia,
Conque por el centro dél
Hasta la otra parte vayan
Las aguas de la laguna
A dar á un rio arrogancia.
Todo es uno el resolver
Y empezar la heróica hazaña:
Mil y quinientos peones
Continuamente trabajan.

En poco mas de tres años
Concluyeron la jornada
De las tres leguas de mina,
Que la laguna desagua.
Despues, porque la corriente
Humedeciendo cavaba
El monte, que el acueducto
Cegar al fin amenaza,
De cantería inmortal
De parte á parte se labra,
Que da eterna paz al reino
Y á su autor eterna fama."

En esta agradable pintura notamos, sin embargo, una omision y la asercion de un hecho hasta el dia no averiguado, y mas bien desmentido por la esperiencia.

Atribuye Alarcon á solo el virey toda la gloria del desagüe, y no nos dice ni una palabra de Henrico Martinez que fue el ingeniero director de la obra.

Ademas, da por cierto que en la laguna (que sin duda se refiere á la de Texcoco) hay un desaguadero natural que traga las corrientes que recibe la propia laguna. Este es un problema que trató de resolver el P. Francisco Calderon, jesuita, sondeándola durante tres meses consecutivos; mas el sumidero no pareció por ninguna parte, si bien el P. Calderon pretendia fundar la existencia de él en el testimonio de algunos naturales de los mas entendidos, y en el de antiguos mapas mejicanos. Por lo demas, todavía al presente afirman los indios que hacen en canoa la travesía de Méjico á Texcoco, que hay en la laguna tal sumidero, llamado por ellos *el remolino*.

Sea de ello lo que fuere, lo que no admite duda es que tanto en la construccion de las albarradas y calzadas, como en la del desagüe, tuvieron los franciscanos una parte muy eficaz, ora dirigiendo las obras como peritos, y ora estimulando á los operarios á que trabajasen activamente, proporcionándoles, no obstante, la debida remuneracion, librándolos de las pesadas faenas á que otros directores menos compasivos los condenaban Vivos están entre otros los ejemplos de los PP. Fr. Gerónimo de Zárate y Fr. Juan de Torquemada, citados en otra parte con ocasion de la calzada de la Piedad que, así como otras, alinearon y construyeron. Estos mismos religiosos dirigieron, como maestros de obras, la reparacion de la albarrada que mandó hacer D. Luis de Velasco el primero, y tuvieron á su cargo la

construccion y aderezo de las calzadas de San Cristóbal, San Antonio Abad, Chapultepec y Guadalupe, en la que trabajaron á un tiempo cerca de dos mil peones. Otros religiosos de la misma órden, como el P. Fr. Francisco Moreno, cuidaron del hospital que se dispuso para asistencia de los operarios que enfermaran durante la apertura del canal de Huehuetoca, y otros, como los PP. Luis Flores, Bernardino de la Concepcion y Manuel de Cabrera, muerto Henrico Martinez, tuvieron la superintendencia del desagüe. Y aunque para el desempeño de este encargo no tuviesen toda la aptitud que hubiera sido de desearse, el mismo nombramiento que de ellos se hizo manifiesta que á lo menos eran las personas que, en su tiempo, estaban dotadas de mejores luces, ó que inspiraban á la autoridad por otras prendas mayor confianza.

Una de estas era sin duda la caridad que los inflamaba, la caridad que ejercian aliviando los padecimientos de los indios, desdichados ilotas cuyas fuerzas eran las que se agotaban en la ejecucion de esas empresas colosales. En comprobacion, y como una muestra del honroso papel que representaron los religiosos en las inundaciones de la capital, véamos lo que dice el padre Vetancurt, describiendo uno de esos cataclismos:

"El año de 629, dia de San Mateo, amaneció la ciudad inundada con cerca de vara y media de agua donde menos; fue considerable la ruina, así de las casas que se cayeron como de la hacienda que se perdió en las bodegas, por haber sido de noche y repentina. Era virey el marqués de Cerralbo, y arzobispo el Sr. D. Francisco Manzo, que salia en canoa á repartir pan á los que no podian salir á buscar el sustento. Todos se mostraron caritativos á tanta lástima; pero los religiosos de San Francisco, como quienes tenian sus conventos á las orillas de las lagunas, se hallaron mas dispuestos para el socorro de las canoas y barcas en que sacaban la ropa y gente, que pobló la comarca huyendo del riesgo de las casas y buscando el sustento para sus familias: para consuelo espiritual de los fieles ponian altares portátiles en las azoteas, donde celebraban los dias festivos para que oyesen misa los que no podian salir con conveniencia de las casas.

"A toda diligencia se hicieron calzadillas á raíz de las paredes, porque no batiesen las aguas, y para el pasaje á los negocios con puentes levadizos en las encrucijadas, y habia can-

tidad de canoas pequeñas que se alquilaban navegando por las calles. Duró mas de cinco años la inundacion, valiéndose en los conventos y casas grandes de norias con que achicaban el agua: permitió la Divina Providencia que en todo este tiempo no se quebrase caño, y así hubo agua dulce en las pilas, que la que inundó la ciudad era salobre: quedó sin inundacion la plaza mayor, la Catedral, el palacio y plazuela del volador, y toda la parte de Santiago por tener mas altura que las calles; el barrio de San Juan de la Penitencia y Santa Cruz, por estar bajos, tuvieron mas agua, y fueron los últimos que quedaron enjutos.

"Despues de enjuta la ciudad con un temblor de tierra que hubo, se trató de que se limpiaran las acequias; señalaron religiosos de San Francisco, que repartidos con cantidad de indios por sus barrios, veinte y tres religiosos limpiaron veinte y dos mil varas de acequias, ahorrando mas de cincuenta mil pesos, porque pedian ciento y cuarenta mil, y con menos de noventa mil se hizo, en especial por los PP. Fr. Juan de Sanabria y Fr. Andrés de Meneses, que llegaron hasta los planes antiguos; y entonces se vió cómo todo lo que coge de la plaza y palacio la acequia principal está enlosada con losas cuadradas de piedra tenayocan, que despues no se han descubierto en las que se han limpiado.

"En el ínterin de la inundacion, como se cerraron las compuertas y creció la laguna de Chalco, temieron no reventara la calzada de Mexicaltzinco, y encomendóse su aderezo al P. Fr. Sebastian de Garibay, guardian que era de dicho pueblo, y á toda diligencia con estacas y terraplen la dejó segura; y porque se advirtió que de las vertientes del volcan venia un arroyo considerable que entraba en ella, se le cometió lo divirtiese, como lo hizo, haciéndole madre, y por una barranca lo encaminó á las Amilpas, de que está adelante de Amequemécan en el camino del volcan que va á la Puebla un padron donde está escrita la obra para perpetua memoria. Despues acá, conociendo la utilidad con que los religiosos asisten en las ocasiones que se han limpiado las acequias, se han encomendado á la Religion cada cinco ó cada seis años, que las han dejado á satisfaccion de la República, y con menos costo de lo que se ha gastado en otras ocasiones, porque con la asistencia y cariño de los religiosos trabajan los indios mas animados."

Como nuestro objeto no es elogiar sistemáticamente, escu-

samos multiplicar ejemplos de los religiosos franciscanos que intervinieron con honra así en el desagüe de las lagunas de Méjico, como en otras obras que redundaban en provecho de la nacion: abundan en las crónicas, y puede cualquiera consultarlas con agrado, cierto de que hallará en ellas pruebas irrecusables de lo que ya hemos asentado varias veces, esto es, que nuestros primitivos frailes eran para su tiempo hombres eminentes, colocados á la altura de la civilizacion que entonces se alcanzaba, aptos no solo para el ejercicio de las virtudes monásticas, sabios consumados, artistas ingeniosos, y mas que todo, espejos de caridad evangélica, derramando su entrañable cariño especialmente sobre la raza conquistada y abyecta, sobre los desgraciados indios.

Pero, ¡qué fatal carcoma se oculta en el seno de las instituciones humanas! ¡por qué todo está sujeto á la ley de decadencia y aniquilamiento! ¡por qué el sér va gradualmente resolviéndose en la nada, como una llama que se estingue poco á poco! ¿Dónde está ese espíritu sublime, ese fervor creciente, esa constancia imperturbable que distinguian al misionero del siglo décimosesto y le dotaban de una naturaleza hercúlea para acometer las empresas mas árduas? ¿Dónde están esos hombres singulares, de costumbres sencillas, de vestido pobre, que decantaban su separacion del mundo, y vivian sin embargo con el mundo, para difundir la ciencia y avivar el amor del bien entre sus semejantes?

Fueron un instrumento de que se sirvió la Providencia para la obra de regeneracion de un mundo; fueron para su época un elemento de progreso, que no echa menos nuestra sociedad, porque ya no lo ha menester. . . . ¡Quimera!

Existe la necesidad, y se hace sentir imperiosamente; la necesidad de obreros desinteresados, activos, inteligentes y constantes, que sin blasonar de filántropos, siembren la semilla de la civilizacion en nuestros pueblos, en nuestras rancherías y en los aduares de los indios bárbaros.

Los frailes pudieron, no hay duda, haber desempeñado ese papel glorioso; los frailes pudieron haber conquistado ese laurel, obtener esa prenda mas de gratitud á que en otros siglos se hicieron acreedores: pero el antiguo fervor habia acabado; no abrigaban ya la conciencia de su benéfico destino, y aunque vivian en cuerpo, eran un cuerpo sin alma.

XXI.

SEGUNDA EDAD.

Hubo, sin embargo, hasta nuestros dias miembros ilustres, y seria hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fue, á no dudarlo, la principal causa porque se retardó el golpe que despues les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros dias frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido solo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo bien pudieron haberlo hecho. Aun en esta parte los franciscanos tenian ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su órden que florecieron en el siglo décimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo habia ocurrido una modificacion importantísima en la condicion de la órden seráfica, que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos, gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercian la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdiccion de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda que observaron hasta nuestros dias. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del

pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobacion de lo dicho citaremos las fundaciones de nuevas custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mejicano, las crónicas que entonces se escribieron, producciones amables, hijas del amor á la verdad, que son las fuentes mas puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que, desdeñando el reposo de la celda, partian á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demas: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin ausilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados de la caridad como los primeros discípulos de Jesus; y entre ellos tambien descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuacion.

XXII.

FRAY ANTONIO MARGIL DE JESUS.

La curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre *de la Independencia*, para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformacion que reciben algunos edificios antiguos de Méjico, al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornato, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto mas adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nue-

vas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el iman de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una iglesia, hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devocion exagerada ó de las antipatías de partido, sino de la inclinacion natural á compadecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imágen de su destino, y porque en la destruccion de un monumento llora su propia destruccion.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aun siquiera trasformado. Si prescindís de la fachada, que es bien pobre, y del patio casi enteramente ocupado por la base de la escalera que conduce al piso superior, todo lo demas conserva las facciones de su primitiva existencia; es un fragmento de monasterio separado del resto por una calle; todo en él se halla en el mismo estado que tenia cuando era de los religiosos; los mismos claustros prolongados y oscuros, el mismo aspecto vetusto, y la misma sucesion de celdas con sus puertas alineadas y numeradas en la parte superior como las páginas del libro del tiempo.

Solo una cosa ha huido para siempre de aquel melancólico recinto, y es el silencio: el ruido que forma el ir y venir de los moradores, las voces y risas de estos, contrastan singularmente con la adusta configuracion de la casa que descubre á primera vista su orígen cenobítico.

Esta parte del monasterio era la enfermería, ó por lo menos un departamento de ella. Sabiamos por la historia que allí falleció el venerable P. Fr. Antonio Margil, y el deseo de conocer el lugar donde ocurrió ese suceso nos hizo enderezar los pasos á la casa y en seguida al aposento número 6 de la misma. Habitaba en él un anciano pobre, de maneras francas, que parecia estimar debidamente la fortuna de vivir bajo aquel techo que atesora una página tan bella y provechosa: su menaje era el de un monge: tenia colocado su lecho precisamente en el ángulo donde el buen religioso exhaló el último suspiro, y mostraba por ello una gran satisfaccion.

En la pared correspondiente á la cabecera, y á unos dos me-

tros del suelo, se ve pintado el retrato del santo misionero, y á su pie leimos la siguiente inscripcion:

> Verdadero retrato del venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesus, misionero apostólico, el cual falleció en este sitio y convento de N. P. San Francisco de Méjico, el dia 6 de agosto de 1726 años, á 70 de edad.

Desde esa fecha á la presente ha transcurrido mas de un siglo, durante el cual han bajado á la huesa no pocas de esas oleadas de vida que llamamos generaciones, no pocos de esos hechos que nacen y mueren aspirando inmerecidamente á la inmortalidad, no pocas de esas ambiciones de humo que suelen usurpar el nombre de gloria, y en una palabra, no pocas de esas miserias que brindan á los humanos la escasa copa de la dicha de un dia. Entre tanto, ha vivido y vive la memoria de un fraile que, por el contrario, si algun deseo vehemente abrigaba con respecto al mundo, era atravesar por él obrando bien, pero ignorado. . . . ¡Privilegio envidiable de la virtud! Ella no busca recompensas, porque en sí misma tiene siempre su mas preciado galardon; hace su peregrinacion sobre la tierra con la mirada fija en Dios y derramando á su paso raudales de consuelo; y al emprender el camino á las estrelladas regiones de la bienaventuranza, deja en pos de sí una fragancia divina que jamás disipa el viento del olvido.

Dicha nuestra ha sido aspirar la que exhalan las virtudes del venerable Margil de Jesus, y toma creces esa dicha al reflexionar que no faltan en la generacion presente corazones que las estimen, y para quienes no estarán de sobra las pocas líneas que sobre la vida del héroe vamos á trazar.

I.

En la mañana del 6 de Junio de 1683 hubo una gran conmocion en la ciudad de Veracruz.

Avistóse en el mar una flota que si bien parecia procedente de España por traer los buques bandera de esa nacion, se temió con fundamento no lo fuera mas que en apariencia.

Pocos dias antes se habia hecho á la vela el famoso Lorencillo despues de saquear la ciudad, cometiendo todo género de crímenes, y como tras un mal vienen otros, recelaban los moradores que las naves que entonces se acercaban al puerto no fuesen portadoras de otros ó de los mismos piratas.

No era así á la verdad.

En la tarde del mismo dia todos estaban ya ciertos de que aquella flota era la que se esperaba de la Península desde principios del mes anterior, y entre los navegantes se contaban algunos misioneros que venian destinados al colegio de la Santa Cruz de Querétaro, recientemente fundado.

Uno de estos varones apostólicos era Fr. Antonio Margil de Jesus.

Despues de llorar sobre el pasado infortunio de la poblacion donde habia encontrado hospitalaria acogida, sin embargo de estar desolada, obedeciendo la órden de su prelado que lo era el R. P. Linaz, se puso en camino para lo interior del país acompañado de otro sacerdote, á pie, y como dice un biógrafo, con solo el breviario, un báculo y un santo Crucifijo, sin otro subsidio, esperando el sustento de la Providencia divina.

Todo este viaje fué una continua predicacion.

Notables fueron los frutos que alcanzaron los misioneros en Cotastla, Huatusco, San Martin, San Salvador el Verde y San Juan del Rio, si bien los compraron á costa de mil penalidades, pues siendo entonces como era tiempo de aguas y estraviándose varias veces por aquel suelo que no conocian, se veian cuando menos lo pensaban sumergidos en pantanos y precisados á que la ropa se les orease en el cuerpo, no trayendo otra túnica de remuda.

Finalmente, asociados en san Juan del Rio á otros tres misioneros llegaron al espresado convento de Querétaro á 13 de Agosto del mismo año.

II.

Veinte y seis antes nacia en Valencia un niño que habia de ser el blason mas ilustre de todo su linaje, y que era entonces la delicia de sus padres, personas decentes aunque de mediana fortuna.

"Las familias, dice un escritor, suelen tener muchos altos y

bajos desde su primer orígen, variándose los sucesos segun se alternan los tiempos. Sufre la sangre encañada en las venas las desigualdades que el agua oculta en sus arcaduces, que ya sube á los mármoles, ya se abate á los riegos, sin que pierda lo claro la profundidad á que se humilla, la alteza de quien tuvo su orígen. Nadie es tan mucho que haya dejado de ser nada, ni es tan poco que no haya sido mucho. Ha muchos dias que se tratan hermanablemente buena sangre y mala fortuna, pues no son los hombres nobles por solo ser ricos, ni menos ilustres por estar colocados en la categoría de los pobres."

Desde sus primeros años mostró el niño escelente índole, y como debió al cielo la dicha de una madre virtuosa, empezó conforme iba creciendo á recibir en su tierna alma las semillas del bien, que germinando mas tarde, produjeron esas flores divinas con que la veremos despues engalanada.

Los escasos medios de subsistencia de su familia no fueron parte á impedir recibiese una decente educacion literaria, sin descuidar por ello las prácticas piadosas á que era singularmente inclinado: ¿qué alma sensible, nacida en el seno de la religion cristiana, no se ha hallado en el mismo caso cuando al salir de la infancia empieza á presentir las misteriosas borrascas de la juventud? ¿quién es el que no recuerda, como uno de los goces mas cumplidos de su primera edad, esas horas de entusiasmo religioso en que se extasiaba al escuchar en el santuario las graves armonías del órgano, y el canto del anciano sacerdote celebrando las glorias del Eterno?

Creció el niño, y ya jóven de diez y seis años pasó á esconder su vida al convento de recoleccion de franciscanos de la misma ciudad, llamado de la Corona de Cristo por conservar como preciosa reliquia la mitad de una espina de la corona de Jesus. Hecha su profesion, la obediencia al prelado le condujo al convento de Denia á proseguir los estudios que comenzara en su niñez; y aprovechando notablemente en la filosofía, se creyó conveniente que volviese, como volvió, al de la Corona á seguir el curso de ciencias teológicas.

Ordenado de presbítero pasó á vivir al monasterio de Santa Catarina de Onda para dar principio al noble ejercicio de la predicacion, en que habia de adquirir tantas escelencias. Allí, en el retiro y silencio del claustro, fue donde escuchó en lo íntimo de su alma una voz que le llamaba á ejercer su apostólico mi-

nisterio á las apartadas regiones de occidente. Cedió al hechizo de esa voz celestial, y en breve le vemos tomar el camino de Cadiz, donde se embarca para Méjico; no pierde tiempo durante la navegacion que fué de noventa y tres dias, empeñándose por medio de pláticas y sermones en mejorar las costumbres de los pasageros; y aportando en fin á las playas de Veracruz, emprende su viaje á Querétaro. Este misionero no era otro que el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus.

III.

El colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro ha gozado siempre de tanta nombradía, que se nos echaria en cara como una omision imperdonable el no consagrar algunas líneas á su historia, particularmente cuando la circunstancia de contar entre sus fundadores á nuestro héroe, le hace merecedor de perdurable memoria.

Su iglesia fué la primera que hubo en la ciudad, y fué asimismo la primitiva parroquia, pues segun nos informa el curioso libro titulado *Glorias de Querétaro*, "en ella se bautizaban, casaban y enterraban los que se convirtieron del gentilismo, hasta que se mudó al lugar donde se halla hoy el convento grande capitular de N. P. S. Francisco."

"Se hizo la primera vez (continúa el libro citado) en el año de 1531 una pequeña ermita de ramas y materiales campestres, en donde se dijo la primera misa el dia de señora Santa Ana, 26 de Julio del mismo año: se hicieron tambien del mismo material algunas pequeñas celdas para los pocos religiosos y ministros que habia, y una vivienda contigua que sirvió de hospital para curacion de los indios. Habiendo mudado los religiosos el convento, como dijimos, con el tiempo se consumió la primera ermita, dentro de la cual estaba colocada la milagrosa cruz de piedra; con esto estuvo algunos años esta preciosa reliquia en campo descubierto, obrando muchos y grandes prodigios. La repeticion de estos movió la piedad de los fieles, y á instancias de los religiosos franciscanos se fabricó una ermita de carrizo y tajamanil (tablilla), la que á los cuatro años se mejoró de cal y canto, con techo de madera. Así se conservó esta iglesia hasta el año de 1654, en que vencidas varias dificultades y conrot-

versias, y conseguida licencia del rey, se fabricó de nuevo una iglesia mas capaz, con un convento anexo á ella para los religiosos que cuidaban de la santa cruz, el que sirvió un poco de tiempo de enfermería de la santa provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacan: y el año de 1666, estando ya enteramente concluido el convento con todas las oficinas necesarias, lo destinó dicha provincia para casa de recoleccion, con el título de San Buenaventura; hasta que por fin el año de 1683 se entregó á los padres apostólicos para que fundaran en él un colegio de misioneros de *propaganda fide*, por bula del Sr. Inocencio XI de 8 de Mayo de 1682, el que hasta el dia se conserva sin haber decaido un punto de su primitivo fervor y exactísima observancia.

"La fábrica material del colegio y de la iglesia ha tenido muchos y grandes aumentos desde el año de 1683 hasta el presente (1802). El complemento del crucero de la iglesia, del coro, de la sacristía y del hermoso camarin que está detras del altar mayor, es debido á la generosidad y beneficencia del Br D. Juan Caballero y Ocio, que lo hizo á sus espensas. La iglesia principal, que es de un tamaño proporcionado, está bien adornada de colaterales, y tiene contigua una hermosa capilla con tres puertas, por donde se comunica con ella, y ambas tienen su fachada hácia el poniente. El colegio es bastante amplio y cómodo para la habitacion de los religiosos: tiene una famosa librería, con obras muy selectas y apreciables: en el dia ascienden sus libros al número de siete mil y tantos volúmenes."

Venéranse en la iglesia algunas imágenes notables, entre otras, una de María con Jesus niño en los brazos, obra de pincel romano; otra, que es una escultura napolitana y representa al niño Jesus, la cual donó la señora duquesa del Infantado al P. Fr. Antonio Linaz cuando vino á fundar el colegio apostólico; y la otra, que es un Santo Cristo de marfil, de vara y tres cuartas, muy bien trabajado, que dió á los religiosos el Sr. D. Toribio Cosío, marqués de Torre-Campo, gobernador que fue de Filipinas, el año de 1731, que pasó para esa ciudad cuando se restituyó á España.

Pero el objeto mas preciado que atesora la iglesia, en que cifran su orgullo los queretanos, y que ha dado nombre al colegio, es la cruz de piedra, llamada *de los milagros*, que se venera en el altar mayor. Está formada de cuatro piedras rojas que, se

gun la tradicion, fueron encontradas en la loma vulgarmente llamada de *Sangremal*, el año de 1531, en que conquistaron la ciudad los españoles al mando del cacique otomi D. Fernando de Tapia.

A este colegio llegó nuestro Margil el dia y año antes apuntados, y desde luego se dedicó á las tareas de su santo ministerio, preparándose en el retiro con el estudio incesante de la sagrada Escritura. Por el espacio de cuatro meses se le vió trabajar sin descanso, eligiendo para teatro de sus predicaciones ora la ciudad de Querétaro, ora la de Méjico, y ora finalmente, varias otras poblaciones de inferior categoría, pudiendo con verdad asegurarse que fueron pocas las que no se conmovieron á la insinuante voz del apóstol.

Pero este era un campo bien estrecho para el ardiente celo que le animaba, y la Providencia le habia destinado á recorrer otro incomparablemente mas vasto. Por el mes de Marzo del mismo año se le intimó la órden del superior para que con otros tres compañeros pasase á evangelizar á los pueblos de la dilatada provincia de Yucatan. Ponénse en camino de dos en dos, llegan á Veracruz; recogen colmados frutos en esta ciudad; embárcanse para Campeche, y desde este puerto siguen peregrinando hasta Mérida, capital entonces de la provincia y hoy del Estado de Yucatan.

IV.

¿Habeis escuchado ese canto melancólico que entonan los labradores en las haciendas antes de dar principio á sus tareas diarias y poco despues de finalizarlas?

La oscuridad, como un velo fúnebre, se estiende sobre el valle y da á las montañas el aspecto de negros murallones.

Todo yace en profundo silencio: el cenzontli duerme todavía en las intrincadas ramas del mezquite, y el brillante colibrí no vuela zumbando por cima de los floridos matorrales.

Mírase en el horizonte una cinta indecisa de apacible lampo, mas no es todavía el primer albor de la mañana. Brillan los luceros en todo su esplendor, y en la inmensa bóveda del cielo reina una calma imperturbable, una calma que envidia el corazon y le obliga á suspirar.

Una casa de apariencia rústica, pero de sólida construccion, se levanta hácia la falda del vecino collado: rodéanla una muchedumbre de cabañas, asomando el techo de palma por entre los plantíos de nopales y magueyes.

De uno de esos pobres albergues sale una luz rojiza, aprovechando los espacios que dejan entre sí los mal unidos juncos de que están formadas las paredes: prodúcela la llama del hogar, cerca del cual se dispone á salir un hombre de semblante altivo y formas robustecidas en la escuela del trabajo; su esposa é hijos duermen tranquilamente.

Despues de algunos minutos este hombre, que es el mayordomo de la hacienda, pasa de choza en choza despertando á los operarios, deteniéndose á la entrada del cercado de cada habitacion, y saludando á cada uno de aquellos con un prolongado ¡Ave María Purísima!

Finalmente, reunidos en el patio de la casa de la hacienda todos los peones, cargados con los instrumentos de labranza respectivos, de en medio del concurso se levanta una voz sonora que entona el primer verso de un himno religioso. Esta voz es grave y tierna como el dolor, como la esperanza próxima á desvanecerse.

Siguenla en coro las de los otros campesinos, y alternándose de este modo el coro y la voz principal llegan al fin del sagrado canto, que parece una queja sostenida y vigorosa, un gran gemido compuesto de gemidos, y el himno del quebranto y la resignacion, en cuya melodía van envueltos los corazones como una ofrenda al supremo Autor de la felicidad.

Así cantan nuestros labradores antes de que la selva suspire conmovida por el céfiro, antes de que el oriente se ilustre con los primeros asomos de la aurora, y antes de que las flores desplieguen la brillante corola para tributar al cielo su fragancia.

Este cántico, que resuena á la misma hora en todos los distritos agrícolas de nuestro país, es el *alabado*.

Baña despues el sol la inmensidad del espacio en mares de esplendor y gloria. Las sombras se refugian á los pliegues de la vestidura de las montañas; y mientras el hombre riega la tierra con el sudor de su frente, empuñando la esteva y caminando al paso del robusto buey, compañero de sus fatigas, los árboles del valle mueven perezosamente la olorosa cabellera, y las aves, llenas de júbilo, circulan en bandadas por el cielo

formando coros armoniosos: las aves son los ángeles del aire.

A la bochornosa siesta suceden horas mas apacibles. El sol declina al ocaso, y ocultándose despues tras la montaña, deja en pos de sí el crepúsculo como la memoria aun fresca de la felicidad que acaba de pasar.

Los objetos empiezan á cubrirse con una gasa sombría; vuelve el silencio á dominar en montes y valles; el ave atraviesa el aire en tardo vuelo, sin trinar, buscando el árbol donde ha de reposar durante el imperio de la sombra, y la campana suspendida en la torre del lejano pueblo se asocia vibrando á la melancolía del alma, produciendo una voz triste y apacible como un adios á la luz. . . .

En estos momentos vuelven los cansados labradores á congregarse para repetir el himno que entonaron en la mañana. Pero ¡cuán diverso carácter tiene el alabado á estas horas! Si alguna vez lo habeis escuchado al llegar á hospedaros en la hacienda despues de caminar durante un dia entero, ó si tal vez morando en la ciudad habeis enderezado los pasos hácia algun sitio de los alrededores que conserva para vos alguna memoria sagrada, y al volver del paseo os sorprende la noche cerca de la finca en los momentos en que los labradores están juntos para representar la tierna escena de que vamos hablando, ¿á qué pretender recordaros la impresion que causó en lo íntimo de vuestra alma? ¿á qué intentar reproducir una imágen que está viva, y que adorais en secreto siempre que pensais en la suerte de esos mortales benemériros que riegan con sus sudores y á veces con lágrimas un suelo ingrato, para obligarle á producir el pan que nos sustenta, que nos sustenta quizá sin merecerlo?

Juntos los campesinos en el lugar indicado, dejan oir de nuevo la voz que en la mañana era un lamento, y hoy es el canto animado, vibrante, triunfal del agradecimiento y de la dicha. Con él espresan el regocijo por la victoria alcanzada sobre la tierra mediante el trabajo, el deseo que pronto van á satisfacer, de tornar á su pacífica morada, donde gustarán las delicias de la familia, y tal vez la esperanza de mejorar de condicion para proporcionar una existencia menos penosa á sus hijos ¡Oh! bien haya el que inspiró á los hombres del campo la idea de juntarse diariamente para llorar ó bendecir! ¡Bien haya el corazon piadoso que inventó tan inocente y suave melodía! ¡Y bien haya mil veces el humilde religioso, el P. Margil de Jesus

que al introducir esta costumbre entre los labradores, les enseñó el modo mas adecuado y bello para pedir al cielo favor, ó para significarle su reconocimiento por medio de un canto tierno y sencillo, que es al mismo tiempo un himno y una plegaria!

V.

Sí, el P. Margil fue el inventor del alabado que, como ha dicho muy bien un escritor, es nuestro verdadero canto nacional.

Entonábalo al entrar en los pueblos, y así publicaba su mision; así anunciaba que el enviado de Dios ponia las plantas en aquellos lugares, y que bien pronto iba á hacer resonar la palabra de vida.

Descalzo y sin mas armas que el Crucifijo recorrió con el P. Lopez, religioso de la misma órden y su inseparable compañero, gran parte de la provincia antes mencionada. Pasó despues á Tabasco y á Ciudad Real; en seguida á Guatemala y á todos los pueblos de la costa y sierra que dan al mar del sur, á la Talamanca y á los térrabas, á la provincia de la Vera Paz, á las montañas donde habitan los apóstatas choles del Manché y al país de los indómitos lacandones.

En todas partes se atraia las voluntades por medio del ejemplo y de la predicacion: su presencia era la de un mensagero de paz y caridad, y dejaba al ausentarse el gérmen de las buenas costumbres juntamente con la memoria suavísima de una virtud acrisolada.

Los pueblos por su parte acogian á los ministros del Evangelio con vivas demostraciones del mas puro entusiasmo. "Conmovíanse (dice el P. Espinosa, biógrafo de nuestro Margil) los circunvecinos pueblos con tal extremo, que sucedió tal vez congregarse por los caminos cuatro mil indios, saliendo desalados de sus chozas, por acompañar á estos dos varones memorables. Quisieran demostrar lo crecido de su afecto y veneracion, y desgajando verdes ramos de los árboles, los llevaban en las manos muy festivos: y por la multitud frondosa que se movia, pudo parecer, ó que se trasladaban de una á otra parte las selvas, ó que, como se le representaron al ciego del Evangelio, caminaban los hombres como los árboles. Afligíanse los humildes misioneros con demostraciones tan estrañas, y á fuerza de ruegos, persua-

siones y amenazas cortaron el hilo á estos piadosos escesos, protestando no saldrian de los pueblos hasta que arrojasen al campo las ramas, por obviar semejantes emulaciones en los vecinos."

VI.

Sin embargo, no en todos los lugares que visitaron durante su peregrinacion apostólica, tuvieron igual acogida. Poblaciones hubo entre infieles, donde al entrar eran saludados con una lluvia de piedras y saetas, salvando la vida por uno de aquellos sucesos cuyo secreto se reserva la Providencia.

Predicando entre los salvajes de la Talamanca llegaron á una ranchería, donde maltratados de mil maneras á cual mas punzante, estuvieron á punto de ser matados de hambre; entre los lacandones iban á ser pasto de aquellos caníbales; y puede, afirmarse sin exageracion, que sus peregrinaciones entre los gentiles fueron un continuo peligro, llegando hasta el estremo de que, hipócritamente obsequiados en algun palenque (aduar de los naturales) con varias frutas, recibieron oculto en ellas un fatal veneno, de cuya accion, no obstante, se vieron milagrosamente libres. Asegúralo así el mismo P. Margil en una carta, en que haciendo mérito de este hecho, refiere que admirados los intérpretes les hablaron cierta vez de esta manera: "Padres, los indios dicen, si sois dioses? porque os han dado veneno en la comida, y no os morís."

Los dignos misioneros, entre tanto, correspondian á esta conducta malqueriente con la mansedumbre y caridad que son el distintivo de los verdaderos apóstoles. Agenos de ese celo indiscreto en que ardian algunos frailes del siglo décimo sesto, no entraban en los pueblos de idólatras destruyendo los torpes objetos que adora la supersticion: empezaban su bienhechora conquista procurando alumbrar los entendimientos con la luz de las eternas verdades y sembrar en los corazones el amor de Dios y de los hombres; prosegnian su obra desarraigando malas costumbres y corrigiendo vicios, especialmente el de la embriaguez á que son tan dados los indios, y la coronaban felizmente algunas veces haciendo deponer á los bárbaros la vida en los montes y reduciéndolos á formar poblaciones regulares, para lo cual les patentizaban la miseria de la condicion aislada y beligerante, y las ventajas de la vida civil y cristiana.

Una vez alcanzado este triunfo ¡qué cuadros tan risueños los que representan á los neófitos dirigidos y aleccionados por los discípulos de Jesus! Para establecer las poblaciones elegian estos por lo regular los valles dilatados y enriquecidos con todos los dones de la naturaleza: formaban la planta correspondiente, trazando calles y señalando los sitios donde se proponian edificar iglesias: procedian luego á la formacion de ellas y de las chozas destinadas á los habitantes; y era de ver la animacion, el entusiasmo, el afecto con que se ejecutaban todas estas obras, siendo los misioneros no solo directores, sino de los primeros en contribuir á ellas con su trabajo físico. La actividad de los nuevos pobladores podia significarse propiamente con una imágen mil veces empleada en casos como este por los escritores griegos y romanos, con la que presentan las abejas al construir su panal.

"Toda la fábrica de estas iglesias era pajiza (dice el biógrafo antes citado), compuesta de jarales y troncos, y adornados los altares con estampas y vitelas, formándoles sus tabernáculos de cañas y florones de diversas plumas: las colgaduras eran de esteras bien tejidas, y estas eran las preciosas alhajas que les ministró á los religiosos en aquellos desiertos su recamarera la santa pobreza. El ornamento lo cargaban consigo, que por ser único les servia en todas partes, y para que uno dijese misa, esperaba, ayudándole de ministro, el otro. Para este sacrificio conservaban unas sandalias de una suela, y no les servian mas en todo el dia, porque en toda su peregrinacion llevaban los piés enteramente desnudos."

Pero si bien es cierto que este desabrigo les parecia natural y consiguiente á su estado, y por lo mismo, no solo llevadero, sino apetecible para mas asemejarse á los primeros apóstoles, tambien lo es, que para las pobres chozas que con el nombre de iglesias habian fabricado y destinado al culto, anhelaban alguna mas decencia, y así lo pidieron en un informe dirigido al presidente de la audiencia de Guatemala, cuyo pasage relativo vamos á trasuntar en seguida:

"La mucha caridad (dicen) que U. S. hace á nosotros, mandando á sus ministros, que todo lo que pidamos por nuestras firmas lo provean de las arcas reales de su magestad, sea por amor de Dios; pero nosotros, por la misericordia del Señor no necesitamos de firmar cosa alguna, porque siendo Dios

nuestro Señor servido, con estos hábitos que sacamos del colegio, hemos de volver á él: y en cuanto á la comida, así entre cristianos como entre gentiles, no nos ha faltado lo necesario, y tenemos esa fe en el Señor, que jamás nos ha de faltar; aunque es verdad que en todas estas naciones no hay mas comidas que plátanos, yucas y otras frutas cortas, y algun poco de maiz: y en la Talamanca un poco de cacao: pero el afecto con que nos asisten en estas cosas, hartas veces nos ha enternecido el corazon, y en todo esto no hemos hallado menos las comidas de otras partes. Pero para las iglesias son necesarias hechuras de los titulares y ornamentos, á lo menos segun los ministros hubieren de entrar, y que uno y otro se provea de Guatemala, ó donde á U. S. mejor le pareciere, porque en Cartago cualquiera cosa se vende muy cara."

Acaso las poblaciones que tuvieron por fundadores á estos religiosos insignes, son en el dia villas y ciudades florecientes; acaso muchas de ellas, sin salir de su oscuridad, han desaparecido del mapa. De todos modos, su existencia en el mundo ó en las páginas de la historia es un monumento imperecedero que da testimonio del espíritu benéfico y civilizador que animaba á los dignos obreros del cristianismo.

VII.

Empleando el P. Margil su vida de esta manera tan fructuosa y estando un dia en el pueblo de Dolores, situado en la montaña del Lacandon, recibió carta del R. P. comisario general en que le ordenaba, partiese inmediatamente á Querétaro á desempeñar el cargo de guardian del colegio de la misma ciudad, para el que habia sido electo un año antes.

Púsose luego en camino, y á mediados de Abril de 1697, un viandante noticiò á los religiosos del espresado colegio haber dejado algunas leguas atras en la via que conduce de Méjico á Querétaro á un fraile, que, segun las señas que dió de él, no podia ser otro que Fr. Antonio Margil de Jesus

Era él en verdad, y en la tarde del lúnes 22 del propio mes, salieron á encontrarle á estramuros la comunidad y casi toda la poblacion en tumulto. Iba el humilde fraile con el rostro tostado del sol, el hábito remendado, el sombrero, que correspon-

Litog. de Iriarte y Cª

Fr. ANTONIO MARGIL

dia al vestuario, colgado á la espalda, y en la cuerda pendiente una calavera que le servia en los sermones. Aunque durante su peregrinacion apostólica habia traido los pies siempre desnudos, quiso en esta vez no mostrarse escesivamente austero, y calzaba esa especie de sandalias groseras que usan los naturales, formadas de una suela de cuero crudio, que tan solo abrigan la planta del pie, y que llaman *huaraches* en unos pueblos y en otros *cacles*.

Los repiques de las campanas de toda la ciudad anunciaron la entrada de la comitiva, en medio de la cual iba el apóstol con semblante modesto y lleno el pecho de gratitud por un recibimiento que él conceptuaba inmerecido. Al llegar á la iglesia del colegio, entonó la comunidad el *Te Deum laudamus*, y diò fin á aquel acto el venerable padre con una breve plática que dejó edificado á todo el concurso.

VIII.

Por tres años gobernó con sabiduría á la grey encomendada á su cuidado, y despues de haber desempeñado en el mismo colegio los oficios de presidente *in capite* y vicario, pasó de nuevo á Guatemala por mandato del superior y llamado del gobierno, para restituir la paz á los corazones de muchos que turbaban el sosiego público con sediciones.

Su viaje fué un ejercicio continuo de caridad y enseñanza evangélica, y como dice el biógrafo que antes citamos, "en tan dilatado camino iba haciendo lo que el sol, á quien llamaron corazon del cielo, que no se movia sin ir comunicando calor, lucidos rayos y benignas influencias, dejando en cada posada, ciudad ò pueblo, estampado un beneficio."

Llegado á Guatemala, y habiendo cumplido satisfactoriamente con el objeto á que le llamó la obediencia y el deseo de contribuir al bien de los pueblos, funda un colegio de su órden en la ciudad; parte en seguida á nuevas misiones entre pueblos ya convertidos al cristianismo, pero ciegos todavía con algunas creencias supersticiosas; vuelve á ponerse en camino para su colegio de Querétaro; pasa despues á fundar el colegio de Guadalupe de Zacatecas; emprende la conquista del Navárit para el Evangelio; intérnase con el mismo objeto hasta la provincia de Tejas; y finalmente, despues de lograr los mismos bienes entre

los infieles del septentrion que entre los del mediodia, nos le encontramos en camino de Querétaro para Méjico. Venia gravemente enfermo, y en esta ciudad, teatro poco antes de sus predicaciones, le esperaba la muerte.

IX.

Este último viaje se verificaba bácia fines del mes de Julio de 1726. El 6 de Agosto del mismo año, el venerable religioso pasó á mejor vida.

Pintar las circunstancias de su fallecimiento, es tarea inútil: su muerte fue la muerte del justo.

Al anuncio de este doloroso suceso, la capital se conmovió como herida de una calamidad repentina, y nadie se mostraba dispuesto á creer lo que realmente habia pasado en la celda de que hablamos al principio. Una de las mas tristes ilusiones del hombre es imaginarse que el bien ha de ser eterno en la tierra.

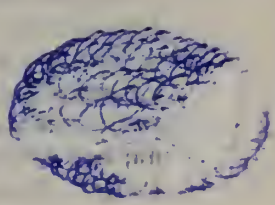
Acudian todos al convento de San Francisco á tributar el último homenage de respeto y gratitud á unos restos queridos, que pronto iba la tierra á esconder en su seno. El cuerpo del digno misionero fue espuesto en la iglesia á la admiracion pública. Llamaban la atencion por su hermosura el rostro, modestamente inclinado bácia el pecho, y los pies, que sellaba la piedad con mil ósculos, bañándolos en llanto; aquellos pies siempre prontos á caminar adonde habia desgraciados á quienes dispensar consuelo, y que descalzos no habian temido hollar las sierras mas ásperas de Méjico y Guatemala.

Asistieron al funeral el virey, la audiencia, los tribunales, la clerecía, y en una palabra, todo lo mas florido de la sociedad mejicana: todos aclamaban por santo al venerable Margil, todos pregonaban á voces las virtudes en que mas se habia señalado; y eran estas manifestaciones tan espontáneas y entusiastas, que habrian bastado en los primitivos tiempos de la iglesia, para canonizarle.

Los condes del Valle de Orizava, D. José Hurtado de Mendoza y Dª Graciana Vivero, cedieron para sepultura del venerable cuerpo una bóveda que poseian bajo el presbiterio, al lado que llaman del Evangelio.

He aquí la inscripcion que entre láminas de estaño se dejó encerrada en el sepulcro.

HIC YACET SEPULTUS V. FERVUS DEI
P. FR. ANTONIUS MARG L. MISSIONA-
RIUS, PRÆFECTUS ET GUARDIANUS
COLLEGIORUM DE PROPAGANDA FI-
DE SANCTÆ CRUCIS DE QUERETARO,
SANCTISSIMI CRUCIFIXI DE GUATE-
MALA, ET SANCTÆ MARIÆ DE GUA-
DALUPE IN HAC NOVA HISPANIA EREC-
TORUM: FAMA UTIQUE VIRTUTUM, MI-
RACULORUMQUE ILLUSTRIS:
OBÜT IN HOC PERCELEBRI
MEXICANO CONVENTU
DIE VI. AUGUSTI ANNO
DÑI. M.DCC.XXVI.



Traducida la anterior inscripcion, es como sigue:

"Yace aquí sepultado el venerable siervo de Dios fray Antonio Margil, misionero, presidente y guardian de los colegios de propaganda fide de la Santa Cruz de Querétaro, del Santísimo Crucifijo de Guatemala, y de Santa María de Guadalupe fundados en esta Nueva-España, varon en gran manera ilustre por la fama de sus virtudes y milagros. Murió en este insigne convento mejicano el dia 6 de Agosto del año del Señor de 1726."

X.

Difícil es encerrar en los estrechos límites de una inscripcion el relato de los hechos notables y de los rasgos característicos de un hombre virtuoso; pero en la que acabamos de leer, no solo se nota esa falta por los términos generales en que está redactada, sino que se omitió en ella precisamente lo primero y mas bien dicho, lo único que debia haberse espresado. Háblase vagamente de virtudes y milagros, y no se llama la atencion hácia el distintivo de nuestro héroe, el espíritu altamente evangélico de que estaba animado, que le hácia arrostrar con frente serena los mayores peligros por llegar á su objeto, y en virtud del cual ejecutaba hechos que se pueden poner en parangon con los de los primeros apóstoles.

¿Será que esta prenda, verdaderamente singular en aquel tiempo, no fuese estimada en todo su valor? ¿Se creeria acaso que la vida de un religioso no podia emplearse de una manera mas digna que administrando sosegadamente los sacramentos en los templos de las ciudades?

No, sin duda; y la prueba es, que el venerable Margil fue objeto en vida y muérte de las mas vivas simpatías, y que su memoria ha sido honrada hasta nuestros tiempos con todo el amor y veneracion que se tributa á los varones beneméritos; se ha tratado de su beatificacion, segun nos ha informado una persona; han escrito su biografía plumas tan gallardas como las de los PP. Espinosa y Villaplana, y Larrañaga le ha cantado en versos latinos, pues tal es el asunto de la *Margileida*.

Ahora bien, si tanto amor, si tanto entusiasmo ha escitado en los corazones de seglares y eclesiásticos, ¿cómo es que su vida ha tenido tan pocos imitadores? ¿qué obstáculo invencible se ha presentado para que siguiesen sus huellas tantos regulares que verdaderamente eran dignos y capaces de esa gloria?

El espíritu del siglo actual, dicen algunos, todo lo corrompe y envenena; es un viento helado y asolador que estingue las mas nobles aspiraciones y sofoca en gérmen los mas valientes impulsos: esta es la causa principal de la decadencia de los institutos monásticos.

Pero ¿qué tiene que ver el espíritu del siglo con unos hombres que se apartan del mundo precisamente para contrariar con sus doctrinas y ejemplo la influencia de ese mismo espíritu que suponen tan dañado? ¿ó es otro el objeto de la vida del claustro? ¿Ha sido diverso respectivamente en tiempos anteriores? ¿No es un hecho que el mal siempre ha existido, y que á combatirle es á lo que se han consagrado en la antigüedad los filósofos y despues los discípulos de Jesus, mayormente los que, como los religiosos, han adoptado una vida mas austera? ¿Y no es tambien un hecho que estos divinos atletas han triunfado? ¿Por qué no pudo suceder lo mismo en nuestros dias?

Luego el espíritu del presente siglo, dado que se le identifique con el mal, no es la barrera incontrastable que se opone al desarrollo de la accion del bien, y por lo mismo de las virtudes apostólicas.

Otro ha sido el adversario de ese desarrollo, y es, la falta individual y colectiva de perseverancia en el fervor primitivo; eso

es lo que nota y censura el espíritu del siglo, tan mal comprendido y calumniado, y eso es lo que deploran los hombres pensadores y con ellos toda la sociedad.

Sí, la sociedad, animada de las ideas filosóficas reinantes, anhela, exige que las instituciones llenen su objeto y no sean una mentira sistemada; exige que los hombres que hacen profesion de virtud y heroismo, sean realmente héroes y virtuosos; exige de ellos el cumplimiento del precepto del Salvador, *sed santos como lo es mi padre celestial;* y de otra manera, tambien exige que desaparezcan de su seno, porque eso está en el órden invariable de las cosas, segun la sentencia del Evangelio: *¡árbol que no da fruto será quemado!*

Finalmente, otros oponen que la falta de ausilio, especialmente de los gobiernos, ha cortado las alas al genio emprendedor que en otros siglos dió tanto crédito á los religiosos, y que ella es la que hace imposibles las misiones entre los bárbaros.

No negaremos que la cooperacion eficaz del gobierno á las empresas apostólicas seria de alta importancia para obtener buenos resultados; pero jamas concederemos que sea necesaria é indispensable, y antes bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que los viajes mas fructuosos de los misioneros han sido los que realizaron sin proteccion de ninguna clase, llevados solo del ardiente celo que los impulsaba y entregados enteramente al cuidado de la Providencia. Buena prueba de ello nos suministra el P. Margil, quien ademas siempre esquivó en su bienhechora carrera ayudarse del poder humano. Con este motivo, y para concluir, referiremos un caso notable de su vida.

Emprendida por él, como dijimos, la conversion del Nayárit, le escitó la real audiencia á que propusiera los medios mas aptos para civilizar aquellas tribus bárbaras, á lo que él respondió: "Los que se me ofrecen son á mi ver los mas propios para la suave introduccion evangélica, y los que Su Magestad, en sus leyes, tiene establecidos para convertir y reducir, disponiendo que siempre preceda la paz evangélica y los mas suaves de la persuasion. . . . Siendo del agrado de esa real audiencia, entraré por aquel rumbo, como tengo intencion, con solo un compañero, predicador misionero, de nuestro colegio á la sierra, sin escolta ni cuidado de armas."

¿No os parece escuchar el razonamiento de un discípulo de San Pablo?

XI.

Dos palabras mas.

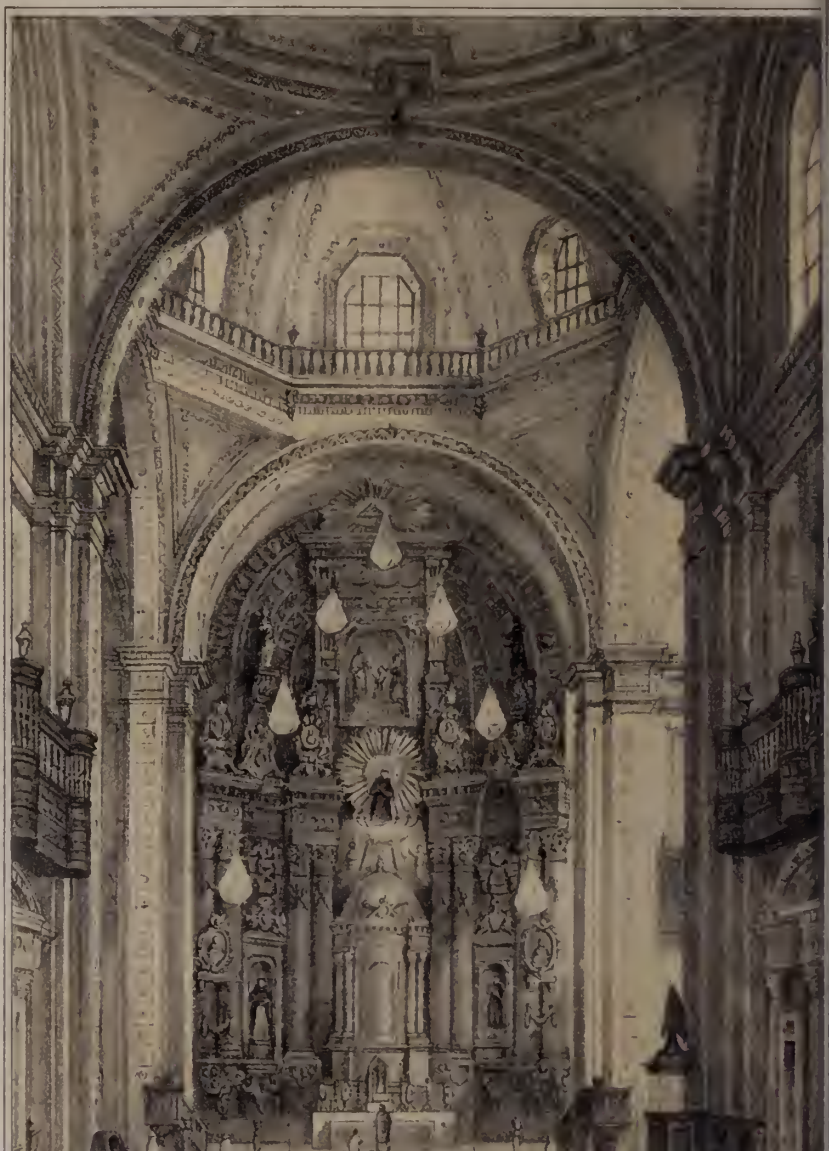
Los restos del P. Margil fueron exhumados con autoridad apostólica en 10 de Febrero del año de 1778: en el de 1861, á 2 de Abril, cuando ya la mano de la destruccion desmantelaba la iglesia y claustros del convento de San Francisco, eran trasladados á la Catedral por los religiosos Fr. Añado Montes, Fr. Buenaventura Merlin y Fr. Luis Ogazon, acompañados del Lic. D. Luis Rivera Melo, jóven de ideas progresistas, y de grandes esperanzas para la literatura. El cuerpo del venerable sacerdote iba encerrado en una caja de madera, forrada de piel roja, y con tres cerraduras. Quedó depositado en la capilla de la Vírgen de la Soledad.

Si la aficion á las virtudes del héroe cristiano pretende corroborar mas la memoria que de él anida en nuestras almas, guárdese de estampar en esa caja una pomposa inscripcion: recuerde tan solo, y este será el mejor epitafio, las palabras que el santo misionero profirió en una ocasion solemne, y que tan bien revelan su desprendimiento de cualquier otro afecto que no fuese el de la virtud: *no tengo mas padre y madre que Jesucristo.*

XXIII.

EL CONVENTO.

Estrañará acaso el lector haber visto el bosquejo de la vida del P. Margil incluido en el cuadro que hemos destinado á los religiosos franciscanos llamados de la observancia, siendo así que el gran misionero pertenecia á los de *propaganda fide*, por



INTERIOR DE LA IGLESIA GRANDE DE S. FRANCISCO

cuya circunstancia parecia mas natural fijar en él la atencion al tratar del monasterio de San Fernando; pero hay que saber por una parte que así el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, donde floreció al principio de su carrera en nuestro país, como el mencionado poco antes, fueron fundados por la provincia del Santo Evangelio, de que era matriz el convento de san Francisco de Méjico, y por otra, que el venerable padre vino á morir á este último, en él descansaban sus restos, al propio edificio pertenecia la celda donde pasó su postrer enfermedad, segun ya espresamos, y todas estas razones nos autorizan á creer que esta era la ocasion de consagrarle las líneas antecedentes.

Por lo demas, los apuntes que dimos sobre esa celda y la enfermería, de que formaba parte, nos conducen naturalmente á hablar de lo restante del convento.

Este grandioso edificio que, segun ha dicho un escritor, considerado bajo el aspecto religioso no tiene igual en la República, gozó en todo tiempo de bien merecida celebridad, ora por la hermosura de su iglesia y capillas, ora por la amplitud de los claustros y demas partes anexas, y ora en fin, por los magníficos paramentos y riquezas artísticas que acandalaba.

Admiracion de nacionales y estranjeros fue en nuestros dias, y la iglesia en particular se consideró siempre como el punto de reunion de lo mas granado de nuestra sociedad, que asistia allí á los divinos oficios celebrados con un esplendor y pompa sorprendentes.

Durante el régimen colonial, por idénticos motivos, fue objeto de la misma aficion, del mismo cariño. Los pocos viajeros que entonces recorrieron el país y se detuvieron en la capital, le visitaron: hacian otro tanto los españoles que pasaban á ella con ánimo de avecindarse, ó con el de morar algunos años como los vireyes; y contrayéndonos á los segundos, citaremos el ejemplo de la visita que le hizo el célebre conde de Revillagigedo con su familia, de que nos ha conservado memoria el Diario de D. José Manuel de Castro Santa Anna, en las siguientes líneas:

"La tarde de este dia (12 de Setiembre de 1754) S. E., acompañado de la Exma. Sra. vireina, los señoritos sus hijos é hijas, sus damas, varios caballeros y sus familiares, entraron en el convento principal de nuestro P. S. Francisco, porque dicha Exma. señora deseaba verlo por ser el mas capaz y hermoso de esta

ciudad: le circunvalan cuatro cuadras en que se incluye su hermosa iglesia y capillas, pulidos claustros, anchurosos dormitorios, general noviciado, enfermería de bella arquitectura; gastaron toda la tarde en pasearlo, y en la celda principal del reverendísimo padre comisario general, pasaron despues á hacer mansion; hallábase pulidamente aderezada, y allí se les suministró un opulento refresco, siendo obsequiados por dicho reverendo padre y demas prelados de aquel convento, de donde cerca de las ocho de la noche se retiraron á su palacio."

La importancia, pues, del monumento de que se trata, exige una descripcion la mas completa que de él pueda darse, y aunque no poseemos todos los datos necesarios para esa tarea, vamos á emprender una relacion de sus partes principales, para lo cual distinguiremos en él dos estados, el que tuvo hasta principios del año de 1861, y el en que se encuentra actualmente como consecuencia de las mutilaciones y ruina que ha padecido.

I.

El P. Vetancurt, cronista de la órden, nos pinta el estado que tenia el convento hácia fines del siglo décimoséptimo, de la manera siguiente:

"Dejo lo antiguo que pasó, y paso á lo moderno que permanece, que aunque en la relacion latina escribí lo que supe, no sé si sabré decir en romance lo que á la vista tengo, porque es otra cosa el verlo y mucho menos el decirlo, y solo el que lo mire podrá creer y decir que es mas lo que ve que lo que se dice. No es lo mas lo que tiene de vivienda en los altos el convento, aunque en nueve dormitorios, unos altos y otros bajos por haber sido en varios tiempos su fábrica: tiene casi trescientas celdas, donde prelados, moradores, enfermos y huéspedes moran de ordinario cerca de doscientos frailes, sobrando celdas altas, bajas y entresoladas para otros muchos, todas acomodadas y con distincion de personas ordenadas las viviendas, segun la calidad de los sugetos, con sus pasadizos y oficinas necesarias para todos.

"Tiene dos claustros, y en medio de cada cual una pila de agua que le alegra; la del principal es de piedra de jaspe blanco (que acá llaman Tecale) con dos tazas hermosas de lo mis

mo y una imágen de talla de San Diego por remate. Los claustros bajos están adornados con lienzos grandes del pincel famoso de Baltasar de Chavez, en que se registra toda la vida de N. P. S. Francisco, y entre cuadro y cuadro una tarja que tienen dos ángeles en que está escrita la historia de cada lienzo en romance lacónico y sucinto: en todo el techo no se divisa viga porque está cubierto de lienzos pintados de varios lazos, alfombras y alcatifas fingidos que hacen á la perspectiva agradable vista; el zocalo es de madera con paises y montería, y en él pintado el monte Alberne con primor. De allí siguen de norte á sur las dos piezas del refectorio y sala *de profundis;* en esta, que es del tamaño del refectorio, está el sepulcro de los señores Cervantes; en las paredes están las efigies de los dos obispos de Huaxaca (Oajaca) que han tenido, con el epitafio funeral cada cual, en que se dicen sus dignidades y oficios: acompaña en esta sala una devota imágen del Santo Cristo de Búrgos en su retablo. El refectorio es tan capaz, que en las mesas caben mas de quinientos religiosos, con sus oficinas necesarias y patio dónde se asolea el agua que se ha de beber en sus tinajas.

"Tiene cuatro escaleras principales: al entrar de la portería está una con tres ramales de escalones, á San Buenaventura dedicada, con tres lienzos de su vida que la adornan; el techo de arteson dorado con las ocho virtudes de relieve y el Espíritu Santo en medio pendiente, que las corona: en los cuatro ángulos los cuatro pontífices de la religion, de talla entera, con las tiaras en las manos como que al santo las ofrecen; en las cuatro pichinas los cuatro mas célebres autores de la órden: Scoto, Lyra, Alejandro de Ales y San Antonio, de pincel todo, cubierto de plomada, obra que hizo y dedicó el M. R. P. Fr. Buenaventura de Salinas á espensas de bienhechores, con una misa dotada de cincuenta pesos cada año, que en la misma escalera el dia de san Buenaventura se canta con su responso; en el primer descanso está una puerta grande y dos pequeñas por donde se entra á una capilla de doce varas en cuadro á nuestra Señora de Aranzazu dedicada: tiene dos altares á los lados, uno de N. P. S. Francisco, y otro de S. Buenaventura, de talla entera en sus retablos: en las repisas de los cuatro ángulos cuatro lienzos, de N. P. Sto. Domingo, S. Francisco, S. Agustin y S. Ignacio: el techo, de lazos dorados, con los ochos atributos de la Vírgen, de medio relieve, por arteson, y en medio un lienzo

de la Asuncion de nuestra Señora, que á la perspectiva parece que va penetrando las nubes para el cielo, todo cubierto de plomada, con una tribuna, y su órgano en ella, donde se entra por la sala de ordenacion, y con otra puerta baja que va al noviciado, y por ella salen los novicios á rezar el oficio de nuestra Señora en alabanza. Hoy pertenece al capitan Antonio Calderon.

"Las otras tres escaleras no son de menos arquitectura y adorno: una que baja á la sala de *profundis*, cuyo espacio ocupa un lienzo grande del Tránsito de N. P. S. Francisco, y al otro lado, de su tamaño en proporcion, otro lienzo de los milagros del B. Fr. Salvador de Orta. Otra baja á la antesacristía, que se compone de tres ramales y dos derrames: uno que va al claustro principal, y otro al cuarto de los lectores; en el descanso tiene una capilla pequeña de nuestra Señora de Guadalupe, y en el hueco del arco de en medio, en lo bajo, otra pequeña capilla de S. Antonio. La cuarta escalera cae á la parte del poniente en el segundo claustro, que sube al cuarto y dormitorio donde viven los MM. RR. PP. comisarios generales; está en el techo adornada con diferentes imágenes cuadradas de santos de la órden.

"La sacristía, entierro de los señores condes de Santiago, es de las mas vistosas y adornadas piezas que tienen las Indias, toda cuajada de lienzos grandes con sus marcos dorados, y entre lienzo y lienzo de la sagrada Escritura pintados: el paraíso, la escala de Jacob, los triunfos de Judit y de Joel, y las aguas que dió á beber Rebeca; atributos de María Santísima, de mano del insigne Fr. Diego Becerra, religioso lego; toda está con cenefa de azulejos por abajo, con un trono de ángeles y varios lazos por arriba, y toda de cajones de nogal embutidos para los ornamentos, el techo de arteson dorado y su plomada, con cuatro ventanas al oriente, que con las vidrieras finas aumentan la claridad de sus luces.

"La iglesia tiene un hermoso retablo dorado en el altar mayor de obra mosaica y corintia, con diez y seis santos de talla entera que entre las columnas le acompañan; tableros de mano del afamado Basilio, de los misterios de Cristo y de su madre: en medio está una hermosa imágen de talla entera de N. P. S. Francisco y otra mas arriba de la Concepcion de nuestra Señora, y un Santo Cristo en el tercer cuerpo. El sagrario está

de reliquias de santos adornado, así en las puertas portátiles con que se cierra, como en lo interior, donde está una espina de la corona de Cristo en su custodia, el *Lignum Crucis* en una cruz de cristal que tiene de los doce apóstoles reliquias y la canilla entera de S. Felipe de Jesus. El cuerpo y capilla mayor tiene tantos retablos, que están unos en pos de otros, tan contiguos, que no permiten ver nada de las paredes que ocupan: tiene una reja de fierro, que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia, que tiene ocho varas en alto y quince de latitud, hecha de maravillosa hechura en la provincia de Cantabria, que su costo llegó á mas de diez mil ducados; el techo es todo arteson y de plomada, y por estar con las inundaciones y en su terraplen mas de cuatro varas sumido el templo, se trata de hacerlo de bóvedas y levantarlo; obra que el M. R. P. Fr. Juan de Eluzuriaga, comisario general, intenta (cuyo celo será de todos los devotos que lo desean agradecido), y si los bienhechores ayudan le verán acabado. No se ejecutó.

"Está al lado del Evangelio un lienzo del invicto marqués del Valle D. Fernando Cortés, debajo de dosel y con el estandarte de sus armas, y al pie del lienzo en que está su efigie, están en un baul pequeño forrado en terciopelo negro sus huesos y los de su hijo el marqués D. Martin Cortés, para cuyo entierro se trujeron de Texcoco, porque fuese con la ostentacion de capitan general, yendo los huesos de D. Fernando Cortés en el entierro; quedáronse unos paños azules con sus armas por la paga del funeral, que se consumieron de servir. En el mismo lado está depositado el cuerpo del Sr. D. Nicolás de Vivero, tercero conde del Valle de Orizava, para que se lleve á Tecamachalco al entierro de sus antepasados, y en otra sepultura están las armas de Francisco de Heredia, con cuya limosna de catorce mil pesos se doró el retablo.

"Debajo de la lámpara, al pie de las gradas, están tres losas con sus epitafios, que la una es de D. Juan Lopez Murillo, abuelo del Sr. D. Juan de Mañosca, inquisidor que fue de esta Nueva-España y obispo de la Habana, que dejó dotado el aniversario; la otra es de D. Fernando de Hoyos y Azoca, caballero de Calatrava, y de sus descendientes, que dió la primera lámpara, que se llevó al convento de la Puebla cuando se puso la que hoy sirve; la otra es de D. Prudencio de Armentia, todas contiguas. En la iglesia y claustros hay altares y entierros de diversos ca-

balleros y conquistadores, cuyas sucesiones han faltado, y son pocos los que la tienen, porque en las Indias duran muy poco las generaciones, y menos que las generaciones las haciendas, que hay nietos que no gozan lo que ganaron sus abuelos.". . .

II.

La iglesia principal, cuya descripcion nos acaba de hacer Vetancurt, no es la que vimos en nuestros dias. Ya el cronista sentia la necesidad de que fuese reparada la que existia en su tiempo, levantándola y sustituyéndole el techo de arteson y de *plomada* por otro de bóvedas; y aunque, segun hemos visto, dice que no se ejecutó la obra, sí llegó á realizarse este intento pocos años despues, fabricándose la magnífica iglesia que nosotros alcanzamos, la cual se dedicó á 8 de Diciembre de 1716, veinte años despues del en que escribia el cronista.

Ademas de este templo existian entonces, y todavía están en pie, otros de menores dimensiones, aunque igualmente suntuosos. Para indicar su situacion precisa, entraremos en algunas esplicaciones, que servirán al mismo tiempo para ilustrar la historia de todo el monasterio.

Empezaremos por asentar, que este ocupaba una superficie casi cuadrada de unas 3.249 áreas, ó bien 32.490 metros cuadrados.

Fraccionado en consecuencia del decreto de 16 de Setiembre de 1856, de que hablaremos en breve, quedó reducido á una superficie de casi 2.191 áreas, ó sea 21.919 metros cuadrados. La parte del edificio que fue separada del resto por la calle de la Independencia y enagenada, comprendia varios departamentos, entre otros, el jardin, que ya desde antes estaba dado en arrendamiento, la enfermería, y las piezas y capilla que fueron en otro tiempo de los padres comisarios generales de la órden.

Ese resto que quedó á los religiosos era todavia una casa enorme, un palacio. Dividiéndole por una línea imaginaria de oriente á poniente, se pueden considerar en él dos partes diferentes y aproximadamente iguales: una hácia el sur, que abrazaba el panteon, el refectorio, la sala de *profundis*, todo el claustro principal, otro menor que ha servido de cuartel, la sacristía

ANTI SACRISTIA DEL CONVENTO DE Sn FRANCISCO

y antesacristía, de que se ha hablado; y otra hácia el norte, donde se asientan la iglesia mayor y las capillas, separadas del pórtico y unas de otras por el cementerio, que tiene dos puertas á la calle, una á la de San Francisco y otra á la de San Juan de Letran, la primera al norte y la segunda al poniente.

Al entrar por la que da á la calle últimamente indicada, se ve á la derecha la capilla del Señor de Búrgos, situada de norte á sur; á este rumbo el altar mayor, y á aquel la puerta principal. Se estrenó el 6 de Febrero de 1780, y tiene 31 metros de largo y 12 de ancho. Un siglo antes ocupaba el mismo sitio la capilla de San José de españoles, que se dedicó con asistencia del virey, duque de Alburquerque, y de la audiencia en 19 de Marzo de 1657, segun la crónica de Vetancurt, y en 19 de Julio del mismo año segun el Diario de Gnijo, aunque parece mas probable lo primero. El mejor adorno de sus paredes laterales consistia en varios cuadros grandes que representaban la vida de San José, obra del célebre Baltasar de Chavez. Tiene otra entrada que da al oriente.

Frente por frente de la puerta principal de esta capilla se asienta, con entrada al oriente y altar mayor al rumbo opuesto, la iglesita llamada de los Dolores ó de la Segunda Estacion, fabricada á espensas de D. Cristòbal de la Plaza, secretario que fue de la Universidad. Tiene de longitud unos once metros y cinco de anchura; estaba adornada con cuadros de la Pasion de Cristo.

Pero el punto desde donde el espectador puede formarse una idea completa de la muchedumbre de templos que abarca el atrio, es la puerta que comunica con la calle de San Francisco. Entrando por ella se encuentra á la derecha la capilla de la Tercera Orden, situada de oriente á poniente, á este rumbo el altar mayor y al opuesto la entrada principal, pues tiene otra por el sur dando al atrio.

A la izquierda se ve la capilla de Aranzazu en la misma línea que la anterior, con cuya puerta principal corresponde la suya, de manera que tiene el altar mayor á la parte de oriente. Su longitud es de treinta y dos metros, y de diez metros su anchura.

En frente se levanta la magnífica capilla de Balvanera, anexa al templo mayor y comunicada con él, la cual fue construida á espensas de los naturales de la Rioja mucho tiempo despues del

que abraza la crónica antes citada. Tiene una laboriosa fachada á estilo de las de la Santísima y del Sagrario; estilo que algunos malamente reputan gótico, y que es mas bien del renacimiento.

La capilla de la Tercera Orden, que como dice bien Vetancurt puede servir de templo al mayor convento, tiene cuarenta y cuatro metros de largo y doce de ancho. Se dedicó, segun el cronista antes citado, en 22 de Diciembre de 1624. En la parte superior de la fachada que mira al sur se halla medio borrada una inscripcion por la que consta que la capilla se acabó y fue dedicada en 8 de Noviembre de 1727, lo cual hace conjeturar, ó que la primera dedicacion fue solo de una parte, ó que la segunda se refiere á otra capilla posteriormente construida en el propio sitio.

En la misma fachada, y al pie de la citada inscripcion, se halla un cuadro con figuras de relieve, esplicado por el siguiente letrero que tiene á su base:

SAN LUQUESIO, A QUIEN N. P. S. FRANCISCO
DIÓ EL PRIMER HABITO DE LA TERCERA ORDEN,
AÑO DE 1221.

A un lado de la puerta que da al oriente se lee esta noticia:

FUE AGREGADA POR CUARENTA AÑOS ESTA
IGLESIA A LA SACROSANTA LATERANENSE DE ROMA,
EN 10 DE JULIO DE 1831.

El adorno interior de la capilla era de buen gusto, así como el de las demas, especialmente en las festividades que en todas eran muy pomposas y frecuentes.

La fachada de la capilla de Aranzazu llamó siempre la atencion por cierta elegancia que la distingue. En el friso que sigue al arquitrabe, bajo el cual se abre la entrada, se lee dividido en sílabas el letrero que sigue:

SACROSANCTA LATERANENSIS ECCLESIA.

Un poco mas arriba hay un cuadro con figuras de relieve que representa á un pastor rodeado de una grey, sentado al pie de un árbol y con la vista fija en la copa de este, donde aparece la imágen de María. Acaso se refiere á la leyenda de nuestra Señora de Aranzazu.

Litog. de Iriarte y Cª

PUERTA LATERAL DE S FRANCISCO.

En la parte inferior del cuadro se halla inscrita la relacion siguiente:

CAPILLA DE LA MILAGROSA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE ARANZAZU, Y ENTIERRO DE LOS HIJOS Y NATURALES DE LAS TRES PROVINCIAS DE VIZCAYA Y REINO DE NAVARRA, DE SUS MUJERES, HIJOS Y DESCENDIENTES, A CUYA COSTA SE FABRICÓ Y DEDICÓ EN EL AÑO DE 1688.

Comprenderá bien el lector, que los hijos y naturales de las provincias vascongadas costearon la fábrica de esta iglesia; pero le parecerá un poco árduo que los descendientes de ellos hayan contribuido tambien á la obra, segun declara la relacion antecedente. Cesará no obstante su asombro luego que reflexione, que esta clase de inscripciones eran ordinariamente parto de personas que sabian poco de achaques gramaticales.

Hácia el remate de la misma fachada se ve lo siguiente:

TU HONORIFICENTIA POPULI NOSTRI.

Tiene asimismo esta capilla una puerta lateral hácia el sur, arriba de la cual, y ocupando el centro de la portada, se ve una figura de relieve que representa á S. Prudencio obispo.

Por minuciosos que parezcan los pormenores acerca de las pinturas ó efigies de esta clase, suelen ser útiles é interesantes cuando contribuyen á hacer perceptibles algunos pasages históricos de importancia, ó se refieren á objetos que recuerdan algun hecho ó suceso memorable, ó bien cuando á estos mismos objetos se tributa un culto sostenido y sancionado por antiguas tradiciones.

De estos objetos abundan en nuestras poblaciones y señaladamente en Méjico.

¡Cuántas veces al pasar por la esquina de la segunda calle de San Francisco y callejon del Espíritu Santo, hemos contemplado con una mezcla de horror y de tristeza el mascaron formidable de piedra que, sobresaliendo en la misma esquina, señala la altura á que llegaron las aguas en una de las mayores inundaciones que ha padecido la ciudad!

Y contrayéndonos especialmente á efigies colocadas en la portada de un templo, ¿ha visto el lector la de la Purísima que ocupa el nicho central de la fachada del hospital de Jesus Na-

zareno? ¿ignora que esta estátua ha sido en otro tiempo objeto del culto mas entusiasta, condecorada con el nombre de *Nuestra Señora de las Maravillas?* ¿Sabe la tradicion acerca del orígen de este objeto sagrado?

"Pasemos (dice el P. Florencia en su *Zodiaco Mariano* del hospital del amor de Dios al hospital que vulgarmente llaman de Jesus Nazareno por una milagrosa imágen de Jesus con la cruz á cuestas colocada en su altar al lado del Evangelio en la iglesia del hospital. Pero su propio nombre es el de hospital de la Concepcion, título que dió al hospital el insigne conquistador de la Nueva-España D. Fernando Cortés, que fué su fundador.

"En la portada pues de la iglesia de este hospital se venera una imágen de piedra de la Concepcion de la Santísima Vírgen, cuyo orígen es como se sigue. Al tiempo que se fabricaba la iglesia del dicho hospital, se fabricaba tambien la casa de un mayorazgo, en la cual se halló una columna ó pilar de piedra, que segun lo que mostraba, se discurria haber sido algun ídolo de los indios. Pero trabóse contienda entre dos partes sobre el derecho á dicha columna, que por su antigüedad les parecia ser estimable; y llegó á tal estremo la discusion, que pusieron pleito sobre ella ante la real audiencia, la cual solicitó composicion, haciendo que las partes cedieran cada cual del derecho que alegaban, y se convinieran en que dicha columna se entregase en alguna obra de las varias iglesias que entonces en Méjico se fabricaban.

"Hízose así, y habiendo echado suertes, le salió la suerte á la iglesia del hospital de la Concepcion. Y los que cuidaban de la fábrica determinaron, que pues la titular de aquella iglesia y hospital era la Concepcion de la Santísima Vírgen se hiciese una estátua que representase á la soberana Señora en ese misterio.

"Así se hizo, y se colocó encima de la puerta principal de la iglesia, como para su defensa, y para que todos los que entrasen en la iglesia, mirando á la imágen, se moviesen á pedirle su intercesion y patrocinio para con su Santísimo Hijo en todo lo que en la iglesia le pidiesen.

"Los señores condes de Santiago, cuya casa principal cae en la plazuela de dicha iglesia, desde los principios tomaron por devocion, y la han continuado hasta ahora por mucho mas de

cien años, el encenderle todas las noches una vela en farol, que para ello está prevenido.

"Pocos años ha que un buen hombre que vendia maderas en dicha plazuela, comenzó á tener devocion especial á esta santa imágen, y procuró no solo limpiarla del polvo, sino pintarla y estofarle la vestidura, con la cual se concilia mas veneracion y devocion de los fieles; y esta ha crecido de tal manera, que acudiendo á ella en sus necesidades han conseguido especiales favores de la Señora, de que son testigos los muchos votos que penden delante de la imágen.

"Y son ya tan frecuentes los beneficios que de su benigna mano han recibido y reciben cada dia, que por eso se le ha dado el título de nuestra Señora de las Maravillas. Y es grande el concurso de gente que acude á venerarla; y aun pasando por allí muchas de las principales señoras de Méjico en sus forlones, se apean y en publicidad de aquella plazuela, y en el cementerio de la iglesia se hincan de rodillas, y se encomiendan á su sagrado patrocinio.

"Es verdad que habiéndose hecho á la imágen una hermosa corona de plata, no faltaron sacrílegas manos, que por estar tan patente una noche la robaron. Pero antes de ocho dias ya se le habia hecho otra corona tambien de plata, y se le puso el resguardo de vidriera competente, que encierra y defiende toda la estátua." Hasta aquí el P. Florencia.

En el dia ni la imágen tiene vidriera, ni farol con luz por la noche, ni votos pendientes delante de ella, ni señoras de landó que se arrodillen en el atrio de la iglesia á orar en su presencia. Pasan las generaciones y los pueblos se trasforman. Méjico actual es el fénix nacido de las cenizas de Méjico azteca y español, tal como le formaron tres centurias de dominacion monárquica y devota; fénix ardiente de amor y libertad en los primeros dias de su nueva existencia. Contempló el espacio; sus pupilas se abrieron y aspiró á embriagarse de luz; mas al volar por regiones desconocidas, se desnudó de algunas de esas plumas lucientes y vistosas que esmaltaban en otro tiempo su galana vestidura.

Lo diremos sin embozo: nosotros al presente no poseemos ni las virtudes de los aztecas ni las de los españoles; nuestra vida como nacion es un pobre consorcio de insensata energía y de culpable debilidad. Con un prurito ciego de imitar todo lo es-

traño y de abandonar lo nuestro solo por serlo, vamos ya careciendo de carácter propio, ó mas bien, nuestro carácter es no tener ninguno. Y en el pálido mosaico que presentan en conjunto nuestras condiciones sociales, en vano se buscan los instintos y las aspiraciones de un pueblo nacido á grandes destinos, y sí se notan en cambio mil usos exóticos, que han venido á ocupar el lugar de las antiguas costumbres, no todas buenas, pero las mas llenas de candor y de poesía. . . . Volvamos á San Francisco.

III.

La iglesia mayor, que es de una hermosa nave, hace fachada esactamente al poniente, lo cual observaban los franciscanos en la disposicion de todos sus templos, para conformarse con la costumbre que en esta parte seguian los primeros cristianos Tiene setenta metros de largo y catorce de anchura.

A la espalda de la misma iglesia, se hallaba todavía en tiempo de Vetancurt la célebre capilla de San José de los naturales, mencionada en otro lugar de este libro.

Edificóse por los indios á quienes dirigia y alentaba Fr. Pedro de Gante para toda esta clase de empresas.

Era al principio á manera de un gran pórtico, compuesta de muchas naves, sin puertas, para que aunque fuera copioso el concurso de gente que asistiese en ella á los divinos oficios, pudiera de lejos presenciarlos. Redújose despues á cinco naves, cada cual de treinta varas de largo y diez de ancho, y se le pusieron cuatro puertas grandes.

Por tradicion se sabia, que el sitio donde estuvo asentada era parte del jardin de plantas, fieras, aves y peces, anexo á la casa ó palacio de recreo de Moteuczoma; y si bien los historiadores al hablar de la capilla dicen vagamente que estaba detras del templo principal, parécenos que el sitio que ocupaba puede determinarse con precision, á lo menos tanto cuanto lo permiten los datos que tenemos á mano.

Ante todo se debe saber, que la calle abierta nuevamente en la misma direccion de la de Betlemitas y que atraviesa el convento hasta rematar en la de Independencia, existia antiguamente aunque no tan ancha, pues era, segun nos han informado, un callejon.

Por otra parte, sabemos tambien por informe de sugetos curiosos, que el *hotel de Iturbide*, ó bien la casa que precedió en el mismo sitio al hotel, era propiedad de una familia apellidada Córdoba y descendiente de persona que figuró entre los conquistadores del país.

Ademas, el Lic. Guijo da esta noticia con el epígrafe de *Asistencia de la vireina:*

"El dia de Corpus Christi (Junio de 1655) asistió la duquesa de Alburquerque á ver la procesion en casa de Francisco de Córdoba, contador mayor de cuentas, y estrenó el dicho su casa con esta visita, que es *junto al campanário de la capilla de S. José de los indios;* hizo un gasto muy costoso en el regalo de almuerzo, dulces y dádivas á la dicha duquesa vireina y á su hija, y dentro de pocos dias se dijo en toda la ciudad que el virey, presente la dicha vireina, por ocasion peqüeña, le dió de mogicones en la boca al dicho Córdoba, que lo bañó en sangre y derribó un diente."

Ahora bien; sabiendo, como se sabe, que en aquel tiempo la procesion de Corpus que salia de la Catedral, pasaba por la calle de Betlemitas; suponiendo que la capilla de que vamos hablando mirase al poniente, como todos los templos franciscanos, y que el campanario de la misma estuviera junto á la portada, debemos concluir, que la capilla de San José de los naturales ocupaba una área entre el hotel de Iturbide y la casa de diligencias.

Como quiera que sea, la espresada capilla fue uno de los mas ilustres monumentos de la capital, asociando á su existencia memorias interesantísimas.

Fue la primera parroquia del continente americano, por lo cual y por haber sido seminario de la doctrina cristiana como dice Vetancurt, le concedieron Cárlos V y Felipe II privilegios de iglesia catedral.

Celebróse en ella el primer concilio mejicano, así como tambien el primer auto del santo oficio y las primeras confirmaciones. Hiciéronse en ella tambien las honras del emperador, á que asistieron los tribunales y todos los caballeros y caciques comarcanos.

Cerca de su entrada se veia en pie una cruz enorme, que los primeros religiosos hicieron de un alto ciprés ó ahuehuete de los que habia y aun hay en Chapultepec, el cual, por su gran

corpulencia era objeto de idolatría entre los mejicanos. Esa cruz gigantesca descollaba por cima de los edificios todos de la ciudad, sin esceptuar las torres, y era vista desde lejos por los viandantes.

IV.

Esta capilla se demolió el año de 1769, en que de órden del rey dejó de ser curato.

Años despues se empezó á fabricar hácia el mismo sitio la capilla de los Servitas, que se estrenó en 1791. Veamos lo que acerca de este suceso y del establecimiento de la hermandad de ese nombre, nos dice *la Gaceta de Méjico del mártes 15 de Noviembre de* 1791:

"En los dias 12 y 13 se solemnizó con vísperas, misa, sermon y procesion, el establecimiento del venerable órden tercero de los siervos de María Santísima de los Dolores en la iglesia del convento grande de N. P. S. Francisco, siendo el orador su R. P. guardian Fr. Damian Martinez, quien, como delegado del reverendísimo general de los Servitas, antes de comenzarse la funcion de la mañana, procedió á darles la profesion á los hermanos que componen mesa. Fué la concurrencia á ambos actos tan lucida como numerosa, respecto á haberse hecho general convite así á todos los venerables órdenes terceros y santas escuelas, como á muchos individuos de las sagradas religiones y sugetos distinguidos por sus empleos, entre todos los cuales se repartieron mas de dos mil luces para la espresada procesion, en que fueron conducidas las sagradas imágenes de San Felipe Benicio y la B. Juliana, S. Francisco, S. Agustin nuestra Señora de los Dolores, objeto principal de esta fundacion y de tan religiosos cultos; yendo de escolta una manga de granaderos del regimiento Fijo de Puebla con su correspondiente música.

"Concurrió á la solemnidad de estas procesiones la iluminacion en ambas noches así de la torre, atrio y portal de dicha iglesia, como de las calles circunvecinas, haberse quemado dos árboles de rara invencion (fuegos artificiales), y el adorno de colgaduras de las mismas calles y demas por donde transitó la procesion. Pero respecto á que escribimos para lo futuro, no

será fuera de propósito dar razon del orígen de esta fundacion.

"Por el año de 1786 D. Cristóbal Espínola, piloto retirado de la real armada, habiendo consultado con el reverendo padre fray Nicolás Ramirez, religioso observante, sobre que queria establecer una congregacion con la advocacion de los Dolores de María Santísima, dirigido por este, se asoció con el Sr. conde del Valle de Orizava D. Diego Peredo Hurtado de Mendoza, como hermano de la santa escuela de Cristo del espresado convento, y ocurrieron á la magestad del Sr. D. Cárlos III, impetrando su real permiso para proceder á la espresada fundacion en dicha santa escuela á honor de los Dolores con el título de *Siervos de María*, y con los mismos reglamentos con que se erigió en Cádiz en la iglesia de nuestra Señora del Pilar; cuya piadosa pretension logró favorable despacho, dignándose S. M, por sus cédulas de 25 de Enero y 22 de Abril de 1787 conceder la licencia, previniendo á los interesados se presentasen en la curia eclesiástica de esta capital, y que procediesen á formar las reglas que considerasen oportunas al gobierno espiritual y económico de la congregacion, conformándose en todo lo posible al ejemplar de constituciones que rige el tercer órden de servitas de Cádiz, que habian remitido á S. M. los postulantes.

"En consecuencia, se procedió á la formacion de los estatutos con la autorizada asistencia del Sr. D. Baltasar Ladron de Guevara, oidor decano de esta real audiencia: los aprobó en todas sus partes el Exmo. é Illmo. señor arzobispo; y pasados por el superior gobierno al Sr. D. Lorenzo Fernandez de Alva, fiscal de lo civil, no se advirtió reparo alguno. Presentáronse al fin en el real y superior consejo de las Indias, y S. M. se dignó aprobarlos por su real cédula fecha en Madrid á 4 de Agosto de 1789.

"Para asegurar los frutos espirituales, y dar todo el esplendor posible al nuevo establecimiento del tercer órden y congregacion de los siervos de María Santísima de los Dolores, se ocurrió al M. R. P. Fr. María Clementi de Beluno, prior general del órden de los servitas, quien por sus letras patentes dadas en Roma el dia 2 de Enero de 1791 delegó al R. P. guardian del convento de N. P. S. Francisco de Méjico amplísimas facultades para erigir el pretendido tercer órden y congregacion, conceder indulgencias y otras gracias á beneficio espiritual de los terceros y congregantes de uno y otro sexo.

"El espresado fundador de la de esta capital, para dar una nueva prueba de su devocion á María Santísima, ha costeado el hábito á ciento setenta y seis hermanos de ambos sexos, así terceros como cofrades, y entre ellos algunos eclesiásticos; y para que en lo sucesivo puedan asentarse los que gusten, se ha determinado que en la santa escuela se ponga una mesa para este efecto en todos los dias festivos."

La capilla era de tres naves con techo de vigas, descansando en columnas de madera, y tenia la fachada al poniente. Llamóse al principio de la Santa Escuela.

Con este título fue tambien conocida últimamente una capillita, cuya puerta daba al pórtico del convento: era de forma irregular y nada ofrecia de notable.

No así las de la Purísima y S. Antonio, anexas, como la de Balvanera, á la iglesia principal, con entrada por la misma, y situada á la parte del norte. Fabricóse la primera á espensas del capitan Cristóbal de Zuleta el año de 1629, quien se la dejó al tribunal del consulado; y aunque el techo era de arteson cubierto de plomada, se hizo de bóvedas cuando se reedificó la iglesia mayor. Otro tanto se hizo con la de S. Antonio, la cual fue construida en el año de 1639, y perteneció á una cofradía célebre por la calidad de las personas que la componian. Ultimamente se cerró al público por haberse inundado.

Ambas capillas eran de hermosa arquitectura, y en la de la Purísima se veneraba la imágen de esta advocacion, que adornada de joyas y ricamente vestida, se sacaba en las procesiones en la fiesta que á la Concepcion hacia el convento y en la que celebraban al propio misterio los doctores de la Universidad.

V.

Aunque con riesgo de dar en el escollo de la prolijidad, no omitiremos una inscripcion que está grabada en la portada de la iglesia principal, y es la siguiente:

FULGORIBUS VESTITA SOLA PREDIS.
ALBA SOLIS ES: SIC SOLI REDDIT ALBA;
LUCES SCOTI CALAMO, SUIS, QUE, NOTIS,
OPERA DICANT EIUS, SEMPER IN PORTIS.

Litog. de Iriarte y Cª

RUINAS DE LA CAPILLA DE LOS SERVITAS.

Febrero de 1862

A los lados de la puerta del templo se halla apuntada la fecha de la conclusion del mismo en esta forma.

AÑO..... DE 1716.

La riqueza y gusto en el ornato de lo interior del edificio estaban en consonancia con la hermosura de la fábrica. Basta decir, por lo tocante á la primera, que solo el tabernáculo del altar mayor, que era de plata, costó veinticuatro mil pesos.

VI.

La otra parte en que dividimos el convento, y abrazaba la habitacion y oficinas de los religiosos, queda ya bien descrita por Vetancurt en el pasage que trasuntamos al principio de este capítulo. Añadiremos, sin embargo, que ademas de los cuadros de la vida de San Francisco, obra de Chavez, que decoraban las paredes inferiores del departamento principal, habia otros en las de arriba debidos al pincel de Juarez, y eran los siguientes:

La invencion de la Santa Cruz,
San Lorenzo mostrando á los pobres, cuando se le pidieron los tesoros de la Iglesia,
Ananías volviendo la vista á S. Pablo,
La curacion del paralítico por S. Pedro, y
El martirio de S. Sebastian.

De Ibarra se conservaba allí mismo:

La vision de S. Juan (Apocalípsis);

En el refectorio:

Varios cuadros de los apóstoles;

En la antesacristía:

La bajada de Jesus al limbo, con algunos otros cuadros de mérito;

Y finalmente, en el lienzo interior del pórtico:

Varios cuadros que representan la vida de S. Sebastian de Aparicio.

Estos últimos, así como los que estaban en el refectorio y en la antesacristía, son de un autor cuyo nombre ignoramos, y todos, ó los mas, han sido trasladados á la Academia de Nobles Artes para enriquecer las galerías de este amable plantel que, no lo dudamos, recibirá algun dia de nuestro gobierno toda la proteccion que merece.

Para concluir las noticias relativas á la iglesia mayor, diremos, que en el presbiterio estuvieron depositadas las cenizas de Cortés, hasta tanto no fueron trasladadas á la iglesia del hospital de Jesus, de donde para librarlas de una estúpida profanacion, tuvo una persona que sustraerlas ocultamente y remitirlas, segun nos han dicho, á la Habana.

En el mismo presbiterio tenian sepultura los provinciales de la órden, y en él tambien fueron enterrados, entre otros personages los siguientes:

El Lic. D. Mariano Esteva,
El general Valencia, y
Dª Dolores Caballero de los Olivos, última condesa del Valle.

En el panteon, situado á espaldas de la iglesia, estaban sepultados; el general Lombardini y el conde de Cossato.

La iglesia de que venimos tratando conserva ademas algunas memorias tiernas, íntimamente ligadas con la historia nacional. En ella se cantó el primer *Te Deum* en accion de gracias por el triunfo mas santo y sublime que ha alcanzado hasta hoy el valor mejicano, la consecucion de la Independencia de la patria. Presidió la funcion D. Agustin de Iturbide, objeto entonces de la admiracion y simpatías de todo un pueblo; y en esa misma iglesia, diez y siete años despues, en 1838, el consumador de la obra mas gloriosa, la primera víctima de nuestros rencores políticos, recibia de ese mismo pueblo la mas patética espresion de arrepentimiento por la ingratitud con que habia pagado sus sacrificios: honrábase la memoria del héroe en sus restos trasladados á la capital desde el cementerio de Padilla.

La pompa con que se verificó este acto religioso en S. Francisco, es de aquellas que no se ven sino en ocasiones tan raras y solemnes como esta; y para formarse idea del aspecto imponente que presentaba entonces lo interior de la iglesia, vamos á trasladar aquí un pasage de la relacion que de esa solemnidad fúnebre escribió el Sr. D. José Ramon Pacheco. Helo aquí:

"El fondo de la iglesia estaba vestido de negro desde las bóvedas hasta el pavimento: lo estaban igualmente en toda su altura las cuatro columnas del centro del crucero, resaltando mas en aquel inmenso fondo oscuro un haz de tres banderas trigarantes, atadas y colocadas en cada una de estas columnas á cierta elevacion. Los colores de todas estas banderas estaban

en armonía con un grandioso pabellon tricolor suspendido bajo la media naranja, cuyo círculo tenia veintiuna varas de circunferencia, y del cual salian abriéndose cuatro fajas tambien tricolores de mas de cuatro varas de ancho á colocarse sobre los capiteles de las columnas enlutadas en que se hallaban las banderas. Terminaba este pabellon por su estremo superior en un penacho trigarante. Como para disputar la altura al pabellon se levantaba un suntuoso catafalco á mas de treinta pies de elevacion: su base tenia seis varas por cada lado del cuadrado con tres ó cuatro gradas: encima un pedestal, y sobre este la esbelta pirámide. En la cúspide truncada de su cono se colocaron los restos de D. Agustin de Iturbide dentro de una urna de cristales y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo. que tenia encima los trofeos en que se miraba erguida el águila nacional: todo el conjunto de cortes y molduras era de un trabajo acabado. . . .

"En los ángulos de la base del catafalco se veian cuatro columnas de quince pies de elevacion, vestidas en todo su tamaño de terciopelo negro, con franjas de oro: estaban coronadas con unos fumigadores ò incensarios, que eran unos enormes jarrones de plata maciza.

"En los dos ángulos del frente se hallaban dos inmóviles granaderos, y tras de ellos, en los costados, dos ayudantes de la persona del Presidente, de rigoroso luto, con espada en mano y cubiertos.

"En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedian sin intermision las misas de *requiem*, que se celebraban por el ilustre difunto, á mas de las solemnes que se cantaban en el altar mayor y para las que se alternaban las comunidades religiosas y el cabildo eclesiástico. En todos los altares, en el sarcófago y en el cuerpo de la iglesia, ardian constantemente multitud de cirios de toda magnitud."

Las cenizas de Iturbide estuvieron espuestas en San Francisco á la veneracion pública, desde el dia 24 de Octubre hasta el 26, en que trasladadas á la Catedral, fueron sepultadas en la capilla de San Felipe de Jesus, donde permanecen hasta el dia.

La nacion no pondrá sobre el mausoleo que las encierra el sello de la indiferencia ó del olvido.

VII.

Las capillas tambien despiertan en el alma algunos recuerdos, y de sus respectivos archivos pudiera estraerse una crónica interesante, que seria nada menos que una descripcion acabada de muchas costumbres piadosas de nuestros antepasados.

En el de la capilla del Orden Tercero se registra la noticia de las tomas de hábito y profesion de varias personas notables de ambos sexos, que se verificaban á veces, y conforme á la calidad del sugeto, con estraordinaria pompa. Hasta el dia se conserva memoria de la profesion en dicha órden de la duquesa de Alburquerque, persona ya antes mencionada; porque es de saberse que en aquellos siglos de exaltada y general devocion, no solo el vulgo, sino los caballeros y damas de mas noble alcurnia blasonaban de pertenecer á la gran familia franciscana, y la misma reina Dª Isabel la católica fue tercera.

Méjico se modelaba por España, y los usos y costumbres de los reyes y su corte se reproducian en los vireyes y nobleza en la colonia.

Por lo demas, los terceros de la capital formaban no solo una asociacion encaminada á los ejercicios devotos, sino una verdadera familia, cuyos miembros se daban mutuo ausilio en las necesidades de la vida, y es célebre el asilo de caridad que fundaron para sus enfermos, conocido con el nombre de *Hospital de Terceros.*

Para los que no tengan noticia de este establecimiento, daremos la siguiente, tomada de los apuntes que sobre él hicimos en el año de 1861.

Fue costeado de los fondos de la Tercera Orden, y ocupa un soberbio edificio que se asienta en el sitio donde estuvieron las casas del mayorazgo de los Villegas, esto es, en una área de mil seiscientos metros cuadrados, comprendida en el ángulo que forman las calles de Santa Isabel y San Andrés. La entrada mira á la segunda de estas calles, y desde la puerta goza el espectador de la vista del patio principal, que es de lo mas risueño, alegrado por plantas siempre en flor, y por las aguas de una bonita fuente que ocupa el centro. Como la mayor parte de unes

Lit.g. de Iriarte y C.ª

HOSPITAL DE TERCEROS.

tros antiguos edificios públicos, se compone de dos pisos, con amplios corredores en uno y otro dando al patio principal, estando sostenido el techo de estos por arcadas de magestuosa arquitectura. Tiene capilla, enfermerías con separacion para personas de ambos sexos, habitaciones para el capellan y los que asisten á los pacientes, y en una palabra, todas ó casi todas las comodidades apetecibles. Concluyóse la fábrica en Junio de 1756, siendo virey de Méjico el marqués de las Amarillas.

En el dia, suprimida como está la Orden Tercera, ha dejado de existir el hospital, y el edificio está convertido en posada con el título de *Hotel del Ferro-carril.*

Sin salir todavía de la historia antigua, no pasaremos en silencio un acontecimiento notable enlazado, aunque accidentalmente, con el monasterio de San Francisco; queremos hablar del célebre tumulto acaecido en la capital el dia 8 de Junio, infraoctava de Corpus, del año de 1692. Pero la relacion de ese acontecimiento exige un capítulo por separado.

XXIV.

HAMBRE Y CODICIA.

En la mañana del 23 de Agosto de 1691 la ciudad de Méjico ofrecia el cuadro de la mas espantosa inquietud. Los moradores todos, firmes en la creencia de que el mundo iba á acabarse, corrian despavoridos á los templos, donde, al toque de rogativa, se esponia al Santísimo Sacramento.

Una sombra siniestra se iba estendiendo como un sudario sobre la naturaleza.

El sol parecia agonizante, y las estrellas, como para dar su postrer adios al hombre, dejaban ver la triste faz en el firmamento, opaco y torvo como la bóveda de una caverna.

Los relojes de la ciudad hicieron oir su voz en lánguidos tañidos: eran las nueve.

En este instante murió la luz del sol: el astro del dia desapareció como si una mano monstruosa le hubiera sumergido en un piélago de sombra.

Los luceros brillaron como á la mitad de la noche, y en medio del sepulcral silencio que reinaba en la poblacion, solo sè oia uno que otro ay desgarrador, el llanto de algun niño perdido en la calle, la sorda voz ó los gemidos del que pide al cielo favor, y el malancólico canto de los gallos.

Fue este un eclipse total de sol, que duró algo mas de un cuarto de hora, y á él se atribuyó la plaga de gusano que despues cayó á los trigos y causó mucha escasez de mantenimientos.

Perdida asimismo la cosecha de maíz en aquel año, se alarmó justamente la poblacion, previendo el hambre que amenazaba para el siguiente.

Intérprete fiel de esta inquietud fue el P. Fr. Antonio de Escaray, de la órden franciscana, que el lunes 7 de Abril de 1692, segundo dia de Pascua de Resurreccion, predicó en la Catedral en presencia del virey (que lo era entonces D. Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Gálve), de la audiencia y tribunales. Fue el asunto del sermon la falta de víveres, y el predicador se condujo con tal imprudencia, segun se espresa el licenciado Robles, "que fue mucha parte para irritar al pueblo, de suerte que si de antes se hablaba de esta materia con recato, desde este dia se empezó á hacer con publicidad, atribuyendo las diligencias que hacia el virey solicitando bastimentos para la ciudad, á interes y utilidad suya;" agregando el mismo Robles que el predicador fue en estremo aplaudido.

En tal estado se hallaban los ánimos cuando amaneció el dia 8 de Junio, tristemente célebre en los anales de la dominacion española en nuestro país.

I

Durante las primeras horas de ese dia, nada pudo notarse que fuera capaz de infundir temores.

No así á las cuatro de la tarde, hora en que se vió llegar á

las puertas del arzobispado á una muchedumbre de indígenas de ambos sexos, todos respirando furor.

Algunos de ellos llevaban en hombros el cadáver de una mujer, mientras otros decian á voces que esta habia muerto en la alhóndiga á manos de un mulato y un mestizo repartidores del maíz, de que entonces habia, como dijimos, gran carestía en la ciudad.

El Sr. D. Francisco Aguiar y Seijas, que era el arzobispo, dispensaba á los necesitados en aquel año calamitoso todos los consuelos que estaban en su mano, y se asegura que en socorrer la indigencia no solo gastó las rentas de que disfrutaba, sino que aun contrajo deudas cuando ya aquellas no fueron suficientes para continuar tan santa obra. Era ademas gran protector y, digámoslo así, el paño de lágrimas de los naturales, por lo cual, los de que hablamos, iban á quejarse con él de la tropelía usada con la infeliz mujer que, ya difunta, conducian á su presencia.

Pero sea que él no se hallara á la sazon en su palacio, ó bien que los sirvientes negasen con cualquier pretesto á los quejosos la entrada á la habitacion donde estaba, la verdad es, que la familia del prelado no les dió mas consuelo que decirles:—Ocurran ustedes á palacio, que allí se les hará justicia.

Enderezaron, en efecto, los pasos hácia las casas reales; pero á la puerta hubieron de dar desde luego con un tropiezo: sus escelencias el virey y su esposa habian salido, y así lo anunciaron los soldados á nuestros indios, prohibiéndoles con altanería pasar los umbrales.

Despechados por dos repulsas consecutivas, y disimulando la hiel en que rebosaba su corazon, partieron con la difunta apresuradamente por las calles del Reloj hasta el barrio de San Francisco Tepito, de donde era originaria; barrio que pertecia á la gobernacion de los indios de Santiago Tlatelolco.

II.

Entre tanto, unos veinte de ellos siguieron instando por entrar en palacio, arrojando piedras á las puertas y balcones; mas encontrando resistencia en el cuerpo de guardia, y especialmente en el alférez, hubieron de retroceder pronto hasta el cemen-

terio de la Catedral, donde reforzados con mas de doscientos de su misma clase, acometieron de nuevo á los soldados que les hacian frente, arrojándoles una granizada de piedras y aprovechando una de estas en la mano con que el alférez sostenia la rodela, la cual perdió con el golpe. Para recobrarla le fué menester emplear otras; pero todo su brío se esterilizó ante el denuedo de los amotinados, que le obligaron á refugiarse en el palacio con pérdida de dos soldados, y sin hacer ya mas resistencia que cerrar las puertas.

Alentados aquellos con este triunfo, pusieron fuego inmediatamente á las puertas, provistos, como estaban, de materia combustible, pues allí mismo se la ministró la madera de que estaban formadas las chozas situadas enfrente de palacio, que servian á los figoneros.

A las seis de la tarde el incendio habia cundido por todo el palacio, las casas de ciudad, la cárcel, los oficios de provincia, las viviendas de madera que rodeaban parte de la plaza, en las cuales habia tiendas de ropa y comestibles, que se llamaban *cajones*.

Las llamaradas despedian una claridad infernal que reflejaba en todos los edificios circunvecinos, y especialmente en la Catedral, que todavía entonces no estaba acabada.

La gente corria llena de espanto por las calles buscando asilo en las casas propias ó en las agenas.

Los caballeros eran desarmados en el parage donde encontraban con alguno de los sublevados, si bien no recibian mas que esta injuria.

Todo el amor de que antes era objeto el arzobispo se habia convertido en odio, como lo probó el hecho de que pasando el Sr. Seijas en su coche cerca de los portales que entonces llamaban de provincia, fue saludado con una lluvia de piedras acompañada de alaridos, derribando de una pedrada al que le servia de sotacochero.

En una palabra, los indios, ordinariamente mansos y casi indiferentes á la felicidad ó á la desgracia, parecian trasformados por la rabia en unas deidades infernales salidas del abismo para tomar venganza de una raza opresora y maldecida; y en medio de la confusion en que estaba la ciudad, en medio de los ruidos de los carruajes que se alejan, de las puertas y ventanas que se cierran con estrépito, de las voces de los que piden al cielo

misericordia y de la trápala de los que huyen de la plaza para ocultarse, domina una voz, un grito imponente y horrible, un acento que resuena en los aires como venido de una region misteriosa y lejana:—¡viva el rey y muera el mal gobierno!

III.

Este grito sobrecogia de terror á los que le escuchaban en circunstancias en que podian considerarlo como una amenaza.

El arzobispo habia tenido por mas acertado retirarse á su palacio, luego que conoció lo estéril de su presencia para poner un dique al desórden.

Los nobles, los caballeros, dando crédito apenas á lo que veian desde sus moradas, no se atrevian á salir á prestar ausilio al gobierno; y pensando solo en el peligro que corrian sus vidas y haciendas, esperaban de un momento á otro verse asaltados en sus propios hogares, bien por los amotinados, bien por el fuego que hacia progresos inauditos en varios cuarteles de la ciudad.

La compañía que daba guardia en palacio, continuaba entre tanto defendiéndose de los ataques que recibiera desde el principio. Colocados los soldados en la azotea disparaban sus armas contra todo el que se ponia á tiro; y aunque les habia prevenido el alférez que no cargasen con bala, algunos de ellos desobedecieron esta órden y mataron muchos de los amotinados.

Al ver estos caer á sus compañeros se encendian en nuevo furor, y su audacia ya no tuvo límites: corren de un lugar á otro empuñando horribles teas en cuya corona de llamas va el principio de la destruccion de toda una casa, quizá de una manzana entera. Un violento huracan coadyuva á sus intentos, y la ciudad va á ser en breve una inmensa pira que reducirá á cenizas el cadáver del despotismo colonial.

IV.

En medio de tantos y tan innumerables peligros capaces de poner espanto al corazon mas intrépido, hubo sin embargo algunos hombres valerosos. Fue uno de ellos el alférez mencio-

nado, que perdida toda esperanza de contener el tumulto, no pensó ya mas que en salvar del fuego las alhajas y preseas de los vireyes, trasladándolas al arzobispado, para lo cual, y asistido de los criados del virey, abrió un portillo en la pared que da á la casa destinada entonces al balanzario de la caja real, por donde pasaron á la calle y despues á las casas del arzobispo, quien les hospedó en ellas aquella noche.

No menos denodado fue otro hombre que, mientras la gente de palacio se afanaba por salvar riquezas, él, con un ardor estremado, con el entrañable cariño de un padre que ve á sus hijos á punto de perder la vida, pugnaba por arrebatar de entre las llamas otra especie de tesoros de mas estima: era un clérigo, era el limosnero del Sr. Aguiar y Seijas, que servia de capellan en el hospital del Amor de Dios, y que al saber en su retiro que el fuego habia prendido en las casas de cabildo, corre á ellas acompañado de sus amigos; intentan por las piezas bajas subir á las superiores; no lo consiguen por estar invadidas de las llamas; pero discurren valerse de escaleras portátiles para lograr su intento, y en un instante, forzadas las ventanas, se les ve penetrar en el archivo, de donde sacan, para arrojarlos á la plaza, los códices y libros capitulares que no habian sido presa del fuego, salvando así los monumentos mas preciosos de la historia antigua y moderna de nuestra nacion que allí se conservaban. ¿Es menester nombrar al sugeto que dió cima á un hecho tan glorioso? ¡Hay mejicanos que ignoren que ese hombre benemérito de las letras, fue nuestro esclarecido compatriota D. Cárlos de Sigüenza y Góngora?

Si el denuedo que acreditó en esta vez hubiera tenido imitadores entre las autoridades civiles en la órbita que les correspondia, el incendio habria sido prontamente atajado y los alborotadores reprimidos; mas no parece sino que estaban resignados á perecer y dejar perecer á todos los vecinos de la capital bajo los escombros de los edificios, y sobre todo, bajo el peso de las iras populares.

En este trance el Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de la Catedral y abad de la congregacion de San Pedro, tuvo una ocurrencia que, puesta desde luego en ejecucion, fue la medida verdaderamente salvadora de tantos intereses como peligraban, el paso atrevido que hizo salir de su estupor á los funcionarios públicos y demas personas de influencia, y la au-

rora de paz que conjuró aquella tormenta desencadenada. Pasa al Sagrario de la Catedral, y acompañado de tres monacillos, dos sacerdotes clérigos y un religioso de Santo Domingo, saca en procesion al Santísimo Sacramento; dirígese á la plaza, y advirtiendo que la ruina del palacio era inevitable, retrocede hasta la gran cruz de piedra colocada en el cementerio de la metropolitana, frente á la puerta principal de en medio, y que llamaba el vulgo la *cruz de los bobos.*

De allí se encamina hácia la calle del Empedradillo para contener á los indios que ya ponian fuego á las casas del marqués del Valle, y logra con sus exhortaciones que ellos mismos apaguen el incendio en debida veneracion al Santísimo Sacramento que llevaba en las manos. Otro tanto consigue en diversas partes; con este arbitrio y el ausilio del presbítero D. Nicolás de Rivas, que predicaba á los mejicanos en su lengua aconsejándoles la paz, comienza á obtener los resultados mas lisonjeros.

Agotadas sus fuerzas por el cansancio, empeña á otro eclesiástico á proseguir en la misma tarea, recogiendo este los mismos frutos. Siguen despues el ejemplo los religiosos de la Merced y de la Compañía de Jesus; y aunque al presentarse los segundos en la plaza se les recibe á pedradas por venir con ellos algunos paisanos armados, separados estos, alcanzan los religiosos con sus predicaciones un triunfo decisivo y completo sobre los amotinados.

A las nueve estaba sola la plaza, y á la luz sangrienta que despedian los restos del incendio, no se veia mas que una que otra figura humana huyendo con paso apresurado, y deslizándose despues entre las sombras como fantasmas.

V.

Entre tanto, ¿dónde estaban el virey y su familia?

Los gritos de *¡viva el rey y muera el mal gobierno!* fueron á herir sus oidos y su amor propio en el monasterio de San Francisco, donde acaso se hallaban de visita, sirviéndoles aquel asilo de un poderoso escudo contra los ataques de sus encarnizados enemigos.

En efecto, debieron su salvacion al respeto tradicional que los naturales tributaron siempre á los religiosos franciscanos.

Hubo no obstante quien se atreviera á faltar á ese respeto, procurando penetrar en el convento para arrancar de allí al virey y la vireina y entregarlos al furor de los amotinados, valiéndose de un pretesto que tenia visos de verdad.

—¡Una confesion! ¡una confesion, por amor de Dios! se oyó esclamar á las puertas del monasterio en lo mas recio del tumulto; ¡una confesion para un pobre sacerdote que acaba de recibir un balazo! .....

Conocieron los religiosos la estratagema, se negaron redondamente á obsequiar los deseos que se les manifestaba, por lo cual se vieron ya descaradamente amenazados de correr la misma suerte que el gobierno, si persistian en tener cerrado el convento para contener á los que anhelaban apoderarse de las personas objeto de tanto encono.

A pesar de esta amenaza, prevaleció el amor y respeto que tenian los mejicanos á la morada de los religiosos, y el conde de Gálve y su familia se salvaron.

VI.

Aunque D. Lúcas Alaman asiente en su *Tabla cronológica de los gobernantes y vireyes que tuvo Nueva-España*, que el motin fue reprimido por D. Juan de Velasco, conde de Santiago, que saliò á caballo con toda la gente principal, Cabrera, en su *Escudo de armas de Méjico* y el licenciado Robles en su *Diario de sucesos notables*, afirman todo lo contrario, conviniendo en que durante el desórden "no se vió ni se supo que se tratase de prevenir defensa ó estorbo temporal," y que si bien se presentaron en la plaza el conde de Santiago y algunos otros nobles y funcionarios públicos, fue despues de que ya no hallaron á quien castigar, por haberse retirado los principales actores que hicieron papel en las escenas referidas.

Esta conducta, no menos que la actitud hostil que adoptó el gobierno en los dias posteriores al 8 de Junio, dieron lugar á que la gente ridiculizase las providencias de aquel, repitiendo en las conversaciones el signiente adagio: *despues de los ladrones arcabuzasos.*

Toda la noche se pasò en el mayor desasosiego, temiendo á cada instante nuevas y mas lamentables desgracias.

El número de las víctimas fue crecido, y no obstante los muchos cadáveres que en la misma noche y á deshora fueron sepultados en el cementerio de la Catedral, se hallaron todavía algunos al dia siguiente esparcidos en la plaza y en otros lugares.

Al amanecer de este dia se encontró en el palacio destruido un pasquin del tenor siguiente:

AQUESTE CORRAL SE ALQUILA
PARA GALLOS DE LA TIERRA
Y GALLINAS DE CASTILLA.

Horas despues, en conformidad de un bando que se publicó, pusiéronse en arma los habitantes de la ciudad formando cuerpos á manera de nuestros batallones de guardia nacional, y fueron á san Francisco los oidores, los caballeros, el conde de Santiago, y otros doscientos hombres, todos á caballo, á traer al virey, que vino tambien á caballo, vestido de negro y con valona, por las calles de San Francisco, en medio de repetidas aclamaciones populares.

Al llegar junto á la Profesa se detuvo la comitiva, y el virey saludó al arzobispo, que le estaba esperando en aquel sitio, entrando despues en el coche del prelado y dejando á la vireina caminar por delante en el que antes ocupaba. En este órden prosiguieron hasta la plaza; dieron vuelta por ella á los gritos de *¡viva el rey y el conde de Gálve!* y encaminándose en seguida á las casas del marqués del Valle, se despidió el virey del arzobispo y quedóse á vivir en ellas mientras se reedificaba el palacio.

VII.

Pasada la sorpresa causada por tan inesperados sucesos, empezaron las autoridades á emplear las medidas de rigor así para descubrir y castigar á los culpados, como para prevenir la repeticion de los mismos ó semejantes escesos.

Hubo arcabuceados, ahorcados y azotados.

Los bandos se sucedian unos á otros con ridícula y asombrosa profusion.

En uno se prohibia, pena de la vida, que anduvieran juntos arriba de cinco indios; en otro se mandó que saliesen á mo-

rar fuera de la ciudad, que se les cortasen las melenas y que trajeran el vestido y cabello á su usanza, como se habia prevenido varias veces; y en otro, finalmente, se prohibió el baratillo y el uso del pulque, atribuyendo á esta bebida la culpa del tumulto.

Estas disposiciones produjeron el efecto deseado; mas como no eran las mas á propósito para conciliarse á los descontentos, queriendo estos mostrar su disgusto, á falta de imprenta, apelaran al único recurso de que entonces podian echar mano, y eran los pasquines. Apareció uno en estos términos:

REPRESENTASE LA COMEDIA FAMOSA DE
"PEOR ESTA QUE ESTABA."

¿No se ve asomar en estas manifestaciones el espíritu que mas tarde dictó la independencia de la patria?

Presentíanlo así los gobernantes, y de ahí emanaban todas las providencias que tendian á sofocar la menor falta de mesura en la espresion del pensamiento, que bien podia decirse estar encadenado, pues que solo la proclamacion de la libertad de imprenta hubiera sido entonces reputada por blasfemia ó herejía.

Con todo, el sistema de pasquines era el medio adoptado por los oprimidos para echar en cara á los tiranos su maldad, cuando el peso del yugo se hacia sentir en estremo; y en esa vez las palabras y los hechos tuvieron tal elocuencia, que obligaron al gobierno á variar de conducta. En efecto, no parece sino que el levantamiento de los naturales tuvo una influencia milagrosa en hacer cesar la carestía de mantenimientos, como que luego al dia siguiente hubo maíz y trigo en abundancia; de que se concluyó entonces que la falta que antes habia de esas semillas fue obra de que ciertos personages que las ocultaron para venderlas, llegada el hambre, á muy subidos precios.

XXV.

EL SACRISTAN.

Viniendo ahora al dominio de la historia moderna, el convento de San Francisco nos abre su tesoro de memorias, de entre las cuales solo escogeremos las que, á juicio nuestro, son mas interesantes.

Desde luego la capilla del Señor de Búrgos nos invita á consagrar algunas líneas á su célebre sacristan, á Pablo Morales, cuya aventura anda en boca de todos, y que ha dado asunto á una comedia y á varias relaciones novelescas. Añadiremos otra á las ya escritas.

Pablo era el prototipo del sacristan, pero no así como quiera, sino del sacristan mejicano, del sacristan de iglesia rica, á donde concurren diariamente diez ó veinte eclesiásticos á decir misa; amigo del canónigo F., ciego admirador de los sermones del obispo S. y familiarizado, como ninguno, con el lenguaje particular usado en el trato con reverendos y reverendas.

Moceton afable con las damas que frecuentaban la capilla; sumiso, reverente, y un si es no es adulador de los superiores, sabia captarse las simpatías de los que le trataban, obteniendo esa especie de consideraciones que no son ni amistad ni indiferencia, pero que abren la puerta á la confianza.

Bien lo habia menester para realizar el proyecto que llegó á concebir en hora mengnada.

Pablo no era ambicioso.

Su modesto salario, sus gages no siempre pingües, le ministraban lo suficiente para vivir sin apuros, y estaba contento con su suerte.

Pero llegó á verse, cuando menos lo pensaba, envuelto en las redes acerinas del amor: prendóse de una jóven hermosa, y segun fundadas presunciones, de fortuna superior á la suya.

Este fue el orígen de su desgracia.

Declaró sus ansias; fue desdeñado al principio, correspondido

despues, y al lado de su ídolo llegò á pasar horas de seráficas delicias.

Vino sin embargo un dia en que el desenlace del drama era inevitable: era forzoso casarse.

¡Casarse y sin tener una gruesa suma para comprar ostentosas donas y amueblar una casa decentemente! . . . . esto era un suplicio atroz, insufrible.

¿Qué hacer para haber á las manos esa suma?

La codicia se apoderò entonces del corazon de Pablo, como una serpiente que se desliza por la yerba y se introduce en su guarida de cieno al pie de un matorral.

El sacristan fue otro.

Su genio de ordinario alegre, sus modales zalameros, le abandonaron, dejando en su lugar la aspereza y la melancolía.

—¿Qué tienes, Pablo? solian preguntarle los religiosos al notar este cambio: ¿estás enfermo? ¿estás descontento con el destino? ¿aspiras á mejorar de sueldo? Habla, dí, te haremos algunas propuestas que puedan convenirte.

El sacristan contestaba con evasivas, y seguia taciturno, incómodo, desapacible y mal encarado con todos.

Pero las decoraciones se mudan en el teatro de la vida cuando menos se piensa, y las pasiones, los caractéres, las fortunas, las situaciones políticas se trasforman ó se suceden como los cambios de temperatura, como la serenidad del cielo y los nublados, como la aurora y el crepúsculo, y como el invierno que despoja á los árboles de su vestidura y el verano que se la devuelve llena de frescura y lozanía.

Pablo se presentó una mañana en la celda del padre sacristan respirando bienestar y regocijo; sus ojos despedian relámpagos de dicha, de sus labios manaban palabras de miel hiblea, y su semblante sonrosado y espresivo era una fiesta.

—¡Gracias á Dios que te veo como en tus dias mejores, Pablo! ¿á qué atribuir tan feliz mudanza?

—¡La Providencia me ha favorecido, padre nuestro! soy rico, muy rico! . . . ¡dos loterías á un tiempo!

—¡Cómo es eso! ¡vamos, esplícate!

—Sí, señor, como su paternidad lo oye: ¡dos loterías á un tiempo! ¡la de tres mil duros de la Vírgen y.... y.... y.... la de cien mil. . . . de la. . . . Habana!

—¡Hombre! tú vas á dar hoy á San Hipólito! . . . . ¡pobre

muchacho! no hay duda, ha perdido la chaveta. . . . sí. . . . en eso habia de venir á parar esa tristeza mortal que sin cesar le devoraba. . . . ¡pobre!

—¿Pobre! . . . pobre era antes, hoy,—lo digo en mi entero juicio,—soy un potentado, créame su paternidad, y en prueba de ello, vengo á pedirle los mejores paramentos de la iglesia grande para adornar mi capilla, porque voy á costear en ella una funcion en accion de gracias, que hará ruido. . . . ¡qué, es humo de pajas el favor que Dios acaba de dispensarme! Esto será antes de mi partida. . . . sí. . . . porque yo mismo he determinado ir á la Habana á cobrar mi dinero, y espere su paternidad buenas albricias á mi regreso.

El reverendo quedó largo rato mirando de hito en hito á su interlocutor, y algo menos incrédulo que antes se manifestó dispuesto á condescender con los deseos que este le habia significado.

Dias despues los estrepitosos repiques, las cortinas colgantes de las torres, las ruedas de cohetes, la ruidosa armonía de la orquesta y la concurrencia de las principales señoras de la capital ostentando su elegante trage de iglesia, anunciaban una gran solemnidad religiosa, una fiesta *de tono*, en la capilla del Señor de Búrgos.

El sacristan, primorosamente vestido, risueño, remozado, con una miradilla distraida y un tanto cuanto protectora, repartia almibarados saludos á sus numerosos amigos y amigas, y la promesa de darles albricias se desprendia á menudo de sus labios.

Predicó el sermon el señor obispo Madrid, que era el orador mas popular en aquella época, y en él hizo alusion honrosa al sacristan y á la manera con que correspondia á los beneficios de la Providencia, exhortando á los fieles á imitar una conducta tan noble y edificante.

El templo, á la luz de mil cirios, resplandecia con los ricos paramentos y la muchedumbre de adornos de oro y plata de la iglesia grande. La mitad de aquellos objetos valian cien veces mas que el importe de las dos loterías con que habia sido premiado Pablo; pero él, á juzgar por el tono de sus conversaciones, imaginábase dueño de una fortuna superior á la de Creso, y tantos tesoros reunidos apenas le llamaban la atencion, si ya no era por amor al objeto á que estaban destinados.

Nueva decoracion.

La gente que sale en tumulto de la iglesia, los bulliciosos repiques y los truenos de las ruedas de cohetes antisociales, anuncian el fin de la solemnidad.

Pablo recibe nuevas y mas cordiales enhorabuenas, y un momento despues todo estaba en silencio en lo interior de la capilla y en el atrio del convento. No así en una sala, donde el brillante Pablo habia mandado preparar un refresco para obsequiar á los religiosos y á varios seglares convidados.

Allí todo era algazara.

Con el calor del festin las conversaciones se animaban, tomando un rumbo por donde no podian menos de llegar á lisonjear al héroe del dia; y como en torno de la mesa no faltaban personas de cuenta, los juicios que formaban acerca de él y sus hechos, tenian un barniz de autoridad envidiable.

Quien sostenia que el insigne secristan era verdaderamente digno por sus prendas del favor que acababa de dispensarle la fortuna; quien aspiraba á la honra de llamarle amigo, ofreciéndole su casa, su hacienda, su influencia y crédito en la sociedad; este, abundando en sentimientos mas benévolos, le manifiesta que, sin saber por qué, hacia tiempo le era muy aficionado, y que no podia verle con ojos serenos en una situacion para la cual ciertamente no habia nacido; aquel le juzgaba capaz de grandes acciones y no vacila en pronosticar que será con el tiempo la gloria de su patria; y el de mas allá, miráudole con recato á veces, y á veces con estudiado asombro, le pregunta al fin el nombre de su padre y abuelo, concluyendo con esclamar.

—¡Bien me lo decia el corazon! al fin habia de encontrar algun vástago de esta noble familia. Segun me han informado, usted se llama Pablo Morales.... nativo de Méjico, ¿no es así? ... hijo de D. Pablo, que casó con.... ¡Oh! vaya! si yo casi, casi puedo tutearte. Figúrate que tu padre y yo de solteros nos tratábamos como hermanos, mas que hermanos, porque los hermanos suelen andar con pleitos, y Pablo y yo jamás tuvimos el mas ligero disgusto originado de alguna oposicion entre los dos, y antes bien no podiamos estar el uno sin el otro, y todo entre nosotros era comun, dinero, amistades, paseos, goces y pesares.... Pero tu padre casó, y cuando tú naciste yo tuve que partir á la Habana (adonde irás en breve, y cuenta que para allá te daré escelentes cartas de recomendacion) y desde entonces ni yo volví á saber de tu padre, y sin duda ni

tu padre de mí. Pero era forzoso que alguna vez la fortuna me deparase la dicha de abrazar al hijo de mi buen amigo Pablo.... ¡Señores, créanme ustedes! acabo de hacer un descubrimiento que me rejuvenece; este muchacho es un objeto á quien deseaba ver hace tiempo, y que hacia falta á mi corazon.... ¡Pero tú aquí destinado! ¡válgame Dios, y á dónde van á parar las familias cuando falta el cabeza de casa algo mas temprano de lo que era regular!.... En fin, la Providencia acaba de deshacer la injusticia con que te ha tratado hasta hoy la fortuna.... Haz por aprovecharte.... ya entraremos juntos en algunos negocios que triplicarán tu hacienda en un santiamen. Sin necesidad de esto, mis bienes son tuyos, y dispon de ellos como gustes.

Pablo estaba aturdido.

Oia alternativamente ó casi á un tiempo todas aquellas ofertas y alabanzas sin saber qué contestar, sin acertar á esplicarse el por qué de tantas atenciones, dudando si estaba soñando ó despierto, y le zumbaban los oidos como si estuviera á punto de ser atacado de un vértigo.

Pero en sus lúcidos intervalos, sonriendo con el mas alto desden, decia en sus adentros:

—Mundo ruin! indecentes cortesanos de la fortuna, hombres de cieno, tigres con aquel de quien nada esperais, y sabandijas inmundas con el que puede seros de algun provecho!.... ¡Cuánto mas valgo que vosotros, yo que dentro de poco tiempo seré..... y soy ya... en fin..... pero á lo menos no me nivelaré jamás hasta vosotros, hasta el fango en que os arrastrais!

Terminada aquella escena, Pablo aparece en la casa de su novia, cargado de joyas y soberbios trages para engalanar á la bella el dia de la boda, que ya estaba próxima.

Para la novia fue esta visita uno de aquellos acontecimientos que dejan una huella profunda en la memoria, y ella tambien desconoció al sacristan, pareciéndole mas jóven, mas hermoso, de mas talento, y sobre todo, mas amable y galan. Algo singular habia pasado en él, que ella no sabia lo que era ni á qué atribuirlo; algo verdaderamente maravilloso que le habia trasformado en un sér de nueva especie, y que le revestia de un hechizo inefable, irresistible.

Pablo se entristeció mucho mas al notar que tambien de su novia era objeto de tan desmesurada é intempestiva admiracion.

Pero ¿qué hacer? ¿Cómo variar la direccion que regularmente sigue el torrente de los afectos humanos?

A lo menos aquella mujer no le habia desdeñado antes de su engrandecimiento.....

Pero llegamos al desenlace del sainete.

Algun tiempo despues de los sucesos referidos, se notó en el convento cierto desasosiego, cierto alboroto, que aunque velados al principio por el misterio, no pudieron despues ocultarse aun á los ojos menos perspicaces.

Por fin, la causa de aquel sordo movimiento tuvo la mas completa publicidad.

—Esto es hecho, Pablo se ha despedido á la francesa, y ni se acordó de dejar sustituto en la sacristía..... ya se ve..... ¡lo que es el dinero!..... ¿qué le importa ahora el convento? ¡y vaya si soy un cándido! ¿pude imaginar que Pablo seguiria en su destino siendo ya tan rico!

—¡Calle, hermano, qué bien se conoce que no sabe lo que pasa!

—¡Pues qué pasa!

—¡Que el bueno de Pablo ha desaparecido!

—Ya lo veo.

—Pero no así como quiera, sino cometiendo el mas horrible de los sacrilegios... ¡esto es vergonzoso! ¡y que el convento haya alimentado tanto tiempo á esta víbora en su seno!

—Ahora sé menos lo que pasa.

—¡Pues sépalo bien! Pablo se ha fugado llevándose consigo innumerables alhajas pertenecientes á la iglesia; ha vendido algunas antes de irse, regaló otras á su novia, y ni hay lotería de la Habana ni....

—¡Pero ¡cómo ha sido eso! ¡no lo creo!.... Pablo capaz de semejante crímen!.... oh! vamos, su paternidad se chancea!

—Nada de chanza! Vaya y tome informes de nuestro padre guardian!... ya verá lo que le dice.... todo ha sido un ardid de ese tunante... la funcion que costeó en la capilla del Señor de Búrgos fue no mas que el medio de reunir en un solo lugar la plata y joyas del convento para escoger lo que mas convenia á sus miras.

—¿Y no se procura averiguar el paradero del delincuente?

—Sí; pero hasta este instante las diligencias de la justicia no

han dado ningun resultado satisfactorio. Se cree que todo ó la mayor parte de lo robado parecerá; pero á Pablo se lo ha tragado la tierra. No obstante...

—En fin, ya veremos, y este golpe nos hará mas cautos en lo sucesivo.

Así departian dos religiosos en la sacristía del templo mayor despues de decir misa y antes de tomar el desayuno.

Entre tanto, los objetos robados iban pareciendo en diferentes casas, donde el ladron los habia ocultado. La misma novia fue despojada de las alhajas y preseas que en donas habia recibido de su futuro, como una planta pierde sus flores á impulsos del huracan.

Las requisitorias se sucedian á las requisitorias, y las pesquisas á las pesquisas.

La policía abrió sus cien ojos.

El proceso seguia con la mayor actividad, y el juzgado continuaba haciendo cada dia nuevos y mas importantes descubrimientos. Una mañana se supo que en el camino de Méjico á Veracruz, habia sido detenido un carro que trasportaba un cajon con varias piezas de plata de iglesia: averiguándose la procedencia del cajon, se vino en conocimiento de que un francés residente en la capital, dueño de una casa de empeño, le habia remitido á Veracruz para que de allí siguiera su camino á Europa. El francés fue puesto á buen recaudo, y las pruebas demostraron que era cómplice del sacristan.

Pasado algun tiempo se hallaron en la casa de otro francés, tambien residente en la capital, algunos otros cajones con piezas de plata de iglesia, y examinadas estas así como las del cajon antes mencionado, no hubo la menor duda en que eran las de San Francisco. Pero este nuevo cómplice en el robo habia sabido ponerse en salvo anticipadamente.

La causa llegaba ya á su término; pero ¿dónde estaba entre tanto el principal delincuente?

Nadie lo sabia.

Sin embargo, la Providencia habia decretado no dejarle sin castigo.

Pasado algun tiempo, y cuando ya se iba evaporando la impresion que el atentado causara en los ánimos, una comision de policía se encaminó á la villa de Guadalupe Hidalgo en busca de un sugeto procesado por otros delitos.

Llega á una tienda, y de entre los dependientes saca á un jóven que temhló y se inmutó estremadamente al recibir aquella terrible visita.

Era de modales decentes; pero tenia el rostro desfigurado con algunas cicatrices.... reliquias de quemaduras causadas con piedra infernal. El Maestro de Escuela de los *Misterios de Paris* habia tenido un alumno.

Este era Pablo Morales.

Trasladado á la capital, fue reducido á prision, en la que hubo de permanecer hasta que sentenciado á presidio por los tribunales que conocieron de su causa, salió de la cárcel para cumplir su condena en Santiago Tlatelolco, ó en Ulúa, segun otros afirman.

Tal fue el desenlace de este suceso, que bien puede considerarse como un episodio de la historia del convento.

Pablo, en el dia, está ya en libertad.

Se le ha visto en las calles de la capital como á un habitante de otro planeta trasladado al nuestro.

Pasa frente á la casa donde vive la que fue su novia y no se atreve á pasar los umbrales.

Huye el rostro á sus conocidos y de sus mejores amigos se recata.

Solo halla solaz en el convento de San Francisco. Allí entre los escombros de los derribados muros, imágen de su destino, pasa largas horas entregado á los inefables placeres de la meditacion; y cuando endereza los pasos á lo interior de la capilla del Señor de Búrgos, no puede menos de suspirar y de verter una lágrima.

XXVI.

PARTICULARIDADES.

La funcion religiosa con que el astuto sacristan solemnizó el supuesto cambio de su fortuna, nos trae á la memoria la brillantez, la gallardía, el boato que inseparablemente acompañaban á todas las fiestas en la iglesia mayor y capillas de San Francisco.

Lejos de nosotros la idea de describir esas fiestas que todos los habitantes de la capital, y muchos forasteros, han podido presenciar, llevados de la curiosidad ó de una devocion que jamás quedaron sin recompensa; pero no es dable concluir el bosquejo de la órden franciscana en nuestro suelo, sin llamar la atencion hácia algunos de esos espectáculos religiosos verdaderamente notables por su magnificencia ó por cierto carácter especial.

I.

El de gravedad y sencillez distinguia la festividad vulgarmente llamada *jubileo de Porciúncula*, celebrada el 2 de Agosto en los monasterios franciscanos de ambos sexos.

Desde el dia anterior se empezaba á ganar la indulgencia, visitando las iglesias de los espresados monasterios, que se abrian á los fieles á la hora de vísperas. ¿Veis esos carruajes que se detienen á las puertas del convento de San Francisco?

De ellos descienden damas bellas y opulentas, que con aire de recogimiento dirigen los pasos al recinto sagrado á derramar sus lágrimas ante los altares, y á confundir sus suspiros con los de la pobre mujer que solo cuenta para vivir con un mezquino salario. Esta pide al cielo el remedio de sus necesidades físicas, mientras aquellas solicitan con ahinco la medicina que cura las dolencias del alma. Ningun estado, ninguna condicion están libres de miserias, y la riqueza suele ocultar en su seno llagas terribles que le carcomen y que solo se atreve á descubrir á los ojos de Dios....

El altar mayor está adornado con flores naturales, y en los rayos de oro que circundan el relicario donde se contiene la hostia consagrada, refleja la luz de los cirios, que arden apaciblemente, colocados en hileras con simetría.

Ligeras nubes de incienso se levantan despacio hácia las bóvedas: tal vez en su camino se encuentran con un rayo solar que penetra por una de las ventanas del cimborrio, y al atravesarle se tiñen de oro encendido.... ¡Imágenes de los pensamientos que nacen de un alma desgraciada. Tristes y adustos mientras se arrastran por la tierra, alegres y risueños cuando se convierten al cielo.

El canto grave y severo de los religiosos, los suspiros del

órgano combinados acaso con los tiernos gorgeos del *salta-pared*, de esa ave que se complace en frecuentar nuestros templos, la muchedumbre arrodillada, el murmullo sordo y no interrumpido del rezo fervoroso, todos estos accidentes reunidos contribuyen á dar al cuadro un carácter de magestad, de uncion y de tranquila y seductora melancolía.

Al dia siguiente hay misa solemne, y no concluye la funcion sino hasta la tarde, á puestas del sol, precediendo al acto de depositar al Santísimo Sacramento, la magestuosa letanía de los santos y las preces de la Iglesia, con las cuales el sacerdote pide al Altísimo la abundancia de los frutos de la tierra, y la paz universal del género humano. El mundo á esa hora se despide de la luz: las calles y paseos apenas pueden contener el gentío, los hijos mimados de la fortuna corren en pos de unos placeres que si brindan una gota de dicha, pronto entregan á la alma á los descarnados brazos del hastío. Entre tanto salen del templo los fieles sencillos para volver al seno de la familia, abrigando en el espíritu una memoria piadosa y un bálsamo en el corazon.

Una palabra acerca del orígen de esta festividad.

Hubo á principios del siglo XIII un jóven singular, venerado de muchos por santo, y tenido por visionario en concepto de sugetos no vulgares, de aquellos que suelen ser el mayor obstáculo con que lucha durante su carrera el hombre nacido á cumplir en la tierra un destino estraordinario. Despues de renunciar á todos los bienes de fortuna, vestido con un grosero sayal, consagraba parte de su tiempo á servir á los enfermos en los hospitales, y la otra parte á reedificar con su trabajo corporal algunas iglesias hacia mucho tiempo abandonadas: este jóven era San Francisco de Asís.

Una de las iglesias á quienes cupo ser objeto de esta solicitud, fué la de Santa María de los Angeles, seiscientos pasos distante de Asís y perteneciente á los monges benedictinos, la cual, reedificada y cedida al santo patriarca de los frailes menores, fue dedicada solemnemente y pudo desde entonces considerarse como cuna de la órden.

En el convento anexo á ella pasó San Francisco gran parte de su vida, y orando allí una noche por la salvacion de los pecadores, se sintió movido á pedir á Dios una indulgencia plenaria en favor de todo el que con las disposiciones debidas y

poniendo por intercesora á la Vírgen María, visitase aquella iglesia en un dia determinado.

Concedida esa gracia directamente por Dios, segun se refiere, fue años despues confirmada por el papa Honorio III, y vinculada no solo á la iglesia de nuestra Señora de los Angeles, sino á todas las de los monasterios franciscanos de ambos sexos; habiendo sido designado para ganar el jubileo el dia 2 de Agosto, en que la órden seráfica celebra la dedicacion de la espresada iglesia. Y como por estar esta situada en una parte mínima de cierto terreno perteneciente á los benedictinos era llamada *la porciúncula*, de ahí vino que á la indulgencia se le aplicara el mismo nombre.

II.

Del 2 de Agosto tenemos que trasladarnos al 3 de Octubre víspera del aniversario de la gloriosa muerte de San Francisco de Asís.

En la tarde de ese dia, poco antes de vísperas, un repique á vuelo simultáneo en los conventos de Santo Domingo y San Francisco indicaba un acontecimiento repetido anualmente, una ceremonia singular, cuyo verificativo aguardaba con ansia la muchedumbre curiosa de la capital, en las calles de Vergara y San Francisco. Apiñábase en mayor número hácia la esquina de las calles antedichas, con el ordinario acompañamiento de vendedores y vendedoras de golosinas, ginetes y carruages colocados en fila en las bocacalles, y jóvenes hermosas y elegantemente vestidas apoyadas de brazos en los balcones de los edificios contiguos.

Momentos despues se veia venir á paso lento á la comunidad de religiosos franciscanos y tras ella una música militar y un cohetero bien provisto de los temibles productos de su industria. Colocábanse en el sitio poco antes mencionado, vuelto el rostro á la calle de Vergara, como en busca de un objeto vivamente esperado.

No tardaba mucho en asomar, doblando la esquina de las calles de Vergara y Santa Clara, la comunidad de religiosos dominicos, que continuaba caminando por la primera de las calles indicadas hasta llegar al punto donde se hallaban los franciscanos.

En el momento del encuentro, la compañía de músicos llenaba el aire de alegres armonías, y el cohetero enarbolaba gentilmente una asta coronada de una rueda de cohetes con la mecha ya encendida, la cual rueda empezaba inmediatamente á girar con celeridad vertiginosa y á espantar con truenos y horribles zumbidos á caballos, niños y mujeres.

Entre tanto, cada religioso de una comunidad saludaba con un abrazo á un individuo de la otra, eligiendo al que le correspondia en dignidad ó categoría; y concluida esta ceremonia, se dirigian juntos al convento de San Francisco, donde los domínicos daban principio desde luego al oficio de vísperas.

Ese encuentro era el que conocia el vulgo con el curioso nombre de *El Topeton*.

Al dia siguiente, en la misa solemnísima celebrada en honor de San Francisco oficiaban tambien domínicos, lo que correspondian de la propia manera los franciscanos en la festividad de Santo Domingo.

Estas demostraciones recíprocas de benevolencia tenian por cimiento un hecho antiguo, la confraternidad de domínicos y franciscanos, que aun en los tiempos tormentosos de las disputas escolásticas entre tomistas y escotistas se conservó á lo menos en apariencia. Nació de la amistad con que vivieron ligados los patriarcas de las órdenes de que vamos hablando, y que tuvo principio desde que se conocieron en Roma, cuando San Francisco pasó á esa ciudad á solicitar del papa Honorio III la confirmacion de su instituto.

III.

¿Sabe el lector qué es calenda, y especialmente, qué es calenda de Navidad?

Calenda, en el oficio divino, es la lectura del martirologio romano que se hace diariamente en los coros de las iglesias catedrales y de las comunidades religiosas, para recordar constantemente, como una leccion á los cristianos, los ilustres hechos y las virtudes de los santos que han florecido en todos tiempos y naciones.

Calenda de Navidad es la relacion en que se determina la

litog. de Iriarte y Cª

CORO DE SAN FRANCISCO.

fecha del nacimiento del Salvador, computando el tiempo con arreglo á diferentes épocas históricas.

La celebracion de esta calenda era tambien otra de las particularidades de nuestros frailes menores, y para dar á conocer el ceremonial usado en ella, copiaremos aquí la descripcion que de él nos hace el *Tercer Calendario Franciscano*, y es la siguiente:

"La víspera del dia en que celebra la Iglesia el nacimiento del Salvador del mundo, á las cinco y media de la mañana se toca con una esquila de las que sirven en los dias de primera clase, y mientras ella suena van entrando al coro, completamente iluminado, todos los religiosos, aun los que por ocupaciones ó enfermedad están dispensados de esta obligacion. Se canta la hora de prima con acompañamiento de órgano, y concluida la última oracion, viene de la sacristía un sacerdote revestido de capa pluvial morada, con el martirologio en las manos, precedido de la cruz alta y ciriales con los religiosos legos de roquete y cirios encendidos, en forma procesional. Llegado á la puerta del coro, descienden todos de sus asientos al plano, y formados en dos alas, se coloca el celebrante en el medio, incensa tres veces el libro y comienza á cantar la calenda, que vertida al castellano es como sigue;

"A los cinco mil ciento noventa y nueve años de haber criado Dios el cielo y la tierra, dos mil novecientos cincuenta y siete del diluvio, dos mil cincuenta del nacimiento de Abraham, mil quinientos diez de la salida del pueblo de Israel de Egipto, conducido por Moisés, mil treinta y dos de la uncion del rey David, en la semana sesenta y cinco del profeta Daniel, olimpiada ciento noventa y cuatro, á los setecientos cincuenta y dos años de la fundacion de la ciudad de Roma, y cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto, estando en perfecta paz el orbe, en la sesta edad del mundo, Jesucristo Dios Eterno, Hijo del Padre Eterno, queriendo consagrar el mundo con su piadosa venida, á los nueve meses de concebido por obra del Espíritu Santo, nació en Bethlehem de Judá, de María Vírgen, hecho hombre.

"A estas últimas palabras se postran todos los religiosos con la frente hasta el suelo.

"Despues de las preces de costumbre para pedir á Dios un dia feliz, salen el sacerdote y los acólitos, y el corista mas antiguo pronuncia un discurso breve para preparar á sus hermanos

á celebrar la Natividad de Jesucristo. Al salir del coro los religiosos se saludan cordialmente, dándose los parabienes por haber podido celebrar un aniversario más de la salud del género humano; la conclusion del oficio se anuncia con un repique.

"Quien presencie un ceremonial tan minucioso sin reflexiones de ninguna especie, lo creerá inútil; pero el que inquiera los motivos que tuvo su autor para arreglarlo así, verá el recuerdo anual de un acontecimiento el mas grande y que dió principio á la era del mundo católico, anunciado primero á pobres pastores de corazon humilde y sencillo, comunicado por estos á los hombres sabios y poderosos, que juntos tributaron el homenage de gratitud al recien nacido Infante que venia á dar la alegría y la paz á la tierra.

"La historia del patriarca de los menores nos dice que él en esta festividad escitaba amorosamente á todos para que con santa alegría la celebrasen, y hasta queria que los animalillos domésticos tuvieran doble racion de la ordinaria, y este sin duda es el orígen del sermon de la calenda de Navidad."

IV.

No daremos punto á esta relacion sin consagrar algunas líneas al modo especial con que celebraban los franciscanos sus capítulos provinciales, y que sin duda alguna fue ideado para alejar de estas juntas canónicas las intrigas y escandalosos desórdenes de que no pocas veces adolecian las de las demas comunidades de regulares. ¡Cuántas veces en los conventos de San Agustin y Santo Domingo fue menester la presencia del virey ó de los oidores para hacer volver al órden á los religiosos descontentos por el resultado de alguna eleccion! ¡y cuántas veces, ya en nuestros tiempos, para lograr el mismo efecto se ha tenido que recurrir al ausilio de la fuerza armada!

No era este en verdad, salvo algun caso raro, el carácter de los capítulos que celebraba la provincia del Santo Evangelio.

El sábado de una de las semanas que preceden á la Pascua del Espíritu Santo, al medio dia y al toque compasado de una esquila, iban llegando al convento uno á uno todos los prelados de las varias casas pertenecientes á la provincia, los cuales tenian derecho de votar.

Los foráneos venian regularmente acompañados de algunos naturales, á quienes ellos mismos habian educado y que miraban como á hijos.

Reunidos en el convento, se les alojaba en las celdas destinadas á los huéspedes, sin permitirles comuninacion alguna entre sí, lo cual se ejecutaba mediante los celadores nombrados al efecto de entre los mismos religiosos, y que recorrian incesantemente el departamento habitado por los vocales.

En esta especie de cónclave permanecian hasta el momento de la eleccion, que se verificaba á los ocho dias, pasada la cual se daban gracias á Dios en el templo mayor del convento.

Elegidos el provincial y demas prelados, tenian que llenar algunas formalidades, entre otras, dar parte al gobierno del resultado de la eleccion, lo cual se observaba desde el tiempo de la dominacion española, como se comprueba con el auto acordado de 8 de Mayo de 1732, por el cual se disponia: "Que siempre que se celebren capítulos generales por las sagradas religiones y provincias de esta gobernacion, siendo en esta ciudad y sus confines, los provinciales que salieren electos, y demas prelados locales, priores, guardianes, comendadores y rectores den noticia personalmente de sus empleos á todos los ministros togados de esta real audiencia, de cuya ceremonia les aviseu los escribanos de cámara siempre que se celebren capítulos."

Los electos hacian ademas una visita de etiqueta al virey y demas autoridades de primer órden; y en cuanto á las otras provincias, tenian obligacion de remitir, y remitian, al gobierno las tablas de la eleccion de sus respectivos capítulos. Celebrábanse estos cada tres años.

Secularizados en gran número los conventos de franciscanos desde mediados del siglo décimo séptimo, segun ya hemos dicho, y no poco amortiguado el espíritu monástico hácia fines del anterior, los capítulos celebrados en el actual presentaron el aspecto de una reunion comun en cuanto á la suma de concurrentes. No así los que se verificaron en tiempos mas lejanos, entre los cuales hubo alguno que por lo copioso pudo compararse con el primero que celebró la órden seráfica, á que asistieron mas de cinco mil frailes, y que se llamó *el capítulo de las esteras*, porque de ellas principalmente se levantaron en un espacioso campo, cerca del convento de nuestra Señora de los Angeles antes mencionado, las celdas necesarias para alojar á tan numerosa concurrencia.

XXVII.

UN PRONUNCIAMIENTO.

No parece sino que el convento de San Francisco está predestinado á representar un papel importante en las conmociones populares.

Ya hemos visto, hace poco tiempo, cómo sirvió de asilo al conde de Galve y su esposa durante el tumulto acaecido en 8 de Junio de 1692; la misma hospitalidad brindó al marqués de Gelves en el motin de 15 de Enero de 1624, ocasionado por las diferencias suscitadas en materia de jurisdiccion entre el virey y el arzobispo D. Juan Perez de la Serna, cuando para sustraerse aquel al furor de los amotinados tuvo que salir de palacio, mediante un disfraz, y refugiarse al convento de San Francisco, donde estuvo diez ó doce dias encerrado en una pieza oscura que servia de cárcel, detras del refectorio.

En estos dos casos las olas de la revolucion se han estrellado contra los muros del convento, por haber servido este de reparo á los que tuvieron la poca cordura de motivarla; pero hay un caso en que, por el contrario, la revolucion fue quien tomó asilo en la morada de los religiosos para preparar desde allí sus ataques contra las autoridades constituidas, y este caso pasó en la noche del 14 de Setiembre de 1856.

Todos sabemos cuánto se afanó el partido conservador en derrocar la administracion que tenia en sus manos los destinos de la nacion en aquella época memorable.

Dias antes la policía habia informado al gobierno repetidas veces de que en los conventos de San Agustin, Santo Domingo y San Francisco habia reuniones de gente sospechosa hasta horas avanzadas de la noche.

"Al mismo tiempo (leemos en la obra titulada *Mejico en* 1856 *y* 1857) se supo que en una casa de la calle de Medinas habia tambien juntas y conferencias que se daban la mano con las

otras; que se estaban reuniendo armas en algunas casas inmediatas á aquellos conventos, y que varios religiosos, entre ellos un P. Angel, escitaban á la plebe de los barrios para que se levantara contra el gobierno. Mas tarde hubo indicios de que el Dr. Serrano, provisor de Puebla, ministraba los fondos necesarios para un movimiento, por medio del P. Miranda y de otros agentes. Y por último, despues de otras noticias mas ó menos fundadas sobre el caso, adquirió el gobierno la certeza de que se aproximaba un grave peligro para el órden público, por un capitan de la guarnicion, que habiendo sido invitado para tomar parte en el movimiento, se lo manifestó al comandante general del Distrito, agregándole que á la cabeza de la revolucion debia ponerse el general D. Florencio Villareal, sobre lo cual se formó un proceso en aquellos dias. Todo esto hizo que el gobierno estuviera alerta para no dejarse sorprender por un golpe inesperado; pero como el mas profundo secreto envolviò en aquella ocasion los trabajos de sus enemigos, no supo mas hasta el 14 de Setiembre por la noche, en que una señora solicitó hablar al presidente, y le dió noticias mas esactas acerca de aquella revolucion, diciéndole que estaba preparada para el 16 á la hora de la procesion cívica."

"Algo se habia traslucido de estas especies en el público; pero acostumbrado este á tales rumores, no les habia dado mucha importancia, cuando en la mañana del 15 la ciudad se vió repentinamente sorprendida con una escena que pasaba en San Francisco. Las puertas del convento estaban cerradas; los frailes estaban presos; guardias dobles de soldados custodiaban el edificio, y la multitud se agolpaba allí, curiosa de saber lo que habia pasado. Pronto corrió la noticia: un oficial del batallon de Independencia se habia pronunciado aquella noche con algunos soldados del cuerpo y algunos paisanos: las autoridades habian tenido pronto aviso, y en la madrugada habian estado allí el Presidente de la República, el gobernador y el comandante general del Distrito para sofocar el movimiento."

Abortó este merced al valor y energía del mayor del mismo batallon de Independencia, D. Vicente Pagaza, el cual, ausiliado de los oficiales D. Pedro Valdés, D. Ramon Salazar y otros, logró desarmar al jefe pronunciado y hacer volver al órden á los soldados comprometidos en la asonada.

Al dia siguiente, aniversario de nuestra independencia, salió á luz un decreto de la autoridad reducido á estos dos artículos:

1º Para la mejora y embellecimiento de la capital de la República, en el término de quince dias, contados desde la fecha de este decreto, quedará abierta la calle llamada Callejon de Dolores, hasta salir y comunicar con la calle de S. Juan de Letran, y se denominará calle de la Independencia.

2º Se demolerán los edificios y se ocuparán los terrenos necesarios, por causa de utilidad pública, prévia indemnizacion ajustada con los propietarios.

"El 17 (dice el *Calendario Franciscano*) amaneció triste y lluvioso; los religiosos celebraron en el altar de la Impresion de las Llagas de su santo patriarca el aniversario de este acontecimiento, y al retirarse uno de ellos se quejaba de la distraccion que notara en otro al cantar los oficios y manifestando grande temor porque los espulsaran de su convento."

Este temor no era infundado; nacia de un presentimiento que hubo de confirmarse en el mismo dia, como lo probó el decreto cuya parte sustancial está contenida en los artículos siguientes:

1º Se suprime el convento de franciscanos de la ciudad de Méjico, y se declaran bienes nacionales los que le han pertenecido hasta aquí, comprendiéndose la iglesia principal y las capillas, que con sus vasos sagrados, paramentos sacerdotales, las reliquias é imágenes, se pondrán á disposicion del Illmo. Sr. arzobispo, para que sigan destinados al culto divino.

2º El Ministerio de Fomento dictará las medidas conducentes al aseguramiento y enajenacion de los bienes declarados nacionales en este decreto.

3º El producto de dichos bienes se repartirá desde luego en el orfanatorio, casas de dementes, hospicio, colegio de educacion secundaria para niñas, y Escuela de Artes y Oficios de esta capital.

En el referido decreto se indica como fundamento de las disposiciones que abraza el hecho de haberse sorprendido, infraganti delito y en los claustros y celdas del mismo convento, muchos conspiradores, y entre ellos varios religiosos.

Peligroso y mucho es juzgar los sucesos contemporáneos. Cuando la pasion aun ardiente y los intereses heridos se interponen como una sangrienta nube entre los hechos y el enten-

dimiento, es mas prudente callar que pretender salvar el círculo de lo presente y usurpar á las generaciones venideras el derecho de fallar definitivamente.

No obstante, hay hechos como el que nos ocupa tan claros de suyo, que por mas que el espíritu de partido se empeñe en embozarlos, aparecen en toda su desnudez. En este caso el juicio que acerca de ellos se forma es involuntario y esacto, como que se trata de hechos evidentes.

Hemos oido opinar de diversa manera con respecto al papel de la comunidad de franciscanos en la asonada de que se trata, sosteniendo algunos que no tuvo en ella ninguna parte, mientras otros afirman, por el contrario, haber sido ella su principal móvil. Unos y otros van descaminados acaso por no tomarse el trabajo de hacer competentes indagaciones antes de pronunciar sentencia, que si asi fuera, habrian adquirido una certidumbre completa, en cuanto cabe, acerca de la realidad.

Hechas esas indagaciones se llega inevitablemente á esta conclusion: los religiosos fueron culpables, y por tanto se hicieron acreedores al condigno castigo.

No hay que atribuirles parte mayor de la que realmente tuvieron en el hecho: no fueron los promovedores de la sedicion; pero hubo alguno de ellos inodado en el delito, y en lo general no pueden alejar de si el cargo de encubridores. El convento no es un sitio público; en su recinto, en el atrio, á donde no se entra sino por dos puertas cuyas llaves guardaba el portero fueron sorprendidos los conspiradores á deshora, en masa, casi en tumulto y próximos á desbordarse por la ciudad como un torrente. ¿Quién sino los religiosos puede ser responsable de este hecho?

Por lo demas, el gobierno, si fue rigoroso en el castigo, fué tambien clemente, y cinco meses despues de la supresion de la comunidad, en 19 de Febrero de 1857, á peticion de algunos sugetos de los mas distinguidos del partido liberal, se espidió un decreto absolutorio que comprende los siguientes artículos:

1? Se concede á los franciscanos de la ciudad de Méjico, la gracia de restablecer su convento en la parte del mismo edificio que designe el Ministerio de Fomento.

2? La autoridad respectiva sobreseerá en la causa que se estaba formando á los religiosos del espresado convento.

Con esta página se cerró la historia de un suceso que dió

abundante pasto á la prensa y á las conversaciones, y que tuvo un eco prolongado en toda la República.

Reflexionando sobre su naturaleza y causas que le prepararon, no puede menos de presentarse al entendimiento como una prueba dolorosa de las inconsecuencias y estravíos á que conduce el ciego espíritu de clase, cuando preocupado por mezquinos intereses actuales, se desentiende de las ventajas mas positivas y duraderas vinculadas al sistema de principios que constituyen la fe social, política y religiosa del presente siglo.

El gran problema que actualmente trata de resolver la humanidad, que conmueve sin cesar el espíritu de las naciones, y de cuya resolucion está pendiente el porvenir del mundo, es á juicio nuestro la aplicacion práctica, y en su sentido mas lato, de la filosofía del cristianismo al gobierno de las sociedades. Así se comprende en todas partes, aun cuando al plantearlo se le dé á conocer con nombres diferentes. Pero llámese como se quiera: socialismo y progreso en Francia, filosofía en Alemania, filantropía en Inglaterra y libertad en América, al traves de todas estas denominaciones, por diversas que parezcan las ideas que envuelven, se descubre en sustancia un solo principio cardinal, único, absoluto: el principio evangélico, el principio de caridad elevado á la categoría de principio político y humanitario.

Pero la resolucion del problema, la adopcion del principio así formulado, encuentra vigorosas resistencias de parte de los sostenedores de inveterados abusos, de parte de los campeones de lo antiguo solo por antiguo, y de parte de los eternos adversarios de toda inovacion aun cuando sea enderezada al bien. Esas resistencias constituyen la guerra incesante que se hace en Europa al principio evangélico invocando la idea monárquica y el legitimismo, mientras en Méjico tiene que sostener la misma lucha contra lo que se apellidaba partido de religion y fueros, de órden y garantías, y hoy sin máscara, *partido histórico ó de las tradiciones*, como si tradiciones no quisiera decir para nosotros lo mismo que conquista sangrienta, esplotacion de la raza indígena, depravadas costumbres de los magnates, ignorancia del pueblo, tribunal del Santo-Oficio, y como si partido histórico pudiera significar en nuestro país otra cosa que clases privilegiadas, distincion de castas, tributos para enriquecer el tesoro público de España, tiranía sistemada y cor-

relativa desde la primera hasta la última de las gradas sociales, mengua de la dignidad humana, y en una palabra, gobierno colonial. . . .

Y sin embargo, el alcion se cierne en medio de la tormenta, mirando impávido las olas embravecidas, cuidando apenas de los rayos que por donde quiera lanzan las nubes, porque espera ver en breve hácia el oriente la serena luz que apacigua las tempestades: el principio es combatido, pero no vencido; zozobra, pero se levanta; y cuando se le juzga próximo á perecer, asoma triunfante y coronado de esplendor.

¡Lucha gloriosa en que la verdad prevalece contra el error, la luz contra las sombras!

Mas ¿por qué se ven filiados entre sus mas encarnizados enemigos á los mismos que debieran sostenerle aun á costa de su sangre?

El sacerdote del Altísimo, el que se llama succesor de los apóstoles, ¿es precisamente quien le niega? ¿Desconoceis la doctrina de Jesus porque tiene ya mas vastas aplicaciones, porque del terreno de las costumbres pasa á entronizarse á la esfera de la política, porque permaneciendo la misma en su esencia muda de nombre?

El principio cristiano no se trasforma; se desarrolla, se dilata en proporcion de las necesidades de los tiempos, de las civilizaciones y de las circunstancias especiales de los pueblos. ¿Por qué pues atenerse solo á sus inmediatas consecuencias y negar y oponerse á las mas remotas? Jesus dijo: yo soy la luz del mundo; ¿y quereis que la luz no se propague hasta las regiones mas lejanas?

Desde el instante en que se acepta el principio de caridad, hay que reconocer el de igualdad social de derecho, porque ante Dios y ante la humanidad ningun hombre es superior á otro, porque ni la fuerza física, ni el talento, ni aun la misma virtud pueden ser un título para dominar necesariamente, y porque la caridad nivela todas las condiciones y todos los poderes que derivan de la naturaleza ó de la fortuna.

De aquí la apotéosis de la voluntad humana;
El dogma de la soberanía popular;
El derecho de las naciones para constituirse libremente;
La injusticia de los privilegios;
El derecho de destruir ó repeler la opresion;

Y la facultad santa para hacer volver las sociedades viciadas al sendero de lo justo;—de aquí la Reforma.

Estos principios que constituyen el evangelio social y político de los pueblos modernos, empezaron á tener aplicacion entre nosotros desde los primeros lustros del siglo actual, y el inmediato fruto del principio cristiano en nuestra nacion fue la independencia.

Para el triunfo de tan noble causa se afanaron de mancomun todos los hombres descollantes por su elevada inteligencia y por sus sentimientos generosos; y consecuentes entonces con el alto destino á que están llamados en el mundo, varios eclesiásticos la apadrinaron con cariño, combatieron otros por ella en el terreno de la política, y no pocos le sacrificaron su bienestar en las cárceles ó su sangre en el cadalso ó en los campos de batalla. ¿Hay necesidad de comprobar este aserto, citando los nombres de Orcillez, Luna, Mejía, Jimenez, Villaseñor, Vargas, Saenz de la Santa, Oronoz, Cano, Manrique y Navarrete tambien ilustre por otros títulos? ¿Quién ignora que fray Bernardo Conde y fray Cárlos Medina, franciscanos, compañeros del héroe de Dolores, fueron sacrificados por el gobierno español en la hacienda de San Juan de Dios, inmediata á Durango, la mañana del 17 de Julio de 1812? ¿Y quién ignora que el Illmo. D. fray José María de Jesus Belaunzarán, de la órden de franciscanos descalzos, con un valor heróico y digno del célebre papa que contuvo el furor de Atila, arrostró con los peligros de una situacion espantosa por oponerse al degüello que en el año de 1810 inundó de sangre á Guanajuato?

Sí, el período sublime de 1810 á 1821 admiró entre los héroes de nuestra grandiosa epopeya á varios individuos del clero mejicano, y con ellos no pocos hijos de la órden seráfica. Y esta conducta era lógica. Los que siempre habian abogado por la causa de los oprimidos, ¿podian permanecer espectadores egoistas en los momentos solemnes en que la voz de libertad resonaba desde las desiertas savanas de Nuevo-México hasta las abrasadoras regiones de Yucatan y Guatemala?

¿Por qué renegar despues de tan honrosos antecedentes? ¡Fulminaron contra el despotismo extranjero, y se filian entre los sostenedores de la tiranía doméstica! ¡Hicieron pedazos el dosel de los vireyes, y conspiran á que la nacion conserve sus resabios de colonia! ¡Rompieron las cadenas de la arbitrarie-

dad, y se declaran campeones del privilegio y amamantan y acarician el abuso!

¡Los bienes eclesiásticos!. . . .

¡Quién de vuestros mayores los tuvo! ¿Olvidais que el patriarca de vuestra órden sagrada los miraba con horror por peligrosos, y vinculó su dicha en despreciarlos? ¿Olvidais que el fundamento de su regla fué este consejo del Evangelio: *No querais tener oro, ni plata, ni dinero; ni en vuestros viajes lleveis alforja, dos túnicas, ni zapatos, ni báculo?* ¿Y olvidais, por último, que una de las razones que tuvo Cortés para pedir al emperador religiosos de vuestro instituto que viniesen á evangelizar á los naturales, fue la sencillez y pobreza de sus costumbres, en nada semejantes á la pompa y boato que desplegaban los altos dignatarios de la Iglesia? ¿Por qué, lo diremos otra vez, renegar de tan honrosos antecedentes? ¿por qué detenerse á la mitad del camino?

El espíritu de clase, sí, solo el espíritu de clase, que es el egoismo individual convertido en egoismo mancomunado de muchos, es el que ha podido poner una venda en los ojos de los eclesiásticos que combaten contra la idea progresista, para no ver la inconsecuencia de tal conducta, pues que la Reforma en su sentido genuino no es mas que la consumacion de la independencia!

XXVIII.

ESTADO ACTUAL DEL CONVENTO.

Pero la Reforma es un árbol á cuyo tronco y ramas vegetan adheridas algunas plantas parásitas, que suelen impedir su natural y benéfico desarrollo. Esas plantas que por su organizacion repugnan la savia generosa de aquel y que estraen de la tierra jugos venenosos por alimento, producen abundantes aunque dañados frutos: prodúcelos tambien la Reforma, si bien de diferente naturaleza; mas como aparecen unos al lado de otros,

los de la planta mortífera junto á los del árbol saludable, he aquí porqué la ligereza ó la mala fe los confunden frecuentemente para desacreditar al segundo.

Por lo mismo hay que saber distinguirlos para no tomar unos por otros, ni atribuir al espíritu de la Reforma las hazañas de algunos reformistas.

Esta distincion es aun mas necesaria para el que observa el estado lastimoso en que se encuentran varios conventos de la capital, como efecto de una destruccion injustificable, y entre ellos el de San Francisco.

Hay por desgracia en nosotros una fatal tendencia á imitar lo malo de las demas naciones, y especialmente de la francesa. No parece sino que teniendo en poco lo de casa solo en lo estraño hallamos mérito y atractivo. Desdeñamos ser mejicanos, y cómicamente nos hacemos artistas, poetas, literatos y políticos á la francesa.

¿Gobernamos como conservadores? Pues hay que crear títulos y condecoraciones; hay que aplicarse un *alteza serenisima* y exhumar la *órden de Guadalupe*, solo porque las monarquías europeas se engalanan con bagatelas de esta especie, que son para la vanidad de los hombres lo que los juguetes para el candor de los niños.

¿Somos liberales? ¡Ello es otra cosa! ¿Quién duda que 93 debe ser nuestro modelo? ¡El árbol de la libertad ha de ser regado con sangre para que fructifique: las lógias y los clubs son de imprescindible necesidad; en los congresos debe haber *izquierda y derecha*; nada antiguo, *recedant vetera*; muerte á los monumentos del oscurantismo; abajo los templos, y de ellos no quede piedra sobre piedra! . . . .

¡Triste monomanía! ¡Pueril remedo! Hasta en esto obedecemos todavía el impulso español, porque en la Península se representaron las mismas bufas escenas durante el período de su revolucion reformista.

Séamos conservadores ó progresistas, en hora buena; pero sepamos serlo á nuestro modo, conforme á nuestras costumbres y á nuestros hábitos, teniendo en cuenta las circunstancias peculiares de nuestra civilizacion, abandonándonos á las inspiraciones de nuestro genio y sin chocar con nuestro carácter nacional; en una palabra, séamos conservadores ó progresistas, pero seamos ante todo mejicanos.

Por no proceder de esta suerte vemos en el dia abandonados, desmantelados, casi derruidos los famosos templos del convento de San Francisco, y todo ello sin qué ni para qué.

De los objetos preciosos que contenian, escepto algunos cuadros, nadie da razon. Su producto, si es que fueron enagenados, estamos casi ciertos de que no ingresó en el tesoro público. Bien es que en cambio habrán quedado muy satisfechos los micos de la revolucion francesa, y un tanto cuanto saciada la voracidad de algunos vándalos que se empeñan en cubrirse con la bandera del progreso.

El desórden que suponen estos hechos no ha podido atajarlo el gobierno en los primeros dias que siguieron al triunfo de nuestra gloriosa revolucion, porque no estaba en su mano, porque tenia preferentes atenciones, porque otros puntos de mas vital importancia atraian sus miradas hácia las altas regiones de la administracion; mas al presente, ¿qué obstáculo habria para que los templos de que se trata fuesen consagrados de nuevo al culto cristiano, como lo están por ejemplo los de Santo Domingo y la Profesa?

Aunque forman parte respectivamente de los lotes en que se ha dividido el convento para enagenarlo, es un hecho que pocos de esos lotes, si alguno, han de tener compradores, á lo menos por ahora, ya se atienda á lo subido de los precios, y ya á lo difícil que es ponerlos en via de producir, pues que prescindiendo de los costos que demanda la construccion de edificios habitables al gusto del dia, la mera operacion de echar abajo los existentes en los mismos sitios, requiere un capital.

Así que por una parte nada se pierde, y por otra algo se lograria con restituir esas iglesias á su anterior destino; se lograrian cuando menos las simpatías de todos los pechos sensibles, que no pueden menos de deplorar la ruina inminente de unos monumentos levantados á costa de los sudores de los naturales, enriquecidos por la munificencia de muchas generaciones, y que son verdaderamente el sagrario de las mas tiernas memorias nacionales.

Allí gustaron momentos de tranquilo bienestar nuestros abuelos; de su recinto brotan quizá para muchos individuos de la actual generacion los recuerdos mas queridos de la niñez ó de la juventud; y en el período tormentoso de la efervescencia de las pasiones, cuando abrumado el corazon por los cuidados de la

vida, herido de crueles decepciones, anhela un mundo desconocido y se siente, digámoslo así, ávido de infinito, ¡cuántos de nosotros no han hallado la paz, la resignacion y aun la esperanza debajo de aquellas bóvedas amigas que escucharon la oracion de nuestras madres y que acogieron complacidas la exaltacion de su fe religiosa!

En el dia las puertas de esos templos están cerradas para el infortunio: todo es desolacion, vacío lúgubre, ambiente de fosa, en aquellos edificios gigantescos, en cuyo interior han sucedido, á las solemnes armonías del órgano, los vagos suspiros del viento que tiene libre paso por las ventanas sin vidrieras y ennegrecidas con el musgo.

Si de las iglesias se pasa á la sacristía mayor y se atraviesa despues por los patios solitarios; si se recorren las abandonadas galerías; si se visitan las celdas, ahora deshabitadas, y donde tantas existencias tuvieron asilo, el alma esperimenta un sentimiento indefinible. . . . ¡cuántos secretos no guardarán entre sus sombras aquellos muros carcomidos!

Finalmente, al despedirse del recinto silencioso desde una de las puertas que dan á la calle, no se puede menos de mirar por última vez aquella antigua mansion, comprendiendo entonces toda la tristeza, toda la amargura que encierra esta espresion de Arolas: "fue un convento."

Sí, allí está el inmenso edificio; allí se divisa el pórtico desierto, aquí el atrio con algunas losas separadas de sus lugares, en parte anegado y en parte sembrado de escombros, más allá la torre sin campanas y la portada debajo de cuyas cornizas forma su nido la golondrina. . . . sí, pero todo esto ya no es el convento, es la fantasma del convento. El tiempo hará desaparecer aun ese resto desolado.

Hablando así en lo mas recóndito del alma, ponemos las plantas en la calle y nos confundimos con la muchedumbre indiferente, sintiendo abrumado el espíritu con un mundo de recuerdos, como si acabara de tener una entrevista con la eternidad.

LA CONCEPCION.

I.

AÑOS ANTES DE LA FUNDACION.

CONVENTOS hay fuera de la ciudad de Méjico cuyos cementerios, sobre muy dilatados, son cada cual un verdadero jardin. Grupos de palmeras y papayos, de anonas y guayabos, de naranjos y adelfas mezclados á veces con otras plantas tropicales como la ceiba magestuosa, brindando su azahar al ambiente y sus lucidas flores á la vista, mantienen una eterna primavera en esos sagrados lugares si los conventos están situados en países calientes, y si en tierra fria ó templada, los pinos en hileras, los olivos y los sauces de ramas suspiradoras hacen veces de esa vegetacion risueña, si no tan adecuada á la mansion de los finados.

Así eran tambien en su mayor parte los cementerios de los conventos desde los primeros años que siguieron á la conquista, y entre ellos no pocos de la capital. Mas no se crea que estos árboles galanos, este lujo de flores y perfumes, tenian por objeto el mero halago de los sentidos. En medio del vergel se levantaba una gran cruz, el árbol santo de la redencion del linage humano, á cuyo derredor se apiñaba la familia cada dia creciente de los recien convertidos á la fe cristiana, para escuchar de labios del misionero la palabra de paz y caridad que recibian los corazones, como las flores casi agostadas beben el rocío de

los cielos: no lejos de allí, y á la sombra apacible de aquella olorosa enramada, juntábanse por barrios y formaban corrillos los niños y las niñas aztecas para ejercitarse en aprender las diversas partes de la doctrina cristiana, enseñados los primeros por los que habian sido inmediatos alumnos de los religiosos, y las segundas por algunos de los mismos niños. Venian las niñas á la iglesia y volvian á sus casas bajo la guarda de matronas respetables.

Siguióse este sistema durante el tiempo que fue preciso para que de entre ellas mismas hubiese quien pudiera enseñar á su vez, que llegado este caso se doctrinaban unas á otras. Pero de todos modos la inocencia tenia un abrigo contra los ardores del sol en aquellos cementerios ó grandes patios, y este fue el principal objeto que se intentó conseguir poblándolos de vegetales.

Túvose ademas otra mira, y fue, proporcionar un lugar bastante amplio y abrigado á la muchedumbre de asistentes á los divinos oficios, en dias como los festivos en que, no siendo la iglesia capaz para abarcar toda la concurrencia, era menester celebrarlos fuera. En cada uno de esos mismos patios enormes se construyó despues una pieza por lo regular á la parte del norte, donde los músicos de la iglesia ejercitaban su arte, bien por amaestrarse, ó bien por enseñarle á los niños, quienes ademas aprendian allí á leer, escribir y contar, cuando ya sabian la doctrina cristiana.

En cuanto á las niñas, luego que mostró la esperiencia cuán dóciles é ingeniosas eran para aprender los rudimentos de nuestra fe, se pensó sériamente en darles una educacion en comun, que abrazase asimismo la enseñanza de las artes amables propias de su sexo, para lo cual se les puso al cuidado de señoras que pudiesen servirles de modelo por su intachable conducta.

Eran estas unas dueñas ó beatas, y las primeras á quienes se encomendó el papel importante de maestras del sexo femenino en nuestro país fueron cuatro que vinieron con la marquesa del Valle, segun el historiador Herrera, á quienes, como él mismo afirma, les puso clausura D. Sebastian Ramirez de Fuenleal. Torquemada, al hablar de ellas, dice que vinieron de Castilla por mandado de la emperatriz Dª Isabel, con recomendacion á las autoridades para que les hiciesen casas honestas y competentes, donde pudieran tener recogidas algunas niñas, hijas de los señores, é indios principales, y allí les enseñasen principal-

mente buenas costumbres y ejercicios cristianos, y juntamente los oficios mujeriles que usan las españolas. Otros historiadores, refiriéndose ya al primer convento de la Concepcion que hubo en Méjico, opinan que fue fundado con el título de colegio por el Illmo. Sr. Zumárraga, en el mismo sitio en que hoy se encuentra, con cuatro doncellas que vinieron con los conquistadores, conforme á la disposicion de Andrés de Tapia. Si las cuatro señoras á que se contraen los autores mencionados son ó no unas mismas, es difícil de averiguar: lo cierto es que ellas presidieron el primer ensayo que de vida comun hicieron las hijas de este suelo; y aunque no del todo perfecto, puede sí considerarse como el cimiento del edificio que pocos años despues habia de levantarse.

II.

EN QUE EMPLEABAN EL TIEMPO LAS COLEGIALAS.

La vida que observaban esas jóvenes educandas no era rigorosamente comun en el sentido que por lo regular damos á la espresion, significando con ella el estado monástico. Faltábanle los votos y sobre todo la clausura estricta y permanente, que muchas veces era infringida, como se observará por la relacion de las ocupaciones á que de ordinario se entregaban las colegialas.

"Finalmente (dice Torquemada), púsose por obra lo que la devota emperatriz mandaba; y hechas las casas, recogiéronse las niñas, y aquellas buenas mujeres que les dieron por madres pusieron todo su cuidado en doctrinarlas; mas como ellas, segun su natural, no eran para monjas y allí no tenian que aprender mas que á ser cristianas y servir honestamente en ley de matrimonio, no pudo durar mucho esta manera de clausura, y así duraria poco mas de diez años. En este tiempo, muchas que

entraron algo grandecillas se casaban, y enseñaban á las de fuera lo que dentro en aquel recogimiento habian aprendido, es á saber, la doctrina cristiana y el oficio de nuestra Señora romano, el cual decian cantando y devotamente en aquellos sus monasterios ó emparedamientos, á sus tiempos y horas, como lo usan las monjas y frailes. Y algunas, despues de casadas, antes que cargase el cuidado de los hijos, proseguian sus santos ejercicios y devociones. Entre los otros pueblos, particularmente en el de Huexotzinco, quedó esta memoria por algunos dias, mientras hubo copia de estas nuevamente casadas, que tuvieron cerca de sus casas una devota ermita de nuestra Señora, adonde se juntaban por la mañana á decir prima de la sagrada Vírgen María hasta nona, y despues á su tiempo, las vísperas. Era cosa de ver oirlas cantar sus salmos, himnos y antífonas, teniendo su hebdomadaria ó semanera y cantoras que comenzaban los salmos y antífonas, y hacian el oficio como en coro formado de monjas. El tiempo que estas mozas estuvieron recogidas en clausura, no dejaban de salir algunas de ellas á lo que era menester, pero siempre acompañadas, á veces con sus maestras y á veces con las viejas que tenian por porteras y guardas de las niñas; y á lo que salian era solamente á enseñar á las otras mujeres en los patios de las iglesias ó á las casas de las señoras, y á muchas convertian á bautizarse y á ser devotas cristianas y limosneras, y siempre ayudaron á la doctrina de las mujeres. . . ."

Este esmero en la educacion religiosa del bello sexo no tardó en producir buenos frutos. Bien arraigadas en el alma las ideas de virtud y honestidad, era imposible que dejaran de estender su influencia á la vida práctica, comunicando á varias de esas vírgenes un vigor sublime para salir vencedoras de algunos peligros que á primera vista se juzgaran superiores á la misma fortaleza. En comprobacion de esta verdad, pudiéramos referir algunos casos de los mas conocidos, merced á las crónicas; pero no es bien que nos detengamos mas tiempo en llegar á la época de la fundacion propiamente dicha del convento de la Concepcion.

III.

QUIENES FUERON LAS PRIMERAS MONJAS.

Ignoramos los datos que haya tenido á la vista el autor de *Los Celos de una Reina* para decir que la fundadora de la congregacion de concepcionistas fue Dª Beatriz de Lara; Beatriz de Silva la llaman cuantos historiadores hemos consultado acerca de este punto, y con el mismo apellido se designa en la introduccion al libro de la regla que siguen las religiosas de esta órden.

Como quiera que sea, esta dama, portuguesa, descendiente de una de las casas mas nobles é ilustres de su nacion, y á quien la reina Dª Isabel, hija del rey D. Duarte de Portugal, llevó consigo á España cuando fue á casarse con D. Juan II de Castilla; siendo pretendida de muchos caballeros para contraer matrimonio con ella á causa de sus prendas relevantes, y habiéndose ocasionado de aquí sérios disgustos sin que de ellos hubiera tenido la mas mínima culpa, incurrió estó no obstante en la desgracia de la reina, quien la hizo encerrar por tres dias, prohibiendo que se le diese de comer. De esta dama pudo muy bien decirse lo que cantó un poeta:

"¡Ay infeliz de la que nace hermosa!"

En este trance invocó á María Santísima, prometiéndole guardar perpetua castidad si lograba con su ayuda disipar la nube que ofuscaba su inocencia; y como á poco tiempo se viese libre del encierro, para mejor cumplir su promesa determinó alejarse de los peligros de la corte, y obtenida licencia de la reina, se entró en el monasterio de las dueñas de Santo Domingo el real de Toledo.

En él permaneció de seglar por unos treinta años, entregada á los ejercicios de la mas ruda penitencia, y en él tambien concibió el designio de fundar una órden de religiosas en reverencia de la Inmaculada Concepcion: comunicólo á Dª Isabel, y acogido benévolamente por ella, le cedió para su ejecucion unos

palacios en Toledo, donde estuvo, y quizá estará, el monasterio de Santa Fe.

Tomó posesion de su nueva morada juntamente con otras doce doncellas nobles en el año de 1484, ocho antes del descubrimiento de América, y en el de 89, á instancia suya y de la reina, el papa Inocencio VIII, que á la sazon presidia la Iglesia, le concedió la institucion y continuacion de la órden que habia comenzado con el nombre, hábito y oficio de la Concepcion, con ciertos estatutos y ceremonias, y quedando bajo la obediencia del prelado diocesano.

Muerta Beatriz, las monjas ya profesas segun las constituciones de Inocencio VIII, y otras del Cister de la órden de San Benito, hijas de otro monasterio tambien de Toledo, con autorizacion apostólica, hicieron juntas profesion de la regla de Santa Clara, sin dejar el hábito de la Concepcion, en el monasterio ya dicho de Santa Fe, donde vivieron así hasta el año de 1501, en que el papa Alejandro VI las sujetó á los franciscanos.

Mas como no pareciese despues conveniente profesar la regla de Santa Clara con el hábito y oficio de la Concepcion, adoptaron otra particular compuesta por unos frailes menores de la provincia de Castilla, y confirmada en el año de 1511 por el papa Julio II.

Fundada la órden, empezó á ramificarse por varios otros lugares de España, erigiéndose monasterios en las principales ciudades, siendo uno de ellos el de Santa Isabel de Salamanca, de donde salieron las primeras religiosas que vinieron á nuestro país, las cuales se establecieron en el mismo sitio donde hoy se encuentra el convento de la Concepcion.

Pero antes hemos indicado que en él hubo un colegio de niñas, dirigido por cuatro señoras venidas de España, y esto requiere esplicacion.

Bien sea que esas señoras hayan venido con los conquistadores, bien que la emperatriz movida de su propio celo las haya enviado poco tiempo despues de consumada la conquista, ó bien que la marquesa del Valle, por encargo del Sr. Zumárraga ó á instancia del mismo Cortés, las haya traido consigo para poner al cuidado de ellas la educacion de las jóvenes mejicanas, lo cierto es que llegaron á Méjico antes del año de 1530 y establecieron clausura en el sitio indicado, segun la disposicion de Andrés de Tapia, que es el mismo sugeto que con este nom-

Litog de Ir arte y C.ª

PATIO DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO
(Acat[illegible])

bre figura entre los conquistadores como capitan de cuenta, y á quien cupo ese solar en el repartimiento que se hizo de la ciudad recien ganada.

Eran segun Herrera unas beatas de San Francisco y de San Agustin; bien que esta noticia no está apoyada en la autoridad de Motolinía, ni en la de Torquemada, contemporáneo de aquel autor, ni en la de Bernal Diaz, que era bien minucioso, y que hablando de la venida de la marquesa del Valle, menciona á los padres mercedarios que trajo esta en su compañía, siendo muy notable que ni una palabra diga de las beatas.

Sea como fuere, las matronas de que venimos hablando, continuaron en la direccion del colegio con notable aprovechamiento de las educandas, hasta que por los años de 1541 se fundó el convento de la Concepcion con las religiosas que hemos mencionado, las cuales trajo el V. P. Fr. Antonio de la Cruz, y fueron tres llamadas:

Paula de Santa Ana,
Luisa de San Francisco y
Francisca de San Juan Evangelista.

Hay quien afirma que fueron cuatro con la superiora, á quien el maestro Gil Gonzalez Dávila, citado por Vetancurt, llama Elena de Mediano ó Medrano.

Para asignar esa fecha á la fundacion del convento, nos hemos apoyado principalmente en la autoridad de Cabrera, quien á su vez se guia por las averiguaciones del célebre Sigüenza. Vetancurt hace retroceder ese acontecimiento once años, fijándole en el de 1530, equivocando tal vez la fecha del establecimiento de las monjas en la capital, con la de la cédula del rey que autorizó la fundacion del monasterio.

La ereccion de este fue aprobada por la santa sede hasta el año de 1586 por bula de San Pio V., en la que, segun opina el Sr. D. J. M. Dávila, sujetó estas fundaciones á los ordinarios; si bien el cronista poco antes citado asegura, en cuanto á las monjas de que se trata, que pasaron á la obediencia de los diocesanos por no poder ya ser atendidas de los frailes menores, que escaseaban en los conventos.

Entramos ahora en el campo de las suposiciones.

Como quiera que Andrés de Tapia puede ser considerado primer patrono del convento, es creible que no solo haya cedido

á las religiosas el solar que poseia, sino que levantara en él á su costa templo y habitacion para ellas, siendo una y otra como la mayor parte de los edificios de aquel tiempo, de cortas dimensiones y de pobre arquitectura.

No es menos creible que, muerto Tapia, las monjas quedaron sin patrono, bien porque aquel no dejase herederos, ò bien porque estos rehusaran continuar en el mismo encargo; lo cual se colige de que habiéndose arruinado años despues el monasterio, nos encontramos sacando de cimientos la nueva fábrica á Don Tomás de Aguirre Suasnaba, que no pudo concluirla por su fallecimiento, ni tampoco sus herederos, quienes por lo mismo renunciaron el patronato.

Entre tanto, y esto sí ya consta de cierto, el número de las monjas fue aumentando asombrosamente cada dia, y se mantuvo siempre en un guarismo elevado, á pesar de la diminucion que frecuentemente ocasionaba la salida de muchas para formar en otras casas, nuevas comunidades, ó como decia Balbuena:

Gerarquías de humanos serafines,
Que en celestial clausura y vida santa
Buscan á Dios con soberanos fines.

Hijas de las familias mas encumbradas, doncellas eminentes por sus tálentos y sus gracias, eran las que aspiraban á encerrar su juventud llena de fragancia y armonías en este retiro humilde y estrecho, en cuyo seno deponian las exigencias de una aristocracia radicada en las costumbres, y se despojaban de todas las galas del siglo.

No obstante, el hábito de la Concepcion no podia eclipsar del todo los hechizos de una educacion esmerada, y he aquí por qué en medio de los rigores de una vida austera, descollaba en todo lo de las monjas, y particularmente en las funciones de iglesia, esa elegancia, ese gusto esquisito, ese refinamiento que son los naturales frutos de unas potencias cultivadas por el estudio ó aleccionadas por el buen ejemplo.

Distinguíanse las hijas de este convento sobre todo en la música, y por eso, al hablar de ellas el poeta antes citado, recordando sin duda los ratos deliciosos que gozaria en el templo oyéndolas cantar, dice con entusiasmo:

La limpia Concepcion, cuyas gargantas
Suenan á cielo, y en aqueste fueron
De sus vergeles las primeras plantas.

IV.

LA CAJA DEL MILAGRO.

Para saber quién fue el sucesor de Aguirre Suasnaba en el patronato del convento de la Concepcion, conviene que asistamos á una escena curiosa representada en lugar sagrado. Ella nos probará que si hay y ha habido héroes por fuerza, bienhechores hubo tambien por compromiso.

Era el dia consagrado al culto de la Vírgen titular del convento.

Como la fábrica del templo que hasta hoy exite se hallaba á medio empezar, los oficios divinos se verificaban en una capilla ó ermita, y en ella se celebraba ese dia la misa solemne á que asistia lo mas selecto de la capital, ó del reino segun la espresion de aquel tiempo.

Llegado el momento del sermon, sube al púlpito un eclesiástico virtuoso pero de muy pobre hacienda: empieza su discurso todo alabanzas al objeto de la funcion, todo entusiasmo al elogiar la piedad de los fieles empeñados en sostener aquellos cultos, y todo ternura al reflexionar en la pompa de aquel acto, digna ciertamente de una iglesia menos estrecha y mejor engalanada.

Por un encadenamiento de ideas muy natnral, pasa de ahí á encarecer á las monjas la necesidad de que ofrezcan el patronato á alguno de los muchos sugetos acaudalados y piadosos avecindados en la ciudad, asegurando que no duda lo aceptará cualquiera, y que aun sabe ya que un caballero hermano suyo, D. Simon de Haro, pensaba solicitarlo por solo el deseo de unir su nombre á una obra de beneficencia.

Por último, concluye exhortando á la concurrencia á perseverar en la devocion á María Santísima, y á D. Simon de Haro á no apartarse un punto de su hidalga disposicion para con las religiosas.

Pero antes de pasar adelante en la relacion, hay que apuntar un ligero incidente.

Mientras hablaba de esta suerte el eclesiástico, todas las mi-

radas se clavaron en el futuro patrono, que presente estaba, el cual no lo sufria, y conforme subian de punto los elogios, mostraba en el semblante una congoja, una palidez tal, que parecia colocado sobre el potro de la Inquisicion: atribuyeron muchos á modestia esta turbacion; pero el verdadero motivo lo manifestó solo á su hermano, cuando ya concluida la misa se vieron juntos en la sacristía.

—¡Par diez que me habedes puesto en gran aprieto, hermano!

—¡Cómo! no alcanzo....

—Alentado de vuestra devocion, que es grande, y sin reparar en nuestra hacienda que, como lo sabe todo el reino, es corta, tuvísteis ánimo para comprometerme en una empresa que dará con mi honra al traste.... mirad bien en ello.

—Hablemos claros: no sé de qué quereis acusarme.

—¡Cómo de qué! ¿Perdísteis ya el juicio? ¿No haceis memoria de lo del patronazgo? ¿Qué haré si las monjas se muestran dispuestas á dármelo, habiéndoles vos asegurado que yo lo estaba á pedirlo?

—¡Pero yo no he dicho tal!

—¡Cómo si lo dijísteis! no os hagais del olvidadizo.

—Cómo! cuándo! en qué manera!

—¡En el sermon que acabais de regalarnos!

—Creedme, hermano D. Simon, por las sagradas órdenes que recibí, que no hago memoria de haber dicho en el sermon ni una palabra de patronazgo.

En llegando á este punto el diálogo, los interlocutores á cual mas confusos, quedaron gran rato en silencio, abismados en un piélago de reflexiones.

Despues, como si obedeciesen ambos al impulso de una misma idea, sus miradas se encontraron, y el clérigo habló de esta manera:

—¡Hay sino ver en esto la mano de Dios? El en sus altos juicios os tiene destinado para bienhechor de este convento, y por eso yo sin pensarlo, me he expresado en el púlpito segun habeis oido: no hay que titubear, que el galardon se os guardará en el cielo; ánimo y echar la carga á cuestas!

—Todo bien considerado, creo tambien que en el caso hay algo que trasciende á maravilla; pero ¿de dónde haber caudales para fabricar convento, iglesia y lo demas que han menester las religiosas?

—¿Cuál es vuestro haber en el dia?
—Os vais á reir: trescientos pesos!
—Principio quieren las cosas.

Dicho y hecho. Tres dias despues, las monjas habian ya concedido á D. Simon de Haro y su esposa Doña Isabel de Barrera, él español y ella mexicana, el patronato del convento; y estendida la escritura respectiva con aprobacion de los superiores, el nuevo patrono, aguijoneado incesantemente por su hermano, emprendió continuar la fábrica de la actual iglesia, contratando operarios, comprando materiales, para lo cual tuvo que dar desde luego el primer jaque á los consabidos trescientos pesos, que cuidadosamente guardaba en una caja de cedro.

A fin de semana, á la hora de pagar á los operarios el salario que hasta entonces habian devengado, ó como vulgarmente se dice, hacer la raya, acudió á la caja de cedro, y se proveyó del dinero necesario: pasó otra semana y sucedió lo mismo; pero entonces advirtió, revisando sus cuentas, que llevaba ya gastados no solo los trescientos pesos referidos, sino diez veces mas, y con todo—la caja atesoraba la misma cantidad de siempre.

No hay mas que decir, sino que la fábrica del convento y de la iglesia hubo de concluirse, subiendo el costo á doscientos cincuenta mil pesos, y solo hasta entonces se agotó el dinero del arca prodigiosa: ¿podia desear mas el patrono del convento?

Desde que á todos se hizo público este hecho, el precioso mueble, que si no hubiera al fin perdido su virtud productora, fuera la mas rica mina del mundo, empezó á llamarse *la caja del milagro*, y fué conservada con estima hasta nuestros dias en el convento.

V.

EL ESTRENO DE LA IGLESIA.

La noticia que antecede pertenece al dominio de la tradicion cíclica.

La historia, en cuyo semblante animado aunque modesto descubre á las claras ser incapaz de alucinarse, sin que nada turbe su mirada de águila; si bien sonrie al vislumbrar el manto

vaporoso de la conseja, esquiva prudente acogerla en su palacio de luz y escuchar de unos labios seductores conceptos llenos de armonía, que á manera de eslabones de una cadena mágica, aprisionan al alma incauta adormeciéndola con tornasoladas mentiras.

Solo la realidad la lleva en pos de sí, arranca sus suspiros, ocasiona su desvelo y le merece apasionado culto; la realidad, altiva hermosura que desdeña vanos arreos, enemiga jurada de sombras y misterios, deidad ingénua que se complace en presentarse á los ojos de la historia en inocente desnudez, y que apaga en ella cualquiera otro anhelo que no sea el de contemplarla y poseerla.

La historia es, por lo tanto, la sacerdotisa favorecida de la verdad; es un oráculo, y un oráculo temible para los adoradores de la fábula.

Así pues, si no queremos ver disiparse como el humo nuestra hechicera caja del milagro, no consultemos á la historia; mas si pretendemos saber de positivo con qué caudales contó Simon de Haro para llevar su obra adelante, interroguémosla confiados, y nos responderá, que el buen caballero, el noble republicano, era, como quien dice nada, un mercader de plata, y que para cualquier empresa podia disponer con desahogo de muchas barras de aquel precioso metal.

Sentado esto, quienquiera podrá escoger entre la severidad un poco brusca de la historia y la fragancia de la conseja.

Por lo demas, siguióse con teson la fábrica del monasterio, y en menos de cuatro lustros las monjas vieron coronadas sus esperanzas con el éxito mas halagüeño, pudiendo ya proceder, como procedieron, á la dedicacion de la iglesia.

Verificóse este acto con las solemnidades acostumbradas, y para dar de ellas una idea, trasuntamos en seguida el pasage correspondiente del diario del licenciado Guijo:

"Dicho dia sábado 13 (de Noviembre de 1655), se abrió la iglesia de Nuestra Señora de la Concepcion de esta ciudad, sujeta al ordinario, de donde es vicario Simon Estéban de Alzate, canónigo de esta catedral; la cual se edificó desde las paredes á expensas de Simon de Haro, mercader de plata, vecino de esta ciudad: porque sus cimientos los habia hecho el capitan Tomás Aguirre Suasnaba, alguacil mayor que fue del tribunal del Santo Oficio de este reino, y muerto él por el año de 45, re-

Litog. de Iriarte y C.ª

EXTERIOR DEL CONVENTO DE LA CONCEPCION

nunciaron sus hijos el patronato y le tomó el dicho Simon de Haro, y empezó luego á edificar costosamente la iglesia, coro alto y bajo, sacristía y sus oficinas, y sala de labor y torre; en que dicen tiene gastado mas de ciento sesenta mil pesos: salió la procesion este dia á las tres de la tarde de la Catedral, y fue á reconocer los balcones de palacio, donde estaba la vireina, y de allí fue por la calle del Reloj hasta la esquina del campanario de Santa Catalina de Sena, para que la viese una religiosa devota de la vireina, y de allí pasó por la delantera del convento de la Encarnacion y plazuela de Santo Domingo, y llegó hasta la esquina de las casas del regidor D. Fernando de la Barrera, y torció á la pila de la cerca de Santo Domingo, y fue por la delantera del convento de San Lorenzo hasta llegar á la Concepcion, donde se colocó el Santísimo Sacramento, y se cantaron las vísperas por el cabildo de la iglesia: y el domingo siguiente dijo la primera misa y predicó el dicho Dr. Simon Estéban, y á todos estos actos asistió el virey, audiencia, ciudad, tribunales y todo el reino: colgáronse las calles costosamente y pusiéronse muy lucidos altares, y entre todos lo fue el que puso el convento de Santo Domingo, por ser prior de él un cuñado del dicho patron, llamado el maestro fray Alonso de la Barrera: púsose en la peaña de la cruz de la plazuela de Santo Domingo: ocurrió toda la clerecía con sobrepellices por edicto de ruego y encargo, y todas las religiones por convite, y por mandado del provisor los estandartes de todas las cofradías; quemáronse grandes fuegos durante la procesion y á la noche, y asimismo en casa del patron, sin embargo de que estaba impedido y en riesgo de la vida de hidropesía, y lo sacramentaron sábado 20 de dicho mes."

Vetancurt coloca este suceso dos años despues, es decir, en el de 1657, si ya no es que esta diferencia de fechas solo provenga de una de tantas erratas tipográficas de que abunda el libro del cronista franciscano.

Volviendo á Simon de Haro, añadiremos, que gravemente enfermo como estaba el dia del estreno de la iglesia, no pudo gozar por mucho tiempo de las preeminencias anexas á sus derechos de patrono, y en el mismo año, á 28 de Diciembre, murió, dejando una cuantiosa fortuna consistente en numerario, barras de plata y oro, que subia á cuatrocientos diez y seis mil

pesos, sin contar el menage, plata labrada, esclavos y posesiones.

Fue sin disputa uno de los magnates mas opulentos de su tiempo. Nombró por sucesores en el patronato, despues de los dias de su mujer, al rector y diputados de la cofradía del Santísimo Sacramento. Fue enterrado en la bóveda que á este fin hizo construir en la referida iglesia, y aun no concluia el acto, que tuvo verificativo á las cinco de la tarde, cuando se supo en la ciudad que de órden del virey se estaba procediendo al embargo de todos los bienes que dejó, por resulta de las veces que fue prior del consulado.

Sin embargo, parece que esos bienes tuvieron la rara fortuna de salvar de las garras del fisco, lo cual puede conjeturarse de que Dª Isabel de Barrera quedó en posibilidad de seguir aplicando una parte de ellos á obras como las de la Concepcion. El ya citado Lic. Guijo nos informa, que á expensas de esa señora se reedificó la parroquia de Santa Catarina Mártir, la cual fue abierta de nuevo con una procesion solemnísima, el dia 22 de Enero de 1662.

VI.

PROGRESOS.

Desde que nuestras monjas abrieron su nueva iglesia á la admiracion de los fieles, creció el ahinco en las nobles familias de los vecinos de Méjico, y señaladamente en las descendientes de conquistadores, por que sus hijas tomasen el hábito de la Concepcion, y pocos años despues, segun refiere el curioso Vetancurt, encerraba el convento ciento treinta monjas de velo, con otras tantas niñas educandas y sus correspondientes mozas de servicio.

Y esto era natural, atendidos los elementos constitutivos de nuestra sociedad en aquel tiempo.

La aristocracia era intransigente en sus aspiraciones y exigencias tratándose de dar estado á las doncellas nacidas en su seno. Por otra parte, los hombres que pudieran satisfacer esas

exigencias y contentar esas aspiraciones, escaseaban cada dia mas y mas, Pero ¡cómo era posible que una señorita de sangre goda, cuya madre habia sido acaso dama de la reina, uniese su suerte á la de un criollo plebeyo por adinerado que fuese! Bien podia el amor tener unidos los corazones de uno y otra con vínculos de fuego; bien podia el amante estar dotado de prendas personales no comunes; bien podia ser dueño de los tesoros de un judío; el padre, y en especial la madre de su pretendida, desestimaban todas estas ventajas reales, y antes que consentir en dar al criollo la mano de la señorita, la ofrecerian gustosos al mozo pobreton, jugador y pendenciero, pero de sangre azul, ó sacrificarian el bienestar de la ninfa encerrándola contra su voluntad en un convento.

Ya por este tiempo estaba fundado el real de Jesus María, cuyo patronato tuvieron los monarcas españoles, y que fue expresamente destinado para servir de asilo á las doncellas desvalidas, vástagos de conquistadores, que anhelaran sepultar sus dias en el claustro; pero el de la Concepcion gozaba privilegios de antigüedad y de hermosura que no podia ningun otro disputarle: era ya una rica mansion que brindaba en su recinto silencioso todas las comodidades que hacen la vida llevadera y aun amable; habitábanla damas de sangre ilustre, enriquecidas con el prestigio de la juventud, las gracias y los dones de una fortuna colosal y cada dia en aumento; y sobre todo, pertenecia á una órden en cuyo establecimiento y adelantos intervinieron sucesos tan maravillosos como los ya referidos. Que ¡Dª Beatriz de Silva era una mujer vulgar!.... La noble fundadora no habia hecho mas que obedecer el mandato de la Vírgen María, á quien tuvo la dicha de contemplar cara á cara; y el hábito de las monjas es una semejanza del en que se presentó á su alma candorosa y abrumada de pesares.

Ademas, su hermosura, su incomparable hermosura, ¿no fue el tema de todas las conversaciones y no cansó las ansias y desesperacion de tantos caballeros? ¿no dió lugar á los celos de una reina? ¿y no cautivó, segun dicen malignos historiadores, aun al alma belicosa de D. Juan II de Castilla?

Por otra parte, los principios del monasterio mejicano, nadan en una fragancia de dulces memorias, entre las cuales preside tambien la hermosura con todos sus hechizos. Las primeras damas que le fundaron con destino á la educacion de

niñas indias, segun dijimos, fueron enviadas por la emperatriz Dª Isabel, la mujer mas bella de su tiempo: lo era en tan alto grado, que su esposo Cárlos V, el monarca mas poderoso de su siglo, en un arranque de entusiasmo, en un exceso de idolatría, le dió por divisa las Tres Gracias; mas no como las representa la fábula, sino teniendo una en la mano una rosa, otra una rama de mirto, y la última otra de encina con fruto, para simbolizar con este ingenioso grupo, belleza, amor y fecundidad: las gracias ostentaban por su parte esta divisa: *Haec habet et superat;* como si el emperador hubiera querido decir—mi amada posee todo esto y mucho mas.

Nada podemos decir acerca del solar donde se edificó el convento; pero mucho sí del célebre español á quien perteneció recien hecha la conquista de Méjico, y que lo cedió para que en él se fundara el primer asilo de nuestras concepcionistas: Andrés de Tapia fué un hidalgo por mil títulos notable, y de quien la historia hace honorífica mencion á cada paso.

Fue natural de Medellin, y por lo mismo del lugar donde nació Hernan Cortés, á quien acompañó en su espedicion á nuestro país, y del cual obtuvo singulares muestras de confianza: en la toma de Zempoala y prision de Pánfilo de Narvaez, figuró en el tercio que mandaba Cristóbal de Olid; reconoció el Popocatépetl despues de Ordaz y antes de Montaño y de Mesa; distinguióse en el sitio de la capital; procuró apaciguar los ánimos durante los trastornos que en el gobierno de la naciente colonia sobrevinieron á la ausencia del conquistador, empeñado en su desastrosa espedicion á Hibueras, ó sea Honduras; y por último, tuvo en encomienda la ciudad de Cholula, que cedió despues á la corona en cambio de Atotonilco, figurándose sacar mayores ventajas de este pueblo, en lo que ciertamente padeció equivocacion.

Esto y más grabó la historia en nuestros fastos acerca del sugeto que primero tomó á su cargo la proteccion del monasterio de la Concepcion. Acaso él fue tambien quien tuvo antes que otro ninguno la idea de importar de España á nuestro país la primera colonia de vírgenes consagradas al retiro bajo el hábito religioso, por mas que el cronista antes citado nos insinúe hasta dos veces que toda la gloria de este hecho debe atribuirse á la órden franciscana, y que "al que planta una parra de de cuyos sarmientos se hacen otras viñas, se le debe como á primera causa

la honra de sus frutos;" citando en apoyo de esta verdad el ejemplo de Noe, que "plantó despues del diluvio la primera parra, y le tuvieron por Dios los gentiles, á quien llamaron Jano, que quiere decir divino, ofreciéndole perpetuamente pámpanos y racimos."

No entraremos nosotros á decidir sobre este punto verdaderamente accesorio; lo que importa saber es, que todas estas noticias que ya en tiempo de Simon de Haro formaban un tesoro de doradas tradiciones, hacian aparecer el convento á la imaginacion de nuestras jóvenes compatriotas como un palacio encantado, cuyos muros resplandecian con los colores del iris, dentro de los cuales moraban lejos de los afanes y cuidados del mundo las inocentes ilusiones, los castos ardores de un amor divino, y en cuyo recinto poblado de celestiales armonías, el corazon no echaba menos los festivos goces de la juventud, ni las incomparables caricias de una madre, ni las sabrosas consejas del abuelo referidas en el silencio de la noche y en el seno de la familia embebida al escucharle. ¿Qué habia pues de estraño en que las mas garridas doncellas volasen al claustro, como se congregan las mariposas á libar la miel que atesora el seno de una flor?

El espíritu monástico tomaba un vuelo desmedido autorizado por lo ilustre de sus conquistas, por el ausilio eficaz de una aristocracia engreida y desdeñosa, y por la incesante proteccion que le dispensaban todas las clases de la sociedad encendidas en una devocion mas ó menos ferviente.

Así que, el monasterio que al principio se vió reducido á cortos tamaños, poco á poco fue invadiendo los lugares circunvecinos, que ocupaba con nuevas habitaciones para otras tantas vírgenes apartadas de grado ó por fuerza de las seducciones del mundo; y en breve ya no fue un solo edificio, sino muchos adunados, con franca entrada de unos á otros, á manera de un palacio monstruoso ó de una ciudad construida en el mismo recinto de otra ciudad.

Cada habitacion de las susodichas, capaz de abrigar una familia, pertenecia no obstante á una sola monja, y se llamaba humildemente *una celda*.

Finalmente, para completar el cuadro que presentaba el convento en aquel período, añadiremos que sus rentas eran sobradas, y que cada año, deducidos los gastos del culto, que se sos-

tenia con pompa, las superioras sacaban de arcas, prévia licencia del reverendo arzobispo y de la comunidad, una suma respetable de pesos fuertes que imponian á censo en alguna finca bien acreditada.

VII.

UN HALLAZGO CURIOSO.

"Esto y más" acabamos de decir respecto de lo que nos cuenta la historia acerca de Andrés de Tapia. No pensamos agotar todas las noticias que le conciernen, porque sobre haber menester para ello mas espacio, seria impertinente y por lo mismo enojoso; pero á su nombre se asocia una aventura no muy vulgar y poco celebrada de los escritores que han cultivado últimamente nuestra historia antigua, y estas circunstancias nos mueven á pensar que el relato de la misma no será acogido con un ademan de displicencia.

Hallábase Cortés con su flota en la isla de Cozumel, despues de la salida que hizo de Cuba con direccion al continente americano.

Entre sus soldados habia algunos de los que le precedieron en aquella espedicion, viniendo con Francisco Hernandez de Córdoba, y dos de ellos eran Martin Ramos, vizcaino, y el amable Bernal Diaz del Castillo.

A estos se dirigió pensativo una vez preguntándoles qué sentian de las palabras *castilan, castilan*, que habian oido de boca de unos indios de Campeche cuando acompañaron al citado Hernandez de Córdoba.

Los interrogados se limitaron á contestar refiriendo minuciosamente la ocasion y circunstancias en que oyeron esas palabras; pero él, mas avisado, les dijo haber pensado en ello muchas veces y que sospechaba estarian algunos españoles en aquellas tierras —Paréceme, añadió, que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel, si saben alguna nueva de ellos.

Hízolo así en efecto valiéndose de intérprete, y todos á una

los principales de la isla contestaron que habian conocido en la Tierra Firme hombres con barbas, que eran estranjeros, y los tenian por esclavos unos caciques; añadiendo que allí, en Cozumel, habia indios mercaderes que hacia poco tiempo les habian hablado.

Pero dejemos continuar la narracion á Bernal Diaz, testigo presencial de estos hechos:

"E díjoles Cortés (á los principales) que luego los fuesen á llamar con cartas, que en su lengua llaman *amales*, y dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y lés dijo, que cuando volviesen les daria mas cuentas: y el cacique dijo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenian por esclavos, porque los dejasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas: y luego mandó apercibir dos navios los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantin, y con veinte ballesteros y escopeteros y por capitan de ellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche (hoy cabo Catoche) aguardando ocho dias con el navio mayor: y entre tanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacian, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra: y escrita la carta, decia en ella: Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estais en poder de un cacique detenidos, yo os pido por merced, que luégo os vengais aquí á Cozumel, que para ello envio un navio con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quien estais; y lleva el navío de plazo ocho dias para os aguardar: venios con toda brevedad: de mí sereis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos: en ellos voy mediante Dios, la via de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.

"Luego se embarcaron en los navíos con las cartas, y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensageros con las cartas y el rescate, y en dos dias las dieron á un español que se decia Gerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba. . . . Y desque las hubo leido, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello, y

lo llevó á su amo el cacique, para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese.

"Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decia Gonzalo Guerrero, que le respondiò:

—"Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitan cuando hay guerra: ios vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esta manera? é ya veis estos mis tres bijitos cuán bonitos son: por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traeis para ellos, y diré que mis hermanos me las envian de mi tierra.

"Y asimismo la india, mujer del Gonzalo, hablò al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo:

—"Mira! con que viene este esclavo á llamar á mi marido; ios vos, y no cureis de mas pláticas.

"Y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo, que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer y hijos lo hacia, que la llevase consigo, si no los queria dejar; y por mas que le dijo y amonestó no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no queria venir, se vino luego con los dos indios mensageros adonde habia estado el navío aguardándole, y desque llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habian pasado los ocho dias, y aun uno mas que llevò de plazo el Ordas, para que aguardase; porque desque vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo á lo que habia venido: y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solia vivir.

"Y dejaré esto, y diré cuando Cortés viò venir al Ordas sin recaudo, ni nueva de los españoles, ni de los indios mensageros, estaba tan enojado, que dijo con palabras soberbias al Ordas, que habia creido que otro mejor recado trajera que no venirse así sin los españoles, ni nueva de ellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra."

Perdida segun esto la esperanza de juntarse con ellos, á lo menos por entonces, determinó el conquistador seguir su viaje: dió algunas instrucciones á los isleños acerca del culto cristiano, y ordenada competentemente la flota, se hizo á la vela con buen tiempo.

Eran las diez de la mañana, y bogaban las naves prósperamente cuando la tripulacion de una de ellas da voces alarmantes; pónense á la capa y disparan una pieza de artillería, cuya detonacion pudieron oir todavía los moradores de Cozumel.

Averiguada la causa de este acontecimiento, fue reconocido que el navío capitaneado por Juan de Escalante, donde iba el pan de cazabe, se anegaba y volvia apresuradamente á la isla; por lo cual dispuso Cortés que los demas le acompañasen, arribando todos juntos á la playa de donde poco tiempo antes se habian separado.

Hecha la relacion de este contratiempo, prosigue así Bernal Diaz:

"Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios, que habiamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y diò gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dijeron á Cortés unos soldados que iban á montería (porque habia en aquella isla puercos de la tierra), que habia venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de la punta de Cotoche; y mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fueron: y desque los indios que venian en la canoa que traia alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor, y queríanse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dijo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos: y el Andrés de Tapia como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni mas ni menos que era indio), luego envió á decir á Cortés con un español, que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa: y despues que hubieron saltado en tierra, el español mas mascado y peor pronunciado, dijo:

—"Dios é Santa María, y Sevilla.

"Y luego le fue á abrazar el Tapia; y otro soldado de los

que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fue á mucha priesa á demandar albricias á Cortés como era español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el español adonde estaba Cortés; y antes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaban al Tapia, ¿qué es del español? aunque iba allí junto con él, porque le tenian por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquildo á manera de indio esclavo, y traia un remo al hombro y una cotara vieja calzada, y la otra en la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un braguero peor; y traia atada en la manta un bulto que eran Horas muy viejas.

"Pues desque Cortés le vió de aquella manera, tambien picó como los demas soldados, y preguntó al Tapia, que qué era del español? y el español, como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los indios, y dijo: Yo soy: y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguelles, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino á aquella tierra?

"Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decia Gerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenia órdenes de evangelio; que habia ocho años que se habia perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darien á la Isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la Isla de Cuba; ó á Jamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los calachionis (caciques) de aquella comarca los repartieron entre sí, é que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y de ellos se habian muerto de dolencia; y las mujeres que poco tiempo pasado habia que de trabajo tambien se murieron, porque las hacian moler, é que á él que le tenian para sacrificar, y una noche se huyó, y se fue á aquel cacique con quien estaba, y que no habian quedado de todos sino él, y un Gonzalo Guerrero, y dijo que le fue á llamar, y no quiso venir.

"E desque Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por to-

do, y le dijo, que mediante Dios que de él seria bien mirado y gratificado."

El venturoso capitan cumplió su palabra, pues parece que le distinguió en adelante con favores y miramientos que jamás escusaba con personas de quienes podia sacar provecho, y en este caso se hallaba Aguilar. Este, en efecto, prestó importantes servicios en el curso de la espedicion, y fue antes de Dª Marina el intérprete por medio del cual se comunicaron los españoles con los indígenas del continente americano.

Era valeroso. Desempeñó comisiones de confianza, como fue la de exigir de los cholultecas el juramento de fidelidad á Cárlos V, antes de que el ejército invasor se dirigiese la primera vez á Méjico. Estando ya en esta ciudad, pidió á nombre de Cortés licencia á Moteuczoma para construir una capilla donde se pudiesen celebrar los divinos oficios, obtenida la cual, y merced á la empeñosa cooperacion del mismo rey que dió indios operarios y los materiales que eran menester, la fábrica se concluyó en dos dias, siendo este el primer oratorio que los españoles tuvieron en la capital.

Figurò despues como actor en el gran drama de la conquista del país; y cuando quedó este ya sujeto, residió en él por muchos años y muriò tullido, logrando, como Andrés de Tapia y casi todos aquellos aventureros, la fortuna de no perecer en el campo de batalla, y tal vez la de vivir colmados de honores y riquezas en medio de una nacion que poco antes consideraban enemiga.

Ygnórase si despues de la conquista cultivaron su trato Tapia y Aguilar; pero es probable que así fuese, y que el primero no dejara de sonreir al recordar con el segundo las singulares y novelescas circunstancias en que hubo de conocerle. Inagotable seria el caudal de su conversacion, en la que se verian admirablemente enlazadas todas sus aventuras y descritos todos los pasos dichosos ò infortunados que en una senda estrecha y sembrada de espinas, tuvieron ambos que dar para llegar á la cumbre de la gloria: comunicarian entre sí los juicios que formaban acerca de las cosas del país, y particularmente del gobierno de la naciente colonia; se confiarian sus proyectos de futuro engrandecimiento; y acaso Tapia escojeria con el buen eclesiástico los medios mas aptos para realizar la fundacion del convento de concepcionistas, que fue tal vez en el último tercio

de su vida la idea favorita que le traeria constantemente ocupado; participando de la naturaleza de aquellos hombres cuya juventud pasó entre agitaciones, quienes al fin de su carrera se consagran regularmente al culto de un pensamiento humanitario ó piadoso, y de una fisonomía tanto mas serena, cuanto fueron descabellados ó tumultuosos los proyectos que absorvieron en otro tiempo toda la actividad de sus potencias.

VIII.

TAMBIEN LAS MONJAS SE PRONUNCIAN.

Pero basta de digresion.

Y con todo, sin digresiones no formamos la historia que nos hemos propuesto, porque las monjas no la tienen propiamente tal, si ya no es que por historia se entienda el reflejo de la vida doméstica.

En efecto, con escepcion de las noticias tocantes á la ereccion del instituto, primeras personas que lo abrazaron y auspicios bajo los cuales se verificó tal ó cual fundacion perteneciente al mismo, ¿qué le queda al investigador sino el relato, un si es no es abigarrado y grotesco de sucesos tomados de la historia general del país en que se vive, cuando tienen conexion mas ó menos íntima con la existencia del monasterio de que se trata?

¿O seria bien zurcir con lo dicho un compendio de la regla que observa la comunidad, una tabla que manifieste el estado de las rentas del convento en diversas épocas, ó un cuadro descolorido de las costumbres de aquella, siempre las mismas desde los tiempos mas remotos?

En cuanto á lo primero, baste decir, que la regla de nuestras concepcionistas es como quien dice nada, todo lo mas apeteci-

ble, lo mas escelente, lo mas prodigioso, lo mas divino; es en suma, segun espresa su título—*llave de oro para abrir las puertas del cielo.*

Por conquistar esta llave ¿no habrian desistido los argonautas de la famosa empresa que los condujo á las playas de Colcos?

Por lo tocante á lo segundo, sin entrar en intimidades, solo indicaremos que el monasterio llegó á encerrar ciento treinta religiosas de velo segun el cronista Vetancurt nos lo ha contado: no concediendo á cada una sino cuatro mil pesos de dote, tenemos la suma de quinientos veinte mil pesos, importe de todos los dotes, que unida á otro tanto, cuando menos, de fondo de manos muertas, componen un millon cuarenta mil pesos; y ya se ve si con un millon de capital no se disfruta una renta pingüe y generosa.

No se crea por lo espuesto que siempre fue tan lisonjero el estado de esas rentas; tiempos hubo de aflictiva escasez, en que el hambre pálida solia tiranizar al convento, dando á cada religiosa una limitadísima racion en especie diariamente, ó suministrándole doce reales para alimentos correspondientes á toda una semana; pero no ha sido esto lo general, y aun en nuestros tiempos de decadencia, cuando los terribles jaques de los gobiernos que se han succedido en el país han hecho empobrecer el tesoro de las monjas hasta un grado lastimoso, todavía las rentas acudian á estas en tropel y con semblante benévolo y sumiso.

Réstanos dar algunas pinceladas acerca del tenor de vida de las hijas de la Concepcion, que servirán al mismo tiempo para retratar el que siguen todas las que profesan la misma regla.

Compónese el hábito que usan, de una túnica blanca con escapulario del mismo color, una y otro de estameña, y un manto asimismo de estameña ó paño basto de color de cielo azul. En el manto y escapulario traen una imágen de nuestra Señora, cercada de los rayos del sol, y coronada de estrellas la cabeza, con guarnicion llana y decente, sin ser de oro, piedras ni esmalte: la del pecho está de suerte asida al escapulario que se puede quitar y poner cuando se quiera, sin trabajo, mientras que la del manto se halla cosida en él á la parte del hombro izquierdo. Entran como complemento de este vestido un calzado tosco, un cordon de pita ó cáñamo y una toca blanca de

lienzo, que cubre la frente, mejillas y garganta, y sobre ella un velo negro comun, sin adornos ni artificios.

"Por lo que respecta á la distribucion de las horas, á las cinco de la mañana se toca á prima, bajan las religiosas á comulgar en los dias de obligacion, y en los demas las que quieren; y en esto, dar gracias y el desayuno, se gasta hora y cuarto.

"A las seis y cuarto entran á rezar las horas, conviene á saber, prima, tercia, sesta y nona; los lúnes se reza un nocturno de difuntos por los bienhechores, y los viérnes un nocturno del oficio parvo por los mismos.... Desde pascua de Resurreccion hasta el dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, se reza nona de doce á una, solo los domingos, y en esta hora entra media de oracion, que se tiene antes de rezarla, y en todo este tiempo de doce á una se guarda silencio, para lo cual anda una celadora con una campanilla.

"De siete á siete y media oyen misa conforme á la regla.... á las ocho y media se toca á sala de labor, á que asisten todas, aun algunas enfermas que no estan del todo impedidas (como son las habituales) por tiempo de una hora, y de ella la media ó tres cuartos es de leccion espiritual. Acabada esta, se retiran á sus celdas unas, otras á sus oficinas, y la que tiene reja á ella, siendo de advertir que en tiempo de cuaresma y adviento no las hay, ni dia de comunion de regla, ni cuando está patente el Divinísimo, ni en estos tiempos van al torno.

"Luego que dan las doce tocan á refectorio, adonde van todas las no impedidas. Las criadas llevan la comida hasta sus puertas, y allí la reciben y ministran las religiosas que turnan, y hay entre tanto leccion espiritual.

"A las dos y cuarto tocan á vísperas, comienzan á las dos y media, y acabadas, rezan completas, y los lunes, miércoles y viernes se reza el salmo *De profundis* por los bienhechores....

"A las cinco tocan á maitines, entran al cuarto, rezan laudes, en lo que se gasta una hora cabal, salen á refrescar un cuarto, y á las seis y media vuelven á entrar á coro, rezan el rosario, que dura hasta las siete: despues se tiene media hora de oracion; acabada se reza el *ave maris stella*, y otras devociones particulares de cada una, y regularmente salen á las ocho.

"Se retiran á sus celdas, cenan, y á las nueve tocan á dormir, van al dormitorio todas, á excepcion de las que están totalmente imposibilitadas. La prelada da la bendicion, que dura

un cuarto de hora segun las oraciones que se dicen: ella misma echa el *asperges* en todas las camas, y cerradas las puertas de los dormitorios por la celadora, se entregan las llaves á la prelada.

"De nueve á diez anda una celadora todo el convento, cuidando del silencio y de que estén cerradas las celdas."

Estractamos estos apuntamientos sobre el método de vida de nuestras monjas, de la *Sinópsis histórica de la fundacion y progresos de el sagrado órden de religiosas de la Purísima é Inmaculada Concepcion, y del real convento de Jesus María de Méjico*, que dió á luz el Lic. D. Baltasar Ladron de Guevara; y aunque este opúsculo se refiere á las costumbres observadas por las religiosas en la época en que se redactaba, esto es, á fines del siglo próximo pasado, podemos afirmar que en el dia no se ha introducido variacion alguna, porque es sabido, que en establecimientos de esta especie los usos y costumbres se perpetúan sin alteracion por muchos siglos.

Tenemos, pues, descrito un dia en el convento, que eslabonado con otros forma la historia monótona, tranquila y uniforme de la vida en el claustro, modificada solo de cuando en cuando por la entrada del confesor para alguna enferma, la eleccion de abadesa, las visitas del médico ó del prelado diocesano, y en otro tiempo las de llegada ó despedida que hacian á las monjas los vireyes.

Imposible parece que criaturas tan amables, sustraidas á miradas profanas como flores de un palacio encantado, que se gozan en el retiro como ángeles de paz y de inocencia; vírgenes hermosas enamoradas solo del cielo y que viven constantemente embriagadas de amor divino, en medio de una atmósfera que fomenta los sentimientos tiernos y ocasiona los suaves deliquios celestiales; imposible parece, decimos, que criaturas como estas, que al parecer no tienen de humano mas que la figura, hayan dado á entender alguna vez que las miserias y delirios del mundo anidan tambien en el seno de la observancia religiosa, y que á pesar de la oracion y los raptos, á pesar de las dulzuras ascéticas, el corazon humano es el mismo en todas partes.

Concebimos muy bien que hay consecuencia en la conducta de quien dijo:

Siempre el juguete fuí de mis pasiones.

Fue un poeta desgraciado, escéptico de remate, mas escéptico que Byron, su modelo; sí, porque Espronceda sentia clava-

da la duda en las entrañas, y el gran lírico inglés la alimentó no pocas veces solo por ostentacion ó por sistema: concebimos muy bien que sus acciones fuesen casi siempre dictadas por la fiebre de ambicion que le devoraba, que declamase contra todo sentimiento noble, juzgando incapaz de virtud á la naturaleza humana, y que buscara la felicidad en el torbellino de los placeres mundanos ó en el contentamiento de las pasiones revolucionarias: concebimos muy bien que las almas del mismo temple sigan sus pisadas; pero las monjas! . . . . Y no cabe la menor duda: las esposas del Cordero sin mancilla han echado á espaldas alguna vez las sublimes lecciones que les da el Esposo en el seno del retiro; las monjas de la Concepcion han intrigagado, revolucionado, armado una asonada, empuñado armas mortíferas, puesto manos airadas en la superiora, vociferado, corrido como posesas, como bacantes, en una palabra. . . . ¡se han pronunciado!

Y este escándalo ha tenido verificativo en el período de mas fervor religioso, en pleno gobierno colonial, á principios del siglo décimooctavo, cuando aun ardia el brasero insaciable de la plazuela de San Diego.

Y no esperaron la llegada de la noche; no se avergonzaron al verse frenéticas, con el rostro contraido de cólera y respirando venganza, mientras la luz del sol reflejaba cariñosamente en la torre del convento, mientras la brisa sutil de la mañana mecia los tallos lánguidos de las plantas que cuelgan de las cornizas, mientras llegaban á los claustros las cleadas fragantes del incienso que se quema á esas horas en el templo ante los altares, y mientras el esmaltado *chupa-rosa* visitaba, saludaba, besaba las flores del jardin, volando de unas á otras como una céntel'a fosfórica.

No repararon en lo poco que les sentaba el mirar iracundo, la falta de compostura, el desarreglo del hábito y las convulsiones de la rabia sustituidas al aire de modestia, de humildad, de santidad inherente á las buenas religiosas; y poseidas de arrebatada demencia bascan armas, las empuñan y blanden con unas manos acostumbradas solo á tocar las cuentas del rosario.

Están resueltas, resueltas á aniquilar al objeto de sus furores; quieren apagar su encono en la sangre de una víctima, de la abadesa, su hermana, su madre, á quien deben amor, sumision filial obediencia. . . .

Y estas escenas pasan en el claustro, mientras el mundo las cree en oracion implorando favor para los desgraciados pecadores, y vestidas de cilicio y ayunas para aplacar la cólera del Eterno.

¡Hay horas en que el mundo camina dando tras pies como un beodo!

¿Y cuál fue la causa del tumulto monástico?

Jamás llegó á traslucirse para los profanos, impenetrables como son los muros de un convento, y hasta el presente nadie la sabe.

Cúbrela el misterio con sus alas de crespon, y todo lo que nos ha llegado de ese acontecimiento es la nota que de él tomó D. Antonio de Robles en su diario, y es la siguiente:

"Viernes 30 (Setiembre de 1701), como á las nueve del dia, poco mas ó menos, fue el señor arzobispo (el Illmo. y Excmo. Sr. D. Juan de Ortega Montañés) en la carroza del provisor, el cual y el canónigo D. Rodrigo Flores, fueron acompañándole al convento de la Concepcion, por habérsele dado aviso de que habia motin entre las religiosas contra la abadesa, y que la querian matar, como hubiera sucedido si su Illma. se hubiera tardado una hora, el cual las sosegó y compuso con harto trabajo, por estar tan inquietas, que al mismo arzobispo respondian y hablaban con resolucion y claridad.

IX.

UNA PROMESA CUMPLIDA.

Sin embargo, no se crea que las monjas de la Concepcion vivieron siempre entregadas á tan descomunal anarquía, y en obsequio de su bien grangeada reputacion, diremos que en la historia del convento puede considerarse el escándalo antes descrito como un paréntesis odioso, trazado por el genio del mal aprovechando un descuido del espíritu de observancia religiosa;

fue, en suma, el *cuarto de hora* funesto que aqueja á todo mortal en su vida, y en el cual se muestra débil el fuerte, estúpido el sábio y pecador el virtuoso.

Por lo demas, nuestras monjas fueron dechado de religiosas, y aun hubo algunas que vivieron y murieron en opinion de verdaderas santas. Ignoramos sus nombres; pero la tradicion nos ha conservado algunos de los hechos que mas contribuyeron á fijar su existencia en la memoria y en la veneracion de sus hermanas, y aunque envueltos en los dorados celages de lo maravilloso, todavía fuera interesante la noticia de todos ellos en un libro especial, contentándonos nosotros con la relacion de uno solo, que se refiere á una venerable maestra de novicias.

Poseia esta monja el don de profecía, y hojeaba el gran libro del porvenir descubriendo los secretos de la existencia, como recorria las páginas de su breviario para hallar las oraciones de su rezo diurno. Veia ademas lo íntimo del corazon humano con la misma claridad que en un remanso de agua limpia se perciben las arenas brillantes, las guijas aglomeradas caprichosamente y los enjambres de larvas que circulan en torno de las peñas.

Era por lo tanto una persona, si bien respetada, temida, muy temida. Centinela siempre alerta para observar la conducta de las religiosas, testigo invisible de todo cuanto pasaba en las celdas y en los mas remotos ángulos del monasterio, el simple recuerdo que de ella se hacia era una amonestacion ó un reproche, y lo que menos inquietud causaba era su presencia en persona.

Con todo, estaba favorecida del cielo con tanta modestia, con tanta benevolencia, con tanta amabilidad, que de todas las moradoras del claustro era buscada y solicitada en las aflicciones, en las perplejidades y en todos los cuidados de la vida como el consuelo mas pronto y seguro, como un ángel tutelar y como el mejor intérprete á la vez que medianero para con Dios.

De aquí nacia la ilimitada confianza que inspiraba á las novicias; confianza mas delicada y grata que la que se establece entre una hija inocente y una madre virtuosa y llena de esperiencia; confianza que abria enteramente los corazones de una y otras para comunicarse en amoroso abandono sus pensamientos y afectos y aun sus mas insignificantes deseos. En una palabra, la encantadora maestra de novicias era para con ellas,

no el mentor severo, inflexible, tiránico y agrio que las desalentara para proseguir por el sendero del bien ponderando los tropiezos de que está sembrado, sino la directora ilustrada, deferente para todo lo que no importaba una trasgresion de los preceptos monásticos, suave en las represiones, sencilla en los consejos, humilde al inculcar el amor á la perfeccion evangélica, y en suma, no una maestra, sino una verdadera amiga.

Hallándose un dia esta buena señora en conversacion con las novicias, pronunció estas palabras:—Luego que haya profesado la que menos tiempo lleva en el convento, emprenderé yo el viaje que tanto deseo.

No todas las novicias comprendieron el oculto sentido de esta espresion, aunque la mayor parte vió en ella una prediccion de la cercana muerte de quien la habia proferido. Entristeciéronse algunas y dudaron otras; pero el hecho correspondió á la profecía.

Poco antes de morir la venerable monja, rodeáronla todas las que habian sido sus alumnas, y cada cual le hizo encargos para la eternidad; de esos encargos que consisten en recomendaciones á fin de alcanzar del Autor del bien tales y cuales ausilios para nó naufragar en el tormentoso océano de la vida.

Una sola habia permanecido derramando sus lágrimas en silencio, sin atreverse á pedir nada á su madre, en cuyo rostro leia que estaba á punto de espirar; peró ella la animó diciéndole:

—¡Y tú nada tienes que encargarme para el Esposo!

—Es mucho lo que deseo, y no me atrevo á pedirlo.

—No desaproveches este instante, dime lo que mas deseas.

—Pues bien, quisiera saber, como tú, madre mia, el dia de mi muerte con toda la anticipacion necesaria para prepararme á ese trance de una manera especial.

—Yo te prometo venir á anunciártelo cómo y cuándo mas convenga á tu eterna salud.

—¡De veras!

—Y morirás conforme á tu deseo; ese deseo que no tienes valor de comunicarme.

Falleció la maestra de novicias: su hábito, los utensilios que le pertenecian y hasta las flores que la adornaron en su ataúd, se repartieron entre los individuos de la comunidad como sagradas reliquias.

Pasaban los años, y entre tanto la monja tímida no olvidaba la promesa de la que fue su maestra.

Pero ¿cuál era el deseo que no se habia atrevido á manifestarle?

Era una puerilidad, si se quiere; pero al fin era un deseo inocente, y de que no tenia que avergonzarse: queria morir escuchando la música tierna, suave y conmovedora del himno que se entona en las profesiones de las religiosas y que empieza con estas palabras: *Veni sponsa Christi.*

Acercábase ya nuestra monja á la vejez, y al entrar un dia á coro notaron sus hermanas que se habia detenido á escuchar como si conversara con ella un espíritu: concluida la oracion se apresuró á pedir licencia á la abadesa para hablarle á solas: nadie supo de qué trataron en aquella entrevista; pero lo cierto es que la monja se retiró desde luego á la ermita destinada á ejercicios espirituales mas continuos y perfectos, de donde salió pasada una semana y en la víspera de la profesion de una novicia.

Reflejaba en su rostro una luz serena; distráiase distráiase á durante la conversacion, y sus miradas parecian fijarse en un objeto que no era de este mundo.

Nadie, sin embargo, se acordaba ya ni de la maestra de novicias, ni de la promesa que habia hecho poco antes de espirar; y una y otra hubieran quedado sepultadas para siempre en el olvido, si al dia siguiente, cuando se cantaba el *veni sponsa Christi* durante la profesion de la novicia de que acaba de hablarse, no hubieran visto las monjas rennidas en el coro bajo, que una de ellas, la que acababa de salir de *ejercicios*, desfallecia al escuchar las delicadas y apacibles melodías del himno, y que poco á poco vino á tierra pronunciando distintamente estas palabras:

—Gracias, madre mia; muero, y tu promesa está cumplida.

X.

TRASFORMACION.

El recuerdo de la ermita donde se preparó á morir nuestra religiosa amante del *veni sponsa Christi*, nos conduce á buscar ese lugar en el convento para describirlo, ya que desde el año de 1701 en que acaeció el pronunciamiento de las monjas, hasta su traslacion al monasterio de Regina en el de 1861, se presenta en su historia un gran vacío que no podemos llenar con la relacion de ningun otro hecho ó acontecimiento de importancia. Pero tropezamos con un inconveniente, y es, la incertidumbre respecto á la situacion de esa ermita, ahora principalmente cuando la gran manzana que ocupaba la morada de las concepcionistas se ve cruzada por calles para cuya apertura ha sido menester derribar no pequeña parte del edificio.

—¿Quién sabe si la capilla que buscamos está reducida á escombros y nos fatigamos en vano?—Tal era la pregunta que nos hacíamos una tarde al atravesar por una de las nuevas calles susodichas procurando estudiar los muros derruidos, páginas desordenadas de aquel gigantesco libro de piedra.

—Mas entremos á esa gran casa de vecindad, que fue no ha mucho tiempo uno de los mas amplios y cómodos departamentos del monasterio.

—Aquí hay algo que ver, nos dijo sin ser preguntada una jóven que encontramos á la puerta; aquí, pasado el patio, y luego el callejon largo, se llega á un patiecito oscuro donde hay una escalera que casi lo llena todo, y en uno de los lados está una pieza que se conoce fue capilla, porque dentro tiene un retablo, aunque muy viejo, y fuera junto á la entrada hay en la pared escritos algunos versos.

Agradecimos la indicacion, y pasamos á dar pávulo á la curiosidad recorriendo aquel edificio y llegando por fin á encontrarnos en el patiecito frente por frente de la capilla mencionada. Era tal cual se nos habia descrito, y los versos son los siguientes:

1º

En qué piensas, mortal, que divertido
Vives en el deleite y el pecado!
Cuál es el fin para que fuiste criado,
Y cuál ha sido el modo en que has vivido?
Como bruto sensual entorpecido
Vives á los placeres entregado:
Es posible que te hayas olvidado
De tu destino noble y distinguido?
Ea! vuelve en tí, recuerda tu nobleza;
Confúndete de haber puesto tu anhelo
En vivir para el polvo y la vileza:
Mira hácia arriba, no mires al suelo,
Que es delirio contrario á tu grandeza
Buscar el polvo, siendo tuyo el cielo.

2º

Pára, deten el paso, caminante:
Mira adonde has llegado y qué es tu intento.
De Dios es el ausilio y tocamiento;
Mas quiere que sea tuyo lo restante:
Agua y fuego te pone aquí delante:
Elige lo que quieras; pero atento
A que de esta eleccion y llamamiento
Cuenta has de dar en el postrer instante.
¿Qué sabes tú, si aqueste ausilio ha sido
Aquel en que tu Dios ha decretado
Que quedes reprobado ó elegido?
Oh! no lo pierdas: piensa con cuidado
Cuántos millares de almas se han perdido
Por no haber igual luz aprovechado.

3º

Antes de entrar aquí, medita un tanto,
Qué motivo á esta empresa te da aliento:
Si es alguno mundano, en el momento
Vuélvete al mundo, tórnate á su encanto:

Pero si atraida del ausilio santo,
A tratar con tu Dios vienes de intento,
Entra en buena hora, y en tu seguimiento
Venga el dolor, la compuncion y el llanto.
Entra, que aquí las gracias, los favores,
De este Padre clemente se derraman
A la medida fiel de los fervores.
Entra, que aquí son oidos cuantos claman,
Entra, que aun á los tibios pecadores
Pávulo aquí se da con que se inflaman.

4º

¡Mi Dios, mi Padre, mi Pastor paciente!
Ya entro, ya estoy aquí, ya llegó la hora
En que esta tu criatura pecadora
Vuelve á casa del Padre mas clemente:
Mi Pastora divina diligente
La gran María, mi Reina, mi Señora,
Cuya mano tus gracias atesora,
Que me trague el infierno no consiente.
Pór salvarme al redil me ha conducido,
Donde limpias las almas del pecado;
Heme aquí, Padre mio, ya estoy rendido:
Toca á tí que me vea resuscitado,
Cúrame pues me miras tan herido;
Gózate de que al pródigo has hallado.

¿Será esta la ermita que buscábamos? No nos atrevemos á asegurarlo, si bien todas las apariencias la señalaban como tal. En el dia está convertida en la habitacion de una familia pobre, y en el mismo caso se encuentran todas ó casi todas las viviendas que formaban el monasterio. ¿Podrá estar enojado el cielo á causa de esta trasformacion? ¿No ha sido un positivo adelanto, un acto de verdadera filantropía, el abrir las puertas de los conventos á todos los desvalidos para que mejorasen de habitacion? ¿No ha sido laudable brindarles con una vivienda cómoda y aseada por el mismo precio en que alquilaban esos

cuartos de los arrabales que son unas pequeñas mazmorras, perpetuamente infestadas de exhalaciones pútridas y por cuyas puertas penetra con dificultad la luz del sol?

Casi todas las viviendas dijimos, y es la verdad, porque hay algunas habitadas por ricos, que son al mismo tiempo los propietarios de ellas en virtud de compra autorizada por las leyes de desamortizacion. Respetamos esas enagenaciones; pero ¿no hubiera sido mas conforme al espíritu del progreso conceder á los pobres la propiedad de todos los conventos, como la conquista que hubiese hecho para ellos la Reforma?

Como quiera que sea, el conjunto de casas monstruosas de que se componia el convento de la Concepcion, va perdiendo de dia en dia su aspecto monacal, y adquiriendo el aire de elegancia que caracteriza los edificios de moderna construccion, porque realmente esas casas se están trasformando á gran prisa, y pasados algunos años no ofrecerán un solo vestigio de lo que fueron.

Solo queda, como antes, el grandioso templo con sus portadas de órden corintio y su torre, que es una de las mas altas de la ciudad. El adorno de lo interior es digno de verse. En el altar mayor se venera la efigie que representa la Purísima Concepcion, de quien la tradicion refiere estupendas maravillas, y cuyo orígen se pierde en las sombras de la antigüedad. No menos celebridad gozaba el coro alto por un hecho propio para alimentar temores supersticiosos ó alarmar la credulidad femenil. Dícese que á espaldas del órgano habia en el suelo un punto donde caia de lo alto una gota de agua cristalina, pero solo de cuando en cuando y con tal misterio, que nadie pudo jamás descubrir de qué parte de la bóveda se desprendia.

Creyóse alguna vez que se filtraba por una grieta imperceptible desde abajo: revocó el albañil con nímia escrupulosidad todo el espacio de la bóveda que se tuvo por conveniente, aunque no halló en ella la mas leve abertura; pero la diligencia fue estéril, y la gota singular siguió cayendo como antes, produciendo un ruido seco y estraño que se oia en el silencio de aquel lugar como la pisada de un espectro.

No faltó monja á quien fuese revelado que la gota intermitente era un reloj misterioso que media la duracion del convento, el cual seria destruido tan luego como aquella dejase de caer.

Luis de Iriarte y Cª

INTERIOR DE LA IGLESIA DE LA CONCEPCION

Diremos, para concluir lo relativo al monasterio de la Concepcion, que en el curso de su existencia ha tenido ya otras metamórfosis, y una de ellas fue la que indica la siguiente inscripcion, que se ve en la torre á corta distancia de la cornisa del primer cuerpo:

EN 19 DE OCTUBRE
DE 809 SE RENOVÓ
ESTE CONVENTO.

SANTIAGO TLALTELOLCO.

I.

LOS COLEGIALES.

MIENTRAS las ruinas de que está sembrado el suelo de Tlaltelolco ministran un nuevo ejemplo de la instabilidad de las cosas humanas, los árboles siempre verdes y gallardos que en grupos ó en hileras le cubren por varias partes, son la prueba mas cumplida de que solo la naturaleza es grande en sus obras.

Ahí está ese barrio cuyos edificios compitieron en belleza con los de la famosa Tenochtitlan: ahora son escombros ó en su lugar se asientan chozas miserables, paredones informes y de aspecto adusto, y cercas de color gris á cuya puerta suele asomar una mujer con el hambre pintada en el rostro, vestida de harapos y con aire receloso.

¡Y tanta desolacion, tanta miseria bajo el hermoso cielo de Méjico! ¡Tal decadencia, tal abandono, mientras las orillas de las acequias se ven cubiertas de una vegetacion secular! ¿Porqué no siempre imita el hombre los procederes de la naturaleza! ¡Cómo sufre indolente que la carcoma de los siglos destruya, pulverice sus obras mas queridas, mientras sostiene aquella las suyas con un continuo alimento!

Tlaltelolco fue en otro tiempo un barrio ilustre de la capital, mejor dicho, Tlaltelolco y Tenochtitlan eran dos ciudades gemelas que dormian en un mismo lecho, lecho de grama y flores, en medio de los apacibles arrullos de la laguna. Al presente, mientras la segunda es una reina en todo el esplendor y magestad de su gloria, la primera es una esclava infeliz que va muriendo de consuncion y de sed.... ¡sí, de sed!

¡Los moradores de Santiago carecen de agua potable, ó á lo menos de la suficiente para cubrir sus necesidades con desahogo, y esta es la principal causa de la despoblacion de esta parte interesante de Méjico! Pero ¿cómo es que en este suelo clásico aun no se han abierto muchos pozos artesianos, si es que el mal no puede remediarse de otra manera!

Echando mano de este arbitrio, pronto veriamos renacer de sus cenizas un barrio que alcanzó tanta prosperidad en siglos anteriores, y donde ahora hacen manida la desolacion y la miseria; veriamos poblarse de esmerados y risueños jardines esos eriales que le atraviesan en todas direcciones cubiertos de eflorecencias salinas, y levantarse edificios decentes en los mismos sitios donde el observador halla con disgusto paredes carcomidas ó montones de escombros.

Y con todo, ese esqueleto de ciudad, observado desde un punto limítrofe, tiene un iman irresistible, un hechizo poderoso.

Estamos colocados cerca de la estacion principal del camino de hierro.

Apartemos la vista de esa vasta llanura en que sobresalen algunas casas irregularmente situadas como peñascos erráticos en un desierto, y fijémosla en las hileras de árboles del Perú que orlan las acequias, ó en los fresnos y sauces que se levantan formando grupos en los patios de uno que otro edificio escepcional. Sobre todo, procuremos abarcar con una ojeada el cuadro que se presenta hácia el norte.

Engalanado con nubes de una blancura de cisne y contrastando suavemente con ellas su azul claro y luminoso, se ostenta el cielo como una inmensa cortina que sirve de fondo á la cadena pintoresca del Tepeyácac: entre los cerros que la componen dos hay que llaman la atencion de un modo especial, y son, el que situado á la izquierda se alza gentil con su figura cónica y vistosa como el juguete de un titan, y otro de as-

EXTERIOR DEL ANTIGUO COLEGIO DE SANTIAGO TLATELOLCO

pecto severo que se presenta á la derecha, hácia el remate oriental de la misma cadena, á cuya falda se ve Guadalupe Hidalgo como engastada, ó mas bien, como un bajo relieve de ciudad.

Recorriendo despues el espacio que media entre esa poblacion y Tlaltelolco, se percibe claramente la calzada nueva, donde ahora se asienta el ferro-carril, á lo largo de la cual y fijos en la orilla derecha respecto de nosotros, descuellan de trecho en trecho unos altares aislados, especie de ermitas ó retablos pintados de blanco: son quince y están dedicados á los misterios del rosario, que en otro tiempo se rezaba caminando á pie desde Méjico al Santuario, y haciendo parada delante de cada altar para ofrecer el misterio correspondiente.

Empezóse á construir esa calzada el 17 de Diciembre de 1675 y se estrenó en 14 de Agosto del siguiente año, siendo costeada por el fiscal D. Francisco Marmolejo y el Dr. D. Isidro de Sariñana: corre paralelamente á la antigua que fue obra de los reyes aztecas y cuya reparacion se hizo despues, segun hemos dicho, en tiempo del virey D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes-Claros, bajo la direccion del P. Torquemada, que era á la sazon guardian del convento de Tlaltelolco.

Esta calzada antigua se hace visible desde lejos por los árboles sombríos, chopos, álamos y fresnos, que formando dos líneas poco interrumpidas la limitan de uno y otro lado y componen una avenida enorme que se estiende en lallanura cubierta de césped, como una serpiente gigantesca.

Mas acá se ve sobresaliendo de entre las casas contiguas el hermoso edificio impropiamente llamado *la garita*, y no lejos de él la plaza de Santiago y El Tecpan, casa de educacion para la niñez desvalida, que merece las atenciones del gobierno, de nuestros potentados, y de todo el que aspire á unir su nombre al recuerdo de una obra meritoria. En frente y á la izquierda está el convento de Santiago Tlaltelolco.

Ahí le teneis descollando sobre un conjunto informe de casas edificadas posteriormente, parásitas del monumento, y que sin embargo de ser bien altas no pueden privarle enteramente del efecto agradable que produce la gallardía de su figura. Señoréalas á todas graciosamente, ostentando la série horizontal de sus bóvedas llamadas hornacinas, y sus dos torres, incompleta la una y la otra delgada, esbelta y aérea, como un alminar.

Hay en Méjico iglesias de mayores dimensiones y de formas

indudablemente mas correctas y elegantes; pero ninguna, sin esceptuar las de Loreto y San Fernando, que por su situacion, por los edificios que la rodean, por los árboles cercanos y por mil otros accidentes que seria prolijo enumerar, ofrezca á la vista una imágen mas bella y atractiva que la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Y si á esto se agrega el caudal de memorias que atesora, el prestigio infinito que en la mente ejerce la historia no ya tan solo del monumento, sino del sitio donde se asienta, tendremos suficiente disculpa en dejar una tarde los placeres con que embriaga al alma la moderna Tenochtitlan, y en derezar los pasos al antiguo reino de Quaquauhpitzahua, para pensar y meditar en medio de ese vasto cementerio de generaciones y en presencia de un templo que guarda los secretos de mas de dos centurias.

Desde luego nos sale al encuentro dominando todos nuestros recuerdos una imágen risueña, inocente, magestuosa; la representacion de la escena tierna y solemne conque se inauguró el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, destinado á la instruccion superior de niños indios.

Gobernaba en Méjico el primer virey, el benemérito D. Antonio de Mendoza, á quien todos llamaban el padre de los indios, y era una mañana en que la ciudad aguardaba con ansia la salida de una procesion que habia de seguir á la magnífica funcion que se estaba celebrando en San Francisco.

La poblacion toda se agolpaba á las calles que conducen desde la Plazuela de Guardiola hasta la gran plaza de Santiago, saboreando en la imaginacion un espectáculo que se creia con razon fuese de los mejores de su especie, y que no se hizo esperar mucho tiempo.

En efecto, á una hora en que el calor del sol no era todavía molesto se oyó un repique en la iglesia de San Francisco que anunciaba el fin de la misa, y poco despues se vió desfilar la procesion.

Figuraban en ella ademas de las autoridades subalternas, civiles y eclesiásticas, el virey, el Illmo. Sr. Zumárraga y el obispo de Santo Domingo D. Sebastian Ramirez de Fuenleal que habia sido presidente de la segunda audiencia de Méjico. Pero lo que mas llamaba la atencion eran unos cien indios niños que en dos filas caminaban con la mayor compostura por delante de la comunidad de franciscanos, que aun era poco nu-

merosa, y de los personages antes mencionados: eran estos niños hijos de los caciques ó principales señores de los pueblos y provincias de la entonces Nueva-España; y sus deudos los veian pasar en aquellos instantes por la carrera de la procesion con un gozo que solia acibarar la tristeza al pensar que, si bien los habian traido para que se educaran, iban en breve á dejarlos al cuidado de manos estrañas, mientras ausentes ellos en su domicilio respectivo, desearian en vano prodigarles las atenciones que solo se hallan en el seno de la familia.

Mas á pesar de esta consideracion, que en ciertos momentos se les presentaba con tintas muy sombrías, ellos eran los primeros en mostrarse satisfechos de la benevolencia con que se trataba á los educandos, y para acreditarlo del modo mas esplícito hacian que sus sirvientes fueran delante de la procesion esparciendo flores y yerbas olorosas.

Poniendo las plantas en esta alfombra natural, llegó al fin toda la concurrencia al gran patio ó cementerio de la iglesia de Santiago, que no era la que hoy está en pié, como despues diremos; y luego que entró en ella, predicó un sermon el P. Fr. Alonso de Herrera, habiendo hecho antes lo mismo en San Francisco el Dr. Cervantes.

De allí pasaron los colegiales presididos del virey, los obispos y los religiosos al refectorio del convento, donde se les tenia preparada la comida, la cual costeó el Sr. Zumárraga; y mientras la tomaban unos y otros, escucharon un nuevo sermon predicado por el P. Fr. Pedro de Rivera. Este discurso sirvió, segun dice Vetancurt, de *inicio* ó entrada á los estudios.

Al dia siguiente nos encontramos á la juventud asistiendo á sus cátedras; y pasados algunos lustros la contemplamos iniciada en las buenas letras y en casi todas las ciencias útiles como la gramática, la filosofía, la medicina y aun en las artes de mero adorno como la música. ¡Loor eterno á los primeros que difundieron la luz del saber en nuestro suelo! La gloria ha escrito sus nombres en los fastos de Méjico, y estos nombres jamás se borrarán porque los guarda contra las injurias del tiempo y del olvido, la gratitud que profesa todo pecho honrado al hombre que emplea el poder en beneficio de sus semejantes. Si todos los vireyes que sucedieron á D. Antonio de Mendoza hubieran imitado el hermoso ejemplo que les dejó, y si las virtudes de los primeros religiosos que evangelizaron á nuestro

pueblo hubieran resplandecido en los que les siguieron, no cabe duda que la mano que por tres siglos gobernó la colonia sería hoy objeto de nuestras bendiciones, y que la nacion toda, y mayormente la raza indígena, le deberian un bienestar y una ilustracion que distan mucho de poseer. Mas por desgracia pronto se cansa el hombre de seguir el sendero del bien: apenas da los primeros pasos cuando retrocede; y no sin razon ha sido considerada como una de las virtudes mas difíciles, la perseverancia.

II.

EL COLEGIO DE SANTA CRUZ.

Personas hay imbuidas en la creencia de que la iglesia de Santiago Tlaltelolco fue la primera que se edificó en Méjico. Fíndanse tal vez en una tradicion, segun la cual fue levantada la iglesia primitiva de la capital en el mismo sitio que ocupaba el templo mayor de los aztecas, dedicado á Huitzilopochtli, que como dice Villaseñor en su *Teatro Americano*, se asentaba en el barrio de los tlaltelolcas; por lo que el aserto de este autor ha servido para corroborar aquella creencia.

Pero lo cierto en este punto es, que por los datos que ministran historiadores mas antiguos y á quienes se supone mejor informados, se puede con esactitud fijar el asiento del templo del Marte mejicano en la superficie limitada actualmente por las calles del Empedradillo, 1ª de Santo Domingo, de Cordobanes, parte de la de Montealegre, de Santa Teresa, del Arzobispado, y por la línea que corre desde esta última atravesando el atrio de la catedral hasta tocar con la primera.

Así que, en el supuesto de que la primitiva iglesia de Méjico haya sido edificada en el sitio que ocupó el templo de Huitzilopochtli, esa iglesia no pudo ser la de Tlaltelolco, sino la de que habla Vetancurt al designar el sitio del primer convento de franciscanos. Pero hay mas todavía.

Sigüenza y Góngora, citado por Cabrera, asegura que la primera iglesia de que vamos tratando fue la que se levantó en el cementerio de la catedral, destinada á parroquia y dedicada al apòstol Santiago, con cuyo nombre fue conocida: esa iglesia vino á tierra cuando se empezó á construir otra de mayores dimensiones, tambien parroquia, que se llamó de Nuestra Señora, y fue erigida en catedral por el papa Clemente VII, la cual desapareció asimismo luego que estuvo muy adelantada la obra de la catedral actual.

Pero Santiago era y es el patron de las Españas; *¡Santiago y cierra España!* fue siempre el grito de guerra de los hijos del Cid y de Pelayo; y creian firmemente que á las batallas que dieron por resultado la conquista de nuestro país cooperò el apóstol, como lo habia hecho antes peleando caballero contra los moros: durante el sitio de Méjico se le vió, segun afirma el buen Cabrera, acompañando á la Vírgen de los Remedios que apretaba los puños llenos de tierra, para arrojarla despues á los ojos de los mejicanos. He aquí por qué, en debido homenage de agradecimiento, dedicaron los conquistadores la primera iglesia de la capital á su protector Santiago. Y una vez derribada ¿era posible dejar de edificarle otra para perpetuar sus cultos?

No, en verdad, y esta obligacion impuesta por un sentimiento respetable en sí mismo, fue probablemente la que diò orìgen á la iglesia y convento de Santiago Tlaltelolco.

Sea de ello lo que fuere, es positivo que esta iglesia y convento se edificaron desde los primeros años que siguieron al establecimiento de los españoles en Anáhuac, y poco tiempo despues de la fundacion del monasterio de San Francisco. Que desde entonces la iglesia de Tlaltelolco fue parroquia, es un hecho que tampoco puede ponerse en duda, si se atiende á que el cura de San José de Naturales no podia cuidar mas que de sus feligreses de Tenochtitlan.

Pero hácia ese mismo tiempo acaecian dos hechos dignos de notarse. Mientras esclavizaban á los indios los bárbaros conquistadores; mientras les negaban la racionalidad, y por lo mismo la capacidad para ser iniciados en la doctrina del cristianismo; y mientras sostenian unos que era inútil enseñarles las ciencias, conceptuándolos de muy limitado entendimiento, y otros que no era conveniente ilustrarlos por temor de que se rebelaran contra el gobierno, Fr. Pedro de Gante tenia su fa-

mosa escuela de artes en el sitio donde está ahora el colegio de Letran, y en el convento de San Francisco, haciéndose sordos los religiosos á los clamores de la ignorancia y la codicia, instruian á la juventud indígena en el idioma latino.

Daba impulso á estas tareas D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, hombre benéfico y amante de los adelantos en la ciencia, ordenando á los franciscanos que insistiesen en la enseñanza de los naturales para descubrir la aptitud de estos y confundir á los que los detractaban; y correspondiendo aquellos á este afan, lograron que sus discípulos llegaran á ser aventajados latinos.

Justo es mencionar al catedrático que mas descolló por sus buenas prendas en la enseñanza de este ramo de los conocimientos humanos, y fue el P. Fr. Arnaldo de Bassac, ó Bassacio, como entonces se le llamaba, latinizando, ó mas bien, castellanizando su apellido transpireuaico. Francés de nacion, hijo de una familia ignorada, como las de la mayor parte de los religiosos de aquel tiempo; persona de talento no comun, cuya juventud pasó inadvertida de la historia, todo lo que de él sabemos es, que siendo profeso en uno de los cōventos de la provincia de Aquitania, vino en el año de 1530 á la del Santo Evangelio de Méjico. Aprendió con suma brevedad la lengua azteca, y llegó á hablarla con tal facilidad y correccion, que admiraba á los mismos indígenas; siendo por estas prendas, así como por sus buenas costumbres, uno de los que mas cautivaban los corazones desde el púlpito. Consagrado á los ejercicios de la penitencia, vivia en la mayor estrechez, siendo muy severo consigo mismo, aunque afable y complaciente con los demas. El fue quien en Cuauhtitlan enseñó antes que otro ninguno la música y puso capilla de cantores. Murió en el convento de Tulancingo, donde fue sepultado su cuerpo.

Pero no obstante el empeño de este y otros religiosos de su órden por que los educandos aprovechasen en los estudios, todavía se echaba menos alguna mas formalidad en la enseñanza, un lugar mas á propósito para el recogimiento y la concentracion de las facultades intelectuales, circunstancias que tanto ayudan á la sólida instruccion, y sobre todo, una renta fija para el sustento de estudiantes pobres.

A estas necesidades proveyó de remedio la munificencia del primer virey, fundando el colegio de Santa Cruz en el convento de Santiago Tlaltelolco.

Para dotarlo competentemente impuso capitales á censo en varias fincas urbanas, y le hizo donacion de una hacienda que poseía en el Cazadero. Llámase así el campo que se estiende entre el pueblo de Jilotepec y el de San Juan del Rio, y se le aplicó este nombre á causa de la montería que para dar gusto al mismo virey D. Antonio de Mendoza, hicieron allí mas de quince mil indios, al modo que las hacian sus antepasados, esto es, situándose como un muro viviente que abrazaba un círculo de algunas leguas y estrechándose á medida que se acercaban al centro, donde se juntaba una muchedumbre de animales de caza, que asustaban ellos al andar y mataban en seguida.

Procuróse, en cuanto fué dable, que la vivienda de los alumnos tuviese las mayores comodidades. Comian juntos en refectorio, y dormian en una gran sala comun, que llamaban dormitorio de monjas, donde cada cual tenia su lecho compuesto de tarima, frazada y estera ó petate. Para guardar los libros y la ropa poseia tambien cada uno su cajuela con llave. El tenor de vida que observaban era, segun la describe Torquemada, semimonástica. "A prima noche decian los maitines de nuestra Señora y las horas á su tiempo, y en las fiestas cantaban el *Te Deum laudamus*. En tañendo á prima los frailes (que es luego en amaneciendo) se levantaban, y todos juntos en procesion venian á la iglesia vestidos con sus opas, y dichas las horas de nuestra Señora en un coro bajo que hay en la iglesia, oian una misa, y de allí se volvian al colegio á oir sus lecciones. En las fiestas, se hallaban en la misa mayor y la oficiaban."

Siendo esto así, las lecciones que con algun fruto empezaron á recibir los niños mejicanos en el convento de San Francisco, vinieron á continuarlas á Santiago Tlatelolco en un colegio en toda regla y bajo la direccion de eclesiásticos instruidos y virtuosos, habiendo podido todavía asociarse á esta obra meritoria el P. Fr. Arnaldo de Bassac, que siguió enseñando gramática latina.

III.

IGLESIAS PRIMITIVAS.—ESTUDIANTES CELEBRES.

Se estrañará hoy dia no hallar en la iglesia el coro bajo de que nos habla el P. Torquemada; pero hay que saber que la existente es la tercera de las que se han edificado en el mismo sitio.

La primitiva iglesia de Tlaltelolco fue propiamente una capilla ú oratorio, sobre la cual estaban las viviendas de los religiosos. Hízose despues otra mas capaz por los años de 1543, que era de tres naves segun Motolinía, y en la que sin duda estaba el coro bajo de que se ha hablado. Ultimamente se erigió la que hoy existe, debida al sudor de los indios, que trabajaron en la fábrica con la mayor alegría y sin salario alguno. Dirigió la obra como perito el P. Torquemada, segun nos informa en el prólogo de su *Monarquía Indiana*, y puso mano en ella tambien el P. Fr. Juan Bautista, guardian que fue del mismo convento, autor de muchos escritos celebrados, y al cual llamaban en su tiempo el Ciceron de la lengua mejicana. Costó este edificio mas de noventa mil pesos, y se dedicó en el año de 1609.

Mas no perdamos de vista el colegio.

La obra del virey D. Antonio de Mendoza fue dignamente continuada por el sucesor de tan noble caballero, D. Luis de Velasco, el cual, informado de que las rentas del establecimiento no eran ya bastantes para sustentar á los colegiales, cuyo número habia crecido, lo puso en conocimiento del emperador, obteniendo por este medio la autorizacion competente para aumentarlas cada año con doscientos ducados tomados del real erario.

En cambio de este corto sacrificio por parte del gobierno, creció lozana la tierna planta de Tlaltelolco, y no defraudó las esperanzas de los que con tanto anhelo la cultivaron al principio; aquellos niños de color oscuro y de tímido mirar, á quienes conceptuaban idiotas los orgullosos castellanos, llegaron á ser

en breve jóvenes provechosos á la patria sirviéndole con sus conocimientos, ora ayudando á escribir las obras que debemos á la pluma de los primeros franciscanos, ora desempeñando cátedras en el mismo colegio donde fueron alumnos, y ora, en fin, ocupando con honra los puestos públicos á que, segun su condicion, eran llamados.

Sin acudir á muchos ejemplos, solo citaremos á dos de esos jóvenes, Hernando de Rivas y D. Antonio Valeriano. Fue el primero natural de Texcoco y grandemente perito en idioma latino, tanto, que con la mayor facilidad traducia en castellano y mejicano cualquier escrito en latin, atendiendo más al sentido que á la letra. Ayudó al P. Fr. Alonso de Molina en la composicion del vocabulario de la lengua mejicana, y á Fr. Juan de Gaona en la del libro, escrito en la misma lengua, titulado: *Coloquios de la paz y tranquilidad del alma.* Murió en el año de 1597.

D. Antonio Valeriano, natural de Atzcapotzálco, fue varon señalado en conocimientos de latinidad y filosofía, y sucedió en las cátedras á los que habian sido sus maestros. Despues de algunos años de profesorado, fue electo gobernador de la parcialidad de San Juan, y desempeñò el cargo por mas de treinta y cinco años, con grande aceptacion de los vireyes y edificacion de los españoles, como dice Fr. Juan de Torquemada, que fue su discípulo en la lengua mejicana. Voló su fama hasta la Península, y el rey le dirigió una carta en que elogia su talento y se le muestra muy complacido por la conducta que observaba. Murió en el año de 1605, y á su entierro que fue en la capilla de San José de Naturales, asistiò un concurso numeroso, así de indios como de españoles, entre los cuales se hallaron presentes los colegiales de Tlatelolco por haber sido el finado su catedrático, segun dijimos. Refiérese que dejó varios escritos tanto en latin como traducidos del mejicano en español, entre otros una traduccion de Caton, "cosa cierto muy para estimar," como se espresa el historiador antes citado. Suponemos que el Caton de que se trata es Dionisió, que floreció en el siglo tercero de nuestra era, y que escribió los cuatro libros de *Disticos morales.*

El ejemplo de estos dos indios eminentes, cuyo saber y pureza de costumbres encarecen los historiadores de aquel tiempo, pudo haber sido bastante para convencer á los incrédulos

de que los hijos del país no solo eran capaces de aprender las ciencias, sino susceptibles de la mas esmerada educacion literaria; pero hubo ademas hechos ruidosos que acreditan haber sido menester adquirir ese convencimiento mediante sacrificios de amor propio, y de ellos referiremos uno muy celebrado en las crónicas.

Fue el caso, que un clérigo recien venido de España, de los que recitaban latin sin saber una regla de gramática, como habia muchos en aquella época; no pudiendo creer que los indios sabian la doctrina cristiana ni mucho menos el idioma latino, acertó á pasar un dia por Tlaltelolco á tiempo que salian del aula los estudiantes, y acercándose á uno de ellos ignorando que lo era, le preguntò si sabia el *Pater Noster*.

—Sí, padre, contestó el indio.

—Pues bien, dilo.

El estudiante lo recitó á satisfaccion del clérigo; pero insistiendo este en su tema, añadió:

—Ahora dí el credo.

Obedeció el examinado y comenzó á decirlo en latin; mas al llegar á las palabras *Natus ex Maria Virgine*, replicóle su interlocutor:

—*Natus* no es bien dicho, sino *Nato*.... sí, *Nato ex Maria Virgine*.

—No, padre, *Natus* es lo que pide la gramática.

—Cómo! No puede ser....

—*Reverende pater*, dijo entonces el colegial queriendo traer á su adversario al terreno de la gramática, *Nato, cujus casus est?*

El reverendo, que ni siquiera entendió la pregunta, confuso y sin saber qué responder, tartamudeó una respuesta, que todo pudo ser menos congruente, y se despidió del indio con el rostro encendido de vergüenza.

IV.

LOS LECTORES DEL COLEGIO.

Hemos consagrado un recuerdo á los alumnos, y justo es que no nos olvidemos de los maestros.

Ya hemos hecho mencion en otra parte de Fr. Maturino Gilberti, que escribió un tratado de gramática latina para los estudiantes de Tlaltelolco, y del P. Fr. Andrés de Olmos, aunque respecto de este religioso no hemos indicado todavía la parte que tuvo en la enseñanza de los colegiales, que fue grande: baste decir, que durante el tiempo que residió en la capital, antes de partir á misionar entre infieles y mientras se dedicaba á las lenguas mejicana, huasteca y totonaca, que llegó á poseer con perfeccion, tuvo á cargo la cátedra de latinidad con gran aceptacion de sus prelados y provecho de los estudiantes.

No menos benéfico á estos fue el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Este insigne religioso, natural de un lugar de España que tiene por nombre su apellido, hizo sus estudios en Salamanca y tomó el hábito en el convento de aquella ciudad. Pasó á Méjico en 1529 con Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, y desde luego se hizo estimar por sus raras prendas, habiendo merecido no solo la benevolencia de sus hermanos, sino lo que entonces se consideraba como un bien escelso, la amistad y frecuente trato con el V. Fr. Martin de Valencia. Fue guardian varias veces; pero su amor al estudio le obligó despues á renunciar ese cargo y á pretender el de lector en el colegio de Santa Cruz, que consiguió sin dificultad, conocida como era de los superiores su aptitud para la enseñanza. Ya desde la fundacion del establecimiento habia sido nombrado catedrático juntamente con el doctísimo Fr. Juan de Gaona, y así entonces como despues sobresalió por su amor á la juventud mejicana, á quien con la mayor paciencia hizo aprender á leer y escribir, estendiendo asimismo su cuidado á instruirla en la música. Pero el ramo que principalmente enseñó fue la gramática, así como su compañero, la retórica y filosofía.

Frutos de su talento y laboriosas investigaciones fueron varias obras de que hablan con elogio los cronistas, entre otras, *el arte de gramática mejicana*, *Sermones para todo el año*, en mejicano, *Comentarios al Evangelio, para las misas solemnes de dia de precepto*, *la Historia de los primeros pobladores franciscanos en Méjico*, *Escala espiritual*, que fue, segun se dice, la primera obra que se imprimió en Méjico, en la imprenta que trajo de España Hernan Cortés, y el *Diccionario trilingüe de español, latin y mejicano*, que tuvo en las manos el P. Vetancurt, y que ignoramos si habrá llegado á las de la posteridad.

Pero ninguna de sus producciones ha sido en nuestros dias tan celebrada como la *Historia general de las cosas de Nueva-España*, y ninguna ciertamente que mas merezca serlo, así por su gran mérito y las circunstancias de su formacion, como por la mala suerte que corrió en su tiempo, la cual influyó notoriamente para que permaneciese inédita hasta nuestro siglo.

Esta obra fue dividida por el autor en doce libros, de los cuales el duodécimo trata de la conquista de Méjico. Como lo indica su título, abraza una materia importante y muy estensa, que hasta la fecha en que se propuso estudiarla nuestro fraile, habia sido vista por sus hermanos con descuido, ó por lo menos con bien poca aficion. El le consagró los afanes de la mitad de su vida. En cuanto á los motivos que le obligaron á tomar la pluma y los medios de que se valió para salir airoso de la empresa con el tino y escrupulosidad á que era tan inclinado, nadie mejor que él puede informarnos; y así para este objeto como para dar una muestra de su estilo á quien no le conozca, trasuntaremos la parte conducente del prólogo que puso al principio del libro segundo. Hé aquí cómo se espresa:

"Como en otros prólogos de esta obra he dicho, á mí me fue mandado por santa obediencia de mi prelado mayor, que escribiese en lengua mejicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutenencia de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan. Recibido este mandamiento, hice en lengua castellana una minuta ó memoria de todas las materias que habia de tratar, que fue lo que está escrito en los doce libros y la postilla (comentario) y cánticos, la cual se puso de prima tijera en el pueblo de Tepeapulco, que es de la provincia de Culhuacan ò Texcoco: hízose de esta manera. En el

dicho pueblo, hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba D. Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy esperimentado en las cosas curiales, bélicas y políticas, y aun idolátricas. Habiéndolos juntado, propúseles lo que pretendia hacer, y pedíles me diesen personas hábiles y esperimentadas con quien pudiese platicar, y me supiesen dar razon de lo que les preguntase. Ellos me respondieron que se hablarian acerca de lo propuesto, y que otro dia me responderian, y así se despidieron de mí. Otro dia vinieron el señor con los principales, y hecho un muy solemne parlamento, como ellos entonces lo solian hacer, que así lo usaban, señaláronme hasta diez ó doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podia comunicar, y que ellos me darian razon de todo lo que les preguntase. Estaban tambien allí hasta cuatro latinos, á los cuales yo pocos años antes habia enseñado la gramática en el colegio de Santa Cruz en el Tlaltelolco. Con estos principales y gramáticos tambien principales, platiqué muchos dias cerca de dos años (siguiendo el órden de la minuta que yo tenia hecha). Todas las cosas que conferimos me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban: los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaracion al pie de la pintura. Tengo aun ahora estos originales. Tambien en este tiempo dicté la postilla y los cantares; escribiéronle los latinos en el mismo pueblo de Tepeopulco. Cuando fue al capítulo donde cumplió su hebdómada el padre fray Francisco Toral, el cual me impuso esta carga, me mudaron de Tepeopulco llevando todas mis escrituras: fuí á morar á Santiago del Tlaltelolco; allí juntando los principales, les propuse el negocio de mis escrituras y les demandé me señalasen algunos principales hábiles, con quien examinase y platicase las que de Tepeopulco traia escritas. El gobernador con los alcaldes me señalaron hasta ocho ó diez principales escogidos entre todos muy hábiles en su lengua, y en las cosas de sus antigualla-; con los cuales, y con cuatro ó cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo mas encerrados en el colegio, se enmendó de claro, y añadió todo lo que de Tepeopulco traje escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de mi letra, porque se escribió con mucha prisa. En este escrutiño ó exámen, el que mas trabajó de todos los colegiales, fue Martin Jacobita, que entonces

era rector del colegio, vecino de Tlaltelolco, del barrio de Santa Ana. Habiendo hecho lo dicho en el Tlaltelolco, vine á morar á San Francisco de Méjico, con todas mis escrituras, donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas, y las torné á enmendar, y dividílas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos. Despues de esto, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, y general de Méjico el padre fray Diego de Mendoza, con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros, y se enmendó y sacò en blanco la postilla y los cantares, y se hizo un arte de la lengua mejicana, con un vocabulario apéndiz, y los *mejicanos* añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco; de manera, que el primer cedazo por donde mis obras se pasaron fueron los de Tepeopulco, el segundo los de Tlaltelolco, el tercero los de Méjico, y en todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales."

Llamaron muchos á esta obra cuando se estaba formando, *Calepino*, figurándose acaso que lo que en ella trataba principalmente el autor era, dar á conocer la lengua mejicana, que conocia perfectamente, al modo que lo hizo aquel polígloto con respecto á la romana. Apesar de que la naturaleza del libro de que hablamos no corresponde á esta creencia, puede él considerarse como el tesoro mas copioso de las voces y locuciones propias y elegantes del mejicano, siendo aun por solo este título de una utilidad y escelencia indisputables.

Pues bien, Sahagun tuvo el sentimiento de ver que su trabajo era tenido en poco, ó mas bien, que se le reputaba peligroso y aun nocivo á los naturales del país. Creyóse erradamente que un escrito en que aparecia la relacion fiel y por estenso de los dogmas y ritos de la idolatría azteca, podia hacer infructuosas las tareas de los misioneros enderezadas á desarraigar la supersticion y á sembrar la semilla del cristianismo en el entendimiento de los mejicanos, sin reparar que el sábio historiador se encargò en el mismo libro de impugnar aquellos dogmas absurdos y ritos sanguinarios, presentando así el antídoto al lado del veneno.

La obra fue pues acogida con disfavor de parte de los religiosos, y so pretesto de que el traslado de los manuscritos que Sahagun habia acopiado, era un gasto exhorbitante para el con-

vento, quedó aquella á medio concluir y arrinconada por espacio de mas de cinco años.

En este tiempo hizo el autor un sumario de toda ella, que llevaron consigo á España los padres fray Miguel Navarro y fray Gerónimo de Mendieta, el cual fue á dar á manos de D. Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias. Este sugeto hizo de él toda la estimacion que merecia, y por encargo suyo, luego que vino de comisario general el P. Fr. Rodrigo de Sequera, se recogieron los preciosos manuscritos, que estaban diseminados en varios conventos de la provincia, y se mandó á nuestro historiador que los tradujese en castellano, proveyendo de lo necesario para que se trasuntasen de nuevo, ordenándolos en dos columnas por página, la lengua mejicana en una y el romance en la otra.

Hecho esto, y añadida una columna más destinada á la declaracion de los vocablos mejicanos, señalados por sus cifras, quedó dispuesto el libro en dos volúmenes de á folio y fue enviado á Madrid. Todo conspiraba á hacer creer que allí seria dado á la estampa; pero lo cierto es que desde entonces volvió á caer en su anterior desgracia, y desconocido por mas de dos siglos, aunque no del todo olvidado, solo hasta fines del anterior amaneció de nuevo en el horizonte literario, merced al laudable empeño de D. Juan Bautista Muñoz. Este literato halló el manuscrito en la biblioteca del convento de Tolosa en Navarra, y de la copia que hizo él de propio puño se sacaron dos, una que publicó lord Kingsborough en 1830 en el tomo sesto de su compilacion (de que hay un ejemplar en el museo nacional de antigüedades), y otra que costeó para sí nuestro compatriota D Diego García Panes, que fue la que dió á luz un año antes en Méjico D. Cárlos María de Bustamante.

El destino singular de esta obra, á quien ni su mucha importancia pudo librar del olvido y de una celebridad tardía, harán en todo tiempo desmayar á los autores cuyas producciones se encuentren en las mismas circunstancias, cuando su pluma no obedezca otro móvil que el amor á la gloria contemporánea; mas no á los que aspiran á otra especie de renombre, al que otorga reconocida la posteridad á los ingenios cuyos partos se encaminan al bien del linage humano. En esta segunda categoría está colocado nuestro historiador. Dedicando sus obras al P. Rodrigo de Sequera, le dice, entre otras cosas:

"de manera, que el sér y valor que tienen y tendrán, á solo el que las favoreció para que saliesen á luz, se ha de atribuir más que no al autor." Aunque envuelto en un velo de modestia, se percibe en estas palabras el sentimiento que abrigaba el P. Sahagun del mérito imperecedero de sus escritos; sentimiento que le mantenia firme en el propósito de darlos á conocer á pesar de la injusticia de sus opositores, y que le vaticinaba el aprecio que haria de ellos la gente venidera, dado que no lograse durante sus dias contrastar esa injusticia. Simpatiza el corazon con un hombre que descansando solo en su conciencia, aguarda lleno de confianza el fallo de los siglos por venir, y causa admiracion ese su empeño en ofrecer al mundo una obra acabada para labrarse una fama póstuma, mayormente si se compara con la frivolidad que distingue á no pocos escritores de nuestro tiempo, sobrado impacientes por ganar gloria, y muy descuidados en saberla merecer.

Despues de cuarenta años de enseñar á los colegiales de Tlaltelolco, murió el P. Sahagun á los sesenta de su edad en el convento de San Francisco, en cuyo templo fue sepultado su cuerpo, acompañándole al sepulcro las lágrimas de los indios y de todos los hombres que estiman en su valor real una vida consagrada al culto de la virtud y de la ciencia.

Para completar el cuadro de los primeros lectores del colegio de Santa Cruz, señalaremos tambien como uno de ellos al P. Fr. Francisco de Bustamante, natural del reino de Toledo, varon docto, que vino á nuestro país en 1542; enseñó artes y teología en el citado establecimiento; fue provincial y comisario general dos veces, y habiendo pasado á España á negocios del bien público, segun dice Vetancurt, murió en Madrid á 1º de Noviembre de 1562. No olvidaremos tampoco á los PP. Fr. Juan de Gaona y Fr. Juan de Focher, este francés y aquel natural de Búrgos, descollantes ambos en el conocimiento de la lengua mejicana y autores de varias obras la mayor parte inéditas; tan casto y modesto el primero, que se le proponia por dechado á las doncellas, y tan docto el segundo, especialmente en cánones, derecho civil y teología, que aun los sábios le consultaban para oir su parecer; siendo este tan acreditado, que el P. Fr. Alonso de la Veracruz, fundador de la universidad de Méjico, al saber la muerte de nuestro fraile, esclamó: —¡Focher es muerto, pues todos que damosen tinieblas!

Habiendo tratado de los primeros alumnos y lectores que ilustraron el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, faltaríamos á un deber si pasáramos adelante sin detenernos á contemplar la hermosa figura del mejor guardian del convento de Santiago, del historiador de Méjico, cuya obra ha llegado hasta nosotros acompañada siempre de merecido aplauso, en fin, del autor de los *Veintiun libros rituales y Monarquía Indiana.*

V.

FRAY JUAN DE TORQUEMADA.

El cronista Vetancurt, sin saberse por qué razon, negó en su *Menologio franciscano* un lugar al religioso cuyo nombre hemos colocado al principio de este capítulo. Toda la noticia que de él nos da se reduce, á que fue hijo de la provincia del Santo Evangelio y su cronista; que salió electo provincial en el capítulo celebrado en Xochimilco en 18 de Enero de 1614, y que escribió y publicó la vida del beato Sebastian de Aparicio, así como la historia que acabamos de mencionar, respecto de la cual añade que se valió para formarla de los muchos escritos de los mas antiguos padres y señaladamente del libro que compuso Fr. Gerónimo de Mendieta, intitulado *Historia eclesiástica indiana* que pasó á manos del P. Fr. Juan Bautista y de ahí á las de nuestro historiador, su discípulo. Pero algunos apuntamientos propiamente biográficos, la indicacion siquiera de los lugares donde nació al mundo y á la órden seráfica, esto es lo que no ha hecho Vetancurt, y semejante proceder le ha acarreado la fea nota de envidioso.

Mas no solo se contentó con ese desden, sino que obrando con la mayor injusticia no ha dudado callar un hecho que fue sin duda reputado en aquellos tiempos como un timbre para el P. Torquemada, queremos hablar de la parte señaladísima que tuvo este en la ereccion de la actual iglesia de Santiago Tlal-

telolco; atribuyendo su émulo toda la gloria de ese hecho al P. Fr. Juan Bautista, siendo así que no hizo mas que sacar de cimientos el edificio, el cual fue levantado hasta cerrarlo con bóvedas por el autor de la Monarquía Indiana. Dirigió él igualmente la obra del retablo principal, y—oigamos cómo se espresa:—"sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo solo, que para haber de salir con ello, tuve necesidad de muy grande estudio en cosas de arquitectura; la cual me comunicó el Señor sin haberla estudiado ni sabido, ni aprendido de maestros, que suelen enseñarla, aprovechándome de los libros que de esto tratan."

Esta malquerencia de Vetancurt es tanto mas inesplicable cuanto que él se sirvió de casi todas las noticias importantes sembradas en la Monarquía Indiana para componer en gran parte su *Teatro Mejicano*, siendo no pocos pasajes de esta obra una verdadera copia ó traslado de pasajes de aquella. Y con todo, se atreve á notar de plagiario á Torquemada por haberse aprovechado, para la formacion de su libro, de los escritos de autores que le precedieron en el desempeño del mismo asunto; siendo así que, tomando en tal sentido la palabra plagiario, casi no queda historiador que no lo sea, como observa muy bien el Sr. Garcia Icazbalceta. Mas la posteridad ha tomado á su cargo la venganza de este agravio á todas luces inmerecido, y dejando á cada uno de nuestros dos historiadores en el buen lugar que les corresponde, ha inclinado sin embargo la balanza de la justicia del lado de Torquemada, y aun no ha faltado autor (Clavijero) que ponga sobre el libro de Vetancurt la misma tacha con que él pretendió afear el de aquel escritor.

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el mal causado por el autor del *Menologio*, es acaso irreparable: pudiendo, á no dudarlo, haber derramado abundante luz sobre la vida de Fr. Juan de Torquemada, nos ha dejado en tinieblas, y fuera de las escasas noticias antes dadas, todo lo que sabemos acerca de este buen religioso es que fue natural de España; que vino niño á Méjico y tomó el hábito de S. Francisco en el convento hácia fines del siglo décimosesto; que se dedicó con ardor á recoger todas las tradiciones que pudieran suministrarle material para su preciosa obra; que trabajaba en ella sin desatender las obligaciones de su estado, y que murió siendo guar-

diau del espresado convento. El Sr. Ramirez, en sus noticias concernientes á Motolinía, fundado en algunos monumentos que consultó, fija el nacimiento de nuestro Torquemada por los años de 1563 ó 1565; su ingreso á la religion franciscana en el mes de Febrero de 1583, y su muerte en el año de 1624, de donde podemos inferir que alcanzó una edad de cincuenta y nueve ò sesenta y un años.

No obstante esta pobreza de noticias tocantes á la persona del fraile insigne, debemos consolarnos con la idea de que vive en sus obras, vive inmortal en sus escritos, y especialmente en su famosa historia mejicana. En ella es preciso estudiar el objeto del cuadro y al artista que con tanto primor y valentía manejaba el pincel. Todo seduce en esta produccion, el asunto y el modo de tratarlo, la materia y la forma; todo en ella da una idea favorable del escritor, y ¡cosa rara! interesa hasta por lo que á primera vista podria parecer mas insignificante, la dedicatoria.

Esta pieza sorprende de la manera mas agradable. Cuando las de su género que se escribian en aquella centuria dan grima de puro insulsas y rastreras; cuando en la mayor parte ofende, molesta, da vergüenza hallar entretejida la torpe adulacion con la mas ridícula pedantería, asombra ver en la de Torquemada el sello de una alma noble, la revelacion de un carácter independiente, digno y superior á las miserias de su siglo. Cuando hasta los poderosos buscaban á un magnate por mecenas, el humilde fraile no solicitaba para su libro mas amparo que el de Dios.

"Todos los que escriben libros (dice, hablando con la Divinidad) buscan modos como mas honrarlos y ampararlos de los que los calumnian; y unos los dedican á reyes y monarcas poderosos, pareciéndoles que en ellos está su defensa, y otros, á personas á las cuales se reconocen obligados, y en órden, ò de lisongearlas creyendo que en esto les dan gusto, ó de obligarlas á mayor gratitud y agradecimiento, les desentrañan las vidas y hacen largos procesos en contar las de sus pasados, hasta llegar al tronco y cepa donde comenzó su nobleza; pero al fin dan en laja, pues llegan á término donde se acaban las caballerías, y en el mismo se comienza á descubrir la hilaza de la masa de Adan, donde toda nobleza é hidalguía quedó por el suelo abatida, y el sambenito de la culpa primera puesto á

los pechos, que aunque mas se quiera cubrir con hábitos de San Juan, de Calatrava, Alcántara y Santiago, no es posible, por cuanto él campea sobre todos. Y poniéndome á considerar todas estas cosas, hallo por muy cierto, que todas tienen fin, y que no consiguen lo que pretenden los que les dedican sus obras; pues en muriendo el amparador, muere con él tambien la proteccion y amparo que les hacia; y no sabemos de ninguno que haya dejado en cláusula de testamento, ni en vínculo de mayorazgo, á sus sucesores y descendientes, que tomen á su cuidado los libros que en su nombre se imprimieron."

¿Puede apetecerse mas dignidad, mas elevacion de ideas, mas delicadeza de sentimientos, y al mismo tiempo una sátira mas fina? Esa elevacion se ve tambien patente en el juicio que de la historia en general tenia formado, el cual no dudaria prohijar un filósofo griego ó romano. "Es la historia (dice) un beneficio inmortal que se comunica á muchos: ¿qué depósito hay mas cierto y mas enriquecido que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas, y testimonio y argumento de las porvenir: ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece; los montes no la estrechan, ni los rios, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta á la diferencia de los tiempos, ni del lugar. Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres, y una recompensa de la brevedad de esta vida."

Otra de las prendas que resaltan en nuestro autor es el entrañable cariño que profesaba á los naturales del país; y así es que, enumerando las razones que le movieron á poner mano en su historia, "otra fue—nos valdremos de sus propias palabras—ser yo tan aficionado á esta pobre gente indiana, y querer escusarlos, ya que no totalmente en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlos, y sacar á luz todas las cosas con que se conservaron en sus repúblicas gentílicas, que los escusa del título bestial que nuestros españoles les habian dado."

Como este, hay innumerables pasages en su obra, que respiran el mismo afecto, siendo de notarse muy especialmente aquellos en que se muestra complacido de la conducta de Las Casas por el celo y perseverancia con que abogaba por la causa de los indios.

En conclusion, la Monarquía Indiana es uno de aquellos libros que debian andar en manos de todos nuestros patricios. Tiene sus pasages áridos, á veces aun molestos, por hallarse cargados de una erudicion pesada; pero estos lunares, que son los de casi todas las producciones literarias de su época, no hacen desmayar al lector, y una vez comenzada la lectura, no se deja fácilmente sino hasta haber apurado el deleite con que brinda. Buen estilo, locucion propia y generalmente esmerada, imágenes de brillante colorido, apreciaciones esactas, juicios filosóficos, sesudos, nobleza de miras, y sobre todo, gran copia de hechos y suma fidelidad en referirlos, he aquí las cualidades que aseguran á la obra de Torquemada la aficion y estima de la posteridad, y por las cuales se ha grangeado el autor el renombre de Tito Livio mejicano. Vivirán uno y otra mientras haya un lugar donde se hable la lengua de Mariana y de Cervantes, y mientras interese á la humanidad la suerte feliz ó desgraciada de los hijos de Anáhuac.

VI.

EL COLEGIO DE SAN BUENAVENTURA.

Desde el año de 1537 en que tuvo principio en Tlaltelolco el primer plantel literario, hasta el de 1564 en que terminó el gobierno del virey D. Luis de Velasco, inmediato sucesor como se ha dicho de D. Antonio de Mendoza, la juventud mejicana bebió las generosas aguas de la ciencia, dando muestras de lo que era y de lo mucho que podia ser.

Mas con la muerte del segundo de esos bienhechores, faltó la mano que la sostenia en la carrera de su perfeccionamiento: dejó de existir el colegio imperial de Santa Cruz, y dejó de existir porque los gobernantes que despues vinieron no estaban animados de los sentimientos que abrigaron sus antecesores para con la raza subyugada; y en vez de procurar instruirla,

solo trataron de embrutecerla privándola del beneficio de las luces para adormecerla en la esclavitud.

Tenian razon los tiranos. Cuanto mas degradados, cuanto mas envilecidos estuviesen los indios, eran menos capaces de sublevarse contra sus opresores, eran mas gobernables, tolerarian con mas docilidad los tributos y los trabajos á fuerza: por eso, en lugar de poner en sus manos la antorcha de la civilizacion, amontonaban nubes sobre su inteligencia; el hombre que nada conoce, nada apetece, á nada aspira, abdica su dignidad de sér inteligente y se convierte en máquina; y esto era precisamente lo que formaba el núcleo de la política que con nuestros compatriotas empleaban aquellos bajás: tener supeditados brutos y no racionales; en vez de súbditos, instrumentos.

Y es forzoso convenir, que en gran parte alcanzaron esa triste gloria; pero tambien debemos confesar que los primeros vireyes mostraron tendencias mas nobles, mas humanas, y dignas ciertamente de una administracion sábia y generosa. Y lo que en este punto llama la atencion es, que su ejemplo no haya producido en los que les sucedieron los frutos que eran de esperarse. ¡Qué! la idea de un pueblo oprimido, de un pueblo que desfallece bajo el peso del yugo, no los persegnia como un remordimiento eterno en sus horas de arbitrariedad y durante sus ensueños de codicia! ¡no los hacia sonrojarse de una conducta tan ruin y anticaballerosa, cuando habia tantos pechos virtuosos que la censuraban abiertamente, cuando habia un obispo de Chiapas que protestaba contra ella con toda la energía de la conciencia indignada!

El hecho es que á principios del siglo décimoséptimo y aun á fines del anterior, ya se notaba en los indios ese estado de postracion intelectual que llegó despues hasta la mas crasa ignorancia, y en muchos hasta la barbarie. Descuidóse enteramente su instruccion por parte del gobierno y por la de los frailes, pues que ya en estos empezaba á decaer el fervor primitivo Hubo mas: conceptuándolos indignos de civilizarse, todo el empeño que antes se puso en doctrinarlos en las ciencias y en las artes, se convirtió en favor de la juventud española, pareciendo, segun indica Torquemada, que los gobernantes tenian por mal empleado el bien que se hacia á nuestros naturales, y por tiempo perdido el que con ellos se gastaba.

El edificio del colegio de Santa Cruz, ampliado con aulas y

esmeradamente cuidado por el P. Sahagun y por el religioso que acabamos de nombrar, permaneció en pie muchos años, y todavía en el de 1605 se le mostraba como uno de los primeros monumentos de la civilizacion española que mejor hicieran rostro á las injurias del tiempo. Pero los colegiales habian desaparecido con el favor y proteccion que al principio se les otorgara, y el establecimiento estaba reducido á una escuela de educacion primaria para niños tlaltelolcas y de los barrios inmediatos, donde los religiosos los enseñaban á leer y escribir juntamente con la doctrina cristiana.

Trascurrió medio siglo, y ya ni esta fantasma del colegio existia: la absoluta falta de rentas, la incuria, las inundaciones todo conspiró á su ruina, y pocos años despues, una casa de estudios tan famosa se veia convertida en un monton de escombros.

Hácia este tiempo vino de comisario general de San Francisco el P. Fr. Juan de la Torre, que era hijo de esta provincia y fue despues obispo de Nicaragua. Advirtió el estado deplorable en que se encontraba un edificio tan estimado en otro tiempo y tan digno de celebridad eterna; pero en vez de poner mano en su reedificacion haciendo que, como el fénix, renaciese de sus cenizas, se conformó con erigir otro colegio, mas bien convento, cerca del sitio que ocupaba el antiguo, y es el que hasta nuestros dias ha subsistido con el título de San Buenaventura. Componíase de un claustro espacioso con treinta celdas, un refectorio capaz de contener cien frailes, sala *de profundis*, cárcel, general con asientos altos y bajos, aulas, biblioteca y otras oficinas destinadas á la comodidad de maestros y discípulos. Montó el costo de la fábrica á unos cincuenta mil pesos, y es presumible que los hijos de Tlaltelolco hayan contribuido á la ejecucion de la misma con su trabajo personal.

Demas de esto, el futuro obispo buscó un bienhechor que sustentase con sus limosnas á los estudiantes. Prestóse á desempeñar este papel honroso el Sr. D. Pedro de Soto López, síndico general de las provincias y alguacil mayor del Santo Oficio, imponiendo á censo en varias fincas cincuenta y ocho mil pesos, para que de los réditos se mantuviesen dos lectores de teología escolástica, uno de moral, y un maestro de estudiantes, de los cuales ocho habian de ser de la provincia del

Santo Evangelio, y ocho de las de Zacatecas, Guadalajara y la Florida.

Y aunque en recompensa de este beneficio le fue concedido á D. Pedro de Soto López el patronato del nuevo colegio, viéndose despues sin herederos, lo cedió á esta provincia en 15 de Marzo de 1661, la cual coronó la obra del fundador y del patrono, sosteniendo, reparando y aun hermoseando el establecimiento.

VII.

RESTABLECIMIENTO Y ESTINCION FINAL DEL COLEGIO.

Pero como acaba de verse, el colegio de San Buenaventura no era el seminario primitivo; y lejos de conformarse con el instituto de este, los estudiantes que en él eran educados no pertenecian á la juventud indígena: tampoco eran seglares, sino individuos de la órden franciscana, que salidos del noviciado, entraban en la carrera de los estudios, con objeto de adquirir los conocimientos indispensables para ejercer debidamente el ministerio santo á que estaban llamados.

Todo lo que entonces se hizo en favor de nuestros indios fue construir, en el lugar que ocupaba su colegio, dos grandes salas, donde se les volvió á enseñar á leer y escribir, cuya obra, que costó tres mil seiscientos pesos, fue debida al P. Fr. Domingo de Noriega; y para ver positivamente restablecido el seminario de Santa Cruz, es menester trasladarse á la centuria siguiente.

En efecto, con motivo de la visita que en 1728 hizo al convento de Santiago el oidor y juez de colegios reales D. Juan Olivar Rebolledo, tomó informes acerca del establecimiento primitivo; y reconocidos sus bienes existentes, derechos y acciones, y en atencion á su venerable antigüedad y á los hombres insignes que habia producido, de los que ya hemos hecho mencion poco antes, dió providencias para su reparo y nueva ereccion en Junio del citado año.

Hízose así con todo empeño, y en 19 de Noviembre del mismo se abrió el colegio con un acto dedicado al Illmo. Sr. obispo de Honduras, á que concurrieron los nuevos colegiales vestidos de manto azul y becas blancas, en el lado izquierdo de las cuales, sobre la encomienda de Santiago, se les colocó una corona imperial en memoria de Cárlos V, á quien se dió el honor de la primera fundacion; siendo de estrañarse que en las gacetas de ese tiempo no se haga ni siquiera mencion de D. Antonio de Mendoza, por cuyas órdenes y con cuyos bienes se erigió el primitivo seminario, segun hemos dicho.

"Los colegiales que se mantenian en el colegio, segun la gaceta de Diciembre del propio año, eran once, con el resíduo de las rentas antiguas y con limosnas del padre comisario general de la òrdende N. P. S. Francisco, que se le aplicaron al colegio. Con tan escasos haberes no es difícil de concebir la falta de formalidad del resuscitado colegio de Santa Cruz. Los padres franciscanos tenian grandes simpatías por el establecimiento, y de hecho hicieron muchos y repetidos esfuerzos para sacarlo del abatimiento y miseria en que yacia, particularmente en 1785, en que redoblaron sus instancias; pero todo fue en vano: las inundaciones, las pestes que despoblaron la parte norte y nordeste de la ciudad, la falta de agua potable, la injuria de los tiempos, la falta creciente de recursos y acaso las mismas causas que indicaba, como hemos visto, el repetido Torquemada, produjeron el abandono y total ruina del Colegio. Ya en 1811, época en que el Sr. Beristain escribia, no existia, como él mismo lo asienta, y al presente aun preguntamos dónde estaba el colegio imperial de Santa Cruz, que para muchos de nuestros lectores es desconocido hasta su nombre."

Respecto de esta última noticia, que acabamos de trasuntar de un artículo del Sr. Berganzo, publicado en el Diccionario de Historia y Geografía, hay que hacer dos advertencias.

Tan cierto es que los franciscanos se interesaron en el restablecimiento y subsistencia del colegio de Santa Cruz, que el R. P. Fr. Fernando Alonso Gonzalez, coadyuvando á los deseos de D. Juan Olivar Rebolledo, costeó la biblioteca del mismo colegio, contribuyó para los gastos de la conduccion del agua al barrio de Tlaltelolco, y pagó el vestido de siete colegiales caciques. Nació este religioso en Medina del Campo; tomó el hábito en el año de 1689, y en el de 1700 pasó de

misionero á la provincia de Michoacan, en donde permaneció algunos años. Vino despues á Méjico, y en el de 1734, á 28 de Diciembre, murió en el convento de Santa María la Redonda.

Debemos tambien advertir, que no es tan difícil determinar la situacion del colegio de Santa Cruz, si se tiene en cuenta que desde el principio estuvo anexo al convento de Santiago Tlaltelolco, y que, segun nos informan los cronistas, la puerta principal de aquel edificio daba al patio del segundo. Esto supuesto, y admitiendo que el convento de San Buenaventura no sea mas que el antiguo reedificado; si se nos preguntara dónde estuvo el colegio de que vamos tratando, no titubearíamos en responder, y con algun fundamento, que se asentaba en la superficie que cae al oeste del sobredicho convento.

En el dia, esa superficie forma parte de otra mayor cercada por una gran tapia que se estiende en cuadro, abrazando por el sur la huerta, el presidio militar, la casa de asilo para mendigos, y por el oeste algunos patios, ó mas bien, solares abandonados.

La parte principal del convento está destinada al presidio civil. Forman lo restante, la sacristía en el piso bajo, y en el alto, todo el claustro, las celdas, el antecoro, y la antigua cátedra de filosofía, donde hace poco tiempo se enseñaban las primeras letras á los niños del barrio. A la entrada de esa cátedra se ven dos cuadros en la pared, uno en cada lado, representando el de la derecha al P. Fr. Fernando Alonso Gonzalez, y el de la izquierda al R. P. fundador del colegio de San Buenaventura. Ambos retratos son de buen pincel, y al pie del segundo se lee esta inscripcion:

> *El Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Juan de la Torre, hijo de esta provincia del Santo Evangelio, P. de la Santa provincia de Búrgos, predicador apostólico, comisario general de todas las provincias de esta Nueva-España y obispo de Nicaragua, á cuya solicitud y cuidado se hizo la fábrica de este colegio de San Buenaventura Tlaltelolco*, 1661.

La sacristía conserva un tesoro, que no se sabe cómo ha podido salvarse entre las vicisitudes del establecimiento: que-

remos hablar de un mueble precioso, de la cátedra que estaba en el general. Su forma es parecida á la de todas las de su tiempo, entre ellas, la del colegio de San Ildefonso. Es de nogal, y en su hechura puede admirarse una obra maestra de ebanistería.

Ademas del colegio de San Buenaventura, parece haber existido hácia fines del siglo pasado una casa pequeña situada al sur de ese edificio y destinada á hospicio de los religiosos que venian de Nuevo-Méjico. Resto de esa casa es el patio que se ve actualmente entre la huerta y el referido colegio, en cuyo centro hay una fuentecita octágona, cubierta de azulejos, que no carece de gracia. Junto á la pared que divide el patio de la huerta está otra fuente, encima de la cual y escrita en la misma pared, se lee esta noticia:

Se acabó este hospicio de la Santa Custodia de la Nueva-Méjico, á 31 *dias del mes de Julio, de órden de N. M. R. P. comisario general de todas las provincias de este reino, Fr. Pedro Navarrete, y procurador. . . . de la dicha Custodia el P. Fr. Juan Miguel Menchero, año de* 1776.

Lo que hoy se llama la huerta, no es mas que una pequeña parte de la que, segun tradicion, tenia el colegio de Santa Cruz, y ocupaba toda ó casi toda la área donde se levantan actualmente el presidio militar y la casa de asilo para mendigos. No obstante, reducida como está, es todavía de una estension considerable, y no parece hallarse mal atendida por las personas que cuidan del edificio. Vénse en ella plantados varios olivos y algunos otros árboles de vistoso follaje, sobresaliendo entre todos un fresno secular, de estatura gigantesca, á cuya sombra se imagina el observador ver en pie las venerables figuras de Sahagun y Torquemada.

VIII.

EL SANTO CRISTO DEL MILAGRO.

Pero ya es tiempo de que entremos á la iglesia.

Su forma es la de una cruz latina, como la de casi todos nuestros templos, y se respira cierto bienestar bajo de esa nave tan bella y espaciosa.

Desde luego llama la atencion el coro por tres pinturas á la aguada que representan pasages de la vida del beato Sebastian de Aparicio: son de figura oval y de gran tamaño. Habia otras de las mismas dimensiones en el convento de San Francisco, y por tradicion se sabe que todas fueron traidas de Roma, donde sirvieron para adornar la basílica de San Pedro el dia de la beatificacion del virtuoso lego.

El retablo mayor, de una arquitectura al gusto del siglo décimosesto, fue tambien obra del insigne Torquemada, como hemos indicado, y costó, segun dice, veintiun mil pesos, y aun mas, si se tiene en cuenta que los oficiales trabajaron en él de balde. Ostenta cuadros en que lució el pincel del célebre Baltasar de Echave ó Chavez, único en su arte como entonces se le llamaba.

Este retablo, así como los que adórnan las dos pilastras laterales, fueron dorados de nuevo á mediados del siglo décimo-octavo, segun consta de la noticia escrita al lado de la portentosa imágen de un San Cristóbal colosal que está pintado en la pared, hácia la puerta que da al norte. He aquí esa noticia:

> *A espensas solicitadas y aplicadas por N. M. R. P. Fr. Manuel de Nájera, siendo comisario general de esta Nueva-España, se retocó esta imágen; se revocó y blanqueó toda esta iglesia por dentro y fuera, y se doraron de nuevo el retablo mayor y los dos laterales de sus pilastras, año de* 1763.

Ademas de esos retablos posee otros la iglesia, en uno de los cuales se veneraba un Crucifijo, por el que en vano hemos pre-

guntado en nuestros dias, pero que alcanzó gran celebridad en otro tiempo.

El motivo de esa celebridad se justifica, pues fue nada menos que un milagro, y un milagro estupendo.

Es de saberse que allá por los reinados de Felipe III ó Felipe IV, en cierto dia salió de casa un indio dando voces:—¡el Señor está sudando, el Señor está sudando! vengan á verlo, vengan á verlo! decia entre gozoso y espantado.

Acudieron los vecinos en tropel, y la modesta habitacion del indio se vió en pocos instantes invadida por una muchedumbre ávida de contemplar la maravilla. En la pieza de esta habitacion destinada á oratorio, que los naturales llaman *santo calli*, sobre un altar engalanado con flores, se hallaba una estátua gigantesca de Jesus, un corpulento Crucifijo como le llama Cabrera; y en efecto, algunas gotas como de sudor se dejaban percibir en varias partes de la efigie.

Uno de los españoles que al olor de la novedad se habia mezclado entre los espectadores, despues de observar atentamente el prodigio, dijo en voz baja á uno de aquellos:

—¡Vaya un clima este donde hasta los santos sudan el quilo!

—¡Calla! respondió el otro; si es que el Crucifijo acaba sin duda de salir del *temaxcalli!*

Por fortuna de estos pillastres, *esprits forts* de su época, y acaso descendientes de portugués ó de judío, no acertó á encontrarse oculto entre la turba algun ausiliar del Santo Oficio.

Los demas concurrentes creyeron á pie juntillas que sudaba milagrosamente el Crucifijo, y los mas devotos, que eran unos españoles mocetones y robustos, determinaron, sin consultar el parecer del dueño, cargar con la estátua y trasladarla procesionalmente á la iglesia de Santa Catarina Mártir. Opónense los indios; insisten aquellos en su determinacion indicando la necesidad de que á la imágen se dé el debido culto; no se persuaden los otros y amenazan á los ladrones con un severo castigo; búrlanse estos de la amenaza, y aquí de Dios!

Divídense en dos bandos los circunstantes y arremeten unos contra otros con ardor diabólico. Al principio todo fue confusion y vocería; llovian palos y puñadas; caian los combatientes y se levantaban con mayor brío; se estremecia la pieza; volaban los muebles como armas arrojadizas, y sin embargo la victoria quedaba indecisa.

Triunfan los españoles al cabo de una hora de combate: sálense á la calle formando un grupo por cima del cual se alzaba el disputado Crucifijo; pero este paso fue su perdicion. Corren tras ellos los indios armados de palos y piedras: dispónense los españoles á una nueva pelea apiñándose en derredor de la efigie, como un batallon que defiende su bandera; pero una granizada de piedras lanzada por sus contrarios los obliga á dejar caer la presa y á poner pies en polvorosa.

Quedó el campo por los indios.

Mas ¡cuál fue su asombro cuando, al levantar el Crucifijo, advirtieron que tenia en la garganta del pie derecho una herida que sangraba!

Esta herida fue causada por el golpe de una piedra inicua.

Arrepentidos los vencedores de su mal proceder, aplicaron una venda á la herida y condujeron devotamente el Crucifijo á la iglesia de Santiago, donde procuraron desagraviarle de cuantos modos les fue dable; y colocado en un altar suntuoso, empezó á ser conocido desde entonces con el nombre de *El Santo Cristo del Milagro*.

Pero á este milagro sucedió otro no menos insigne. Habia enfrente del altar donde fue puesto el Crucifijo una estátua de San Antonio de Padua en ademan de ver al niño Jesus que sostenia en la mano izquierda; mas apenas observa colocado en su altar el Santo Cristo, cuando alzando los ojos hácia él, queda en esta actitud para siempre con admiracion de los arrepentidos tlaltelolcas.

IX.

UNA OJEADA A LA HISTORIA ANTIGUA.

Viniendo ahora á lo esterior de la iglesia, no se puede prescindir de mirar y examinar las puertas que son de una hechura laboriosa y agradable. La fachada principal del edificio, que da al poniente, tiene una portada sencilla y de buen gusto. El cornisamento del primer cuerpo descansa sobre cuatro pilastras

Litog. de Irisarri y Cª

EXTERIOR DE SANTIAGO TLATELOLCO.

dóricas, dos á cada lado de la puerta, las cuales dejan ver en los intercolumnios un nicho con su estátua correspondiente; apóyase el del segundo en otras tantas pilastras jónicas, y el del tercero en igual número de pilastras del órden corintio. Se ve por lo mismo que el arquitecto siguió en la obra, y por lo que hace á la especie de pilastras, la gradacion que pide la naturaleza, colocando arriba las mas ligeras respectivamente á las de abajo. Lo que sí no puede perdonársele, es que haya puesto por remate del tercer cuerpo un fróntis semicircular, siendo todos los de esta figura un aborto del arte ya degenerado. Esta falta se evitó en la portada que corresponde á la entrada lateral de la iglesia, cuyo frontis de forma triangular ostenta encima un águila con las alas estendidas.

El aspecto de todo el edificio es severo é imponente; y segun lo reforzado de los muros, señaladamente de los que forman la parte inferior de las torres, no parece sino que el P. Torquemada intentó construir un edificio perdurable.

Observado desde el cementerio y á unos cien pasos de distancia al norte, se presenta en magestuoso aislamiento sin mas compañía que la de un árbol del Perú, que por su postura especial con el tronco inclinado y las ramas colgantes, parece como agobiado bajo el peso de los siglos.

A la sombra de este árbol, quizá contemporáneo de la primera iglesia y el único de los que en otro tiempo alegraban el cementerio, hemos contemplado la puesta del sol en una tarde de primavera.

Un enjambre de abejas que poblaba el follaje libando la miel de las flores y platicando armoniosamente, comunicaba al ánimo una melancolía apacible, haciéndonos recordar el sauce y el *levi susurro* de Virgilio.

Por otra parte, la soledad, el cielo limpio de toda nube y el astro del dia, mudo testigo de las dichas y miserias de tantas generaciones, invitaban á recorrer con el pensamiento los sucesos de que habian sido teatro aquellos sitios, y á remontarse hasta las risueñas fábulas que presiden al establecimiento de los tlaltelolcas.

Cuando los aztecas venian peregrinando en busca de las encantadas regiones donde, segun su oráculo, debian fijar su imperio, llegaron á un lugar llamado Cohuatlicámac, en que permanecieron tres años.

Estando juntos un dia en el campamento que tenian formado, aparecieron dos *quimillis* ó envoltorios en medio de ellos, y movidos de la curiosidad se dieron prisa en desatar uno para saber lo que contenia.

No fue vana su diligencia: el quimilli atesoraba en lo mas interior una piedra preciosa á manera de esmeralda; pero escitada la codicia de todos, cada cual la quiso para sí ó su familia, y en último caso para toda su parentela. Resultó de aquí que se formasen dos bandos, que por disputarse el hallazgo, se vieron á pique de venir á las manos.

En tal conflicto acudió á poner paz Huitzíton, que hasta allí los habia ido acaudillando, y dirigiéndoles la palabra, les echó en cara su poca cordura en contender por la alhaja descubierta en el envoltorio, sin averiguar siquïera lo que el otro contenia, que por ventura podia ser algo mas precioso.

Convencidos de la fuerza de una observacion tan juiciosa, dieron treguas á la disputa, y quedándose los de un bando con la piedra, se pusieron los del otro á desatar el envoltorio hasta entonces intacto. Concluida la operacion hallaron solo dos palos.

No conformes con este resultado, iban de nuevo á emprender la contienda con los poseedores de la piedra; pero Huitzíton, que estimaba en mas el segundo hallazgo y que á toda costa queria mántener unidos á los miembros de aquella gran familia, se presentó á calmarlos indicándoles que mayor tesoro eran los palos que poseian, pues que dotados de una virtud inestimable, les servirian de mucho en el discurso de su peregrinacion.

Preguntado cuál era la virtud que tanto ponderaba, tomó los dos palos y restregándolos uno contra otro sacó fuego de ellos.

Comprendieron á vista de este fenómeno, que hasta entonces habia sido para todos un secreto, que su caudillo tenia razon; pero, como es fácil preverlo, renació la disputa quizá con mas ardor que al principio á causa de los palos, y aunque el prudente Huitzíton logró que no tomara cuerpo, quedaron indispuestos los ánimos, y los de un bando permanecieron enemistados con los del otro para siempre.

He aquí el orígen de la division de la gente azteca en dos tribus ó parcialidades, y de las disensiones que despues turbaron la armonía de su sociedad. Reputábanse nobles los que se apropiaron la esmeralda, y los dueños de los palos, plebeyos.

Pasaron los años, y cuando ya unos y otros habian llegado al valle de Anáhuac, término de su viaje; establecidos ya en la isleta situada en medio de la laguna, aunque harto mal acomodados por lo mezquino del terreno; un dia en que la tribu de los nobles se mostraba altamente disgustada de esa estrechez, sucedió que varios sugetos pertenecientes á ella vieron levantarse hácia el norte, y de entre los carrizos y espadañas, una columna de polvo á manera de remolino, que se perdia en el cielo.

Asombrados del caso, pues que ciertamente no podia producirse polvo donde no habian visto mas que agua, enderezaron los pasos hácia el lugar en que se verificaba: llegan; mas ¡cuál es su admiracion al ver una isleta formada de un terreno arenisco y que parecia estar convidando pobladores! Hallan ademas en la parte mas elevada una flecha, una culebra enroscada y una rodela ó *chimalli*.

Persuadidos á que la presencia de estos objetos era una insinuacion divina, volviéronse á participar á la tribu de los suyos todo lo ocurrido, resultando de aquí que se separase de la de los plebeyos para establecerse definitivamente en el lugar nuevamente descubierto. Era este elevado hácia el centro, de donde disminuia en altura gradualmente hasta la orilla, por lo que, y atendiendo á la materia de que se componia, le llamaron *Xaltelolco*, ó sea *monton de arena*.

Una vez fabricadas las primeras casas, para agrandar el terreno, empezaron los nuevos pobladores á formar al rededor chinampas, que con el tiempo se fueron asentando; y aumentando el número de ellas sobremanera, llegaron á componer mediante este arbitrio una gran superficie, que desde esa época adquirió el nombre de Tlaltelolco, el cual significa, segun los historiadores, *monton de tierra artificial ó hecho á mano*. De aquí tambien les vino á los habitantes de ese lugar el nombre de Tlaltelolcas, así como por otra razon el de tenochcas ó mexicas y hoy mejicanos á los de la isla situada al sur, llamada Tenochtitlan.

Separados unos de otros, los tlaltelolcas se constituyeron en nacion independiente, y deliberaron entre sí acerca del gobierno que les convenia. Escogida la forma monárquica, pidieron rey al señor de Atzcapotzalco, de quien eran tributarios, el cual les dió á Quaquauhpitzahuac, su hijo segundo, que los gober-

nó por muchos años, hermoseando la ciudad con buenos edificios, huertas y jardines, y estendiendo sus dominios por medio de las conquistas que hizo de varios pueblos comarcanos, entre otros, los de Texcoco, Xaltocan y Tenayocan, hoy Tenayuca.

Muerto este rey, entró en su lugar Tlacatécatl ó Tlacatéutl, que siguió la política de su antecesor y conquistó los pueblos de Coyohuacan y Aculhuacan.

El tercer rey de Tlaltelolco fue Quauhtlatohuátzin, que aspirando á hacerse dueño de Méjico, murió en la guerra que se suscitó por este motivo entre sus vasallos y los hijos de aquella ciudad.

El cuarto señor que gobernó á los tlaltelolcas fue Moquihuix, de funesta memoria. Era hombre de perversas inclinaciones. Casó con la hermana de Axayácatl, rey de Méjico, y observó con ella una conducta tan cruel y villana, que puso á su cuñado en la necesidad de reprenderle con acrimonia, y al fin, de hacerle la guerra, en que pereció el primero. Peleaban en ella con terrible furia mejicanos y tlaltelolcas, mientras el monarca de los últimos los contemplaba desde lo alto del templo: indignados estos, le afeaban su cobardía dándole voces para que bajase á participar de los peligros de la batalla; pero sordo á su llamamiento, se mantuvo en la posicion que habia elegido hasta que perdida toda esperanza de victoria, se dejó caer, ó le precipitaron segun otros afirman, muriendo de resultas del golpe. Con la muerte de este mal soberano acabó el señorío de Tlaltelolco, y la ciudad pasó desde entonces á ser un barrio de Tenochtitlan, en cuya categoría se conservó hasta la conquista del país por los españoles.

Los hijos de este barrio eran mas valientes y tenaces en la pelea que sus vecinos, como lo acreditaron durante el sitio que puso á Méjico Hernan Cortés: ganada esta ciudad en tres dias, refugiáronse los tenochcas á Tlaltelolco, donde todos juntos resistieron todavía al invasor por mas de noventa dias, hasta que acosados del hambre y la peste, hubieron de rendirse.

Despues de la conquista recobraron los hijos de Tlaltelolco una sombra de su pasado señorío. El gobierno español conservó hasta cierto punto la independencia de las dos antiguas parcialidades, dando á cada una su gobernador escogido de entre los caciques ó principales, y estos funcionarios se sucedieron sin interrupcion hasta la consumacion de nuestra inde-

pendencia. El primer gobernador de Tlaltelolco fue D. Pedro Temile, que ausilió á los castellanos en las conquistas de Guatemala y Honduras, y el último, D. Francisco Soria, de quien hay todavía parientes en el barrio.

Sin embargo de la union de las dos ribus bajo una misma soberanía, y del concierto de las voluntades para rechazar al invasor estranjero, así antes como despues de la conquista, insistieron en su anterior enemistad, que se perpetuó de padres á hijos como una triste herencia; y hasta hoy se conserva memoria de los terribles encuentros que tenian á veces los vecinos de Tlaltelolco con los de Santa María la Redonda, por un puente situado en este último barrio, conocido todavía con el nombre de *Puente de las Guerras.*

Por tradicion se sabe, que el sitio que al presente ocupan la iglesia de Santiago, el Tecpan y la alameda ó proyecto de alameda que se ve en la plaza, era el mismo donde se establecieron primitivamente los nobles propietarios de la esmeralda, y que fue agrandado despues merced á sus afanes.

En él estuvo el célebre mercado, ó gran plaza rodeada de portales, segun la describen los historiadores, donde cada cinco dias se juntaban comerciantes venidos de todos los pueblos del imperio, y aun de los países mas lejanos como Guatemala. En él estuvo asimismo el templo dedicado á Huitzilopochtli, no el mayor, que, como hemos dicho, se hallaba en Tenochtitlan, sino otro que fue incendiado durante el cerco que pusieron á la ciudad las huestes españolas.

Sobre el área donde se asentaba este teocalli, fueron levantadas las iglesias primitivas de Santiago, así como la que hoy está en pie, dedicada al mismo santo.

Ya se sabe lo bastante acerca de ellas. Como la mas antigua del barrio era parroquia, continuaron siéndolo tambien las posteriores, y todavía á mediados del siglo décimo octavo, hablando Cabrera sobre la última, hace mencion del cura ministro y de los otros religiosos que en ella asistian. El cementerio actual es probablemente el mismo donde se congregaban para asistir á los divinos oficios los primeros mejicanos convertidos al cristianismo, entre los cuales se hallaria el célebre Juan Diego.

Tal fue el resultado de la correría que hicimos por el campo de la historia de Tlaltelolco durante los momentos que pa-

samos al pie del árbol consabido, mientras el sol se abismaba detras de las desiguales cimas de la cordillera.

Apareció despues el crepúsculo, tinta melancólica, luz dudosa é ideal, que hermosea apaciblemente el semblante de la naturaleza. Las lomas del Tepeyácac nadaban en una atmósfera sonrosada, y el Popocatépetl apenas se dejaba entrever cubierto por una cortina de nubes, como se oculta en el porvenir un gran pensamiento, velado por la ignorancia y preocupaciones de la edad presente.

Acercábase la noche envolviendo los objetos con su manto de sombras y silencio, cuando un ruido sordo y no interrumpido nos hizo convertir los ojos hácia el Tecpan: pasaba la locomotora por el camino de hierro; ¡pasaba rápida, incansable, triunfante, ávida de espacio, como el espíritu de la civilizacion, como el genio del progreso!

¡Ah, si las sombras de Quauhtemoc y de Mendoza contemplaran este espectáculo! nos dijimos en un instante de delirio. Mas basta ya de interrogar á lo que fue, añadimos mirando el rastro de vapor que en pos de sí dejaba la locomotora: la antigua Méjico se pierde mas y mas cada dia en el desierto de la eternidad, como esa nube efímera se va disipando en el espacio silencioso. Nuestra herencia es el porvenir. Lo pasado merece un saludo, es verdad; mas el porvenir es la esperanza de la nacion; en él reside toda su vida y el tesoro imperecedero de su felicidad: ¿será concedido á nuestra generacion hacer esa conquista? . . . .

SANTA CLARA.

I.

LA DEDICACION DE LA IGLESIA.

En la tarde del 22 de Octubre de 1661, los habitantes de la ciudad de Méjico se agolpaban á las calles de Tacuba y del Empedradillo, impacientes por gozar de un espectáculo que escitaba vivamente la curiosidad en aquellos tiempos.

La segunda de las calles sobredichas, llamada entonces *Plazuela del Marqués del Valle*, por el palacio de Cortés que la limitaba hácia el poniente, era en especial digna de observarse a causa de la muchedumbre que en ella se agitaba, y del adorno suntuoso de los edificios contiguos, entre los cuales se distinguia el mismo palacio antes mencionado.

Era este un alcázar almenado, especie de fortaleza gótica, con dos soberbios bastiones, uno en la esquina de la calle de Plateros y otro en la de Tacuba, que le daban un aspecto imponente. En su fachada sombría, adusta y parca en ornamentos arquitectónicos, aparecia una série de balcones, cuyos balaústres toscos se ocultaban á la sazon bajo enormes cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro con un gusto aristocrático. La del balcon principal ostentaba el escudo de armas de la familia, de la cual no habia ya en Méjico mas que ramas colate-

rales, pues que la línea recta masculina se habia estinguido en D. Pedro Cortés Ramirez de Arellano, IV marqués del Valle; por lo que el mayorazgo habia pasado al duque de Terranova, á virtud del casamiento de este con Dª Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, sobrina de D. Pedro.

Hallábase ausente la marquesa; mas no por eso escaseaban concurrentes al palacio, y en la tarde á que nos referimos poblaban los balcones damas y caballeros de lo mas granado de la nobleza mejicana, brillando las primeras por la hermosura y la pompa régia de los trages. Con todo, no podian ufanarse de una escelencia que estaba lejos de ser esclusivamente suya, supuesto que tenian rivales no menos bellas y galanas en los balcones de las casas de la calle de Tacuba. El adorno en esta era tambien mas profuso y vistoso; y el sol, que ya declinando al ocaso la inundaba en un torrente de encendida luz, daba animacion, inquietud, alborozo, á todos los objetos, haciendo aparecer bajo formas trasparentes y fantásticas las cortinas pendientes de los balcones, las flámulas y gallardetes de todos colores que en continuo vaiven colgaban de la parte superior y saliente de los edificios, los arcos de ramas verdes y frescas que á manera de puentes unian una acera con la otra, y por último, el rio de gente que ora avanzando, ora retrocediendo, ora arremolinándose en las bocacalles, producia un rumor confuso, incesante, amenazador como el de una avenida.

Pasada media hora, tomó incremento aquel rumor al dejarse oir un repique estrepitoso, que no bien habia comenzado en la catedral, cuando se le asoció el de las campanas de las demas iglesias.

Al mismo tiempo empezó á salir de la metropolitana la procesion mas grave y numerosa que hasta entonces habia recorrido las calles de la capital. Todas las cofradías con sus estandartes, toda la clerecía, los músicos de coro de la catedral, y una multitud de personas de la mas alta categoría, he aquí lo que formaba esa espléndida procesion, la cual en dos filas paralelas se fue estendiendo por las calles antedichas. La mayor parte de estas personas llevaba vela en mano. En el suelo se regaban flores y ramas de oloroso mastranzo. A lo último iban los canónigos, y tras ellos, bajo de palio, conducia al Santísimo Sacramento el Dr. D. Juan de Poblete, dean del cabildo eclesiástico de Méjico y arzobispo electo de Manila. Cerraban esta

gran comitiva el virey, que lo era el conde de Baños, y la real audiencia con las demas autoridades subalternas.

Al llegar el sagrado huésped al templo de Santa Clara en medio de una lluvia de rosas y panes de plata voladora, las puertas, que hasta ese momento habian estado cerradas, se abrieron de par en par dejando salir siete niñas ricamente vestidas á la mejicana, las cuales empezaron á ejecutar una graciosa danza al son de una música tierna y sencilla.

Tras esto, dos de esas ninfas de Anáhuac recitaron una loa, cuyo asunto era dar la bien venida al Santísimo Sacramento; y colocado que fue en el altar mayor, se procedió inmediatamente al oficio de vísperas, que terminó ya casi al anochecer.

En la mañana de aquel mismo dia habia sido bendecida la iglesia con las ceremonias que prescribe el ritual romano, por el P. Fr. Alonso Bravo, guardian del convento grande de San Francisco, y despues obispo de Nicaragua. Su adorno interior era para aquellos tiempos maravilloso, y la ciudad toda acudia á contemplarlo y admirarlo, sin cesar de aplaudir al insigne artífice á cuyo ingenio y destreza era debido. Llamábase este Pedro Ramirez, arquitecto y escultor famoso, á quien daban el dictado de maestro de maestros, y que se habia grangeado esta reputacion no solo por la obra del templo que á la sazon se estrenaba, sino por la del convento grande de San Francisco y la de casi todos los de Méjico.

Al siguiente dia cantó la misa el Dr. D. Juan de Poblete, y predicó el Dr. D. Francisco de Siles, canónigo por oposicion de sagrada Escritura, cuyo sermon fue en estremo celebrado.

En los otros dias del octavario tuvieron á su cargo las funciones correspondientes las comunidades religiosas de Santo Domingo, San Agustin, el Cármen, la Merced, la Compañía de Jesus, San Diego y San Francisco; predicando en ellas, y por el órden que sigue, Fr. Cristóbal Tellez, Fr. Nicolás de Acuña, Fr. Fernando de la Madre de Dios, Fr. Alonso de Sedeño, el P. Luis de Legaspi, Fr. Diego de Astudillo y Fr. Alonso Bravo, todos sugetos de gran saber y escelentes disposiciones oratorias.

Tal es en sinópsis la solemnidad con que se verificó la dedicacion de la iglesia de Santa Clara.

II.

DÓNDE ESTUVO AL PRINCIPIO EL MONASTERIO.

Ochenta y dos años antes del suceso referido, esto es, en 1579, á eso de las diez de la mañana del 4 de Enero, habia una selecta y numerosa concurrencia en la ermita de la Santísima Trinidad, situada donde hoy está la iglesia del mismo nombre.

Las miradas todas se fijaban en el Sr. D. Martin Enriquez, virey entonces de Nueva-España, que ostentando un magnífico vestido á la moda de aquel tiempo, eclipsaba á las demas autoridades y palaciegos que le acompañaban. Asistian igualmente el comisario general de San Francisco, Fr. Rodrigo de Sequera, el Dr. D. Pedro Farfan y varias otras personas notables tanto eclesiásticas como seglares. ¿Qué motivo las habia llevado á aquel lugar?

Es de saberse que en el pequeño edificio anexo á aquella ermita, conocida años antes bajo la advocacion de San Cosme, San Damian y San Amaro, se habia establecido desde 1568 un beaterio, de que fueron fundadoras una noble señora, viuda de un sugeto cuyo nombre no ha podido averiguarse, y cinco hijas suyas, á las cuales se asociaron despues varias doncellas pertenecientes á las primeras familias mejicanas. Ignóranse asimismo los nombres que tenian en el siglo la señora y sus hijas, pero no los que adoptaron cuando ya en 1570 se resolvieron á entrar de lleno en la vida monástica bajo el hábito y regla de Santa Clara. Son los siguientes:

Francisca de San Agustin,
María de San Nicolás,
Isabel del Espíritu Santo,
Luisa de Santa Clara,
María de Jesus, y
Francisca de la Concepcion.

Desde esa fecha el número de las novicias fue aumentando mas y mas cada dia, pero sin que se sepa que alguna haya profesado, hasta que en el año de 1579 se tuvo por conveniem-

te que con toda solemnidad hicieran los votos; de manera que la funcion que atraia á los moradores de Méjico á la ermita de la Santísima Trinidad en la mañana á que nos hemos referido, era nada menos que la que acompaña á una profesion de monja.

Mas, no una, sino veintidos eran las que iban entonces á profesar.

En efecto, despues de la misa y sermon de costumbre, hicieron los votos esas veintidos señoras en manos de la madre Luisa de San Gerónimo, monja del convento de la Concepcion, de donde salió para desempeñar en el nuevo de Santa Clara el cargo de abadesa, dejando el hábito y regla con que profesó, y adoptando el hábito y regla que la mudanza de su situacion exigia. En 6 de Enero del mismo año profesaron otras cuatro novicias.

Pasaron las religiosas casi todo ese año en la ermita de la Santísima Trinidad; pero hallándose incómodas por la estrechez de la vivienda, dispusieron trasladar el convento á un edificio mas holgado, y así lo verificaron en 22 de Diciembre, pasándose á unas casas que compraron hácia la esquina de las calles de Vergara y Tacuba, en las cuales permanecieron hasta nuestros dias. Ese sitio fue llamado antiguamente en lengua mejicana *Pepétlan*, que significa *fábrica de esteras ó petates*, porque en él se hacian y vendian esos utensilios.

No será por demas añadir que nuestras monjas quedaron desde la fundacion del convento sujetas á los religiosos franciscanos de la capital, y que su primer vicario fue el P. Fr. Bernardino Perez, religioso docto y de buenas costumbres.

III.

DESENFADO ESPAÑOL.

Pero antes de pasar adelante en la historia del nuevo monasterio, tenemos que retroceder á los tiempos del primitivo para referir dos hechos que le conciernen, y en que figura el beato Sebastian de Aparicio.

Ya dijimos en otro lugar que el caritativo lego renunció sus bienes en favor de las monjas de Santa Clara, y que se dedicó á servirlas en clase de donado. Véamos ahora cómo se efectuó esa renuncia.

Hallábase un dia, cuando aun era seglar, con algun desasosiego pensando que nada habia hecho para agradar á Dios y servir á sus semejantes. En tal disposicion de espíritu acudió á pedir consejo á un religioso de Tlalnepantla:—Padre, le dijo, ¿qué debo hacer para considerarme como discípulo de Cristo?

—Vé, le contestó con el consejo del Evangelio; vé y vende lo que tienes, y dalo de limosna.

—¿A quién le parece será bueno darla?

—A las monjas de Santa Clara, que son hoy las mas pobres.

—Pues, delo por hecho, respondió Aparicio sin titubear.

Y en efecto, dentro de pocos dias vendió dos haciendas que tenia en el valle de Méjico, un hato de ovejas y un negro esclavo, en que consistian todos sus bienes; y reservando solo una pequeña porcion de dinero para sustentarse, hizo donacion de lo demas, que montaba á veinte mil pesos, al convento de que vamos tratando.

A este paso siguió el de vestirse con el toseo sayal de San Francisco y dedicarse á servir á las religiosas en la clase antes indicada. Su mayor aficion era entonces el desempeño de las labores de sacristía, poniendo gran diligencia en que todo lo concerniente al culto estuviese perfectamente arreglado. Hizo mas: por lograr la satisfaccion de ayudar á misa, empleó muchas horas en aprender de memoria las oraciones que corresponde saber al ayudante; y cuando ya creia haberlo conseguido, se presentó una vez resueltamente á desempeñar el papel que tanto ambicionaba. Al principio todo caminó á maravilla: el sacerdote rezaba y él respondia como era debido; pero al decir aquel *orate fratres*, nuestro Aparicio notó con sentimiento que la memoria le era infiel. No obstante, con un aplomo admirable, aunque no sabia qué responder, se volvió al coro donde las monjas asistian al santo sacrificio, y les dijo en alta voz: *madres, Deo gracias;* espediente famoso que dió no poco que reir.

IV.

LA IGLESIA.—INCENDIOS.

Bosquejamos ya la solemnidad con que se dedicó y bendijo el templo del convento de Santa Clara, y justo es no retardar la noticia de su ereccion y costo, así como la de las calamidades que le han sobrevenido despues.

No se cierren mis ojos hasta que yo eche cimientos y levante paredes, decia á menudo el buen anciano Antonio Arias Tenorio, sugeto de noble alcurnia y dueño de una cuantiosa hacienda, que vivia en la capital hácia fines del siglo décimo sesto. Con tal espresion significaba el deseo vehemente de que se edificase alguna iglesia á su costa.

Hácia ese mismo tiempo se trasladaron, como hemos visto, los monjas de Santa Clara al sitio de la calle de Tacuba; y no teniendo caudales suficientes que destinar á la obra del templo, que desde luego pensaron levantar junto á las casas donde moraban, solicitaron persona que los tuviese y quisiera aprontarlos para ese objeto, ofreciéndole en debida gratitud el patronato con las ventajas y preeminencias consiguientes. Arias Tenorio, que no deseaba otra cosa, aprovechó la coyuntura, y el asunto quedó en breve arreglado, estendiéndose las escrituras respectivas.

En virtud de este compromiso se procedió á abrir los cimientos el edificio, y en 13 de Octubre de 1601 se puso la primera piedra, gobernando la iglesia el papa Clemente VIII, siendo rey de España Felipe III, comisario general de San Francisco el P. Fr. Pedro de Pila, y abadesa del convento de Santa Clara la madre Flora Angela de San Miguel.

La obra adelantó muy lentamente. Con todo, habria llegado á su término desde entonces, si Arias Tenorio no hubiera muerto cuando apenas se habia construido poco mas de la mitad, en lo que se gastaron sesenta mil pesos. Pero los herederos del patrono distaban mucho de hallarse animados del mismo celo por el acrecentamiento del culto, y en consecuencia abandonaron la obra que aquel habia comenzado con tanto afan, si bien es creible que para ello hubo ademas otra razon, cual fue la de haberse disminuido el caudal; siendo esacto lo

que á este respecto dice Vetancurt, que las haciendas que se distribuyen en herederos van á menos, y en las Indias no llegan á los nietos, porque si el padre es rico, el hijo es caballero y el nieto pordiosero.

Muchos años pasaron sin que las monjas lograsen medio de continuar la fábrica del templo, y acaso habria permanecido hasta el dia sin concluirse, si el licenciado Juan de Ontiveros Barrera no hubiera dejado en su testamento la cantidad de cincuenta mil pesos para ese objeto, mediante la cual consiguieron ver coronada la obra, estrenándose esta en el dia que ya hemos señalado.

Desde entonces acá, los sucesos mas notables que nos recuerda esta iglesia, son los dos incendios que en ella se han verificado, siendo el primero á las ocho y media de la noche del 20 de Setiembre de 1677: prendió el fuego en la sacristía, comunicándose de un brasero que quedó allí olvidado al cajon de los ornamentos; pero cesó pronto, merced á la eficacia de dos religiosas que salieron por la cratícula á apagarlo.

Acaeció el segundo incendio en Abril de 1755, y acerca de él hallamos la siguiente relacion en el diario de D. José Manuel de Castro Santa-Anna:

"Al amanecer del 5, en el convento de religiosas de señora Santa Clara, de la filiacion de los observantes, se reconoció un voraz incendio, que ya tenia abrasado el coro alto y bajo, impidiendo el paso para la torre, recalando á la iglesia y convento, de suerte que fue preciso que las criadas saliesen á la calle á pedir socorro, y á las iglesias inmediatas á que tocasen las campanas; acudieron los alarifes, crecido número de albañiles, las guardias de infantería y caballería, alcaldes de corte y ordinarios é innumerable concurso, y no siendo dable atajar el incendio, desampararon las religiosas, niñas y criadas el convento, y en forlones y á pie, acompañadas de la religion de los observantes, fueron conducidas á la iglesia de nuestro padre San Francisco, á donde las pasó á visitar el Illmo. Sr. arzobispo, quien amorosamente las consoló; y de allí las pasaron al convento de religiosas de Santa Isabel, de la misma filiacion; el incendio tomó tanto cuerpo, que abrasó toda la iglesia, arruinando sus hermosos colaterales, é imágenes, á escepcion del altar mayor que muy poco padeció: libertóse el Divinísimo Sacramento y el copon, que pasaron á la iglesia de religiosos betlemitas: en el

convento se esperimentó un grande estrago, consumiendo el primer patio con todas sus celdas, maltratando otras; se libertó el archivo, el tesoro, ornamentos y alhajas de sacristía; la pérdida se consideraba de gran suma: S. E. (el virey) concurrió á dar distintas providencias; varios sugetos y personas caritativas han pasado á visitar á las religiosas, á quienes se les ha ministrado con abundancia todo lo necesario para su manutencion: restituido su Illma. á su palacio arzobispal, envió á las religiosas mil pesos para sus precisas urgencias; el conde del Valle de Orizava les envió una amplia comida para mas de cuatrocientas personas, en que se enumeran ochenta y seis religiosas, cuatro novicias y las restantes niñas y criadas: la religion betlemítica se ocupó en guardar en el convento todas las celdas y oficinas en donde no llegó el incendio, y por un portillo que abrieron hicieron conducir á su convento todas las alhajas, escritorios, cajas y camas de las religiosas, para de allí remitírselas, y que cada una reconociese lo que le pertenecia: quédanse dando las mas prontas providencias, á fin de ver el modo de habilitar la ruina, que generalmente ha causado gran compasion."

El dia 7 del propio mes ya empezaron á hacerse efectivas algunas de esas providencias, como se ve por esta noticia, tomada del mismo diario:

"Los reverendísimos padres comisario general y provincial de la órden seráfica determinaron que en el ínterin que las religiosas claras se mantienen en el convento de Santa Isabel, se les ministre diariamente por la provincia del Santo Evangelio seis carneros y cien tortas para ayuda de su manutencion: asimismo dichos reverendos padres pasaron acompañados de los mas peritos maestros de alarife, á reconocer la iglesia y convento para su habilitacion, y á proporcionarles viviendas en que puedan asistir, sin que les perjudique la obra, la que luego principiaron; y para los gastos precisos de ello, dicho reverendo padre provincial, en compañía del síndico general D. Miguel Alonso de Ortigosa, salieron á recoger entre los sugetos de esta república, y en el primero juntaron 5.600 pesos: continuaron la diligencia, y se tiene por cierto lograrán cuanto se necesita, respecto al amor con que todos miran al seráfico padre y sus hijos, lo que se ha esperimentado en estos dias en las abundantes comidas que han llevado á las religiosas de las casas de

los mariscales; coronel Rivascacho, Correo Mayor y otras."

En el siguiente mes, pudieron ya las monjas trasladarse á la morada provisional que se les construyó en su mismo convento. El diario antes citado nos suministra una descripcion de ella y de las circunstancias que acompañaron al acto de la traslacion:

"Con grande exigencia procuraron los reverendos prelados de la órden seráfica, el que con abundancia de operarios se facilitasen viviendas cómodas en el convento de señora Santa Clara, á sus religiosas, con separacion de la reedificacion de coro alto y bajo, claustros y oficinas que arruinó el incendio; formóseles coro alto en la tribuna de la capilla mayor de su iglesia, y el bajo en la que era antes sacristía, condenando la puerta que caia á ella, sirviendo la del presbiterio para manejarse; blanqueóse la mitad de la iglesia, dividiéndose con un tabique, y quedándole una de las puertas principales: pusiéronse cuatro retablos y un campanil que cae á la calle de Vergara, en donde pusieron tres campanas: y la mañana del 10 á las seis, la religion seráfica en compañía de la betlemítica, en cuya iglesia se depositó el Divinísimo la mañana del incendio, trasladaron en devota procesion á su Magestad á la referida iglesia de Santa Clara, y teniendo aprontados crecido número de forlones en el convento de Santa Isabel, pasaron al suyo á las reverendas madres claras: afectuosas fueron las espresiones al tiempo de la despedida de unas y otras religiosas, por los especiales favores que recibieron en el hospedage de un mes y cinco dias, y tiernas y lamentables al tiempo que entraron en su convento viendo la ruina que causó en el y en su iglesia el fuego, que no se ha podido averiguar su principio ni causa: el Illmo. Sr. arzobispo les envió este dia una espléndida comida, y no fue menor la que recibieron de las religiosas isabeles: correspondiente fue la cena con que las obsequiaron las religiosas de San Juan de la Penitencia, de la misma filiacion: los reverendos padres de la sagrada Compañia de Jesus de la Casa Profesa, sus vecinos, les enviaron una crecida porcion de chocolate labrado y doce arrobas de azúcar, y otras muchas personas de esta ciudad manifestaron con varios regalos la voluntad que les profesan."

Sin embargo de la actividad que se desplegó en la prosecucion de la obra, casi un año pasó para que se llegara á ver

Litog. de Iriarte y C.ª

EXTERIOR DEL CONVENTO DE S.ta CLARA

concluida en parte. He aquí lo que á este respecto nos dice el mismo Castro Santa-Anna:

"El 18 (Marzo de 1756) se bendijeron los hermosos y bien adornados coros alto y bajo de religiosas de Santa Clara, y asimismo la mitad de su iglesia, que se hallaba dividida por el estrago que causó en ella y dichos sus coros el incendio del año próximo pasado, cuya fábrica ha tenido considerables costos, y los que continúan en la fábrica de su convento, y al anochecer estrenaron los coros las religiosas con una tierna y devota procesion de penitencia, suplicando á su divino Esposo las liberte en lo de adelante de semejantes ruinas."

Como se ha podido muy bien advertir, no solo en la iglesia, mas tambien en el convento, halló pasto la voracidad de las llamas, causando una pérdida difícil de repararse en poco tiempo. Por desgracia carecemos de datos para seguir la historia de la reedificacion hasta la conclusion de la obra. El diario de que nos hemos servido, termina en el año de 1758, y por él ya no sabemos mas, sino que la fábrica continuaba sostenida con los productos de algunas loterías destinadas á ese objeto. Las gacetas de Méjico, que empezaron á publicarse en 1784, nada dicen sobre el particular. Con todo, no será muy aventurado colocar la conclusion de la obra de que vamos hablando, en uno de los años que abraza el período de 1758 á 1784, quedando desde entonces el monasterio en el estado que guardó hasta el presente siglo.

Desapareció el campanil que daba á la calle de Vergara, y le sustituyó el actual, que mira á la de Santa Clara, no ya con tres, sino con muchas mas campanas.

Quien no conozca la iglesia de que se trata, debe saber, que está situada de oriente á poniente; á este viento el altar mayor y á aquel los coros de las religiosas. Tiene dos puertas, que dan á la calle antiguamente llamada de Tacuba y hoy de Santa Clara. Hácia la esquina que forma esta última con la de Vergara, se ve una capillita ó mas bien pequeña rotunda, no de mala apariencia, que segun el bajo relieve que ostenta arriba de la entrada, parece haber estado dedicada á la Purísima Concepcion. Al presente está convertida en albergue de una vendedora de fruta y aguas frescas; mas no así la iglesia, que sin embargo de no hallarse ya al cuidado de las monjas, sigue destinada al culto católico.

V.

RELIGIOSAS CELEBRES.

Pasando al convento, hoy convertido en casa de vecindad con ventaja de los pobres, empezaremos por decir que, atendida su amplitud, justifica la pintura hiperbólica que de él hizo Balbuena en el terceto signiente:

> La gran clausura de la vírgen Clara,
> Que encierra una ciudad dentro en sus muros,
> Y un cielo en su virtud y humildad rara.

El departamento principal, aunque de una arquitectura tosca y caprichosa, llama la atencion por lo muy plano de los arcos de sus corredores, así como por cierto efecto agradable de perspectiva. Vése en el medio una fuente, á que dan sombra algunas higueras, muy antiguas, si juzgamos por su estatura gigantesca.

Esa fuente recuerda un hecho que figura en el repertorio de las maravillas del convento.

Martin López de Gaona y Dª Petronila Niño, naturales de Méjico, poseian una joya de grande estima, una hija linda como una rosa blanca. Llevados del espíritu de su tiempo, hicieron por inclinarla al estado monástico, pintándoselo como el *non plus ultra* de la felicidad; pero la muchacha, que se veia hermosa y dueña de una fortuna no despreciable, sin contradecir abiertamente á sus padres, procuraba darles á entender que no habia nacido para el claustro. En efecto, aunque no descuidaba las prácticas de devocion, á que su piadosa madre era muy aficionada, el vestido elegante, la gracia del tocado, las lecturas amenas y algunas otras ocupaciones divertidas propias de sus quince abriles, consumian gran parte de su tiempo con sentimiento de sus progenitores, que en tal género de vida no podian hallar alimento á las esperanzas que abrigaban.

Con todo, no las perdian enteramente cuando notaban que entre los pasatiempos de la señorita habia uno á que mostraba

Litog. de Iriarte y C.ª

PATIO PRINCIPAL EN EL CONVENTO DE S.ta CLARA

singular predileccion, y era visitar los monasterios de religiosas, entre las cuales contaba no pocas amigas.

—¡Ah, si al menos quisieras entrar de niña en alguna clausura! le dijo una vez Dª Petronila suspirando.

—Jóven soy todavía, señora, y tiempo habrá para pensarlo con madurez. No será milagro que un dia de estos os vaya saliendo con que me meto monja; que para entrar de niña, mejor me estoy en casa, á vuestro lado, donde tengo todo lo que mas puedo apetecer en esta vida, comodidades, buena crianza, ejemplos de virtud, y, lo que yo mas estimo, amor, cariño, el cariño de mis padres á que otro ninguno puede compararse. No pensemos por hoy mas en esto, y vamos, si lo teneis á bien, á visitar el convento de las madres claras, ya que nos han concedido permiso.

Con semejante respuesta, la buena señora, que en aquel instante no las tenia todas consigo, sonriendo placentera, cedió á la indicacion de su hija y se dirigieron al convento de Santa Clara. Llegan á la portería; pasan al claustro, y mientras la señora se entretiene con las monjas graves platicando sobre la depravacion de costumbres de la juventud, haciendo la apología de los antiguos tiempos y sosteniendo que el mundo progresa solo en malicia y no en nada bueno, la niña se divierte vagueando por los corredores y observando los cuadros colgados á la pared, que representan vidas de santos, é imágenes risibles de los suplicios que en el infierno esperan á los réprobos.

En esto andaba, cuando de repente con la volubilidad de una mariposa se encamina al centro del patio principal: ¿qué le ha llamado la atencion? ¿qué ha picado su curiosidad de niña? La fuente; la fuente, en cuyas aguas limpias como la inocencia y trasparentes como un pecho franco, se retrata el cielo azul y la blanca nube que pasea, por la estension tranquila con la magestad de una reina. Quiere gozar de este espectáculo; quiere oir cerca de sí el ruido sabroso que forma el ligero chorro al caer sobre el agua represa desatándose en hilos de perlas y en traviesas armonías; quiere escuchar la voz del agua; pero quiere tambien contemplar su hermosura en el líquido cristal. Acércase, da una mirada en torno de sí por asegurarse de que no la ven, y en seguida..... Pero ¡qué le ha sucedido! ¡por qué, pálida y reflexiva, permanece inmóvil como una estátua, como el genio de la meditacion!

Al inclinarse sobre la fuente, vió su imágen, sí, pero no como la esperaba. . . . ¿Estaré soñando? se decia con asombro. Vuelve á inclinarse, y retrocede espantada: ella era, la misma, la misma belleza, los mismos atractivos; pero se ve en hábito de religiosa. . . . ¿Podia resistir á un aviso semejante?

En este hecho ve la indicacion del camino por donde la llama el cielo. Dias despues entraba al noviciado, y pasado un año la tenemos de religiosa profesa bajo el nombre de Sor Isabel de San Diego.

La alegría de los padres se deja á la consideracion del piadoso lector.

Véamos ahora el reverso de la medalla.

La madre María Isabel de Jesus quiso desde sus primeros años ser monja; pero se lo estorbaron siempre sus padres, inspirándole por cuantos medios estaban á su alcance aficion al matrimonio, como el estado mas conforme á su calidad y fortuna. Logró conocerla un jóven, y prendado de su mucha hermosura y demas cualidades que la recomendaban, la pidió para casarse. Como él por su parte llenaba para marido de la niña las condiciones apetecidas por los padres, se vió en breve dueño del tesoro que ambicionaba.

Era la primera noche que iba á pasar en compañía de su mujer; el amor abrasaba su corazon con la idea de una dicha embriagadora, y cuando terminado el baile y los festejos correspondientes, se quedó á solas un momento en su recámara, oyó una voz misteriosa que le hace estremecer. . . .

Nadie supo lo que espresó esa voz imponente; pero lo cierto es que el mancebo se presentó al dia siguiente en el arzobispado solicitando una entrevista con el provisor, de la cual resultó la separacion de los consortes, entrando la jóven al convento de Santa Clara para vestir el hábito de religiosa, como habia anhelado toda su vida.

Ademas de estas dos monjas, hubo en el monasterio otras muchas que vivieron y murieron en olor de santidad, llegando á diez y siete las que ocuparon la pluma de Vetancurt, en cuyo Menologio puede leerse la historia de todas y cada una.

Al presente las religiosas de Santa Clara se hallan en el convento de San Juan de la Penitencia, como consecuencia de la disposicion del gobierno por la que fueron trasladadas unas comunidades de religiosas á los edificios que otras habitan.

La regla que siguen estas monjas es la de Santa Clara, mitigada por las constituciones del papa Urbano IV, de donde les ha venido el nombre de urbanistas con que en otras partes son conocidas, dado que en la República se les llama vulgarmente *claras*. Con la misma advocacion que este monasterio hay otros dos, que tambien administraban los religiosos de la provincia del Santo Evangelio, uno en la ciudad de Puebla y otro en Atlixco ó villa de Carrion. En uno y otro han florecido religiosas notables por la elevacion de espíritu y la pureza y austeridad de costumbres.

Volviendo al convento de Méjico, nos parece oportuno añadir, por si el recuerdo tuviere algun agrado, que en el sitio de enfrente y hácia la esquina de la calle del Factor, estuvo situada la casa de Quauhtemótzin, último rey mejicano. He aquí por qué en los documentos correspondientes á los años que siguieron inmediatamente á la conquista, encontramos que esa calle era llamada, corrompido el vocablo, de Guatimuz ó Guatimoza.

SAN COSME.

I.

LA RIBERA.

MEJICO es nuestra ciudad histórica por escelencia, y el suelo que pisamos es tan clásico como el recinto de Aténas ó el que ciñen las Siete Colinas. Desde que era corte de los reyes aztecas, desde que se llamaba la gran Tenochtitlan, hasta nuestros dias en que tiene el modesto nombre de capital de la República, ha sido y es el centro de la civilizacion de los pueblos que habitan el Anáhuac; el lago de luz á cuyo seno vienen á parar los raudales de la ciencia; el punto donde hallan eco mil y mil sucesos; el espejo portentoso que reproduce la imágen de las glorias y desdichas de la patria, y finalmente, el archivo de todas nuestras tradiciones.

Por eso cuando al rayo de la luna se recorren sus calles dilatadas, el espectáculo de los muros iluminados y de las sombras que empañan los del lado opuesto como una gasa mortuoria, infunde en el ánimo un vivo afecto hácia lo desconocido: ¿quién no se ha dicho entonces, interrumpiendo un instante su paseo solitario, cuál ha sido la historia de esta ciudad, cuál será su suerte despues de un siglo?

Pero Dios se ha reservado la llave del porvenir; la curiosidad empeñada en descubrir lo que sucederá y la impotencia pa-

ra satisfacerla, hacen desesperar. He aquí por qué, desprendiéndose el alma de esta idea inquieta y abrumadora, se acoge á la tradicion, y reclinada en su seno fija la vista en el dominio de las pasadas edades, recuerda y medita. La brisa de la noche susurra entonces al oido palabras misteriosas que escuchamos como si fueran el suspiro salido del sepulcro donde yacen los primitivos moradores del valle de Méjico; la imaginacion puebla las calles con la vida de otros siglos; vemos á los aztecas en el esplendor de su gloria; asistimos á las escenas de la conquista de la ciudad por los castellanos; pasan á nuestros ojos las generaciones que les siguieron, dejando la huella de su existencia en los monumentos grandiosos que por todas partes nos rodean; y entregados al mágico poder de la ficcion, en cada sombra procuramos entrever un secreto, y cada edificio bañado con la claridad de la luna nos dice en voz baja—yo guardo una conseja.

En efecto, la historia íntima del pueblo mejicano, la parte de vida mas preciosa, la vida inmortalizada de los hombres que nos han precedido en este suelo, es un depósito sagrado que atesoran nuestros monumentos, por insignificantes que parezcan algunos á los ojos de la vulgaridad ó de la ignorancia. En cada uno hallamos el orígen de una institucion benéfica, el sello de la piedad y caridad de nuestros mayores, la personificacion del espíritu religioso de otras épocas y el dejo agradable de otras costumbres en lo general mas sencillas, ya que no mas inocentes. Tal es el fruto que recoge quien con detenimiento y sin prevenciones injustas estudia á Méjico monumental; tal es el que hemos procurado alcanzar en el paseo que de un convento á otro emprendimos hace dias en compañía del lector.

Durante este paseo, apenas ha habido calle en donde los ojos no se hayan detenido á contemplar con agrado alguna página interesante de nuestra historia ó de nuestras tradiciones populares. Quedamos, no ha mucho tiempo, en presencia del convento de Santa Clara y de la casa donde se asentó el palacio de Cuauhtemoc; y si el resultado de las investigaciones hechas entonces no fue muy satisfactorio, nos prometemos hallar mas pábulo á la curiosidad, si no mas interés, en el camino que vamos á seguir desde ese sitio al convento de San Cosme, hoy hospital militar y en otro tiempo casa de recoleccion de franciscanos.

Desde luego nos llama la atencion el colegio de Minería, ó Escuela de Minas como generalmente le nombran los estranjeros. ¿Quién puede pasar frente á ese edificio sin quedar cautivado por la impresion que causa su arrogante y magestuosa arquitectura? Vémosle todos los dias, y todos los dias hallamos en él algo que admirar, algo que seduce y absorve las potencias: los fundadores, y los que despues de ellos le han conservado y mejorado, no deben haber sentido gastar el millon y medio de pesos que la obra ha tenido de costo desde fines del siglo pasado en que se comenzó, hasta el presente: y Tolsa, el gran arquitecto que le levantó, pudo muy bien haber dicho al verle concluido:—aquí se encierran todos los primores de mi arte, este edificio es mi pensamiento con toda su elevacion y hermosura, y él es la herencia que deja mi númen á los siglos venideros.

En la acera opuesta, una casa de aspecto sério y de formas altivas y correctas como las facciones de un romano, atrae la vista sin dificultad: fue un colegio de jesuitas y hoy es el hospital de San Andrés.

Ved mas allá el palacio del mariscal de Castilla haciendo esquina á la calle del Puente de la Mariscala: tomó nombre esta calle del puente colocado sobre la acequia que en otro tiempo atravesaba por aquellos sitios, y de una de las poseedoras del título antes mencionado.

"La dignidad de mariscal de Castilla fue instituida por el rey D. Juan I en 1382, y con ocasion de la guerra de Portugal: el primero que la obtuvo fue Fernando Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja: el oficio del mariscal de Castilla es asistir al rey en los consejos de guerras, campañas y desafios, aposentar los ejércitos en los alojamientos, para lo que tiene jurisdiccion sobre los maestres de campo: han llegado los soberanos á crear hasta seis mariscales en Castilla." El *Diccionario de Historia y Geografía*, que nos ministró esta noticia, omite la que era de esperarse tocante al sugeto condecorado con esta dignidad en nuestro país, y cuya familia representó durante el gobierno colonial un papel importantísimo. Esta familia poseyó grandes riquezas y desplegó siempre un lujo que igualaba, si no escedia, al de la casa de los condes de Santiago, modelo de la aristocracia mejicana. Su palacio, coronado de almenas, ámplio y cómodo, construido para hace

rostro á todas las injurias del tiempo, aunque de arquitectura tosca y ramplona, era el centro de lo que hoy llamaríamos *buen tono;* y á los bailes y saraos que animaban sus salas adornadas con boato régio, concurria lo mas galano de la sociedad de aquellos tiempos, el valor, el talento, la hidalguía y la belleza. Aun hay memoria, gracias al diario de Castro Santa-Anna, del festejo que hizo un mariscal de Castilla en la noche del 7 de Mayo de 1758, para obsequiar al virey marqués de las Amarillas y á la vireina, á quienes convidó á ver pasar desde su casa la procesion con que vino esa tarde nuestra Señora de los Remedios á la capital.

Hallábase el palacio vistosamente aderezado: la señora mariscala habia convidado á muchas damas principales, para que la acompañasen á cortejar á la vireina, que así ella como su esposo vinieron de San Angel solo con objeto de presenciar el acto religioso antes dicho. Concluido este "se les ministró á sus escelencias un especial y esquisito refresco, de todo género de dulces, masas, frutas de horno, quesos, canutos y bebidas heladas, sirviendo el refresco á sus escelencias y las señoras, los caballeros parientes de dicha casa, siguiendo despues un festejo de los principales músicos y todo género de instrumentos, que duró hasta las once de la noche, á cuya hora se restituyeron sus escelencias á San Angel... y al dia siguiente remitió á la Excma. señora vireina, la señora mariscala, una hermosa fuente de plata, llena de esquitos dulces, y en medio una hermosa piña de plata de martillo, y en los lados dos jarras de la misma especie con pulidos ramos; otra fuente mas pequeña llena de hucaritos de Guadalajara esquisitamente guarnecidos, cuyo obsequio estimó mucho dicha Excma. señora."

Se ve por esto, cuán rumbosa era la corte de Méjico, y cuán sobrada razon tenian los grandes de España en aspirar al vireinato, que tantos goces y utilidades les proporcionaba. Mas apartemos la vista de esa escena de costumbres del siglo décimo octavo, y fijémosla en el templo que se levanta pasado el palacio del mariscal, rumbo al poniente.

Allá por los años de 1525 y 1526, cuando apenas empezaba á poblarse esta parte de la ciudad, habia en la calzada de Tacuba, ó *camino que va á Tacuba*, como entonces se decia, tres árboles secos, que se divisaban á distancia como espectros silenciosos y pensativos. Junto á ellos se edificó una iglesia, y

en ella fundó Hernan Cortés una archicofradía de nobles con el título de la Cruz, formando estatutos y constituciones que fueron aprobadas por Fr. Domingo de Betanzos, vicario general del reino, por auto de 30 de Marzo de 1527. En el mismo año y el siguiente se concedió á los cofrades un sitio para que fabricasen ermita ú hospital anexo á la Iglesia. Venérase en ella el Señor de la archicofradía, que por estar siempre cubierto con siete velos, le llama el vulgo el Señor de los Siete Velos. Esta iglesia, que fue erigida en parroquia desde el año de 1568, y que hace fachada al poniente; formada en la mayor parte de sillares, y de órden dórico, es la que conocemos con el nombre de la Santa Veracruz.

Separado de esta iglesia por un espacio de cincuenta metros se halla el templo de San Juan de Dios, en situacion inversa á la de la misma, de manera que las fachadas se miran: los edificios tienen aproximadamente la propia forma y las propias dimensiones; y al verlos con sus erguidas torres y el uno frente al otro como si se contemplasen, no pueden menos de representarse á la fantasía como dos gigantes petrificados un momento antes de venir á las manos.

Con mas detenimiento hablaremos despues de la iglesia de San Juan de Dios, y por ahora entremos á la Alameda. La capital es deudora de este paseo al virey D. Luis de Velasco el II, que lo mandó formar en parte del terreno conocido entonces con el nombre de *tiánguis de Juan Velazquez*. Era este sugeto, segun nos informa Alaman, un indio principal que tenia su casa por allí; y antes que se fundase San Francisco, todas las mercedes de solares que se hicieron en la calle de este nombre, se designan con el de *la calle que va al tiánguis de Juan Velazquez*.

Pero la Alameda en su principio ocupaba un espacio menor que el que hoy abraza: á la parte de oriente habia una estensa superficie donde se construyeron casas, y en las que pertenecian á Dª Catarina de Peralta, viuda de D. Agustin Villanueva y Cervantes, fundó esta señora en el año de 1600 el convento de Santa Isabel, al cual consagraremos en breve algunos recuerdos. Por el lado del poniente tampoco llegaba hasta el límite que tiene actualmente, y entre la línea que la terminaba y la iglesia de San Diego se estendia una plazuela donde estaba el quemadero de la inquisicion, no esactamente en el me-

dio, sino mas cerca de la parte donde despues se fabricó el acueducto de la Tlaspana. Años despues adquirió la estension que hoy ocupa, y fue por mucho tiempo el único paseo que disfrutó la poblacion. Recien consumada la independencia de nuestro país, cuando fue separada de la plaza la estátua de Cárlos IV, donde se asentaba sobre un magnífico pedestal en medio de un zócalo rodeado de balaustrada de piedra, los restos de esta, así como las cuatro rejas que correspondian á otras tantas puertas que daban entrada á ese recinto, se trasladaron á la Alameda, donde desempeñan el mismo papel colocadas en los ángulos de ella; y todavía hoy presentan las letras M. G., cifras del nombre Miguel de la Grua, que era el del marqués de Branciforte, autor del monumento erigido al monarca su bienhechor. El ayuntamiento ha mandado poner últimamente en las puertas que dan frente á Córpus Christi y á Santa Veracruz, las dos rejas con que se cerraban las entradas al cementerio del convento de San Francisco.

Prosiguiendo nuestro camino, llegamos al templo y hospital de San Hipólito. Toda la calzada de Tacuba, pero muy especialmente este monumento, trae á la memoria un suceso escrito en nuestros fastos con caractéres indelebles: queremos hablar de la retirada, ó mas bien, fuga de Cortés con su ejército, verificada la noche del 30 de Junio ó madrugada del 1º de Julio de 1520. Todos sabemos las desastrosas circunstancias que imprimieron un carácter tan terrible á ese suceso, cuyo solo recuerdo en mejores dias hizo temblar mas de una vez á los conquistadores, y que ha sugerido el espresivo nombre de *noche triste* para denotar el tiempo en que tuvo cabida.

Pues bien, cerca del sitio donde la matanza fue mas horrible durante esa célebre jornada, un español llamado Juan Garrido, vecino de Méjico, fundó una ermita que llevó primero su nombre y despues el de *Los Mártires*, pues por tales eran tenidos los conquistadores que morian en las guerras á que los inducia su sórdida codicia. Llamóse en seguida de san Hipólito, "y de ella, dice Alaman, tomó el nombre la hermandad que fundó en 1567 el venerable Bernardino Alvarez, por haber establecido su hospital contiguo á aquella capilla que le sirvió de iglesia. El objeto de esta fundacion era recoger en el hospital á los convalecientes y ancianos que no tenian medios de subsistencia, y tambien á los dementes, para cuya asistencia

no habia establecimiento alguno. Estendiò tambien el fundador su celo caritativo al cuidado de los polizones ó jóvenes que venian de España faltos de ausilios y conocimientos, para cuya conduccion desde Veracruz, donde morian muchos por carecer de recursos para hacer el viaje, estableció una récua, y llegados á esta capital les buscaba ocupacion ó destino. La primera fundacion, bajo el título y advocacion de la Ascension del Señor, se hizo en la casa que para ello donaron Miguel Dueñas y su mujer Dª Isabel de Ojeda, en la calle de la Celada, lindando con la que era del escribano Antonio Alonso, en que despues se construyó el convento de San Bernardo. La fecha de la escritura de esta donacion es de 2 de Noviembre de 1566. Este sitio pareció estrecho para su objeto al fundador, por lo que prefirió el inmediato á la mencionada capilla de los Mártires, cuyo patronato tenia el ayuntamiento, y siendo esta de adove y muy maltratada, se trasladó poco despues el depósito á una sala baja que se habia construido en el hospital, la que sirvió de iglesia mientras se fabricaba la nueva, que hizo el ayuntamiento de sus fondos á instancias del virey conde de Monterey, y se dedicó en el año de 1739."

En esta misma iglesia se celebraba anualmente, el 13 de Agosto, una funcion solemne en conmemoracion de la toma de la capital por los españoles, á que asistian el virey, audiencia, arzobispo y demas autoridades tanto civiles como eclesiásticas, viniendo á caballo y acompañando el pendon que conducia el alférez real de turno. Este mismo paseo se hacia la tarde del 12, con ocasion de la asistencia á las vísperas.

De la calle de San Hipólito se pasa á la del Puente de Alvarado.... ¡el Puente de Alvarado! Tenemos que volver á contemplar el cuadro de la *Noche Triste*.

Era ya el momento en que el primer albor, suave como la sonrisa de un ángel y consolador como la esperanza, asomaba por cima de las montañas de oriente, tiñendo de nácar los cielos y acariciando la diadema de hielo del Popacatépetl y de la Mujer Blanca.

A favor de esta claridad serena se ofrecia á los ojos un espectáculo de sangre y desolacion: la calzada de Tlacópan, faja blanquecina y prolongada, *via crucis* de los invasores, estaba sembrada de cadáveres, y por toda ella no se oia mas que una armonía dolorosa, el concierto fúnebre y siniestro que for-

maban los ayes de los heridos y el estertor de los moribundos. El ambiente estaba tranquilo, y la brisa habia plegado sus alas para detenerse á escuchar.... Pero ¿qué causa esa gritería producida repentinamente allá á lo lejos? Un arrogante adalid solo, herido, y cuando ya los suyos están en salvo se halla en un trance horrible cerca de la segunda cortadura hecha en la calzada para impedir el paso á las huestes españolas. Ha perdido su hermosa yegua alazana, con la cual se hubiera abierto paso entre el enemigo y pasado el foso á nado; pero solo conserva su lanza, no le queda mas que su valor, el valor que jamás desfallece en las almas de su temple; no tiene tiempo que perder; rompe por entre la turba de mejicanos sedientos de su sangre; y apoyándose en la lanza para levantarse, hace un esfuerzo sobrehumano; se le ve un instante suspenso en el aire y cae en seguida al otro lado de la cortadura.... ¡Verdaderamente que este hombre es hijo del sol, es *Tonatiuh!* esclaman á una poseidos de espanto los aztecas al presenciar esta hazaña, y suspenden toda hostilidad.

Años despues, sobre la acequia que pasaba cortando la calzada hácia el lugar donde comienza la arquería del acueducto de la Tlaspana, hubo de colocarse un puente que se llamó *Puente del salto de Alvarado*, y ahora tiene este nombre toda la calle que se estiende hasta la de Buena Vista.

Es de advertir que esa arquería se prolongaba aún no ha muchos años hasta la entrada de la calle del Puente de la Mariscala. Construyóse para obviar los inconvenientes que se seguian de que el agua delgada viniese á la ciudad por la antigua atargea mandada fabricar en el cabildo de 7 de Octubre de 1524. Cada arco tuvo de costo mil pesos, y la obra se acabó á mediados del siglo décimo séptimo.

Desde la calle de Buena Vista comienza propiamente el barrio de San Cosme, es decir, la parte mas amena, mas salubre y agradable de la ciudad. A la izquierda tenemos la casa de la señora Dª Victoria Rul de Perez Galvez, que no sin razon es reputada por uno de los edificios mejor construidos y de mas bella arquitectura. Su fachada es única en Méjico, y sus puertas y ventanas ordinariamente cerradas, le dan cierto aire severo y misterioso que cautiva el ánimo, haciendo recordar las mansiones silenciosas y aristocráticas que representan un papel tan importante en el orbe de las novelas: es el *palazzo* de un príncipe italiano.

A la derecha se disfruta la vista de un cuadro risueño. Despues de pasear las miradas por las hileras de fresnos que pueblan las calles y por algunos jardines perfectamente cultivados, se fijan con placer en las casas del Sr. Hidalga, arquitecto distinguido, y las cuales como suyas y edificadas bajo su direccion pueden proponerse como muestra de un gusto delicado.

Pasada *la Garita*, ademas de la casa de Polidura, á uno y otro lado de la calzada no faltan edificios graciosos y elegantes que observar, sobre todo si dando rienda suelta á una curiosidad muy disculpable, se penetra con la vista en lo interior de ellos, para formarse idea del cuadro que ofrece la vida de sus moradores.

Esto es fácil aprovechando el medio con que brindan las ventanas situadas á poca altura, y francamente abiertas á tales y cuales horas del dia. Tiestos con plantas coronadas de flores engalanando los corredores y patios; huertas y jardines primorosos, matizados, hechiceros, como el ramillete de una ninfa; en las habitaciones, buenos muebles, aseo, bienestar, alegría y aun lujo, he aquí el espectáculo que, con raras escepciones, se goza recorriendo los edificios de que hablamos.

Sí, ¿queréis respirar un aire puro, balsámico, lleno de vida; queréis distraeros de una idea enojosa, deponer la molestia, la desazon, que regularmente ocasionan los negocios, y recobrar el vigor de espíritu necesario para volver á ellos con mas aptitud; quereis espaciaros por un cielo menos reducido que el que os dejan libre en la ciudad los edificios, y ver árboles, sembrados y hermosas casas de campo? Venid á San Cosme: este barrio es la poesía de Méjico; desde Buena Vista hasta la casa de los Mascarones teneis un perpetuo idilio, ó mas bien, una série de armonías apacibles, esquisitas, seductoras; una coleccion de páginas siempre interesantes, perfumadas de amor, de tiernas ficciones y de memorias imperecederas. Aquí tiene la hermosura su mansion predilecta, y para ostentarse en todo su esplendor no se vale de costosas galas, ni de afectados y prosaicos atavíos que repruehan á una voz el arte y la naturaleza; aquí, por el contrario, lograis contemplarla en ese trage de elegante y simpática sencillez que solo un gusto muy refinado sabe estimar; y si al pasar junto á la ventana donde se asienta como una reina, os dirige una mirada, sentís que os envuelve una atmósfera embriagadora en que se respira un amor inefable, y conservais en lo íntimo del corazon el encanto de esa

mirada, como la impresion que causa un rayo de la luna deslizándose por entre el follaje de los árboles de un soto.

El barrio de San Cosme es, por otra parte, el esfuerzo grandioso de la ciudad para cimentarse en mejor sitio; es la aspiracion á un aire menos infecto y á un terreno menos ocasionado á inundaciones. Los conquistadores tuvieron ademas otra mira al poblar ambos lados de la calzada; cual fue la de proporcionarse un paso seguro hasta la tierra firme, por entre dos líneas de edificios, en caso de haber necesidad de una salida como la de la *Noche Triste*. Para conseguir este objeto, mandaron ensanchar la calzada y señalaron solares en uno y otro lado que concedieron á los principales sugetos avecindados en la capital, con obligacion de fabricar casas continuadas sin interrupcion, ó segun la espresion usual en aquel tiempo, *con casa muro por delante y por las espaldas.*

Realizado en gran parte este designio, como la calzada, aun despues que se le dió mayor anchura, estuviese bañada de una y otra orilla por las aguas del lago, con toda propiedad pudo decirse que las casas edificadas en ella se hallaban en *la ribera*, conociéndose al presente con tal nombre todo el barrio, dado que ya desapareció el motivo.

Reflexionando en la singular disposicion de este barrio, no puede menos de pensarse que seria bien curiosa la vista que en aquella época ofreceria Méjico observado desde cierta altura. Ocupaba el lago una grande estension del valle, y la ciudad, asomando en medio de las aguas, era una ondina que al bañarse negligentemente en presencia del cielo y de la cordillera, tenia estendido un brazo para asirse de la tierra firme.

II.

HISTORIA DEL CONVENTO.

Llegamos por fin al término de nuestro paseo, el establecimiento religioso que por tantos años ha sido testigo de los principios y trasformaciones de esta parte de la ciudad, viviendo absorto en medio de un espectáculo de animacion, engrande-

cimiento y mejora. Para encerrar en breve espacio los principales hechos concernientes á su fundacion y progresos, no podemos hacer cosa mejor que trasuntar el siguiente pasage del *Diccionario de Historia y Geografía*, copiado en él de otra obra que no conocemos.

"El convento de San Cosme de padres franciscanos recoletos, fue en sus principios hospital para indios forasteros. Lo fundó el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga, y por falta de rentas no pudo subsistir.

"Habiendo venido el año de 1581 la segunda mision de religiosos franciscanos descalzos de la reforma de San Pedro Alcántara para pasar á fundar á Filipinas, los señores vireyes, conde de la Coruña, y D. Pedro Moya de Contreras, actual arzobispo, les dieron este hospital para hospicio, y mantuvieron su posesion hasta el año de 1593.

"Fundado el convento de San Diego de esta provincia de Méjico, se pasaron á él los descalzos, y entonces pidieron el hospital los observantes para ayuda de parroquia hasta el año de 1667. El 7 de Mayo de este año celebró capítulo provincial la provincia del Santo Evangelio, y se resolvió á dar cumplimiento á las patentes de los superiores en que se mandaba erigir en esta provincia casa de recoleccion, como las hay en las provincias de la regular observancia, y determinaron poner la primera en el convento de San Cosme. El padre comisario general Fr. Fernando de Rua llevó en procesion desde el convento grande á los RR. PP. Fr. José Trujillo, guardian, Fr. Francisco de Sala, vicario y maestro de novicios, cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, que todos abrazaron voluntariamente la recoleccion.

"Luego que dejaron este hospicio los padres descalzos de San Diego y entraron en él los de la regular observancia para ayuda de parroquia, un caballero nombrado D. Agustin Guerrero, que tenia una casa y huerta contigua al hospital, la dió á los religiosos y ofreció labrarles mejor iglesia dando el patronato.

"En efecto, se lo dieron y se comenzó á fabricar la iglesia con el nombre de nuestra Señora de la Consolacion. Murió el patrono, cesó la fábrica, y quedò imperfecta la obra. Erigido en casa de recoleccion, se reconvino á D. Diego Guerrero, sucesor en el patronato, para que cumpliendo lo estipuladocon-

cluyese la obra: no pudo ejecutarlo, y renunció el patronato para que el guardian y religiosos pudieran elegir nuevo patrono. Eligieron á D. Domingo Cantabrana (Cantabrana le apellidan Vetancurt y el Lic. Robles), á cuyas espensas se concluyó la iglesia, convento y noviciado, y él y sus sucesores son patronos.

"La iglesia está situada de oriente á poniente: á este viento el altar mayor, y á aquel la puerta principal. Está muy bien adornada, y se dedicó el dia 13 de Enero de 1675, bajo el mismo título de nuestra Señora de la Consolacion, cuya milagrosa imágen está colocada en el retablo mayor. Para con el vulgo conserva todavía la iglesia y el convento el primer nombre de San Cosme y San Damian, y algun tiempo fue conocida con el nombre de los *Descalzos Viejos*.

"Luego que se fundó esta recoleccion se trasladó la ayuda de parroquia al sitio en que estaba una ermita dedicada á San Lázaro, distante un cuarto de legua de San Cosme, al mismo rumbo del poniente, en el pueblo que hoy llaman San Antonio de las Huertas. Este se habia fundado poco antes de órden del virey, marqués de Mancera, y se le habia dado el título de Villa de Mancera, que no subsistió. Administraron los padres franciscanos observantes en este pequeño pueblo hasta el año de 1769, en que de órden de S. M. entregaron al ordinario el curato primitivo de Señor San José, de que era ramo esta doctrina.

"En la corte se halla un cuaderno que trata menudamente de esta recoleccion, que escribió y entregó al regidor Beye Cisneros el P. Fr. José Diaz, guardian que fue de dicha recoleccion."

Acaba de verse que ademas de los padres Fr. José Trujillo y Fr. Francisco de Sala, hubo cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, todos fundadores de la casa de recoletos cosmistas. Bueno será no ignorar sus nombres, que son los siguientes:

Predicadores: Fr. Cristóbal Infante,
„ Francisco de Ibarra,
„ Luis Castro,
„ Antonio Aguado.
Novicios: „ Andrés de Borda,
„ Antonio del Villar,
„ Antonio Rodriguez.

Legos: Fr. José de la Concepcion y Mesa,
„ Juan de Guzman,
„ Juan de San Antonio.

El sentimiento que presidió á la ereccion del convento y conclusion de la segunda iglesia fue respetable, fue la gratitud. D. Domingo de Cantabrana, noble caballero, natural de Santo Domingo de la Calzada, recien venido á Méjico y andando una vez por el camino de Tacuba al caer de la tarde, vió repentinamente cubrirse el cielo de nubes tempestuosas; desatóse en seguida un terrible aguacero; y no teniendo entonces el caballero alguna casa en el barrio donde refugiarse, llamó á las puertas del convento, que se le abrieron sin tardanza, siendo despues obsequiado por los religiosos durante la noche con los agasajos que su pobreza les permitia usar. No echó á las espaldas aquel humilde pero cordial hospedage, y en retribucion determinó levantar á su costa la iglesia y convento de que vamos hablando, habiendo llegado la hidalguía de su comportamiento hasta el grado de rehusar el patronato que merecidamente le correspondia; de manera que no es esacto lo que á este respecto se asienta en el pasage antes copiado. Consta así de un cuadro que se halla en la iglesia colgado á uno de los muros laterales que dan al presbiterio, y representa á San José sostenido por un grupo de ángeles, debajo del cual están de rodillas algunos religiosos con tres seglares: uno de estos es Cantabrana, que resigna el patronato en el santísimo Patriarca, y otro, el escribano que estiende la escritura respectiva. En la parte inferior de la pintura, obra de D. José de Alzíbar, artista distinguido y discípulo de Ibarra, se ven las siguientes líneas que esplican el asunto:

"Habiendo dado fenecimiento á la fábrica de esta iglesia el capitan D. Domingo de Cantabrana, en la que trabajó, no solo con mucha parte de su caudal, sino tambien con la asistencia personal; guiado solo del ausilio de Dios y de la Divina Inspiracion, para darle entero cumplimiento á su religiosa accion y caritativa obra, cuando el R. P. guardian Fr. Joseph de Ortiz, los PP. Discretos y el síndico, que era actual D. Joseph de Quesada Cabreros, trataban con licencia del R. P. Ministro

Provincial que entonces era, de darle la posesion y patronato, que tan de justicia se le debia al dicho capitan D. Domingo de Cantabrana; mostró el desinterés y cristiano zelo que tuvo para tal obra, que era no por fin temporal, sino solo por el aumento del culto divino, exaltacion y gloria del glorioso Patriarca Señor San Joseph, pidiendo á los dichos PP. y síndico, que en su lugar admitiesen al Santo Patriarca por patron, y renunciando jurídicamente el tal derecho en su nombre y de sus herederos, lo admitieron los PP. así unánimes *ad perpetuam rei memoriam*, y otorgó el síndico este contrato firme é irrevocable: en testimonio de lo cual así el patron como los PP. y síndico, en presencia de escribano público y testigos pusieron la escritura en manos de este Smo. Patriarca, como mas largamente consta de la escritura que se guarda en el archivo de este convento de Ntra. Sra. de Consolacion, vulgo de San Cosme, estramuros de la ciudad de Méjico, fecha á 11 de Enero del año de 1675. Movido del mismo amor, culto y devocion al Smo. Patriarca Sr. S. Joseph el Sr. Dr. y Mtro. D. Agustin de Quintela, actual síndico de este convento, *ad perpetuam rei memoriam* hizo pintar este lienzo y altar á su costa; reiterando la entrega del patronato de esta iglesia, como síndico, al Smo. Patriarca Sr. S. Joseph, el año de 1762, á 19 de Febrero del mismo año."

Cantabrana hubo de quedar muy satisfecho de esta accion así como de la belleza del templo, el cual es de una hechura soberbia. No tiene mas que una nave, pero nave espaciosa, esbelta, y de bóveda tan elevada, que al levantar los ojos para contemplarla se siente sublimado el espíritu, como á la presencia de todo objeto ó imágen que sugiere la idea de lo infinito. Los arcos y bóveda que sostienen el coro llaman tambien la atencion por su muy poca curvatura.

Volviendo al presbiterio, frente por frente del muro donde está el cuadro poco antes descrito, se halla el monumento sepulcral del virey marqués de Casafuerte, magnífico para el mal gusto del tiempo en que se construyó, segun dice con razon Alaman. Fue este virey uno de los pocos hombres dignos de

gobernar. Nació en la ciudad de Lima, y por espacio de cincuenta y nueve años que sirvió á la corona en distintos puestos, descolló por su capacidad y por otras prendas no comunes. Su buen manejo en el gobierno de nuestro país le grangeó la confianza de Felipe V, que á la sazon ocupaba el trono de España, mereciendo se le otorgasen amplias facultades y se le prolongara el vireinato hasta su fallecimiento. En su tiempo se levantaron los magníficos edificios de la casa de moneda (hoy Palacio de Justicia) y la aduana de Méjico; se practicaron las visitas de los presidios de las provincias internas, comisionándose para ello al brigadier D. Pedro de Rivera, que arregló todo lo concerniente al mejor servicio de tan importantes establecimientos; y se estrenó en el año de 1730 en el coro de la metropolitana la reja de metal de China que tanto admiran los inteligentes, la cual fue construida en la ciudad de Macao, segun los dibujos que se remitieron de Méjico. Finalmente, murió el marqués de Casafuerte dejando una memoria agradable á la posteridad, así por los relevantes servicios que prestó en el gobierno, como por las muchas fundaciones piadosas á que destinó su caudal.

El monumento á que nos referimos poco antes, es una especie de alto relieve figurando un pedestal, sobre que descansan cuatro pilastras que sostienen una pieza á manera de fróntis. En los espacios que dejan entre sí estas pilastras, se ven unas láminas de mármol con las siguientes inscripciones:

1ª

D. Juan de Acuña, marqués de Casafuerte,
murió siendo virey de este reino, en 17 de
Marzo de 1734. Está sepultado en este
presbiterio.

2ª

Vivere non desiit
Qui mori didicit, ut aeternum viveret.
Assuetus Dei timori
Nihil habuit ultra, quod in bello timeret
Nec hostes prius vicit,
Quam sui victor de venere triumpharet.
Novo impositus orbi
Exemplo potius, quam imperio eminuit.
Non tan coelibem quam coelitem crederes
Qui nullo potuit auro corrumpi,
Modesto corporis cultu.
Dignior est visus, quem colerent, omnes
Mortales: demnn hic posuit exuvias
Et heredem sui nominis.
Ingentium memoriam meritorum
Scripsit.

3ª

Descansa aquí, no yace, aquel famoso
Marqués, en guerra y paz esclarecido,
Que en lo mucho, que fue, lo merecido
No le dejó que hacer á lo dichoso:
Ninguno en la campaña mas glorioso,
Ni en el gobierno fue tan aplaudido,
No menos quebrantado que sufrido
Vinculó en la fatiga su reposo.
Mayor que grande fue, pues la grandeza,
A que pudo incitarle régio agrado
Fue estudiado desden de su entereza,
Y es que retiró tanto su cuidado
De lo grande, que tuvo por alteza
Quedar entre menores sepultado.

Al pie del cenotafio se halla una losa de mármol de Tecali, que es la que cierra el sepulcro, y contiene otra inscripcion en que se enumeran los empleos y dignidades que obtuvo en vida el marqués, y que omitimos por no hacer mas difuso este capítulo.

III.

NUESTRA SEÑORA DE CONSOLACION.

Pero no saldremos de la iglesia sin consagrar una mirada al tabernáculo del altar mayor. En él se encierra una imágen que ha sido por casi dos centurias, segun puede congeturarse, el imán de los corazones piadosos, el objeto á quien tributan un culto constante los habitantes de la capital, y señaladamente los vecinos de la Ribera. Esa imágen, que es una estátua de reducido tamaño, representa á la Vírgen María sosteniendo con la mano izquierda al niño Jesus, y estendiendo el brazo derecho como para asir algun objeto colocado en el suelo, al cual dirige la vista con interés. En otro tiempo tenia realmente asida la efigie de una niña, en actitud de salvarla de un grave peligro; mas al presente solo la tiene esculpida en su vestidura metálica, para memoria de ese hecho.

Cualquiera conoce desde luego á la vista del bello simulacro, que se trata de un portento debido á la Vírgen María, y he aquí lo que nos refiere acerca de él la leyenda.

En el barrio llamado de *Tlaxilpam*, que empieza en el linde occidental del de San Juan y se dilata rumbo á San Diego, vivia una buena señora, dechado de virtudes domésticas, que cifraba todo su amor en una hija única, niña de dos á tres años. María (que este era el nombre de la niña), gustaba sobremanera, como todas las personas de su edad, de divertirse vagueando y corriendo por el patio de su casa. La mirada de la madre tiene que ser tan vigilante y solícita como la de la Providencia; de otra manera los hijos, mayormente en la puericia, rara vez

dejan de ser acometidos por los infortunios y sinsabores á que los espone su inesperiencia, y esto fue cabalmente lo que pasó con María.

Traveseaba en el patio, cerca del pozo, en cierta ocasion en que la madre habia descuidado de ella enteramente; y subiendo á la parte superior del brocal, dió incautamente algunos pasos, se distrajo y cayó de golpe en el agua.

Por de pronto no la echó menos la madre, entretenida como estaba en sus quehaceres; mas pasado algun tiempo salió al patio, y advirtiendo que no estaba allí, comenzó á llamarla á voces. Inútil fue esta diligencia: la niña no podia responder, la niña se habia ahogado.

Traspasada de dolor y fuera de sí la señora tan luego como supo con evidencia lo sucedido, cayó en seguida en un estado de inmovilidad que revelaba el mas cruel desaliento, y en él permaneció durante algunos minutos. Alzó despues los ojos al cielo; paseó la vista por la bóveda azul; se engolfó en la inmensidad tranquila, silenciosa, esplendente; y aunque al contemplarla sintió oprimido el corazon con un pesar inefable, y derramó lágrimas sin tasa, poco á poco se fue serenando como si su alma bebiese en el empíreo la paz, la resignacion, el valor y fortaleza que habia menester para triunfar en aquel horrible trance. A la desesperacion muda, al dolor intenso que la abatia ó la exaltaba hasta el delirio, sucedió una melancolía dulce, suave como la fragancia del nardo, y la idea religiosa cruzando su mente como un rayo de la luna, llenóla de consuelos celestiales y despertó en ella la fe, la fe ardiente y sencilla, la fe que sostuvo al discípulo de Jesus sobre las desenfrenadas olas del océano.

El nombre de la niña, María, resonó en lo íntimo de su sér como una armonía deliciosa: María es la estrella del mar, el amparo del náufrago;—ella será tambien mi refugio y mi esperanza, se dijo con aire de triunfo la afligida madre, y corre á su habitacion y vuelve trayendo consigo una pequeña imágen de María. La desgracia no raciocina, la desgracia cuando es estrema ni duda ni filosofa, es crédula y candorosa, porque su alimento es la fe.

Aquella madre desolada, movida de un espíritu superior á la humana flaqueza, ata una cinta á los brazos de la efigie y la baja hasta el fondo del pozo, donde yacia flotando el inanimado cuerpo de su hija.

No salió fallida su esperanza. El autor de la vida quiso, por intercesion de María, volver á animar el cadáver de la niña; y un momento despues, quedó asombrada la buena señora al ver el agua del pozo hervir y levantarse hasta el brocal á manera de una ola, trayendo encima á la divina estatua que conducia de la mano á la niña, viva y sin lesion alguna.

El milagro se hizo público, y teniéndose por mas decoroso que la imágen se venerase en alguna iglesia y no que continuara en la casa de la señora, suscitóse disputa entre varias de las iglesias circunvecinas, alegando unas la cercanía del lugar donde se verificó el portento, y otras la jurisdiccion á que pertenecia, como otros tantos derechos para poseer aquel tesoro. Convínose en decidir la contienda por la suerte, y esta favoreció al convento de San Cosme.

Desde entonces empezó á ser conocida esta imágen con el nombre de *Nuestra Señora de Consolacion*, y ocupando el tabernáculo del altar mayor, ha sido tambien desde entonces el objeto de la devocion del vecindario. Llamóse asimismo *Nuestra Señora del Valle*, bien porque la casa en que estuvo pertenecia al marqués del Valle, bien porque los labradores del valle cercano la invocaban en la seca que los campos padecian, ó lo que parece mas cierto, porque en Sevilla la Vieja hay, segun dicen, una imágen con el título *del Valle*, que hizo un milagro semejante al referido.

Acerca de este milagro, no seremos nosotros los que pretendan sujetarle á exámen, aplicándole el lente de la crítica, ni mucho menos burlarse de la tradicion popular que le ha consagrado por cierto; pues aunque poco ó nada aficionados á lo maravilloso, comprendemos que es tan fácil al entendimiento desdeñar lo que no concibe, como le es imposible fijar límites á la omnipotencia divina.

IV.

ALGO MAS ACERCA DEL CONVENTO.

Si de la iglesia pasamos al cementerio, nos hallamos agradablemente sorprendidos á la vista de dos fresnos eminentes, insignes, en especial uno de ellos, digno rival del *árbol bendito* de Tacubaya. Contemporáneos del convento, mientras este va caducando, si se permite decirlo, crecen ellos lozanos y magestuosos, convidando al paseante á gustar frescura y solaz bajo su copa.

La sombra de estos gigantes del reino vegetal se derrama por casi todo aquel sitio poco frecuentado, comunicándole un aspecto severo y triste que sienta bien á la mansion de los finados. Así es que no causa estrañeza ver al pie de la cerca que separa del bullicio aquel recinto fúnebre, dos tumbas sencillas y aisladas, una de las cuales encierra juntamente los restos de un padre y de su hija, habiendo muerto el primero en 14 de Junio, y la segunda en 12 de Agosto de 1837. Ignoramos el nombre de la hija; mas no el del padre, que ocupa un lugar distinguido en nuestros fastos: este sugeto fue D. Rafael Mangino, uno de nuestros hombres públicos mas notables por su honradez, talento é instruccion en materias de hacienda.

La otra tumba ofrece la particularidad de estar aprisionada bajo una poderosa reja á manera de jaula. Carece de epitafio, y hasta ahora no hemos podido averiguar cuyas son las cenizas que encierra. Las inscripciones sepulcrales debian quedar reservadas para los muertos ilustres, y señaladamente para aquellos que en vida ejercitaron altas virtudes ó sobresalieron por heróicos hechos, cuya memoria interesa á la humanidad que se conserve como una leccion digna de ser imitada. Aun en este caso fuera de desearse que no se diese cabida á esas pomposas relaciones sugeridas por la vanidad de los vivos, y que no hacen mas que infundir sospechas respecto de los elogios que en ellas se prodigan: la memoria de un grande hombre

Litog. de Iriarte y C.ª

EXTERIOR DEL CONVENTO DE S. COSME.

vive en la historia como en su propio dominio; y en la tumba que guarda las reliquias de un finado verdaderamente ilustre, basta grabar su nombre. Por lo que mira á la existencia cuyas modestas virtudes solo brillaron en el recinto del hogar doméstico, descubrirla á los ojos del vulgo es esponerla á la profanacion: el corazon de los que la aman la guardará como un perfume, y si la echa en el olvido, ¿para qué es el epitafio inscrito en la losa de su tumba?

Dejemos el cementerio.

El convento, aunque espacioso, es un modelo de mal gusto en punto á construccion, y no parece sino que el arquitecto se propuso hacer alarde de que sabia reproducir perfectamente en sus obras la infancia del arte. Con todo, la vista de los carcomidos muros del edificio escita recuerdos agradables. En él se albergaron los religiosos que vertieron despues su sangre en el Japon en defensa de la fe, y entre ellos San Felipe de Jesus; floreció en él Fr. Pedro Bautista, buen religioso, célebre predicador, á quien Vetancurt llamó santo; y en él vive en honrosa pobreza, consagrado á las tareas de su santo ministerio, el último de los recoletos cosmistas, Fr. Ignacio, sugeto muy justamente querido de los vecinos de la Ribera y de todas las personas que le tratan, pues en él hallan un amigo que para hacer bien no atiende á clases ni á opiniones políticas: carácter propio del ministro evangélico.

Finalmente, tanto cuanto la iglesia es hermosa por su parte interior, así es mezquino y adusto su aspecto por de fuera, mayormente si se compara con las casas de las bellas colonias de *los arquitectos* y de *Santa María*, en medio de las cuales representa el papel de un ídolo azteca colocado entre estátuas esculpidas por Fidias y Cora.

SANTA ISABEL.

I.

LAS FUNDADORAS.

POCO antes hemos dicho que la Sª Dª Catarina de Peralta fundó el convento de Santa Isabel, en las casas que le pertenecian y están ubicadas en una parte del sitio que se llamò Tianguis de Juan Velazquez. Fue al principio su intencion que le habitaran vírgenes descalzas de la primera regla de Santa Clara; mas considerando la poca salubridad de aquellos lugares y la falta de limosnas con que las monjas pudieran mantenerse, resolviò despues que el monasterio fuera de urbanistas, y así se fundò con bula de Clemente VIII datada á 31 de Marzo de 1600.

Dispuesta la clausura y las demas oficinas necesarias, siendo comisario general de San Francisco el R. P. Fr. Pedro de Pila y provincial de la provincia del Santo Evangelio el P. Fr. Buenaventura de Paredes, en procesion solemne salieron del convento de Santa Clara el 11 de Febrero del siguiente año, seis religiosas fundadoras cuyos nombres se espresan á continuacion:

María de Santa Clara—abadesa,
Beatriz de San Juan—vicaria,

Catalina de San Gerónimo—maestra de novicias,
Ana de Jesus,
Ana de San Francisco, y
Ana de San Bernardo.

Con la entrada de algunas jóvenes al nuevo monasterio para vestir el hábito, aumentò el número de las religiosas hasta el grado de que en poco tiempo se contaban ya en él cincuenta y dos. Dª Catarina de Peralta les dejó capitales para que con las rentas atendiesen á su manutencion, reservando para sí y sus sucesores el patronato con el privilegio perpetuo de nombrar dos capellanas de entre sus parientas mas cercanas; pero habiendo muerto pocos años despues sin sucesion, pasò el patronato á la provincia del Santo Evangelio, segun lo dejó ordenado en su testamento.

A los religiosos de la misma provincia quedaron desde entonces sujetas estas monjas, y el hábito que usan es igual al de las de Santa Clara, así como la regla que siguen. Erigiòse el convento bajo la advocacion de Santa Isabel reina de Hungría.

En él se hospedó, segun Vetancurt, la V. M. Gerónima de la Asuncion, que vino de Toledo, con la V. M. Juana de San Antonio, para ir á fundar en Manila el convento de religiosas de la primitiva regla de Santa Clara: emigraron con ellas y para el mismo objeto, las MM. Leonor de San Buenaventura y María de los Angeles, una y otra del convento de que tratamos.

II.

LAS DOS IGLESIAS.

La primera iglesia de nuestro convento se formó de dos salas bajas y de las altas que les correspondian. Pero un edificio de tal estructura no podia subsistir mucho tiempo sin amenazar ruina, y en breve fue menester llenarle de puntales para estorbar que las paredes, ya hendidas por varias partes, viniesen á tierra.

PATIO EN EL CONVENTO DE Sta ISABEL

En tal estremo deparó Dios á las monjas dos bienhechores en los capitanes D. Diego del Castillo y D. Andrés de Carbajal y Tapia, quienes levantaron á su costa la hermosa iglesia de bóvedas que duró hasta nuestros dias. Ignoramos el costo total de la fábrica; pero sí sabemos que Carbajal aprontó treinta mil pesos para comienzo, y que para la conclusion dejó despues en testamento cincuenta mil. Castillo desembolsó probablemente iguales sumas.

Hecho el diseño y abiertos los cimientos respectivos, el Sr. arzobispo D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, vestido de pontifical y asistido del dean y del comisario general de San Francisco, en 6 de Agosto de 1676, puso la primera piedra para que sobre ella se levantara la fábrica, la cual se concluyó en poco menos de cinco años.

Edificáronse ademas dos capillas en lo interior del monasterio: una llamada de Belen, y la otra que cae á un jardin, dedicada á nuestra Señora de Guadalupe.

Bendijo la iglesia el señor obispo de Troya, D. Fr. Juan Duran, mercedario, que pasó despues á China: á ese acto asistieron cuatro capellanes de coro, el maestro de ceremonias y cincuenta religiosos franciscanos, teniendo verificativo en la tarde del juéves 24 de Julio de 1681.

El sábado 26, dia de Santa Ana, se abrió la iglesia á los fieles y empezó la fiesta de la dedicacion, que duró siete dias mas, con la misma solemnidad que en el primero.

El cronista antes citado nos da una idea de la parte interior del templo en el siguiente pasage: "El adorno de colaterales es precioso. Al lado del Evangelio uno del glorioso San José con sus retablos de pincel de sus misterios, hermosa talla en que se escedió el artífice; al lado de la epístola, uno aunque mas pequeño, por lo curioso grande, de Santa Rosa de Lima, hechizo de las Indias; adelante uno de San Lorenzo, que á espensas y á todo costo dedicó el Sr. D. Gonzalo Suarez de San Martin, presidente de la real audiencia y comisario de la Santa Cruzada, cuyo cuerpo descansa debajo del altar: otro de San Antonio con pinceles de sus milagros, que se lleva los ojos; junto al coro uno de una Santa Verónica, admirable hechura, todo de láminas ricas y relicarios grabado, que á espensas de los obreros se dedicó; otro enfrente de la cofradía de la Santa Cruz y Destierro de la Vírgen, que subiendo á los arcos de las bó-

vedas, se ha levantado con la grandeza de su arquitectura y composicion corintia, con la atencion de los curiosos."

La anterior descripcion se contrae al adorno del templo tal como era al principio, y como fue muchos años despues. Ultimamente era muy diverso, y presentaba el mismo carácter que el de todas las iglesias, cuyo interior se ha trasformado segun el gusto moderno dominante en Méjico, malo en lo general.

Como esta iglesia, á lo que parece, está destinada á venir abajo dentro de muy poco tiempo, bueno será que no se eche en olvido su situacion y tamaños. La única nave de que se compone corre de norte á sur; á este rumbo se halla el altar mayor, y al opuesto el coro de las religiosas: tiene cuarenta y tantos metros de largo, sin comprender el coro, que tiene unos catorce. Su latitud es de doce á catorce metros.

Aunque la torre ha desaparecido bajo la mano de fierro de la demolicion, todavía conserva el templo en gran parte su forma esterior primitiva, y se sostiene firme contra los rigores de su mala estrella, como un guerrero, que mutilado en el campo de batalla, persiste en combatir con ánimo imperturbable.

En cuanto al convento, basta saber que está convertido en varias casas de particulares, amplias y cómodas, como debe suponerse, y de una fisonomía agradable y enteramente mundana en especial las que dan á Alameda.

III.

FLORES ESQUISITAS.

Costumbre muy antigua fue en los místicos llamar á los conventos de monjas floridos vergeles, huertos cerrados y jardines celestiales donde se deleita el Esposo: espresiones tomadas ó imitadas del Cantar de los Cantares y aplicadas con mas ó menos acierto y oportunidad. No se estrañe, pues, que apadrinando por un momento semejante estilo, y consecuentes con él, llamemos nosotros flores esquisitas á las religiosas de Santa Isabel que descollaron por la perfecta observancia de la

regla y aun por cierto linage de virtudes propias del claustro, referidas y celebradas en las crónicas.

En ese caso están las madres Josefa de San Andrés, María de San Antonio, Micaela de San Gerónimo y otras muchas de quienes da algunas noticias Vetancurt. Las dos primeras fueron hijas de uno de los bienhechores del convento, D. Andrés de Carbajal y Tapia. Vivieron ambas en suma pobreza por ajustarse mas á su divino modelo, Jesucristo, y agenas al espíritu de vanidad que pudieran haber engendrado en ellas las cuantiosas riquezas de su padre. De María de San Antonio se refiere, que estando apestado el convento, pidió á Dios que si la plaga era castigo, en ella lo ejecutara privándola de la vida, con tal de que se doliese de sus hermanas afligidas. Fuele concedido lo que pedia, y dijo á las religiosas que muriendo cesaria la peste, como se verificó.

En cuanto á la madre Micaela de San Gerónimo, se sabe que era cercana parienta de San Pedro Alcántara y escelente religiosa, pues no parece sino que con la sangre habia heredado del Santo lo perfecto, segun se espresa el autor del Menologio. Se sabe ademas que perdió la vista, y que á pesar de eso nunca faltó del coro, porque en él le concedia Dios el ver el rezo para su consuelo, sin percibir otra cosa. Murió de mas de noventa años, en el de 1678, á 28 de Marzo, habiendo sido de las primeras que profesaron despues de la fundacion del convento.

Viniendo ahora á las religiosas que en nuestros tiempos han florecido en Santa Isabel, solo diremos que es probable haya habido entre ellas algunas semejantes á las de que hemos hablado, y á las cuales solo hace falta un biógrafo. Con respecto á la comunidad actual, tuvo la mala suerte de habitar un edificio situado en una de las mejores calles, y por lo mismo, haciendo como otras su viaje de órden suprema, se encuentra hoy en el convento de San Juan de la Penitencia.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

NOTAS.

1ª

PAGINA 76.

Fue su primer inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, que murió en el viaje.....

Este concepto, tal como se acaba de leer, es falso, está truncado, y restituido con la parte omitida, es el siguiente:

Fue su primer inquisidor el Sr. D. Pedro Moya de Contreras, el licenciado Cervantes, que murió en el viaje....

Ni podia ser de otra manera, porque quien murió en el viaje fue Cervantes y no Moya de Contreras, que llegó sano y salvo á Méjico á desempeñar el cargo para que habia sido nombrado, siendo ademas arzobispo y virey.

Vetancurt, que como se recordará, es el autor del pasage que nos ocupa, se esforzó en hallar el orígen de la inquisicion en la historia sagrada, y presenta el resultado de sus investigaciones en las siguientes líneas que no verán con disgusto los lectores:

"El tribunal del Santo Oficio es el joyel de la Santísima Trinidad, árbol que plantó Dios para que cada rama estendida por la cristiandad fuese la vara de justicia con flores de misericordia y frutos de escarmiento. El primero que ejercitó este oficio fue el mismo Dios cuando al primer herege, que fue Cain,

como dice la traslacion caldaica, donde se dice, que mató á su hermano Abel porque le contradijo sus heregías, que decia no haber juez, ni justicia, ni otro siglo (*vida futura*), ni premio para los buenos y pena para los malos (como dice S. Gerónimo), y Dios le hizo auto público condenándole á traer una señal en la frente impresa como hábito de afrenta, y en su contumacia le sentenció el Cielo á que Lamec le diese muerte. Lamec, que quiere decir pobre y humilde, que para la soberbia de un heresiarca le bastan á Dios ministros humildes y sacerdotes pobres que defienden su honra.

"El primer inquisidor que substituyò por Dios fue Moises, que condenò á muerte en un dia veinte y tres mil hereges apòstatas, que adoraron el becerro que deshizo, y diò á beber en agua sus cenizas. El segundo fue Elías, que valiéndose del ausilio real que el rey Acab le dió, pasó á cuchillo todos los hereges de Samaria, haciendo auto de la fe en el torrente Cison. Elías fue el primero á quien Dios subdelegó el quemar á los apóstatas con fuego, como se viò en dos veces en que el rey Ococias le enviò á prender, que en cada una quemò cincuenta soldados con su capitan, sentenciándolo Elías, y al pronunciarlo se ejecutaba por los ángeles (que á este santo tribunal le sirven ángeles y le obedece el cielo): en él se vió la misericordia como la justicia, pues el tercer capitan que la pidió le perdonó, que mas tardan en pedir misericordia los reos, que en concedérsela los ministros.

"La penitencia de los sambenitos usó la primitiva Iglesia de muchos lugares de Escritura, en especial del capítulo 3º de Jonás, donde se dice que los de Nínive se vistieron de sacos haciendo penitencia. El tribunal supremo de Roma, que en tiempo de Paulo III se fundó el año de 1540, renovó esta penitencia, y como bendecian los sacos, se llamaban sacos benditos, y corrompiendo el nombre se llamaron sambenitos."

2ª

PAGINA 86.

La gente se ha proporcionado puntos para observar no solo en tablados construidos de improviso, no solo en las azoteas y balcones de las casas circunvecinas, sino hasta en las ramas de los árboles de la Alameda....

Podemos añadir: *y en la cima del acueducto de la Tlaspana*, fundados en un lugar de las *Disertaciones* de Alaman, donde, tratando de dicho acueducto el historiador, se espresa de la manera siguiente:

"Esta obra se acabó á mediados del siglo décimo séptimo, de suerte que el redactor de la relacion del auto de fe de 11 de Abril de 1649, tuvo ya ocasion de admirar el celo y piedad con que un inmenso gentío ocupó, no solo la plaza de San Diego y los árboles de la Alameda, sino tambien *todo el alto de la suntuosa arqueria de los caños de esta ciudad*, para ver quemar á Tomás Treviño y á los demas judíos que fueron entregados á las llamas en aquel auto, en persona ó en estátua."

3ª

PAGINA 111.

.....haciendo costo de mas de cincuenta mil reales de plata, que son seis mil y tantos pesos que llaman de tipuzque.....

"A otro espediente se ocurrió no menos violento y de consecuencias todavía mas funestas. Para aumentar la cantidad de oro que habia y hacer de esta manera mas crecidas las pagas, se le echaron tres quilates de cobre; pero el resultado fue el que produce siempre la alteracion de la moneda, que todas las mercancías encarecieron en mas que la proporcion en que habia bajado la ley de los metales con que se pagaban, y fué tal el descrédito de este oro, que se llamó de *tepuzque*, que en mejicano significa cobre, que en las burlas de los soldados acostumbraban llamar á los que de repente se habian enriquecido y querian aparentar una importancia que no tenian, *D. Fulano de Tepuzque*.... El nombre que se dió á estos metales con liga se conserva todavía en Guanajuato, donde se llama plata

de *tepuzcos* la de fundicion que por ser de menos ley que la copella vale generalmente un peso menos en marco."—*Alamcn, Disertaciones.*

4ª

PAGINA 116.

Ignoramos muchas de las circunstancias de este suceso. Todos nuestros esfuerzos para averiguar los nombres de las fundadoras han sido estériles .....

Despues de escritas las líneas que anteceden, hemos llegado á saber el número y nombres de las primeras religiosas de la Encarnacion, merced á una persona respetable que, por una deferencia que jamás olvidaremos, nos franqueó la noticia siguiente:

"A honra y gloria de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y una sola esencia, y de la siempre Vírgen María concebida en gloria, se fundó el religioso convento de Nuestra Señora con título de la Encarnacion en esta ciudad noble y leal de Méjico, domingo de los Cinco Panes, 21 de Marzo de 1593 años, gobernando la Iglesia católica romana el santísimo Papa señor Clemente VIII, reinando en ambas Españas el católico rey Filipo II, siendo arzobispo el Dr. D. Alonso Fernandez de Bonilla, y virey de esta Nueva-España D. Luis de Velasco, caballero del órden de Santiago, hijo del segundo virey de ella. Fue su patron y fundador el Dr. D. Sancho Sanchez de Muñon, maestrescuela de esta Metropolitana, comisario general subdelegado de la Santa Cruzada.

"Salieron las madres fundadoras del muy religioso y primero convento de todas las Indias, título de la limpia Concepcion y su regla:

La V. M. Isabel de Santa Clara.
La M. Florentina de la Resurreccion.
La M. Bárbara de la Trinidad.
Sor Luisa de la Encarnacion.—Novicia.
La M. María de Jesus.
La M. Ana de Jesus.
La M. Florentina de Santa Clara.
La M. María de San José.
La V. M. Margarita de Jesus."

5ª

PAGINA 159.

> Desde el principio estuvo unido á la iglesia un monasterio de dominicos..... Este monasterio era de recoleccion.....

Rectifiquemos: hubo ciertamente desde el principio un monasterio de domínicos adyacente á la iglesia de la Piedad; pero no se hizo de recoleccion sino hasta el año de 1675. Ambas noticias descansan en los siguientes apuntamientos:

"*Iglesia de la Piedad.*—A 2 de Febrero (1652), dia de la Purificacion de Nuestra Señora, se abrió la iglesia de la *casa y convento* de Nuestra Señora de la Piedad, estramuros de esta ciudad, que administra el órden de Santo Domingo, la cual se edificó á espensas y limosnas de los vecinos de esta ciudad: celebróse su octavario con todo lucimiento y acudió á ella todo el reino."—*Diario de sucesos notables por el Lic. D. M. del Guijo.*

"Sábado 17 (Agosto de 1675) empezaron los exámenes para los curatos en palacio.—El provincial de Santo Domingo está en la Piedad haciendo *casa de recoleccion*, conforme á su regla."—*Diario de sucesos notables por el Lic. D. Antonio de Robles.*

6ª

PAGINA 196.

> El número de los religiosos que componian este nuevo apostolado iba á quedar incompleto con la separacion de Fr. José de la Coruña.... pero ocupó el lugar de este religioso Fr. Juan de Paos, que se les agregó en San Lúcar de Barrameda, en donde se embarcaron.....

"Estos religiosos, escepto Fr. José de la Coruña, que habia pasado á la corte por ciertos despachos que debian traerse á las Indias, se embarcaron el 25 de Enero de 1524, dia misterioso, como dedicado á la conversion del apóstol San Pablo, en el puerto de San Lúcar de Barrameda. Y ocurrió otra cosa notable, y fue la de que en ese puerto se les agregó otro

religioso llamado Fr. Juan de Palos, que ocupó el lugar del que habia ido á la corte, como si el Señor quisiese que no faltase á este nuevo apostolado ni aun la circunstancia de ser igual al número de *trece*, que con nuestro Salvador formaron el colegio apostólico."—*Diccionario de Historia y Geografía*, art. *Valencia*, V. Fr. Martin de.

Queda indicada la fuente de donde está tomada la noticia relativa al número de los primeros franciscanos que vinieron á nuestro país. Dimos por cierto que fueron trece, porque supusimos bien informado sobre este particular al autor del artículo á que corresponde el pasage citado. Con todo, bueno será saber que la opinion general y mas fundada es que vinieron solo doce religiosos. Fr. José de la Coruña quedó sin ser reemplazado, pues Fr. Juan de Palos entró en lugar de Fr. Bernardino de la Torre, "el cual, como dice Torquemada, retrocedió y volvió atrás del camino comenzado, ó ya porque sentia dejar la patria y provincia conocida, ó ya por temer la carrera ardua y dificultosa á que se ponia." Sobre este punto tambien están acordes Vetancurt y Motolinía. Véase en la página 243 el párrafo tomado de este segundo autor, que empieza: En el año del Señor, etc.

7ª

PAGINA 197.

No se sabe de cierto el dia en que nuestros frailes hicieron su entrada en la capital, si bien se conjetura que fue el 18 de Junio del mismo año de su arribo á Veracruz, esto es, el de 1524 .....

"Los historiadores que, incluso el mismo P. Motolinía, nos han conservado el minucioso itinerario de los misioneros desde España á Veracruz, no espresan las fechas de su llegada á Tlaxcala, ni la de su entrada á Méjico. Esta puede deducirse, muy aproximadamente, de la reunion de su primer capítulo, que dice Torquemada se celebró "el dia de la Visitacion de Ntra. Señora," á los quince dias de su arribo; con que así, este

debió ser entre el 17 y 18 de Junio.—Vetancurt, haciendo el mismo cómputo, fija el 23; mas su equivocacion es patente." —*Noticias de la vida y escritos de Fr. Toribio de Benavente, ó Motolinia, por D. José Fernando Ramirez.*

Es de tal naturaleza la equivocacion de Vetancurt, que da lugar á presumir sea mas bien una errata de imprenta la que ha ocasionado hallarse estampado en su libro el guarismo 23; y no el 17 ó 18; mayormente si se atiende á que el mismo historiador, tratando de los padres provinciales de la provincia del Santo Evangelio mejicana, en la página 149 del Menologio, dice, que "luego que llegaron los primeros fundadores á Méjico el año de 1524, *dia de Santa Isabel á 2 de Julio*, juntò el V. P. Fr. Martin de Valencia en capítulo á diez y seis religiosos." Es singular que teniendo tan presente la fecha de la celebracion del primer capítulo, y sabiendo que quince dias antes habian entrado los religiosos á la ciudad, no hubiese acertado con la fecha de este último acontecimiento.

8ª

PAGINA 198.

Estas indicaciones con respecto al número y situacion de las primeras moradas de los franciscanos, están fundadas principalmente en un pasage del *Diccionario de Historia y Geografía*.....

El pasage á que aludimos es el siguiente:

"Los religiosos franciscanos entraron en Méjico en Junio de 1524. La primera mencion que de su monasterio se hace, es en el cabildo de 2 de Mayo de 1525 en que se lee:—"Este dia Alonso de Avila vezino de esta cibdad pidiò por su peticion á los dichos señores un pedazo de solar que dixo estar entre su casa y el monesterio de Señor San Francisco, etc."—Una nota del original dice:—"Hasta ahora no se han mudado los frailes al convento nuevo y que al presente existe, sino que viven en el provisional."

"En 30 del mismo mes y año se hizo merced á Alonso de Aguilar, junto á los solares de Villa Roel—"á la parte de abajo, *házia San Francisco el nuevo*."—Tambien se hace mencion

de San Francisco, en el mismo cabildo, en los solares que se dieron al comendador Leonel de Cervantes y á Alonso de Cervantes.

"El 20 de Marzo de 1526 se hizo merced á Diego de Peñalosa de un solar—"linderos del monesterio de San Francisco, *la calle de Canoas en medio*."

"En 22 de Febrero de 1527—"de pedimento de Gil Gonzalez de Benavides, los dichos señores le hizieron merced de le recibir por vezino desta dicha cibdad, é le hizieron merced de un solar que pidió por su peticion, el qual es en esta cibdad, linderos con solares é casas de Alonso de Avila su hermano, *que es en la tercia parte del Vchilobos, etc.*"

"Por fin, en 16 de Marzo de 1527—"los dichos señores de pedimento de Antonio de Villagomez le hizieron merced de un solar que dixo que le fue dado por el señor gobernador, *el qual es el sytio de San Francisco el viejo, etc.*"

"Ademas, en 31 de Enero de 1529—"los dichos señores mandaron notyficar al contador Rodrigo de Albornoz, que para el primero cabildo traiga é presente en el cabildo el titulo que tiene á los solares donde *solia estar San Francisco*, para que la cibdad le vea, con apercebimiento que no lo mostrando, proverá de ellos como de vacos."

"De esto se infiere, que de Junio de 1524 á 2 de Mayo de 1525, hubo dos monasterios de San Francisco, el *viejo y el nuevo*. *Este* estaba junto á las casas de Alonso de Avila, é inmediato á ellas le dieron solar á Gil Gonzalez de Benavides, y el solar estaba en la tercia parte del Vchilobos, es decir frontero del templo mayor de Huitzilopochtli, por consiguiente, cerca de la plaza principal de la ciudad, y allí estaba el monasterio primitivo. El P. Pichardo precisa el lugar; porque las casas de Alonso de Avila mandadas derribar, sembrar de sal, y en las que se puso un padron de infamia, eran las de la esquina de las calles del Reloj y de Santa Teresa; y como de unos títulos de casas consta dónde quedaban las de Albornoz, en el sitio donde solia estar San Francisco, se saca con evidencia, que el primer convento de franciscanos estuvo en la calle de Santa Teresa." —*Dic. de Hist. y Geog.*, tomo 5, págs. 679 y 680.

Si pues de 1524 á 1525 hubo dos monasterios de San Francisco, el *viejo* y el *nuevo*, y *este* estaba junto á las casas de Alon-

so de Avila, que eran las d. la esquina de las calles del Reloj y de Santa Teresa, razon nos asistió para deducir del pasage antecedente, que los franciscanos tuvieron dos conventos antes de establecerse en el que duró hasta nuestros dias, el cual, segun se asienta adelante en el mismo pasage, "no se fundó en 1524 como dicen los cronistas de la órden, sino es que se suponga, que mientras los frailes vivian en la calle de Santa Teresa, y luego que entraron á la ciudad, se puso mano á la obra de su monasterio."

No obstante, reflexionando con mas detenimiento en el citado pasage, nos hemos convencido de que lo único que autoriza á creer que hubo dos conventos de San Francisco antes del 2 de Mayo de 1525 es el pronombre *éste*, sobre el cual hemos llamado la atencion, y que no puede referirse sino á la palabra *nuevo* colocada despues del adjetivo *viejo*. Por lo demas, todos los párrafos anteriores contienen especies que juntas y bien examinadas, fundan acerca del punto de que se trata una opinion unísona con la de D. Lúcas Alaman, esto es, que los franciscanos solo han tenido dos conventos, el viejo y el nuevo, entendiendo por aquel el de la calle de Santa Teresa y por este el que habitaron hasta principios del año de 1861. No dudamos por lo mismo que el pronombre *este* del pasage que acabamos de examinar, referido como está á la palabra *nuevo*, es una equivocacion, quizá un yerro tipográfico.

Con respecto á la opinion que señala el palacio *de las aves* ó *de las fieras*, como el sitio donde se fundó el primer convento de franciscanos, descansa en un error, y lo cierto es, que en ese sitio se edificó el segundo convento de los mismos frailes, segun puede colegirse de dos pasages de la crónica de Vetancurt, y son los siguientes:

"*Convento de Mejico.* — 33. El célebre convento mejicano dedicado á Ntro. P. S. Francisco tuvo su primer sitio en el lugar donde hoy está la Santa Iglesia Catedral: dióseles porque estuvieran cerca de las casas del márqués, que hoy son el Palacio Real. . . . Pareciéndoles á nuestros religiosos que los indios estaban algo lejos, para doctrinarlos con mas facilidad *se pasaron al sitio que hoy tiene, donde era el Palacio de las aves y huerta de flores* de Motechizoma, y por tener al pie de un sabino, que hoy está en la huerta, un ojo de agua, que se ha cegado con el terraplen."

"*Capilla de San Joseph de los Naturales.*—63. El V. P. Fr. Pedro de Gante *en el sitio del Palacio y recreo de Motechzuma, donde tenia la huerta de flores, las jaulas de las aves y estanques del pescado*, hizo de muchas naves, al modo de pórtico, sin puertas, una iglesia, para que aunque fuera el concurso grande pudiera de lejos gozar con la vista el Sacrificio. . . ."—*Crónica de la Prov. del Sto. Evang. de Méjico*, tratado primero, páginas 31 y 40.

Es de advertir que esta iglesia (la capilla de San José de naturales) estaba comprendida en la área del convento grande.

No es menos falso que la iglesia del primer convento de San Francisco haya sido tambien la primera iglesia y parroquia de la capital. "El P. Torquemada (dice Alaman), á quien debemos tantas y tan curiosas noticias sobre la materia que es asunto de esta disertacion, asegura positivamente que no habia iglesia fundada en toda la Nueva-España cuando llegaron los religiosos franciscanos en Junio de 1524; que la que construyeron estos en Méjico en 1525 fue la primera en que hubo depósito, y que ella sirvió como de matriz y catedral de todos estos reinos; pero estos asertos se desvanecen constando por el libro de cabildo de este ayuntamiento, que cuando los franciscanos vinieron, habia en esta capital una parroquia, de que era cura el padre Pedro de Villagran, al cual en el cabildo de 30 de Mayo de 1525 se le hizo merced de una suerte de tierra para una huerta, y en el acta en que se asentó esta concesion se le titula *cura de la iglesia de esta ciudad;* de donde resulta probado que habia iglesia parroquial antes de la venida de los franciscanos, que necesariamente habia en ella depósito, y que aquellos religiosos nunca administraron en esta capital como curas de los españoles. Consta tambien por el mismo libro de cabildo, que en Agosto de 1524 estaba ya fundado el hospital de Jesus, el cual tenia su iglesia, y estas dos son mas antiguas que San Francisco. La parroquia probablemente estaba en la plaza, dentro del recinto del templo de Huitzilopochtli y acaso en el sitio en que despues se construyó la antigua catedral, que, como en su lugar veremos, estuvo en lo que ahora es cementerio de la actual, frente á la puerta principal de esta."

Resumiendo lo espuesto resulta, que el convento primitivo de nuestros religiosos franciscanos estuvo en la calle de Santa Teresa; que no ha habido mas que ese y el que permaneció

hasta principios del año de 1861; que este fue el que se edificó en el Palacio de las aves ó de las fieras, y que la iglesia de aquel no fue la primera iglesia y parroquia que hubo en Méjico.

9ª

PAGINA 206.

Ya apuntamos los mas notables incidentes de este viaje, y hemos seguido al P. Valencia con sus *doce* compañeros .....

Véase lo que acerca del número de los primeros franciscanos dejamos asentado en la nota sesta.

10ª

PAGINA 229.

Pudieran tambien los naturales haber añadido, que los franciscanos tan luego como el sayal se les caia á pedazos de viejo.... echaban mano de la tosca manta que fabricaban los mejicanos para el mismo objeto; pues tal es el orígen del hábito azul que aquellos vistieron hasta nuestros dias.....

Fundados en la relacion de una persona á quien suponemos bien informada, asignamos ese orígen al hábito azul de nuestros franciscanos. Otro es segun Alaman:

"Los continuos trabajos y viajes de los misioneros consumieron en breve tiempo los hábitos que habian traido, y no habiendo sayal ni lana con que hacerlos, pues todavía no se habia propagado bastante el ganado para producirla, debiendo ser de esta materia, acudieron al laborioso espediente de hacer desbaratar por las indias el tejido de los hábitos viejos, cardar é hilar la lana de que estaban formados y tejer otros nuevos; y para darles un color mas duradero, bajo el principio de que San Francisco no habia determinado color ni forma para los hábitos de sus frailes, sino que solo habia recomendado que fuesen pobres y ordinarios, los hicieron teñir con el tinte mas comun que habia que era el añil, y este es el orígen que tuvo el que los franciscanos en América estén vestidos de azul, en lugar del color gris

que usaban en España y del cual eran los hábitos primitivos de los misioneros, igual al de los fernandinos y de los demas colegios apostólicos."—*Disertaciones, tomo II, págs.* 151 *y* 152.

11ª

PAGINA 347.

Fue la primera parroquia del continente americano.

La primer parroquia *de naturales.* Véase la nota octava.

12ª

PAGINA 433.

Recorriendo despues el espacio que media entre esa poblacion y Tlatelolco, se percibe claramente la calzada nueva. .... á lo largo de la cual y fijos en la orilla derecha respecto de nuestros descuellan de trecho en trecho unas alturas aisladas, especie de ermitas ó retablos pintados de blanco; son *quince*. .....

"*Calzada de Guadalupe.*—Empezóse la calzada de nuestra Señora de Guadalupe, por mano del fiscal D. Francisco Marmolejo y el Dr. D. Isidro de Sariñana: hace *quince* ermitas á los quince misterios del rosario."—*Robles, Diario de sucesos notables, año de* 1675.

En el dia son menos de quince esas ermitas.

13ª

PAGINA 434.

(EL COLEGIO DE SANTA CRUZ.)

Pero lo cierto en este punto es, que por los datos que minist[illegible] historiadores mas antiguos ... se puede con exactitud fijar el asiento del templo del Marte Mejicano en la superficie limitada actualmente por las calles del Empedradillo, etc. .....

"Comprendíase, pues, en el recinto del templo de Huitzilopochtli la catedral actual con sus oficinas y colegio seminario;

toda la manzana del arzobispado, y toda la que está detras de la catedral hasta la calle de la Enseñanza y parte de la siguiente al oriente, terminada por la de Montealegre."— *Alaman, Disertaciones*, tom. 2º, pág. 248.

14ª

PAGINA 470.

Es de saberse que en el pequeño edificio anexo á aquella ermita.... se habia establecido desde 1568 un beaterio de que fueron fundadoras *una noble señora.... y cinco hijas suyas* etc.....

El *Diccionario de Historia y Geografía* tantas veces citado, en el tomo 5º, pág. 760, art. *La Santísima*, nos da esta noticia:

"Desde hácia 1568 se estableció allí (en la ermita de la Santísima) un beaterio, que en 1570 fue ya convento de religiosas de Santa Clara. . . ."

En la pág. 708 del mismo tomo, art. *Santa Clara*, leemos:

"El convento de Santa Clara de religiosas franciscanas clarisas, tuvo principio de una señora viuda llamada en la religion Francisca de San Agustin. . . . cinco hijas suyas llamadas María de San Nicolás. . . . todas seis se recogieron voluntariamente á la ermita de la Santísima Trinidad, . . . y en 4 de Enero de 1579 hicieron los votos."

Ahora bien, como en el primer pasage no se indica quiénes hayan sido las fundadoras del beaterio, mientras que en el segundo tampoco se dice cuándo se recogieron á la ermita de la Santísima, Francisca de San Agustin y sus hijas, no era muy aventurado suponer que ellas mismas antes de abrazar el estado religioso, habian sido las primeras beatas, particularmente si se atiende á que en vez de la espresion *se recogieron á la ermita*, pudo decirse *al beaterio*, en caso de que ya otras lo hubieran fundado.

Con todo, en el artículo *Claras* de la misma obra, hemos encontrado nuevos datos sobre este particular, que desvanecen el concepto emitido poco antes, y alteran notablemente algunas de las noticias asentadas en el artículo *Santa Clara*. He aquí el pasage que contiene esos datos:

"En 1568 pensó el ayuntamiento darles (á las monjas) para

cuando se proporcionasen fundadoras, cierta ermita que estaba donde hoy se encuentra el hermoso templo de la Santísima Trinidad, que pertenecia á los sastres y otros artesanos. Alonso Sanchez y su mujer cedieron unas casas inmediatas, *y en ellas se fundó un beaterio con clausura, del que fue primera prelada María Nicolasa*, hija de entrambos: en 1570 llegaron bulas de San Pio V para la ereccion del convento, y *salieron á fundarlo cuatro religiosas del convento de la Concepcion*, llevando por superiora á la madre Luisa de San Gerónimo. Allí permanecieron en su calidad de concepcionistas hasta el año de 1577, en que dicha madre y otras veintidos de que ya se componia la comunidad, abrazaron la regla de Santa Clara con las mitigaciones de Urbano IV, y desde entonces se cuenta su fundacion, aunque otros la refieren al de 1579."

Nosotros estamos en este segundo caso, apoyados en la autoridad de Vetancurt, que tratándose de un convento administrado por los religiosos de su órden, es probable que él, para escribir lo concerniente á la fundacion del mismo, haya tomado los mejores informes. Y como tampoco habla de las cuatro religiosas que, segun se indica en el pasage antecedente, salieron de la Concepcion con la madre Luisa de San Gerónimo para fundar el nuevo convento, tenemos por mas seguro lo que sobre este punto asentamos en el testo, de acuerdo con el citado cronista y con lo espuesto en el artículo *Santa Clara* del Diccionario de Historia.

15ª

PAGINA 477.

> Hácia la esquina que forma esta última con la de Vergara, se ve una capilla ó mas bien pequeña rotunda.... que segun el bajo relieve que ostenta arriba de la entrada, parece haber estado dedicada á la Purísima Concepcion .....

Así es la verdad:

"La dedicacion de la pequeña, primorosa capilla de Nuestra Señora [que en la calle de Tacuba, contigua á la iglesia del monasterio de Santa Clara se ha fabricado, con todos los ca-

bales del arte y esmeros de la arquitectura, á espensas, cuidado y desvelo de D. José Miguel de Reyna] se celebró por espacio de doce dias con gran solemnidad, aparato y lucimiento."—*Gaceta de Méjico de* 1730, 7 *de Enero.*

16ª

PAGINA 480.

Al presente las religiosas de Santa Clara se hallan en el convento de San Juan de la Penitencia.....

Fuimos mal informados acerca de este punto: las religiosas de Santa Clara están ahora en el convento de San José de Gracia.

17ª

PAGINA 490.

Cada arco tuvo de costo mil pesos, y la obra se acabó á mediados del siglo décimo séptimo.....

Al menos en esa cantidad *se calculó* el costo de cada arco, segun Alaman.—Tom. II, pág. 289 de sus *Disertaciones.*

ERRATAS NOTABLES.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LEASE.
15	4	otorga del Dr. Mier...	otorga al Dr. Mier.
19	27	1827.	1527
id	30	1828.	1528
id.	32	obisto	obispo
31	31	engalados.....	engalanades
37	22	á Lúcar.....	a San Lúcar
37	20	de hombre humilde...	del hombre humilde
54	37	seri benta	scribenta
68	38	esazoteas.....	las azoteas
83	25	hacérselos creer.....	hacérselo creer
110	20	de unos cincuenta....	de mas de cincuenta
138	1	y acabé la tertulia....	y acabó la tertulia .
id.	32	mozuelos	mozuelas
144	29	vez, mi buena madre..	ves, mi buena madre
160	8	del púlaito.....	colocado cerca del púlpito
177	23	Pero el.....	Pero entre tanto el
193	4	todas las aclamaciones de los habitantes....	las aclamaciones de todos los habitantes
196	30	en San Lúces.....	en San Lúcar
211	35	flor viveute.....	flor voladora
250	23	del ridículo.....	de la satira
286	7	época de los Pizarros..	época de los Pizarros
id.	8	Velasco.....	Velasco el II,
287	11	lucir, su.....	lucir su
296	21	algunas remeras.....	algunas remadoras
301	34	La tarde.....	En la tarde
304	5	se por a esta.....	se oponia esta
335	32	el celebre conde.....	el primer conde
343	34	tiziza.	tisteza
341	5	*Mariano*	*Mariano*)
364	8	apelaran	apelaron
id.	29	de que ciertos.....	de ciertos
403	28	la o usion.....	la ocasion
433	37	graciosamente	graciosamente la iglesia,
445	33	harán	hará
448	37	convento	convento grande
459	26	sudaba milagrosamente	milagrosamente sudaba
464	4	Texcoco	Coacalco
479	31	paseo, por.....	pasea por
488	10	donde desempeñan....	donde las rejas desempeñan

INDICE.

Introduccion. . . V

SANTO DOMINGO.

I Las Momias. . . 9
II Pasado. . . 16
III Fr. Domingo de Betanzos. 22
IV Continuacion. . . 25
V No son hombres los indios. 32
VI Nuevas empresas.—Ultima peregrinacion . . 35
VII Calamidades . . 40
VIII Nuevo servicio. . 47
IX Fr. Domingo de Sta. María. 49
X Fr. Bernardino de Minaya . 51
XI Bibliografía. . . 56
XII El Illmo. Sr. D. Francisco Naranjo. . . 61
XIII La Procesion de la Cruz Verde. . . 67
XIV Historia. . . 72
XV El Auto de Fe. . 77
XVI El brasero . . 85
XVII La reconciliacion. . 87
XVIII La casa de la esquina chata. . . 88
XIX La Mulata de Córdoba . 93
XX Un reo que parece juez . 97
XXI Presos insignes. . 101
XXII Presente. . . 108

LA ENCARNACION.

I El patio principal. . 113
II Carrera de baquetas. . 117
III El pirata. . . 124
IV Los nacimientos . . 127
V El víctor. . . 132
VI Una estrella eclipsada. . 134
VII Fundacion. . . 145

LA PIEDAD.

I El dia 2 de Febrero de 1652. 153
II Tradicion. . . 156

ATZCAPOTZALCO.

I El hormiguero. . . 161
II Recuerdos. . . 168
III Zancopinca. . . 179
IV Los ahuehuetes. . 180

PORTACOELI.

I La iglesia. . . 185
II Trasformacion. . . 187

SAN FRANCISCO.

I El mercado. . . 189
II La llegada á Méjico. . 193
III Mirada retrospectiva. . 194
IV Convento primitivo. . 197
V Fray Martin de Valencia. . 200
VI Popularidad. . . 227
VII Fray Pedro de Gante . 230
VIII Literatos.—Motolinía . 242
IX Cristóbal. . . 252
X Apuntes biográficos. . 253
XI Fray Luis de Fuensalida y otros . . . 260
XII El primer arzobispo de Méjico . . . 271
XIII Misiones. . . 280
XIV Nuevo-Méjico. . 281

XV La Paz. . . 284
XVI Perder un tesoro por lograr otro. . . 286
XVII Obras de púb. utilidad. 299
XVIII Una visita á la iglesia de S. Franc. de Puebla. 300
XIX Arcos de Zempoala. . 305
XX Inundaciones de Méjico y desagüe de las lagunas. 307
XXI Segunda edad . . 314
XXII Fray Antonio Margil de Jesus. . . 315
XXIII El convento . . 334
XXIV Hambre y colicia. . 355
XXV El sacristan . . 365
XXVI Particularidades. . 372
XXVII Un pronunciamiento. 386
XXVIII Estado actual del convento. . . 387

LA CONCEPCION.

I Años antes de la fundacion. 391
II En qué empleaban el tiempo las colegialas. . . 393
III Quiénes fueron las primeras monjas. . . 395
IV La caja del milagro. . 399
V El estreno de la iglesia. . 401
VI Progresos. . . 404
VII Un hallazgo curioso . 408
VIII Tambien las monjas se pronuncian. . . 414
IX Una promesa cumplida . 421
X Trasformacion . . 425

SANTIAGO TLALTELOLCO.

I Los colegiales . . 431
II El colegio de Santa Cruz . 434
III Iglesias primitivas. — Estudiantes célebres. . 438
IV Los lectores del colegio. . 441
V Fray Juan de Torquemada . 447
VI El colegio de S. Buenaventura. 451
VII Restablecimiento y estincion final del colegio. . 454
VIII El Santo Cristo del milagro. 458
IX Una ojeada á la historia antigua . . . 460

SANTA CLARA.

I La dedicacion de la iglesia. . 467
II Dónde estuvo al principio el monasterio. . . 470
III Desenfado español . . 471
IV La iglesia.—Incendios . 473
V Religiosas célebres. . 478

SAN COSME.

I La Ribera. . . 483
II Historia del convento. . 492
III Nra. Señora de Consolacion. 499
IV Algo mas acerca del convento 502

SANTA ISABEL.

I Las fundadoras. . . 505
II Las dos iglesias . . 506
III Flores esquisitas . . 508
Notas. . . . 511
Erratas notables. . . 526

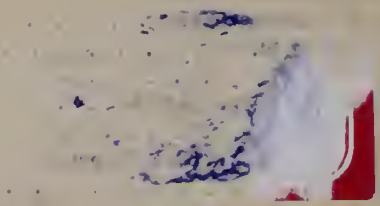
FIN DEL INDICE.

INDICE

DE LOS

LUGARES A QUE CORRESPONDEN LAS ESTAMPAS.

Entrada al coro de San Francisco. . . . . Portada.
Exterior del templo de Santo Domingo 10
Interior del id. id. id. 20
R. P. Fray Domingo de Vetanzos 22
Patio interior de Santo Domingo 31
Auto general de la fe, 1649. 71
Nueva calle abierta en Santo Domingo 109
Capilla del Rosario en Santo Domingo 110
Patio principal de la Encarnacion. 115
Interior de la iglesia de id. 146
Santuario de la Piedad. 154
Exterior del convento de Atzcapotzalco. 165
Idem de Portaccli. 186
Exterior de la iglesia grande de San Francisco. 199
El V. Fray Pedro de Gante 242
El Beato Sebastian de Aparicio. 302
Fray Antonio Margil de Jesus. 329
Interior de la iglesia grande de San Francisco 333
Ante sacristía de id. 341
Puerta lateral de id. 342
Ruinas de la capilla de los servitas. 350
Hospital de Terceros. 354
Coro de San Francisco. 377
Patio del convento de id. 396
Exterior del convento de la Concepcion. 402
Interior de la iglesia de id. 428
Exterior del antiguo colegio de Santiago Tlaltelolco. . . 455
Interior de Santiago Tlaltelolco. 458
Exterior de id. id. 460
Idem del convento de Santa Clara. 477
Patio principal del convento de id. 478
Exterior del convento de San Cosme 502
Patio principal del convento de Santa Isabel. 506



GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00038 3006